

EL CANDIDATO DEL KREMLIN

«No ha habido un novelista de espionaje de primera categoría que haya trabajado como oficial de inteligencia antes de dedicarse a la ficción... Hasta ahora. Matthews brinda al lector un manual sobre el espionaje del siglo XXI. Fantásticamente bueno». THE NEW YORK TIMES BOOK REVIEW

TAPA NEGRA

Annotation

La 'emocionante conclusión' de la Trilogía de Gorrión Rojo, éxito de ventas del New York Times, tiene a la jefa de contrainteligencia rusa Dominika Egorova y a su amante, el agente de la CIA Nate Nash, a la caza de un agente ruso que trabaja para el gobierno de Estados Unidos.

El candidato del Kremlin comienza con el presidente ruso Vladimir Putin planeando el asesinato encubierto de un alto funcionario estadounidense con la intención de sustituirlo por un topo que la inteligencia rusa ha cultivado durante más de quince años.

Al enterarse de este complot, Dominika, Nate y sus colegas de la CIA deben desenmascarar al traidor antes de que pueda revelar que Dominika lleva años espiando en nombre de la CIA. Cualquier filtración, cualquier paso en falso, la expondrá como un activo de la CIA y resultará en un viaje de ida a un sótano de ejecución en Moscú. Al final, las líneas de peligro convergen en el espectacular palacio presidencial de mil millones de dólares en el Mar Negro durante un fin de semana de poder con el círculo íntimo de Putin. ¿Se sacrificará Nate para salvar a Dominika? ¿Se sacrifica Dominika para proteger a Nate? ¿Caerán juntos?

JASON MATTHEWS

El candidato del Kremlin

Gorrión rojo Nº3

Sinopsis

La 'emocionante conclusión' de la Trilogía de Gorrión Rojo, éxito de ventas del New York Times, tiene a la jefa de contrainteligencia rusa Dominika Egorova y a su amante, el agente de la CIA Nate Nash, a la caza de un agente ruso que trabaja para el gobierno de Estados Unidos.

El candidato del Kremlin comienza con el presidente ruso Vladimir Putin planeando el asesinato encubierto de un alto funcionario estadounidense con la intención de sustituirlo por un topo que la inteligencia rusa ha cultivado durante más de quince años.

Al enterarse de este complot, Dominika, Nate y sus colegas de la CIA deben desenmascarar al traidor antes de que pueda revelar que Dominika lleva años espiando en nombre de la CIA. Cualquier filtración, cualquier paso en falso, la expondrá como un activo de la CIA y resultará en un viaje de ida a un sótano de ejecución en Moscú. Al final, las líneas de peligro convergen en el espectacular palacio presidencial de mil millones de dólares en el Mar Negro durante un fin de semana de poder con el círculo íntimo de Putin. ¿Se sacrificará Nate para salvar a Dominika? ¿Se sacrifica Dominika para proteger a Nate? ¿Caerán juntos?

Título Original: *The Kremlin's Candidate*

ISBN: a2c387fd-69ee-410a-ba94-38c9e5a5f8c3
Generado con: QualityEbook v0.87

Jason Matthews

El candidato del Kremlin

Gorrión rojo 3
THE KREMLIN'S CANDIDATE
2018

Por Zsu Zsa
por apretar todos los botones

La mirada celosa e intolerante del Kremlin sólo puede distinguir, al final, vasallos y enemigos, y los vecinos de Rusia, si no quieren ser lo uno, deben reconciliarse con ser lo otro.
Por muy grande y poderosa que sea, Rusia siempre se siente amenazada. Incluso cuando se sienten débiles, fanfarronean e intimidan para ocultar su vulnerabilidad. En este sentido, las políticas y creencias de Putin son en gran medida coherentes con la historia rusa y el legado de los zares rusos.
George Kennan

PRÓLOGO

El Metropol
SEPTIEMBRE de 2005: A pesar del esplendor de terciopelo y pan de oro del hotel Metropol, las cortinas y la alfombra estaban impregnadas del olor a Moscú, un incienso de aceite de fusel, col hervida y coños arruinados.

La teniente Dominika Egorova, de veinticuatro años, de Sluzhba Vneshney Razvedki, el SVR, el servicio de inteligencia exterior ruso, se quedó en ropa interior (encaje negro de Wolford en Viena) y miró a la mujer desnuda en la cama, roncando boca arriba, con un incisivo feroz y sobresaliente visible en la boca abierta. La americana, que se llamaba Audrey, había mordido. Dominika se miró en el espejo dorado y ahumado la marca de mordisco en forma de media luna morada que tenía en el hombro, la muesca irregular del diente de sierra de Audrey claramente visible.

La cama del siglo XIX, que había pertenecido al palacio Pavlovsk de San Petersburgo, tenía un altísimo dosel rococó enmarcado en caídas de satén mohoso y cuerdas de seda descoloridas. Las sábanas retorcidas bajo el cuerpo alto y huesudo de Audrey estaban oscuramente mojadas en un amplio círculo. Además de los mordiscos, se habían oído los gruñidos guturales más característicos de los jabalíes en los matorrales del coto de caza de Smolensk. Audrey era lo que en la Escuela del Gorrión llamaban una khryuknut: una gritona en la cama.

Ruidosa, pero nada que pudiera asustar a un vorobey, un gorrión, una cortesana entrenada por el Estado y enviada a la mansión a dos aguas sobre el río Volga que era la Escuela Estatal Secreta Cuatro, enviada para aprender el arte del sexpionaje —atrapamiento sexual, chantaje carnal, compromiso moral—, todo con el objetivo de reclutar objetivos humanos susceptibles como fuentes de inteligencia clandestina, objetivos que habían sido maniobrados en una intrincada polovaya zapadnya, una trampa de miel de la SVR.

Dominika volvió a mirar la mordedura de caballo en su hombro. Suka, zorra. Cómo detestaba ser un Gorrión, qué bajo había caído. Hace dos años, el mundo era suyo. Estaba destinada al Bolshoi como futura primera bailarina, hasta que una rival le rompió el pie a Dominika, lo que supuso el final abrupto de una carrera de ballet de casi veinte años y una leve torcedura permanente en su forma de andar. El año siguiente fue una pesadilla en la que cayó en la indigencia. Para mantener a su madre viuda y enferma en el

apartamento que les proporcionaba el Estado, dejó que su tío —entonces director adjunto del SVR— la obligara a acostarse con un hombre, un repugnante oligarca al que el presidente Putin quería eliminar.

Para mantenerla callada tras el asesinato, el tío Vanya la había admitido magnánimamente en el Instituto Andropov, —El Bosque,— la academia de espionaje exterior del SVR, donde Dominika descubrió para su asombro que tenía una aptitud natural para el trabajo de espía y, en consecuencia, esperaba, un nuevo futuro sirviendo a la Rodina, su Madre Patria, como oficial de inteligencia. Su francés fluido y un inglés fuerte, aprendidos en casa en un hogar lleno de libros y música, eran atributos. Tenía las habilidades, las ideas, la imaginación y grandes expectativas para las operaciones en el extranjero.

Ah, ¡qué prostodushnyy, qué ingenua! El Servicio, el Kremlin y Novorossiya, la Nueva Rusia de Putin, seguían siendo coto privado de los hombres, es decir, de los siloviki, los mirmidones que rodeaban al nuevo zar de ojos azules, Vladimir Vladimirovich. Estas comadrejas saquearon el patrimonio de Rusia y extendieron un manto de corrupción tan completo sobre la tierra que, si no eras un multimillonario que se sacaba de su bolsillo el monopolio energético Gazprom, entonces eras un moscovita que no podía permitirse comer carne más de tres días a la semana. Los siloviki eran los herederos de los Cardenales Grises, los escleróticos miembros del antiguo politburó soviético, que habían matado de hambre a los rusos soviéticos durante setenta años con su ineptitud de forma tan implacable como esta nueva multitud había estado matando de hambre a los rusos modernos durante los últimos veinte años con su avaricia.

Tras graduarse con las mejores notas, Dominika Egorova se había regodeado en el logro de que ahora era una operuolnomochoperuenny, una de las pocas mujeres oficiales de operaciones del SVR. Pero la dulce fruta del Mar Muerto del éxito se convirtió en cenizas en su boca cuando el tío Vania la envió a la Escuela Estatal Cuatro, el Instituto Kon de Kazán, a orillas del Volga, también conocido como la Escuela del Gorrión, donde se enseñaba a las mujeres las incesantes, inexorables, ineludibles indignidades de aprender a ser una de las Prostitutas de Putin. Parte del alma de Dominika murió en la Escuela de los Gorriones; otras mujeres murieron literalmente; el suicidio entre las desamparadas no era infrecuente. Las partes muertas dentro de Dominika fueron reemplazadas por beshenstvo, una furia blanca y duradera contra el sistema, y un odio latente hacia los podkhalimi, los toadeaters que rodeaban a su taciturna soberana.

Estaba decidida a triunfar. Después de la Escuela de Gorriones y de vuelta en Moscú, hizo sus deberes e identificó un objetivo de

seducción por su cuenta: un diplomático francés apacible cuya esposa estaba ausente y cuya hija adulta en París trabajaba en un departamento del Ministerio de Defensa francés, que supervisaba las armas nucleares de Francia. Dominika sabía que el hombre se estaba enamorando de ella y que le pediría a su hija que le susurrara a papá cualquier secreto atómico francés que Dominika quisiera conocer. Es una seducción fácil y no del todo desagradable, porque es un hombre solitario y decente. La diferencia era que se trataba de una auténtica operación. La cosecha potencial de inteligencia para el SVR no tenía parangón.

Pero la seducción fue demasiado bien, y los barrigones jefes de Dominika sintieron envidia, así que, voluntariamente y con malicia, arruinaron el lanzamiento y asustaron al francés. Éste informó de sus devaneos a su embajada y fue enviado a casa. El caso se perdió y Egorova, la advenediza de ojos azules graduada en la Academia, fue puesta en su lugar. El solícito tío Vania se compadeció de ella y le anunció que iba a ofrecerle algo que era una operación de verdad, algo sustancial, algo aún más deseable porque incluía ser destinado al extranjero, a la glamurosa Finlandia, decía. Es esto, pensó Dominika. Una misión operativa de verdad. Pero primero una pequeña misión; tardaría tres horas—dijo su tío, sonriendo: seducir a un americano en el Hotel Metropol. Haz esta última trampa para el Servicio y luego haz las maletas para tu misión en Helsinki. Uno por última vez, había pensado.

La teniente de navío Audrey Rowland llevaba una semana en Moscú con un grupo de estudiantes de último curso de la Escuela Nacional de Guerra, en una excursión para observar la geopolítica bilateral rusa, fuera lo que fuera lo que eso significara. Como era habitual con cualquier visitante oficial a Rusia, al recibir las solicitudes de visado de los estudiantes meses antes, los objetivos del SVR comenzaron su investigación, peinaron bancos de datos de fuentes abiertas y pidieron a fuentes clandestinas del Pentágono biografías y evaluaciones de la docena de estudiantes de la Escuela de Guerra que llegarían a Moscú seis semanas después. El rastreo era el procedimiento habitual: Los targeteadores del SVR eran como lobos pacientes en la ladera, vigilando a la troika tirada por caballos y llena de kulaks borrachos, esperando a ver si alguien se caía insensible del trineo a un banco de nieve y proporcionaba carne fresca.

El singular perfil del LTJG Rowland les llamó especialmente la atención. El estudio de objetivos señalaba que Rowland se había doctorado en física avanzada de partículas en Caltech, se había alistado en la Marina de los Estados Unidos y había superado con éxito la Escuela de Aspirantes a Oficial, por lo que ya se le

consideraba una persona de rápido ascenso y una apuesta segura para una eventual selección para el rango de bandera. Tras la OCS, Audrey había sido destinada a la División de Electromagnetismo del NRL, el Laboratorio de Investigación Naval de Washington DC.

En un boletín técnico confidencial del NRL, los rusos leyeron que en los tres primeros meses de su asignación, Audrey Rowland había impresionado a los científicos superiores con una monografía sobre la difusión del calor en el cañón de riel naval experimental MJ64. Esta noticia despertó un gran interés en los círculos de inteligencia rusos: La tecnología estadounidense de cañones de riel era una de las principales necesidades de la Armada rusa. La amenaza de un proyectil de propulsión eléctrica, sin pólvora, con una velocidad de 2.200 metros por segundo y una precisión infalible a distancias superiores a 150 kilómetros, preocupaba al mando naval ruso. Es más, la US Navy lo había planteado de otro modo: un proyectil de cañón de riel disparado desde Nueva York alcanzaría un objetivo en Filadelfia en menos de treinta y siete segundos.

Dado que Rowland era un objetivo potencialmente atractivo, se hizo un esfuerzo adicional para recopilar lo que en el mundo de los espías se denomina biografía personal y de estilo de vida. Se obtuvo más información de un ilegal ruso enterrado en el personal administrativo de la Universidad de California, Irvine, que tenía acceso a ciertas bases de datos restringidas de la UC y a los sistemas locales de aplicación de la ley. Haciéndose pasar por investigador laboral, el ilegal también entrevistó a vecinos, caseros y a un antiguo compañero de piso en Caltech. Los resultados fueron interesantes: Rowland era solitaria, distante, con debilidad por las margaritas, después de dos de las cuales tendía a desmayarse. Bajo lo que parecía un exterior tímido se escondía una naturaleza altamente competitiva. Hubo historias poco halagüeñas sobre su comportamiento obsesivo en el aula y el laboratorio. Luego llegó el premio gordo: había tenido un padre maltratador —él mismo piloto de la marina—, posibles connotaciones sexuales y una ausencia total de hombres durante sus años universitarios, que culminó con un incidente no especificado de violación en una cita del que no existía ningún registro oficial. ¿Virgen vestal, andrógina física o mujer que prefiere las vacaciones en la isla egea de Lesbos? En este último caso, podría haber una oportunidad para un poco de lesbianismo durante su visita a Moscú. Los expertos señalaron que Rowland no habría sido admitida en la OCS ni en la Escuela Superior de Guerra, a pesar de las recientes políticas de liberalización de la Marina estadounidense, si se conocieran sus predilecciones. Una vulnerabilidad secreta.

La LTJG Rowland iba a pasar una semana de gira en Moscú, alojándose en el Metropol con doce compañeros de clase y un

profesor/acompañante. Se corrió la voz hasta el Departamento de América del SVR; luego al FSB, Federal'naya Sluzhba Bezopasnosti Rossiyskoy Federatsii, el servicio de seguridad interior; luego al GRU, Glavnoye Razvedyvatel'noye Upravleniye, el servicio de inteligencia militar exterior del Estado Mayor de la Federación Rusa. Las pueriles disputas habituales entre estas agencias por la primacía en la persecución de Rowland se calmaron cuando el Kremlin ordenó que cada organización tuviera un papel: El FSB controlaría a los demás estudiantes y los acompañaría; un agente del SVR se utilizaría para la trampa de miel; y el GRU explotaría la toma. En cuanto a la campaña de reclutamiento, se presentaría a un especialista del Kremlin conocido como "Doctor Anton". Gran problema, Doctor Anton.

Durante la semana de los estudiantes en Moscú, los observadores del FSB notaron con interés que la LTJG Rowland parecía disfrutar más que un simple vodka después de la cena en el ornamentado Chaliapin Bar del Metropol, diciendo invariablemente buenas noches, y luego volviendo a hurtadillas y bebiendo mucho después de que sus compañeros de clase se retiraran por la noche. Sergei, un apuesto voronoy entrenado por la SVR (un cuervo, la versión masculina de un gorrión), fue asignado a la tarea de conocer, seducir y, finalmente, acostarse con la angulosa mujer que vestía rebecas abotonadas hasta el cuello, medias opacas y zapatos de tacón sensatos, en agudo contraste con el habitual mar de pechos de melón, tops transparentes y zapatos de tacón de Jimmy Choo. Es evidente que, tras dos noches de seducciones almizcladas de Sergei, Rowland prefería nadar boca abajo en Veronica Lake antes que estar con un hombre. El tiempo apremiaba, y el SVR y el GRU estaban desesperados porque Rowland no se les escapara de las manos.

El del formulario de Rowland, su expediente operativo, fue entregado a Dominika en su desgastado escritorio metálico del cuartel general del SVR, en el distrito de Yasenevo, al suroeste de Moscú, por un jefe de sección verrugoso y desdeñoso. Le dijo que lo leyera, que se fuera a casa, que se pusiera algo hidrosoluble, que llegara al Metropol a las 21.00 horas y que comprometiera al americano. La mecha corta de Dominika se encendió y le dijo al diputado regordete que fuera él mismo al Metropol, ya que era obvio que el objetivo prefería los coños (lo que en ruso era bastante más profano).

Como si hubiera estado escuchando a través de un micrófono en su cubículo, el tío Vania llamó cuatro minutos más tarde, asegurando a Dominika que esta sería la última misión de este tipo: a partir de entonces sería una oficial de operaciones en misión en Helsinki y cesarían las seducciones de Gorrión. —Acepta esta misión, por favor, no me digas que no —había dicho Vania, con voz repentinamente

nerviosa—. Tu madre te diría lo mismo. —Traducción: sigue las órdenes o tu madre, con su artritis reumatoide y su estenosis espinal, estará en la acera para cuando llegue el verdadero invierno moscovita.

Cuatro horas más tarde, con una pastilla de Mogadon, un relajante suave a base de benzodiacepinas, bajo la lengua, Dominika se sentó en el bar Chaliapin junto a una Audrey Rowland ya cansada, que miraba de reojo el antiguo collar otomano que Dominika llevaba alrededor de la garganta, cuyos colgantes de plata martillada sonaban en el profundo pliegue de sus pechos.

—El servicio de este bar deja mucho que desear —dijo Audrey, dando por sentado que Dominika hablaba inglés. —El vaso que tenía delante estaba vacío.

Dominika se inclinó hacia ella y le susurró conspiradoramente.

—Los rusos a veces necesitan que los animen un poco —dijo. —Audrey se rió y vio cómo Dominika pedía dos vodkas helados que le sirvieron al instante y con gran deferencia. Audrey ignoró al camarero, se bebió el vodka de un trago y observó a Dominika con los ojos muy cerrados. No podía saber que el camarero y los otros tres clientes del bar pertenecían a la Línea KR, activos de contravigilancia en busca de cobertura de la oposición mientras Dominika se movía sobre la alta mujer americana. El bar estaba limpio; Audrey estaba sola.

Dominika no tuvo que esforzarse demasiado. Le bastaba con una ligera leyenda —una historia de tapadillo— de que era una oficinista asalariada, y que en realidad no podía permitirse beber en el Metropol más que una vez al mes. Contaba chistes sobre hombres rusos, dirigía la conversación con delicadeza, se agarraba de vez en cuando a la muñeca de Audrey y establecía un contacto físico sacado directamente del manual de Gorrión. Dominika no mostraba curiosidad por el trabajo de Audrey ni por su carrera en la marina. No había necesidad de provocarla: Audrey se mostró totalmente ensimismada y dispuesta a hablar de sí misma, quizá narcisista, el ego será un botón con ésta, pensó Dominika, que le preguntó cómo era realmente su ciudad natal, San Diego, con los ojos muy abiertos e interesados. Audrey dijo que era hija única de un padre aviador naval y una madre tranquila (datos biográficos que ya figuraban en su expediente del SVR), y luego vamos a hablar largo y tendido de su infancia como una chica de playa californiana, ágil y surfista, algo que Dominika sospechaba que era ficción. Es que Audrey era una unmik, una friki de la física, y lo parecía. Después del tercer vodka, Dominika se puso seria e inclinó la cabeza hacia el camarero.

—Hombres rusos. Cuidado con ellos. No sólo son testarudos, sino también cabrones en su mayoría —dijo. Audrey le sacó la historia por etapas a una Dominika aparentemente reacia. Secándose los ojos con

una servilleta de cóctel con el logotipo —M— del hotel, acabó contándole a Audrey la ruptura de su combate con un prometido que le había sido infiel acostándose con una cajera que trabajaba en los grandes almacenes GUM de la Plaza Roja, toda una ficción.

—Era una pequeña ramera con el pelo teñido de morado, recién llegada de algún óblast rural, cómo se dice, de alguna provincia inimaginable —dijo Dominika—Es que estuvimos dos años prometidos y se acabó en una noche —Audrey palmeó la mano de Dominika, indignada con el prometido mujeriego sin nombre. El —mirada— siempre resultaba más creíble si se añadían detalles incongruentemente específicos, como el pelo teñido (el nº 87, —Los cuentos de Pushkin despiertan la imaginación— era el eslogan pertinente, y uno de los muchos que se memorizaban en la Escuela del Gorrión para ilustrar los puntos del oficio).

Los ojos de Audrey buscaron los de Dominika, ahora expectantes e intensos. La historia conmovió a Audrey sólo un poco menos que los pómulos altos y los labios de abeja de la belleza de pelo castaño que lloriqueaba a su lado. Coincidiendo en que todos los hombres eran svinya y brindando por la hermandad eterna, Audrey dijo en voz baja que quería enseñarle a Dominika su espacio del hotel. Dominika se llevó un elegante dedo a los labios y le susurró que, en lugar de la habitación de Audrey, podían colarse en la opulenta Suite Yekaterina de la cuarta planta: su prima era camarera en el hotel y tenía llave maestra. Audrey tembló de miedo y se agarró la rebeca. Por desgracia, sus profundos conocimientos de física electromagnética no le permitieron advertir la cola curvada del escorpión que se alzaba sobre su cabeza.

La suite era magnífica, dorada y verde, con un imponente samovar de tombak rojo sobre una mesa de té ovalada de Fabergé en un rincón del espacio. Miraron el mobiliario y se miraron el uno al otro. Ninguno de los dos dijo una palabra. Dominika sabía que la trampa del néctar estaba a punto de cerrarse. Fingió que miraba los frescos que salpicaban el techo barroco abovedado cuando Audrey —ahora vestida de mosto— se acercó a ella, le puso las manos en los pechos y juntaron sus bocas. Dominika le devolvió el beso, luego se separó lentamente, sonrió y sirvió dos copas de champán de una cubitera que había sobre el sofá (puso una pastilla de Mogadon en la copa de Audrey para alisarla), le acercó una bandeja de plata con pecheniya, pasteles de té rusos de azúcar en polvo apilados en una pirámide nevada, y cogió uno ella misma. Audrey no se percató de la incongruencia que suponía que la prima camarera de Dominika hubiera proporcionado el caro champán y los delicados pasteles junto con la llave maestra.

Es demasiado ver a Dominika mordisquear los pasteles con sus

dientes blancos. El horno holandés de Audrey estaba a punto de hervir y, con dedos temblorosos, quitó el azúcar en polvo de la parte delantera del vestidito negro de Dominika y la arrastró por el salón hasta el dormitorio. Los siguientes treinta minutos fueron filmados por cuatro objetivos infrarrojos con cabezal remoto (y micrófonos esclavos COS-D11) ocultos en las molduras de acanto ornamentadas de cada esquina del techo, que funcionaban a 29 megapíxeles. La señal estaba siendo grabada digitalmente por un equipo técnico de la SVR en un espacio especial al final del pasillo del hotel. Sin apartar los ojos de los monitores, dos técnicos sudorosos empaquetaban y encriptaban las imágenes, enviándolas inmediatamente para su revisión en tiempo real a las oficinas del Kremlin de unos cuantos ministros relevantes —todos antiguos compinches de inteligencia del presidente— a medio kilómetro de distancia, al otro lado de la Plaza Roja. Ver las imágenes en directo era mucho mejor que ver a las chicas brasileñas en bikini en National Geographic.

Alta, con cara de hurón, todo huesos de la cadera y caja torácica, con el pelo castaño claro peinado con un corte príncipe valiente visto por última vez en la película muda francesa de 1928 La pasión de Juana de Arco, la ratoncita Audrey era un nudo gordiano de pasión culpable, torpeza torpe y anorgasmia, con tendencia a rociar la cama mientras perseguía en vano su esquiva liberación. Gracias a Dios, pensó Dominika, nada complicado. Sin mucho esfuerzo, podía evitar la participación activa y en su lugar asumir el papel de masajista y llevar a este espantapájaros huesudo a través de las cuatro etapas corporales de la excitación —en la escuela las llamaban Niebla, Brisa, Montaña y Ola— para sacar de ella lo que los instructores llamaban malenkoye sushchestvo, la pequeña criatura, que es exactamente lo que ocurrió treinta tambaleantes minutos después, el primer espasmo estremecedor desencadenado por la inesperada introducción del mango de goma estriado del cepillo para el pelo de Audrey (No. 89, —Rezar en el altar mayor de la catedral de San Basilio-).

Gimiendo y con los ojos desorbitados, Audrey se bajó del colchón como un vampiro sentado en un ataúd, rodeó el cuello de Dominika con los brazos, le clavó los dientes en el hombro y cabalgó sus sucesivos y estremecedores orgasmos como una bruja sobre una escoba, fuera del hotel, por encima de los muros del Kremlin, más allá de la ventana de la habitación del presidente Putin y alrededor de la estrella de la aguja del hotel Ukraina, a doscientos metros por encima de la curva Arbatsky del río.

Eso debería darle suficiente trabajo al reclutador del GRU, pensó Dominika, con aplomo técnico, mientras Audrey se desplomaba sobre su espalda, suspirando. Dominika se puso una toalla sobre los temblorosos lomos de Audrey.

La última vez, pensó, y menos mal que dejaba esto atrás. Helsinki iba a ser un sueño. No podía saber que estaba bien y mal a la vez.

Audrey estaba saliendo de su coma de cuatro clímax alimentado con benzodiacepina, con la cabeza sorprendentemente despejada y los muslos pegajosos y temblorosos. Según el procedimiento, el Gorrión siempre se escabullía del espacio cuando entraba el reclutador, y Dominika pasó a su lado ignorando su cortés inclinación de cabeza. Audrey ni siquiera la vio irse, y no sabía que el papel de la intrigante Gorrión había terminado. Para Audrey, cómo-se-llame no sería más que un recuerdo desvanecido —una Venus de ojos azules sosteniendo aquel cepillo—, aunque inmortalizado permanentemente en vídeo digital.

Audrey tampoco sabía que el reclutador del Kremlin era el renombrado doctor Anton Gorelikov, el director cincuentón del misterioso Sekretariat de Putin, una oscura oficina del Kremlin con un único miembro —el propio Gorelikov— que se ocupaba de asuntos delicados y estratégicos de importancia, como el reclutamiento coercitivo de un joven oficial de la Marina estadounidense. El tío Antón había cosechado éxitos monumentales de reclutamiento a lo largo de los años. Hablando en un fluido inglés oxfordiano, Gorelikov tenía varios asuntos que discutir después de que Audrey terminara de vestirse y saliera del baño dorado peinándose nerviosamente con el cepillo aún caliente. Rara vez recurría a las amenazas, prefiriendo en su lugar discutir racionalmente las ventajas de cooperar con la inteligencia rusa, e ignorando el —desasosiego— que acababa de concluir.

Se sentaron en el salón, Audrey aprensiva pero despistada. Es que eran las dos de la madrugada.

—Es un claro placer conocerte, Audrey —dijo el tío Anton.

Audrey se removió en la silla y le miró. Una parte de su almidón estaba a la vista.

—¿Cómo sabes mi nombre?—dijo. —¿Quién es usted?

Gorelikov esbozó la sonrisa que había condenado a mil reclutas chantajeados. La voz de Audrey no era tranquila; oyó el tono vacilante que la delataba.

—Por favor, llámame Anton —le dijo. —Sé tu nombre porque tus bona fides son magníficas: una brillante carrera en investigación armamentística por delante, excelentes perspectivas de ascenso, mentores influyentes y poderosos patrocinadores que sobrealimentarán tu carrera en la marina.

—¿Cómo sabe tanto sobre mí? ¿A qué entidad representas?— dijo Audrey, aún sin comprender de qué se trataba.

El tío Antón ignoró sus preguntas.

—Es prudente no mencionar la breve relación de esta noche con la joven del bar, es lo mejor para todos —dijo el tío Anton. —Admiro enormemente la sabiduría de las reformas del "no preguntes, no digas" de la Marina de los Estados Unidos. Lamentablemente, nuestro ejército ruso es demasiado monolítico para una visión de futuro tan liberal", suspiró.

—¿Qué tiene eso que ver? —dijo Audrey, cuya excepcional mente empezaba a atar cabos. Una ola de frío le recorrió la espalda.

—Tengo una preocupación permanente —dijo el tío Anton—Me temo que si tus zafias indiscreciones se hacen públicas, los viejos prejuicios institucionales en tu servicio resurgirían con casi total seguridad, poniéndote en riesgo de una jubilación anticipada en la playa a mitad de sueldo. Gorelikov apuntó el mando a distancia hacia el televisor de la esquina del salón, que empezó a mostrar precisamente las indiscreciones de las que hablaba, a saber, imágenes de las temblorosas piernas de Audrey en el aire con lo que parecía ser la cola de un lémur saliendo de entre sus nalgas. Audrey se sentó adormilada en el sillón, observando inexpresiva, dando pocas pistas psíquicas al viejo y astuto mago, lo cual era interesante: se mostraba plácida, sin emociones, aquiescente. Aceptó un cigarrillo y le dio una calada profunda. Gorelikov supo que estaba considerando las consecuencias. Buena señal.

Audrey, en efecto, estaba considerando las consecuencias. Sabía lo que ocurriría, ya que les habían dado instrucciones de seguridad precisamente sobre estas situaciones. Ella había optado por ignorarlas; eran normas que no se aplicarían, no se aplicaban, a ella. Iba a llegar muy lejos en la marina y no tenía tiempo. Pero sabía que estaba en un aprieto: Los rusos inventarían una farsa. La joven rusa se presentaría ante las autoridades con lágrimas en los ojos y afirmaría que la habían obligado a grabar un vídeo sexual obsceno, lo que constituía una violación de al menos media docena de leyes morales rusas. Semejante escándalo destruiría la carrera de Audrey, esa carrera para la que se había estado preparando desde la escuela de graduados, pasando por la Escuela de Aspirantes a Oficial, hasta el laboratorio de investigación, con el fin de ascender en el escalafón, de superar a su poco generoso padre, de superar sus propios logros en la marina, y de ganarse los beneficios y el prestigio del rango de bandera en un servicio que era el coto impenetrable de hombres petulantemente solícitos. Todo esto sería suyo; nada era más importante. Su mente de física saltó hacia adelante con comprensión.

—En los términos más sencillos, me estás chantajeando a mí, un oficial de la Marina de los Estados Unidos —Audrey no pudo evitar que le temblara la voz. El tío Antón levantó las manos en señal de alarma.

—Mi querida Audrey,— dijo. —Eso es lo más alejado de mi mente. La sola idea me repugna.

—Es posible que tengas la cortesía de decirme qué es lo que tienes en mente. Es que Gorelikov se dio cuenta de que ella ya podía dar órdenes como un almirante.

—Con mucho gusto,— dijo. —Basta de hipótesis. Tengo una oferta excepcional. Me gustaría proponerle una relación discreta entre usted y una Rusia comprensiva para trabajar juntos durante un año hacia una paridad global pacífica, una relación que sería beneficiosa para ambos países, y para todas las naciones. Una colaboración de doce meses. Le pido que lo considere: después de todo, incluso la investigación militar tiene como objetivo evitar la guerra, ¿no es así?

Ella no se movió, pero él supo que estaba escuchando. Audrey valoró sus palabras. En cierto sentido, tenía razón. La sufrida madre de Audrey había vivido durante treinta años bajo el insensible peso de su regente marido. Era un alma bondadosa y, bueno, una niña enamorada de los años sesenta que bailaba en Woodstock y creía en la paz global, en un mundo desprovisto de luchas, crueldad y odio. La mente analítica de Audrey sabía qué cosas como los cañones de riel no existían en el mundo elíseo de su madre, pero nunca olvidó sus plácidas palabras, en los tranquilos meses anteriores al tumulto, cuando su padre volvía a casa después de su servicio en el mar.

—Pero nadie puede vivir sólo de la paz mundial, ¿verdad? —dijo el tío Antón, irrumpiendo en sus pensamientos. Una relación discreta le reportaría otros beneficios tangibles, menos abstractos, como los honorarios de un consultor, incluido un —estipendio mensual,— una cuenta bancaria alias en el extranjero en la que se harían depósitos significativos con regularidad y, lo más importante, opekunskiy, tutoriales para ella preparados por expertos militares rusos, el Instituto Norteamericano y personal del Kremlin sobre doctrina naval estratégica, diseño de armamento, previsiones globales, prioridades políticas internacionales y tendencias económicas. (No importa que todos los servicios de inteligencia utilicen la ficción de los —tutoriales — para sus activos como sesiones de elicitación para extraer aún más información de sus agentes sin desvelar nada importante).

Con semejante comienzo, Audrey Rowland se convertiría en la estrella ascendente de la investigación militar de la Marina estadounidense, lo que le aseguraba ascensos, la gestión de programas enteros de I+D y puestos en el Pentágono. Este tipo de destinos solían conducir a la política nacional después de la carrera militar: el Senado, el gabinete, incluso más arriba. Audrey arrojó ceniza al suelo. Sabía lo que estaba ocurriendo, pero las recompensas eran exactamente los emolumentos que codiciaba.

Gorelikov la analizaba por capas, como quien hace girar un

balaustre en un torno de madera. Era una narcisista social con un sentido exagerado de sí misma, una arribista compensatoria con una profunda necesidad de admiración y, sin embargo, una falta de empatía hacia los demás, como su padre. Estaba en un sistema que la convertía por definición en una inadaptada sexual. Había sido una brillante estudiante de doctorado con una mente ordenada, que ahora impresionaba a sus superiores en el NRL. No era imprudente ni impulsiva por naturaleza y, sin embargo, estaba ligando con mujeres en el bar de un hotel de Moscú, ignorando claramente las férreas prácticas de seguridad estipuladas para los países con criterios, naciones de alta amenaza para la seguridad. Odarennost y sobstvennoye, genio empañado por el ego, con el albatros de una sexualidad conflictiva pesando sobre su cuello. De hecho, un perfil potente en un candidato de reclutamiento. Basándose en su valoración de ella, dudaba que rechazara su propuesta y decidiera atenerse a las consecuencias.

Audrey sopló un chorro de humo hacia el techo, dando rienda suelta a su indignación. —Gracias por la oferta, Anton, pero vete a tomar por culo —dijo rotundamente, sin mirarle. Es la respuesta que estaba esperando.

PECHENIYA-PASTELES DE TÉ RUSOS

Mezclar la mantequilla, el azúcar, la levadura en polvo y la vainilla. Incorporar la harina, la sal y las almendras picadas hasta obtener una masa homogénea. Haga bolas de una pulgada, colóquelas en una bandeja sin engrasar y hornéelas a temperatura media, pero no hasta que se doren. Pasar las bolas aún calientes por azúcar en polvo. Dejar enfriar y volver a pasarlas por el azúcar.

1

Un topo en medio de ellos

EL DÍA de hoy. La Coronel Dominika Egorova, Jefa de la Línea KR, la sección de contrainteligencia del SVR, estaba sentada en una silla del despacho del Rezident de Atenas, Pavel Bondarchuk, y hacía rebotar el pie, señal de impaciencia molesta para quienes la conocían. Bondarchuk, también coronel del SVR, era jefe de la rezidentura y responsable de la gestión de todas las operaciones de la inteligencia rusa en Grecia. Técnicamente tenía un rango superior al de Egorova, pero ella había adquirido mecenas en el Kremlin durante su carrera, y una reputación profesional que se susurraba por el telégrafo de porcelana del cuartel general del SVR (cotilleos que sólo se repetían en los aseos del cuartel general): reclutamientos, intercambios de espías, tiroteos; esta Juno incluso le había volado la parte superior de la cabeza a un supervisor con una pistola de carmín en una isla del Sena en París por orden de Putin. ¿Quién iba a tirarle de los pelos a este drakon escupefuego? pensó Bondarchuk, que era un espantapájaros nervioso con la frente grande y las mejillas hundidas.

No es que se pareciera a un dragón. En la treintena, Egorova era delgada y de cintura estrecha, con piernas todavía musculosas por el ballet. El pelo castaño, amontonado en la parte superior de la cabeza, enmarcaba un rostro helénico clásico de cejas pobladas, pómulos altos y mandíbula recta. Sus manos eran largas y elegantes, las uñas cuadradas y sin pulir. No llevaba joyas, sólo un fino reloj de pulsera con una estrecha correa de terciopelo. Incluso bajo su holgado vestido de verano en este día primaveral, era evidente el prodigioso busto 80D de Egorova (objeto de frecuentes e inevitables comentarios en los pasillos de Yasenevo). Pero eso no era nada comparado con sus ojos, que se clavaron en los de él mientras le miraba el pecho. Azules como el cobalto y sin pestañear, los ojos de Egorova parecían mirar dentro de la cabeza de uno para leer los pensamientos, una sensación decididamente espeluznante.

Lo que nadie sabía era que Dominika Egorova podía leer la mente. Es por los colores. A los cinco años le diagnosticaron sinestesia, una enfermedad que su padre, profesor, y su madre, violinista, le hicieron jurar que nunca revelaría a nadie. Y nadie lo sabía. Su sinestesia le permitía ver las palabras, la música y los estados de ánimo humanos como colores etéreos en el aire. Es una gran ventaja cuando baila ballet y puede hacer piruetas entre espirales rojas y

azules. Es una gran ventaja cuando baila ballet y puede hacer piruetas entre espirales rojas y azules. Es una ventaja aún mayor en la odiada Escuela Gorrión cuando puede ver la nube gaseosa que rodea la cabeza y los hombros de un hombre y medir la pasión, la lujuria y el amor. Cuando entró en el Servicio como oficial de operaciones, era una superarma que utilizaba para evaluar estados de ánimo, intenciones y engaños. Había vivido con esta habilidad —una bendición y una maldición— distinguiendo los rojos y morados de la constancia y el afecto, o los amarillos y verdes de la mala voluntad y la pereza, o los azules de la consideración y la astucia y, sólo una vez, las alas negras de murciélago de la maldad pura.

El halo amarillo del pánico burocrático de Bondarchuk le rodeaba los hombros. —Usted no tiene autoridad para iniciar una operación en mi área de responsabilidad —dijo, entrelazando nerviosamente los dedos—. —Lanzar una norcoreana es doblemente arriesgado. No tienes ni idea de cómo reaccionarán estas giyeny, estas hienas: protesta diplomática, ciberataque, violencia física; son capaces de cualquier cosa.—.

Dominika no tenía tiempo para esto. —La hiena a la que te refieres es Ri Sou-yong, el académico Ri, adjunto del Centro de Investigación Científica Nuclear de Yongbyon en Corea del Norte, la institución que está trabajando diligentemente en el diseño de una cabeza nuclear para usarla contra Estados Unidos. Necesitamos una fuente dentro de su programa. Con el aliento de China, es tan probable que los norcoreanos lancen un misil contra Moscú como contra Washington en los próximos cinco años. ¿O no está de acuerdo?

Bondarchuk no dijo nada.

—Le envié el resumen operativo. Ri lleva un año en el Organismo Internacional de Energía Atómica, OIEA, en Viena,— dijo Dominika. —Nunca ha dado un paso en falso, lealtad inquebrantable a Pyongyang, políticamente fiable. Luego envía una carta. Quiere hablar con Moscú. ¿Conciencia? ¿Desesperación? ¿Deserción? Ya veremos. En cualquier caso, cálmese. Este no es un lanzamiento coercitivo; él nos llamó.—

—Has quemado una casa segura perfectamente buena de mi lista para este objetivo desconocido, sin ninguna garantía de éxito,— dijo Bondarchuk.

—Quéjate a Moscú, si quieres —soltó Dominika. —Entregaré personalmente al Director tu gestión por escrito, explicando que te habrías encontrado con el objetivo abiertamente en la calle.—El pie de Dominika rebotó como una máquina de coser. Aquel hombre era un imbécil entre los imbéciles del Servicio. —Tenemos dos días para ablandarlo. Es un fin de semana furtivo lejos de su destacamento de

seguridad de Viena. Está en una casa de playa en Voula con un ama de llaves-cocinera,— dijo ella.

La supuesta ama de llaves, la estudiante rumana de veinticinco años, ¿no estará en nómina?

Dominika se encogió de hombros.

—Uno de los mejores. Ya le ha proporcionado información útil sobre su crisis de los cuarenta —dijo.

Bondarchuk se rió.

—Estoy seguro de que está aportando otras ideas útiles. Los Gorriones sois todos iguales —dijo, incluyéndola implícitamente.

Dominika se puso en pie.

—¿Tú crees? ¿Se nota que somos todos iguales? —dijo ella, todo hielo. —Por ejemplo, la mujer con la que te ves todos los jueves por la tarde, ¿es un Gorrión del Centro, diría usted, coronel? ¿O sólo su amante griega? ¿Puede adivinarlo? Y si vuelve a referirse a mí como Gorrión, su crisis de los cuarenta llegará antes de lo previsto.

Bondarchuk se quedó sentado en su silla, con su halo amarillo temblando mientras Dominika salía.

Cuando Dominika llegó al piso franco, el Académico Ri estaba en el mercadillo semanal de Voula, el soleado barrio costero de Atenas, en la costa sur, comprando productos para que su asistenta rumana, Ioana, le preparara albóndigas de limón con apio nabo como las que solía hacer su madre. Incluso después de haber pasado un año conociendo las delicias culinarias de Viena, el hambriento paladar norcoreano de Ri seguía anhelando carne, verduras y ricas salsas, e Ioana había estado preparando abundantes comidas para los dos días desde que llegó a Atenas tras escabullirse de Viena antes del comienzo de un largo fin de semana.

—Aquí tenemos una escena doméstica bastante apropiada,— le dijo Ioana a Dominika, que se quitó las gafas de sol al entrar en el pequeño apartamento alquilado en el segundo piso, todo paredes encaladas y suelos de mármol con correderas de balcón completamente abiertas a la cálida brisa marina. —Es un pato raro: habitaciones separadas, no quiere masajes en la espalda y no me mira en ropa interior. Él compra la comida, yo cocino, él friega los platos y luego ve las noticias en inglés toda la noche. Lo devora.

Ioana Petrescu era una veterana Gorrión, alta y ancha de hombros, ex jugadora de voleibol, que hablaba con fluidez inglés, francés y rumano, y tenía un nivel 4 de ruso. Era licenciada en Eslavística por la Universidad de Bucarest. Le caía mal la mayoría de la gente —funcionarios, oficiales de la SVR y rusos en general—, pero adoraba a Dominika, que era una hermana de armas, una antigua Gorrión que la trataba como a una igual. Con su rostro de diosa

daciense, Ioana podría haber hecho fortuna en el modelaje occidental, pero su carácter cruzado la mantuvo trabajando como Gorrión de la SVR para Dominika, susurrando en una ocasión que disfrutaba con los matices de la seducción en una trampa de miel bien gestionada. Había algo de depredadora en ella, lo que la hacía aún más querida de Dominika. Era perspicaz, culta, irascible, irreverente y escéptica. Dominika protegía a Ioana dentro del Servicio, mantenía alejados de ella a los coroneles y generales mujeriegos y valoraba sus astutas evaluaciones de objetivos. Las dos mujeres eran amigas: Dominika planeaba sacarla del cuadro de Gorrión e incorporarla al Servicio de forma permanente como oficial.

—¿Menciona por qué envió la carta a la rezidentura de Viena?— dijo Dominika. —¿Qué quiere? ¿Va a desertar?

—No quiero desertar,— dijo una voz en la puerta. No le habían oído entrar. Ri Sou-yong llevaba una bolsa de plástico rebosante de la que sobresalían una cabeza de apio y las hojas de un puerro. Dejó la bolsa en la encimera de la cocina y se sentó en una silla frente a las mujeres. Era bajo y delgado, vestido con una sencilla camisa blanca, pantalones de vestir y sandalias. Tenía el pelo negro azabache, cara de luna rubicunda con pómulos altos y un ligero lunar en la barbilla, como el presidente Mao. —¿Puedo suponer que su colega es el representante de Moscú? No preguntaré nombres. —Se volvió hacia Dominika. —Bienvenida. Gracias por venir hasta aquí para verme. Es que tengo información para usted. Es que vamos al espacio de atrás y volvemos con un sobre de manila arrugado con un botón y un cordón, y se lo damos a Dominika. Por favor, disculpe el estado del sobre. Es que tuve que sacarlo de mi despacho bajo la ropa. Pero espero que el contenido compense su aspecto desaliñado.

Dominika vació un fajo de páginas sobre la mesita. Los documentos estaban escritos en coreano; bien podrían haber sido arañazos paleolíticos en las paredes de una cueva de Lascaux.

Ri leyó al instante la mirada perdida de Dominika y se sonrojó en señal de contrición. —Pido disculpas por el Chosŏn'gŭl, la escritura coreana, pero sé que los documentos científicos originales tienen más valor intrínseco que los traducidos o transcritos.— Es todo un perfeccionista, pensó Dominika, apreciando el halo azul intenso que rodeaba su cabeza. Un pensador, brillante, anticipa reacciones.

—Es cierto, profesor —dijo Dominika—, pero un traficante de información falsa podría traer documentos cuyo valor no se puede determinar de inmediato. En el fondo de su mente, aún podía tratarse de una trampa de los servicios de inteligencia norcoreanos urdida por alguna razón inescrutable por la mente infantil del Líder Sobresaliente o como quiera que se llamara últimamente al presidente de los frijoles de mantequilla. Por costumbre, tanto ella como Ioana escucharon

inconscientemente el crujido de las pisadas de grava en el camino de entrada. Ri sonrió y dio una palmada.

—Muy bien, en efecto; es usted prudente al plantear la cuestión —dijo—.

—Y aún no hemos oído exactamente por qué has solicitado esta reunión ni qué es lo que ofreces, ni qué esperas concretamente a cambio —dijo Dominika.

—Con mucho gusto responderé a sus preguntas —dijo el hombrecillo, haciendo una pequeña reverencia.

—En primer lugar, no le pido nada a cambio de esta información. No necesito dinero. No quiero desertar. Mi familia de Pyongyang sería introducida viva, una a una, en un horno de laminación de acero si yo desapareciera de mi puesto en Viena.

—En segundo lugar, le ofrezco información —secretos de Estado — sobre los recientes éxitos en el programa nuclear de Yongbyon, concretamente los esfuerzos para construir un detonador fiable para un dispositivo nuclear, que con el tiempo será lo suficientemente miniaturizado como para ser instalado en un misil balístico intercontinental. Resumiré en inglés lo que he proporcionado en estos informes técnicos para su informe preliminar a Moscú. ¿Será eso satisfactorio?

—Sería bastante satisfactorio —dijo Dominika. —Pero queda la tercera pregunta: ¿Por qué haces esto? Ri miró a Dominika directamente a los ojos, con su halo azul inquebrantable y las manos quietas. Ella no detectó ningún engaño.

—Escogí Moscú porque Washington ha perdido su gravitas global en la última década, se ha convertido en un águila sin garras ni pico. La CIA se ha politizado y contorsionado, y tiende a filtrar información de inteligencia a instancias de su administración para obtener beneficios políticos.— Sonrió. —Colaborar con un servicio de inteligencia que filtra para servir a políticos ideologizados tiende a acortar la esperanza de vida de sus fuentes informantes. Estoy dispuesto a correr riesgos, pero no soy un suicida.

Ri se limpió las palmas de las manos en los pantalones.

—¿Preguntas por qué? Una persona sólo puede permanecer callada un tiempo. Las armas nucleares en manos de un hombre-niño que se hace llamar El Santo del Sol y de la Luna serían un desastre para nuestro país, para la región asiática y para el mundo. Arriesgo mi vida y la de mi familia para que eso nunca ocurra. No hay esperanza en nuestro país. Tal vez yo pueda traer algo de esperanza para el futuro.

—Admiro su convicción, profesor,— dijo Dominika. —¿Está dispuesto a seguir informando desde Viena, desde el OIEA? No le mentiré; los riesgos no disminuirán. Pero yo personalmente seré

responsable de su seguridad.

—Colaborar en Viena será bastante más difícil,— dijo Ri. —Hay un grupo de guardias de seguridad que vigilan muy de cerca a nuestra delegación. Estamos obligados a vivir en el mismo edificio de apartamentos, dos delegados en cada piso, por lo que todos se informan sobre los demás. El tiempo a solas es muy raro.

—Son dificultades que se pueden superar,— decía Dominika. —Tenemos mucha experiencia en estos asuntos.—

Con la exquisita sincronización de un gorrión entrenado, Ioana se levantó y se dirigió a la cocina.

—Voy a empezar a cenar mientras habláis de negocios —dijo. —Creo que una botella de vino esta noche, para celebrarlo...

El académico Ri se sentó junto a Dominika en el sofá y resumió lo que contenían los informes que le había proporcionado, pasando de vez en cuando una página para esbozar un diagrama sencillo que ilustrara un punto. Hablaba como un científico, con lógica y en una secuencia ordenada.

—Podríamos hablar durante semanas sobre el desarrollo del diseño de armas nucleares, pero en pocas palabras, estos documentos documentan que nuestro servicio de inteligencia ha proporcionado a nuestro programa nuclear cierta tecnología extranjera que permitirá a Corea del Norte construir un artefacto nuclear más potente y miniaturizarlo para que quepa en la ojiva de un misil balístico intercontinental. Si me permiten, hay tres puntos importantes:

—Uno: Nuestro servicio de inteligencia, el RGB, la Oficina de Reconocimiento del Departamento de Estado Mayor, no es un servicio global. Operan regionalmente, son irremediablemente insulares y generalmente ineficaces. Nunca podrían, bajo ninguna circunstancia, haber adquirido la tecnología por su cuenta.

—Segundo: La tecnología incluye componentes electromagnéticos avanzados, hasta ahora sólo vistos en el desarrollo de un cañón de riel naval estadounidense, un arma experimental que puede propulsar un proyectil a grandes velocidades a distancias inmensas.

—Tres: El aprovechamiento de la potencia electromagnética de un cañón de riel reconfigurado permitirá a Yongbyon desarrollar lo que se denomina un detonador de tipo cañón —hacer chocar dos semiesferas subcríticas de U-235— para un dispositivo de fisión de uranio en un periodo de tiempo muy corto. Es una tecnología relevante porque también facilitará la miniaturización del detonador para que quepa dentro de una ojiva de misil.— Dominika sabía que esto era inmensamente importante.

—Profesor, ¿cuándo estará listo el detonador en su forma miniaturizada?

—Estimo que seis meses, a menos que haya complicaciones,— dijo Ri.

—¿Cuenta Corea del Norte en este momento con un misil con alcance suficiente para alcanzar Washington, DC, o Moscú?

—Esos son secretos que guardan las Fuerzas de Misiles del Estado Mayor del ejército. Tengo entendido que a día de hoy, no, pero en doce meses, tal vez. Es sólo una adivinanza.

—¿Cómo adquirió el RGB la tecnología del cañón de riel electromagnético?

Ri negó lentamente con la cabeza.

—Eso no lo sé. Nos dan copias simples de la investigación, pero no vemos documentos ni planos originales. El RGB nunca revelaría la fuente de su información. Hay dos cosas seguras: Es auténtica y está acelerando nuestro programa, ahorrándonos años de investigación y desarrollo.

—¿Y la segunda—preguntó Dominika.

—Esta ciencia sólo puede venir de un sitio. Los americanos tienen un gran problema. Tienen un topo entre ellos.

ALBÓNDIGAS AL LIMÓN CON APIONABO DE IOANA

Mezclar carne picada, cebolla picada, perejil picado, huevo crudo, pimienta de Jamaica, sal y pimienta, y dar forma de brocheta corta y oblonga. Dorar las brochetas y reservar. Saltear la raíz de apionabo cortada en fósforos, los dientes de ajo enteros machacados, la cúrcuma, el comino, la canela, las semillas de hinojo machacadas y el pimentón ahumado, removiendo a fuego fuerte. Vuelva a poner las brochetas en la sartén, añada el caldo de pollo, el zumo de limón y salpimiente. Llevar a ebullición y cocer a fuego lento hasta que el apio esté tierno y la salsa espesa. Servir con una cucharada de yogur espeso y una pizca de perejil.

2

Pan en el horno

HACE doce años, cuando la LTJG Audrey Rowland, en la suite del Hotel Metropol, mandó al carajo al reclutador del Kremlin Anton Gorelikov, después de que éste le propusiera un acuerdo por el cual ella compartiría información clasificada sobre proyectos de investigación armamentística de la Marina estadounidense con la inteligencia militar rusa a cambio de pagos en metálico y una discreta ayuda para su carrera, Gorelikov quedó encantado. En el manual de reclutamiento de los servicios de inteligencia, esta blasfemia no era una negativa. La joven no había dicho que no y, lo que es más importante, no había declarado indignada su intención de denunciar la propuesta a los funcionarios de contraespionaje estadounidenses, lo que habría echado por tierra definitivamente el acercamiento. Su escarceo de treinta minutos con un Gorrión del SVR fue claramente un contacto denunciable que habría tenido graves consecuencias para su prometedora carrera en la marina. Gorelikov pensó que la motivaba su deseo de mantener el episodio en secreto. Pero pensó que había algo más. Esta joven era ambiciosa, y ya había demostrado ser una brillante investigadora en un programa crítico, una habilidad bañada en oro que garantizaría un rápido ascenso en una Marina estadounidense dominada por los hombres, lo que claramente era importante para ella. También arrastraba un bagaje aún no definido en relación con los hombres, que tal vez se manifestara en su comportamiento sexual, incluso a su corta edad. Ambición aderezada con ego y un gusto prohibido por el tribadismo. Un potente cóctel de reclutamiento. La había dejado reflexionar durante la noche —en el léxico del espionaje conocido coloquialmente como dejar el pan en el horno—.

Cuando al día siguiente Audrey Rowland estipuló que limitaría sus informes estrictamente al proyecto del cañón de riel, Gorelikov aceptó amablemente su condición. Sabía que el anzuelo estaba puesto. La mayoría de los agentes empiezan declarando límites morales a su traición, insistiendo en acuerdos cerrados, normalmente limitados a un solo tema, a cambio de mantener en secreto sus transgresiones originales. De lo que ninguno de ellos se dio cuenta inmediatamente fue de que acceder a facilitar cualquier secreto a Moscú centuplicaba la infracción inicial, envolviendo al agente en la tela de araña durante todo el tiempo que estipularan los rusos, o hasta que perdiera el acceso, o hasta que se le acabara la suerte y los cazadores de topos la llamaran para los inexorables interrogatorios. Gorelikov sabía, por su

larga experiencia, que el resultado inevitable —el destino universal de todos los agentes— era que Audrey acabaría siendo descubierta por un descuido de un manipulador del GRU o, lo que era más probable, por una fuente de la CIA dentro del GRU que informaría de la existencia de un topo ruso en la Marina estadounidense. El objetivo, por tanto, había sido compartimentar el caso, y hacer funcionar el activo durante el mayor tiempo posible, extrayendo la mayor cantidad de inteligencia tan rápido como fuera seguro. La supervivencia de Audrey Rowland como fuente de información no era responsabilidad burocrática de Gorelikov, pero éste se dijo a sí mismo que prefería que se encargara de ello el SVR, un servicio más experto en el manejo de fuentes extranjeras, o mejor aún, un ilegal anónimo, imposible de rastrear y triplemente compartimentado.

Sin embargo, la altiva vicealmirante Rowland —encriptada MAGNIT— había desafiado las probabilidades actuariales de supervivencia de los agentes. Llevaba doce años informando —había habido interrupciones en el contacto, cambios infructuosos a nuevos e inaceptables controladores y un paréntesis tras un susto de seguridad —, pero había estado en los libros desde su reclutamiento en Metropol.

La VADM Rowland, como predijo Gorelikov, hacía tiempo que se había acostumbrado al acto de espionaje. Al principio racionalizó la traición diciéndose a sí misma que compartir la ciencia con Rusia igualaría las condiciones tecnológicas, generaría confianza mutua y reduciría las posibilidades de una tercera guerra mundial, un conflicto al que ninguna persona en su sano juicio creía que pudiera sobrevivir ninguno de los dos bandos. Disfrutaba con las floridas notas de agradecimiento y admiración de los asombrados científicos rusos que elogiaban su brillantez técnica, del mismo modo que se deleitaba en las reuniones anuales con el tío Antón, que era elegante, bien vestido y urbano, y podía hablar de arte, música o filosofía tanto como de los límites de los radares phased array o de la capacidad de generación de megavatios del destructor de clase Zumwalt.

La relación entre agente y capitán maduró. A medida que el rendimiento de MAGNIT no disminuía y sus índices de fiabilidad se mantenían al más alto nivel —todos los servicios evalúan constantemente a sus canarios, ya que la primera señal de problemas en un caso es un cambio anómalo en la producción de información—, Gorelikov, siguiendo instrucciones de Putin, inició una manipulación paralela: Los oficiales del GRU manejaban a MAGNIT dentro de Estados Unidos, aunque eran poco más que carteros, recogiendo gotas y pasando requerimientos. Gorelikov, sin embargo, empezó a reunirse con MAGNIT durante su permiso personal anual, su único descanso de su devoción total a los laboratorios, los Programas de Acceso Especial,

la gestión de personal y las tareas de supervisión presupuestaria que la consumían. Todo el mundo sabía que la almirante Rowland elegía destinos agrestes y campestres para sus viajes de vacaciones en solitario de un mes de duración: senderismo en Nepal; safaris fotográficos en Tanzania; acampadas en Jamaica; o descensos en kayak por el Amazonas. Para los colegas que no estaban acostumbrados a ver a Audrey Rowland con otra ropa que no fuera su uniforme, las fotos de sus vacaciones en pantalón corto, botas, pantalones cargo o traje de neopreno solían levantar las cejas y provocar murmullos de comparación con Ichabod Crane.

Las reuniones con Anton se organizaban al margen de las exóticas vacaciones de Audrey, en lujosas casas alquiladas en las grandes ciudades más cercanas para evitar viajes extra y sellos incriminatorios en su pasaporte. La racionalización inicial y delirante de la agente para espiar evolucionó bajo la tutela filosófica del tío Anton, que trataba de mantener motivada a Audrey. La noción de "igualdad de condiciones" parecía menos relevante en la Nueva Guerra Fría de medidas activas y ciberoperaciones. Anton, en cambio, solía plantear la desigualdad del sistema para las mujeres en la marina, basándose en los comentarios cada vez menos reservados de Audrey sobre una infancia clara y completamente dominada por un padre autoritario, un aviador naval descortés que acobardaba a su quiescente esposa y llegó a decirle a Audrey que habría preferido un hijo varón. Si su padre viviera hoy, le dijo Audrey a Anton, tendría que saludarla. Anton convino en que las mujeres tenían el mismo problema en Rusia: obligadas por la sociedad, las costumbres y las instituciones a dejar que los hombres les robaran la fuerza emocional. La irónica empatía de Anton tocó una fibra sensible en Audrey. Es lo que hacía por sí misma: revelar secretos, reunirse furtivamente, aceptar un pago del Kremlin, y lo hacía para sobresalir en su carrera a pesar de los hombres, a pesar del sistema. El creciente saldo en sus cuentas gestionadas por el Centro —ya tenía cinco millones de dólares en euros, Krugerrands y diamantes en bruto del Kremlin— era una validación personal más de que eso era lo que le correspondía.

Anton reconoció que la idea del espionaje como motor de la emancipación de Audrey era un potente factor de control. Un control adicional procedía naturalmente de sus apetitos sexuales. A pesar de la liberalización de las fuerzas armadas estadounidenses, Anton insistía continuamente en la necesidad de mantener en secreto su predilección por las amantes femeninas para no hacer descarrilar su carrera. El mundo cerrado que habitaba Audrey la mantenía en un estado de picazón y la convertía en una mejor agente: nerviosa, nerviosa y resentida. Sus vacaciones anuales en el extranjero eran deliciosas oportunidades para localizar, perseguir y acostarse con

tentadores amantes. En varias ocasiones, Anton tuvo que interceder ante las autoridades locales cuando las sesiones con Audrey y un compañero local se volvieron demasiado fogosas. Anton llegó incluso a falsificar documentos de identidad para que su verdadero nombre no apareciera en los registros de la policía local si las cosas se descontrolaban. Es cierto que el sexo era un problema, pero valía la pena como herramienta para controlar a MAGNIT, ya que cuando volvía a Washington, detrás de su escritorio en la ONR, la Oficina de Investigación Naval, con las mangas a rayas anchas y tres estrellas en el cuello, era necesariamente célibe benigno y tenía que cumplir con su papel.

Anton incluso le aconsejó que evitara los novios a pilas en casa, porque le habían asignado un camarero y cocinero que vivía con ella en el Cuartel Victoriano B a dos aguas de Admiral's Row, en el Astillero Naval de Washington, en el sudeste de Washington. Le dijo con severidad que su imagen blanca como la nieve de profesional loablemente asexual se vería mancillada si su personal encontraba algún juguete sexual, y rápidamente circularían rumores sobre el fogonero de tres estrellas y pelo salvaje en el ático a medianoche con un masajeador de 220 V haciendo parpadear las luces y asustando a los ratones. Es lo mismo que cuando Audrey descubrió un año la ensalada tailandesa de pepino picante durante una visita a un templo en el norte de Tailandia, y anunció que haría que su cocinera de Washington se la preparara a menudo. Durante su encuentro en el lujoso Anantara Resort de la provinciana Chiang Mai, Anton le dijo con severidad que dejara en paz el contenido del frigorífico; el personal de la casa se daría cuenta de que faltaban pepinos. Audrey se rió de la imagen. Después de tantos años, el tío Anton podía hablarle de esas cosas con toda libertad.

Entre sus constantes reuniones en el extranjero con el tío Anton, MAGNIT se reunía una vez al mes en Washington con los encargados del GRU, oficiales de inteligencia militar de la embajada rusa en la avenida Wisconsin. Cubiertos como agregados militares comunes y corrientes, los espías del GRU rara vez manejaban verdaderas fuentes clandestinas, habitando en cambio los márgenes de la inteligencia clásica de elicitación, recopilación de fuentes abiertas y transferencia de tecnología. Las reuniones se celebraban en parques suburbanos y a lo largo de senderos naturales y zonas verdes de Washington y de los suburbios de Maryland y Virginia. Estas reuniones eran poco más que breves encuentros de cinco minutos durante los cuales Audrey pasaba su información y enviaba mensajes al tío Anton. La mente cuantitativa de Audrey se enfrentó al reto de encontrar lugares de reunión imaginativos, lugares que pudiera vigilar desde la distancia para asegurarse de que la muñeca del mes de la GRU no había arrastrado

consigo la vigilancia del FBI. Audrey había discutido con Anton —su tutor en tantas cosas— los detalles de la búsqueda de lugares de reunión, y se había convertido en toda una experta. Audrey había perdido la cuenta de los interminables discos, memorias USB, cámaras digitales, discos duros y, en ocasiones, montones de documentos físicos, volúmenes encuadernados e impresiones sobre todos los aspectos de la investigación de armas navales, la guerra antisubmarina, el diseño de barcos y radares, la tecnología de sigilo y las comunicaciones cifradas que arrojaba sobre el regazo de sus encargados. Después de doce años en el arnés, no podría haber enumerado con exactitud la suma total de los secretos que había pasado a los rusos. En realidad, no le importaba. Las tres rayas de su uniforme eran razón suficiente para continuar.

Una fuente como MAGNIT era sin duda la joya de la corona del GRU, así como una carga constante para las capacidades colectivas del Cuartel General del GRU, comúnmente conocido como el Acuario. Desde el principio, Anton Gorelikov había sido asignado en secreto por Putin para supervisar el caso MAGNIT, y observar la calidad y la durabilidad de la habilidad comercial del GRU. Cuando MAGNIT recibió su tercera estrella, Gorelikov empezó a apartar el caso de los militares con demasiada delicadeza, para asignarlo finalmente a un oficial ilegal en Nueva York que sería anónimo, invisible e inviolable. En ese momento, se cambiaría el criptónimo MAGNIT y se restringirían estrictamente los archivos. Gorelikov también le había echado el ojo a la jefa de contrainteligencia del SVR, la coronel Egorova, de quien pensaba que con el tiempo podría compartir las tareas de manejo de MAGNIT en el extranjero, basándose en su experiencia previa en operaciones callejeras y contrainteligencia.

Hacía años que el presidente Putin no le tenía mucha simpatía a su jefa de contraespionaje, la ex bailarina pechugona, desde la noche en que visitó el espacio de Dominika en el Palacio de Constantina a medianoche y acarició despreocupadamente el corpiño de encaje de su camisón mientras le ordenaba volar a París y erradicar a su jefe, el psicópata Zyuganov, que se había metido en el berenjenal de Putin. El presidente no había olvidado cómo los pezones de Egorova habían respondido a sus caricias, no podía olvidar el leve arañazo de los remaches del astillero hinchándose bajo el encaje, y cómo sus pestañas se agitaban en tímida excitación. Es inevitable que acabara poseyéndola. Tenía intención de ascender a Egorova en un futuro próximo, pero aún no. Y el manejo de MAGNIT podía esperar: la producción continuada del topo era crítica. Gorelikov aseguró a Putin que esto no era más que el principio: al igual que la US Navy se fundiría y se desintegraría, también lo haría Estados Unidos. —Chto bylo, to proshlo I bylyom poroslo, lo que solía ser habrá desaparecido

y estará cubierto de hierba —le decía Gorelikov a Vladimir.

ENSALADA TAILANDESA PICANTE DE PEPINO MAGNIT

Pele el pepino, quítele las pepitas y córtelo en rodajas finas, preferiblemente en una mandolina. Poner las rodajas de pepino en un colador, espolvorear con sal y dejar escurrir, exprimiendo el exceso de agua. En un cuenco, mezclar vinagre de arroz, zumo de lima, ajo cortado en láminas finas, muchos chiles tailandeses ojo de pájaro cortados en dados finos, nam pla (salsa de pescado), cilantro picado, un chorrito de aceite de sésamo, azúcar, cebolletas cortadas en dados finos y cebolla roja cortada en rodajas finas (remojar las cebollas en agua helada brevemente de antemano). Mezcle los pepinos con el aliño y espolvoréelos con polvo de gambas secas o cacahuetes finamente molidos. Sírvalos inmediatamente.

3

Eres mía

DOMINIKA destapó el tubo de pintalabios y escribió Ti Moy sobre el pecho desnudo de Nathaniel Nash mientras estaba tumbada encima de él en la cama del piso franco de la CIA: una casita de estuco blanco tostada por el sol al final de una carretera polvorienta en lo alto de una colina rocosa de cactus en Vouliagmeni, quince kilómetros al sur de Atenas, con una brumosa vista de la isla de Egina al otro lado del golfo Sarónico, de un turquesa calmado. Los transbordadores de las islas blancas que se dirigían al puerto del Pireo dejaban estelas espumosas al pasar. Al otro lado de la ventana, los colibríes revoloteaban alrededor de las flores de las glicinias que crecían por las paredes exteriores de la villa de una sola habitación. Dominika se incorporó un poco más y le besó en los labios.

—Espero que no fuera una de tus pistolas de pintalabios —dijo Nate. Dos años antes, la Línea T (técnica) del SVR le había dado a Dominika dos armas eléctricas de un solo disparo disfrazadas de tubos de pintalabios que ella había utilizado en París para separar el casquete del cerebro de su diminuto y psicótico jefe Zyuganov, que en aquel momento le estaba rastrillando las costillas con un estilete, intentando que la punta de la hoja se colara entre sus costillas y le llegara al corazón. Había adivinado que Dominika trabajaba para la CIA, y cuando las balas explosivas de las pistolas de pintalabios aerosolizaron el cerebro envenenado de la enana en el río Sena, ella estaba a salvo, de nuevo, por el momento, hasta la siguiente crisis.

Eso había sido cinco años después de su primera gira por el extranjero, en Helsinki. Finlandia había sido un sueño. Casas con adornos de pan de jengibre, chuletas de venado chisporroteantes y la emoción y el éxtasis de una misión operativa real: encontrar al agente de la CIA Nathaniel Nash, de la embajada estadounidense, conocerlo, entablar amistad con él y, si era necesario, seducirlo para sonsacarle el nombre de un ruso de alto rango que el SVR sabía, sólo sabía, que Nash manejaba, pero que nunca podría atrapar. Nash y Dominika empezaron a trabajar el uno con el otro: cenas a la luz de botellas de vino cubiertas de cera de velas, paseos por los frondosos parques de la ciudad, cafés en el paseo del puerto, con las faldas de verano de las chicas ondeando por encima de sus caderas. Elicitación, lanzamiento de huesos, trampas verbales y trampas de evaluación. Ambos conocían todos los trucos de desarrollo, y se dieron de cabezazos durante tres meses, intentando reclutarse mutuamente. Ella observó que su halo

carmesí —pasión, devoción, constancia— nunca vacilaba ni se ondulaba. Él decía la verdad y ella veía que su interés aumentaba día a día.

Entonces ocurrió lo imposible. El carácter sencillo y honesto de Nate, sus críticas suaves —aunque acertadas— sobre la situación actual en Rusia, la atención sincera y coqueta que le prestaba, hicieron que ella se preguntara qué estaba haciendo, por quién y por qué. Es la desaparición de su amiga en la embajada rusa (Dominika estaba segura de que la habían asesinado por una infracción menor de seguridad) lo que la llevó al límite. En una lluviosa noche de Helsinki, aceptó la oferta de reclutamiento de Nate para espiar para la CIA, y fue encriptada como DIVA. ¿Qué mejor que hacer el máximo daño posible al zar y sus bandidos? ¿Qué más podía hacer para alimentar la otvrashcheniye, el odio que sentía por ellos? Al espiar para la CIA, Dominika estaba ayudando a la Rodina, no traicionándola.

Bozhe, Dios, esos hombres de la CIA que se reunían a su alrededor para entrenarla, formarla y apoyarla como si fueran de la familia, esa beneficencia inaudita e imposible en su propia SVR, eran de una raza diferente. Un pequeño grupo de ellos había entrado en su vida. El Jefe de la División Europa, Tom Forsyth, la leyenda de pelo rubio y salado de la DO, la Dirección de Operaciones, y mentor benéfico de Nate Nash. El urbanita Forsyth había reclutado a primeros ministros, príncipes emiratíes y, en una ocasión, a la amante mimada de un almirante de la Flota Roja llevándola a un orfanato de París para que viera a los niños jugar en la sala de juegos (Forsyth sabía que el almirante se había negado a casarse con ella y a darle hijos). El reclutamiento versaba sobre las necesidades, vulnerabilidades y motivaciones humanas. Profundamente afectada por su solicitud, al día siguiente empezó a robar secretos navales soviéticos para Forsyth.

También estaba Marty Gable, colega de Forsyth durante toda su carrera. Solía ir vestido con camisa caqui de monte y botas de montaña, y estaba encorvado en un sofá. No había mucho que Gable no hubiera visto. Había dirigido activos en África, Latinoamérica, el sudeste asiático y el Magreb. Había reclutado una penetración del grupo terrorista PKK en Estambul y había rescatado al agente que había volado disparando entre los ojos a un ejecutor del PKK. Para él, proteger a sus agentes —a saber, DIVA— era lo primero. Dominika empezó a llamarle Bratok, hermano mayor. Había tomado al joven Nate bajo su protección, pateando cariñosamente el culo de Nash para que aprendiera las Reglas del Juego.

El último de estos nuevos amigos era el Jefe de Contrainteligencia, Simon Benford, rechoncho, enfadado y con la corbata siempre torcida. La mayoría de los días se le erizaba el pelo de un lado de la cabeza, por una causa desconocida. Al igual que Forsyth,

Benford era un obelisco en la DO. Sólo en los últimos cinco años, el genio mercurial había dirigido tres investigaciones distintas para desenmascarar a topos rusos dentro de la CIA y el gobierno de Estados Unidos. Benford odiaba a los burócratas, a los arribistas, a los "mooncalves", a los "mutton-heads", a la mayoría de los agentes especiales de la Oficina Federal de Investigación, a toda la Agencia de Inteligencia de Defensa y a lo que él llamaba el —homoerótico— Departamento de Estado. Debido a la extrema sensibilidad y al protocolo de manejo restringido dentro del compartimento, Benford se convirtió en el oficial superior del Cuartel General que dirigía personalmente el caso DIVA.

Bajo su cuidadosa dirección, Dominika vació la rezidentura de Helsinki de todos sus secretos y, cuando regresó a Moscú, empezó a informar de inteligencia sensible con franja azul (que designa los secretos más delicados y perecederos) desde las cámaras acorazadas de Yasenevo, lo que pronto la convirtió en la principal fuente rusa de la CIA. Durante más de siete años, Dominika había robado todo lo que pudo, y sus hombres de la CIA la mantuvieron cuerda y viva, a través de reuniones personales de infarto en los callejones de Moscú, citas furtivas en capitales extranjeras y transmisiones en ráfagas abreviadas desde su equipo SRAC (comunicaciones de agentes de corto alcance). Puso al descubierto para la CIA las actividades clandestinas del Kremlin en todo el mundo.

También estaba la situación de su agente de reclutamiento, Nathaniel Nash. El pelo oscuro que se le desparramaba por la frente, sus excepcionales ojos de halcón en la calle, el aura carmesí que le rodeaba los hombros, actuaban de forma acumulativa sobre Dominika, ya deslumbrada por los hombres de la CIA y el alocado paseo en trineo que suponía espiar para ellos. Lo demás que ocurrió entre Nate y Dominika en Helsinki quizá fuera inevitable. Sometidos a la implacable presión del reclutamiento y el espionaje, Nate, el agente, y Dominika, la agente clandestina, se enamoraron. Su pasión era implacable, sus relaciones volcánicas, furtivas y limitadas a las raras ocasiones en que estaban solos. Para Nate, una aventura entre un agente y su agente era una infracción que ponía fin a su carrera. Para Dominika, acostarse con Nate el Americano sería fatal si el Centro lo descubría.

Su relación no podía permanecer en secreto para la CIA durante mucho tiempo. Los instintos feromonales de Gable y la clarividencia de brujo de Benford no tardaron en detectar la aventura prohibida. Nate fue llamado a filas, pero Benford optó por el momento por no despedirlo sumariamente del servicio en interés de la producción de inteligencia y de mantener motivada a DIVA. Por su parte, Dominika reconoció despreocupadamente la situación, aceptó los riesgos, ignoró

las advertencias de Bratok Gable y se deleitó en su amor por Nate. Nash había intentado detener la aventura varias veces, pero su pasión era abrumadora. Ella se negaba a renunciar a él, y él no podía apagar su ardor carmesí.

Pasando sus pesados pechos por la cara de Nate, Dominika salió de la cama y se acercó a la esquina embaldosada de la pequeña cocina que hacía las veces de ducha improvisada, y se roció con la boquilla de mano, mojando un trozo considerable del suelo de mármol. Nate la observó lavarse el cuerpo ágil, las cicatrices blancas entrecruzadas en las costillas, las pantorrillas de ballet flexionándose al girar bajo el agua. Se levantó de la cama y se unió a ella en la ducha. Nate era musculoso y delgado, con el pelo negro rebelde y unos ojos castaños a los que les faltaba poco.

—¿Puedes ver lo que he escrito? —preguntó Dominika, enjabonándole el pecho, trazando sus propias cicatrices, la marrón que le cruzaba el vientre, los surcos rojos y furiosos de los brazos. Eran maniquíes cosidos, los dos. Nate no contestó, pero la besó, sosteniéndole la cabeza entre las manos, envolviéndola en su nube roja.

—Ti moy —le dijo ella, rodeándole el cuello con los brazos—. Eres mía.

—¿Lo sabe Vladimir Putin?— dijo él.

Estaban sentados en el diminuto balcón de la casita, con el sol poniéndose bajo la montaña que había detrás de la casa. La desvencijada mesa tenía las patas desiguales y se tambaleaba. Las sillas de mimbre crujían flojas. Comieron una cena campesina con dos cucharas de gran tamaño, en común, de un cuenco de terracota desconchada con delfines azules pintados alrededor del borde. Nate había cocinado las judías verdes lentamente durante todo el día en aceite de oliva, con cebolla, ajo y tomates triturados. En otro plato había aceitunas, queso feta y pan de campo crujiente. Bebieron Retsina fría de una botella que flotaba en una bañera de hojalata con los últimos restos del hielo de ayer. Las sombras en la ladera se alargaban mientras hablaban.

—Es peligroso que sigas dando tumbos por el mundo reclutando personalmente a norcoreanos, o a quien sea, teniendo en cuenta que Putin podría nombrarte pronto director del SVR —dijo Nate. Habían pasado todo el primer día en el piso franco discutiendo el reclutamiento del profesor Ri por parte de Dominika y el resto de información que Dominika había traído de Moscú. Especialmente la noticia más emocionante.

Dominika le había contado a Nate que, como resultado del patrocinio continuado del presidente Putin, éste le había insinuado

que pronto podría ascenderla al rango de general y, sólo posiblemente, otorgarle la dirección del SVR, un hecho asombroso del que Nate informó inmediatamente a Langley a través de su teléfono por satélite encriptado THRESHER, aprobado para uso limitado en los países de la OTAN. Atónito ante la idea de que su agente estrella pudiera estar pronto dirigiendo el SVR, Benford había derramado café sobre su corbata, ya generosamente manchada de bizcocho de cangrejo y mayonesa.

En un abrir y cerrar de ojos, DIVA tendría acceso a todos los secretos del SVR, reclamaría automáticamente un puesto en el Consejo de Seguridad Nacional y se convertiría en un miembro en ciernes de los siloviki, la pandilla de iniciados de Putin con acceso no sólo a las tramas secretas que agitaban los pasillos del Kremlin, sino también a los planes e intenciones del circunspecto y tímido Vladimir Vladimirovich, a quien muchos observadores extranjeros habían analizado, pero pocos conocían de verdad.

—Es una ayuda, no un perjuicio. Cuando adquiero activos de inteligencia, suben mis acciones —le dijo Dominika a Nate, absorbiendo salsa de tomate con un mendrugo de pan. —Nadie de esa gente, aparte de Bortnikov, del FSB, el servicio interior, recluta extranjeros. El presidente fue oficial del KGB; aprecia el logro.

—Si se filtra, por ejemplo, que la CIA sabe que los norcoreanos están utilizando tecnología estadounidense de cañones de riel, quedas inmediatamente comprometido como fuente evidente. Moscú tiene demasiados oídos en Washington.

Dominika sirvió dos copas más de vino.

—Si tu gente no puede guardar secretos, tal vez no debería contarte secretos.

—Esa es una Ok solución,— dijo Nate.

—Bueno, entonces dile a Benford que prosmatrivat la información, ¿cómo se dice?

—Comparte la inteligencia,— dijo Nate, que hablaba ruso con fluidez. —En Washington eso significa que sólo mil personas leerán tus informes: la Fuerza Aérea, la Marina, el Departamento de Energía, el ODNI, la DIA, el NSC, el FBI y la mitad de los comités del Capitolio. Si tuviéramos una sola filtración, estarías en la lista de sospechosos del Centro en una semana.

—Y entonces supongo que se cumpliría tu deseo de que desertara —dijo Dominika, sonriendo. Desde el principio, durante siete años, juró que nunca aceptaría la exfiltración. Estaba espiando para salvar a su Rusia, y nada más importaba, no contemplaría la posibilidad de huir. Nate sabía que cuanto más ascendiera en el SVR, más exclusivos serían sus informes y más probable sería que se viera comprometida por una filtración desde Washington. Tenía que mantener un perfil

bajo y la CIA tenía que ocultar cada vez más que ella era la fuente de informes excepcionales.

Para gran enfado de Benford, Nate llevaba un año predicando que debían exfiltrar a Dominika antes de que se viera comprometida. Había estado a punto de hacerlo en dos ocasiones, e incluso una vez fue interrogada en la prisión de Lefortovo tras un incidente operativo. Había sobrevivido a aquella prueba y había sido absuelta, pero en Moscú abundaban los sabuesos del contraespionaje, los rivales celosos y los enemigos políticos a los que les encantaría destruir a un competidor, especialmente a la bella Egorova, la estrella en ciernes. Nate argumentó que perderla sería faltar a su deber de mantenerla a salvo, y debilitaría los futuros reclutamientos de la CIA en todo el mundo. Además, incluso en un retiro seguro, sería una inestimable observadora y una útil asesora operativa.

Gable y Forsyth no estaban de acuerdo con Nate, pero provisionalmente lo entendían, ya que ellos mismos habían extraído agentes soplados anteriormente. Pero Benford estaba furioso porque Nate estaba sacudiendo el barco y distrayendo al activo con sus maullantes argumentos. Simon era de la vieja escuela: gestionar los activos y recopilar información hasta el final, y luego extraerlos, si era posible. Es la dura realidad de las operaciones. El catecismo operativo de Benford se codificó en una época en la que un agente podía escalar el Muro de Berlín o esperar una balsa de goma en una playa del Báltico para escapar del Telón de Acero. Ahora los topos eran descubiertos en ciberespionaje y mediante vigilancia con drones y software de reconocimiento facial. Los principios del espionaje eran inmutables: vamos a robar secretos, pero la tecnología estaba cambiando el juego.

Es no ayudaba el hecho de que Nate, a pesar de tener un don irreal para las operaciones en zonas denegadas y la detección de vigilancia, fuera el oficial más joven del cuarteto de oficiales que supervisaban el caso DIVA y, por lo tanto, a pesar de la tradición de informalidad civil de la CIA que contradecía sus raíces militares de la OSS en tiempos de guerra, debería haber sabido hablar sólo cuando le hablaban. Todos sabían que Nate estaba loco por Dominika y soñaba con establecerse con ella detrás de una valla de paja blanca. Pero el caso DIVA era demasiado valioso para pensar en dejarlo. Gable aconsejó a Nate con su característica franqueza.

—Escucha, novato —le dijo—La reclutaste porque tenía acceso. Ahora su acceso puede llegar hasta lo más alto. La lanzaste y le pusiste un arnés. Es tu responsabilidad. Usas todo lo que tienes en tu limitada bolsa de trucos para mantenerla viva y productiva. Cualquier cosa. Lo que sea. Pero ella es un activo y la manejas como un profesional, ¿entiendes? Ahora vamos, ponte tus pantalones de niño grande y

cállate la boca.

Dominika recogió los platos, volvió a salir y se sentó en su regazo.

—No quiero que te preocupes, —le dijo. —Habrá cientos de personas en Moscú que leerán los mismos informes que yo te dé, lo que te dará mucha cobertura. Y seré yo quien investigue cualquier filtración; ¡seré el Benford ruso!—.

Nate sacudió la cabeza como un perro.

—¿Estás diciendo que me acuesto con el Benford ruso? Será mejor que salgas de mi regazo. La imagen se me quedará grabada durante meses, quizá años.—

Dominika se rió y le ignoró.

—Viajaré trimestralmente a Viena para interrogar al académico Ri. Mi Gorrión Ioana se trasladará allí para estar cerca de él, mantenerlo tranquilo y alquilar un lugar cercano donde podamos reunirnos. Podemos discutir el caso y tú puedes sermonearme, y yo seguiré, cómo se dice, enderezándote... ¿Vypravlyat?

—¿Vas a enderezarme? —dijo Nate, acercándose a ella. —Yo soy el encargado aquí. Seguro que te acuerdas.

—En algunas circunstancias me convierto en el encargado,— dijo Dominika, levantándole la camiseta por la cabeza. —Y sí, te voy a enderezar —le tiró hábilmente del cordón de los pantalones, se levantó la falda y volvió a sentarse en su regazo, contoneándose para sentarse más profundamente sobre él. —¿Te has enderezado? susurró. Se balanceó hacia delante y hacia atrás, gimiendo suavemente, con la cara de Nate enterrada en su pecho. Entonces la silla de mimbre, seca y endeble, se desmoronó, arrojándolos sobre el mármol aún caliente del pequeño balcón deformado. Más al norte, los dioses del Olimpo que miraban desde lo alto de las ciénagas aluviales de Tesalia podrían haber dicho que aquello era un presagio de lo que estaba por venir.

Se tumbaron en la cama, riendo, con Nate sujetándose un codo magullado. Dominika apoyó la cabeza en su hombro. Es que habían pasado poco tiempo juntos, pero ella estaba llena de bien-être, de satisfacción, de una tierna proximidad con Nate que no había sentido en otros encuentros apresurados y peligrosos. Es posible que fuera el sol abrasador del mar Egeo, el aire salado y el hecho de estar tumbada en la cama con él, oliendo su cuerpo y las glicinias y observando a los colibríes. Nate se reía mientras Dominika los regañaba en ruso, mostrándoles la técnica correcta para extraer el néctar de un estambre; a mitad de la demostración, él había dejado de reír y movía las caderas fuera del colchón. El cuerno de rana del transbordador nocturno de Rodas bramó desde el mar para felicitarnos.

Atardecer. Cese. Es que la linterna de queroseno atrajo a una polilla emperador gigante, de alas plateadas estampadas con manchas

tan luminosas como los ojos de los búhos, y se lanzó en picado alrededor de la llama, proyectando sombras tan grandes como murciélagos en las paredes. Dominika se apoyó en un brazo y Nate le hizo repetir los siguientes esquemas de contacto para Viena dentro de un mes, con lugares de encuentro preliminares y secundarios, condicionales y contrafirmas de reconocimiento, alternativos y señales de seguridad, incluyendo pases de roce con Ioana, que sería un recorte. Sería una reunión de seguimiento importante para saber más sobre el programa nuclear de Noko y ver si podían obtener información identificable sobre la fuente estadounidense de la fuga de tecnología.

—Me gustaría que dejaras que otra persona se reuniera con el coreano en Viena —dijo Nate, preocupando al hueso por última vez— Seguro que puedes designar a otro oficial, alguien que hable coreano o alguien que conozca el diseño de armas.

—Hemos hablado de esto durante dos días,— dijo Dominika. —¿Por qué iba a hacerlo? Es ilógico. Ya te he dicho que esto me ayudará políticamente. Tengo más probabilidades de recibir la promoción que Putin...

—No recibirás el ascenso si estás en los sótanos de Butyrka con una correa al cuello, todo por culpa de esta obsesión por la venganza y esta estúpida yihad que estás librando contra todos ellos. Estás en el pináculo. Eres demasiado testarudo para darte cuenta de que puedes hacerles cien veces más daño con sólo ser Director SVR y mantener un perfil bajo —.

Sintió que ella se ponía rígida a su lado. Dominika se levantó de la cama, se envolvió el cuerpo desnudo con una falda de algodón y empezó a meter sus pocas pertenencias en una bandolera.

Nate reconoció el destello de sus ojos y sus fosas nasales.

—¿Adónde vais? Nos vamos mañana por la mañana —le dijo.

—¿Yihad? ¿Obsesionado? ¿Estúpida? —gritó Dominika. —¿Eso es lo que piensas de mí, de lo que estoy haciendo? Zhópa, gilipollas. Moriré por mi país antes que quedarme sentada viendo cómo nos roban. Gracias por su predannost.—

—¿De qué estás hablando? Me dedico a ti más que nadie. Quiero que sobrevivas.

—¿Rendirte y huir? Poshël ty, ¡vete a la mierda! Voy a coger el autobús a la ciudad. —Metió los pies en unas zapatillas planas y se colgó el bolso al hombro.

Es muy oscuro ahí fuera. Te vas a caer por una cornisa en la oscuridad. Voy a por una linterna.

—Ischézni, piérdete —gritó ella y, dando un portazo, empezó a crujir por el camino de cabras en la oscuridad. Nate se puso los pantalones y las chanclas, agarró una linterna y corrió a alcanzarla.

Ella lloraba en silencio mientras él la sujetaba del brazo y alumbraba sus pies con la linterna. Ella no le miró mientras esperaban en la oscuridad, bajo un olivo, a que llegara el autobús número 122, que finalmente se detuvo en la curva de la carretera. Cuando se abrieron las puertas, Nate esperaba ver a Gable conduciendo y a Benford sentado con desaprobación en la última fila.

—Llama cuando llegues a Viena —dijo Nate cuando las puertas se cerraron siseando en su cara. El autobús se perdió de vista en dirección a Glyfada, donde ella tomaría un taxi hasta su embajada.

Ha cambiado en los últimos años. Irritable e imposible. Incontrolable como agente, y seguro que pronto la atraparán. Alguna reunión clandestina. Algún manejo de agente. Algún Romeo. Ya podía oír a Gable.

—Enhorabuena, novato, acabas de tocar fondo y has empezado a cavar.

Langley. Estaban reunidos en la pequeña y caótica sala de conferencias de la División de Contrainteligencia (CID) de Benford, cuyas paredes grises revestidas de tela (e insonorizadas) estaban adornadas con una hilera de fotografías enmarcadas de anteriores jefes de la CID en una inquietante secuencia cronológica, a lo largo de todo el espacio, como un macabro muro de mártires en una catacumba cristiana. Las fotos de los años sesenta eran de tono sepia, con miembros olvidados de las Ivy Leaguers con corbatas finas (años de JFK). Las fotos Kodachrome de décadas posteriores mostraban a jefes del CID con patillas de hipster y sonrisas insípidas (Carter); expresiones de cálculo culpable (Nixon); y las miradas de mil metros de los libertadores del hemisferio (Reagan). Las últimas fotos digitales eran de la generación moderna de jefes del CID con expresiones de alarma desconcertada (Clinton, Bush). Al final de la fila colgaba la fotografía del director del CID jubilado más recientemente durante la era moderna, un chuff famoso por su implacable engreimiento. La bandera estadounidense del espacio había sido desplazada con malicia parcialmente delante de esta foto, de modo que sólo un único ojo del fomite asomaba por la tela, lo que le hacía aún más espeluznante en el recuerdo de lo que había sido en persona. No quedaba espacio en la pared para más marcos de futuros ex jefes, y los rumores de encargar un fresco en el techo que representara a un Benford querúbico y de culo desnudo con un pequeño arco y una flecha eran, hasta ahora, infundados.

Como todos los espacios personales de Benford, la mesa de conferencias estaba desordenada, llena de papeles, tazas de café y una caja de donuts. Había mapas enrollados apilados en una esquina y una pantalla de proyección rota por el centro y remendada con cinta

aislante. En la esquina más alejada del espacio había dos monitores de pantalla plana destrozados, junto con los fragmentos de una taza de café de la Marina estadounidense, que casi con toda seguridad había sido el proyectil que había destruido al menos uno de los monitores. Benford, Gable, Forsyth y Nash estaban en un extremo. Hearsey, el alto jefe técnico ectomorfo, entró con dos cuadernos y se sentó en el extremo opuesto. Robusto, espigado y duro como el cuero, Hearsey parecía alguien que debería estar en la pradera arreglando alambradas de espino o utilizando un Burdizzo Emasculatome en terneros, en lugar de pasar un año en un laboratorio inventando una niebla de ácido químico —rociada por la noche con un dron furtivo— para destruir los pórticos de misiles norcoreanos, o desarrollando monitores de fitness para llevar en la muñeca moldeados con Semtex que pudieran detonarse en Dubai desde un laboratorio de Maryland. Ingeniero de formación, Hearsey sabía de cañones de riel, además de que no aceptaba tonterías de Benford, y a Gable le caía bien, por lo que se le leía en todo, incluido el caso DIVA.

En la Agencia le conocían simplemente como Hearsey; sólo los expertos en personal sabían que su nombre de pila era Gayle, y nunca revelaron nada. Hearsey recorrió con la mirada el mísero espacio de conferencias de Benford, pasó un dedo por la mesa cubierta de migas y contempló el detritus circundante.

—Creía que el Hindenburg se estrelló en Lakehurst, Nueva Jersey —dijo Hearsey, que podía salirse con la suya haciéndose el listillo. Benford parpadeó una vez.

Sentado en el otro extremo de la mesa, tomando notas, estaba el nuevo ayudante de Benford, Lucius Westfall, un analista de ADM trasladado de la Dirección de Inteligencia a la Dirección de Operaciones, uno de los muchos años sabáticos ordenados por el director de la CIA para integrar a la fuerza a los analistas de DI con los operadores de DO, lo que en la mayoría de los casos era como juntar a las hijas del pastor con las barcazas en un baile en un granero.

Westfall era rubio, de rostro delgado, con gafas de montura de alambre que tendían a empañarse cuando hablaba en público o con mujeres guapas. Es bastante exigente trabajar para Simon Benford, pero Westfall tenía que descifrar constantemente el patois aborigen de la Dirección de Operaciones. Estos oficiales de operaciones eran ininteligibles cuando hablaban incesantemente de tropezones, colgantes, vendedores ambulantes, putas viejas, avisos de quemados, gotas, alijos, cazatalentos, cabelleras, limpieza en seco, conejos, pienso para pollos, enemas de bario, 201, PRQ, reveses naturales, volteretas, pelusas, aleteos y un millón de misterios más. Como terrorífico, Westfall tuvo que capear las depredaciones del corpulento Marty Gable, de quien Westfall estaba convencido que una vez había sido un

asesino en serie de Kansas.

—Asegúrate de tomar buenas notas, Luscious —le decía Gable, pronunciando mal su nombre con un falso acento francés. El particular estilo de Gable a la hora de orientar a un colega novato estaba a medio camino entre el de instructor de instrucción y el de conductor de cuadrigas en el hipódromo. Irónicamente, el propio Gable había sido sacado de su ruda División África para ser el improbable ayudante de Benford. El CID era un espeluznante servicio de contraespionaje en el que solían trabajar introvertidos, brillantes y extravagantes, a oscuras y con las persianas echadas. Los de fuera lo llamaban la Isla de los Juguetes Rotos. Benford no quería a Gable como ayudante principal, sino más bien como alguien capaz de resolver crisis extranjeras inestables y delicadas dondequiera que se produjeran, una función que Marty caracterizaba recatadamente como "romper la vajilla". DIVA también idolatraba a Gable: él podía hacerla bajar del árbol cuando ella entraba en sus cada vez más frecuentes conmociones acerca de la comunicación, la asunción de riesgos y la seguridad.

Benford dio comienzo a la reunión con la solemnidad que le caracterizaba en Washington, Londres, Ottawa, Canberra, Bonn, París, Roma y Tel Aviv, golpeando una carpeta sobre la mesa con su invocación característica.

—Jesucristo. Si la información de DIVA es correcta, tenemos a un puto cabrón vendiendo putos secretos a Corea del Norte.

Recién llegado de Atenas, Nash leyó un periódico.

—DIVA acaba de informar por SRAC esta mañana. El SVR ha cifrado a este profesor norcoreano Ri Sou-yong PECHKA, que significa "horno" en ruso,— dijo.

Gable gruñó.

—Horno, ¿eh? Un diccionario ocuparía menos espacio y no se comería todos los donuts,— dijo.

Nate deslizó la caja de donuts glaseados por la mesa de conferencias.

—De nada —dijo Nate—. Compré los donuts para todos, pensé que estaría bien comerse uno.

Gable levantó la tapa de la caja.

—¿Compras donuts y ni siquiera traes un surtido? ¿Ni chocolate? ¿Ni gelatina?

Benford se revolvió en su silla.

—¿Podemos concentrarnos en lo que parece ser la transferencia de tecnología de cañones de riel electromagnéticos de la Marina estadounidense al programa nuclear norcoreano?

Forsyth dejó una copia del informe de DIVA.

—¿Cómo consiguieron los Nokos esta tecnología?— dijo Forsyth.

—El RGB no puede atarse sus propios zapatos. Lo único que hacen normalmente es disparar a golpistas dentro de su propio país. ¿Me estás diciendo que tienen una fuente americana dentro del país? De ninguna manera.

—Alguien está pasando la tecnología,— dijo Hearsey. —El documento coreano traducido que DIVA proporcionó tiene terminología estadounidense al pie de la letra: 'vía de conducción', 'gas ionizado', 'potencia pulsada compacta'. A los Nokos no se les está ocurriendo eso por su cuenta.

—Tiene que ser Beijing—dijo Gable. —Apuesto a que el MSE hizo estallar a algún pacifista californiano que trabaja en un laboratorio de la marina dedicado a la armonía transpacífica; o a un contratista con cara de granos del Departamento de Defensa que quiere una Corbeta; o a un oficial de armas a bordo de una fragata que está enamorado de una Chia Pet de Shangai que mantiene su cañón de riel personal con energía pulsada.

Westfall se revolvió en su asiento. Benford lo vio y le señaló.

—Westfall, ¿tienes alguna opinión sobre el asunto? —Gable deslizó la caja de donuts por la mesa, como un estímulo colegial para que hablara. Westfall dejó caer la tapa de la caja cuando vio que Gable se había comido los dos últimos donuts y la caja estaba vacía.

—No creo que Pekín quiera que Pyongyang tenga la bomba —dijo Westfall—Los chinos creen que aún controlan a los nokos con envíos de alimentos y ayuda militar. Les gusta que Occidente venga suplicando ayuda para moderar el comportamiento norcoreano. Y, en última instancia, saben que una vez que Pyongyang disponga de una bomba nuclear fiable y de un sistema de lanzamiento, su pitbull habrá soltado la correa y es probable que haga cualquier cosa. Incluso contra ellos. Lo he buscado: el tiempo de vuelo de un misil balístico Rodong-1 básico para recorrer los ochocientos kilómetros que separan el centro de lanzamiento de satélites de Sohae de la plaza de Tiananmen es de unos cinco minutos, ni siquiera tiempo para que el politburó se dé un beso de despedida. No, China no quiere que tengan la bomba.— Se hizo el silencio en la mesa. El chico no era tonto.

—Un auténtico Ulysses P. Grant,— dijo Gable. —¿Y quién crees que dirige nuestro topo del cañón de riel?

Westfall miró a Nate.

—DIVA es la única que puede decírnoslo —dijo. —Pero si no encuentra un nombre lo antes posible y Pyongyang descubre cómo meter un dispositivo de uranio en una cabeza nuclear, la Aguja Espacial de Seattle será la zona cero.

JUDÍAS VERDES EGEAS DE NATE

Judías verdes por arriba y por abajo. Mezcle ajo picado, perejil, eneldo, menta, sal y pimienta. Poner capas de cebollas cortadas en rodajas finas en el fondo de un horno holandés, cubrir con una capa de tomates triturados, judías, las hierbas, abundante aceite de oliva, otra capa de cebollas, tomates, judías, hierbas y aceite de oliva. Terminar con una capa de cebollas y rociar con más aceite de oliva. Cocer a fuego lento tapado hasta que las alubias estén muy blandas y tiernas. Sazonar y añadir zumo de limón. Servir caliente o a temperatura ambiente.

4

Robar secretos

ALEXANDER LARSON, el actual Director de la CIA, fue el primer DCIA en treinta años que ascendió a través de los rangos operativos. Era un mustang, como los directores de la época de la OSS que dirigieron la Agencia en los años cincuenta y sesenta —antes de la serie de sucesores seleccionados entre los militares, o entre los untuosos pasillos del Congreso, o entre las filas de la Dirección de Inteligencia— y que intentaron dirigir una organización cuya arcana misión comprendían imperfectamente y nunca habían experimentado de primera mano. Algunos directores fueron un desastre, otros un desastre absoluto, y unos pocos lograron cierta sinergia con el personal de Langley, notoriamente escéptico e ingobernable, antes de marcharse. La confirmación del veterano oficial de operaciones Alex Larson como DCIA rompió la sequía.

Alex Larson se había formado en la Granja a principios de los setenta con Simon Benford. Larson, el extrovertido tranquilo, se hizo amigo de Benford, el misántropo irascible, fruto de una química personal improbable que había perdurado treinta años. Es lógico que sus personalidades dispares empujaran a Alex hacia el servicio clandestino en el extranjero y el negocio de la captación de activos extranjeros, y que Benford gravitara naturalmente hacia el lodazal de la contrainteligencia y el contraespionaje. La separación geográfica a lo largo de los años no empañó la amistad, que se renovaba automáticamente cada vez que sus caminos se cruzaban. Ahora Larson era de la DCIA. Sabía que su desaliñado amigo era brillante y tenía la tenacidad de un pitbull, aunque con una mordida maloclusiva. Benford le consultaba a menudo.

La anterior administración había elegido a Larson como DCIA en reconocimiento a su rectitud moral, perspicacia burocrática y contrataciones de primera categoría (que Benford había apoyado a lo largo de los años examinando los activos a medida que se incorporaban). Larson, de sesenta y cinco años, tenía el aspecto típico de la DCIA: Era bajo, un poco corpulento, llevaba gafas de carey color pelirrojo y lucía lo que Benford llamaba un bigote de aspirante a Allen Dulles. Esto, junto con un pelo blanco y ralo y unas cejas blancas tan pobladas que los subordinados tenían que resistir la tentación de pasarse un peine por ellas, le hacía parecer un profesor universitario. Sin embargo, tenía toda la pinta de operador y las tropas le respetaban.

Larson no era popular entre la actual Casa Blanca ni entre los

progresistas derivados del Consejo de Seguridad Nacional, los veinteañeros licenciados en inglés que asesoraban a Potus sobre la política en Oriente Medio. Además, el DCIA Larson había contradicho oblicuamente la declaración de su predecesor durante su gira de despedida por el extranjero.

—No robamos secretos— había dicho el DCIA saliente sobre la recopilación de información de la CIA ante una audiencia de enlace aliada. —Todo lo que hacemos es coherente con la legislación estadounidense. Desvelamos, descubrimos, revelamos, obtenemos, sonsacamos, solicitamos.

Al ser preguntado por la declaración de su predecesor en una sesión a puerta cerrada del Comité Selecto de Inteligencia del Senado (SSCI), Larson respondió a los senadores sin una sonrisa y sin un ápice de ironía:

—Es justo. Un agente, por ejemplo, descubre la existencia de un topo ruso en el cuartel general de la OTAN, el oficial de casos de la CIA solicita la información, el agente la revela y, de ese modo, la CIA obtiene información de contrainteligencia perecedera. No pudo ser despedido. La razón fue COPPERFIN.

Durante sus catorce años en el campo operativo, Larson había construido la red de espionaje COPPERFIN, la penetración masiva y omnipresente de todo el combinado estatal de diseño, construcción y pruebas aeroespaciales en la Federación Rusa. Larson había reclutado personalmente a los dos primeros agentes principales rusos años antes, uno en la India y el otro en Brasil, que a su vez habían reclutado a subfuentes en las entidades de diseño Sukhoi, Mikoyan, Ilyushin, Tupolev y Yakovlev, todas las cuales se habían fusionado en 2006 en OAK, Obyedinyonnaya Aviastroitelnaya Korporatsiya, la United Aircraft Corporation, situada en el distrito de Krasnoselsky, en la región central de Moscú. Los agentes COPPERFIN de Larson vaciaban regularmente las cámaras secretas de OAK para informar sobre las avanzadas capacidades de los cazas rusos de cuarta y quinta generación, como el Su-27, el MiG-29 y el nuevo Sukhoi PAK FA. Las Fuerzas Aéreas estadounidenses estaban extasiadas.

La intención de la administración de deshacerse finalmente de Alex Larson en favor de una DCIA más acorde con la política exterior de la Casa Blanca fue frenada en seco por los aullidos del Pentágono tras la adquisición a través de la red COPPERFIN de los parámetros técnicos de APFAR, Aktivnaya Fazirovannaya Antennaya Reshotka, el nuevo radar ruso phased array, un premio inestimable. A continuación llegó la entrega de un misil antibuque Zvezda Kh-35U real, de designación OTAN KAYAK, pero apodado el harpoonski por sus similitudes con el misil Harpoon estadounidense. El Zvezda fue transportado a través de la frontera lituana por un mensajero de la red

COPPERFIN que sobornó a los guardias fronterizos para que ignoraran la cola del misil que sobresalía de la ventanilla trasera infectada de su UAZ Patriot, que era la única forma en que podía meter el misil de 520 kg y 380 cm en su todoterreno compacto.

Inmune a los antagonistas dispépticos, el DCIA Larson, en colaboración con Simon Benford, lanzó su propia campaña de medidas activas contra el régimen de Putin, una ofensiva que muchos consideraban necesaria desde hacía mucho tiempo para pagar a los rusos con su propia moneda las siete décadas de desinformación, falsificaciones e intromisión política que constituían la especialidad del Kremlin. Larson se convirtió en un crítico declarado de la Federación Rusa de Vladimir Putin, testificando en sesiones abiertas del comité sobre el uso congénito por parte de Rusia de medidas activas para influir en los resultados políticos, la mayoría de las veces con resultados mediocres. Aumentó el intercambio de inteligencia con los servicios aliados, especialmente en Ucrania y el Báltico, lo que dio lugar a varias detenciones de espías con caras rojas de oficiales de inteligencia rusos. Sus identidades habían sido facilitadas por DIVA y Larson le había transmitido sus felicitaciones a través de Benford. (El Director y DIVA nunca se habían visto; Larson dejó el caso en las hábiles manos de Benford y compañía).

Tras una carrera de trabajo en el objetivo ruso, Larson comprendía la visión depredatoria del mundo de Vladimir Putin, y sabía que el Kremlin sólo dejaría de portarse mal cuando los costes de la delincuencia de Putin superasen los beneficios percibidos. Entonces llegó el explosivo informe: Los activos de COPPERFIN sacaron a escondidas pruebas documentales del fraude masivo en el consorcio aeroespacial OAK. OAK había sido creado por el presidente Putin como una sociedad anónima abierta que combinaba activos rusos privados y estatales, la mayor parte de los cuales desapareció en los bolsillos de compinches favorecidos. Con el apoyo de Benford, Larson presionó a la Casa Blanca y al Departamento de Estado para que hicieran pública la corrupción (citando fuentes extranjeras para proteger los activos internos), denunciaran a Rusia en las Naciones Unidas, impusieran sanciones a las empresas que vendían aviones comerciales rusos y bloquearan cualquier reincorporación de Rusia al G7. Reticente a enemistarse con el Kremlin, la Casa Blanca vaciló, pero finalmente actuó a instancias de un Congreso inmovilista que había sido informado por la DCIA. Alex Larson estaba en todas partes de la ciudad, presionando al Washington oficial para que se animara.

Benford se acurrucó con Alex en el despacho de Larson.

—Por fin. Esta es una oportunidad para desarmar a esos malditos eslavos—dijo Benford. —Estamos recopilando información técnica y militar exhaustiva, y la publicidad internacional negativa acobardará a

Putin, al menos durante un tiempo. Ojalá pudiéramos predecir con más exactitud su reacción. Manejando una serpiente acorralada y así sucesivamente, si sigues la metáfora.—

—Si no recuerdo mal, tus metáforas solían ser mucho más eruditas —dijo Alex, inexpresivo—Es posible que DIVA pronto tenga un mejor acceso a los planes e intenciones de Putin si se convierte en directora del SVR, suponiendo, por supuesto, que tu forma de tratarla sea tan inspirada como dices que es.

Benford no sonrió.

—Puedes estar seguro de que, incluso en ausencia de tu característico estilo operativo rococó y extravagante, el caso DIVA se está gestionando con seguridad.

Larson se rió.

—¿El joven agente sigue siendo el encargado principal? ¿Cómo se llamaba?

—Nash, Nathaniel,— dijo Benford. —Es posible que vaya a ayudar a los australianos en la operación de Hong Kong de la que les informé la semana pasada. Marty Gable llevará de la mano a DIVA mientras tanto.—

La nariz de Larson era demasiado buena.

—¿Algún problema?

Benford se encogió de hombros.

—El oficial del caso de reclutamiento y DIVA tienen una relación que se sale ligeramente de los parámetros habituales.

—¿Qué relación? —preguntó Alex.

—Están enamorados y mantienen relaciones íntimas siempre que las circunstancias lo permiten —dijo Benford. —Hasta ahora me he abstenido de despedir a Nash. Considero que su separación del servicio tendría un efecto significativo en la producción de DIVA.

—¿Cómo de significativo? —dijo Alex.

—Como que renunciaría. Con Nash en Hong Kong durante unas semanas y Gable para estabilizar el activo, no hay preocupaciones inmediatas.— Los dos hombres pensaron igual y el asunto —y el futuro de Nash— quedó aparcado por ahora.

Larson abrió la carpeta de su escritorio que contenía el guión de Benford para la sesión informativa de mañana de Potus y el Comité de Directores del NSC sobre la continua campaña de acciones encubiertas de la CIA contra el Kremlin. Guardó silencio mientras leía.

—Uno pierde el campo —dijo, levantando la vista.

Benford también abrió su expediente.

—La organización te necesita detrás de este escritorio. Has tenido tu desenfreno en el extranjero durante treinta años. Ahora tienes que volver a convertir este desayuno de cerdos en un servicio de espionaje.

—Revisa tus notas por mí —dijo Alex.

Benford habló breve y sucintamente. Se trataba de tranquilizar al inquieto presidente de Estados Unidos y de asegurarse el apoyo continuado del Pentágono. Atascar un palo en los radios de Putin en este momento era crítico, dada su descarada interferencia en la escena mundial. La confusión y la ansiedad de los gobiernos occidentales le envalentonaban. Avergonzar públicamente al Kremlin desbarataría múltiples medidas activas rusas en el Báltico, Europa y en lugares como Montenegro. La moribunda economía rusa se vería triplemente afectada por cualquier fechoría hecha pública en el seno de la OAK, ahuyentando a los inversores, reduciendo la clientela de material militar ruso, limitando el presupuesto militar y complicando el aventurerismo del Kremlin en África, América Latina y el Ártico, rico en recursos. Retorcer la cola del oso ruso en el extranjero, además, distraería al Kremlin y protegería así valiosos activos, como COPPERFIN. Los rusos se pondrían frenéticos ante el desprecio internacional. La DCIA insistiría cortésmente en que POTUS no podía ignorar la oportunidad y no debía permanecer quiescente.

—Es decir, Alex. —Al menos los altos mandos me apoyarán.

—No te preocupes, esto agitará el avispero,— dijo Benford. Tenía razón, pero pondría en marcha acontecimientos que nadie podría haber previsto ni remotamente.

La reacción rusa a la primera revelación estadounidense fue gritar provocación (irónico: los conspiradores empedernidos siempre asumieron que su propia desgracia era, naturalmente, el resultado de un complot exterior). Pero la vergüenza internacional y la innata paranoia rusa de que se rieran de ellos como kulaks manchados de estiércol y relegados a la condición de segundones, hicieron que Vladimir Putin se enfureciera, en parte alimentado por el miedo. Así era como se derrocaba a los líderes. Convocó a Gorelikov a su dacha personal más aislada en la ciudad de Solovyevka, a 130 kilómetros de San Petersburgo, a orillas del lago Komsomolsk. Quería intimidad y estar lejos de las miradas indiscretas de sus siloviki. Olfatearían su pánico como los cazadores de manada que eran. Confiaba en Gorelikov.

—¿Cómo se filtró la noticia de los arreglos financieros en OAK? —desvarió Putin, paseándose por el espacio, pateando cada vez que pasaba la cabeza gruñona de una alfombra de tigre siberiano. Estaban en el gran espacio principal de la dacha, perfumado con humo de leña, decorado en estilo rústico con sofás y sillas de cuero y un antiguo rifle de caza Tula calibre 7,62 de 1936 sobre la chimenea. Fuera de los ventanales panorámicos —extrañamente suntuosos en una típica dacha lacustre—, la nieve cubría la orilla y espolvoreaba los pinos, pero el agua negra del lago aún no se había congelado.

Gorelikov no quería excitar al presidente más de lo que lo estaba haciendo ahora.

—Es probable que los contactos extranjeros de la corporación —banqueros, vendedores y compradores gubernamentales— fueran las fuentes de estas difamaciones —dijo, citando los comunicados de prensa—.

Putin miró a Gorelikov como un esturión de una semana con los ojos lechosos.

—No. Tenemos un gemorróy, un gran problema. Alguien dentro de OAK, alguien que conoce los libros —.

Gorelikov, por decisión propia, nunca había prosperado en la bacanal de corrupción del Kremlin, y se divertía en secreto ahora que el botín de la codicia había picado al zar.

—Hay treinta mil empleados trabajando en OAK,— decía Gorelikov. —Tendríamos que destrozar el lugar. —Ignore las acusaciones. Se olvidarán dentro de una semana —juró Putin.

Esas acusaciones concretas se olvidaron, de hecho, a la mañana siguiente, cuando un mensaje del MAGNIT fue retransmitido desde el Centro al espacio de comunicaciones de la dacha informando de que un misil antibuque Zvezda Kh-35U intacto había sido entregado a las instalaciones de pruebas de la División Dahlgren del Centro Naval de Guerra de Superficie, en Virginia, para la evaluación de los sistemas de guiado, propulsión y ojivas.

Putin volvió a jurar.

—Bljad, hijo de puta; ¿crees que esto se olvidará en una semana? — le dijo a Gorelikov. —No sólo Washington nos está difamando en la escena mundial, sino que además la CIA parece tener al menos un activo dentro de OAK.—

Gorelikov eligió cuidadosamente sus palabras.

—Vendemos misiles Zvezda a India, Brasil y Vietnam. Los estadounidenses podrían haber adquirido un modelo de exportación de un agente del tercer mundo sin nuestra cabeza buscadora y telemetría de alta gama.—

Putin le dirigió otra mirada sospechosa. Había confiado en Gorelikov desde que lo conoció en la facultad de Derecho, reconocía su brillantez y apreciaba su mente analítica. También sabía que Anton no era corrupto, ni susceptible, ni tenía ansias de poder. Nunca codiciaría el trono de Putin. Y lo que es más importante, Putin reconoció la inclinación y el amor de Gorelikov por el naneseniye uvech'ya, el caos encubierto. Al igual que un jugador de ajedrez disfruta organizando defensas, trampas, ataques y fintas para lograr el jaque mate, Gorelikov se deleitaba urdiendo una intrincada intriga por el mero placer de causar estragos. En esto no tenía rival: Bortnikov, del FSB, o Patrushev, de su Consejo de Seguridad, eran intrigantes

consumados, pero nadie como Gorelikov.

—Basta ya de racionalizaciones —dijo Putin—Quiero una solución. Washington y la CIA nos están tomando el pelo. Los bocazas de la prensa moscovita y de la calle lo difundirán y agitarán.—

Gorelikov se encogió de hombros.

—Sobre todo Repina —dijo, refiriéndose a una de las disidentes anti-Putin y anticorrupción que más se ha hecho notar recientemente en Occidente y que, gracias a ello, ha recaudado dinero—.

—Suka, zorra, olvídala. Quiero sredstvo. Quiero un remedio,— dijo Putin, abandonando el espacio, y a Gorelikov, para contemplar el paisaje cargado de nieve y el agua negra como la tinta.

A la noche siguiente, Putin encendió dos gruesas velas en candelabros de cloisonné rojo, dorado y turquesa del siglo XVIII sobre una mesa de tablones colocada cerca de los ventanales de la dacha. El resto del espacio estaba a oscuras; sólo la luz de los leños encendidos en la gran chimenea proyectaba sombras parpadeantes por todo el espacio. Tenían delante dos cuencos humeantes de kormya, estofado de cordero ruso, con dos tacos de pan negro para mojar en la salsa. Los camareros que les servían se habían retirado. Putin y Gorelikov bebían té de un samovar que silbaba en una mesa auxiliar. Hoy no era noche de vodka. El viento se había levantado al anochecer y los cristales helados de nieve a la deriva en la noche completamente negra arañaban invisiblemente el cristal. Con la chimenea rugiente, el silbido del samovar y la tormenta que arreciaba fuera, aquel espacio era la sala de espera del Diablo. Los dos hombres estaban sentados a ambos extremos de la mesa comiendo estofado y mirándose el uno al otro, como esperando a que Shaitan se les uniera.

—Los americanos son timoratos —dijo Gorelikov—Evitan el conflicto en el campo exterior; ignoran a sus aliados y miman a los que se les oponen.—

Putin sorbió una cucharada de estofado.

—Y, sin embargo, vemos este ataque contra la reputación de Rusia y las calumnias dirigidas contra mí.—Le tembló la voz.

—Este es mi punto de vista,— dijo Gorelikov. —Esta campaña no procede de la cobarde Casa Blanca. Es de la CIA, es su marca de medidas activas dirigidas contra nosotros.

—Es su forma de actuar contra nosotros.

Gorelikov se limpió la boca y se inclinó hacia delante.

—Es posible que sea por cientos de razones, que conocemos bien. Nosotros mismos urdimos una leyenda para camuflar la información que Snowden traía consigo. O enviamos a un voluntario para desacreditar a un auténtico desertor. Centramos las críticas en otra parte para enmascarar la existencia de un agente o una red de alto

nivel.—

Putin dejó la cuchara.

—Podemos estar todo el día discutiendo los motivos de Estados Unidos—dijo. —Y podemos especular sobre cuántos topos tenemos colocados en las despensas de los demás. Pero eso no resuelve el problema. —Es mi reputación, mi prestigio y mi imagen pública lo que es más importante que cualquier espía que robe nuestros secretos, pensó Gorelikov.

Gorelikov se compadeció.

—El director de la CIA es Alexander Larson,— dijo Gorelikov. —Es una leyenda entre los cuadros operativos de la Dirección de Operaciones de la CIA. También es el primer DCIA formado en operaciones desde mediados de los setenta, y es agresivo. Los informes de los rezidenturi indican que la CIA está intensificando su actividad en todo el mundo: los agentes de la CIA están presentando a nuestros oficiales en decenas de capitales extranjeras. Por cada uno que informa de un lanzamiento hostil, ¿cuántos no lo hacen? No podemos saberlo, pero debemos suponer que un pequeño porcentaje acepta el reclutamiento. Egorova en la Línea KR también informa regularmente de operaciones y emboscadas, como si un topo en el SVR estuviera asesorando a los americanos.

—Nosotros tenemos nuestros propios triunfos,— dijo Putin, distraído.

—Por supuesto. Sólo hago hincapié en que el DCIA Alexander Larson es un director activista que no sólo está acelerando el ritmo de las operaciones contra nosotros sobre el terreno, sino que también, en mi opinión, está preparando una acción encubierta para estimular el cambio de régimen en nuestro país, siguiendo el modelo de sus éxitos en Ucrania y Georgia. Es necesario que tenga influencia para persuadir a la administración de que lo permita, quizás con el apoyo de los halcones del Congreso —.

Gorelikov habló con calma.

—Sabes que te hablo abiertamente.— Putin asintió. —Le digo con toda confianza que Larson y su Agencia están trabajando para desestabilizar nuestro país. ¿Por qué ahora? La supresión de los disidentes puede haber sido el catalizador, Crimea, la alianza con Irán o diez factores más. Pero la amenaza es real, y tendremos una crisis a menos que actuemos.—

Putin se sirvió más té.

—Es lo que propones. ¿Qué propones?

—He considerado múltiples opciones. Sólo uno se recomienda.

—Dime.

Una ráfaga de nieve arrastrada por el viento hizo que la ventana de cristal se doblara en su marco: Shaitan llamaba a la puerta para

que le dejaran entrar.

—Que eliminemos al director de la CIA —dijo Gorelikov, en voz baja. Un tronco se desplomó en la chimenea, arrojando chispas al espacio donde varias brasas brillaban en el suelo de pino. Shaitan estaba ahora en la dacha.

Putin miró fijamente a Gorelikov, que continuó, casi en un susurro.

—Su muerte —debe parecer accidental— desbaratará esta acción encubierta contra la Rodina. Su agencia quedará desmoralizada y en estado de shock, sus oficiales de casos vulnerables y desilusionados. La administración estadounidense se levantará las faldas presa del pánico y el Congreso lloriqueará hasta que les llegue la hora de irse a su próximo receso.

Putin no pestañeó ni una sola vez.

—Es evidente que la mano de Rusia permanecerá invisible, aunque el mundo sospechará, no, se maravillará, de la absoluta imperturbabilidad de Vladimir Putin y Novorossiya, — dijo Gorelikov, preguntándose si estaba siendo demasiado duro, pero decidiendo que nunca podría serlo demasiado para V. V. Putin.

—¿Cómo se atrevería a emprender semejante acción? El director de la CIA está protegido en todo momento.

Gorelikov dio un sorbo a su té.

—Examinaré las piezas para ver cómo podrían encajar. Ninguno de nuestros compuestos orgánicos habituales; ninguna toxicología forense es aceptable. Una muerte accidental indiscutible evitará hostilidades abiertas entre nuestros servicios.

Putin asintió.

—Pongan todas sus energías en el plan —dijo, secamente. El presidente de la Federación Rusa acababa de dar luz verde al asesinato del director de la Agencia Central de Inteligencia. —¿Necesitas algo? —

Gorelikov miró las llamas de las velas.

—¿Qué te parece incluir a Egorova en la planificación? Conoce el terreno, tiene la cabeza fría y no se arrugará ante medidas extremas.

Putin negó con la cabeza.

—Sólo nosotros dos. Nadie más. Insisto en esa condición. En adelante nos referiremos al proyecto como Kataklizm.

—Entendido —dijo Gorelikov. Los dos hombres guardaron silencio, y Anton supo que el presidente —asesino de tigres, consumado jinete, hábil piloto de reactores y maestro del judo— apreciaba el enorme riesgo que suponía intentar asesinar a la DCIA norteamericana.

—Con su aprobación —dijo Gorelikov—, me gustaría plantear un

refinamiento adicional para su consideración. Cualquiera de nuestros colegas unicelulares del FSB o de las fuerzas armadas podría haber llegado a la solución de asesinar al jefe de la CIA en cinco minutos. Esto, sin embargo, sólo puede ser el comienzo de un plan más amplio que es infinitamente más consecuente y de largo alcance.—

Putin mojó su pan negro en el guiso, esperando. Refinamientos. Por eso le gustaba Gorelikov.

—Desde el reclutamiento de MAGNIT he estado siguiendo su carrera,— dijo Gorelikov. —Como sabe, ha sido ascendida recientemente a vicealmirante y es lo que podría llamarse la directora científica de mayor rango de la Marina estadounidense. Tiene acceso a las tecnologías, a la investigación y al desarrollo, así como a los laboratorios de la Marina. Aunque se la reconoce por su brillantez, en general se la sigue considerando meshkovatyy, torpe, con bolsas y tres picos, sin una red política fuera de sus limitadas órbitas navales. En consecuencia, cuando ella se retira, desaparece el MAGNIT, el activo técnico-informático. Durante los dos últimos años la he guiado para que compaginara su carrera científica con tareas que pulieran su buena fe política; es ambiciosa y ha seguido mis instrucciones con su característica precisión cuantitativa. Recientemente se le ha asignado un puesto en el consejo asesor de la Oficina de Personal de la Marina, que ejerce una influencia considerable. Este año también fue considerada para el puesto de ayudante del almirante Richards, Jefe de Operaciones Navales, pero no fue seleccionada, sospecho que debido a su lamentable falta de lo que los norteamericanos llaman "atractivo de primera línea". Me temo que MAGNIT nunca tendrá esa cualidad; no podría adquirirla más de lo que usted o yo podríamos dominar su física de partículas.

—Pero ha habido progresos más recientes. Ha sido seleccionada para informar a los Jefes de Estado Mayor por su capacidad para explicar la teoría científica de forma clara y concisa a superiores sin formación. Una de sus tareas consiste en acompañar al presidente a la Casa Blanca todas las semanas. Ahora estamos recopilando información interesante sobre seguridad nacional, que es la transición que quería que hiciera MAGNIT. Es que tengo un objetivo en mente, es...

Putin levantó la mano pidiendo silencio. Las comisuras de sus labios se levantaron microscópicamente, lo que para él sugería una alegría apenas reprimida.

—¿Qué hay de su preferencia por la lohmatka, por las mujeres?

Gorelikov no se inmutó por la interrupción; esperaba la inevitable pregunta del presidente.

—Su adicción es aperiódica y controlada—dijo. —Satisface sus apetitos durante unas discretas vacaciones anuales en el extranjero,

cuando está bajo mi supervisión. Ocasionalmente pierde el control con sus parejas, lo que atribuyo a su narcisismo social y a su represión sexual reprimida, resultado de un conflicto psicológico durante su infancia con un padre maltratador.

—¿Cómo pierde el control?

Gorelikov se movió incómodo.

—Hacer el amor con frenesí, uso demasiado brusco de ayudas sexuales, mordiscos y bofetadas.

—¿Ha filmado este comportamiento para un control posterior?— preguntó Putin, que en su día también fue espía.

Gorelikov negó con la cabeza.

—La coacción no es un factor de motivación con MAGNIT. Aparte de su negativa inicial —y efímera— a colaborar durante su reclutamiento, se ha convertido en una agente modelo: su narcisismo alimenta su espionaje. La única película que se hizo de ella fue durante la polovaya zapadnya original, la trampa de miel en el Metropol, hace casi doce años.

—¿Tiene usted la grabación de aquel encuentro?— dijo Putin.

Gorelikov se encogió de hombros.

—Es que no sé dónde está. Supongo que en algún lugar de los archivos.

—Mi leal consejero, usted no estaría protegiendo a su protegida Egorova, ¿verdad? Ella era el Gorrión en cuestión.

—Sr. Presidente, ¿se refiere a su próximo Director de Inteligencia Exterior, o ha cambiado de opinión? Admito que soy partidario de la Coronel Egorova. Creo que es muy prometedora.

Es suficiente con haber puesto nervioso al imperturbable Gorelikov. Putin ya había visto todas las películas de Egorova de la época de Gorrión. De hecho, entonces, como ahora, era muy prometedora. Estaba ansioso por verla.

—Estoy de acuerdo—dijo Putin. —Ahora, háblame de tu refinamiento adicional.

El viento de fuera aullaba.

—Es evidente que cuando fallece una DCIA, la administración debe seleccionar candidatos para su consideración, uno de los cuales será propuesto como candidato final para su confirmación por el Congreso.

Putin sabía lo que se avecinaba, pero guardó silencio para que Gorelikov pudiera terminar de tejer su red.

—He dado instrucciones a MAGNIT para que se coloque visiblemente delante del presidente durante las sesiones informativas en el Despacho Oval, especialmente cuando ella es la única que informa en las ocasiones en que el presidente no puede acudir a la Casa Blanca para la sesión informativa semanal. La he entrenado para

que haga comentarios que sugieran que está alineada políticamente con el presidente, que está de acuerdo con sus políticas de defensa e inteligencia y que está deseando trabajar en su equipo, antes o después de su jubilación.

—¿Cree usted que estos halagos funcionarán?

—Los analistas del Departamento de las Américas sostienen que el presidente se mueve por ego e ideología, y que ahora, en el quinto año de su presidencia, es cada vez más susceptible a las críticas, por lo que se rodea de aduladores. Si MAGNIT puede establecerse como una aliada simpática, y el puesto de la DCIA queda de repente vacío, predigo que su nombre sería uno de los que el presidente al menos consideraría. La idea de nombrar a una mujer inteligente y liberal, una almirante de la marina, para deshacer el legado belicoso de Alexander Larson y su inquietante acción encubierta, le atraería.

—Lástima que no tengamos a ese otro presidente, ese rasputnik, ese sátiro, todavía en el Despacho Oval,— decía Putin. —MAGNIT podría haber solicitado el puesto en la DCIA de rodillas. Pero esta estratagema parece extremadamente endeble: la posibilidad de que MAGNIT sea elegida para el puesto es remota.

Gorelikov contó con los dedos.

—Nos esforzamos por influir en los resultados —a menudo sin garantías— y esperamos obtener los resultados deseados. La absoluta inverosimilitud de convertir a MAGNIT en la DCIA es el sello distintivo del zagovor perfecto, una exquisita conspiración sin huellas rusas. No tiene padrinos civiles de alto nivel, ni patrocinadores encubiertos, por lo que no hay hilos invisibles. MAGNIT, la brillante pero poco agraciada cigüeña, sólidamente partidista, capaz de gestionar los retos de la tecnología y la nueva era cibernética, es la candidata perfecta. Si ella es seleccionada, usted, Vladimir Vladimirovich, será el dueño de la CIA.—

Más chispas salieron de la chimenea mientras Shaitan volaba alrededor de las enormes vigas de pino de la dacha, poderosamente complacido.

Justo al lado de la Sala de Situación, en el Ala Oeste de la Casa Blanca, había un espacio de reuniones más pequeño, con una pequeña mesa de nogal y tres sillones de felpa a cada lado. A diferencia de la espaciosa SitRoom, con paneles de caoba, asientos para veinte personas —incluidas sillas para los miembros de la bancada— y múltiples pantallas planas de teleconferencia a lo largo de las paredes, la pequeña sala de reuniones sólo contaba con dos pantallas compactas en la pared del fondo, sobre las que había seis relojes digitales: uno que mostraba la hora en Washington; un reloj con el rótulo "Presidente", que indicaba la hora en cualquier lugar donde se

encontrara el presidente; uno para la hora zulú; y tres pantallas adicionales de zonas horarias, hoy con los rótulos de Bagdad, Londres y Kabul.

La vicealmirante Audrey Rowland acababa de concluir una sesión informativa en solitario para el presidente, su asesor de seguridad nacional y el asesor adjunto del NSC sobre las pruebas realizadas por la ONR en materia de propulsión por cavitación para buques de combate litorales, un tema que no solía interesar a este comandante en jefe, cuya idea de la proyección de poder consistía en conseguir el tibio apoyo de aliados prevaricadores y firmar tratados con Estados hostiles que no tenían intención de cumplir ningún acuerdo diplomático. Uno podía oír el rechinar de dientes de los almirantes en el Pentágono desde el jardín sur.

Concluida la sesión informativa, el almirante Rowland le dijo al presidente que su idea de una presencia militar norteamericana más moderada, una política exterior norteamericana internacionalista más integradora que abandonara las prácticas decimonónicas de construcción nacional, cambio de régimen y diplomacia de las cañoneras (Audrey no recordaba los otros temas de conversación que Anton le había explicado) eran conceptos fundamentales en un mundo inestable. Con sus característicos pies apoyados en la mesa, mostrando las suelas de sus zapatos a los demás —un grave insulto a los extranjeros, pero simplemente grosero en la sala de conferencias—, Potus dijo que se alegraba de escuchar sus opiniones. Audrey se apresuró a añadir que, desde su punto de vista, la moderación también se aplicaba a la recopilación de información, ya fuera de la DIA, la inteligencia naval o la CIA.

—Acabamos de adquirir un misil antibuque ruso —no conozco la fuente— y evaluaremos sus capacidades y desarrollaremos contramedidas, contra las que los rusos desarrollarán contramedidas— dijo Audrey. —Y el proceso continuará, interminablemente, con un coste enorme, con tantas otras prioridades nacionales a las que nos enfrentamos". Antón la había entrenado para invocar inferencias que apelaran al conocido progresismo social del presidente.

—Señor Presidente, mi ventana de jubilación se abre dentro de un año. Si en algún momento puedo serle de ayuda a usted y a su equipo (asintió al consejero del NSC, que tenía la mandíbula floja, y luego a la bala de un adjunto), será un honor para mí seguir colaborando con usted —Audrey se detuvo ahí, sin querer exagerar. POTUS le dio las gracias y él y el asesor del NSC abandonaron el espacio, pero la joven ayudante se quedó mirando fijamente a la almirante Rowland mientras ésta recogía su material informativo.

—¿No sabe realmente cómo consiguió la CIA ese misil? Era bajo, calvo, con una cara redonda que oscilaba perpetuamente entre la

maldad y el engaño. Tenía los ojos oscuros de un juez de la horca.

Audrey cerró su cartera de kevlar y aseguró el tirador de la cremallera bajo la abrazadera de cierre.

—No, y me escuece mucho —dijo ella, con su vocabulario primoroso cuidadosamente elegido, que, según Anton, reforzaría su imagen de Vestal. Anton consideraba constantemente esos detalles, pensaba Audrey. —Sé que estoy en el extremo científico de las cosas, pero realmente podría añadir valor al proceso de requisitos.

El joven Calígula sacudió la cabeza.

—¿Nunca te han hablado de la COPPERFINA a ti, almirante de tres estrellas? Tienes que estar de coña.

En tres minutos le había hablado a MAGNIT de la red COPPERFIN y de algunos de los informes del compartimento.

MAGNIT sabía que tenía que cauterizar la fuga.

—Escucha, no me digas nada más. Es bastante restringido. Ya lo he olvidado.— Los ojos del hurón se entrecerraron, dándose cuenta de que no debería haber mencionado nada, pero sabía que el almirante sería discreto. Él también mantendría la boca cerrada.

Se encogió de hombros, intentando no reconocer su error, y cambió de tema.

—Parece que estás buscando trabajo.

—La marina ha sido buena conmigo, pero estoy listo para un nuevo reto. Lo de la ciencia lo tengo dominado, y la cibernética es el siguiente gran obstáculo. Intel sería una buena opción.

—Déjame hablar con el Presidente —dijo, hinchándose, el hacedor de reyes de la Casa Blanca. —Es una idea interesante.

Audrey se alisó la chaqueta del uniforme y le tendió la mano.

—Me alegro de que hayamos hablado. Es bueno sentirse vinculada a alguien del centro con verdadero tirón.—

El ayudante del sheriff asintió, como si validara las tres leyes del movimiento de Newton.

—Estaré en contacto.

ESTOFADO DE CORDERO KORMA

Machacar los clavos, los granos de pimienta y las semillas de cardamomo hasta convertirlos en polvo. Saltear las cebollas picadas con las especias hasta que se doren. Incorporar el comino, la canela, la cúrcuma, el cilantro picado y el pimentón. Añadir el ajo machacado y el jengibre rallado, y seguir cocinando hasta que desprendan aroma. Añadir los tomates pelados con su jugo, cocer a fuego lento, luego añadir los trozos de cordero deshuesado y continuar la cocción. Añadir el agua y el yogur, tapar y cocer a fuego lento hasta que el cordero esté tierno. Servir con arroz basmati.

5

Bienvenido al Club

MIENTRAS BENFORD comenzaba su blasfemia matutina sobre los topos en Washington, a última hora de la tarde se celebraba una gélida reunión a 7800 kilómetros de distancia, alrededor de otra mesa de conferencias en el Kremlin. El espacio, contiguo al despacho del presidente en el edificio del Senado, estaba inmaculado, con moqueta azul y paneles de madera noble. La mesa de nogal pulido tenía incrustaciones de caoba oscura en forma de estrella —una estrella soviética de cinco puntas—, una antigüedad que se mantenía en uso por razones de nostalgia. Al fin y al cabo, era el espacio de conferencias del presidente, y a él le gustaba el discreto recuerdo de las glorias pasadas de la URSS.

La reunión fue convocada y dirigida por el barbudo Anton Gorelikov, elegante con un traje azul de Brioni, una camisa azul claro de cuello abierto de Turnbull & Asser y una corbata de seda granate de siete pliegues de E. Marinella de Nápoles. Llevaba el pelo plateado peinado hacia atrás.

El deber de Gorelikov era asesorar al presidente en asuntos exteriores e interiores, seguridad nacional y manipulación de los acontecimientos mundiales en favor de la Federación Rusa, un Mijaíl Suslov moderno, que había sido el Ideólogo Jefe del Partido Comunista Soviético. Se había graduado en la Facultad de Derecho de la Universidad Estatal de San Petersburgo en 1975 con Putin, ambos licenciados en Derecho, y ambos se habían incorporado al KGB, Putin en inteligencia exterior, Gorelikov en análisis. Cuando Vladimir ascendió en la política durante los ebrios últimos días de Yeltsin, recurrió a su amigo de la facultad de Derecho para que se uniera a su satrapía política, y gracias al aplomo, la perspicacia y la previsión de Anton —así como a una estudiada evasión de todas las intrigas del Kremlin— acabó alcanzando la jefatura del Sekretariat. Nunca se había casado, era agnóstico en cuestiones de sexo, no se fiaba de nadie y era un observador astuto y suspicaz de las reacciones humanas. Contaba con la confianza del presidente (en la medida en que Vladimir Putin otorgaba su total confianza a alguien) principalmente porque nunca se hundió en la adulancia. De vez en cuando le recordaba al presidente que seguramente había topos en el Kremlin, igual que Rusia tenía agentes en Washington.

Anton Gorelikov sabía que la Rusia de Putin se estaba atrofiando lentamente desde dentro, impulsada únicamente por sus recursos naturales mal gestionados y las desventuras geopolíticas que

mantenían a Putin en la escena mundial. Pero como un maestro de ajedrez que defiende brillantemente una partida perdida hasta que se revela una ventaja, Gorelikov se deleitaba en la intriga, en la manipulación de los acontecimientos y en el ejercicio del poder. Sus aliados putativos eran Bortnikov, del FSB, Patrushev, del Consejo de Seguridad, y, esperaba, Egorova, la estrella emergente que ya había llamado la atención del Kremlin. Gorelikov estaba maniobrando discretamente para ascenderla a directora del SVR. Es difícil que una mujer sea nombrada directora del SVR, pero el ingenioso Gorelikov era conocido como un volshebnik, un prestidigitador, capaz de convertir el agua en vino. No había prisa.

Además de actuar como el Maquiavelo de Vladimir, Gorelikov era un esteta. Coleccionaba cuadros, bronces y mapas antiguos, y era un galán inmaculado. Apreció la incomparable belleza de la coronel del SVR Dominika Egorova, que estaba sentada a un lado de la mesa, con una fina carpeta delante. Sus ojos azules eran extraordinarios, sus manos en reposo estaban serenas, y esa cara podría lanzar mil barcos, si es que a la podrida Flota Roja rusa le quedaban tantos. Gorelikov conocía el historial personal y de servicio de Egorova, dónde vivía, cuántas veces había sido destinada o había viajado al extranjero (bastantes para su edad y rango), y los episodios más espectaculares de su carrera, incluido su servicio como Gorrión. Uno de los aspectos que desconocía era que la bella coronel Egorova estaba evaluando el halo cerúleo que rodeaba su cabeza, el luminoso halo azul del pensador sofisticado.

Es hora de empezar. Gorelikov sabía que esta reunión sería desagradable; le disgustaba el comportamiento maleducado, que abundaba entre los bueyes del círculo íntimo de Putin, formado por antiguos colegas del KGB, mafiosos y policías, incluidos los hombres que estaban frente a Egorova en la mesa.

—¿Estamos todos presentes?— dijo Gorelikov, con voz suave como un violonchelo. —¿Puedo hacer las presentaciones?

Frente a Dominika estaba sentado el comandante Valeriy Shlykov, del GRU, el servicio de inteligencia militar exterior del Estado Mayor de la Federación Rusa. Vestido con un traje a medida y una corbata azul, Shlykov rondaba la treintena, era un gran ruso rubio, de cara ancha, ojos azules perezosos y labios grandes. La nube amarilla que se cernía sobre él como una bandera de peste indicaba engreimiento, envidia, doblez. Shlykov no saludó ni miró a Dominika, sino que pasó despectivamente las páginas de una carpeta que tenía delante. Uno es ambicioso y privilegiado, pensó Dominika. ¿Por qué está aquí? La convocatoria de esta reunión era vaga, pero supuso que era para hablar de su reclutamiento norcoreano, el académico Ri. ¿Por qué iba a estar presente el GRU para discutir un caso del SVR?

En Rusia, la competencia entre los servicios, y dentro de las ramas del ejército, y entre los ministerios era siempre febril, y a veces desesperadamente despiadada. Es decir, cuando el KGB se dividió en el SVR y el FSB, sólo se trataba de dos bozales más que bebían del mismo abrevadero. Y todos ellos desdeñaban a los krestyaniki, los campesinos del GRU.

A la derecha de Shlykov se sentaba un hombre rechoncho y achaparrado, con un traje demasiado pequeño y una corbata estampada anudada sin apretar alrededor de un cuello de alcantarilla. Era mayor que Shlykov, rondaba los cincuenta, con unas manos inmensas y llenas de cicatrices, como las de un luchador retirado. Tenía el pelo gris y ralo, la cara nudosa y la nariz torcida, arrugada y curtida. Su amplia frente era una masa brillante de tejido cicatricial, como de una terrible quemadura. Sus grandes ojos marrones miraban inquebrantables sus manos. Gorelikov lo presentó como Starshy praporshchik Iosip Blokhin, sargento mayor Blokhin de Spetsgruppa —V,— o grupo Vega, o más comúnmente conocido como Vympel, la unidad de las Fuerzas Especiales Spetsnaz utilizada por el GRU para asesinatos y operaciones militares encubiertas en el extranjero.

Los instintos de Gorelikov vibraron como un diapasón: Blokhin era un sargento superior Spetsnaz vestido con un traje civil barato, físicamente poderoso, inmensamente experimentado, exteriormente tranquilo y quieto. Imposible de controlar, dispuesto a masacrar todo lo que se moviera. Blokhin no decía nada, apenas se movía; había un aire de expectación controlada en aquellos ojos abatidos, como si estuviera esperando a que sonara la campana para asesinar a todos los presentes en el espacio. Su frente quemada tenía estrías donde la carne se había derretido y corría como la cera de una vela. Con evidente ironía, Gorelikov explicó irónicamente que el sargento había sido destinado a trabajar con el mayor, pero que llamar a Blokhin —ayudante— de Shlykov sería como llamar a una motosierra unas tijeras de podar.

Gorelikov vio que Blokhin levantaba los ojos para mirar fijamente a Dominika y observó cómo su futura protegida se enfrentaba al desafío ferino. Ella le miró sin pestañear, con las manos relajadas, y luego se apartó desdeñosamente para mirar a Gorelikov y continuar. Satisfactorio, pensó Anton. No podía saber que Dominika había visto las alas negras de murciélago del mal elemental desplegadas detrás del ogro, y extendidas de par en par, como un ave marina seca sus alas al sol. Dominika se había estremecido ligeramente, y Blokhin lo vio. Solo otro humano —Zyuganov, su antiguo supervisor psicótico— tenía alas negras como estas en lugar de colores. Blokhin parpadeó lentamente mirando a Dominika, como si se preguntara a qué sabría su hígado asado en un palo sobre una hoguera.

—Quizá la coronel Egorova pueda hacernos un resumen de su nuevo caso —dijo Gorelikov. Sus gemelos de cabujón de turmalina asomaban por las mangas.

—¿Están estos caballeros preparados para los detalles?

Shlykov la miró con sorna.

—Sí, coronel, conocemos todos los aspectos del caso con el académico Ri, que es una molestia infernal y debe terminarse inmediatamente.

—¿Quizás el mayor pueda explicar cómo es que el GRU conoce un caso del SVR?— dijo Dominika. Gorelikov sonrió para sus adentros. Egorova tenía más rango que esta khvastun, esta matona de pacotilla, y no iba a echarse atrás.

—Estamos familiarizados con todos los aspectos de su supuesto caso, porque se cruza e interfiere con un caso de mucha mayor importancia que está llevando el GRU —dijo Shlykov. Dominika sonrió.

Gorelikov se interpuso, como un juez que separa a dos abogados. —La desconflicción de las operaciones de inteligencia es siempre crítica,— dijo. —Estoy ansioso por conocer sus casos. Los dos.

—Lamentablemente, Egorova no está autorizada para ello —dijo Shlykov.

Gorelikov levantó una mano.

—Ahora, Mayor,— dijo. —Creo que el presidente ha dado instrucciones para que se coordinen ambos esfuerzos. Por favor, informe al coronel Egorova.

Shlykov oyó el tono de Gorelikov y obedeció.

—El GRU ha estado manejando un activo sensible durante casi doce años. La fuente está encriptada MAGNIT, una fuente americana con amplio acceso a tecnología y política.— Shlykov se sentó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Eso es bastante impresionante, Mayor,— dijo Dominika. —Supongo que, como el GRU lleva el caso, el activo era un voluntario —Gorelikov volvió a reprimir una sonrisa. Egorova estaba tirando de la cola de Shlykov con un comentario solapado, hecho a propósito. Los tontos militares del GRU serían incapaces de reclutar a un activo así de la nada. Habían tropezado con un voluntario.

—No estoy en condiciones de describir la fuente con más detalle —dijo Shlykov, con la cara roja—.

—Y sigo sin tener claro —dijo Dominika— cómo mi nueva fuente, el académico Ri, interfiere con tu fuente, MAGNIT. ¿Puede aclararlo?

—Es obvio, incluso para un oficial del SVR—dijo Shlykov. —MAGNIT ha proporcionado cierta tecnología que el GRU ha compartido con los norcoreanos para ayudar a su programa de armas nucleares.—

Dominika sonrió.

—Así que resumamos. MAGNIT ha pasado tecnología de cañones de riel al GRU, que a su vez la ha pasado al servicio de inteligencia norcoreano, el RGB, que a su vez ha proporcionado los datos que se utilizarán en el diseño de detonadores nucleares en el Centro de Investigación Científica de Yongbyon.— Shlykov volvió a mirar a Dominika sin expresión.

—¿Por qué querría el GRU, bajo ningún concepto, acelerar el desarrollo de un dispositivo nuclear norcoreano?— preguntó Dominika. Bravo, pensó Gorelikov, Egorova llega a la cuestión correcta en cinco minutos.

—Eso no es un asunto de inteligencia —soltó Shlykov. —Es una consideración política que está muy lejos de su competencia. Gorelikov, desde el extremo de la mesa, miró a Dominika con una expresión vacía que significaba "déjalo".

—¿Y qué opina el director del SVR?—dijo Dominika. No hubo respuesta; el actual director del SVR es una nulidad. —¿Es orden del presidente que el académico Ri sea despedido? No veo ningún conflicto entre los dos casos. MAGNIT sólo está proporcionando la tecnología. El profesor Ri es una penetración del programa nuclear norcoreano. Gorelikov observó cómo Egorova mantenía la calma, mientras que Shlykov echaba humo.

—Cuando un activo de inmenso valor potencial se ve amenazado por otro de menor valor, hay que establecer prioridades. No hay duda de que el caso de Egorova debe terminarse. El SVR debe retirarse del campo operativo,— dijo Shlykov.

—Creo que podemos discutir la compatibilidad de estos casos más adelante,— dijo Gorelikov. —Pero lo que dice el comandante es cierto. El MAGNIT tiene una importancia inmensa, ahora y en el futuro. Pero esto nos lleva a otro tema, el motivo último de esta reunión: el tratamiento seguro de MAGNIT. El presidente ha ordenado al SVR que asista al GRU en el establecimiento de un protocolo de manejo mejorado para este activo.— Shlykov se erizó en su silla.

—Es más que capaz de manejar sus activos de forma segura.

—Quizá desee expresar su oposición a los deseos del presidente en persona —dijo Gorelikov en voz baja, haciendo uso de la ya consagrada amenaza del Kremlin. Shlykov miró su carpeta, retrocediendo, sabiendo que probablemente la conversación estaba siendo grabada.

—Nadie tiene la experiencia y la perspicacia que el SVR puede aportar a una operación en el extranjero —dijo Gorelikov, tachando puntos con los dedos—MAGNIT será manejada con más seguridad en Estados Unidos por un oficial de ilegales. El SVR administra la Línea S, la dirección de ilegales. La coronel Egorova ya ha trabajado con

ilegales. Además,— continuó, como si algo de esto cambiara, —el presidente desea expresamente que la coronel Egorova participe en el plan de manejo y comunicaciones de MAGNIT,— dijo Gorelikov.

—No estoy de acuerdo con esto —dijo Shlykov.

—El presidente no solicitó su aprobación — dijo Gorelikov, impaciente. —MAGNIT ha sido manejado adecuadamente durante una década, con una destreza acorde con la posición del activo.— Gorelikov fue endiabladamente inteligente al no utilizar el pronombre masculino o femenino. Ten paciencia; alguien cometerá un desliz tarde o temprano, pensó Dominika.

—Pero ahora hay que reforzar el protocolo de manejo interno,— dijo Gorelikov. —Con la perspectiva de un mejor acceso de MAGNIT, la manipulación ya no puede dejarse en manos de oficiales internos del GRU. Una oficial ilegal de alto rango en la ciudad de Nueva York encriptada SUSAN manejará MAGNIT internamente a partir de ahora, y Egorova viajará a Estados Unidos para reunirse con ella y pasarle el equipo de comunicaciones dedicado.— Bueno, al menos sabemos que SUSAN es una ella. Nueva York: sería el primer viaje de Dominika a América.

Lo que ninguno de los presentes en la mesa sabía era que, desde hacía al menos diez años, el propio Gorelikov también se reunía con MAGNIT una vez al año fuera de Estados Unidos. Gorelikov consideraba que MAGNIT era su caso a pesar de las evasivas de Shlykov y ahora, cuando el acceso de MAGNIT iba a crecer como una seta, quería deshacerse del torpe manejo del GRU e instituir un manejo más seguro en Estados Unidos.

—El SVR intentará usurpar el caso —dijo Shlykov, descontento— El Estado Mayor no tolerará ningún intento de robar la información.

—Querrás decir robarte el crédito,— dijo Gorelikov secamente. —No se preocupe, el caso quedará en manos del GRU. La coronel Egorova ni siquiera necesita saber el verdadero nombre de MAGNIT cuando le pase el equipo a SUSAN.— Respuesta equivocada, Anton. Necesito saber dónde vive y respira nuestro amigo MAGNIT. Ya habrá tiempo.

—Eso es muy tranquilizador,— dijo Shlykov. —Pero quiero que Blokhin acompañe al coronel a Nueva York para proteger nuestras acciones operativas.

Por un millón de razones, de ninguna manera, pensó Dominika. Me reuniré con Nate y Bratok en Nueva York.

—Ahora me temo que debo objetar,— dijo Dominika. —Dos oficiales no pueden hacer una reunión clandestina en tándem. Aunque estoy segura de que las habilidades del sargento Blokhin en el campo son muchas, sospecho que la detección de vigilancia no es una de ellas.—

La extraña voz grave de Blokhin sorprendió a todos.

—Le mostraré mis habilidades de campo cuando quiera —dijo. Su mirada vacía era más alarmante que si hubiera estado gruñendo. Las alas negras se plegaron una sobre otra.

Shlykov y Blokhin se apartaron de la mesa, recogieron sus carpetas y abandonaron el espacio de conferencias. El chasquido metronómico de sus tacones se desvaneció, hasta que doblaron una esquina en el magnífico pasillo.

Gorelikov lanzó un profundo suspiro.

—Tratar con ese presmykayushchiysya, ese reptil, siempre es fastidioso —dijo Gorelikov—Su abuelo fue un héroe de la Gran Guerra Patria, hasta que Stalin lo fusiló en 1949. Su padre fue mariscal del ejército en los años setenta, y al joven Valeriy le ha ido bien en el GRU. Es ambicioso, privilegiado y poco ético, así que ten cuidado con él.

—¿Y MAGNIT?—preguntó Dominika con indiferencia.

—Un caso inmensamente productivo y prometedor,— dijo Gorelikov, que no estaba dispuesto a revelar la identidad del agente a Egorova en vísperas de su viaje a Nueva York. —El activo ha ascendido a través de la burocracia y ahora se encuentra en el escenario de la política nacional estadounidense. Si las cosas se desarrollan como es debido, la fuente será manejada por el oficial de ilegales en Nueva York y dirigida desde el Kremlin como un caso del Director, a pesar de los deseos de nuestro maleducado Shlykov.— Ok por ahora. No más preguntas sobre el topo; tendrás el nombre para Benford en un mes.

—Es una extralimitación preguntar por qué estamos ayudando al programa nuclear norcoreano—dijo Dominika.

—Porque quiero desorientar a los chinos y halagar a ese bollito de Pyongyang —dijo el presidente Vladimir Putin, entrando en el espacio de conferencias por una puerta lateral. Su habitual traje azul, camisa blanca, corbata aguamarina y ojos azules brillantes complementaban su conocida expresión flemática, a medio camino entre la sonrisa y la mirada lasciva. Putin se acercó a la mesa con su característico paso de marinero, que un obsecuente biógrafo del Kremlin había descrito recientemente como el paso de un combatiente entrenado por el KGB, pero que Dominika sospechaba que no era más que el contoneo de un hombre bajito. Sin hablar, se sentó frente a ella y apoyó las manos en la mesa. Su aura azul —inteligencia, astucia, cálculo— era como un kokoshnik sobre su cabeza, el tradicional tocado cónico ruso, mitad tiara y mitad diadema.

—Me gustaría que conocieras al oficial de ilegales de Nueva York —le dijo. Dominika no dudaba de que había oído la conversación con

Shlykov cinco minutos antes.

El líder clarividente, el zar omnisciente.

—Sí, señor presidente.

—Confío en que tomará las precauciones necesarias.

—Por supuesto, señor presidente,— dijo Dominika.

—Llévese a Blokhin como apoyo,— dijo Putin.

Gorelikov se agitó.

—Sr. Presidente,— dijo, —un agente de Spetsnaz no es exactamente lo que la situación operativa...

—Llévatelo, no obstante,— dijo Putin. —Mantenga contento al comandante hasta que empiece su otro proyecto.— Gorelikov se quedó callado.

—Y cuando vuelvas —le dijo Putin a Dominika—, quiero discutir contigo nuevas iniciativas en la SVR. Los recientes resultados favorables de la activniye meropriyatiya, nuestras medidas activas en Estados Unidos me dicen que deberíamos ampliar nuestras capacidades en este ámbito.—

—Estoy deseando hacerlo,— dijo Dominika. El rostro de Putin se suavizó cuando sus ojos se posaron por un instante en los apretados botones de su blusa a medida bajo el traje azul marino. Mataré a Benford si me pide que haga lo que el cabeza de melón está pensando ahora mismo, pensó.

Dominika estaba acostumbrada a que los hombres se fijaran en su figura, y se deleitaba mirándolos. Es diferente con las miradas del presidente. Tenían una especie de historia. Se estremeció al recordar la visita nocturna de Putin a su espacio hace años, durante el fin de semana en el palacio de las afueras de San Petersburgo. Llevaba un pijama de seda roja y entró sin llamar. Sentada en la cama con su camisón de encaje, había levantado las sábanas por debajo de la barbilla para cubrirse, luego recordó que tenía que cautivar al zar y bajó la sábana. Se había atrevido a ponerle la mano en el regazo mientras él introducía sus dedos en las copas de su camisón, para demostrarle que estaba dispuesta, pero, para su alarma, sus prácticas ministraciones no habían tenido ningún efecto inmediato en él. El presidente se había marchado en silencio poco después, pero el encuentro se cernía sobre ellos, un acoplamiento predestinado para algún momento en el futuro, cuando el zar apareciera para reclamar su premio. Y ella se lo permitiría. Tenía que hacerlo.

—Schastlivogo puti,— dijo el presidente. —Bon voyage. —Se levantó, saludó a Gorelikov con la cabeza y salió por una puerta lateral separada que abría uno de la veintena de ayudantes de los hombres lobo que siempre estaban al acecho. La puerta se cerró con un clic y Gorelikov suspiró. Dirigir el Sekretariat unipersonal de Putin era una prueba.

—He pedido un almuerzo ligero—dijo. —¿Me acompañas?

Caminaron por el pasillo hasta un pequeño espacio para ejecutivos y se sentaron a la mesa. Un camarero trajo un carrito con una bandeja cubierta de plata.

—Sel'd pod Shuboy, arenque bajo ensalada de verduras —dijo Gorelikov, sirviendo un plato a Dominika. —Es muy bueno.

—Es muy bueno,— dijo ella, pensando que el joven ruso medio probablemente nunca había probado semejante manjar.

Gorelikov masticó pensativo.

—Demasiada mayonesa —dijo, limpiándose la boca—Tengo mucho que contarle.

—Agradeceré que me oriente —dijo Dominika.

—En primer lugar, debo mencionar que el presidente aplaude tu hoja de servicios. Está siguiendo tu carrera con interés — Desgraciadamente con una erección, pensó Dominika.

—Predigo que te ascenderá en el próximo trimestre. Le seguirá, en mi opinión, la dirección del SVR.

El halo azul de Gorelikov se mantuvo firme, sugiriendo que decía la verdad.

—Al presidente también le gusta el comandante Shlykov,— dijo Gorelikov. —Quizá admira lo regañón, lo descarado que es.

—¿Damos de baja al académico Ri en favor del caso MAGNIT?— dijo Dominika.

Gorelikov se encogió de hombros. —Estoy de acuerdo en que su caso tiene mérito, una mirada inestimable al interior del programa nuclear del Reino Ermitaño. Pero preveo que el presidente se cansará de enfrentar a los norcoreanos con Pekín y retirará su apoyo. Podemos decidir más tarde.

—Aún no tengo claro cómo un caso amenaza al otro —dijo Dominika—Ambas corrientes de inteligencia se manejarán en compartimentos estancos.—

Gorelikov observó cuánto sentido operativo tenía esta belleza. Estuvo pensando en informarle sobre MAGNIT, pero decidió que era demasiado pronto. Admiró que no tuviera reparos en exponer su punto de vista, incluso ante un superior en el aire enrarecido del Kremlin. Sospechaba que sería adecuada para lo que él tenía en mente. —Shlykov cree que el hecho de que los norcoreanos estén recibiendo tecnología de cañones de riel revela incontrovertiblemente que existe una fuente estadounidense. Si MAGNIT sigue avanzando, el caso eclipsará a todos los demás y debe ser protegido.—

—¿Es MAGNIT tan bueno?— dijo Dominika. Última pregunta, no presiones.

—El activo tiene el potencial de ser la mejor fuente en la historia

de nuestros esfuerzos de inteligencia contra el Enemigo Principal —dijo Gorelikov con una risita—, si me disculpan esa vieja frase soviética —el Enemigo Principal— que, por cierto, está disfrutando de un resurgimiento en este edificio. Deberías tenerlo en cuenta.

—Lo haré—dijo Dominika.

—Bien. Ahora la política,— dijo Gorelikov. —Pekín está agitando la región con esas malditas islas artificiales en el Mar del Sur de China. Desafían a Washington; molestan al presidente. Putin quiere distraer a los chinos, interponerse entre el politburó de Pekín y Pyongyang, y sacudir la acogedora relación que ha sido indiscutible desde los años cincuenta.—

—Pero, perdónenme, puedo ver el mérito de las medidas activas para perturbar la relación, pero ¿a costa de dejarles tener la bomba?— preguntó Dominika. Gorelikov se rió.

—Lo sé, yo me hice la misma pregunta,— dijo Gorelikov.

Este hombre es un consejero bien pensado, pensó Dominika, no un lameculos.

—Es que parece muy arriesgado—dijo Dominika. —Mi experiencia con el programa nuclear iraní me enseñó que la investigación y el desarrollo pueden estancarse y luego acelerarse de forma imprevisible.

Gorelikov le sonrió.

—Nuestro trabajo está plagado de riesgos —le dijo. —Usted mismo corre riesgos todos los días, ¿verdad?

A Dominika le recorrió la espina dorsal la familiar sensación de alarma helada, la eterna aflicción del agente clandestino que vive con el temor de ser descubierto en cada momento de su vida. ¿Qué se supone que significa eso? ¿Un comentario inocente? ¿Una tímida insinuación de que es sospechosa? Nate aullaría de angustia y exigiría de nuevo que desertara inmediatamente.

—Tus experiencias con los iraníes fueron arriesgadas, tu duelo con el llorado Zyuganov fue arriesgado, el intercambio de espías en Estonia fue excepcionalmente arriesgado —dijo Gorelikov. —No, Dominika, ¿puedo llamarte Dominika? Y tú me llamarás Anton— Corres riesgos con valentía y decisión, por eso el presidente te tiene en el punto de mira. Y yo también. ¿Una trampa de telaraña? ¿O el comienzo de una rara lealtad en un Kremlin donde no hay aliados?

—Valoro tu apoyo... Anton.

—Excelente. Así que utilizamos al Académico Ri por el momento para vigilar a esos comedores de coles y sus infernales detonadores nucleares,— dijo Gorelikov. —Reunirnos con él en Viena será delicado.—

No tienes ni idea, pensó Dominika.

—Tengo un activo de apoyo que me asiste localmente,— dijo

Dominika.

—¿La mujer Petrescu?— dijo Gorelikov. —Es bastante impresionante.—Jesús, este elegante mercero sabe mucho.

Gorelikov empujó el plato hacia ella.

—¿Más ensalada? Hay otra tarea delicada que el presidente pretende asignarte. Está convencido de que el servicio de inteligencia chino, el SVR, nos espía, opinión que no comparto necesariamente.

—Dado que eres Jefe de Contrainteligencia del SVR, el Presidente Putin quiere que te encargues de las relaciones oficiales de enlace con el representante moscovita del MSE . —Hay mucho que decirle a Benford, de inmediato. Un disparo SRAC a Langley, mañana por la noche, a más tardar. Después de cenar con Ioana, recién llegada de Viena.

—Es que parece que voy a ocupado,— dijo Dominika.

—Bienvenida a la siloviki,— susurró Gorelikov, mientras le ponía más ensalada en el plato.

SHUBOY-ARENQUE CON ENSALADA DE VERDURAS

Cortar en dados Ok los filetes de arenque deshuesados. Rallar por separado zanahorias cocidas, patata, manzana pelada y claras de huevo duro (reservar las yemas). Ok rallar las remolachas cocidas (escurrir bien) y batir con la mayonesa para hacer una pasta aterciopelada. Colocar los ingredientes rallados en capas en una fuente ovalada honda, presionando cada capa con firmeza, empezando por el arenque, las patatas, una fina capa de mayonesa, las zanahorias, las manzanas y las claras de huevo, y luego la mayonesa, el arenque, las patatas y las zanahorias. Cubrir completamente la ensalada comprimida con la remolacha untada por encima y por los lados, como si se glaseasease un pastel. Decorar con yema de huevo rallada finamente y refrigerar. Servir con pan de campo crujiente.

6

Comportarse como un toro

EL RESTAURANTE UZBEKISTAN, situado en Neglinnaya Ulitsa, en el distrito de los teatros de Moscú, era un serrallo de Asia Central profusamente decorado con espejos enmarcados, lámparas de araña y banquetas mullidas repletas de cojines kilim. Dominika cruzó la puerta de cobre cepillado del restaurante y percibió el aroma del cordero al horno mezclado con cardamomo, cilantro y fenogreco. Pasó junto al maître, se escurrió entre las opulentas mesas del espacio principal y subió los tres escalones que conducían al comedor elevado. Al fondo de este espacio privado, bajo un toldo de rayas moradas y azules, estaba sentada Ioana Petrescu, el Gorrión de Dominika. Estaba bebiendo un vaso de vino blanco y no saludó con la mano ni dijo nada al ver acercarse a Dominika. Ioana había perdido el bronceado de su estancia en Grecia, pero iba elegante con unos pantalones de cuero y una blusa de seda roja con cuello barco. Tenía el familiar halo carmesí alrededor de la cabeza y los hombros, el aura de la pasión, la lujuria, el corazón y el alma.

—Automáticamente pensé que tendría que comprar lencería nueva para hacer de canguro de tu científico nuclear, pero luego recordé que no le interesa. Así que en vez de eso me compré un abrigo de piel para estar calentita en Viena,— dijo Ioana en francés, sin una palabra de saludo.

—Es de tu paga vorishka, ladrón furtivo. ¿Has encontrado el apartamento adecuado? Es importante mantenerlo a salvo. Cuando venga a cenar contigo, o cuando tengamos reuniones, tienes que asegurarte de que llegue limpio. Esos maníacos vigilan de cerca a su gente. Y el OIEA es como un pequeño pueblo: todo el mundo conoce los asuntos de los demás.— Ioana asintió.

—Encontré una casa en la isla, una casita de playa junto al río, al otro lado de un pequeño lago llamado Kaiserwasser, a 800 metros del Centro Internacional y a cinco minutos a pie del OIEA. Si hace falta, puede ir y volver andando en quince minutos. Las casas se alquilan en verano; ahora están todas vacías. El Danubio alimenta el lago y las ensenadas circundantes, el barrio es muy arbolado, y la casa de campo es tranquila y acogedora. Una pena que al profesor no le interese la diversión—.

Dominika se rió. Ioana odiaba la vida de Gorrión tanto como ella. Era inteligente y eficiente, por eso Dominika la reclutó para hacer el trabajo de operaciones preliminares en Viena.

—¿Has pensado que al profesor no le interesa divertirse contigo?

En realidad, las nalgas de Ioana eran como mármol esculpido tras años de campeonatos de voleibol.

—He decidido que cada año me gustas menos,— dijo Ioana.

—Olvídate de tu zadnitsa, tu culito,— dijo Dominika. —¿Has instalado la grabadora en la casita?—.

Ioana asintió.

—Una grabadora de hilo de larga duración en el armario. Dos inalámbricos alrededor de las sillas y la mesa. Es activada por voz, así que no tengo que encenderla. No es tan buena como la que podría hacer un técnico, pero no se ve nada. — Hay más cosas que contarle a Benford, pero pueden esperar hasta la próxima toma del SRAC. Ella ya estaba hasta el límite de caracteres para la transmisión de esta noche.

—Volveremos a Viena cuando regrese de Nueva York. Es hora de volver a hablar con él.

—Cómprame algo caro en Nueva York,— dijo Ioana.

—Ya te has comprado un visón,— dijo Dominika.

Ioana negó con la cabeza.

—Un reloj; el que muestra las fases de la luna.

—¿Necesitas un reloj suizo de 10.000 dólares para saber cuánto tiempo tienes que tocar la flauta francesa con un objetivo de reclutamiento?

—Para alguien que solía faire une turlutte antes del desayuno, eso es un poco rico,— dijo Ioana.

—Un reloj de pulsera está descartado,— dijo Dominika. —Tal vez unos zapatos de tacón redondo.

—Cada vez me gustas menos.

—¿Qué vamos a comer? —dijo Dominika, mirando la hora. Aún le quedaban dos horas.

—Hay pollo con crema de champiñones, como nuestra ciulama de pui en Rumanía,— dijo Ioana. —Hasta los bestiales uzbekos saben que nuestra comida es la mejor.

—Slava Bogu, gracias a Dios por la comida rumana,— dijo Dominika, pidiendo dos platos, que llegaron rápidamente. Tiernos trozos de pollo en una rica salsa suprême de nata y setas enriquecida con yemas de huevo y nata agria, servida con puré de patatas rusas. Las mujeres se miraron tras el primer bocado, aprobándolo.

Comieron en silencio. Ioana estaba contenta sabiendo que la coronel Egorova dependía de ella y estaba satisfecha con ella. Esta cena tardía era prueba de ello. Dominika confiaba en ella para alquilar el piso franco de Viena. Habría otras operaciones, tal vez incluso la posibilidad de ser nombrada oficial del Servicio. Egorova se ocuparía de ella.

En la acera, fuera del restaurante, se besaron en ambas mejillas y, sin una palabra de despedida, Ioana caminó hacia el norte por

Neglinnaya Ulitsa. Dominika la vio irse, con los pantalones de cuero siseando como una serpiente, y pensó que habría preferido ir con Ioana a tomar una copa. Es que había trabajo que hacer, y Ioana no tenía nada que ver ni podía saber nada. Se quedaría porazheny, asombrada si lo supiera.

Llevando la pesada bolsa con su equipo de señales al hombro, Dominika empezó a caminar hacia el sur por Neglinnaya, sintiendo el agua helada fluir en su pecho a medida que iba operando. Es una transformación mental y corporal, la marca de un operador callejero, en parte aprendida y en parte instintiva. Se le aceleró el pulso y contuvo la adrenalina que le recorría el cuello y los hombros. La visión de Dominika se volvió nítida como el cristal y se centró en la distancia media. Su oído también se sintonizó con el timbre de la calle que la rodeaba: oía los motores de los coches, el silbido de los neumáticos sobre los adoquines mojados y el arrastre de los pasos en la acera. Es tarde; el tráfico en Moscú, aunque nunca inexistente, será escaso. Tenía que determinar su situación: tenía que saber que estaba libre de vigilancia, tenía que ponerse negra.

Caminó hacia el sur por Neglinnaya, escalonó hacia el oeste, tomó la calle peatonal vacía de lujo Stoleshnikov, las tiendas de lujo estaban a oscuras, la vigilancia rehuiría este embudo, este punto de estrangulamiento, así que buscó las unidades chillonas y saltarinas que se apresuraban a adelantarse, negativo, giró hacia el norte por Bolshaya Dmitrova, cruzó la calle para echar un vistazo, coche aparcado con las luces de posición encendidas, negativo, pasando el Teatro Muzykalnyy, con sus columnas en bajorrelieve iluminadas, mujer con una bolsa de la compra, segundo impacto, pero se va deprisa a casa, ignorar, y atajar por Petrovskiye Vorota, frondoso paseo bordeado de puestos vacíos de mercado de fin de semana, sin siluetas de flanqueadores bajo los árboles, llegar al pequeño coche aparcado bajo el saliente de hollín del Teatro Rossiya, no hay unidades de vigilancia, no hay manchas de dedos alrededor de las cerraduras de las puertas, entrar, pausa, oler el coche por el olor persistente de un equipo de entrada, proceder, comprobar la guantera atrapada, la cinta todavía en su lugar, salir en el tráfico, ignorar las bocinas, buscar unidades de seguimiento reaccionando, desviarse para mantener el ritmo, bajar las ventanillas, oír la calle, sentir la calle, salir de la ciudad por Tverskaya, cambiar de carril, observar la reacción, mantener la velocidad lenta, cobertura de calma, sin intermitentes, incorporarse a la M10, aumentar gradualmente la velocidad, tráfico lento, camiones articulados echando humo, faros detrás... Negativo, se acerca el distrito de Sokol, preste atención, tome la desviación hacia Volokolamskoye Shosse, tráfico más ligero, gánelo,

vigile la reacción, negativo, se acerca el punto de sincronización, cinta negra del canal Mosky, compruebe la hora, se acerca el paso elevado de Svoboda, busque en el bolso de gran tamaño del asiento del pasajero el botón bajo la tela, se acerca el paso elevado del tranvía número seis, compruebe el retrovisor, despejado, ahora, ráfaga de dos segundos de baja potencia, 1,5 vatios, despertando al SR10. 5 vatios despertando el receptor SRAC enterrado a 15 centímetros bajo el terraplén de hierba bajo las catenarias, luz amarilla dentro del bolso parpadeando en verde, apretón de manos electrónico, mensaje recibido, mensaje para Nathaniel, secretos en la noche, topos entre nosotros, misiles balísticos intercontinentales y cabezas nucleares, ahora el rugido del túnel del paso subterráneo, comprueba el espejo, a la deriva, mantente recto, no te alejes, rampa de bucle a la carretera de circunvalación E105 elevada, el tráfico más rápido ahora, tu seis está todavía despejado, más allá de las ciudades dormidas, Strogino, y más allá de Myakinino, y más allá de Druzhba, la Rodina oscura, la Madre Rusia en la sombra, sus compatriotas cómodos en sus casas, creyendo sólo lo que su zar de ojos azules les decía que creyeran, comiendo sólo lo que el zar les daba de comer, esperando sólo lo que el zar les dejaba esperar, cansados ahora de agarrar el volante durante tanto tiempo, atentos a la salida, hacia el oeste por Rublevskoye, despacio, izquierda, derecha, izquierda, inversiones naturales en el triángulo formado por Rublevskoye, Yartsevskaya, y Molodogvardeyskaya, busque la cobertura arremolinada, negativo, cruce Rublevskoye y al este en Kastanaevskaya, su edificio, Número nueve, ventanas oscuras, medio cubiertas por la hiedra, bombilla quemada sobre la entrada, escalera tenue, tendría que meter la llave en la cerradura de la puerta de su apartamento.

Apoyó la frente en el volante. A esas horas de la mañana, Kastanaevskaya estaba llena de coches aparcados a ambos lados de la calle. Maldiciendo, Dominika tuvo que cruzar varias manzanas hacia el oeste antes de encontrar un lugar vacío cerca de una farmacia Almi que abría toda la noche, con su letrero de neón verde coloreando los árboles cercanos y el escuálido césped de delante, su puerta principal reforzada con barrotes y abierta a distancia por el dependiente de turno. El papel de la basura se arremolinaba en la parcela vacía. Dominika cerró la puerta del coche y empezó a caminar por la acera oscura hacia su edificio. En el barrio reinaba un silencio sepulcral. Agarró la bolsa de gran tamaño con el fondo rígido que ocultaba su unidad SRAC, los cables de la antena y el botón de transmisión cosidos a la piel, las luces LED de espera y recepción ocultas en los broches de los compartimentos interiores.

Una vez en casa, introducía un cable fino en un puerto del interior de la bolsa para descargar el mensaje entrante de la CIA:

requisitos de inteligencia, horarios de reuniones personales u, ocasionalmente, algún que otro requisito operativo. Desde su reclutamiento, cinco años atrás, se había reunido con sus superiores de la CIA en el extranjero —con poca frecuencia y si la cobertura lo permitía— para participar en un reclutamiento, en una maniobra de falsa bandera o en una reunión informativa, todos ellos viajes gloriosos y embriagadores para reunirse con sus colegas secretos de la CIA, incluido Nate, con quien seguía estando furiosa, pero a quien echaba muchísimo de menos. ¿Qué mensaje le esperaba? El mensaje de la semana pasada había mencionado Estambul, y Dominika esperaba nuevas instrucciones.

Pensó en Nate mientras caminaba. Bozhe, Dios, amarlo iba en contra de todas las reglas del oficio, pero Dominika no paraba, y Nate no podía parar. Ella les había dicho que estaba comprometida, que no espiaba contra Rusia, sino para que Rusia echara a la granja de aguas residuales del Kremlin y los enviara a todos de vuelta a sus asquerosos comienzos. Así que, si era una agente insustituible de la CIA, valorada más allá de toda medida, y quería amar a Nate, que se callaran. ¿Pravil'no? ¿Verdad? Soñaba con volver a besar a Nate, en un taxi o en un ascensor, o apretados contra la puerta de un espacio de hotel. Sus manos sobre ella, y...

Dominika vio movimiento bajo los árboles frente a la farmacia, siluetas que surgían de la hierba, uno, dos, tres, cómo demonios emergiendo del subsuelo. Empezaron a moverse entre los árboles, paralelos a la acera, con las cabezas giradas hacia ella. Lo primero que pensó Dominika fue que, de algún modo, el servicio de seguridad interna, el FSB, los cazadores de espías, la habían descubierto, sabían que espiaba para la CIA y habían interceptado la transmisión en ráfaga de esta noche a los estadounidenses en Volokolamskoye Shosse. Imposible. ¿Cómo? ¿Un topo en Washington? ¿Una brecha de seguridad en la estación de Moscú? ¿Un código descifrado? Fuera como fuese, todas las pruebas que necesitaban para enterrarla estaban cosidas al enorme bolso que colgaba de su hombro. ¿Podría resistirse, escapar de algún modo? ¿Cuántos de ellos saldrían de la noche y la abrumarían? Pronto lo averiguaría. Aparte de las manos y los pies, la única arma que llevaba en el bolso era un llavero. Sin perder de vista las siluetas, Dominika entrelazó las llaves entre tres dedos de su mano derecha.

Dominika había sido entrenada —y mantenía una sesión semanal de sparring— en Systema Rukopashnogo Boya, el sistema de combate cuerpo a cuerpo utilizado por los Spetsnaz, las feroces fuerzas especiales rusas. Systema era una amalgama de artes marciales clásicas, golpes de mano balísticos, gestión del impulso del atacante y golpes devastadores contra las seis palancas centrales del cuerpo.

Había matado, con suerte desesperada, a asesinos entrenados en encuentros cuerpo a cuerpo. Pero sabía que, en combate, un resbalón, un bloqueo fallido o un golpe incapacitante eran el final.

Las tres siluetas salieron a la luz y Dominika respiró aliviada. Gopniki. No un equipo de arresto del FSB. Un gopnik era un hombre duro de la calle, afeitado, con los dientes separados, perpetuamente con los ojos llorosos y la cara roja por las latas de bebida energética alcohólica Jaguar. Invariablemente vestidos con chándales Adidas, tapochki de cuero con puntera afilada y gorras planas gondonka, infestaban las esquinas de las calles de los suburbios moscovitas, las paradas de autobús y los parques de la ciudad, durmiendo, bebiendo, vomitando, meando y atracando a los transeúntes. Su lema era bychit, comportarse como un toro. Querían su bolso y la apalearían hasta la muerte para conseguirlo. Se sentiría tan comprometida si estos apestosos cabezas muertas le arrancaran el bolso del hombro y encontraran el transmisor SRAC oculto como si lo hubiera hecho el FSB.

Los tres estaban muy delgados y desnutridos, pero Dominika sabía que serían rápidos y capaces de absorber el castigo. Es fundamental mantenerlos alejados de ella. Atraparía al atacante principal con un agarre conjunto y lo arrastraría en círculos para mantenerlo delante de los otros dos. Utilizaría las llaves para rasgarles los ojos, luego les barrería las piernas con el pie y les clavaría un tacón alto en la garganta o la sien. Ese era el plan, al menos.

—Suka, zorra, dame tu bolso —dijo Uno, dando un paso hacia ella, de frente a la derecha. Eran indistinguibles el uno del otro, simples amenazas entrantes. Sus halos amarillos se mezclaban, y hacían juego con el color de sus dientes torcidos.

—Blyad, puta, ¿has oído? —dijo Número Dos, acercándose por delante a la izquierda.

Dominika dio un paso ligeramente a la derecha cuando Número Uno alargó la mano para agarrarla. Olía a orina agria, cerveza, tabaco y pocilga. Le cubrió la parte superior de la mano derecha con la izquierda y le dobló la muñeca hacia abajo y hacia atrás. Aulló cuando Dominika pivotó con él hacia la izquierda, bloqueando al Número Dos, y luego continuó pivotando para golpear al Número Uno, de puntillas por el dolor, contra el Número Tres en una maraña de piernas y brazos. Se agarró a la muñeca de Uno y lo giró de nuevo hacia Número Dos, chocando sus frentes. Número Tres se acercaba rápidamente, con el brazo levantado por encima de la cabeza. Cuchillo. Inclinándose hacia atrás, Dominika giró a Uno hacia la línea del tajo descendente. La hoja bajó por el lado de la cabeza rapada de Uno y le cortó la oreja de raíz. Dominika dejó que el rugiente Número Uno cayera al suelo sujetándose la cabeza, con el cuello

ensangrentado. Al instante dio un paso adelante con un puñetazo en sacacorchos, clavando las tres llaves que tenía entre los nudillos derechos en el ojo derecho del Número Tres, y sintiendo cómo el fluido ocular salpicaba el dorso de su mano. Le sacó las llaves de la cuenca ocular, le atravesó la nariz y se las clavó en el ojo izquierdo, de refilón. Tal vez aún pudiera ver por ese ojo más tarde. Número Tres se desplomó gritando Suka, cubriéndose la cara ensangrentada con manos temblorosas.

Es habían tardado tres segundos, y dos de ellos estaban en el pavimento retorciéndose entre borbotones de sangre salpicada, pero Número Dos estaba casi sobre ella, y sabía que si la derribaba, los tres se arremolinarían en torno a ella, enloquecidos por su dolor, y golpearían su cráneo contra el hormigón hasta ver cerebros grises en la farola. Sin pensarlo, Dominika bajó el hombro mientras se agarraba a las asas de cuero de su bolso, y lo balanceó en un arco plano hacia la sien izquierda del Número Dos. Los dos kilos de componentes SRAC con cuerpo de acero cosidos en el fondo del bolso golpearon el cráneo con un sonido metálico. Número Dos se tambaleó y se sentó de golpe, bizco.

Respirando con dificultad, Dominika los miró en la acera, uno boca abajo e inconsciente, el otro acurrucado y gimoteando, el tercero aún sentado, mirando pero sin ver. Esas tres cucarachas habían estado a punto de arruinarlo todo, de exponerla, de enviarla al espacio del sótano de la prisión de Butyrka con la pared de troncos de pino diseñada para atrapar los rebotes y los desagües en el suelo de cemento inclinado y manchado de marrón colocados para evacuar los fluidos de los presos ejecutados. Cinco años de riesgos inimaginables, de fugas por los pelos, de valiosa información —medida en metros lineales— transmitida a los estadounidenses, de innumerables reuniones en innumerables pisos francos, sólo para estar a punto de ser desbancada por tres gopniki embelesados a dos manzanas de su apartamento. Esta era otra parte encantadora de su Rusia también, estos patanes que eran tan indolentes, y crueles, y depredadores como el círculo íntimo de Putin sentado en los salones enjoyados del Kremlin. Eran el mismo cáncer. Es arriesgó su vida, y esta noche casi habían acabado con ella. Podría estar en una celda helada inundada de aguas residuales, o muerta y mirando desde un ataúd de cartón con un paño atado bajo la mandíbula para mantener la boca cerrada, esos animales...

Dominika, furiosa, se acercó al aturdido gamberro, se puso en pie y le asestó un golpe mortal de Spetsnaz con su brazo rígido bajo la barbilla, fracturándole el hueso hioides y rompiéndole la laringe. Cayó hacia atrás y empezó a jadear, con los ojos fijos en la copa de los árboles.

—Ublyudok, cabrón —dijo Dominika, viendo cómo le temblaban las piernas.

Tres minutos después seguía temblando tanto que la pegajosa llave del apartamento patinó sobre la cerradura antes de que pudiera abrir la puerta con las dos manos. Dejó las luces apagadas excepto una pequeña lámpara cerca de la puerta principal. Su falda estaba manchada de algo oscuro y húmedo. El mensaje del SRAC descargado en su ordenador portátil parpadeó una vez, destelló en verde durante dos segundos y leyó la palabra "Estambul"; luego se volvió negro y en la pantalla aparecieron las palabras "Error 5788". Chyort, ¡maldita sea! Al parecer, la cabeza del gopnik era más dura que los componentes. Ahora tendría que desencadenar un encuentro personal escalofriantemente peligroso con un oficial de la estación de Moscú —¿Por qué no podía venir Nate a reunirse con ella?— para cambiar el equipo dañado por un nuevo conjunto SRAC.

Dejó la ropa amontonada en el suelo, se quitó los zapatos y se miró al espejo. Las llaves le habían desgarrado la piel entre los nudillos y le dolía la mano. La lamparita proyectaba una sombra sobre las curvas de su cuerpo. Cinco años era mucho tiempo. Ahora su figura era más suave, no se le notaba la caja torácica y sus pechos estaban más llenos. Gracias a Dios, su vientre seguía siendo plano y sus caderas no se habían extendido a todos los puntos cardinales. La depilación francesa había sido un impulso tonto, pero ya se estaba acostumbrando. Estaba satisfecha de tener las piernas y los tobillos delgados.

Mirarse a sí misma se deformó de repente en un sueño extracorporal; la imagen del espejo era otra persona. Una melancolía insoportable la invadió. Ahogó un sollozo, momentáneamente abrumada por su situación, por el peligro de esta noche y por toda su existencia como espía. Mírate, pensó. ¿Qué haces? ¿Quién es usted? Una ridícula fanática luchando sola en la oscuridad, con peligros abrumadores en tu contra, pocas probabilidades de sobrevivir, tus amigos lejos, separada del hombre al que amas. ¿Cuánto tiempo durará? ¿Cómo consiguió su mentor, el General Korchnoi —espió para la CIA durante catorce años—, reunir la voluntad y la determinación para seguir adelante? Dominika parpadeó mientras las lágrimas resbalaban por las mejillas del retornado del espejo. Es no era ella; era otra persona llorando.

POLLO DE CIULAMA DE PUI-IOANA CON SALSA SUPRÊME DE SETAS

Cortar el pollo en trozos pequeños, hervir en agua salada con la zanahoria y la cebolla cortadas en trozos grandes hasta que estén

tiernas. Hacer una Salsa Suprême derritiendo la mantequilla, luego remover con la harina, añadir el caldo de pollo, la yema de huevo y la nata agria para hacer una salsa aterciopelada. Saltear los champiñones cortados en láminas finas en mantequilla, añadirlos a la salsa y terminar la cocción sin hervir. Añadir los trozos de pollo, el perejil picado, sazonar y cocer a fuego lento. Servir con puré de patatas ruso (mezclar el puré de patatas con la nata agria, la nata espesa, las yemas de huevo, el eneldo y la mantequilla). Extender la mitad de las patatas en una sartén engrasada, cubrir con cebollas caramelizadas, cubrir con el resto de las patatas y cubrir con crema agria. Hornear sin tapar).

7

Estrella de la Humanidad

DOS AYUDANTES la escoltaron por el pasillo brillantemente iluminado, mientras Dominika componía sus facciones para una reunión de última hora con Gorelikov, probablemente rutinaria, pero siempre medio esperaba que el espacio estuviera lleno de matones de seguridad reunidos allí para arrestarla. La vida de un espía.

Estaba en la tercera planta, el ala residencial del edificio del Senado, donde Lenin y Stalin habían mantenido cómodos apartamentos y donde la segunda esposa de Stalin, Nadezhda Alliluyeva, se suicidó en 1932. Probablemente con un revólver, pensó Dominika, después de darse cuenta de que estaba casada con el mensajero de Lucifer en la Tierra. Un asistente llamó a una puerta de madera, esperó un momento y le indicó que entrara. Anton Gorelikov salió de detrás de la mesa de su despacho del Kremlin, un espacio esquinado situado en el ángulo norte del edificio del Senado, que tenía tres lados. El despacho era espacioso, lleno de estanterías y ricamente alfombrado de rojo intenso. Una ornamentada araña de cristal colgaba del centro del techo. El escritorio de Gorelikov estaba repleto de papeles y carpetas de diversos colores. ¿Cuántas otras operaciones está tramando en todo el mundo? pensó Dominika. Hoy Gorelikov vestía un traje azul de cuadros escoceses de Kiton, camisa azul claro de Mastai Ferretti y corbata negra de punto de Gitman Bros. Era más elegante que un banquero londinense, nada que envidiar a los húmedos cubos de sebo del Consejo de Seguridad del Kremlin.

Gorelikov dijo, con los brazos extendidos en señal de saludo, como un abuelo que recibe a su nieto en las vacaciones de primavera. Dominika le estrechó la mano y se sentó con cautela en un sillón de cuero de felpa frente a su escritorio, cruzó las piernas y se dijo a sí misma que no debía hacer rebotar el pie.

Gorelikov había leído la propuesta de operaciones de Dominika en Nueva York —un documento en el que se describían la identidad con alias, los viajes clandestinos y los protocolos de encuentro con los ilegales—, que ella le había enviado directamente la noche anterior desde el cuartel general del SVR en Yasenevo a través de un canal de privacidad embargado. —Excelente plan, coronel, excelente estrategia comercial, muy satisfactorio —le sonrió mientras el halo azul que rodeaba su cabeza brillaba y palpitaba—. Qué extraño. Normalmente no vibraba así; Gorelikov tenía otra villanía en mente, estaba segura. —El sargento Blokhin está organizando su viaje y se pondrá en contacto con usted a su llegada. Le hará una ligera contravigilancia en

Nueva York, pero no le acompañará, repito, no le acompañará a la reunión con SUSAN la ilegal. Se lo dejé muy claro tanto a él como al Mayor Shlykov. Si tienes algún problema con que Blokhin siga las instrucciones, aborta la reunión antes que arriesgar a SUSAN.— Dominika asintió, pensando cómo demonios podría impedir que Blokhin hiciera lo que quisiera. Sus movimientos de defensa personal en Systema no podían igualar su fuerza bruta.

Dominika había investigado un poco sobre Iosip Blokhin. Había servido cinco años en Afganistán, donde a los veinte años dirigió el asalto Spetsnaz Tormenta 333 en 1979 al Palacio Tajbeg para deponer al presidente afgano Hafizullah Amin, matando a más de doscientos guardaespaldas presidenciales. Informes no oficiales documentaron que había colgado el cuerpo desnudo de la amante del presidente de la balaustrada del balcón del palacio como mensaje al pueblo de Kabul: los soviéticos estaban ahora en la ciudad. Al parecer, Blokhin colgó al hijo de cinco años del presidente por los talones contra la pared, resolviendo así cualquier duda sobre la primogenitura.

Pero Blokhin no era ni un veterano alucinado ni un verdugo psicótico. Dominika se sorprendió al leer que, después de la guerra, Blokhin completó la escuela de mando de suboficiales, se entrenó con unidades fraternales de las Fuerzas Especiales en el extranjero, aprendió vietnamita y escribió un artículo muy bien recibido sobre tácticas de pequeñas unidades que había sido aceptado e incluido en una edición clasificada del boletín del Centro de Análisis de Estrategias y Tecnologías de la Academia Militar de Frunze. Y mostraba alas negras de murciélago del mal. ¿Salvaje o sabelotodo? Tendría que tener cuidado.

Blokhin y Gorelikov, dos extremos del espectro. Dominika miró por la ventana con cortinas sobre las almenas que daban a la Plaza Roja y las cúpulas de cebolla de la catedral de San Basilio y el tejado apenas visible del mausoleo de Lenin, pegado al muro del Kremlin. La momia de cera de V. I. Lenin bajo el cristal de aquel féretro florido ya no influía en los acontecimientos de Novorossiya, la Nueva Rusia de Putin, pero se preguntaba si Gorelikov se asomaba a aquella ventana y se comunicaba telepáticamente con Lenin y los demás visionarios que descansaban justo debajo, en la necrópolis del Kremlin: Suslov, Dzerzhinsky, Brézhnev, Andropov y Stalin, el Vozhd, el Maestro del Caos. ¿Le hablaron desde la tumba? ¿Le enseñaron los principios del engaño y la traición? Gorelikov encontró la carpeta y rodeó su escritorio para sentarse junto a Dominika en un sillón a juego.

Pasaron las dos horas siguientes discutiendo la misión, algo que Dominika no necesitaba: podía elaborar un plan de operaciones mientras dormía. No, se trataba de Gorelikov cooptándola, acercándose a ella, ofreciéndole su afinidad y apoyo, lo sabía. Recordó

lo que Benford le había contado una vez sobre las lealtades al Kremlin: Los oficiales soviéticos solían decir que el principio de la ruina de uno era el día en que se convertía en el favorito de Stalin. Gorelikov miró pensativo la lámpara de araña que tenía sobre la cabeza mientras Dominika hablaba. Es como todas las lámparas del Kremlin, y está conectada a un diminuto micrófono digital de 24 bits/48 kHz en la bobeche, la copa de cristal estriado de la que cuelgan los colgantes de cristal.

Volaba de París a Toronto y viajaba en tren en el Maple Leaf por el valle del río Hudson. Los controles de inmigración estadounidenses no eran tan estrictos en las estaciones de tren como en los aeropuertos. El siguiente asunto: las comunicaciones.

La misión principal de Dominika consistía en pasar a SUSAN dos teléfonos EKHO especiales, encriptados a 256 bits y diseñados por Line T para sincronizarse sólo entre sí y desafiar la geolocalización saltando simultáneamente de frecuencia entre torres de telefonía móvil. SUSAN entregaría uno de los teléfonos a MAGNIT durante un encuentro personal y se establecería el enlace de comunicación seguro. Con la entrega de los teléfonos EKHO, MAGNIT, en adelante, sólo se comunicaría con SUSAN, una persona imposible de rastrear, una ciudadana estadounidense anónima, desconocida para el FBI o la CIA. Aunque ocasionalmente fueran necesarios encuentros personales, se preservaría la seguridad.

Durante su estancia en Estados Unidos, Dominika no tendría forma segura de comunicarse con el Kremlin desde una instalación oficial: el Rezident de Nueva York en el Consulado ruso de East Ninety-First Street no estaba informado y desconocía la presencia de Dominika en la ciudad. Estaría sola, algo que disgustó a Shlykov y le llevó a insistir en que Blokhin se quedara cerca. No es probable, pensó.

Gorelikov entregó a Dominika un sobre con la descripción de un lugar de reunión situado en una isla de la costa de Nueva York llamada Staten.

—¿Una isla? ¿Cómo puedo llegar hasta allí para reunirme con SUSAN?—.

Gorelikov hojeó las páginas.

—Parece ser que hay un ferry a esta isla Staten desde Manhattan. El ilegal sabe cómo operar en la ciudad. Estoy seguro de que el sitio es seguro.—Le entregó a Dominika una pequeña foto de carné en blanco y negro de SUSAN, y Dominika se sorprendió al ver a una atractiva mujer rubia con gafas de leer. —Esta agente lleva en Estados Unidos desde finales de los noventa, es una profesional de primera, nuestra mejor ilegal. Su leyenda es impenetrable,— dijo Gorelikov, leyendo de la carpeta. —Tiene una posición influyente: es editora de una de las

principales revistas liberales de Manhattan, ampliamente conocida y respetada en su profesión. Sus colegas están totalmente desprevenidos. No tienen ni idea de que han estado trabajando al lado de un oficial de la SVR todos estos años. Es la tapadera perfecta.

—Si es necesario, puede iniciar el contacto llamando al número estéril de SUSAN desde su teléfono móvil no atribuible, pero sólo en caso de emergencia. A la inversa, si quiero enviarte un mensaje a través de SUSAN, ella a su vez puede desencadenar un encuentro llamándote. Estos son los números, las condicionales de reconocimiento y los horarios de las reuniones. Simple, sencillo.— Dominika intentó palmear la foto, Benford vendería a su primogénito por tener en sus manos a SUSAN, pero Gorelikov la retiró.

—Recibirás un informe completo del viaje —dijo Dominika—. Después de informar a Gable y Benford. Con su transmisor SRAC dañado por el cráneo del gopnik, Dominika tendría que esperar a llegar a Nueva York para reunirse con sus controladores y contarles estos detalles.

—Tengo plena confianza en ti —dijo Gorelikov, mirando su reloj, un elegante Audemars Piguet Millenary Quadriennium, muy fino, con la esfera calada, el intrincado movimiento visible, como la mente de Gorelikov, que zumbaba, oscilaba y pendulaba minuciosamente.

Nueva York, Nueva York. Es un sueño. Dominika, con el seudónimo francés de Sybille Clinard, voló de París a Toronto, y luego viajó en el lento tren Maple Leaf por el pintoresco valle del Hudson, agitando los fantasmas góticos americanos de Sleepy Hollow, y holandeses somnolientos. Dominika había investigado la ciudad y estaba entusiasmada por verlo todo. En el tren, los agentes fronterizos estadounidenses no la miraron dos veces, y ella no había sentido ningún miedo. Llevar la Maleta por el vestíbulo de Penn Station era como estar en casa, pero en el metro de Moscú había más gente y las estaciones eran más grandes. Es más, había más gente en el metro de Moscú y las estaciones eran más grandes. Es más, esta mugrienta terminal subterránea no podía compararse con la magnífica estación de Kiyevskaya, en la línea Arbat, con sus mosaicos y lámparas de araña. Aquí había tiendas y música, un hombre con sombrero bailaba para pedir propinas y una anciana se paró y se puso a bailar con él. Estadounidenses. Los rusos eran más reservados, más serios, y se arreglaban para salir por la ciudad. Estos neoyorquinos iban medio desnudos. Dominika subió las escaleras, atravesó las puertas, salió a la calle y se detuvo, congelada.

El estruendo de la ciudad la envolvió como una ola, el tráfico de la Séptima Avenida como un río desbordado, el sol tapado por los edificios, imponentes, majestuosos, cañones de cristal que llenaban el

cielo en todas direcciones, una concentración imposible de ellos, y su masa la oprimía. Dominika estiró el cuello para mirarlos como una derevenshchina, una campesina, sin importarle. Moscú era una ciudad, París, Roma, Londres, Atenas, pero nada como esto. Era un lugar sin igual, eléctrico y bullicioso, una estrella polar de la humanidad. Dominika era como un ratón dentro de un violín, con las garras apretadas, aturdida por el ruido y rodeada de vibraciones. Sacudió la cabeza. Sabía el nombre y la dirección de su hotel, había memorizado la ruta a pie hasta allí, y necesitaba encontrar un teléfono seguro para llamar a Bratok, pero primero quería caminar, verlo todo. Esta gran ciudad era América, esta energía, esta industria, esta libertad general. Esto es lo que ella aspiraba para Rusia. Por eso espiaba para la CIA y eso definía su nutro, el concepto ruso, imposible de explicar, del ser interior de una persona.

Se abrió paso entre los peatones de la acera y, como si coincidiera con el frenesí de estas calles, le vinieron a la cabeza pensamientos inconexos, todos a la vez. Dios mío, ¿cómo se comprueba la cobertura de la oposición en estas calles? ¿Era comestible el shashlik de estos camiones de comida? ¿Había gopniki, rudos callejeros, en Nueva York? Es imposible distinguir la vigilancia en esta aglomeración de cabezas oscilantes, rostros de todos los colores y etnias, ojos atentos, manos temblorosas y pies que se arrastran. En lo alto, un banco de niebla de los colores de la gente, indistinguible, inútil, era abrumador. Como jefa de contrainteligencia de la línea KR, sabía cómo sus colegas de la rezidentura de Nueva York informaban alegremente de la gestión de las operaciones en estas calles: se lo había contado todo a Benford durante los últimos cinco años. Pero ahora, al verlo de primera mano, sabía la verdad. Por eso el Centro recurre aquí a ilegales para los casos realmente delicados, pensó. ¿Quién podría encontrar vigilancia en esta carpintería?

El Hotel Jane del West Village era como sacado de una película, Gorelikov lo había elegido para ella por su pequeño tamaño y su anonimato. Un botones de la recepción, irritantemente voluble, le había sonreído (los rusos reservan la sonrisa para sus amigos y familiares; sonreír sin motivo es señal de tontería) y se empeñó en contarle que el hotel había sido una pensión de marineros a principios de siglo, y que los supervivientes del Titanic en 1912 se habían recuperado aquí. Dominika le dio las gracias y le ignoró. El vestíbulo era de estilo victoriano, un derroche de pilastras de mosaico de colores y frondosas palmeras en marmitas de cobre deslustrado. El bar/salón era una locura bohemia, lleno de mil velas, sofás tapizados de pana, sillones con estampado de cebra, un hipopótamo de cuero marrón y un borrego cimarrón de peluche color caramelo con un cencerro al cuello, en lo alto del dintel de la chimenea. Es divertido

seducir a Nate en este escondite.

Caminando por el tenue pasillo con frisos hasta su espacio, sintió a su alrededor los espíritus de los náufragos de 1912. Mientras tanteaba con la llave, una anciana con traje de lana y sombrero a juego salió de un espacio al final del pasillo. Bajo el ridículo sombrero llevaba el pelo blanco recogido en un moño y gafas de media luna. Se acercó a Dominika arrastrando los pies sobre la raída alfombra, con la mano derecha recorriendo los paneles de madera de la pared para mantener el equilibrio. Dominika se arrimó a la pared para dejar paso a la mujer. Detrás de las gafas, los ojos de la anciana se clavaron en los de Dominika durante un segundo; eran del color del ámbar. Ojos de cazadora, ojos de loba, ojos de rapaz. Una fuerte aura azul alrededor de su cabeza. Astucia, cálculo, engaño. ¿Qué estaba mirando la starukha, la vieja arpía? Ella tampoco pertenecía a este hotel de moda. Dominika lo supo de repente: la estaban observando. Esta anciana era un perro de presa para informar de que Dominika había llegado. El caso MAGNIT se desarrollaba en muchos niveles diferentes. La anciana desapareció lentamente al doblar una esquina.

El espacio de Dominika era estrecho como el de un compartimento de tren, con una litera de barco en lugar de una cama. Se imaginó haciendo el amor con Nate en aquel pequeño espacio, con el pie apoyado en la pared del fondo para que la comprara. Dejó la maleta y el bolso sobre la cama y metió los teléfonos EKHO, una pequeña cartera con dinero y su propio móvil en una bandolera que cerró con cremallera. No debía perder los teléfonos para entregárselos a SUSAN. La anciana del pasillo fue una llamada de atención: Dominika no tenía ninguna duda de que utilizarían su teléfono personal para rastrear sus movimientos y para escuchar sus conversaciones. En el otro bolsillo del abrigo se metió el bolígrafo gordo con punta de metal —un punzón táctico de combate— que era su única arma.

Salió a la calle, deseosa de alejarse antes de que Blokhin apareciera, decidida a limpiar su seis para poder llamar a Bratok. No le importaba el FBI, ahora tenía que preocuparse de los trucos de Gorelikov, de sus propios compatriotas siguiéndola. ¿La influencia de Gorelikov se extendía a las calles de Nueva York? ¿Quiénes serían los que la vigilaban? Bueno, había sobrevivido tanto tiempo espiando para Nate y los demás, y no iba a dejarse engañar. Cuando salió del hotel y caminó hacia el este, se puso las grandes gafas de sol de moda que habían diseñado los chicos de la Línea T, con espejos biselados rectificados en los bordes exteriores de cada lente, que permitían una visión limitada detrás de ella. Es cierto que no se dependía de esos juguetes —detectar cobertura en la calle era mucho más complicado —, pero no estaba de más tenerlos.

Dominika caminó durante tres horas, buscando y encontrando calles secundarias relativamente tranquilas, despojándose de repetidos, posibles, fantasmas y sospechosos. Si más tarde le avisaban por el móvil y trazaban su ruta, sólo sería culpable de haber ejecutado una operación de detección de vigilancia minuciosa y profesional. Utilizó Union Square como trampa de vigilancia, sabiendo que cualquier equipo se apresura a cubrir las salidas a lo largo de todos los lados de un parque y se deja ver inadvertidamente. Escaneó los bordes exteriores del parque. Nada. Subió por la Quinta Avenida, interminable y bulliciosa, y el Empire State se acercaba a cada manzana: imponente, más grande, más alto y, de algún modo, más sustancial que el Vystoki, el gótico rascacielos de las Siete Hermanas de Stalin en Moscú. No se veía nada detrás de ella. Los cambios ocasionales al otro lado de la calle no revelaron ningún comportamiento revelador de la desviación de la mirada. Invirtió su dirección tomando un taxi hacia el sur, más allá del arco de Washington Square, se apeó y caminó por el campus urbano de la Universidad de Nueva York para detectar peatones que destacaran entre los estudiantes ocasionales más jóvenes. Nada. Dominika entró en el restaurante The Smile de Bond Street —le gustó el aspecto de las tablas desgastadas del techo y las ricas paredes de ladrillo— y pidió usar el teléfono de detrás de la barra, explicando con un exagerado acento francés a la escéptica camarera con un delantal sucio que era de Francia y que su teléfono móvil no recibía servicio en Nueva York. Además, estoy llamando a mi contacto de la CIA para hablar de frustrar un ataque del Kremlin contra los cimientos políticos y de seguridad de Estados Unidos, con el objetivo expreso de preservar vuestro modo de vida manchado de salsa.

Dejó el teléfono en el bolsillo del abrigo y lo colgó en un gancho de pared alejado de la barra. Bratok contestó al primer timbrazo. Ella le habló de su móvil y de la anciana del hotel, y su risita le tranquilizó y reconfortó. Sus comentarios eran breves y crípticos, ya habían repasado los procedimientos de la reunión cientos de veces. —A las cinco, vamos al museo y esperamos fuera. ¿Entendido? La línea se cortó. Gable acababa de decirle a Dominika que se reuniera con él en el Monkey Bar a las tres en punto. El restaurante era famoso por los murales de famosos que había en sus paredes (de ahí lo de "museo"). Gable también le había dicho crípticamente que la contravelarían mientras caminaba hacia el restaurante de la calle Cincuenta y Cuatro Este. Se preguntó si volvería a ser el antiguo equipo, si vería los rasgos esbeltos de Nate al otro lado de la calle, si oiría su voz y si se sentaría a su lado lo bastante cerca como para tocarlo, sentir el calor de su cuerpo, olerlo…, Es.

Gable mascaba un puro apagado y conducía un sedán resollante y destartalado, con los asientos de plástico rotos y una cruz ortodoxa colgando de una cadena de plástico del retrovisor.

Los agentes del CID de Benford que vigilaban a Dominika dieron el visto bueno a Gable, que se detuvo, abrió de par en par la puerta del acompañante y la sacó de la acera frente al Monkey Bar. Una vez en marcha, se llevó los dedos a los labios, señalando con la cabeza el móvil que ella tenía en la mano. Hizo dos giros violentos a la derecha, esquivó por poco a un peatón y atravesó el tráfico a gran velocidad, abriéndose paso entre taxis, camiones y autobuses. Después de una colisión, Dominika se levantó, agarró la cruz oscilante y la besó teatralmente. Gable le guiñó un ojo, encantado. Se saltó un semáforo en rojo y giró a la izquierda cruzando el tráfico en sentido contrario para tomar la Novena Avenida en dirección al hotel de Dominika. En una clásica alteración del ritmo de la carrera de detección de vigilancia (SDR), Gable condujo ahora hacia el sur lentamente por el carril derecho, dejando que le adelantaran los conductores neoyorquinos que tocaban el claxon y gesticulaban. Eran negros, sin colas. Al cabo de diez manzanas, se desvió a la acera frente a un cochambroso restaurante con el rótulo "Cocina turca" escrito en un falso mosaico sobre la puerta. Le hizo un gesto a Dominika para que dejara el teléfono bajo el asiento y le siguiera al interior.

El local era oscuro y acogedor, con bandejas de cobre y nazarlik de cerámica, talismanes azules del mal de ojo, montados en las paredes. Gable pidió una ensalada çoban, dos kebabs y kiymali ispanak, carne picada salteada, espinacas y arroz. —Es algo que te va a encantar—dijo Bratok. —Es lo que comíamos Nash y yo en un restaurante turco de Helsinki.

—Helsinki,— dijo Dominika, mirando fijamente. —Skol'ko let, skol'ko zim, tantos veranos, tantos inviernos; parece que fue hace un millón de años.— Gable la miró mientras masticaba un trozo de pan.

—Sí, todos hemos recorrido un largo camino, tú sobre todo —dijo Gable. —Ahora cuéntame qué está pasando.— Dominika se sentó y habló rápido. Le habló de las instrucciones de Gorelikov y de la reunión con SUSAN. Le mostró los teléfonos EKHO —no estarían conectados en caliente si estaban destinados a un ilegal— pensando que él querría que los técnicos los desmontaran para inspeccionarlos, pero Gable negó con la cabeza. —Podrían estar atrapados para revelar manipulaciones, y tú eres el único que los tiene en su poder — Dominika describió el lugar de la reunión en Staten Island.

—¿Sabes cómo coger el ferry?

—He estudiado toda la ruta. Sé cómo llegar,— dijo Dominika.

—Esta ilegal, ¿qué aspecto tiene?— dijo Gable.

Dominika se encogió de hombros.

—Es una pequeña foto en blanco y negro,— dijo Dominika. —Rubia, gafas de leer, ojos azul acerado. Pelo corto.

Gable se frotó la cara.

—Cristo,— dijo. —Una de las mejores ilegales de la ciudad y no podemos identificarla. Me pregunto cuántos más habrá por ahí.

—No hay forma de saberlo,— dijo Dominika. —La Línea S, el departamento de ilegales externos, y la Línea N, los agentes que se ocupan de ellos dentro del país, están separadas del resto del Servicio, incluso de mí en KR. Ella probó un tenedor. Es una sabrosa combinación de espinacas salteadas y carne picada al curry con un toque de arroz. Delicioso. Es lo que comía Nate. La pregunta surgió antes de que pudiera contenerse.

—Bratok, ¿dónde está Nate? ¿Qué está haciendo? —dijo Dominika.

Gable dejó el tenedor.

—Benford lo envió a ocuparse de otra operación. En Asia. Ahora mismo, ese chico está más ocupado que un gato cubriendo de mierda un suelo de mármol. Volverá en un par de semanas. ¿Te has vuelto a enfadar con él? — Gable sólo hacía preguntas, por delicadas que fueran.

Dominika sonrió.

—En Rusia decimos nalomat drov, estropear la leña. Se dice estropear algo. Así es nuestro amor. Estropear.

Gable le dio una palmadita en la mano.

—Se supone que no debo decirte esto —dijo Gable—, pero deberías cortar con él de una vez por todas, o desertar y concentraros en vuestras vidas juntos. Tal vez reclutar a tu sustituto antes de irte. Amándoos y espiándoos al mismo tiempo va a salir alguien herido.— Dominika guardó silencio; sabía que Gable la entendía. —No le digas a nadie que te he dicho eso —dijo él, sonriendo. Luego volvió a lo suyo.

—Tienes que volar derecho con ese Spetsnaz rondando por ahí. Que te vea Encantada y relajada.— Dominika asintió. —Haz la reunión con esa chica de Staten Island a solas, pero por lo demás mantenlo cerca. Va a rellenar un informe de viaje y querrás que todos piensen que nunca te faltó dinero. Nos reuniremos una vez más después de tu encuentro con la ilegal. Gable hizo un gesto a un joven que estaba en una mesa al otro lado del espacio y Lucius Westfall se acercó.

—Este pedazo de lana mojada es Westfall —dijo Gable—Es un apoyo si lo ves por la calle, está aquí para ayudarnos a ti y a mí sí lo necesitamos.— Dominika sonrió y le estrechó la mano, notando un halo azul tembloroso de nerviosismo. Sintió lástima por él, sobre todo porque sabía lo oso que podía llegar a ser Gable.

—Encantada de conocerte, Westfall —le dijo Dominika. Él asintió sin decir palabra, obviamente abrumado por conocer a la famosa DIVA. No tenía ni idea de que fuera tan guapa. Se dio la vuelta y abandonó el restaurante tras una incómoda reverencia final.

—Bratok, no le atormentas demasiado, ¿verdad? Es tan joven, como tú lo fuiste una vez. —Gable gruñó.

—Yo nací viejo. Pero cuéntame más sobre el sargento Spetsnaz.

—Este hombre Blokhin es peor que Zyuganov o Matorin. Es inteligente, pero detrás de sus ojos hay, cómo se dice, piedras calientes como cuando asas shashlik.—

—¿Cómo carbones calientes? Bueno, no le eches un pulso,— dijo Gable.

—Me estoy obligando a ir con él a un acto en el Hilton de la Sexta Avenida dentro de dos días. Una periodista rusa, Daria Repina, va a hablar en un acto para recaudar fondos para Rusia Libre. Es una fuerte crítica de todo lo que hace Putin. No tiene miedo, pero ahora que está en Estados Unidos recaudando fondos se volverá peligroso para ella.

—¿Es inteligente que vayas a algo así? ¿Por qué querría un Spetsnaz come serpientes ir a escuchar a algún disidente?— dijo Gable.

—Asistir con él será una buena apariencia —quiero decir bona fides— para mí —dijo Dominika. —Es un acto público. Me quedaré en un segundo plano y me marcharé temprano. En cuanto a Blokhin, creo que es curioso. Como un perro olfateando una farola. Es su última noche en Nueva York. Ambos regresaremos por separado a Moscú al día siguiente.

—Y cuando vuelvas, averigua el nombre de MAGNIT, lo más rápido que puedas, ¿verdad?—

—Alguien cometerá un desliz. Al final oiré el nombre,— dijo Dominika.

—Eso está muy bien, pero tenemos que acabar con MAGNIT antes de eso, preferiblemente antes de que te informen del caso, antes de que te digan oficialmente su nombre. Es lo que va a parecer si lo arrestan el mismo fin de semana que te leen? Además, ese capullo está vendiendo secretos al por mayor. Así que vamos a volarlo lo antes posible.

—Hay un problema. —Dominika le contó a Gable el mal funcionamiento de su transmisor SRAC después de haberle reventado el cerebro al atracador callejero. Gable negó con la cabeza.

—Nos preguntábamos por qué no habías enviado nada en una semana. Les dije que tenías novio y que no salías de la cama.

—Nekulturny —dijo ella—. Crudo y grosero.

—Demonios. Mal momento para perder tu commo,— dijo Gable. —Cablegrafiaré a la estación para que te consigan otro juego. ¿Quieres

que lo graben en caché o un encuentro personal?

—Si tienes un buen oficial de estación que no lleve vigilancia, un encuentro personal es más rápido que yo desenterrando un paquete en el bosque. Hay cinco nuevos sitios de encuentros breves en el inventario que todavía son buenos.

—¿Estás seguro? Prefiero romperme un clavo con una pala a que me saquen diez clavos en el sótano de una cárcel,— decía Gable. Uno normalmente no recordaba a los agentes que habían sido capturados y torturados, pero Gable y Dominika se trataban en un plano diferente.

—Bratok, eso es porque eres delicado y sensible —dijo Dominika.

—Tienes toda la puta razón —dijo Gable, mientras hacía señas para que le pasaran la cuenta.

KIYMALI ISPANAK-ESPINACAS SALTEADAS A LA TURCA

Sofría la cebolla picada finamente en aceite de oliva y mantequilla. Añadir la carne picada y cocinar hasta que se dore. Añada los tomates cortados en dados, la pasta de pimiento rojo, la salsa de tomate y un puñado de arroz enjuagado. Sazone y remueva para incorporarlo. Cubra con espinacas picadas, tape y cocine a fuego medio hasta que las espinacas estén blandas y el arroz tierno. Servir con una cucharada de yogur y pan crujiente.

8

Calzar una pulga

DOMINIKA estaba sentada en la cubierta superior del abarrotado y pesado transbordador de Staten Island, observando con desgana a la gente que se alineaba en la barandilla —parecían sobre todo turistas—, hablando, señalando y fotografiando el horizonte de Manhattan que se alejaba. Luego corrían a la barandilla de estribor para fotografiar la Estatua de la Libertad, y volvían en estampida para contemplar embobados una goleta de época virando por la bahía. Tocaban la bocina como una bandada de gansos. Iban vestidos con pantalones cortos, camisetas y tops de sujetador, y llevaban botas, zapatillas, zapatos y sandalias, una extraña tribu que chirriaba la sensibilidad rusa de Dominika. Ella iba vestida con un ligero vestido de algodón de estampado veraniego, con sandalias planas a la moda, y llevaba un bolso beige por encima del hombro. Llevaba sus gafas de sol de la línea T. A pesar de la algarabía de los pasajeros, los transbordadores le parecían una maravilla, grandes tartas de cumpleaños naranjas que no paraban de surcar la bahía, nada que ver con los hidroplanos de nariz de tiburón que surcaban el lago Ladoga desde San Petersburgo.

Había sido literalmente arrastrada por la rampa de embarque del ferry por la aglomeración de turistas risueños y excitados, entre plácidos perros detectores de bombas, y pudo encontrar un asiento tranquilo junto a la barandilla exterior, donde disfrutó de la brisa salada y pensó en la reunión de hoy con la ilegal SUSAN. Anoche había vuelto a su espacio del hotel y sintió la banda elástica alrededor del pomo de su puerta, una señal que confirmaba una reunión en el lugar de Staten Island mañana por la tarde. Dominika se preguntó si la anciana del vestíbulo habría colocado la goma en su sitio. Había repasado el simulacro memorizado, la ruta de detección de vigilancia que seguiría: ferry, tren de Staten Island, ruta a pie hasta y a través del extenso cementerio moravo de Todt Hill, y aproximación final al lugar (que estaba dentro del ornamentado mausoleo del multimillonario de la Edad Dorada Cornelius Vanderbilt, construido en 1886 y aislado en un rincón privado y arbolado del parque). Había estudiado las imágenes por satélite y memorizado el camino a lo largo de los senderos que serpenteaban por las cuarenta y cinco hectáreas del cementerio, y sabía que podría encontrar el camino hasta el lugar a la hora prevista, sin cobertura. Dios sabía de quién tenía que preocuparse más en la calle durante esta operación demencial: de los rusos, de los ilegales o del FBI.

Gable había tenido razón: Moscú se había movido rápido. La convocatoria de la reunión con el ilegal se produjo menos de cuarenta y ocho horas después de que Dominika llegara a Nueva York. Dominika podía imaginarse la apresurada consulta entre Gorelikov y Putin en el Kremlin, sus voces tranquilas discutiendo brevemente las opciones y luego el asentimiento estoico de los ojos azules validando cualquier táctica que Gorelikov sugiriera para permitir el contacto. Dominika volvió a salir inmediatamente y llamó a Gable desde un teléfono público de un bar cercano para decirle que —mañana tocaba comer—. Gable le dijo que se mantuviera tranquila, que todo lo que hiciera o dijera llegaría a oídos de los hombres que la evaluarían. Acordaron reunirse después de que Dominika regresara a Manhattan.

Un joven moreno apoyado en la barandilla del ferry frente a Dominika era, obviamente, un vecino de Staten Island, vestido con una camiseta deportiva y el pelo oscuro peinado hacia atrás. Se fijó en Dominika y se sentó a su lado en el asiento de plástico moldeado. Flirteó, encantador e irreverente, con el rostro cercano, señalando los puntos de referencia mientras el ferry surcaba el puerto de Nueva York, incluido el arqueado puente Verrazano-Narrows —él lo llamaba Guinea Gangplank, aunque Dominika no tenía claro por qué—, que une los dos distritos de Brooklyn y Staten Island. Dominika entendía la mitad de lo que decía, pero sonrió y miró hacia donde él señalaba. Cuando ella le dijo que era de Francia, él le guiñó un ojo y dijo a sabiendas: "Encantados vinos".

El zumbido de los motores del transbordador se moderó, luego la cubierta tembló cuando los motores se pusieron a toda popa para facilitar la entrada del morro del transbordador en la rampa de salida de la terminal de St. George, en Staten Island. Hora de irnos, hora de encender el motor, hora de ir a trabajar. Dominika se echó el bolso al hombro y saludó vagamente con la cabeza al joven. Con rapidez, siguió las señales hasta el andén adyacente para subir al tren en dirección sur. Las rápidas comprobaciones a ambos lados no detectaron al pasajero que merodeaba, ni la mirada demasiado larga de la joven en la acera, ni al empleado que buscaba el teléfono. No hay cobertura, pensó mientras entraba en un vagón. Cuando se cerraron las puertas, Dominika vio con fastidio que el joven había subido al siguiente vagón y la miraba fijamente a través de la ventanilla de la puerta de enlace. No tenía tiempo para esto: un Romeo siguiéndola, pensando que podría tener suerte con una atractiva turista francesa.

El tren traqueteaba, se balanceaba y se detenía con frecuencia en las estaciones de cercanías. A cada lado de las vías, un mundo diferente se abría ante los ojos de Dominika. En las zonas comerciales había gasolineras en cada esquina, supermercados con tomates

apilados en la puerta y un restaurante tras otro, la mayoría de ellos afirmando que hacían la mejor pizza de Nueva York. ¿Era esto Nueva York? El tren pasó entre barrios obreros de ordenadas casas de dos plantas, cubiertas de tejas, con invernaderos adosados y pequeños patios vallados, algunos de los cuales tenían curiosas piscinas elevadas en las que apenas cabía una persona. En cada tejado había una antena parabólica gris, todas apuntando en la misma dirección. Las casas no se parecían en nada a las lujosas dachas de los siloviki; no se trataba de gente rica, pero estas casas parecían cómodas. Los coches aparcados en la calle eran grandes y relativamente nuevos. Si aquello no era riqueza, al menos era prosperidad a gran escala. En Rusia dirían blagopoluchiye, pan con mantequilla por los dos lados, bienestar. No mucha gente, ni siquiera en Moscú, vivía con tales posesiones, con alimentos tan abundantes. Sus compatriotas luchaban por sobrevivir, desesperaban de mejorar sus vidas, no se atrevían a tener grandes pensamientos ni a decir la verdad. No podían elegir.

Dominika había memorizado los extraños nombres de las estaciones de tren: Grasmere, Old Town, Dongan Hills, Jefferson Avenue, Grant City. La gente subía y bajaba a medida que las puertas del tren se abrían y cerraban; no se observaba ningún comportamiento de vigilancia, nada raro. Pudo ver al joven del vagón de al lado observándola a través del cristal. La siguiente estación era su punto de paso, New Dorp, donde tenía que bajarse. Salió al andén y, en medio de una multitud de pasajeros, subió rápidamente por la empinada escalera de salida hasta el nivel de la calle y entró en un amplio bulevar con poco tráfico. En la esquina opuesta había una panadería italiana cuyo propietario se llamaba Dominick. Quizá algún día tenga una panadería que se llame Dominika's, pensó. Idiota, no sabes hacer pasteles. Entró, asaltada por el fuerte aroma a pan recién hecho, y observó que no había colas en el mostrador, que nadie pedía a gritos que la atendieran, que ningún vendedor maleducado insultaba a los clientes. Compró algo llamado calzone, que parecía un chebureki de gran tamaño, un pastel de carne ruso. El calzone estaba dorado y tenía el borde estriado, y se servía con una pequeña taza de salsa de tomate.

Dominika se sentó en una de las mesas junto a la ventana y observó la calle. El persistente Romeo merodeaba por la acera de enfrente, fumando. Era un gopnik americano, pero no parecía tan duro como la especie moscovita. Bozhe, Dios, no necesitaba esta distracción ahora mismo. La mezcla de salchichas, pimientos y cebollas del interior del calzone estaba deliciosa y rezumaba, y se limpió la boca con una servilleta de papel. Izobiliye, pensó, abundancia. Esto era una panadería de barrio, no una tienda estatal, uno de los cientos que había sólo en este barrio. Suficiente. En marcha.

Dominika subió por New Dorp Lane, las aceras eran anchas y

limpias, la gente trabajaba en los escaparates. En una tienda de comestibles de la esquina, la "tienda de conveniencia", fuera lo que fuera, había cajas de agua embotellada apiladas a ambos lados de la puerta. El joven aún la seguía y ella sabía que tenía que sacudírselo de encima antes de acercarse al cementerio. Es posible que los ilegales estuvieran observándola y sería un desastre si no conseguía librarse de él. Cuando estaba entrando en la tienda para quitárselo de encima, Dominika oyó unos pasos y el joven la llamó —¡Hola, Mam'sell!— y se giró para ver cómo Romeo le hacía una foto con el móvil a metro y medio de distancia y luego la sostenía para admirarla. Aparte de su foto oficial de la academia y de las fotos de carné que le había hecho Gable en Helsinki, y de las fotos de pasaporte de los alias de las operaciones, no existía ninguna foto de la coronel del SVR Dominika Egorova, y menos en el móvil de algún durak, algún idiota, delante del Convenient Mart, en New Dorp Lane, en Staten Island, cuarenta minutos antes de un contacto clandestino con un oficial ilegal. Ella estaría en las cuentas de Instagram, Facebook y Twitter de este chico en tres minutos.

Dominika hizo un cálculo instantáneo.

—Ya que pareces tan empeñado en seguirme —le dijo Dominika —, tal vez puedas enseñarme una buena botella de vino americano en esta tienda.

El joven se acercó a ella, exudando su encanto de caracolero.

—¿Le enseño una botella de vino o la comparto con usted?

Dominika esbozó una leve sonrisa.

—Eso depende de lo bueno que sea el vino—dijo.

El joven la condujo al interior del pequeño mercado, por un pasillo de comida en el que Dominika se detuvo asombrada al contar no menos de diez tipos diferentes de cereales para el desayuno en la estantería, un alboroto imposible de colores. Siguió a Romeo hasta el fondo de la tienda y se paró frente a una vinoteca con puertas correderas de cristal, mientras Romeo le señalaba los tintos y luego los blancos. Tenían de todo, lo que ella quería. Almaden, Gallo, Carlo Rossi, Blue Nun, Lancers. Decía que los vinos de caja Franzia estaban infravalorados. Si no le gustaba ninguno de los vinos, tenían pintas detrás del mostrador: ginebra, vodka, centeno. Dominika eligió un blanco y dejó que Romeo pagara; luego lo siguió a través de la avenida para sentarse en un escalón que formaba parte de un puente de cemento que transportaba tuberías acanaladas de vapor-calor por encima de las vías del tren de cercanías y estaba protegido de la carretera principal. El puente de cemento temblaba cuando pasaba un tren por debajo. Blokhin habría clavado el pincho táctico en el ojo de Romeo y en su cerebro, pero Dominika bebió un sorbo de la botella — el vino era dulce y metálico— y se la devolvió. Se dio la vuelta y le

golpeó en el cuello con un puñetazo en forma de martillo que empezó en la cadera izquierda y giró con la fuerza de sus caderas. El golpe sobrecargó los nervios de la apófisis mastoides y su cabeza se desplomó hacia delante, cayendo inconsciente de bruces sobre el cemento. Si no estaba muerto, llevaría varias horas inconsciente, y Dominika llevaría mucho tiempo fuera de Staten Island. Sacó el teléfono de Romeo del bolsillo trasero y utilizó un trozo de hormigón roto y puntiagudo como herramienta paleolítica para pulverizar el moderno aparato y convertirlo en fragmentos de plástico, ninguno de los cuales era ni remotamente reconocible como un teléfono. Esparció los añicos por las vías bajo el puente, dio un último y vil sorbo a la botella y la arrojó también para que se estrellara contra el lecho de la vía entre todos los detritus amontonados a lo largo de las vías.

—Zvezdá, pez gordo,— dijo Dominika, mirando a Romeo, sabiendo que habría sido más fácil y seguro haberlo matado. Se preguntó si al final llegaría a ese punto: la solución por defecto de Blokhin/Stalin: matar y borrar el obstáculo, independientemente de las circunstancias.

Moviéndose con rapidez, Dominika giró a la derecha en Richmond Road y caminó cuesta arriba pasando por delante de casas con vallas pintadas y arbustos recortados. Muchas de las casas tenían banderas estadounidenses colgadas de los porches. La calle era tranquila, ella era negra y no había cobertura de seguimiento, estaba segura. Era una agente de inteligencia rusa suelta en Estados Unidos, que iba a una reunión con un agente durmiente.

La temperatura era suave, el cielo estaba despejado, la luz del sol era brillante. La puerta ornamental del cementerio moravo estaba abierta, flanqueada por frondosas enredaderas de trompeta anaranjada. Como si hubiera visitado el cementerio todos los fines de semana, Dominika tomó el camino de la izquierda y pasó por delante del plácido lago, cuya superficie era agitada por las ramas caídas de los sauces. Continuó por el camino pavimentado flanqueado a ambos lados por hectáreas de lápidas. Algunas eran extravagantes: obeliscos de seis metros o zigurats coronados por ángeles extasiados. Pasó junto a hileras de pequeños mausoleos ornamentados que sobresalían de túmulos cubiertos de hierba, con los nombres de las familias grabados en los dinteles. Nada que ver con las extravagantes lápidas de gángsters asesinados, periodistas asesinados o disidentes mártires del cementerio de Novodevichy, en Moscú, con imágenes asombrosamente realistas de los difuntos grabadas en el mármol. ¿Dónde descansaría el Presidente Putin en Moscú? se preguntaba. ¿Se desplazarían los monstruos que descansan en el muro del Kremlin para hacerle espacio? ¿O preferiría un obelisco de pórfido de veinte pisos en las colinas de Moscú para poder contemplar la Rodina que tan

enérgicamente defendió?

Cuando Dominika pensó en Putin, el cálido sol se ocultó tras una nube y ella sintió un escalofrío. El cementerio estaba completamente quieto, sin pájaros, sin ruido de tráfico, como si los espíritus supieran lo que estaba ocurriendo. La hierba alrededor de las lápidas se agitó; oyó susurros a su alrededor, ¿o era la brisa? Pero no había brisa. Contrólate, pensó mientras caminaba, mantén la cabeza fría, reúnete con esta zorra y compliquémosle la vida a Vladimir Putin. Dominika se mantuvo a la izquierda y siguió el sendero hacia una zona boscosa oscura con muy poca luz solar. Es un lugar que huele a frío y Dominika se coloca las gafas de sol sobre la cabeza. Llevó la mano al bolso y rodeó el mango del bolígrafo táctico de acero del bolsillo lateral. Miró a derecha e izquierda entre los árboles, y su imaginación rusa le hizo pensar en lobos que serpenteaban por el bosquecillo y la seguían de cerca.

Dobló un recodo del camino y vio la enorme puerta de hierro forjado, la entrada al cementerio privado de la familia Vanderbilt. La puerta estaba asegurada con una cadena de alta resistencia, pero Dominika siguió el muro fronterizo diez metros a la derecha y pudo engancharse el vestido e impulsarse. El camino se curvó hacia la izquierda y el bosque se abrió a un claro cubierto de hierba rodeado por un bordillo bajo y curvo. El mausoleo de piedra blanca de un extremo dominaba el espacio. Es semejante a la fachada de una iglesia románica, con tres puertas arqueadas, un alto frontón central y dos cúpulas cónicas en el tejado. La cripta se extendía desde la ornamentada fachada hasta la colina de tierra que había detrás.

Es estaba en un silencio sepulcral, con el sol detrás de las nubes. Dominika se quedó quieta y observó el bosque, escuchó el aire a su alrededor. No habría habido forma de que Gable se instalara en aquel lugar sin asustar a SUSAN. La veterana ilegal sabía lo que hacía eligiendo este sitio. Es comprobó su reloj; era la hora. Subió los cinco escalones curvos hasta la entrada y empujó la puerta central de acero con manillas ornamentadas a juego. Dominika sabía que las puertas de las criptas normalmente estarían cerradas y probablemente encadenadas, pero las cerraduras mecánicas no planteaban ningún problema, nunca. La puerta se abrió fácilmente, sin ruido, y le llegó un fétido aliento a piedra fría, un olor a ataúd, un tufillo a tiempo sin fin. El tenue espacio abovedado estaba flanqueado por criptas murales con ataúdes de piedra, y una enorme tumba con la parte superior curvada y adornada con intrincadas decoraciones talladas —supuestamente el sarcófago del paterfamilias— dominaba el centro de la cámara.

—Dobriy den tovarishch, buenas tardes, camarada —dijo una voz sedosa en ruso. Dominika se obligó a no saltar. Agarrando el pincho

de combate que llevaba en el bolso, se volvió lentamente hacia la voz y vio una silueta oscura en un rincón de la cripta, completamente a la sombra. No se veía ningún halo en aquella oscuridad. La única iluminación procedía de la lechosa barra de luz que atravesaba la puerta central agrietada, manteniendo la mayor parte del espacio en penumbra. —Eres precisamente puntual, pero eso es de esperar del famoso coronel Egorova. —Acento moscovita, educado, pero originario del sur, con un rastro de yakanye, las amplias vocales del bajo Volga, pensó Dominika.

—Buenas tardes. Me alegro de que hayamos podido conocernos, — dijo Dominika, tendiéndole la mano. ¿Quiere acercarse para estrecharla? La mujer no se movió, y Dominika bajó la mano.

—¿Cuánto tiempo tiene? Supongo que los dos tenemos que volver a Manhattan esta noche,— dijo Dominika. Tenía el leve objetivo de conseguir que la mujer hablara un poco, para ver qué podía aprender. Pero con cuidado. —Esta Staten Island es un lugar extraño —la silueta se encogió de hombros—.

—Es remoto, tranquilo y parroquial. Me parece muy adecuado para las operaciones,— dijo ella. Ok, operas aquí. Interesante.

—Para mí, todo Nueva York es un reto desde el punto de vista operativo —dijo Dominika—.

—Uno se acostumbra a los ritmos de la ciudad —dijo la mujer, vagamente. No se va a ofrecer voluntaria. Es demasiado lista.

—Me imagino que sí,— dijo Dominika, ahora hablando un poco entre profesionales. —Pero en mis misiones he tenido que enfrentarme a una oposición activa y hostil en la calle. Como civil, usted, por supuesto, tiene mayor libertad de acción que un oficial diplomático de la rezidentura.— La silueta se movió ligeramente.

—Supongo que sí. La industria de las revistas ha proporcionado una cobertura eficaz a lo largo de los años,— dijo SUSAN. —Es fortuito que esté dominada por mujeres astutas y agresivas; nuestros timoratos homólogos masculinos son menos dinámicos. Aun así, hay desventajas: tratar con escritores puede ser una prueba, no tienes ni idea.— Esto no va a ninguna parte. Volvamos a los negocios.

—Tengo los dispositivos —uno para ti y otro para MAGNIT— que proporcionarán comunicaciones de voz seguras. Si necesita reunirse personalmente, deberá coordinarlo con la Línea S. Imagino que habrá sitios discretos de sobra, equidistantes de Nueva York y Washington,— dijo Dominika. Deslizó la bolsa con cremallera que contenía los teléfonos EKHO por la polvorienta tapa curvada del sarcófago del comodoro Vanderbilt, medio esperando oírle quejarse desde dentro de que los rusos le molestaban mientras dormía, nada menos.

—MAGNIT tiene menos libertad para viajar que yo,— dijo SUSAN. —Y Washington es un entorno de contraespionaje más fácil,

incluso dentro de la ciudad.—Ok, os reunís en Washington, en la ciudad. Benford se alegrará de saberlo.

—¿Hay algo más que pueda hacer por ti? —preguntó Dominika. —¿Hay algo que usted o el activo requiere? —Una posibilidad remota —¿qué no podría MAGNIT obtener en los Estados Unidos que SVR podría? ¿Lingotes de oro? ¿Diamantes de sangre? ¿Polonio? No más preguntas. ¿Quizás salir a la luz del sol con ella? ¿Un vistazo a su halo?

—Spasibo, no hay nada que necesite —dijo SUSAN, con condescendencia en su voz. Entonces Dominika vio la mancha de polvo en la tapa del sarcófago donde había deslizado la bolsa con cremallera, y sus pensamientos se aceleraron.

—Entonces tengo un requisito para ti —dijo Dominika con severidad, conteniendo la respiración, esperando que esto funcionara. —Me han dado un tercer teléfono móvil encriptado para casos imprevistos, incluso para contactar contigo. Es que no me gustaría llevarlo de vuelta a Moscú a través de los controles de seguridad del aeropuerto. Es por eso que te lo daré para que te deshagas de él la noche antes de volver a casa. Es evidente que yo mismo podría tirarlo al río, pero ese tipo de destrucción fortuita ha resultado desastrosa en casos anteriores, en los que el equipo ha sido recuperado por la oposición. Debes fundir el chip, romper el auricular y dispersar ampliamente los trozos para que no se asocien entre sí. Pasar el teléfono a usted no requeriría otra reunión personal — voy a emplace en una gota de tiempo de su elección.

—Hay un millón de lugares en la ciudad donde puedes deshacerte de un teléfono,— dijo SUSAN, con petulancia. Llevaba veinte años sola, encontrándose con serviles encargados de la Línea N que nunca la cuestionaban. Dominika puso algo de amenaza en su voz, la arenilla vocal que todos los rusos reconocen como un problema inminente.

—Es indudable que su larga hoja de servicios en América —¿cuántos años hace?— le ha proporcionado un conocimiento enciclopédico de la ciudad, que es precisamente por lo que solicito su ayuda. Es más, dado que sus números de contacto están en el aparato, es un requisito operativo que lo hagamos —dijo Dominika, tajante. La sombra de la mujer se agitó, claramente molesta por que le dijeran lo que tenía que hacer. Pero todos los ilegales, especialmente los más veteranos, temían algo más que ser descubiertos y capturados: ser devueltos a Moscú, el fin de su cómoda existencia, el fin de la comodidad y la abundancia, para ser arrojados de nuevo al pozo de la pereza, la burocracia y la depravación rusas, con un despacho en la central, un apartamento cochambroso y quizá un coche subcompacto, con una medalla que lucir en las ceremonias, el fin de las misiones en el extranjero e incluso de los viajes personales al extranjero. Para

siempre. Y este jefe de CI de ojos azules acababa de hacer referencia a los muchos años que SUSAN llevaba en América, y era concebible que pudiera crear problemas por una estúpida normativa. Le dio hoscamente a Dominika la dirección de un punto muerto en Manhattan junto con una descripción. Ok, una forma de identificar a nuestra amiga de voz sedosa.

Pero ahora Dominika tenía que llegar hasta Gable para contarle su plan, antes de que sus dos últimos días transcurrieran a la sombra protectora del sargento Blokhin. No más presiones a la pequeña señorita SUSAN. No debe sospechar. La conversación se interrumpió. La reunión había terminado.

De acuerdo con los procedimientos establecidos, Dominika abandonó primero el mausoleo y regresó a Manhattan. Nunca volvió a ver a la otra mujer. Los rusos no dicen que alguien es un profesional de primera, dicen podkovat blochu, que alguien puede herrar a una pulga. Esta mujer era así: incluso después de un encuentro de quince minutos con la ilegal, a un metro de distancia, Dominika no habría podido elegir a SUSAN entre la multitud ni aunque su vida dependiera de ello. Y ella sabía que, con el tiempo, probablemente lo haría.

CALZONE DE SALCHICHA, PIMIENTO Y CEBOLLA DE DOMINIKA

Saltee pimientos rojos y amarillos cortados en rodajas finas, medias lunas de cebolla cortadas en rodajas finas y ajo picado fino hasta que estén blandos. Sazone, añada orégano seco y copos de pimiento rojo. Añada la salchicha italiana desmenuzada y siga cocinando hasta que la carne esté dorada. Deje enfriar la mezcla y añada la mozzarella, el parmesano y el perejil picado. En una superficie enharinada, extienda círculos de siete pulgadas de masa de pizza o pan. Coloque una pequeña cantidad de la mezcla de carne en el centro de los círculos de masa y, a continuación, dóblelos y selle los bordes con un dedo humedecido en agua. Utilice un tenedor para presionar un patrón de flauta en la masa a lo largo de la costura, y hacer un pequeño agujero de vapor en la parte superior. Unte la parte superior con aceite de oliva. Hornear a media altura en una bandeja para galletas hasta que estén doradas. Deje reposar un poco y sírvalas tibias con salsa marinara caliente.

9

Merendando en la cuna

DEJANDO atrás el encanto bohemio de Staten Island, Dominika y Gable estaban sentados hombro con hombro en la banqueta del fondo de un pequeño bar de Chelsea, en la calle Hudson, llamado Employees Only. Es tarde y el bar está medio lleno. Entre la cerveza de Gable y el vino de Dominika había un pequeño plato de copas de frico parmesano rellenas de ensalada de tomate. Dominika acababa de contarle a Gable su viaje a Staten Island, la entrada en el mausoleo de Vanderbilt y el espeluznante encuentro en la oscuridad con el ilegal. Gable sacudió la cabeza y bebió un sorbo de cerveza.

—¿No le viste la cara en absoluto?

—Ni siquiera el color de su pelo —dijo Dominika—Se mantuvo en la sombra todo el tiempo. Era muy buena. No la presioné.—

—Jesús lloró. ¿Y crees que usa Staten Island para conocer agentes? —preguntó Gable.

—Ella dijo que era muy adecuado para operaciones,— dijo Dominika. —Pero Staten Island pasa de largo. Gable se encogió de hombros.

—El software de reconocimiento facial de las cámaras de la terminal del ferry podría detectarla —dijo Gable—.

—Si supiéramos cómo es, tal vez —dijo Dominika. —Pero no lo sabemos.

—Sí, dime algo que no sepa—dijo Gable. —También podría tirarse por uno de los puentes.

—¿Puedo decirte una idea sobre cómo podríamos identificarla?—dijo Dominika. —Gable bebió un poco más de cerveza.

—Podría pedir dos copas más si esto va para largo —dijo. Dominika sonrió y le dio una palmada en el brazo.

—Terpeniye, paciencia, Bratok, esto te va a gustar —le dijo. —Escucha. Antes de irme de Nueva York, le ordené a SUSAN —sí, le ordené con toda firmeza— que recogiera mi teléfono móvil personal encriptado de un lugar de su elección en Manhattan, para destruirlo y eliminarlo de forma segura.

—¿Y fue a por ello?

—Usé mi voz de coronel con ella. Los rusos responden a la intimidación.

—Seguro que no—dijo Gable.

—Eso es porque nunca me intimidas—dijo Dominika.

—Tengo demasiado miedo para hacerlo—dijo Gable. —Ok, ¿dejas caer tu teléfono, preparamos una emboscada, y la embolsamos? Es no

es bueno, te pone en agua caliente.

—No estoy pensando en una emboscada, que debemos evitar precisamente por eso. Sólo tenemos que pasar el objeto físico en una entrega cronometrada en un sitio de su elección, en algún lugar que le ofrezca seguridad absoluta. Sin emboscadas, sin vigilancia en el lugar. —

Gable la miró de reojo.

—Estoy esperando el remate,— dijo.

—Hemos desempolvado el móvil con Metka.

—¿Smegma? —dijo Gable, mostrándose obtuso. —¿Qué demonios es eso?

Dominika se echó a reír. Conocía la oscura palabra de la escuela de Gorriones.

—Eres un auténtico krutóy páren, un tipo avispado. Sabes muy bien lo que he dicho. Metka, no smegma. Polvo de espía, como el que la KGB usaba en Moscú para rastrear americanos. Estoy seguro de que Benford tiene químicos que podrían preparar un compuesto.—

—Moscú seguirá preguntándose cómo perdieron a su durmiente —dijo Gable.

Dominika se encogió de hombros.

—No me relacionarán con su eventual detención, no si la atrapas meses después utilizando polvo de espía. Por supuesto, el Kremlin se enfadará, pero el Centro racionalizará que veinte años como ilegal en Estados Unidos supera todas las expectativas de supervivencia —dijo Dominika. —Conozco la mente rusa; buscarán a alguien a quien culpar, pero si hacemos esto bien, la Línea S nunca adivinará cómo fue identificada, ni apreciará la ironía de que metka fuera utilizada contra ellos, después de todos estos años. SUSAN naturalmente seguirá las órdenes y destruirá el teléfono, sin dejar más evidencia que sus manos invisiblemente contaminadas.

—No está mal. Se lo comentaré a Benford.— Cogió el teléfono, pulsó una marcación rápida y Westfall apareció en el bar dos minutos después, tragando saliva al estrechar de nuevo la mano de Dominika, mascullando como un mayordomo avergonzado. Dominika se levantó y le dio a Westfall un casto abrazo de saludo, con el resultado de que se puso bermellón. Gable le repitió un resumen del plan de Dominika, le dijo que llamara a Benford por la línea segura y se pusiera a trabajar en ello. Tenían dos días para preparar su propio lote de metka. Lucius hizo una reverencia indicando que lo entendía.

Gable sacudió la cabeza ante la torpeza de Westfall.

—¿Vas a chasquear los talones como un prusiano?

Dominika clavó el codo en las costillas de Gable.

—Déjalo en paz —dijo. —Lucius, ¿entiendes el plan? —Lucius asintió.

—Si lo hacemos bien, Domi estará libre de sospecha y el sugar britches brillará en la oscuridad hasta Navidad —dijo Gable.

—¿Qué es eso de "sugar britches"?—dijo Dominika.

—Es una ficha, una forma de hablar.

—Estoy seguro,— dijo Dominika, mirándole de reojo. —Westfall tragó saliva, negó con la cabeza y se fue, diciendo que llamaría a Benford ahora mismo. Dominika sintió aún más pena por él que antes.

—Ok. Así que los FEEBS comprueban fuera de horario las oficinas de las principales revistas literarias de Manhattan —cuántas puede haber— y ven qué espacios brillan bajo una luz negra —dijo Gable.

Dominika levantó un dedo admonitorio.

—Hay que tener cuidado con los metka. La KGB tenía dificultades con la sobrecontaminación. En una semana, SUSAN estrechará muchas manos, distribuirá memorandos y celebrará comidas de negocios en restaurantes. En varios meses, todo el mundo en la publicación en Nueva York será cubierto en la materia, por no hablar de la mitad de los agentes de talento en los Estados Unidos.—

—Nadie se va a preocupar por ellos —dijo Gable, terminándose la cerveza.

Iosip Blokhin caminaba por la calle Hudson, en Chelsea, con la cabeza apuntando hacia abajo, fijo en la acera, avanzando como un toro sin aparente consideración por los demás peatones, las farolas o los cubos de basura. No le importaba la incongruencia de llevar unas enormes gafas de sol envolventes de pescador a las diez de la noche, e ignoraba las miradas ocasionales de los transeúntes divertidos. Parecía un luchador invidente sin el bastón blanco. De hecho, las gafas fueron desarrolladas por la Línea T para detectar débiles rastros residuales de isótopos nucleares con el fin de rastrear un objetivo a distancias largas indetectables. Blokhin seguía a Dominika por orden expresa y secreta del comandante Shlykov, sin que Anton Gorelikov lo supiera. Shlykov había ordenado a Blokhin que empezara a seguir a "Miss Tetas del SVR" después de su reunión en Staten Island (ni siquiera Shlykov se entrometería en eso), pero de forma continuada desde entonces hasta que partieran de Nueva York. Shlykov quería que Blokhin se asegurara de que el SVR no robara el caso MAGNIT, y de que Dominika no se reuniera con oficiales de la rezidentura de Nueva York preparándose para reclamar la primacía, o combatiendo cualquier número de maniobras burocráticas para usurpar el caso. Shlykov estipuló con Blokhin que Egorova no debía saber nada de la vigilancia —no se arriesgaría a la ira de Gorelikov—, por lo que la cobertura debía ser invisible.

—Se supone que es buena en la calle, así que déjala ir si no puedes cubrirla discretamente —le había dicho Shlykov a Blokhin—

No dejes que te vea.

El gorila Spetsnaz se hurgó los dientes.

—¿Y si la veo haciendo algo interesante?— dijo en voz baja.

Shlykov había mirado la frente llena de cicatrices.

—¿Cómo qué?—dijo.

—Cómo encontrarme con alguien a quien no reconozco —dijo Blokhin.

Shlykov le miró a los ojos.

—Es posible que sea un oficial de la rezidentura.

—Quizá. Pero si no es alguien que conozco, podría tratarse de un asunto doble. Tal vez incluso por orden de Gorelikov.

—¿Qué estás diciendo?— dijo Shlykov.

Blokhin se miró las manos.

—Egorova todavía no es directora del SVR, y ya está causando problemas. Cuando le den una estrella será intocable.—

Shlykov se apartó de Blokhin para revolver unos papeles.

—Ya tienes un problema que eliminar.

—¿Por qué dejar que se agrave otro—preguntó Blokhin.

—Sólo si estás al cien por cien. Sin rastros.

—Chemu byt, tomu ne minovat,— decía Blokhin, —las cosas que tenían que pasar pasarán, pase lo que pase.—

Con el permiso de Shlykov para operar contra Egorova, Blokhin esperó a que Dominika partiera hacia Staten Island, entró en su espacio de hotel y, con una herramienta parecida a un punzón de ojal, hundió un disco del tamaño de la cabeza de un alfiler del isótopo médico Paladio-103 —utilizado para el tratamiento de la radiación contra el cáncer— en los tacones de cuero de los tres pares de zapatos de su pequeño armario y los devolvió exactamente como los había encontrado, después de oler detenidamente cada zapato. Las minúsculas etiquetas de Paladio en los tacones de sus zapatos dejaban puntos luminosos de color naranja visibles con gafas gamma especiales sobre el pavimento, la moqueta plana, el mármol o la madera, pero se dispersaban y oscurecían en las hojas, la hierba o la arena. Es más, el paladio-103 había sido elegido como herramienta de vigilancia por su rápida tasa de desintegración, que garantizaría que un objetivo no descubriera inadvertidamente la técnica de rastreo. Por lo tanto, los puntos naranjas sólo servirían para la vigilancia en el horizonte, pero tendían a disiparse en condiciones meteorológicas adversas o en superficies poco idóneas. Los isótopos radiactivos más potentes y penetrantes se habían descartado cuando las pruebas con prisioneros del Gulag dieron como resultado una tasa inaceptable de cánceres de médula ósea y amputaciones de pies.

Blokhin intentaba seguir a Egorova en Chelsea desde su hotel utilizando la vigilancia —siguiendo el rastro—, pero las temperaturas

frescas y una ligera niebla disipaban las marcas de las etiquetas. Cuando perdió el rastro por tercera vez, cruzó la calle para ver si podía retomarlo, pero tras otros treinta minutos, se dio por vencido. Quedaban dos días más, y tal vez surgiera algo.

Cuando Dominika se sentó en el pequeño bar junto a Gable, su rostro palideció y un chorro de hielo le subió por la espalda. Vio a través de la lejana ventana del bar el grueso cuerpo de Blokhin caminando por la acera. En cinco segundos pasaría por delante de la ventana, justo enfrente de su mesa. Sólo tendría que mirar dentro —el interior era más luminoso que la calle exterior— y vería a Dominika sentada a solas con un hombre en una ciudad que no conocía, que nunca había visitado, y concluiría sólo una cosa. Espía. Espía. Se agarró al brazo de Gable presa del pánico; la banqueta la atrapaba y no podía deslizarse bajo la mesa. Señaló con la barbilla y susurró —Blokhin, fuera.—.

Gable no vaciló, y se movió tan rápido que Dominika sintió sus brazos alrededor de sus hombros en un abrazo giratorio que tenía su ancha espalda contra la ventana y a Dominika totalmente apantallada antes de sentir sus labios sobre los suyos. —Muévete —gruñó Gable en su boca, y ella le pasó una mano por el corte. Sus brazos la rodeaban como si fueran de acero y su beso era seco y firme. Olía a jabón y a cuero. Abrió un ojo, miró por la ventana y vio que Blokhin se había ido.

—¿Despejado? —susurró Gable.

—Dale diez segundos más —dijo Dominika, riendo, con la mejilla pegada a la de Gable. Él la dejó ir y se sentó, mirándola con pesar.

Dominika sabía que no había ni una sola idea de sexo en el beso. Gable había reaccionado con la misma rapidez con la que hubiera desenfundado su pistola contra un gomero con un AK-47 en un callejón de Beirut; sólo utilizó lo que tenía a mano: un beso envolvente. Pero Gable, a pesar de su rudeza, era casto con ella, siempre lo había sido. Nate le había contado una vez que un joven Gable se había casado cuando entró en la Agencia, hacía un millón de años, con una belleza que iba camino de convertirse en una concertista de piano de primera categoría. Pero la vida en el Tercer Mundo exigía más de Gable de lo que su novia estaba dispuesta a dar, y sus frecuentes ausencias, las constantes mudanzas y el tener que hervir el agua del grifo para matar los parásitos de la Giardia eran demasiado. Dejó a Gable la mañana en que ese fa sostenido por encima del do central no sonaba, y levantó la tapa del piano de cola y encontró una víbora hocicuda dormida sobre los martillos de fieltro. Gable resolvió arreglar las cosas, pero un año después murió en un accidente en una carretera helada a seis kilómetros de casa. Cuando se

lo contaron, Gable estaba en Perú facilitando la jubilación cinética de un traficante de drogas local que había llevado un cuchillo a un tiroteo. Nunca volvió a casarse, pero Nate había susurrado que se llamaba Moira; nunca habló de ella, salvo una vez a Nate. Eso es lo que te deja la Vida, le había dicho Nate a Dominika durante una de sus arengas sobre la deserción.

El rostro de Gable estaba serio por el casi tropiezo con Blokhin. —¿Esto va a dar problemas? —Dominika negó con la cabeza.

—Hoy no he llevado el teléfono. Me aseguré de que era negro antes de encontrarme contigo esta noche, absolutamente, pero sí, creo que me estaba buscando. Sabe dónde está mi hotel, podría haber hecho una larga cola desde allí y sólo estaba echando a ciegas a lo largo de mi ruta general para ver si podía captar mi olor. Es lo que llamamos promyvochnyye ptitsy, hacer salir un pájaro, una vieja técnica. Gorelikov juró que Blokhin no estaba en Nueva York para vigilarme, pero no me lo creo. Veré si pregunta dónde estuve esta noche. Na Volosok ot, una llamada cercana. Imagínate que te pillen en una ciudad tan grande—.

Ella lo miró, ladeando la cabeza.

—No es sólo disparar a los malos; también besas muy bien, como James Bond. No tenía ni idea. Pero después de esta noche ya no puedo llamarte Bratok, hermano mayor. Es inapropiado, después de besarte. Tendré que llamarte Ledenets de ahora en adelante.

—No empieces conmigo —gruñó Gable, ruborizándose. —¿Qué coño significa eso?

—Ledenets,— dijo Dominika.

Gable se sonrojó un poco más, y Dominika se rió, se deslizó hacia él, le besó la mejilla y le despeinó el pelo con los dedos. Él no la miraba, lo que a ella le pareció encantador.

Un desaliñado camarero se acercó a la mesa con la cuenta del bar, después de haber visto al viejo y a Chesty McThrust besuqueándose en un rincón. Gable lo fulminó con la mirada.

—¿Qué miras? —le dijo.

Dominika tenía la cara roja de aguantar la risa.

—Nada —dijo el camarero. —No hay ninguna ley contra los bocadillos de cuna. —Dominika se tapó la boca con una mano, con los ojos llorosos.

Benford estaba sentado tras la ruina de su escritorio en la División de Contrainteligencia del Cuartel General de la CIA. A una bandeja de entrada de tres bandejas repleta de papeles en un lado del escritorio le faltaba un pie y se inclinaba peligrosamente. Una docena de carpetas de tres anillas estaban apiladas en la otra esquina del escritorio, creando un reducto desde el que Benford miraba con el ceño fruncido

a las dos personas sentadas en su despacho. Benford era bajo y ligeramente panzón, y esta mañana su pelo parecía como si le hubieran tirado de él como si fuera una boina de sal y pimienta. Sus grandes ojos de vaca parda pasaron por encima de los dos oficiales sentados frente a él y se posaron en una fotografía enmarcada en tonos sepia de James Jesus Angleton, el legendario cazador de topos cuya fanática creencia de que los soviéticos tenían topos dentro de la CIA había paralizado las operaciones rusas de Langley durante una década. La fotografía de Angleton, al igual que otros objetos del despacho de Benford, se inclinaba drásticamente. Por mucho que la enderezara, el marco de la foto no se mantenía en escuadra; cada mañana volvía a inclinarse, lo que confirmaba a Benford su creencia privada de que el espíritu de James Jesus residía en su despacho y la torcía todas las noches, lo cual le venía muy bien.

Los dos agentes sentados en sillas de cubo con ruedas tambaleantes esperaban. Uno era Lucius Westfall, el precoz analista de DI y nuevo ayudante de Benford. En la otra silla estaba encorvado el lacónico oficial técnico Hearsey, a quien Benford apreciaba y en quien confiaba.

—Muéstreme lo que ha hecho —dijo Benford—El tiempo apremia. Tenemos que desempolvar su teléfono mañana por la noche.

Hearsey rebuscó en una bolsa con cremallera, sacó media docena de fotografías en blanco y negro, una tableta grande y lo que parecía un atomizador de perfume antiguo con una bombilla de goma negra y un receptáculo ovalado de cristal.

—Las fotografías son de los distintos elementos que hemos utilizado para probar la adherencia del compuesto —dijo Hearsey—Los resultados son los que esperábamos. Los materiales fibrosos —ropa, alfombrillas, ropa de cama— retienen mejor el material y durante más tiempo. Otras superficies como el plástico, el cristal o el metal no son tan buenas.

—El artículo que DIVA pasará por ilegal es un teléfono móvil,— dijo Benford. —Es nuestra única opción.— Hearsey asintió.

—Sí, nos lo imaginábamos,— dijo. Hearsey asintió con la cabeza. —Sí, ya nos lo imaginábamos —dijo—, así que hemos comprado una funda para el móvil. —Es de una silicona elástica que resulta ser muy pegajosa y atrae el compuesto como un maldito rodillo de pelusas. Es levantó la tableta, dio dos golpecitos en la esquina de la pantalla y la imagen de un teléfono móvil en una bandeja de cristal de laboratorio apareció a la luz normal del techo. —Es que apagamos las luces y lo iluminamos con luz ultravioleta. Benford levantó la vista de la tableta.

—¿Por qué verde—preguntó Benford.

—¿Por qué no?—dijo Hearsey. —Los soviéticos usaban luminol y nitrofenil pentadieno. Añadían ácido clorhídrico que volvía su

compuesto rojo bajo la luz ultravioleta. Nosotros no queríamos mezclar los mismos productos químicos, así que utilizamos tetrahidro-beta-carbolina, el material que hace que el caparazón de un escorpión brille verde bajo la luz ultravioleta. Tenemos una química llamada Bunny Devore en el laboratorio. Le encantan los escorpiones, lo sabe todo sobre ellos, los tiene como mascotas —Benford lanzó a Hearsey una mirada como de barra de refuerzo doblada.

—Hearsey —dijo Benford—, me desconcierta por qué crees que me interesaría lo más mínimo la química, o esa mujer y su desagradable interés por los arácnidos depredadores. Lo único que me importa es si el compuesto es indetectable. La vida de nuestro agente depende de ello. Hearsey levantó el atomizador antiguo.

—Rocie un objeto objetivo a unos 60 centímetros y deje que las gotas se asienten uniformemente. No se preocupe. Es invisible; no se siente, no se saborea, no se huele. Hemos disuelto los productos químicos en metanol, de modo que en realidad estamos rociando una ligera niebla sobre un objeto, no como si espolvoreáramos algo con polvo para huellas dactilares. Es fluorescente bajo luz ultravioleta en el rango de diez a cuatrocientos nanómetros, y también aparece en un cromatógrafo de gases.

—Sí, estoy seguro de que hace todo esto y más —dijo Benford— ¿Cuánto dura?

—No lo sabemos, sencillamente porque no hemos tenido tiempo suficiente para probar la perpetuación —dijo Hearsey—Es buena la adherencia y la propagación —cómo se transfiere— parece buena. Si tu ilegal maneja esa funda de teléfono, luego golpea un interruptor de la luz de su despacho, toca su teclado o bebe café de una taza, podremos encontrarla —Benford asintió.

—Te pediré que envíes esto personalmente a Nueva York hoy mismo con Westfall, que te pongas en contacto con Gable y se lo expliques todo. Te pediré que rocíes tú mismo el teléfono y su funda —mantén a DIVA completamente alejada de él— y que te asegures de que ella pueda cargar el teléfono en un lugar de descarga muerto que elija el ilegal sin contaminarse.— Hearsey asintió y desplegó su larguirucho cuerpo para levantarse y ponerse en marcha.

—Hearsey, te agradezco el trabajo que has realizado tan oportunamente —dijo Benford. —Tiene usted mi agradecimiento. En el pasado le habría concedido un premio por su excepcional rendimiento, o una mención elogiosa para su equipo, pero en la acromática Agencia de hoy, me veo obligado a entregarle un cheque regalo para la cafetería Starbuck's, aquí en el Cuartel General, para que pueda disfrutar de lo que la joven que masca chicle detrás del mostrador llama asombrosamente un gran café con leche —.

Angleton los miró esbeltamente desde la pared.

APERITIVOS DE PARMESANO FRICO

Mezcle el parmesano rallado grueso y la harina, luego sazone con copos de pimiento rojo y pimienta negra. Coloque el frico en una sartén antiadherente a fuego medio, aplástelo suavemente formando un disco fino y cocínelo hasta que esté dorado por ambos lados. Coloque el frico aún caliente sobre un vaso de chupito invertido o una taza de té y deje que se enfríe y se endurezca formando una taza de parmesano. Rellene con una mezcla para bruschetta de tomates cortados en dados y chalotas, sazonada con azúcar, orégano, vinagre de vino tinto y aceite de oliva.

10

El cielo contra el infierno

PENÚLTIMO día en Nueva York. La reunión con SUSAN había concluido, no había mensajes de Gorelikov en el Kremlin y el acto de recaudación de fondos con la disidente rusa Daria Repina era a las seis de la tarde en el Hilton de la Sexta Avenida. Dominika hizo todo lo posible por reunirse con Blokhin por la mañana y pasear con él por Manhattan. Tenían todo el día. Es planeaba escabullirse después del evento de Repina y reunirse una vez más con Gable para rociar su teléfono con polvo de espía y colocarlo en el lugar donde SUSAN lo dejaría en Manhattan, un cementerio de bolsillo desconocido en una calle residencial. No tendría que acompañar a Blokhin después de las seis: regresarían por separado la mañana siguiente, Dominika por París y Bucarest, Blokhin por Berlín.

Blokhin llevaba una chaqueta con los tres botones bien abrochados, al estilo paleto. Iba rígido y formal mientras caminaban, afectando para no mirar las maravillas de la ciudad: el tráfico, la gente y los escaparates, tan frío como si no se le fuera a derretir la mantequilla en la boca. Pero Dominika le vio echar miradas furtivas y se preguntó cómo estaría procesando su cerebro de Spetsnaz la vorágine de riqueza e industria que se arremolinaba ante su rostro impasible. Caminaba bien equilibrado, con los brazos a los lados y las manos en forma de pinza de madera colgando sueltas, libres y listas para la acción. Su frente brillaba a la luz del sol. Dominika echó un vistazo a su perfil rubicundo; podría haber sido un granjero o un jornalero. Sin embargo, el rostro del campesino reflejaba Dios sabe qué horrores. No le dirigió la palabra y Dominika decidió no entablar conversación con él. ¿Qué iban a decirse en cualquier caso? Mira qué altos son los edificios. ¿Cuánto es eso en rublos? ¿Con qué colgaron a la amante del presidente afgano del balcón del palacio?

Dominika era más alta por una cabeza, pero el cuerpo de Blokhin era grueso, no, denso, como la piedra. Por detrás se le veía una pequeña calva a través de su escaso pelo, pero se peinaba para cubrirla todo lo que podía. Caminaban por una de las avenidas, entre la aglomeración de peatones, cuando un larguirucho callejero les cerró el paso, llamando a Dominika "cariño" y pidiéndole un dólar. Dominika ya había visto esto varias veces y sabía que no había peligro, pero Blokhin, quizás sin entenderlo —le había dicho a Dominika que no hablaba inglés—, con un paso deslizante puso su antebrazo sobre el pecho del mendigo y lo apartó como si caminara por un campo de trigo maduro. El mendigo se agarró y dio un paso

atrás hacia Blokhin, pero la fuerza irresistible del empujón le transmitió alguna advertencia selvática para que evitara la confrontación con este gato, y los dejó ir, gritando obscenidades mientras se alejaban.

—Muestra moderación en la calle —le ladró Dominika a Blokhin en ruso—Estamos aquí con un alias indocumentado. Allá en Moscú puedes matar a quien quieras. Pero aquí no, no cuando estás conmigo. — Blokhin miró a Dominika como si estuviera decidiendo si morder, luego miró más allá de ella y dijo obozhdat, espera, y abrió de un tirón la puerta de una librería, y entró, con Dominika pisándole los talones. La tienda era enorme, con tres plantas de libros en estanterías y mesas y gente leyendo en sillas mullidas, el aire impregnado del aroma del café de la cafetería del segundo piso. Dominika observó cómo Blokhin ojeaba un directorio de la tienda, entrecerrando los ojos como un visigodo leyendo un mojón en el camino a Roma, hasta que se dirigió a la sección de ficción y encontró Crimen y castigo, de Dostoievski, que miró detenidamente, hojeando las páginas.

—No sabes inglés —le dijo Dominika. —Blokhin la miró sin comprender. —Hay ediciones en el ruso original que podrías leer en su lugar —le dijo ella.

—Quiero aprender inglés. Me enseñaré a mí misma,— dijo, tan despreocupadamente como si hubiera dicho —Aprenderé a hacer pan. —

Las alas negras de murciélago de Blokhin se desplegaron y luego se plegaron. Estaba mintiendo sobre algo, decidió ella; tal vez leía inglés. —¿Por qué este libro?—dijo Dominika. Es asombroso ver a este comando en cuclillas agarrando el libro como si fuera una pistola, decidido a empezar a leer.

—Me han hablado de este trabajo. Es una gran novela rusa. ¿Quién me la ha contado? ¿Sentados en el espacio de la brigada Spetsnaz afilando bayonetas, hablando de Dostoievski? —Es sobre el asesinato permitido en la búsqueda de un propósito más elevado—dijo Blokhin con sorprendente lucidez. Algo con lo que te sentirías a gusto, sin duda, pensó Dominika. Lo dejó mirando los libros, salió de la librería, se dirigió a una zapatería tres puertas más abajo y se puso a mirar las sandalias de tiras que exhibían. Quería hacer una pequeña prueba callejera: ¿Cómo reaccionaría Blokhin al levantar la vista de sus libros y descubrir que Dominika se había ido? ¿Estaba en Nueva York para vigilarla?

—¿Te gusta este estilo? —preguntó Blokhin, de repente detrás de ella, haciéndola dar un respingo. Se estaba guardando unas gafas de sol en el bolsillo de la chaqueta, le quitó la sandalia y la examinó, frotando el cuero con los dedos. ¿Cómo la había encontrado tan rápido, habiendo cientos de tiendas a cincuenta metros de la librería?

Tendría que volver a comprobar su situación antes de reunirse con Gable esta noche. El sargento Blokhin era alguien con habilidades secretas, y no sólo para cortar gargantas. En una pequeña bolsa de plástico había un ejemplar de su novela.

Blokhin declaró entonces que tenía hambre e insistió en que fueran a un restaurante coreano a comer costillas a la barbacoa, que había consumido en grandes cantidades durante los pasados ejercicios conjuntos de comandos en Corea del Norte. Blokhin aspiró las relucientes costillas acompañadas de montones de kimchi bermellón, ensalada de cebolla verde y pepino, y ssamjang, una pasta picante untada en las hojas de lechuga que las acompañaban.

A continuación, Blokhin se zambulló en una tienda de artículos deportivos y pasó una hora mirando sierras de alambre, hachas de campamento, machetes y cuchillos de supervivencia. Sus ojos lo decían todo: valoraba cada artículo como un arma, un instrumento para matar. —Esta es una herramienta ingeniosa —dijo Blokhin, pasando ligeramente los dientes de una sierra de alambre por la punta de los dedos—Es muy ingenioso, pensó Dominika. Una garganta cortaría más fácilmente que una rama de pino.

—No te dejarán subir al avión con nada de esto —le dijo Dominika en ruso. —Cablea a la rezidentura para que te guarde uno, o dos: uno para el mayor Shlykov también. Seguro que sus árboles también necesitan poda.— Blokhin ignoró el comentario y bajó la sierra. Dominika quería crear la suficiente enemistad entre ellos para poder fingir una creciente antipatía e impaciencia, y abandonar la recepción de Repina antes de tiempo para reunirse con Gable.

—Es aconsejable no enemistarse con el comandante —dijo Blokhin en voz baja varios minutos después, de vuelta a la calle.

—¿Por qué?—dijo Dominika.

—Porque entonces te convertirías en mi enemigo —dijo, con las puntas de sus aletas negras extendiéndose ligeramente por detrás de la cabeza, como una cobra que despliega la capucha de su cuello en un alarde de amenaza.

El Gran Salón de Baile del Hilton era un espacio colosal, iluminado por lámparas de araña y faroles de triple dorado en nichos circulares empotrados en lo alto de las paredes. Un millar de personas llenaban fila tras fila de sillas alineadas casi hasta el fondo del espacio. Las logias de los lados se habían reservado para la prensa; las cámaras de televisión sobre trípodes brillaban y las luces de televisión bañaban el escenario elevado, enmarcado con un borde de terciopelo púrpura real y cortinas para las piernas. En el centro del escenario había una solitaria mesa y un micrófono. Blokhin quería sentarse en primera fila para escuchar la presentación de Repina, pero Dominika se negó y

prefirió un asiento en el pasillo, cerca de las puertas de salida. Blokhin argumentó que más cerca era mejor, hasta que Dominika se sentó donde quería y se negó a ceder.

—Los asientos de más cerca estarán a la vista de esas cámaras. Blokhin no respondió, pero se sentó a su lado.

El salón de baile estaba alborotado y ruidoso. Diferentes grupos de simpatizantes agitaban pancartas en las que se podía leer LIBERTAD PARA RUSIA, PUTIN ASESINO y FUERA DE UCRANIA LIBRE. Otras pancartas estaban impresas en cirílico. Blokhin empujó a Dominika para que mirara una de ellas, que decía CUELGAD A PUTIN POR EL CUELLO. El rostro de Blokhin había adquirido una languidez soñolienta que, de haber conocido mejor al sargento Spetsnaz, habría telegrafiado su rabia constructora.

Un funcionario subió al escenario, habló de donar fondos al Movimiento Rusia Libre de Daria Repina y luego comenzó una larga introducción, que fue brevemente interrumpida por un grupo de jóvenes estudiantes que agitaban banderitas rusas y coreaban —Repina, poshël ty,— que traducido vagamente significaba —Repina, vete a la mierda.— Blokhin y Dominika intercambiaron miradas. Sabían que estos agitadores prorrusos eran uno de los tentáculos del pulpo de medidas activas del Kremlin, una máquina global diseñada para sembrar discordia, abrir brechas e influir en la opinión pública. Mañana podría ser dezinformatsiya, desinformación en un respetado periódico estadounidense o internacional; pasado mañana, un documento falsificado que inflamaría a la calle árabe contra la Europa socialista o enfrentaría a los Estados miembros de la UE entre sí; y pasado mañana, sabotaje político para alimentar un golpe de Estado en Montenegro y desestabilizar los Balcanes. Las medidas activas eran un elemento básico incesante de la política exterior del Kremlin, y lo habían sido desde que los bolcheviques aniquilaron a los exiliados rusos blancos escondidos en Europa en la década de 1920.

Se infectó una breve refriega entre agitadores y partidarios, se volcaron sillas y la seguridad del hotel sacó a los exaltados prorrusos del salón de baile. Cuando sus cánticos se apagaron, las luces se atenuaron, un punto se centró en el podio y Daria Repina subió al escenario en medio de un atronador aplauso. Era alta y enjuta, con el pelo corto y castaño recogido en un corte pixie que le caía con flequillo a un lado de la cara. Su rostro era severo, delineado por el esfuerzo de oponerse, hacer campaña y denunciar los crímenes y la corrupción del régimen de Putin durante casi una década. Había comenzado su yihad contra Vladimir Vladimirovich como una periodista poco conocida, y fue amordazada, empujada y multada por la policía por sus delitos menores. El mundo empezó a darse cuenta cuando Repina comenzó a hacer giras por Europa y el Reino Unido,

sensibilizando a la opinión pública en apasionados mítines —el famoso discurso en el Royal Albert Hall de Londres marcó un punto de inflexión— y nació el Movimiento Rusia Libre. Tras dos meses en Estados Unidos, empezó a llegar mucho dinero y Repina se convirtió en el rostro de la Rusia disidente.

Los entrevistadores de Coy a menudo le preguntaban si temía por su vida. Al fin y al cabo, Daria había sido precedida por destacados periodistas, funcionarios desleales y figuras del partido de la oposición, todos ellos ya desaparecidos: Nemtsov, Berezovsky, Politkovskaya, Khlebnikov, Litvinenko, Estemirova, Lesin. Fusilados, envenenados o alimentados con Polonio-210, todos habían sido eliminados como amenazas a la única prioridad del presidente como jefe de Estado: preservar su cleptocracia. Daria respondía invariablemente que a Putin se le estaba acabando el tiempo, porque lo que más temía —que los ciudadanos rusos se manifestaran en la Plaza Roja— era inevitable. Los ojos del mundo estaban puestos en ella; era inviolable.

Repina empezó a hablar. Su voz masculina era eléctrica, su pasión y energía fluían en el halo rojo rubí que brillaba sobre su cabeza y sus hombros, proclamando pasión, coraje y su amor por la Rodina y por el pueblo de Rusia, antaño siervos, luego reclusos en una Unión Soviética sin ventanas, y ahora, imposiblemente, siervos de nuevo, clamando a Occidente que les comprendiera, que les ayudara a ser libres.

Cuando Repina salió de detrás del atril con el micrófono en la mano, como una estrella del rock, y arremetió contra la corrupción, el saqueo, los asesinatos, las guerras y las alianzas impías que debían terminar, el público se levantó de sus asientos y vitoreó. Dominika mantuvo el rostro impasible, pero en su fuero interno se asombró de oír a un ruso decir la verdad, y dar voz a su propia rabia indignada que la había empujado a la CIA y a una vida mortalmente peligrosa como espía. Ella, Dominika, trabajaba en la sombra, bajo tierra, mientras Repina estaba en las murallas, a la vista de todos. Su corazón se aceleró; era una epifanía: no estaba sola; sus compatriotas estaban con ella.

Blokhin seguía sentado, con la barbilla ligeramente levantada y los ojos fijos en Repina.

—No puedo escuchar más este kramola, esta sedición —dijo Dominika, levantándose, fingiendo impaciencia—Me voy a mi hotel a dormir. Blokhin no se movió, pero se quedó mirando al alto cruzado, que caminaba de un lado a otro a lo largo del escenario, excoriando a los siloviki, la rémora pegada al vientre del gran tiburón blanco, alimentándose de los zarcillos de carne que salían de las fauces del depredador. —No causes problemas esta noche —siseó ella, pero él la

ignoró. Dominika se detuvo en la puerta para observar a Repina en el escenario, pensando que le gustaría conocer a esa carismática mujer algún día. Es posible que Benford pueda organizarlo. Luego cruzó la puerta, tarde para su cita con Gable (planeaba burlarse de él por estar todo el día atormentada por los recuerdos de su beso, para ver cómo se retorcía). Una última mirada a Blokhin, cuyas alas negras se desplegaban sobre su cabeza como una rapaz a punto de emprender el vuelo.

La presentación de Repina había concluido, y estaba rodeada en el escenario por periodistas de prensa, admiradores e incluso gente que le pedía autógrafos. Blokhin permanecía en silencio al margen de los curiosos, sonriendo agradablemente y aplaudiendo con el resto de la multitud. Es necesario esperar una hora para que Repina y su ayudante, Magda, una joven y desaliñada activista moscovita, puedan ir a su espacio en la sexta planta del hotel (pagado por la ciudad de Nueva York). Les escoltaban dos agentes de la policía de Nueva York, los sargentos Moran y Baumann, veteranos del cuerpo: Baumann había formado parte de los SWAT de la policía de Nueva York durante seis años, antes de reventarse una rodilla durante un asalto y volver al servicio normal. Ambos se habían ofrecido voluntarios para este destacamento de protección ligero porque necesitaban las horas extra; este trabajo se consideraba horas extra dobles y no había que levantar objetos pesados; básicamente, sólo había que sentarse en el sofá de un hotel a ver la tele, comer patatas fritas y beber Coca-Cola. Ir a los mítines era una lata, pero nadie iba a meterse con Repina en Nueva York. Los dos sargentos vestían de paisano, con chaquetas deportivas de tweed sobre camisas blancas y pistoleras Glock 19 en la cadera derecha. El ojo experto de Blokhin vio las ligeras protuberancias de las pistolas de 9 mm a través de los abrigos de los policías, algo que en los círculos de portación oculta se conoce como "marcaje", pero que normalmente no preocupa a los policías uniformados.

Blokhin cogió el ascensor con los cuatro, saltó disculpándose las puertas que se cerraban y les saludó cortésmente con la cabeza mientras se dirigía a la parte trasera de la cabina. Magda charlaba con Baumann, mientras Repina miraba fijamente a Blokhin, su nariz rusa percibía algo familiar en él, su cara, su ropa, las feromonas que desprendía.

—Na kakom etazhe vy khotite?— preguntó Repina rápidamente en ruso, ¿Qué piso quieres? Blokhin parpadeó y, en un inglés británico ligeramente acentuado, le dijo: —Perdone, me temo que no hablo polaco. Repina le devolvió la sonrisa y preguntó: —¿Qué planta? Blokhin dijo: —La cinco, por favor. Al ver que el sargento Moran, sin tener en cuenta una de las técnicas básicas del oficio, ya había pulsado el botón de la sexta planta, revelando así su destino. Repina miró

fijamente a Blokhin durante todo el trayecto y se encogió de hombros cuando éste salió al quinto piso con otra inclinación de cabeza y un murmurado —buenas noches.— Los dos sargentos observaron a Caracortada Blokhin caminar por el pasillo mientras las puertas se cerraban.

—El más popular de su clase —murmuró Moran a Baumann, que asintió. Repina y Magda no entendieron la broma.

En la alcoba del quinto piso, Blokhin se asomó, escrutó el techo e identificó las lentes negras de ojo de pez de las cámaras de seguridad, una en cada extremo del pasillo. No podían verle en el hueco del ascensor. Se puso un pasamontañas ligero de neopreno en la cabeza, atravesó las puertas cortafuegos de la escalera y subió corriendo un piso. El grupo de Repina estaba entrando en un espacio a mitad del pasillo y Blokhin esperó a que entraran y cerraran la puerta. Esperó otros cinco minutos, flexionando inconscientemente los hombros y aflojando las muñecas. Se acercó al espacio, respiró hondo y llamó a la puerta suavemente, como lo haría el personal del hotel o una camarera. Se quitó la capucha de la cabeza y agachó la cabeza.

Si Iosip Blokhin hubiera estado conectado a monitores en ese momento, su ritmo cardíaco habría registrado 50 lpm, su tensión arterial, 110/70, y su frecuencia respiratoria, 12 respiraciones por minuto. Su respuesta galvánica cutánea, un indicador de estrés medido en microsiemens, estaba en niveles de reposo. Reconoció la serena claridad que siempre precedía al combate, la súbita agudeza visual y la agudización de sus sentidos del olfato y el oído. Saboreó el gélido filo de la acción inmediata y el pegajoso sabor de la muerte inminente. Oyó unas pisadas amortiguadas en la alfombra que se acercaban. La mirilla se oscureció un segundo y, a continuación, se oyó el chirrido del cerrojo al abrirse la puerta.

Blokhin golpeó la puerta con el hombro derecho, rompiendo la cadena de seguridad y golpeando al agente Baumann en la frente con el borde de la puerta, y éste cayó hacia atrás golpeando la pared con la cabeza, intentando ponerse en pie, pero Blokhin se cerró como un leopardo sobre un babuino, y le golpeó en la garganta con un golpe de mano de telaraña, comprimiéndole la tráquea, y enviando al policía jadeante al suelo, donde Blokhin le pisó la nuez de Adán, aplastándole totalmente la tráquea. Blokhin hizo rodar al policía estrangulado a la altura del culo para sacar la Glock de su funda; extrajo el cargador de quince cartuchos para comprobarlo; luego accionó la corredera mientras entraba en el espacio de estar de la minisuite, cogía un cojín de un sillón y se acercaba al sargento Moran, que estaba tumbado en el sofá en calcetines viendo un partido de béisbol.

—¿Quién estaba en la puerta? —dijo Moran, sin apartar la vista del televisor, mientras Blokhin le disparaba desde un metro de

distancia a través de la almohada cuatro veces en la sien, la mejilla y la mandíbula, y luego se volvía hacia una Magda boquiabierta que estaba sentada en el escritorio y le disparaba seis veces a través de la almohada, ahora hecha jirones, en la boca abierta, la frente y la garganta, haciéndola caer al suelo de espaldas en su silla en medio de una maraña de relleno de almohada y tela, trozos flotantes de los cuales se asentaron y se pegaron a su mejilla ensangrentada. Habían transcurrido once segundos desde que Blokhin llamó a la puerta.

Daria Repina entró descalza en el espacio, envuelta en una nube de vapor procedente del cuarto de baño, con un albornoz de hotel demasiado grande para ella, secándose el pelo alborotado. Se detuvo en seco al ver a Blokhin en el espacio, el tipo raro del ascensor, y su combatividad natural se apoderó de ella. Le preguntó qué hacía en su suite, que se largara y que quién coño se creía que era. Blokhin se encaró con ella y le dijo en voz baja: —Tolko choromu I ne vezot,— Sólo el gato negro, y sin suerte. Madre de Dios, pensó Repina, sólo entonces se fijó en uno de los pies descalzos de Magda que sobresalía en el aire por encima de la silla volcada, y en la cara manchada de sangre de uno de los policías en el sofá empapado, y supo que aquel hombre era de Moscú enviado por Putin, y corrió al dormitorio, se giró para cerrar de un portazo la puerta del dormitorio y coger el teléfono, pero Blokhin la tiró sobre la cama y la golpeó masivamente cuatro veces con una cruz Spetsnaz de mano de cuchillo: Un golpe en el lado derecho del cuello, que le aplastó el plexo braquial entre la clavícula y la primera costilla; luego, de revés, la golpeó en la parte inferior de la caja torácica izquierda, clavándosela en las costillas séptima y octava, que le perforaron el lóbulo inferior del pulmón izquierdo; luego, de arriba abajo, la golpeó en el lado izquierdo del cuello y volvió a golpearla para fracturarle la caja torácica derecha y perforarle el pulmón derecho. Su cuerpo tembló cuando Blokhin la sentó, le puso las manos en forma de pinza de langosta en la barbilla y le giró la cabeza lentamente, primero hacia un lado y luego hacia el otro, escuchando el chasquido de la varilla verde al separarse las vértebras cervicales C2, C3 y C4. Repina se dejó caer sobre el colchón, mirando sin ver al esbirro de Putin. Tiempo transcurrido: diecisiete segundos.

Blokhin había recibido instrucciones de destruir el objetivo con la máxima unizhenive, la máxima humillación. Moscú quería encontrar a Repina por la mañana, reducida a un salvaje montón de carne, una demostración de la ira rusa y una advertencia para otros que se atrevieran a seguir su ejemplo. Le quitó bruscamente el albornoz al cadáver —su cuerpo delgado era ya una escabrosa masa de hematomas— y la arrastró por un tobillo desde la cama, con la cabeza golpeando el suelo, hasta el salón, con el cuello roto tambaleándose,

en medio de la alfombra, las muñecas cruzadas por encima de la cabeza y las piernas abiertas de par en par, los genitales cruelmente expuestos. Dejó los demás cadáveres donde estaban, como mudo testimonio de la ira del Kremlin. Blokhin arañó una B en el estómago de Repina con el sacacorchos del minibar (la V cirílica del grupo Vympel de Spetsnaz) para que los investigadores pudieran descifrarla. No interfirió con ninguna de las dos mujeres; le bastó con el retablo de la masacre y tomó una foto panorámica del espacio con su teléfono móvil. Tiempo total transcurrido: tres minutos. Sólo el gato negro, y sin suerte.

Mientras salía del espacio y se colocaba el pasamontañas en la cabeza, miró su obra: Sólo faltaba una cosa, pensó. La coronel Dominika Egorova debería estar tumbada en la alfombra junto a Repina, mirando al techo. D'yavol, el Diablo. La había seguido tras su regreso del encuentro con el ilegal, pero la había perdido con demasiada facilidad: el dispositivo de isótopos era demasiado débil. Shlykov decía que era buena en la calle, y lo era, mejor que nadie con quien se hubiera encontrado antes, pero al fin y al cabo era una espía. Sabía que acabaría cometiendo un error, y entonces Blokhin la aplastaría, como si pisara un caracol en el jardín.

COSTILLAS A LA BARBACOA COREANA DE BLOKHIN

Enjuagar las costillas estilo flanken en agua fría. En un bol aparte, mezclar la salsa de soja, el azúcar moreno, el vino de arroz, el aceite de sésamo, la pimienta negra y la cayena. Mezclar la cebolla, el ajo, las peras y el jengibre, y procesar hasta obtener un puré suave, luego añadir a la mezcla de soja. Añadir las semillas de sésamo tostadas y un chorrito de agua para diluir. Verter la marinada sobre las costillas y remover para cubrirlas. Dejar enfriar toda la noche, poner a temperatura ambiente y desechar la marinada. Asar a la parrilla hasta que estén caramelizadas. Servir en hojas de lechuga con pasta ssamjang, pimientos encurtidos, kimchi, ensalada de pepino y arroz al vapor.

11

Pitch and Roll

EL DIRECTOR ALEXANDER Larson era propietario de una casa adosada georgiana en la calle P NW de Washington, pero los fines de semana se escapaba a la casa de su suegro, un rancho de cinco habitaciones cerca de Edgewater, Maryland, a orillas del Pooles Gut, un estrecho arroyo con marea que desembocaba en el río Sur, bajo Annapolis, uno de los cientos de afluentes que formaban la cuenca de la bahía de Chesapeake. A lo largo del extenso césped de la casa había un embarcadero fijo junto a una rampa pavimentada para botes. Uno de ellos era una lancha neumática rígida (RIB) negra de seis metros con consola de gobierno central, un radar Decca montado en un bastidor de aluminio en la popa y dos fuerabordas Mercury de 115 CV, bestias capaces de empujar la RIB a cuarenta nudos. La semirrígida era utilizada por el destacamento de protección de la DCIA y disponía de un armario estanco justo delante de la consola de dirección en el que se guardaban dos carabinas Colt M4A1 del calibre 223.

La segunda embarcación, al fondo del garaje, era el orgullo y la alegría de Larson: una Lyman Runabout de diecisiete pies construida en 1961, con un casco lapstrake restaurado, una elegante proa acampanada y barandillas de caoba. El característico parabrisas inclinado y el gallardete Lyman en la proa hacían del Runabout un clásico, pero no tanto como el motor fueraborda Johnson Seahorse 25 CV de 1955, verde bosque y con forma de lágrima, una antigüedad restaurada para que funcionara a la perfección, y perfecto para llevar el suave casco por delante de las frecuentes borrascas de Chesapeake a veinte nudos, o para pescar lentas lubinas rayadas a nueve nudos. Había dos cañas de pescar Shimano en los soportes de la borda con caros carretes de curricán Tekota. En un armario bajo la banqueta de popa había dos cajas con señuelos, poteras y cucharillas.

Alex Larson no era un pescador fanático, pero disfrutaba del tiempo a solas en su barco, y le encantaba preparar lubina rayada a la fiorentina, como la había probado por primera vez en Roma. A su mujer no le gustaba salir al centro de la bahía, que podía ponerse bastante agitada y hacer que el Lyman, de fondo redondo, cabeceara y rodara como una chincheta flotante, sobre todo con mar de través y a una velocidad de curricán perezosa. En una ocasión, Simon Benford había aceptado a regañadientes salir con Alex, pero las zambullidas y las guiñadas le ponían verde y detestaba manipular cebo vivo, así que prometió que la próxima vez se quedaría en tierra y bebería el whisky

de Larson mientras su amigo pescaba la cena.

A las 06.00 horas de un fresco día de otoño, el cielo despejado del este se tiñó de rosa cuando los dos agentes del destacamento de protección de la DCIA metieron ambos remolques en el agua verde del arroyo. Sabían que Larson bajaría de la casa en quince minutos con un termo de café, una petaca de bourbon (que sabían que ocultaba a sus hombres de seguridad) y un bocadillo de ternera asada envuelto en papel de aluminio hecho por su ama de llaves. Los agentes de hoy eran Bennett y Scott, cada uno con cinco años de experiencia en el servicio y más de diez en las Fuerzas Especiales. Habían examinado los bajos de ambas embarcaciones en busca de minas lapa en la quilla, comprobado los tambuchos del Lyman y arrancado el fueraborda Johnson para que se calentara. Antes de que el anciano bajara de la casa, encajaron cargadores de 30 balas en sus M4, cargaron y cerraron los cerrojos, aseguraron las armas y las volvieron a guardar en el pañol. Es más, ambos llevaban pistolas Glock 17 de 9 mm y 17 cartuchos en fundas Frontier Gunleather CC1 debajo de sus jerséis y chaquetas para mal tiempo; sabían por experiencia que, una vez en la bahía, podía hacer frío y mojarse rápidamente. No eran acuaristas experimentados, pero sabían lo básico.

Una vez a flote, Bennett y Scott hicieron girar la semirrígida en un abrir y cerrar de ojos, y se adelantaron a lo largo del arroyo para asegurarse de que estaba despejado, el Lyman les seguía tranquilamente, sin apenas dejar estela en la primera luz del día. Nadie se fijó en el hombre de la camioneta aparcada junto a Waterview Drive, que observaba a través de los árboles cómo el Lyman descendía por Pooles Gut y desembocaba en el río Sur.

La semirrígida era infinitamente más rápida que el Lyman, incluso con el motor fueraborda al máximo, por lo que Bennett y Scott pisaron a fondo el acelerador y se adelantaron para comprobar si había tráfico río abajo al abrirse a la inmensidad de Chesapeake. Uno de los dos mantenía siempre a la vista el Lyman y comprobaba periódicamente la pantalla del radar a diez millas de distancia para vigilar a los más pesados: los petroleros y portacontenedores que surcaban el canal en dirección a Baltimore. A continuación, volvían a la DCIA, se colocaban a popa en un violento giro que hacía volar el rocío a la luz del sol, y aceleraban a su paso, oliendo el humo de la pipa del jefe incluso a doscientos pies a popa. Es un proceso que se repetía cada vez que era necesario, sobre todo si un barco desconocido —una lancha motora, un crucero con camarote o un velero diurno que virase— parecía que iba a pasar cerca.

Sólo había una regla: la semirrígida debía alejarse al menos cien metros cuando la DCIA comenzaba a pescar. El ruido de los motores fuera borda Merc ahuyentaría a las rayas en la corriente del Golfo, por

el amor de Dios, por no hablar de Thomas Point Shoal en la desembocadura del río, o Bloody Point Bar, a cinco millas a través de la bahía, frente a la punta de la isla de Kent en la costa este. Estos dos lugares eran los favoritos de Larson: productivos y no demasiado lejos de casa. Larson ató un Slug-Go, una lombriz de plástico de cinco pulgadas de color blanco hueso con una cola aplanada que hacía que el señuelo ondulara irresistiblemente para las rayas depredadoras. Probó en el saliente rocoso que rodea el histórico faro de Thomas Point: la frívola casa hexagonal sobre pilotes con contraventanas verdes y seis hastiales, con la luz Fresnel en una cúpula con tejado de pagoda, como la guinda de un helado.

No había nadie en la cornisa; las rayas a veces se sumergen y se quedan suspendidas, alimentándose de bancos de cebo, como algunos miembros del Congreso, pensó Alex mientras recuperaba el señuelo, dejaba la caña en la cubierta de popa y trepaba por el montante del asiento delantero para sentarse al volante, algo complicado con la inclinación del Lyman. Puso en marcha el Johnson con el arrancador eléctrico, aceleró a fondo y saludó a los chicos de la semirrígida que, aburridos y soporíferos por el vaivén de las olas, no vieron al Lyman posarse en el agua y virar hacia el este para cruzar la bahía hasta Kent Island, hasta que la DCIA les dio dos cortos y un largo en la bocina. Avergonzados, escoltaron al Lyman por el canal de navegación, atentos al tráfico. Larson pudo calcular dónde estaba Bloody Point Bar orientándose entre el rompeolas del puerto deportivo de Kent Island y el malecón derrumbado de la playa de Bloody Point. Alex no perdió de vista su orientación y, a una milla de la costa, apagó el fueraborda, se colocó en la cubierta de popa, equilibrándose fácilmente contra el balanceo, e intentó unos cuantos lances con una cucharilla de plata. Bennett y Scott, en la semirrígida, se situaron a 150 metros a barlovento del pequeño Lyman, de modo que se acercarían a él en lugar de alejarse.

Un típico y mugriento barco ostrero, un "Chesapeake deadrise" —descripción de la dura quilla o ángulo del fondo construido para la estabilidad— con proa a plomo, caseta de perro delantera y larga popa abierta, estaba trabajando más cerca de la playa, arrastrando en busca de ostras. El único ostrero estaba enrollando la draga de dientes afilados que desalojaba las ostras de sus lechos y las recogía en una cesta de malla de acero junto a los bushelfuls. Bennett y Scott no sabían lo suficiente para darse cuenta de que el ostrero no estaba vaciando su draga, sino que se limitaba a lanzar hacia arriba y hacia abajo por la playa sin resultado, a unos 800 metros del Lyman. Alex Larson tampoco se dio cuenta, porque ya había enganchado un róbalo de treinta pulgadas que probablemente pesaba quince libras, y estaba decidido a traer otro. Otra cosa. Ninguno de ellos se dio cuenta de lo

que un navegante instintivo habría marcado en el cielo a última hora de la mañana: el tiempo.

Es calentada por el sol, la humedad del Golfo de México se elevaba sobre la bahía hacia la atmósfera, donde chocaba con una corriente de aire frío, extendiéndose finalmente para crear la cima de yunque de una célula tormentosa. A medida que el agua se acumulaba en la cabeza de la tormenta, empezó a llover, y las variantes de temperatura crearon cizalladuras de viento de sesenta nudos, acompañadas de truenos y relámpagos. Ni Alex Larson ni los agentes de la semirrígida se dieron cuenta de que la cabeza de tormenta se estaba convirtiendo en una clásica borrasca. El resto del cielo era azul y la superficie de la bahía estaba agitada por un ligero chop. El barco ostrero seguía sin dragar, ligeramente más cerca del Lyman. Es entonces cuando ocurrió. Desde la superficie de la bahía, las nubes negras descendentes con bandas de lluvia oblicuas fueron precedidas por una ráfaga enferma de aire caliente, seguida por la espuma blanca de la lluvia torrencial que se desplazaba por el agua como una onda expansiva visible. El primer chubasco horizontal y el viento huracanado derribaron el Lyman cuando un tremendo trueno desgarró el cielo y un rayo cayó en el agua junto al barco, rodeado de plasma verde. Larson se balanceaba precariamente sobre la lancha, que rodaba de borda a borda, mientras se ponía un chubasquero. La lluvia le picaba en la cara como agujas, y el viento demencial se metía dentro de la chaqueta hasta que pudo subir la cremallera. Dejó caer la caña sobre la cubierta y se agarró a la barandilla lateral, ensordecido por los truenos, preguntándose si el Lyman se volcaría del todo para convertirse en una tortuga. El viento amainó por un momento y luego volvió a rugir con más fuerza que antes, cambiando noventa grados, haciendo que el Lyman se volcara tanto que vertió el agua gris pizarra de una bañera. Dos más y su preciada antigüedad se hundiría. Intentó acercarse al puntal de proa para llegar al timón, arrancar el fueraborda y poner la proa contra el viento, donde se asentaría y donde su posición de proa hacia arriba permitiría que las sentinas autovaciantes sacaran el agua del mar, pero no podía soltarse. El maldito casco seguía girando, y la cara de Larson era golpeada por el rocío del mar en cada balanceo hacia abajo. Vio con asombro cómo un guante de goma salía del agua espumosa, y luego otro, para agarrarse a la barandilla lateral y tirar violentamente hacia abajo con el siguiente balanceo. Larson se inclinó tanto hacia delante que la borda le golpeó las rodillas y cayó catapultado al agua. La sal le escocía en los ojos (las gafas se le habían caído) y sintió que la ropa y las botas se le llenaban de agua, por lo que supo que tenía que quitarse las botas, quitarse el chubasquero y salir a la superficie. Bennett y Scott estarían a su lado para subirlo a la semirrígida, achicar agua del Lyman y

remolcarlo a casa. En lugar de eso, sintió que el guante de goma lo agarraba por el cuello del chubasquero, lo ponía boca abajo y empezaba a tirar de él hacia las profundidades, donde el agua estaba más fría y donde los rorcuales observaban los señuelos fluorescentes que colgaban los hombres en los botes de concha de berberecho a la luz del sol. Alex Larson no pensó en Vladimir Putin mientras se le cortaba la respiración y tragaba agua de mar.

Al igual que su protegido, los agentes de la semirrígida vieron la borrasca demasiado tarde. Observaron a unos doscientos metros de distancia cómo el Lyman era alcanzado por una cortina de lluvia que lo oscurecía por completo. Los relámpagos y los truenos eran incesantes. Scott ya había adelantado los aceleradores para acercar la semirrígida al Lyman con el fin de estabilizarla y ayudar a su jefe. Una gran ola rompió sobre el morro de la insumergible neumática, pero aun así embarcaron agua verde que cayó en cascada por la embarcación y alrededor de la consola de dirección, haciéndoles perder el equilibrio a ambos. Sin nadie al timón, la semirrígida marcó un círculo de locura en el momento en que el viento cambió noventa grados y levantó parcialmente el casco de goma, casi volcándolo en el aire y boca abajo. Ambos agentes se aferraron a las correas de los pontones mientras la semirrígida, a toda potencia, seguía golpeando las olas en salvajes y locos ochos. Bennett llegó por fin al timón, redujo la potencia e intentó orientarse. Con la lluvia torrencial y el rocío, la visibilidad era de menos de seis metros. Sin puntos de referencia ni costa visible, ambos agentes estaban desorientados y no sabían dónde estaba el barco de la DCIA. Comprobaron el radar y vieron una mancha que podría haber sido el Lyman y corrieron hacia él bajo la lluvia torrencial, pero en su lugar encontraron una boya para cangrejos que se había soltado y se balanceaba entre las olas. Seguían sin saber en qué dirección se encontraba el Lyman; era como si estuvieran en medio del océano y correr de un lado a otro podría alejarlos aún más. Al cabo de diez minutos, la borrasca pasó y, cuando las últimas gotas de agua cayeron sobre el casco de goma de la semirrígida, salió el sol. A media milla de distancia, el casco blanco del Lyman era visible a través de la niebla de agua que aún se aferraba a la superficie.

Los agentes corrieron hacia el Lyman, que seguía rodando locamente, con la caña de pescar y el carrete deslizándose por la cubierta. No hay nada tan ominoso como un barco vacío a la deriva en el agua, mudo testimonio de un alma reclamada por el mar. Mientras un frenético Bennett llamaba por radio a los guardacostas y luego a la oficina de guardia de seguridad del Cuartel General, Scott inició a toda velocidad una búsqueda cuadriculada a sotavento en busca de

cualquier señal del DCIA, que sabían que no llevaba chaleco salvavidas. Hacía aproximadamente diecinueve minutos que habían perdido de vista al Lyman, y no había ninguna otra embarcación a menos de una milla de ellos. El mal tiempo había llevado incluso al barco ostrero al puerto. Lo que siguió fueron los dos días habituales de búsquedas diurnas de los guardacostas con helicópteros y lanchas patrulleras, concentrándose en la parte baja de la bahía, basándose en la hora estimada del accidente y en la marea menguante predominante. El cuerpo de Alex Larson fue encontrado finalmente al tercer día, boca abajo en un banco de arena frente a Race Hog Point, en la isla de Pone, a unas cincuenta millas al sur de la isla de Kent. El FBI investigó el incidente junto con la Guardia Costera, y ambos concluyeron que el DCIA se había ahogado como consecuencia del accidente de navegación.

Cuando se conoció la noticia oficial del accidente, el presidente Putin, en contra del consejo de Anton Gorelikov, llamó al presidente estadounidense para expresarle sus condolencias por la pérdida de un profesional entregado, un servidor público comprometido y un hombre de honor. La mordacidad eslava de los comentarios de Putin no fue percibida por Potus, que ya estaba considerando candidatos para cubrir el puesto en la DCIA. Como Gorelikov había predicho con clarividencia, el VADM Rowland estaba en la lista de candidatos a la DCIA del presidente. Tanto adular la vanidad de Potus había dado sus frutos. Era una persona de fuera, una mujer inteligente y alguien que creía en las soluciones diplomáticas con los socios de la coalición, en lugar de recurrir al conflicto armado a la primera de cambio. Esperaba que el almirante Rowland continuara con las reformas de la CIA en materia de diversidad, cuotas de ascenso y, francamente, menos trucos sucios que sólo servían para enemistarse con gobiernos extranjeros.

En Langley, las ramas pertinentes de la Dirección de Operaciones encargaron a fuentes rusas y contraterroristas que determinaran si había algún complot conocido para perjudicar al Director. Ni siquiera DIVA había oído nada en el Kremlin, y envió sus condolencias a través de un oficial de la Estación de Moscú a Benford, que estaba inconsolable.

Simon confió a Forsyth que sospechaba que los rusos habían urdido el accidente del barco, que no era ni más ni menos que un asesinato político ordenado por Putin. Benford convocó a Hearsey para preguntarle por drones de corto alcance que pudieran equiparse con una carga explosiva, o compuestos biológicos aerosolizados, o incluso con un solo cohete de 2,75 pulgadas. Tal vez un operador infiltrado podría volar un dron lo suficientemente cerca como para pillar a Putin fuera durante una jornada de pesca o caza y vengarse de la DCIA. Hearsey miró al suelo sin decir nada hasta que Forsyth le dijo

a Benford que dejara de alucinar y se concentrara en su problema más inmediato: examinar a los tres candidatos designados por la Casa Blanca para la DCIA, un triunvirato de iniciados progresistas de Washington, ninguno de los cuales tenía buena disposición hacia la Agencia.

—Quizá deberíamos reconsiderar esos drones —dijo Hearsey, saliendo por la puerta.

Tres nadadores de combate del Grupo 3 de Spetsnaz Vympel —una unidad con base en Moscú y normalmente utilizada por el SVR para ejecutar delicadas misiones de trabajo en el extranjero (palizas, secuestros y asesinatos)— no fueron devueltos a su unidad tras una misión especial no especificada, sino que fueron reasignados a una unidad de infantería naval en la base naval Bolshaya Lopatka de la Flota del Norte, por encima del Círculo Polar Ártico, en la península de Kola, setenta kilómetros al este de la franja de la frontera norte de Noruega con Rusia. Los tres agentes tenían privilegios en el economato de oficiales de la base y pases de fin de semana a Murmansk una vez al mes. Sabían lo suficiente como para no mencionar nunca la bahía de Chesapeake, sobre todo desde que un dandi con barba de chivo del Kremlin les había advertido de las consecuencias de una indiscreción. No tenían ningún deseo de ser residentes de Upravlenie solovetskogo y Karelo-Murmanskikh ITL, la Dirección de los Campos de Solovki y Karelia-Murmansk, antaño Gulags llenados por Stalin, pero ahora lúgubres prisiones de distrito modernas, aunque con la fontanería original de 1935.

LUBINA RAYADA A LA FIORENTINA

Saltear los filetes de pescado en mantequilla y aceite hasta que estén dorados. Reservar. En una cacerola, saltear los tomates pelados enteros, las anchoas, el ajo picado, el cilantro picado, las alcaparras, un chorrito de vinagre balsámico y las patatas cortadas en rodajas finas hasta que las patatas estén blandas y la salsa espese. Sirva el pescado sobre un lecho de salsa.

12

Mérito a la Patria

LA MUERTE por ahogamiento del agente de la DCIA Alex Larson devastó a la plantilla de la CIA, y la asistencia de empleados silenciosos y entumecidos al servicio ante el muro conmemorativo de estrellas cinceladas en el mármol, que representaban a los agentes de la CIA perdidos en acto de servicio, fue tan numerosa que el vestíbulo principal se desbordó y cientos de asistentes tuvieron que verlo en pantallas de circuito cerrado instaladas en la cafetería. Simon Benford estaba convencido de que el Kremlin había planeado la muerte de la DCIA, y siguió encargando a los servicios operativos que investigaran los activos en busca de cualquier indicio de complicidad rusa en el asunto.

La impactante pérdida de la DCIA se vio agravada por otra catástrofe: las repentinas e inexplicables detenciones dentro de la red de espionaje COPPERFIN. Una veintena de ingenieros de diseño contratados en el consorcio aeroespacial OAK fueron detenidos repentinamente por el FSB, y se estaban celebrando interrogatorios las veinticuatro horas del día en un intento de identificar a otros miembros de la red. Sólo dos activos continuaron informando esporádicamente, y sus mensajes eran de pánico y apenas coherentes. Los correos de COPPERFIN lograron exfiltrar a un puñado de agentes —en un caso, a toda una familia—, pero otros tantos fueron capturados y detenidos en la frontera. En el último recuento, al menos doce fuentes no respondieron a las señales de "señal de vida" y estaban en paradero desconocido. Benford sabía muy bien que éste era el peor de los casos en el funcionamiento de una gran red: el inexorable desenmarañamiento, los continuos interrogatorios, los desesperados intentos de fuga, las detenciones y, en última instancia, los triunfantes comunicados de prensa del Kremlin.

Benford sabía que el desmoronamiento de COPPERFIN era obra de MAGNIT. Pero basándose en la caótica actuación de contraespionaje del FSB —estaban desmontando la red a trompicones, en lugar de hacer una redada completa—, Benford estaba convencido de que el topo no tenía acceso directo a COPPERFIN y que se había enterado de la red de forma incompleta y fortuita. En el léxico de los espías, MAGNIT había —vacuado— la información: una conversación oída por casualidad, un chisme susurrado, un aparte destemplado, el contenido de una bandeja de entrada leída al revés. Una recopilación inesperada que no podía implicar al topo y dejaba al FSB vía libre para actuar con decisión. Ninguna lista BIGOT, por lo tanto, podría ser

utilizada para hacer salir al traidor.

—Es que no se puede anunciar, ni llevar a los sospechosos a interrogatorios, ni empezar inmediatamente a revisar cien mil expedientes informatizados de personal, ni pinchar los teléfonos y ordenadores de posibles candidatos sin autorizaciones y órdenes judiciales. Y no se puede informar a un grupo de FEEB, cuya reacción inmediata es subirse a un Crown Vic negro y entrevistar a los sospechosos en su casa, preguntándoles directamente si están cooperando o han cooperado alguna vez con una potencia extranjera. Es un delito mentir al FBI, después de todo. El efecto acumulativo de sus seducciones, por supuesto, es alertar al topo, que se marcha al monte, lo que le proporciona un visado de residencia permanente del Ministerio de Asuntos Exteriores ruso y un apartamento en un rascacielos del distrito de Babushinsky, proporcionado por el FSB, desde cuya comodidad el traidor puede escuchar cada sábado por la noche a sus vecinos follando a través de la pared de tablas de madera.

—Ahora tenemos un nuevo problema,— dijo Forsyth. —Parece que MAGNIT se está moviendo un poco más. Se está enterando de secretos como COPPERFIN. Está desapareciendo en la carpintería.

—Es un maldito cactus en llamas—dijo Gable. —La clave es el maldito cañón de riel. Domi me dijo que MAGNIT lleva diez o doce años en el arnés. Esa tiene que ser la clave; ¿quién lleva tanto tiempo en el proyecto del railgun?—.

Benford giró en su silla. —Estamos investigando todos los combos, pero podría ser alguien que trabajara antes en ese proyecto, pero ya no. DIVA informó de que MAGNIT va a ascender a un puesto político. Eso amplía el campo.—

—Ok,— dijo Gable. —Pero Domi mencionó que ese tipo de pantalones elegantes en el Kremlin quiere manejar a MAGNIT únicamente por el ilegal de Nueva York, y quitarle el caso a los bobos del GRU. Con tantas luchas internas, Domi podría eventualmente descubrir el verdadero nombre de MAGNIT en una lista restringida.

—No podemos esperar tanto,— dijo Benford. —Tenemos una hemorragia de secretos.

—Puede que no tengamos que hacerlo. Hay mucha intriga pasando en el Kremlin,— dijo Forsyth. —No como los años en que Brézhnev se cagó en los pañales y le sujetaron para firmar el tratado de desarme. DIVA dice que Gorelikov dirige su propia tienda, es leal a Putin, pero hace las cosas a su manera. Está apuntando al GRU. DIVA está madura para la promoción. Va a conseguir ese nombre. —Benford sacudió la cabeza dubitativo.

—Territorio peligroso para nuestra chica con todas estas tramas —dijo Gable—Tenemos que vigilarla. Últimamente está un poco nerviosa, temperamental. Necesita un equipo SRAC de repuesto lo

antes posible.

Benford gimió al oír eso. —No hay SRAC de repuesto. Nuestros inescrutables colegas de Operaciones de China solicitaron y recibieron los dos últimos sistemas disponibles, que ya están esclavizados a satélites en órbita geosíncronica para cubrir el teatro asiático. No quisieron renunciar a ninguno de los dos. Su negativa fue educada pero implacable, lo que creo que demuestra una vez más mi afirmación de que las oficinas operativas adquieren las características culturales de sus países de destino. Bastante inescrutable.

—La despensa del SRAC está ahora oficialmente vacía. La última vez que esto ocurrió, la Casa Blanca de Carter sugirió que usáramos radio HF y código Morse. El Director en funciones acaba de ordenar que se suspenda la I+D para la próxima generación de SRAC. Quiere desviar el presupuesto tecnológico para lanzar satélites que calibren el calentamiento global. Órdenes del NSC.

—¿Me estás jodiendo? ¿Dejar activos internos sin covcom?— dijo Gable.

Benford se pasó los dedos por el pelo, ya anárquico. —Estoy lanzando ataques histriónicos en cada reunión de liderazgo, pero los burócratas están impasibles y singularmente centrados en el cambio de un grado Fahrenheit en la temperatura global desde Carlomagno. Hearsey se está devanando los sesos para improvisar algún tipo de equipo de señalización de emergencia, pero a día de hoy no tenemos nada para ella.

—De momento tendremos que confiar en los encuentros personales —dijo Benford, con su cara de febrero. Todos los presentes en el espacio sabían que cada vez que la estación de Moscú —o cualquier estación de la zona denegada— intentaba un encuentro personal, la probabilidad de un colapso catastrófico (y la pérdida del agente) se elevaba al 90 por ciento. La vigilancia de la oposición sólo tenía que acertar una vez, y su agente estaba muerto. Rusia, China, Cuba, Corea del Norte, daba igual.

—El contacto personal con Domi será dentro de tres días —dijo Gable—¿Tienen un buen operador para conocer a nuestra chica?

—Un oficial de caso llamado Ricky Walters,— dijo Benford, leyendo un cable de la estación de Moscú. —Lo investigué. Bueno en la calle, hielo para los nervios, le gustan las damas, pero sin problemas de cremallera en Rusia. Parece Ok.

Gable gruñó. —En su actual estado de cabreo, no va a ser feliz sin covcom. Espero que no intente ponerse descarado con ella,— dijo. —Empezará su SDR de vuelta con una patada en los huevos. Ella no necesita otro Romeo. Es que Nash ya la está cabreando bastante.

—Dime que todavía no es un problema, Nash y DIVA,— dijo Forsyth.

—Están jodidamente enamorados,— dijo Gable, levantando las manos. —Lo sé, lo sé, pero si despides a Nash, Domi podría abandonarnos de plano; últimamente está en ese estado de ánimo. Así que dime qué es peor, si los golpes en la barriga o que ella renuncie.

—Podemos ser capaces de poner un poco de espacio entre los vientres golpeando, — dijo Benford. —Los australianos están preparando una fiesta en Hong Kong y creen que podrían necesitar un ruso. Si enviamos a Nash lo mantendremos alejado de ella durante un tiempo. Sólo podemos esperar que una separación prolongada provoque la atrofia de la libido de uno o de ambos. — Nadie se rió.

—Cristo, ¿hay alguna buena noticia? ¿Qué pasa con ese ilegal en Nueva York?— dijo Forsyth.

—Todo está hecho,— dijo Gable. —Hearsey roció el teléfono y lo envolvimos para que Domi cargara el muerto en un pequeño y loco cementerio judío de 1805 en la calle Once Oeste del Village. Treinta lápidas cubiertas de musgo en un pequeño triángulo de tierra detrás de una pared desconchada. Es un lugar por el que pasas todo el día sin verlo. Ella puso el paquete detrás de la lápida central de tres contra la pared de ladrillo; se inclina hacia adelante, por lo que metió el paquete hasta abajo. Lo dejamos solo, con muchas ventanas de apartamentos alrededor. Esa chica podría estar viendo la caída.

—Le daremos algo de tiempo, para aislar a DIVA, y luego iremos a Nueva York con cincuenta linternas ultravioleta y nos embolsaremos un ilegal —dijo Benford—.

Después de Nueva York —incluida Staten Island—, Dominika sintió la energía, la prosperidad y la libertad de Estados Unidos, y regresó a Moscú, que, en comparación, ahora le parecía perezosa, gris y triste. De vuelta en su despacho, atacó su buzón de entrada y leyó las novedades del SVR sobre contrainteligencia global. Los rezidenturi de ultramar informaron de tres reclutamientos distintos: en Venezuela, Indonesia y España. La Agencia de Inteligencia de Señales, la FAO, había desarrollado el acceso a un canal cifrado de comunicaciones militares en el Báltico. La rezidentura en Washington, DC, informó del comienzo de un discreto contacto de desarrollo entre un oficial de inteligencia del SVR que operaba bajo tapadera no oficial de negocios y una congresista de California. La legisladora se mostraba proclive a un lucrativo contrato de consultoría sobre política de desarrollo internacional y ayuda exterior multilateral. El Rezident de Washington predijo con cautela que una eventual contratación se basaría en el dinero —la representante había estado implicada anteriormente en un escándalo bancario de la Cámara de Representantes relacionado con el robo de cheques— y se la juzgaba corrupta y venal.

Se trataba de importantes datos de inteligencia, pero no podía

informar de ellos a Langley por falta de un equipo SRAC operativo. El fin de semana anterior, había enterrado el equipo SRAC dañado en la pelea con los matones callejeros en un agujero en el Parque Vorontsovsky, a diez kilómetros de la carretera de circunvalación al sureste de Moscú, en los terrenos boscosos de la abandonada mansión neorrenacentista del siglo XVIII Vorontsov-Dashkov. Es de esperar que pasen décadas antes de que las excavaciones de los rascacielos que se extienden inexorablemente desde Moscú lleguen hasta aquí, y para entonces la ciudad podría haberse rebautizado como Putingrado, con zombis sin hogar vagando por los suburbios distópicos. Para entonces esperaba estar tumbada en una terraza bañada por el sol en algún lugar tropical, bebiendo ron mientras Nate se pintaba las uñas de los pies de rosa isla y, tal vez, soñaba, con una niña a sus pies parloteando con sus muñecas en ruso e inglés. ¿Serían mis hijos sinestésicos? ¿Qué diría Nate después de tantos años guardando el secreto? ¿Seríamos felices juntos? ¿Es posible?

Es más, Dominika imprimió minuciosamente su informe a lápiz en las dos caras de dos hojas de papel hidrosoluble —que se deshacía al instante en contacto con el líquido— y enrolló las hojas en un tubo apretado. Desenroscó el fondo de un tosco termo ruso de la marca Pukat y deslizó el papel en el estrecho espacio entre la cámara de vacío interior de cristal y la caja exterior de plástico. En caso de emergencia, arrojar o golpear el termo contra una superficie dura haría añicos la cámara de cristal interior, inundando el espacio entre la carcasa exterior y haciendo que el papel adquiriera la consistencia de ovsyanaya kasha, avena rusa. Si tenías que utilizar este dispositivo de destrucción prehistórico (Nate se lo había enseñado en Finlandia), probablemente ya te paraban en la barricada a punto de echarte a la calle, pero era eficaz. La reunión personal era dentro de dos días, y rezaba para que enviaran a alguien inteligente. Es fantaseaba con que sería Nate saliendo de las sombras para envolverla y besarla para siempre en el bosque envuelto en niebla.

Luego, la inevitable llamada cortesana de Gorelikov, bienvenida de vuelta, enhorabuena por el encuentro con SUSAN, y el presidente los vería esta tarde en su residencia de Novo-Ogaryovo, a las afueras de Moscú, en el distrito de Odintsovo, en la carretera Rublyovo-Uspenskoye. La mansión amarilla, enclavada entre pinos, con su fachada clásica de picos y cuatro columnas corintias, parecía pequeña y modesta en comparación con los regios apartamentos del Kremlin. Les hicieron pasar a un salón de color azul pálido con cortinas de raso color melocotón, se sentaron ante una pequeña mesa antigua y escucharon el tic-tac de un reloj en una librería esquinera al otro lado del espacio. Anton Gorelikov iba tan elegante como de costumbre, con un traje oscuro a medida y una camisa de rayas almidonadas. En las

mangas lucía unos delicados gemelos de cerámica en azul y verde. La aureola azul que rodeaba su cabeza y sus hombros era como una diadema y brillaba de júbilo.

Les sirvieron té en elegantes vasos podstakanniki con el águila bicéfala de la nueva Federación Rusa, irónicamente similar a la antigua águila imperial de los Romanov y el zar. Plus ça change, plus c'est la même chose, pensó Dominika, Cuanto más cambian las cosas, más permanecen igual. Un joven ayudante vestido con un traje azul claro estaba de pie contra la pared, cerca de la puerta, mezclándose inquietantemente con el revestimiento azul como un lagarto de la selva tropical adaptado al color, de modo que sólo se veía su cara, que parecía flotar en el aire. Dominika reflexionó que las cabezas sin cuerpo flotando en el aire parecían normales en una residencia Putin.

El pequeño reloj de oro y ormolina dio las once campanadas, y en ese instante se abrió la puerta y entró el presidente. ¿Cómo lo hace? pensó Dominika. ¿Estaba fuera de la puerta, con la mano en el pomo, esperando a que sonara ese reloj infernal? ¿O es que el reloj estaba conectado a una fuente de energía invisible y sonaba cuando entraba el presidente?

Vladimir Putin vestía, como siempre, traje azul marino, camisa blanca y su característica corbata aguamarina. Su halo azul también vibraba de energía. ¿Y por qué no? Había consolidado su dominio sobre Crimea y asegurado su base naval del Mar Negro; la retaguardia en el este de Ucrania mantenía a Kiev fuera de balance; las alianzas con Damasco y Teherán estaban dando dividendos políticos, y era un jugador importante una vez más en el Gran Juego. Petróleo. Municiones. Uranio (ROSATOM llegó a poseer el 20% del uranio extraído en Estados Unidos). Y había más.

Activniye meropriyatiya. Medidas activas, subversión política, propaganda, manipulación de los medios de comunicación, falsificaciones y asesinatos. Las campañas de Gorelikov en Europa y Estados Unidos hacían temblar los árboles de la OTAN, la UE y esos capullos advenedizos del Báltico. Ese maníaco de Kadyrov mantenía Chechenia tranquila, y su propio índice de aprobación nacional presidencial se mantenía estable en el 85%. Gorelikov estaba concibiendo un nuevo caos, y Egorova era un nuevo talento, una mano firme en el campo. El presidente se preguntó cómo de firme sería su mano en la cama. Lo había comprobado: sin marido ni pareja, ex Gorrión y experta en trampas de miel. Estaba seguro de que Egorova entraría en sus planes, sobre todo por su regalo de hoy. El presidente saludó con la cabeza a Gorelikov y Dominika, y se sentó. Un ayudante puso una caja cuadrada de terciopelo sobre la mesa, delante del presidente, y leyó en una hoja de papel.

—Medalla ordenia "Za zaslugi pered Otetchestvom" I Stepeni,—

bramó. —Medalla de la Orden "al Mérito a la Patria", de primera clase. Concedida a ciudadanos de la Federación Rusa por logros sobresalientes en diversos campos de la industria, la construcción, la ciencia, la educación, la sanidad, la cultura, el transporte y otras áreas de trabajo.— Otras áreas de trabajo, pensó Dominika.

El presidente abrió la caja de terciopelo y se puso en pie. Dominika y Gorelikov también se pusieron en pie, y Putin entregó la caja a Gorelikov. Sobre un lecho de satén azul había una cinta almidonada de color clarete con un medallón de oro colgante labrado con la omnipresente doble águila. Orden al Mérito de la Patria. Putin se acercó y prendió en la solapa del traje de Gorelikov una pequeña cinta roja dividida por una única franja amarilla. Gorelikov hizo una leve reverencia y estrechó la mano del presidente. El ayudante se acercó discretamente, cogió la caja de terciopelo, cerró suavemente la tapa y salió del espacio. Al tratarse de condecoraciones por misiones clandestinas, la medalla se guardaría en el Kremlin y Gorelikov no podría colgarla en su despacho ni llevársela a casa. Lo único que podía hacer era tocar la escarapela que llevaba en la solapa y deleitarse con su logro.

—La planificación de la operación Repina fue impecable, su ejecución precisa y los resultados muy satisfactorios"—dijo Putin. Gorelikov volvió a inclinarse ligeramente.

—Gracias, señor Presidente —dijo. La mente de Dominika daba vueltas. ¿La operación Repina? ¿De qué se trata? ¿Fue agredida? ¿O simplemente incriminada en algún falso escándalo? Entonces lo supo. Blokhin. Por eso vino a Nueva York. Repina estaba haciendo demasiado ruido, recaudando demasiado dinero, y atrayendo demasiada atención. Ella se fue.

Fue un shock aplastante, enterarse dos días después del acto. Había estado de viaje todo el día siguiente y no había visto ninguna noticia; quizá las autoridades de Nueva York habían retenido la noticia del asesinato durante un día. Y no era ningún misterio que el asesinato no se mencionara en los resúmenes de noticias del SVR apilados en su buzón de entrada de la Línea KR. ¿Qué iban a decir? ¿Informamos de la desafortunada muerte de la activista Daria Repina, que falleció por causas no especificadas en Nueva York, exponiendo una vez más la violencia descontrolada en las ciudades estadounidenses y la anarquía inherente a la cultura estadounidense? La noticia no tardaría en llegar a Moscú, pero el control de Putin sobre Internet y la televisión distorsionaría la información y la milicia moscovita dispersaría a los dolientes antes de que pudieran organizarse manifestaciones serias, mientras Putin pedía santurronamente falsas investigaciones.

Dominika se balanceaba sobre sus pies, diciéndose a sí misma que

debía mantener el control, permanecer impasible. Se sintió mareada y se pellizcó la muñeca para despejarse. No tenía por qué aplaudir servilmente ese tipo de asesinatos, pero tampoco podía mostrar repugnancia, lo que se consideraría una debilidad fatal. Gorelikov volvió a hablar y Dominika se obligó a concentrarse. Habían matado a Repina.

—Debo destacar que la actuación de la coronel Egorova en apoyo de la operación MAGNIT fue brillante. Sin su perspicacia operativa no nos estaríamos felicitando. Dominika sólo podía ver el cuerpo larguirucho de Daria Repina en el escenario, paseándose de un lado a otro, quejándose internamente de aquel hombre con una sonrisa irónica de satisfacción en la cara que estaba a un metro de ella.

—Soy consciente de la actuación y la contribución de la coronel Egorova —dijo Putin—Su diligencia es una constante afirmación de mi decisión de nombrarla Jefa de Contrainteligencia en el SVR. Estoy seguro de que llegará a ser Directora del Servicio —Miró disimuladamente a Dominika, juzgando su reacción al saber que un día sería Directora. Ella asintió con la cabeza en señal de agradecimiento. Cabrón. Putin estaba contento. Gorelikov estaba contento. Benford estaría encantado.

—Gracias, señor Presidente —dijo Dominika, luchando por disimular su rabia—, intentaré seguir siendo digna de su confianza. —Intentaré seguir siendo digna de su confianza.— Semejante paparruchada verbal, pensó Dominika, la versión rusa de los perros pequeños que se echan al suelo en presencia de un perro alfa. Pero zlodey, hellkite, no sabes que estoy dentro de tu casa para derribarla, para librar a la Rodina de ti. ¿Qué piensas de eso? ¿Puedes leer mis pensamientos?

Como si lo hubiera oído, Putin le dedicó su característica sonrisa acuosa, como astillas de hielo en cerveza caliente. —He designado una dacha en el complejo del cabo Idokopas para tu uso exclusivo. El tiempo en la costa es templado hasta bien entrado octubre.

Su furia la pilló desprevenida. Es algo. Mientras Dominika volvía a dar las gracias al presidente, calculaba furiosamente. Una gosdacha, abreviatura de gosudarstvennaya dacha, era una casa de vacaciones propiedad del Estado en un lago o río, o en el fresco bosque de pinos, que se entregaba a los funcionarios para recompensar su diligencia, productividad o lealtad. Sin embargo, esta dacha en concreto era algo más que una casita de tres habitaciones con tablones de abedul y un espacio ajardinado a las afueras de Nizhni Nóvgorod. Se trataba de una de las lujosas villas de hormigón de la ladera del complejo de setenta hectáreas de Putin en la costa del Mar Negro, en el boscoso cabo Idokopas. Se decía que la residencia presidencial, un castillo a la italiana tan grande como el palacio de Buckingham, costaba mil

millones de dólares. Recibir una dacha de este tipo en este complejo concreto significaba patrocinio a gran escala.

Dominika sabía que todo esto era una telaraña pegajosa. La medalla de Gorelikov le fue entregada hoy con su regalo por dos razones: Putin estaba estableciendo que Gorelikov era mayor, y que los hombres daban medallas importantes a otros hombres, un recordatorio eslavo de su género subordinado. Todo el mundo sabía que el presidente prefería la compañía de los hombres —los siloviki eran sólo hombres—, pero Egorova estaba a punto de convertirse en una posible infiltrada. La segunda razón era que se trataba de una medalla por eliminar a un disidente, una mirada al interior del horno. Mata cómo te ordeno y serás recompensado. Es otro matiz: aunque se trataba de una generosa recompensa, la villa conllevaba la insinuación de instalar a la amante en su propia residencia, conectada a la mansión del amo por un camino secreto ajardinado. Como levsha zhena, la esposa de la mano izquierda, se espera que esté lista para el zar, bañada y perfumada, sobre almohadas de satén, con su fruta rubí húmeda e hinchada, esperando el discreto arañazo en la puerta del jardín, de día o de noche.

Esperaba que fuera su mano izquierda. Dominika se tragó la rabia familiar en sus entrañas que se unió a la angustia en su corazón por Repina. Todas las villas y todos los lazos del mundo no podían aminorar lo que este pequeño y extraño intrigante rubio estaba haciendo a su Rusia mientras los ciudadanos esperaban sus cheques de pensiones atrasados para comprar pan. Putin y su círculo íntimo —¿esto me incluye a mí, soy ahora una silovik, se preguntaba Dominika, como receptora de una dacha de lujo?— habían matado de hambre al país. Y no hay final a la vista, pensó, para esta corrupción, y no hay final a la vista para mi vida como espía. Se preguntó si el general Korchnoi se habría sentido igual, comprometido con este trabajo mortalmente peligroso, extrañamente alimentado por la adrenalina de medianoche, pero atrapado sin salida. Dios, cómo necesitaba a Nate ahora mismo.

Todo esto pasó por su mente en un segundo. Putin estaba diciendo algo y ella se esforzó por concentrarse.

—Ahora debemos esperar a que la fortuna sonría a MAGNIT —dijo Putin—Mientras tanto, coronel, quiero que renueve la relación de enlace con el general chino del SMS; ¿cómo se llama?

—General Sun,— dijo Dominika.

—Dice que su servicio tiene un problema de contraespionaje y quieren nuestra ayuda. No me fío nada de ellos. A ver qué tiene bajo las uñas y qué quiere de nosotros. No necesitamos sorpresas de Pekín. Men'she znayesh', krepche spish',— decía el presidente. —Cuanto menos sepas, más profundamente dormirás.

—Sí, señor presidente,— dijo Dominika.

—Y ahora a comer,— dijo Putin. Los condujo por un pasillo con suelo de parqué y paredes blancas decoradas con pan de oro hasta una amplia y soleada terraza rodeada por una pesada balaustrada blanca. En el centro de la terraza, bajo un dosel ondeante, había una mesa para tres personas, con cristal brillante y elegantes platos con bordes azules y dorados. En cada plato había una cazuela envuelta en un nido de lino níveo. Dominika podía oler el aroma celestial de la carne de cangrejo y la salsa imperial. Las tapas estaban doradas y la salsa aún burbujeaba en los bordes.

—Cangrejo Imperial,— dijo Gorelikov. —Maravilloso. Lo comíamos en Odessa cuando éramos estudiantes.

—Pruebe un tenedor y vea si esto no es mejor —dijo Putin. La delicada carne de cangrejo se deshizo en la boca de Dominika. Un Vernaccia helado era el vino perfecto, y ella aceptó una segunda copa. Pero la imagen de Daria Repina flotó ante ella: el sol se fue detrás de una nube, y la picante salsa Imperial en su boca se convirtió en cobre.

Dominika añadiría esta noticia sobre el asesinato a su termo de ocultación para la reunión personal de mañana, pero ocultaría el nombre de Blokhin. Era suyo, y juró matar ella misma al sargento Iosip Blokhin algún día.

—¿No te dije que el presidente te había echado el ojo?— dijo Gorelikov en el coche oficial de regreso a Moscú.

Dominika sonrió. —Es todo un honor. Es increíble,— dijo Dominika. —Gorelikov se inclinó amablemente.

—Me sorprendió un poco lo de Repina—dijo Dominika. —¿Qué pasó en realidad? Podrías habérmelo dicho, Anton, ya que había quedado con SUSAN.

—Repina estaba empezando a avergonzar a la Federación Rusa, al pueblo ruso y al presidente —dijo Gorelikov—Antes enviamos emisarios solicitando discretamente que moderara sus actividades y manifiestos. Ella prefirió ignorar esas peticiones.

—¿Así que Blokhin fue asignado para eliminarla? ¿En América, en el centro de Nueva York? ¿Qué hubiera pasado si hubiera habido un percance? Esto es mala seguridad operacional. Deberían haberme avisado. De verdad. —Gorelikov dio unas palmaditas con la mano en el reposabrazos central.

—Shlykov garantizó que rara vez hay contratiempos cuando se asigna una misión a Blokhin —dijo Gorelikov—Además, no quería cargarte con el conocimiento previo de la acción inminente. Parece disgustado por el trato con Repina — dijo. Pisa suavemente, pero muestra un poco de bandera, pensó Dominika.

—Tengo poca simpatía por los ciudadanos que dañan a nuestro

país,— mintió Dominika. —Pero te diré algo, Anton. Si hubiera sabido del plan para asesinar a Repina, habría intentado desbaratar el complot. Rusia es hábil e ingeniosa para lograr sus objetivos —y nadie más que el propio presidente—, pero destruir a los disidentes mancilla a la Federación y los convierte en mártires duraderos. Debemos abandonar los viejos métodos.

Gorelikov la miró, luego se volvió para mirar por la ventanilla del coche. —Estoy de acuerdo contigo —susurró—, pero el presidente sabe lo que piensa y tiene la experiencia necesaria. Le he comentado exactamente lo que acabas de decir, y se da cuenta del coste y está dispuesto a pagarlo. Kak auknetsya, tak I otkliknetsya, lo que grites en el bosque, el eco volverá a ti.

Al día siguiente, Gorelikov convocó a Dominika en el Kremlin, aparentemente para asistir a una reunión del Consejo de Seguridad, pero en realidad para presentarla a los hombres más poderosos del reino. Estos siloviki podían ser aliados potenciales o, si sus intereses divergían, adversarios letales. Obviamente, todos respetaban a Gorelikov y se preguntaban si Dominika era algo más que una estrella emergente del SVR o simplemente la nueva sirvienta del presidente. Todos bajaban la mirada para evaluar su prominente delantera, hoy enfundada en un vestido negro de punto de lana que acentuaba sus curvas. Primero estaba Nikolai Patrushev, antiguo director del FSB, ahora influyente secretario del Consejo de Seguridad, con el pelo ralo, el rostro delineado y estrecho, un tajo en la boca y la nariz aguileña de un cosaco, todo ello iluminado por un halo amarillo de astucia y desconfianza. Fue mínimamente cortés antes de darse la vuelta. Peligroso.

Luego Alexander Bortnikov, con el sorprendente halo cerúleo, fuerte y constante, que sugería raciocinio y consideración. El director del FSB tenía sesenta y cinco años, era delgado y más bajo que Dominika. Tenía la frente alta y ancha y unos sorprendentes ojos azul grisáceo que se arrugaban en las comisuras cada vez que sonreía. Tenía un gran lunar en la mejilla izquierda y una nariz carnosa, un indicio de la rapaz que había en él. Dominika sabía que era ingeniero de formación, y se susurraba que había sido él quien dirigió la operación del FSB en Londres para rociar el té de la tarde del disidente Litvinenko, antiguo oficial del KGB, con suficiente Polonio 210 letal como para calentar un bloque de apartamentos en Voronezh durante un mes. Dominika sabía que Bortnikov sería sabio, astuto, precavido y astuto, y que también sería su homólogo en el servicio de seguridad interna si Dominika recibía la Dirección y la cartera de inteligencia exterior del SVR. Decidió entablar buenas relaciones con él.

Por último estaba Igor Korobov, teniente general de las fuerzas aéreas y jefe del GRU, impecablemente uniformado, con la cabeza afeitada, ojos azules como el acero y el aura verde de la inquietud profesional de ser jefe de inteligencia militar en un club de antiguos compañeros del KGB. El mayor Shlykov revoloteaba detrás de Korobov, sin duda ganándose su favor amasando periódicamente las nalgas de su jefe. Korobov asintió rígidamente a Dominika, pero Shlykov la ignoró. Intentaste torpedearme en Nueva York, cabrón, pensó. Peor aún, me echaste encima a Blokhin, que me habría abandonado en un callejón después de eliminar a Repina, si hubiera tenido la oportunidad. Midió los centímetros de su cara sonriente.

Gorelikov se interpuso entre ellos antes de que Dominika pudiera meter la uña del pulgar en el ojo de Shlykov y le susurró que tomara asiento contra la pared detrás de él, mientras Putin daba la orden al Consejo. Durante las dos horas siguientes, absolutamente irreales, el Consejo debatió la Operación OBVAL (Deslizamiento de tierras), concebida, perfeccionada, planificada y propuesta por Shlykov, que garantizaba el éxito y unos resultados asombrosos. La acción encubierta, mediante la cual se pasarían de contrabando armas y explosivos rusos a los separatistas guerrilleros kurdos para utilizarlos en atentados terroristas en Estambul con el fin de desestabilizar Turquía, era una medida activa masiva en el extremo de la escala. Gorelikov y Bortnikov se opusieron al plan, señalando ambos que el aspecto militar era excepcionalmente arriesgado y que semejante operación de suministro de armas a los rebeldes era ridículamente primitiva para los soviéticos de los años sesenta. Es, según Bortnikov, una aventura temeraria, sobre todo en Turquía, con sus vigilantes y agresivos servicios policiales y de seguridad. El teniente general Korobov no estaba de acuerdo, decía que esta insurgencia desestabilizaría el flanco sur de la OTAN, un tema que él sabía, todos ellos lo sabían, que se ganaría el favor del presidente. ¿En qué dirección iría?

Dominika vio que Putin la miraba a lo largo de la mesa de la cámara. ¿Qué iba a hacer ella si la Polilla Pálida (uno de los antiguos apodos del presidente en el KGB) intentaba levantar una pierna sobre ella una noche en su lujosa dacha?

Es lo que ocurrió. Gorelikov se inclinó hacia ella y le susurró: —¿Qué te parece?

—Sí, coronel,— dijo Putin desde la cabecera de la mesa. —¿Qué le parece OBVAL?— Veinte rostros se volvieron para mirarla. Bozhe moy, madre de Dios, pensó.

Miró alrededor de la mesa y luego directamente a Shlykov, sentado detrás de su jefe. —Strich porosenk,— dijo. —Como esquilar un cerdo: mucha gritería pero muy poca lana. Uno que Turquía y

Estados Unidos contrarrestan con facilidad, sobre todo cuando alerto a Benford. Hubo carcajadas alrededor de la mesa y el astuto Bortnikov, del FSB, la evaluó de nuevo. Gorelikov estaba encantado. El contingente del GRU se sentó hoscamente. Putin se sentó con las manos cruzadas, impasible.

Dominika se dio cuenta de que estaba siendo arrastrada a su primera intriga en el Kremlin. Gorelikov pretendía usurpar el caso MAGNIT, y había que apartar a Shlykov. Para empezar, había que desacreditar su plan paramilitar en Estambul. Dominika estudió al patricio Anton, vio el pulso de su halo azul y leyó su mente. ¿Por qué meterla en esto? Porque como jefa de contraespionaje de la línea KR, Dominika podía criticar de forma creíble la destreza, la planificación operativa y el juicio de Shlykov si había algún problema. Gorelikov sabía que Dominika se alinearía de su lado: sabía que la actitud grosera y desdeñosa de Shlykov lo había convertido en un oponente... oh, así de rápido se trazaban los bandos en estos pasillos enjoyados. Aliados, competidores, intereses propios, rencores personales, trampas profesionales y enemistades sangrientas: así era el mosaico político del Kremlin.

—Dominika preguntó a Gorelikov cuando se quedaron a solas. Ella se reuniría con Ri dentro de diez días. Ioana ya estaba en Viena, preparando la casa de campo del Danubio. Dominika recordó a Gorelikov que tendrían que dar prioridad a los casos, con la esperanza de sonsacar un nombre para MAGNIT, pero Anton se mostró cauto.

—Nadie sabe nada de MAGNIT, aparte del GRU, y no vamos a difundirlo, todavía no, sobre todo después de los últimos acontecimientos. A su debido tiempo, se informará a algunos miembros del Consejo de Seguridad, pero no a todos.

—¿Qué acontecimientos?

—Recibimos un informe de SUSAN anoche. MAGNIT está siendo considerado por el presidente de EEUU para formar parte de su administración. Nada concreto, pero es inédito el Kandidat Kremlevskogo, el Candidato del Kremlin en Washington. Es posible que a MAGNIT se le ofrezca algo importante. Vamos a esperar pacientemente y ver cuál será nuestra cosecha.—

—¿Me informará eventualmente sobre MAGNIT? ¿O no debería preguntar? — Sé directo, confidencial, un poco picante; eso es lo que le gusta.

—Por supuesto, una vez que el caso se estabilice—dijo Gorelikov, complacido por su arrojo. —El presidente está completamente de acuerdo. MAGNIT es un caso político ahora, un caso del Director, uno que él quiere que sea manejado sólo por un oficial ilegal. No usted. Ni yo. Sólo SUSAN. Punto.

Gorelikov acababa de darle la pista de las páginas extra que

tendría que preparar para la reunión personal de mañana con un oficial de la comisaría de Moscú: MAGNIT, el Candidato del Kremlin. Dominika redactó mentalmente la información adicional: La reunión de Viena con Ri; su nueva dacha en el Mar Negro; el asesinato de Repina; el complot de terror urbano de Shlykov en Estambul; la predicción de Gorelikov de que le darían la Dirección de la SVR. Iba a necesitar un termo más grande.

Dominika estaba inquieta; esto era demasiado. Putin era como una furiosa ventisca siberiana que hervía en las estepas y se dirigía a la pequeña cabaña, una ventisca cuyos dedos helados se abrirían paso bajo los aleros, levantarían el tejado, astillarían la puerta con cerrojo y derrumbarían las paredes para devorar a los seres acurrucados en su interior. Beregites, cuidado Benford, la ventisca se acerca.

CANGREJO IMPERIAL DE PUTIN

Mezcle el pimiento rojo cortado en dados, el perejil picado, el zumo de limón, el huevo crudo, la mostaza en polvo, el pimentón, la sal de apio, la hoja de laurel, la pimienta negra, los copos de pimiento rojo, la salsa Worcestershire, la mayonesa y la mantequilla derretida en un bol y bata hasta obtener una mezcla homogénea. Incorpore suavemente la carne de cangrejo, viértala en moldes y hornee a temperatura media-alta hasta que burbujee. En otro bol, prepare la salsa Imperial batiendo la mayonesa, la nata líquida, el zumo de limón y la salsa Worcestershire. Cubra cada ramequín con la salsa Imperial, el pan rallado humedecido en mantequilla y el pimentón, y colóquelos bajo la parrilla hasta que estén dorados.

Servir con una ensalada verde.

13

Enemigos naturales

RICKY WALTERS odiaba meterse en el maletero de un coche, envuelto en una arrugada manta espacial plateada, con las rodillas dobladas para caber en el espacio y el trasero duro contra la rueda de repuesto. El sudor empezaba casi de inmediato, en parte por los nervios y en parte por el calor corporal atrapado. Hace tres años, un desertor contó a sus interrogadores de la CIA que el FSB, en los apartamentos de vigilancia situados al otro lado de la calle, escaneaba desde arriba los coches de los diplomáticos estadounidenses que salían del complejo de la embajada de Moscú con visores de infrarrojos para determinar si había una fuente de calor incandescente en el maletero, lo que indicaría que había un agente de la CIA escondido (¿quién si no?). El juego de cuchillos y tenedores del Departamento de Estado no sería pillado ni muerto jugando a estos juegos de policías y ladrones) estaba intentando una —escapada del maletero— para ponerse negro para encontrarse con un agente ruso y robar secretos nacionales (de los cuales había tantos en Putinstan como los que había en los días de los osos cavernarios de la Unión Soviética). La manta espacial atrapaba el calor corporal, y a través de un visor de infrarrojos el maletero parecía frío y vacío.

A media tarde, Walters fue sacado del garaje subterráneo en el maletero del Honda sedán del funcionario consular subalterno (un colega de la Estación) por Helen, la esposa de veintisiete años de ese funcionario (que había recibido meses de formación en detección de vigilancia). Los gemelos de la pareja, de dos años de edad, parloteaban en los asientos traseros del coche mientras Helen miraba por los retrovisores las múltiples curvas que tomaba en dirección al centro comercial Smolensky Passage, en el Arbat, una ostentosa colección de tiendas sólo al alcance de las delgadas esposas de los oligarcas y de las menos delgadas y de gruesos tobillos esposas de los ministros del gobierno y de los jefes de las industrias que encontraban que sus cargos les proporcionaban gratificantes cantidades de ingresos disponibles descremados de las arcas oficiales del Estado.

Helen comprobó por última vez el rastro del LADA dos manzanas más atrás —negativo, esta tarde estaba totalmente libre de garrapatas — y entró en la rampa del aparcamiento subterráneo, pinchando el disco de música favorito de los gemelos: Raffi cantaba sobre las ruedas del autobús dando vueltas y más vueltas, a lo que los gemelos se unieron rotundamente (cuanto más ruido hiciera el micrófono del FSB colocado en el coche, mejor), y que también era la señal para Ricky,

que escuchaba desde el maletero. Helen dobló la esquina de la rampa, apantalló totalmente el hueco, expulsó el disco (señal de —ya-) ante los aullidos de los gemelos, abrió el maletero y tiró de la maneta del freno de emergencia para frenar el coche sin mostrar las luces de freno. Ricky se despojó de la manta, rodó por el borde del maletero, cerró la tapa y se lanzó por una puerta de servicio, subió una corta escalera y salió a la calle. Tiempo transcurrido: cuatro segundos. Helen siguió bajando sin problemas para aparcar y echar un vistazo a las tiendas, empujando un cochecito de dos plazas. En la calle, Ricky llevaba una gorra de paño de estilo soviético, unos pantalones sucios de cordón, una chaqueta ligera acolchada rasgada en el hombro y un par de Duolang —zapatos de seguridad resistentes a los ácidos— raídos, importados de China.

Mientras caminaba con la cabeza gacha, se colocaba espaciadores de silicona entre las encías y las mejillas, y se ponía unas gafas de cristales transparentes que le hacían parecer más viejo y pesado. Dejó atrás el lujoso barrio de Arbat, entró en el distrito de Khamovniki y caminó lentamente por Ostozhenka Ulitsa, una amplia calle comercial. A mitad del bulevar, Walters se detuvo en una cabina roja de teléfono público y consultó su reloj. Acababa de abrirse el plazo estándar de cuatro minutos, y Walters vio acercarse el pequeño y polvoriento Skoda azul marino y detenerse en la acera, con una caja de pañuelos en el salpicadero. Todo despejado. Ricky descolgó el teléfono rojo y lo volvió a colocar en su sitio. Despejado. Se acercó al coche y se sentó en el asiento del copiloto, encogiéndose lo justo para disimular su perfil, y el coche se puso en marcha. Palpó la funda de plástico del asiento, una precaución contra el polvo de espía, aunque su ropa de disfraz ruso se había guardado en la Estación y era poco probable que estuviera contaminada.

Se trataba de la recogida de un coche de un agente, sustancialmente peligrosa porque en el vehículo del agente iba una oficial de la CIA reconocible, cuyas matrículas eran tan buenas como que su nombre estaba impreso en letras mayúsculas en el lateral del coche. En general, se prefería el procedimiento inverso —recoger a un agente en un coche—, pero seguía existiendo riesgo: ahora tenías a una fuente sensible en un vehículo con matrícula diplomática estadounidense. —Gable les dijo una vez a Nash y Dominika durante una práctica. —No importa quién conduzca y a quién recojan. Sólo lleguen allí negros, los dos. Es todo lo que hay que hacer.

Walters miró a DIVA, que, según le había dicho su jefe la noche anterior, era el "patrón oro" absoluto, así que no cometierais ningún error, ni uno solo, porque si metía la pata en este caso por un error técnico, estaría trabajando en el suelo del vestíbulo del Cuartel General, asegurándose de que el Gran Sello de la CIA en el mármol de

terrazo estuviera reluciente para cuando su sustituto se presentara a trabajar. Sin presiones, eso sí, y diviértete ahí fuera.

Walters no sabía qué esperar: una bibliotecaria tímida o una administradora rotunda, pero no la Venus que conducía el coche, no el clásico perfil helénico, labios de pétalo de flor, luminoso cabello castaño recogido en lo alto de la cabeza, concentrada en el tráfico, ojos azul eléctrico que se desviaban constantemente entre los espejos. Sus elegantes manos sujetaban el volante con profesionalidad en la posición de las diez y dos, y se movía entre el tráfico con agresividad, saliendo suavemente del distrito, en dirección este hacia la tercera circunvalación, zigzagueando entre el tráfico azul y eructante, para salir de repente de nuevo en Lyusinovskaya Ulitsa, en dirección sur, hacia el parque Kolomenskoye, de 390 hectáreas, junto al río. DIVA aparcó y caminaron rápidamente entre multitudes de turistas —nadie les prestó atención—, pasando por delante de la iglesia blanca como el hueso de la Ascensión y el extravagante palacio de madera del zar Aleksey, del siglo XVII, erizado de frontones, cúpulas de cebolla y campanarios. DIVA condujo a Ricky por una empinada ladera boscosa hasta un pequeño arroyo, con senderos cubiertos de musgo que seguían el agua, rodeados de espesos bosques. Es, de repente, un lugar oscuro y frío, y completamente silencioso. Una ligera niebla se cernía sobre el hilo de agua y Walters miró a su alrededor en busca de tres brujas agitando un caldero de brujas burbujeante. Ricky sabía que podrían pasar más de los cuatro minutos requeridos en esta espeluznante cañada boscosa para la reunión. Buena proyección.

—Pretty spooky down here,— dijo Walters, en inglés. No hablaba ruso. —Probablemente podríamos encontrar un par de sitios de escondite a largo plazo en algún lugar por aquí.

—Golosov Ravine,— dijo DIVA, mirando a su alrededor. —Es muy famoso entre los moscovitas. Hay piedras sagradas, manantiales naturales sagrados y cuentos de fantasmas que aparecen de entre la niebla. Gracias por venir. ¿No hay problema para despejarse? —Este chico de la CIA parece inteligente, es tranquilo y se maneja bien en la calle. No es como Bratok, pero es sólido.

Walters sacudió la cabeza, abriendo la cremallera de su mochila, repasando mentalmente la agenda de su reunión.

—Gracias, coronel, por todo lo que ha hecho —dijo Walters—Sólo estoy al tanto de una parte de su servicio, pero lo suficiente para saber lo que usted aporta —Un encanto, como Nathaniel Nash, pensó. El mismo halo púrpura también. Apasionado.

—Llámame Dominika,— dijo ella. —¿Tienes mi equipo de sustitución?— Vio cómo se le caía la cara. Le contó rápidamente la situación del SRAC, y le dijo que Simon Benford estaba trabajando para hacerle llegar el equipo de comunicaciones lo antes posible.

Mientras tanto, el Sr. Benford quería que ella tuviera esto. Le tendió un grueso reloj deportivo dentro de una bolsa de plástico, como precaución contra la metralla.

—¿Hablan en serio? —dijo ella, metiendo con cuidado la mano en la bolsa, sacando el reloj con los dedos. Walters se apresuró a explicar.

—Sin SRAC, tendremos que recurrir a reuniones personales —o caídas muertas— para pasar información y requisitos. Dominika asintió con la cabeza.

—Esto es diferente. El reloj es una baliza, para emergencias. Está conectado a algo llamado sistema de rescate Cospas-SARSAT, que es un localizador de rescate marítimo con capacidad GPS,— dijo Walters. —La frecuencia de la baliza está codificada y salta de un lado a otro. Es como un ruido de fondo para los receptores cercanos. No hay triangulación.

—Es muy bonito, pero ¿para qué sirve?

Walters no conocía la oposición militante de Dominika a la exfiltración.

—Un disparador de exfiltración. Si activas la baliza y geolocalizamos la señal en Moscú, lo comprobaremos todos los días a las 21.00 horas en el punto de recogida del centro de la ciudad —dijo Ricky, leyendo en una pequeña tableta.

—¿Lo recuerdas, los teléfonos gemelos a la derecha de la entrada de la estación de metro de Filevsky Park? Es a menos de un kilómetro de tu piso actual.— Dominika asintió. —Si geolocalizamos tu baliza cerca de Petersburgo, usaremos la Ruta Roja Dos. Ya conoces ese sitio. Si tu baliza transmite desde el Cabo Idokopas, que hemos designado como lugar de exfiltración del Mar Negro, esperas en la playa a que te recojan.—

—¿Otra exfiltración? ¿Otro submarino? —preguntó Dominika, con voz repentinamente nerviosa. Una vez había rescatado a un agente de la CIA que había explotado entregándolo a un minisumergible tripulado por los SEAL de la Marina en la bahía de Neva, cerca de Petersburgo.

—No, hay algo diferente —dijo Walters, sudando a pesar del aire húmedo del barranco. Hojeó la tableta. —Un minisubmarino tripulado tarda en desplegarse y es lento. Tenemos algo nuevo que siempre está listo, y es muy rápido. Le mostró imágenes de una lancha rápida de 15 metros de eslora y baja cubierta, pintada de gris, con motivos ondulados de camuflaje blanco y negro. Dominika miró a Walters.

—¿Me estás diciendo que esta lancha no la conduce nadie? —Ricky tragó saliva. Gable le había advertido de que la DIVA podía ponerse rápidamente de —cuerno en ristre—.

—Se controlada con precisión por ordenador, dirigida por satélite, indetectable por radar, puede merodear indefinidamente y está

siempre disponible —dijo Walters—Con esta plataforma, la exfiltración marítima desde el Palacio de Putin en el Mar Negro se convierte en una opción viable.

—Sólo estaré en el cabo durante la recepción de cuatro días del presidente este otoño, en noviembre, por lo que no es un sitio viable, — dijo. —Además, Gospodin Benford conoce mi actitud respecto a huir y desertar. ¿Es que no te lo ha dicho?

—Lo siento, no lo entiendo —dijo Walters, tratando de mantener la compostura. Manipulación de agentes. Más bien como tocar la flauta pungi de un encantador de serpientes delante de una cobra que se balancea. Se apresuró a rebuscar en su mochila otro sobre de plástico. —Esperas en la orilla, de día o de noche, y te pones estas gafas de sol infrarrojas para ver la luz estroboscópica IR del USV a dos kilómetros mar adentro. Quédate ahí y se fijará en el reloj de pulsera. La cosa se encallará sola, se deslizará hacia ti sin hacer ruido, como un caballo buscando un terrón de azúcar. Es el momento de subir por los estribos de popa, abrir la escotilla de cubierta y entrar; cuidado con la cabeza, es estrecho. Hay una silla reclinable, un cinturón de seguridad, auriculares, comida y bebida, control de la calefacción. Cierra la escotilla y el USV hará el resto.

—¿A dónde se supone que me llevará esta cosa?

—A cincuenta nudos estarás a veinte millas de la costa en el punto de recogida con casco gris en veinticuatro minutos —dijo Walters, orgulloso.

—Donde ustedes, caballeros, me recibirán a bordo del barco de la marina, y observaremos en la barandilla cómo nos alejamos y mi Rodina se hunde bajo el horizonte para siempre —dijo Dominika, con dulzura. —Y habré desertado de mi país. Agente cabreado. Walters no recordaba que esta situación se hubiera planteado durante los ejercicios de simulación en la Granja.

Buscó las palabras adecuadas.

—Es un plan de extracción, Coronel... Quiero decir Dominika. En caso de persecución en caliente, para ponerte a salvo.— Sacudió la cabeza, terminó de discutir, y le entregó a Walters el termo. Walters limpió el termo para deshacerse de las fotos de DIVA.

—Hay seis hojas impresas a un solo espacio y a doble cara dentro del caparazón. Si lo aplastas para romperlo...

—Conozco el truco del termo.— Walters sonrió. —¿Qué más?

—Por favor, dile a Gospodin Benford que estaré en Viena dentro de diez días para reunirme con mi norcoreano. Llamaré para confirmar mi hotel, pero antes hemos utilizado el König von Ungarn, en Schulerstrasse, detrás de San Esteban. Por favor, dígale que creo que el profesor Ri aceptará la introducción de un interrogador adicional. Ya lo hemos hecho antes, con el Sr. Nash haciéndose pasar

por un oficial ruso, gracias a su idioma ruso. En este caso, sería más fácil, ya que nuestras reuniones se celebran en inglés. La CIA puede atender sus propias necesidades norcoreanas sin riesgo alguno.— Walters asintió.

—Si se maneja en inglés, cualquier analista nuclear puede...

—Preferiría que el oficial fuera Nathaniel Nash,— interrumpió Dominika. —Hemos trabajado juntos durante años y operamos de forma compatible.— Walters pulgarizó la petición-demanda de DIVA en su tableta, sin saber que la frase —operar de forma compatible— daría lugar a miradas cómplices en el Cuartel General, pues desconocía la relación prohibida. La mujer era algo.

—Pasaré la voz —dijo Ricky. El rostro de Dominika se ensombreció y su voz se volvió grave y seria.

—También, por favor, dile que puedo confirmar que el presidente Putin aprobó el asesinato de la disidente Daria Repina en Nueva York.

—Eso sembró el pánico en Washington —dijo Walters—Estuvo en todos los periódicos. ¿Quién lo hizo?

—No importa su nombre. Sé quién es el responsable, y me encargaré de él,— dijo Dominika.

—Yo se lo diré,— dijo Ricky. Esta amazona va en serio. Mira esa cara. —Supongo que debo decir, para que conste, que no debes intentar ninguna acción peligrosa o arriesgada contra el asesino. Eres demasiado valiosa y...

—¿Y una mujer frágil?— dijo Dominika. Walters levantó las manos en señal de armisticio. Su tableta, un dispositivo TALON de segunda generación, estaba grabando su conversación, procedimiento habitual en los casos de manejo restringido. Cuando la reproduzcan, me darán una medalla si consigo pasar esta reunión sin que DIVA me dé un puñetazo en la cara.

—No es eso en absoluto —dijo Ricky, buscando furiosamente la palabra correcta—Sólo quería decir que eres demasiado valioso para nosotros. Palabra fortuita.

El rostro de DIVA se suavizó.

—No pretendía ser brusca contigo —dijo a modo de disculpa, y luego volvió a ponerse seria. —Siguiente tema: He escrito detalles de una acción encubierta del GRU en Turquía. Proponen suministrar armas y explosivos a los separatistas kurdos de Estambul. A pesar de las objeciones de los servicios de inteligencia, el presidente Putin aprobó anoche la operación. He incluido todos los detalles.

—Tanta información. Tus informes saldrán esta noche,— dijo Walters, guardando el termo en su mochila.

—Una última cosa. ¿Estás al tanto de la situación con alguien llamado MAGNIT?— dijo Dominika. Conocía la afición de Benford a la compartimentación y no quería decir demasiado. Walters asintió.

—Simon Benford me informó por teléfono seguro cuando me interceptaron para reunirme contigo. Conozco los hechos generales, tanto como cualquiera de nosotros sabe.

—He informado de todo lo que he oído —dijo Dominika—, pero, por favor, recalca a Benford que MAGNIT está siendo considerado para un puesto no especificado en la administración. El Kremlin está muy entusiasmado. Todavía no conozco la identidad de MAGNIT.

—Esto creará una tormenta en el Cuartel General,— dijo Ricky.

—Es más que una tormenta si MAGNIT empieza a leer mis informes de inteligencia en su nuevo puesto y los transmite a Moscú— dijo Dominika. Ricky, por primera vez en su joven carrera, vio y apreció el gélido peligro con el que esta mujer —todas las agentes— vivía cada día, y se maravilló del valor necesario para seguir operando.

Comprobó el contador de tiempo transcurrido en la tableta. —Quince minutos, debería ponerme en marcha —dijo, recordando un último asunto.

—El señor Benford quería que le pidiera confirmación —cuando pudiera— sobre quién estaba detrás de la muerte de nuestro difunto director Alex Larson. Está obsesionado con averiguarlo —.

Dominika se miró los zapatos.

—Por favor, dile a Simon que sólo el presidente pudo dar la orden. Sospecho que Anton Gorelikov sería el encargado de diseñar semejante plan. Lo confirmaré cuando pueda.—

Walters asintió.

—Hablarás con Nash dentro de diez días.— Dominika no pudo estrecharle la mano; había oído que el FSB había dejado absolutamente de desplegar metka cuando su uso contra diplomáticos occidentales se convirtió en una embarazosa historia internacional en los embriagadores años de la glastnost, pero la CIA continuó con el protocolo profiláctico a pesar de todo. —¿Confías en que Putin no vuelva a rociarnos el culo? Cuando se veían en Viena, le preguntaba a Nate por los resultados del uso de polvo espía en SUSAN.

Su Nate. Por muy enfadada que hubiera estado con él en Atenas, le echaba de menos y ansiaba verle.

Le sonrió.

—¿Conoces el camino de vuelta? Ten cuidado con el termo. Y gracias por el reloj y las gafas.

Walters se encogió de hombros sobre su mochila.

—Mantente a salvo, Dominika —le dijo. —Saldré cuando y donde quieras, si me necesitas. Me daré la vuelta y desapareceré por un recodo del arroyo, removiendo la niebla del suelo mientras se movía. Que uno de los fantasmas tártaros del siglo XVII que viven en el musgoso barranco de Golosov te lleve a casa, pensó Dominika.

Benford deliraba en su despacho, haciendo que Dotty, su secretaria desde hacía ocho años, sacudiera la cabeza en señal de advertencia a varios agentes del CID que deseaban hablar con el Jefe esta mañana.

—Mejor no; tal vez esta tarde— era el estribillo susurrado.

El último chisme de Dominika acerca de que el presidente estaba considerando a MAGNIT para un gran trabajo debería haber facilitado la clasificación de los posibles, pero necesitaba un nombre. Benford ya sospechaba y se temía lo peor: la vacante de alto rango hacia la que el Kremlin dirigía a MAGNIT era la que los propios rusos habían creado al matar a su amigo Alex Larson-DCIA. Sabía que buscaba a un alto cargo que, en algún momento de la última década, hubiera sabido lo suficiente sobre el cañón de riel de la Marina estadounidense como para haber informado de los detalles técnicos a los rusos. En teoría, ahora se podía reducir el número de miembros del personal de la Marina —oficiales, reclutas, científicos y contratistas civiles—, ya que era probable que el presidente no interviniera a ninguno de ellos. ¿Es que no habían pensado en nadie? De la docena de burócratas de alto rango, sólo el actual secretario del Departamento de Energía había sido informado ocasionalmente sobre el cañón de riel, pero había pasado años en otros departamentos en otros proyectos. Según Dominika, MAGNIT había sido una fuente de información activa durante una década. Una anomalía. ¿Podría haber falseado los hechos? Y lo que es más inquietante, ¿podría ese astuto bastardo de Anton Gorelikov estar repartiendo variantes de la misma historia a diferentes personas —llamado enema de bario en el Juego— como prueba de lealtad para ver qué variante aparecía más tarde para señalar al traidor?

En Londres, el MI6 llamó a la trampa del bario prueba del tinte azul, describiendo metafóricamente el mismo principio de captura de topos como verter tinte azul por una tubería para observar de qué salida aguas abajo acabaría saliendo el tinte. En una conferencia de enlace de contrainteligencia celebrada en Londres varios años antes, Benford había declarado que la terminología británica era una idiotez, señalando que las tuberías —especialmente las decrépitas cañerías del Reino Unido y Europa— se atascaban o se infectaban bajo tierra, y que la metáfora de un enema de bario era más de su agrado. —Eso, Simon, es porque eres un jardinero cuesta arriba —le decía C, el Jefe de los Seis, jerga que Benford no entendía, y nadie le dijo que significaba sodomita. Gracias a Dios por la relación especial, respiraron los británicos en el espacio.

Gable y Forsyth se reunieron con Benford para almorzar en el comedor ejecutivo de Langley, donde intercambiaron ideas y teorías.

El elegante espacio —tan estrecho como el vagón restaurante de un tren— de la séptima planta del Cuartel General, con vistas al arbolado río Potomac, contaba con mesas colocadas muy juntas, de modo que los recién llegados se veían obligados a caminar entre ellas, saludando con la cabeza a sus amigos o cortando con sus enemigos. Todo el mundo veía a todo el mundo, y con quién almorzaba, y las cábalas, camarillas y pandillas entre los mayores de Langley eran, por tanto, de dominio público. Benford pidió un plato de pasta con anchoas, perejil, pangrattato y limón, mientras que Forsyth eligió la bisque de cangrejo, y Gable, las gambas a la plancha.

—Esto me alarma,— dijo Benford, sorbiendo pasta. —Un topo ruso podría acabar en el espacio del Gabinete.

Gable apuñaló una gamba.

—Lo que no entiendo es que Domi diga que el cabrón lleva una década trabajando —dijo. —Eso significa que su trabajo anterior era de interés para los rusos.

—Me preocupa que sea una trampa, una prueba antes de que Putin le dé el trabajo en la SVR,— dijo Forsyth. —Cristo, nosotros investigamos a nuestros directores antes de proponerlos. También podría hacerlo el Kremlin.

El jefe de la Oficina de Asuntos del Congreso, Eric Duchin, un galopante arribista, entrometido y cotilla, llegó con un pelotón de sus toadeaters, abriéndose paso entre las mesas, deteniéndose a saludar a sus compañeros jefes de división entre grandes risas y carcajadas. Duchin se detuvo en la mesa de Benford, rodeado de sus sonrientes acólitos, conocidos como —los Duchebags— en las plantas de operaciones. Duchin tenía la cabeza cuadrada como un chicle, el pelo blanco como la nieve y la cara estrecha. Los alumnos de la Granja le apodaban Q-Tip.

—Simon —dijo, asintiendo con la cabeza.

—Eric —dijo Benford. Silencio. Gable tocó el pincho en el que le habían servido las gambas.

—Voy a convocar una reunión el viernes —dijo Duchin, por fin. —SSCI, el Comité Selecto del Senado, quiere que la CIA ofrezca sesiones informativas de cortesía a los posibles nominados para el puesto de director. Sólo un aviso para que se preparen. El comité quiere que todos los nominados puedan discutir las operaciones actuales durante las audiencias a puerta cerrada, incluyendo tus payasadas rusas —.

Benford bajó el tenedor, prefiriendo ignorar la palabra "payasadas"

—¿Debo entender que las sesiones informativas sobre operaciones deben proporcionarse a múltiples individuos, sólo uno de los cuales será finalmente confirmado como Director de la CIA? Es costumbre

ofrecer una sesión informativa limitada al candidato final, y sólo al candidato final —.

Duchin se encogió de hombros.

—Sus preciados secretos estarán a salvo con ellos —dijo. —Te enviaré sus biografías. Todos tienen actualmente autorizaciones de alto secreto SI/TK (Inteligencia Especial/Talent Keyhole), incluidas entradas del Programa de Acceso Especial. Además, el Director quiere que se haga así. Mayor transparencia.— Tras el ahogamiento de Alex Larson, se había nombrado un Director en funciones, al que el obsequioso Duchin ya llamaba —Director.—.

Benford se encrespó.

—¿Mayor transparencia? ¿En un servicio de inteligencia?, espetó. —Duchin, eres incapaz de pensar. Eres mi enemigo natural. Váyase.

Duchin se encogió de hombros.

—Es algo que debe hablar con el Director—dijo. —Está empeñado en que la transición sea tranquila. Nos vemos el viernes. —Los tres se sentaron en silencio a la mesa, pensando en un par de ojos azul eléctrico solos en el Kremlin, revoloteando por los rostros flojos y fornidos alrededor de la mesa, cualquiera de los cuales apretaría el gatillo contra ella sin dudarlo. Las sesiones informativas de estos nominados incluirían necesariamente, como mínimo, una mención a una penetración de la SVR dirigida por la CIA, y en el peor de los casos, el verdadero nombre de DIVA. Herejía.

—¿Cómo funciona esto de que todos los posibles candidatos a Director sean informados y entrevistados por el SSCI? decía Gable. —¿Qué pasó con Potus eligiendo a su hombre —uno— y nominándolo? ¿Qué mierda es esto, un concurso de belleza?

—Es lo que sugirió el Director Interino—dijo Forsyth. —De este modo puede presentar diferentes candidatos, todos los cuales desmantelarán las políticas de Alex Larson, aplacarán al Congreso y mantendrán a la Agencia centrada en el medio ambiente en lugar de en la producción de kilotones del artefacto de uranio que los Nokos detonaron bajo tierra hace dos meses.

Benford se sacudió, apartó el plato y miró a Forsyth.

—¿Qué has dicho antes?

—Es lo que quería el director en funciones.

—No, antes de eso —dijo Benford—.

—Que investiguemos a nuestros propios directores antes de proponerlos.

—Exacto—dijo Benford. —Y los rusos mataron a Alex, y estamos buscando un topo.

—Que va a conseguir un gran trabajo en la rama ejecutiva—dijo Gable.

—Cuya vacante es el Director de esta Agencia. Es claro ahora. El

candidato del Kremlin es para la DCIA,— dijo Benford, golpeando la mesa.

Forsyth miró a Benford por encima de sus gafas.

—Será mejor que te asegures antes de activar la alarma de incendios. Ni siquiera Putin podría conseguirlo.

—Quizá no —dijo Benford—, pero ese cerebro de Gorelikov sí podría, si lo que DIVA dice de él es cierto.

Gable dejó de hurgarse los dientes.

—¿Estás diciendo que uno de los tres nominados para la DCIA es el topo? ¿Podrían oscilar eso? —preguntó.

—Quizá sí, quizá no,— dijo Benford. —Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Tenemos que informarles a todos antes de que confirmen a uno. —Gimió Forsyth.

—Demasiado obvio,— dijo Benford. —Consideremos cómo verter un poco de colorante azul por una tubería.—

Gable empezó a hurgarse los dientes otra vez. —Si estás hablando de un enema de bario, tengo una jeringuilla para pavos en mi despacho.

BENFORD'S LEMON PASTA

Saltear los filetes de anchoa en aceite de oliva con los puerros cortados en dados finos hasta que los filetes se disuelvan y los puerros se ablanden. En una sartén aparte, tueste las migas de pan con un poco de aceite de oliva, ajo y copos de chile rojo seco hasta que las migas (pangrattato) estén doradas. Cueza los bucatini, escúrralos y mézclelos con el aceite de anchoas y los puerros. Espolvorear con perejil picado, pan rallado y un buen chorro de zumo de limón. Servir inmediatamente.

Amoralidad expeditiva

EL INFORME manuscrito de DIVA documentó meticulosamente el debate del Consejo de Seguridad en el Kremlin sobre la acción militar encubierta del GRU en Turquía cifrada OBVAL, presentada por el comandante Shlykov, que argumentaba que Turquía se encontraba en una transición caótica: Los partidos políticos islámicos fundamentalistas estaban erosionando las tradiciones militares seculares de Atatürk. Desde 1984, el país se enfrentaba a una prolongada insurrección urbana armada de baja intensidad del Partido Socialista de los Trabajadores del Kurdistán (PKK) en su lucha por los derechos políticos y la autodeterminación. La actual ayuda militar estadounidense a los Peshmerga kurdos de Irak había incomodado al gobierno turco (aunque los Peshmerga iraquíes no tenían ninguna conexión política con los terroristas del PKK). Ankara confundió malhumoradamente este apoyo militar en Irak con el respaldo estadounidense a los deseos kurdos de separarse del país y reclamar una franja considerable de territorio turco soberano como su patria hereditaria. Los planificadores de la GRU, reconociendo el desarrollo de un cisma bilateral y la consiguiente oportunidad de abrir una brecha entre Washington y Ankara —algo que Putin y su camarilla de valets sabían hacer mejor—, habían desarrollado un plan para Turquía.

La narración de DIVA —impresa en ruso en letras que ahorran espacio, tan pequeñas que los traductores tenían que usar lupas para leer el texto— informaba de que el agresivo Shlykov había expuesto su plan por el que Moscú suministraría a las células del PKK en Estambul cohetes antiblindaje RPG-18 —Mukha—, minas antipersona MON-200 y minas más grandes detonadas a presión PMN-4, para su uso en ataques terroristas urbanos en Estambul, diseñados para crear una crisis en el gobierno, exacerbar las tensas relaciones con Washington y, en última instancia, desestabilizar Turquía, el tradicional baluarte meridional de la OTAN.

Las fuerzas especiales navales rusas apoyarían la operación. El material se entregaría en una serie de incursiones nocturnas en pequeñas embarcaciones disfrazadas de pesqueros a miembros del PKK que esperaban en un merendero desierto fuera de temporada a orillas del arroyo Riva, a cuatro millas navegables tierra adentro de la costa turca del Mar Negro. A continuación, el PKK transportaría las armas en camiones hasta Estambul, las almacenaría en una serie de depósitos y las distribuiría entre las células. A pesar de las objeciones

de los servicios de inteligencia civiles al plan de acción encubierta, el presidente Putin había aprobado la operación. Estaba dispuesto a emprender esta aventura en el extranjero y correr los riesgos —que el GRU consideraba mínimos— para debilitar a la OTAN, y especialmente para desestabilizar al único Estado miembro musulmán de la coalición. Después de eso, ya nadie se opuso. DIVA concluyó su informe escribiendo sobre Shlykov: —Este Joven de Oro pretende proporcionar suficientes explosivos al PKK para incendiar Estambul a ambos lados del Bósforo, desde Europa hasta Asia.—

El reportaje de DIVA desencadenó una apresurada reunión en el cuartel general de la CIA en Langley.

Benford había designado recientemente a Gable como principal responsable de DIVA.

Benford, Forsyth, Gable. Estos tres veteranos oficiales eran tan diferentes en temperamento y estilo como se pueda imaginar. Pero se habían unido como un equipo cuando Nate Nash reclutó a DIVA en Helsinki, y bajo su sutil tutela se había convertido en una fuente de información de primera clase. Nash, el cuarto y más joven miembro de la camarilla, no asistió a la reunión: acababa de ser destinado como Jefe de Operaciones de la CIA en Londres, a primera vista una asignación de primera en una carrera en sólida progresión, pero en realidad diseñada para mantenerle ocupado y alejado de DIVA. Forsyth —seguramente el mejor agente de casos entre ellos— había llamado a Nash —un mago— en la calle, trabajando contra la vigilancia hostil en zonas denegadas. Forsyth había sido jefe de estación de Nate en dos ocasiones anteriores, y sabía lo buen agente que era, a pesar del problema sexual con DIVA.

—Me parece recordar tu enamoramiento no aprobado hace veinte años de cierto guardián de un piso franco en Roma —le había recordado una vez Forsyth a Gable mientras hablábamos de Nash—Es que sabías que iba contra las reglas, pero solías correr hasta allí con las piernas arqueadas para verla todas las semanas.

—Eso era diferente —gruñó Gable—Éramos jóvenes, ella me cocinaba carbonara y yo la ayudaba.

Forsyth le miró inexpresivo.

—¿Carbonara? ¿Usaba panceta, guanciale o algún otro producto del cerdo?

—Muy gracioso. Si era para tanto, ¿por qué no me diste una patada en las pelotas?—dijo Gable, con la cara roja.

—Tal vez sabía que podías manejarlo, o tal vez sabía que tenías la disciplina para mantenerla a salvo —dijo Forsyth. —Como tal vez le damos a Nash la misma holgura. No digo que sea un niño de coro, pero Domi tiene la mitad de la culpa. Maldita sea, están enamorados

el uno del otro, tú mismo lo has dicho.— Gable negó con la cabeza, pero estuvo de acuerdo.

Hoy, Forsyth había incluido a Lucius Westfall, que, como nuevo ayudante de Benford, estaba autorizado para material DIVA, y por lo tanto figuraba en la pequeñísima lista BIGOT del caso, la lista abreviada de oficiales que habían sido leídos en su expediente, y que estaban autorizados para el compartimento RH (manejo restringido). Westfall se sentó tranquilamente en una silla del rincón: sabía cuál era su lugar en la cadena alimentaria de este espacio.

—La facilidad de estos rusos para el caos es asombrosa —dijo Forsyth. Levantó la vista de los informes de DIVA sobre Estambul y se colocó las gafas de media luna sobre la cabeza.

—Son unos cabrones —dijo Gable—, pero si llevamos esto al enlace turco y les ayudamos, nos besarán el culo durante una década.

—Estoy de acuerdo—dijo Forsyth. —Pero no a TNIO, los chicos de inteligencia. No confían en nosotros. Es a la TNP, Policía Nacional Turca; son serios y accesibles.—

—Y cuando dices "ayudarles" —dijo Benford, volviéndose hacia Gable—, ¿te refieres exactamente a qué?

—Interdictar los envíos, envolver a los gomers que esperan en el pantano la entrega, dejar que la PNT los haga sudar y limpiar el resto de las celdas —dijo Gable.

Lucius Westfall se aclaró la garganta y rascó su silla. Gable lo miró. El joven le caía bien, pero al igual que con Nate, el protegido de Gable, nunca lo diría.

—Si tienes algo que decir, dilo —dijo Gable—No nos sigas apretando las piernas.

—Estaba pensando—dijo Lucio. —Estambul tiene más de catorce millones de habitantes. Los kurdos de la ciudad son unos cuatro millones.—

—Admirable dominio de los hechos, que confío en que pronto se demuestren relevantes para esta discusión,— dijo Benford, frotándose la cara.

—La cuestión es que nunca estaremos seguros de acabar con el cien por cien de las células del PKK con un par de redadas y una veintena de detenciones,— dijo Westfall, tragando saliva. —La ciudad es demasiado grande, la población kurda es demasiado difusa. Tenemos que considerarlo en tres partes.

—Dinos,— dijo Benford. Le gustaba el pensamiento lineal, que, según deliraba con frecuencia, estaba uniformemente ausente en el gobierno estadounidense.

—Tenemos que interceptar todo el material ruso sin excepción,— dijo Lucius. —No podemos dejar pasar ni una mina. Luego tenemos que identificar lo más completamente posible la organización del PKK

en la ciudad. Por último, tenemos que neutralizar la fuente del problema: el comandante del GRU Valeriy Shlykov.

—Eres todo un Alfred Einstein,— dijo Gable. —A pesar de su brusquedad, Gable sabía cómo atraer a los oficiales jóvenes, hacerles pensar, defender lo que creían.

—Para detener todo el asunto creo que tenemos que balizar las armas antes de que lleguen a Turquía —dijo Westfall—De esa forma las rastreamos desde el arroyo interior, al almacén, al cobertizo del patio trasero, al sótano del piso franco, y las cogemos todas.

—¿Antes de que lleguen a Turquía? —Dijo Gable. —¿Como en Rusia? —Los demás se quedaron callados, pensando lo mismo.

—Imposible —dijo Benford—Es que el DIVA ya está en peligro, informando de esta inteligencia única. Nos jodemos en Estambul, ella es uno de los veinte miembros del Consejo en el espacio —ni siquiera un miembro de pleno derecho todavía— que saben acerca de la acción encubierta del PKK. Intentar algo con el cargamento cuando aún está en Rusia sería doblemente suicida para ella.

—Quizás no,— dijo Westfall. —DIVA nos dijo que las cajas iban a ser transportadas en camión a Sebastopol y guardadas en un almacén, y luego transportadas a través del Mar Negro a Turquía en pequeños barcos pesqueros cuando tuvieran luz verde de Shlykov. Es una acción encubierta del GRU; lo mantendrán en secreto y se mantendrán alejados de las instalaciones navales oficiales rusas. Será un almacén comercial, un blanco fácil.

—Ok, pez gordo, ¿asumes la responsabilidad de invadir Rusia y empezar la Tercera Guerra Mundial?— dijo Gable. Westfall guardó silencio.

Benford se levantó del sofá y empezó a pasearse, mirando a Westfall de reojo.

—¿Cómo propones irrumpir sin ser detectados en un almacén de Sebastopol controlado por Rusia e instalar balizas en una docena de cajas?

—Podríamos utilizar los WOLVERINE—dijo Westfall.

Las cabezas se alzaron alrededor del espacio.

—¿No están todos retirados?—dijo Gable.

—Están en situación de reserva,— dijo Forsyth. —No les gustaba quedarse al margen. Los mantuve ocupados todo el tiempo que pude.

—Oí que eran muy eficaces—dijo Westfall. —El archivo es fascinante.

—Los retrocesos de la Guerra Fría —dijo Benford, con la cabeza ladeada, pensando.

—Olvídalo —dijo Gable. —Eran unos polacos anticomunistas locos, fuera de control. ¿Quién va a encargarse de ellos?

—Necesitaríamos un ruso parlante, un operador fuerte, un

experto en zonas denegadas —dijo Westfall.

Todos pensaban en el mismo nombre.

—¿Y quién podría ser? —dijo Benford.

—Nate Nash —dijo Westfall. Nadie dijo nada. Westfall no sabía nada de la situación de Nash en el banquillo.

—Deja eso a un lado por ahora—dijo Forsyth. —¿Qué hacemos con Shlykov?

—He estado pensando en eso —dijo Westfall, tragando saliva— DIVA dice que Gorelikov quiere hundir a Shlykov. ¿Y si le damos una razón para hacerlo, hacer que parezca que el propio Shlykov es el responsable del hundimiento de toda la acción encubierta en Estambul?

—Vamos, vamos,— dijo Gable. Los tres superiores escuchaban ahora con atención.

—Es lo que vosotros, los de operaciones, llamáis "quemar" a alguien—dijo Westfall. —¿Y si hacemos que parezca que Shlykov está haciendo doblete —tomando dinero de la CIA y no informando de ello? Es tan sospechoso que los rusos lo creerán.

—Orden de alto. Es necesario que sea convincente,— dijo Forsyth, ya calculando. —Cuenta bancaria, equipo de espionaje bajo el colchón, señales.

—En realidad no tiene que ser cien por cien convincente,— dijo Westfall. —DIVA y Gorelikov tendrán suficiente para arruinarlo: implicar y condenar a inocentes son formas de arte rusas.

—Y el investigador principal se lleva el mérito de atrapar a una rata —dijo Forsyth.

—Un jefe de línea KR de ojos azules,— dijo Gable. —Es su protección y le da otra cabellera CI.

—Es un riesgo. Se supone que Shlykov es muy bueno y popular,— dijo Benford, mirando alrededor del espacio. Estaban pensando en el mismo nombre... otra vez.

—Llamaré a Londres—dijo Forsyth. —Puede estar aquí dentro de dos días.

—Quiero verle personalmente —dijo Benford. —Deberíamos reunirnos todos de nuevo cuando llegue. Si vamos a desbancar a este rufián del GRU, Nash debe ser brillante al respecto.— Benford dejó de pasearse. —Dile a Nash específicamente de mi parte que Benford dice que debe esforzarse por ser brillante.

—Y enviaré la llamada de reactivación a los WOLVERINE—dijo Forsyth. —Estarán encantados.

—¿Contentos? resopló Gable. —Westfall tragó saliva dos veces.

Nate entró en el despacho de Benford al mediodía del segundo día, tras haber tomado el vuelo de primera hora de la mañana desde

Londres. El telegrama del jefe EUR Forsyth en el que se le llamaba al cuartel general sólo mencionaba que se le requería para "consultas", lo que en la jerga de los cablese podía significar que tenía problemas por una transgresión desconocida, o que había sido elegido como chivo expiatorio para ser asignado a un puesto de enlace en el cuartel general de la FEEB, un exilio de pesadilla que ningún oficial de operaciones deseaba; o que había una operación espectacular que Benford quería que él llevara a cabo. Nate, el encargado del caso, estudió la cara de bulldog francés de Benford en busca de alguna pista, pero el cazador de topos se mostró inescrutable. Benford señaló una silla junto a su desordenado escritorio —toda su oficina parecía Pompeya después del Vesubio—, abrió un archivo de manejo restringido y leyó en silencio. Como cualquier operador astuto, Nate leyó al revés el título en letras mayúsculas de la portada de RH: GCDIVA. ¿Qué era aquello? ¿Iban a sancionarle por la riña que había tenido con Dominika en Atenas? De eso hacía semanas.

Nate sabía que su relación con Benford, Gable y Forsyth se había resentido desde Helsinki por su relación con DIVA. También sabía muy bien que no había sido separado sumariamente del Servicio sólo como un acomodo para mantener al agente en el arnés. Es más, pendía de un hilo. La mente de Nash volvió al principio.

El paréntesis en el contacto con Dominika entre las reuniones en Europa siempre enfriaba las cosas, pero aquellos agentes no eran tontos. Benford esperaba reincidencias; Forsyth lo comprendía con pesar; Gable era el peor: conocía a Nate y a Dominika como protegidos, podía leerlos como el feriante que adivina tu peso en la feria del campo. Peor aún, podía oler el coito desde el otro lado del espacio. El desastroso final del contacto en Atenas, lleno de lágrimas, no había ayudado.

Nate se preocupaba por la inutilidad y la falta de profesionalidad de su relación amorosa: era besperspektivnyak, una situación desesperada, un ejercicio infructuoso. Dominika le amaba apasionadamente y no le importaban las reglas. Dominika se burlaba de él por actuar como un ruso adusto mientras ella se regocijaba como una americana liberada y enamorada. El tema de su deserción y reasentamiento era la yesca que siempre hacía estallar las discusiones.

¿Qué sientes ahora por ella? pensó para sus adentros, agradecido de que entre las otras habilidades vampíricas de Benford probablemente no figurara la lectura de mentes. Era una suerte, ya que Nathaniel Nash en ese momento sabía, siempre había sabido, que amaba a la hermosa rusa de ceño serio que se fundía en una sonrisa vertiginosa desde el otro lado de la calle cuando lo veía acercarse. Le encantaba la forma en que ella pronunciaba su nombre —Neyt, con la amplia vocal rusa— cuando hacían el amor y cómo echaba la cabeza

hacia atrás, con los párpados agitados y la barbilla temblorosa, gimiendo Ya zakanchivayu, estoy acabando (los rusos nunca dicen —estoy acabando— en la cama).

La burbuja estalló cuando Benford levantó la vista y habló.

—¿Ahora tienes jet-lag, Nash?—.

—No, Simon, estoy bien. Es un vuelo fácil,— dijo Nate, intentando borrar la imagen de la cara de Dominika en la almohada.

—Tenemos algo pensado para ti, algo bastante importante —dijo Benford.

—Nate había querido decir esto como una broma, para establecer una buena relación y, en el fondo, para sugerir —o suplicar— que no lo enviaran al FBI para trabajar en el grupo de combate conjunto. Bromear con Benford era como cazar leones a caballo con una lanza: en teoría se podía hacer, pero lo más probable era que no saliera bien.

Benford se quedó mirando a Nate durante diez segundos.

—¿Sabes algo de ciencia, Nash? Quiero decir, aparte de la mecánica de fluidos de las emisiones nocturnas, de la que estoy seguro que eres estudiante desde hace mucho tiempo —Nate se encogió de hombros, ya arrepentido de su broma—.

—Como la luz viaja más rápido que el sonido, algunas personas parecen brillantes hasta que las oyes hablar —dijo Benford. —Esfuérzate por no ser una de esas personas. Un buen punto de partida es no hablar a menos que te hablen.

—Ok, Simon,— dijo Nate.

—Ahora tenemos por delante una operación crítica. Es bastante complicada, ya que consta de tres partes. Por muy alarmante que resulte, tú tendrías un papel axial en cada una de ellas.— Nate abrió la boca para hacer una pregunta, pero Benford levantó la mano y sacudió la cabeza con una mirada de —no lo estropees— desagrado.

—Si me permite resumir —dijo Benford. Volvió a sentarse en su silla y apoyó las medias en su escritorio, provocando una pequeña avalancha de papeles que revolotearon por el suelo.

—DIVA acaba de informar de que el Kremlin pretende desestabilizar Turquía suministrando cohetes antiblindaje y minas de presión a los insurgentes separatistas del PKK en Estambul. Primera parte: Balizaremos las cajas de armas en su punto de reunión en Sebastopol utilizando un experimentado equipo de asalto de reservistas que, teniendo en cuenta su experiencia en lengua rusa y en zonas denegadas, usted dirigirá. La operación no debería durar más de dos días, con un tiempo en el objetivo de aproximadamente dos horas.

—¿Reservistas de la Tormenta del Desierto o de Afganistán?

—No, más cercanos a los años del Muro de Berlín,— dijo Benford.

—¿Perdón? Dijo Nate. ¿El Muro de Berlín?

—El Muro de Berlín—dijo Benford. —Es posible que te lo

perdieras mientras veías Dance Fever en la televisión.

—¿Fiebre del baile? —Dijo Nate.

—No importa. No hay razón para que hayas oído hablar de ellos, los WOLVERINE. Se distinguieron durante la Guerra Fría en Polonia.

—¿Cómo se distinguieron? —dijo Nate—, ¿haciendo explotar cosas?

Benford agitó la mano en el aire.

—Déjame continuar—dijo. —Segunda parte: Te mantendrás en contacto con la Policía Nacional turca mientras preparan redadas antiterroristas contra el PKK, informados por nuestro rastreo de balizas del material. Esos preparativos incluyen escuchas telefónicas en los teléfonos de la rezidentura del SVR en Estambul, y del mayor del GRU Valeriy Shlykov, que es el oficial de inteligencia ruso sobre el terreno que apoya a las células del PKK, razón por la cual necesitamos de nuevo su ruso.

—Parte tres: Simultáneamente, necesitamos quemar al camarada Shlykov. Uno de las ideas es hacer que parezca que es un activo de la CIA, y sugerir que subvirtió su propia acción encubierta. Es una idea que creemos que tiene mérito, pero el plan está sin formar; quiero que lo piensen. Una característica de este acto final es que la propia DIVA investigue, exponga y difame a Shlykov, lo que la protegerá como fuente, además de otorgarle un crédito adicional de contraespionaje como Jefa de la Línea KR.—

—¿Prevés reuniones personales con ella en Estambul? —dijo Nate con indiferencia. —Podremos...

—Marty Gable es el encargado principal,— dijo Benford. —Puedes participar en las reuniones, pero quiero que seas inteligente, que actúes con moderación —Nate se miró las manos—.

—Moderación. Confío en que haya quedado claro —dijo Benford.

—Sí, señor —dijo Nate—. Sabe que nunca pondría en peligro su seguridad. Lo digo en serio. —El rostro de Benford se conmovió.

—Es que yo recuerdo que fuiste tú, un joven agente que acababa de ser expulsado de Moscú por ese inútil de Gondorf, quien reclutó a DIVA. Es un gran logro. Se ha convertido en una fuente que supera a estrellas de la Guerra Fría como Penkovsky y Polyakov, e incluso a Korchnoi en la era moderna.

—Con más razón debemos preservar el caso y protegerla todo el tiempo que podamos —dijo Benford—.

—Y luego sacarla y reasentarla en algún lugar seguro —dijo Nate.

—Quizá —dijo Benford—, si en algún momento quiere desertar. Pero no lo hará. Y a menos que ella quiera salir, este Servicio la mantendrá tanto tiempo como podamos, para preservar el flujo de información hasta que se detenga —Nate buscó el rostro de Benford—.

—Quieres decir hasta que la atrapen y la ejecuten —dijo Nate con

rotundidad.

—No seas dramático —dijo Benford, incorporándose e inclinándose hacia delante—Todos hacemos lo posible por protegerla.

—Pero mantenemos el flujo de información, es lo que estás diciendo —dijo Nate—, por encima de todo, incluso de su vida, hasta el último informe.

—Si es necesario, sí. Para salvaguardar la seguridad nacional y preservar la República, si me perdonas la fustiga. Es lo que hacemos.

—Ella se comprometió con nosotros. Está arriesgando su vida por nosotros —dijo Nate, levantándose de la silla—. Me reuniré con Gable para hablar de todo y te daré más detalles —se dirigió a la puerta, con la mano en el pomo, cuando habló Benford—.

—Nash, operamos en un banco de niebla hostil, lidiamos con la ambigüedad y, si es necesario, aplicamos la amoralidad conveniente para lograr objetivos morales. Acéptalo o dime qué otra cosa quieres hacer con tu vida.

GABLE'S SAFE-HOUSE CARBONARA

Saltee los lardones de guanciale hasta que estén crujientes. Bata las yemas de huevo y el pecorino romano rallado hasta formar una bola dura. Cueza la pasta un minuto menos que al dente y, a continuación, utilice el agua de la pasta para batir la bola de huevo y queso hasta que quede cremosa. Mezcle la pasta cocida con la mezcla de guanciale y huevo y sírvala inmediatamente.

15

La segunda guerra fría

LA PETICIÓN de DIVA de que Nash participara en la segunda reunión con su reclutamiento nuclear norcoreano no gustó a Benford, que quería que Gable se encargara de ello. Pero Ricky Walters, en Moscú, informó de que Dominika había insistido en que Nash estuviera allí específicamente, lo que sólo iba a durar un par de horas apresuradas, estando la casa de campo tan cerca de la sede del OIEA y de las miradas indiscretas de los gorilas de seguridad de Noko. Benford cedió, razonando que no tendrían tiempo en dos horas para discutir sobre la exfiltración, y mucho menos para entablar, en palabras de Gable, ningún —gasp-and-grunt.—.

Nate voló directamente a Copenhague y tomó el vuelo de dos horas a Viena en Austrian Air, después reservó un espacio en la Pension Domizil, a media manzana por la Schulerstrasse del hotel de Dominika. Le dejó una nota con el número de su habitación y desayunó en el comedor con cortinas. Ella entró justo cuando él terminaba. Iba elegante con falda negra, túnica de cuero con cuello estrecho de piel y botines de cuero negro. Es que habían pasado tres semanas desde Grecia y, como solía ocurrir entre ellos, la dulce ausencia apagó las asperezas sobre su determinación de seguir espiando, a pesar de los crecientes peligros. No quiso desayunar y miró repetidamente su teléfono de operaciones encriptado de la línea T en busca de mensajes de Ioana, que esperaba en la cabaña/casa de seguridad por si el profesor Ri llegaba antes de su reunión programada a las mil doscientas. Tendrían dos horas con él, la totalidad de una larga pausa para comer a la que estaban acostumbrados los cinco mil euroburócratas mimados que trabajaban en el Centro Internacional de Viena en Donaustadt, al norte del río. El complejo de relucientes edificios en forma de Y albergaba permanentemente una sopa de letras de oficinas de la ONU, desde las que falanges de oficinistas internacionales elaboraban hectáreas de documentos, todos ellos sin duda críticos para la supervivencia del planeta: OIEA (energía atómica), ONUDI (desarrollo industrial), ONUDD (drogas y delincuencia) y UNOOSA (asuntos del espacio exterior).

Dominika volvió a mirar el teléfono, luego se inclinó sobre la mesa, agarró el jersey de Nate y tiró de él para besarlo.

—Nuestro agente no llegará hasta dentro de dos horas, y se tarda siete minutos en llegar en el tranvía número ocho —dijo, sentándose de nuevo—Por eso me gustaría subir a tu espacio y tropezar con huesos.

Nate se relajó y volvió a sentarse. —Normalmente decimos "darte en los huesos" para describir lo que estás pensando.

—¿Por qué?—dijo Dominika. —Creo que "tropezar" describe mejor lo que estoy pensando.

Arriba, Nate apenas tuvo tiempo de colgar el cartel de BITTE NICHT STÖREN en el pomo y cerrar la puerta. La túnica de cuero de Dominika chirriaba mientras hacían el amor, completamente vestidos, en un sillón, con las bocas pegadas y el pelo de Dominika caído sobre los hombros, con mechones pegados a sus mejillas sudorosas. La segunda ronda consistió en un frenético desprendimiento de ropas, el arrancamiento del extravagante edredón austriaco de la cama y la reinvención de lo que los historiadores llamaron por primera vez la postura del misionero, pero sin ninguna de las restricciones evangélicas originales.

Se sentaron en asientos separados frente a frente en el tranvía, con piernas temblorosas de máquina de coser y rostros sonrojados, intentando no mirarse. Dominika había recuperado el orden en el pelo, pero un mechón suelto que le colgaba de un lado de la cara dejaba entrever un reciente libertinaje de doncella. Salieron del tranvía y caminaron por el jardín del Arcotel, por el sendero que rodeaba el lago Kaiserwasser y por el último tramo de Laberlweg, una frondosa carretera que bordeaba el Danubio superior, un plácido brazo del río que se unía al principal río abajo. Las casas eran bonitas casitas de verano de dos habitaciones, con contraventanas rojas o azules y porches protegidos. Las casas tenían patios delanteros cubiertos de hierba que llegaban hasta la orilla, cada uno con un muelle de pontones para canoas y esquifes de verano, ahora desnudos y meciéndose suavemente en el lento movimiento de las aguas invernales.

Eran las 1200 y el profesor Ri aparecería dentro de unos minutos. Nate desempeñaría un papel subordinado durante el interrogatorio, preguntando en los momentos oportunos las necesidades de información de la CIA. Ioana daría un paseo durante la reunión, procedimiento estándar, pero también conveniente en el sentido de que Dominika no tendría que explicar quién era Nate, al menos no de inmediato. Dominika había estado jugando con la idea de reclutar a Ioana para la CIA —ella adoraría a Bratok, lo sabía— y la idea de que un subagente, un confederado, la ayudara en este trabajo era algo que quería discutir con Benford. Estuvo segura de que funcionaría, sobre todo si Ioana pasaba de la categoría de Gorrión a la de operativa.

Cuando abrió la puerta de la cabaña supo que el mundo se había derrumbado. El pequeño espacio de estar era un amasijo de muebles astillados y estanterías caídas, incluido un sillón volcado y empapado en sangre que había sido acuchillado una docena de veces, con el

relleno esparcido por el suelo. La cocina estaba llena de platos y vasos rotos. Nate hizo un gesto silencioso hacia la puerta, indicando que debían largarse, pero Dominika sacudió la cabeza y susurró —Ioana.— Pasando por encima de los detritus del salón, revisaron cada uno de los diminutos espacios. En uno, la ropa de Ioana estaba esparcida por la cama y una lámpara de noche había sido tirada a un rincón y destrozada. Dominika tenía la cara blanca.

Encontraron al profesor Ri boca abajo en la bañera del cuarto de baño, con restos de los cinco litros de su sangre esparcidos por las paredes de la bañera, la mayor parte de ella ya por el desagüe y probablemente alimentando a la carpa del Danubio. Volvieron a salir al espacio de estar, el rostro de Dominika era una máscara sombría.

—Este era Shlykov. Acaba de cerrar mi caso de Corea del Norte.

Nate siguió mirando a su alrededor, escuchando pasos.

—¿Ha sido Shlykov? —dijo.

—No—dijo Dominika. —Este es el trabajo de su bulldog Spetsnaz. Un hombre llamado Blokhin, que mató a Repina en Nueva York.

—¿Dónde está tu chica? Dijo Nate. ¿No estaba aquí esperando a tu agente?

—No lo sé—dijo Dominika. —Estoy preocupada. —Chasqueó los dedos. —Es que no la habían tocado y sacó la grabadora que Ioana había instalado antes de la reunión. La conectó a la toma de corriente, le dio cuerda y pulsó "play". —Es la voz activada—dijo Dominika. —Es que lo habría puesto en modo de espera antes de que llegara Ri. El siseo cesó y Dominika se quedó paralizada, mirando las bobinas. Los dos micrófonos inalámbricos ocultos habían captado una conversación amortiguada.

De repente, la voz de Blokhin se oyó con claridad, hablando en inglés (así que el muy cabrón habló en inglés todo este tiempo, ocultándolo, pensó Dominika). Su voz era tranquila y sedosa, luego la de Ioana, enfadada e indignada, y después Blokhin cambió al ruso, áspero y brutal, seguido de la cacofonía de un forcejeo. Ioana era fuerte y ágil, y el forcejeo pasó durante algún tiempo, con el sonido de su respiración entrecortada, primero débil y luego fuerte, cuando se alejaba o se acercaba a los micrófonos. El ruido de los muebles al romperse era constante. Dominika miró implorante a Nate y luego de nuevo a la grabadora, mientras Ioana gritaba un brusco —¡nyet!— seguido de un gemido, luego silencio, luego gemidos, y la sedosa voz de Blokhin de nuevo, en inglés, preguntando cuándo esperaban al caballero asiático y si Egorova vendría con él, y la voz de Ioana escupiendo una obscenidad. El sonido de una bofetada, luego un grito desgarrador, rápidamente amortiguado, y Ioana diciendo machaconamente que la reunión se había aplazado, que Egorova ni siquiera estaba en la ciudad, y otro grito: "¿Qué le estaba haciendo?",

"¿Estaba atada en una silla?", y luego unos débiles golpes en la puerta principal y la voz de Blokhin alejándose, luego desapareciendo del todo hasta que se oyó débilmente el agudo lamento de un hombre mientras Blokhin hacía en la bañera lo que había decidido para la norcoreana. Mientras él estaba fuera del espacio, Ioana, con la respiración agitada, habló al micrófono oculto en un susurro tembloroso y urgente. Su voz era metálica y flotaba en el aire.

—Es ruso, sesenta años, sesenta y ocho centímetros, noventa kilos, cara carnosa con cicatrices en la frente, brazos gruesos, muy fuerte. Le hice un corte en la mejilla con un vaso, pero no le costó un paso.— Ioana se echó a llorar brevemente, luego se detuvo y resopló. —Creo que me ha roto la muñeca. Me ha atado las muñecas y los tobillos y está usando el borde de un plato roto entre mis piernas.— Dominika, con los ojos desorbitados, miró a Nate horrorizada. Ioana sabía que iba a morir, pero le estaba dejando un mensaje a Dominika. —Pregunta por ti, cuándo llegarás. Le he dicho que no vendrás, pero no me cree. Quiere matarte a ti también. Estoy rezando para que no estés en camino. Es que cuando empiece otra vez gritaré como una loca, quizá me oigas, quizá él huya. Mi muñeca rota está doblada de lado. Espera. Oigo gritos desde el baño. Tu científico se ha ido. Soy el siguiente, va a volver. Mátalo si puedes. Ya tebya lyublyu, Te amo, cuídate scumpo, cariño.— Dominika puso su cabeza entre las manos y sollozó.

La voz de Blokhin volvió al alcance del micrófono, de nuevo arrullando a Ioana sobre cuándo se esperaba a Dominika, quizá no antes de que Ioana hubiera ablandado al profesor con esa cosita tan bonita entre las piernas, y otro grito de pesadilla que amainó en un sollozo, y Ioana balbuceando una y otra vez que Egorova no iba a venir, entonces empezó a gritar, bramidos desde la boca del estómago, una y otra vez, y sus gritos se interrumpieron de repente, seguidos de espantosos gorgoteos y jadeos —Nate reconoció el sonido de alguien que se ahogaba en su propia sangre a causa de un tajo en la garganta —, luego un gruñido de Blokhin como si la hubiera colgado del hombro, luego el sonido de las chirriantes bisagras de la puerta mosquitera. Después de varios minutos de silencio, Blokhin volvió a entrar, seguidos de tres minutos enteros de sonidos suyos destrozando todo lo que no estaba roto en la cabaña, luego el portazo de la puerta principal y nada más que el siseo de la grabadora.

Dominika señaló el sillón volcado, el cojín del asiento empapado de sangre. Ioana había muerto allí. Nate se acercó a la puerta mosquitera que daba al patio y al río, y la empujó ligeramente con un dedo. Es chirrió como en la cinta. Blokhin la había sacado fuera. Estaba en el río, flotando río abajo hacia Budapest, si es que no había aparecido ya en el recodo de un tronco flotante. Nate impidió que

Dominika, con los ojos rojos y los dientes enseñados, saliera. —Detente —dijo Nate—. Podría estar ahí fuera. Deja que lo compruebe. —El patio estaba vacío, pero había gotas de sangre en el muelle de pontones, donde Blokhin había salido para llegar a aguas más profundas y la había arrojado. Nate caminó hasta el final del muelle, conteniendo la respiración, medio esperando verla mirándole desde el agua azul y negra bajo los flotadores del pontón. Nada bajo el agua y nada más lejos en la corriente.

El afluente del Alte Donau fluía sin cesar para unirse al brazo principal del Danubio varios cientos de metros al sur, y había más de una posibilidad de ver su cuerpo tropezando con las pilastras del paso elevado de la A22 o de otro puente río abajo, a menos que él hubiera colocado algo pesado alrededor de sus pies, en cuyo caso aparecería en primavera, blanqueada e hinchada, una desconocida inidentificable que confundiría a las autoridades austriacas hasta que acabara en la sección comunal del cementerio de Zentralfriedhof, otro gorrión que terminó lejos de su hogar, sin ser reclamado por el país al que servía, sin que su familia supiera nada de su destino ni de su tumba.

Nate oyó que Dominika se acercaba por detrás; la cogió y la condujo fuera del muelle achispado, y ella miró el agua negra del invierno, gritó, se agachó y vomitó en la hierba. La condujo de nuevo al interior, le salpicó la cara con agua, se embolsó la bobina de cable de la grabadora, rebuscó en el dormitorio de Ioana y recuperó su pasaporte rumano con alias. Ambos sabían que no se les ocurriría avisar a la policía. El profesor Ri sería dado por desaparecido, pero Dios sabe cuánto tiempo pasaría hasta que lo encontraran en una cabaña de alquiler junto al río. Los forenses de la policía estatal austriaca eran muy minuciosos. Al cerrar la puerta principal de la casa, Nate limpió el pomo, pensando que entre la bañera, los muebles, la vajilla y el dragado del fondo del río bajo el muelle, el propietario tendría que hacer un poco de limpieza de primavera antes de que empezara la temporada de alquileres de verano.

Volvieron por Laberlweg, por donde habían venido, con las mejillas de Dominika mojadas por las lágrimas. Mientras caminaban, Nate estaba medio pendiente de si Blokhin salía del Kaiserwasser en una explosión de espuma, como un cocodrilo del Nilo emboscando a una cría de gacela. Pero Nate estaba bastante seguro de que Blokhin ya estaría a medio camino de Schwechat y el aeropuerto. Se había cargado al agente de Dominika siguiendo sus instrucciones, había matado al guardián del piso franco como recompensa, pero no había esperado a Egorova, probablemente porque había sido designada objetivo de oportunidad: atrápala si puedes, pero no merodees por el objetivo y no te arresten. Los gritos de Ioana le habían apresurado a seguir su camino. Su llegada tardía y la pronta aparición del

norcoreano en la cabaña probablemente les habían salvado la vida. Nate no se hacía ilusiones de poder defenderse de Blokhin en un combate cuerpo a cuerpo.

Nate se sorprendió de la brutalidad del asesino Spetsnaz. Debía de ser todo un muchacho. Todos aquellos tipos eran casos difíciles, pero a este le faltaba un tornillo. Es evidente que Dominika es un objetivo y está en peligro. ¿Podrían protegerla sus nuevos patrones del Kremlin? Dentro del palacio, seguro, pero ¿en la calle? Nemtsov, líder del partido de la oposición, había sido tiroteado en el concurrido puente Bolshoy Moskvoretsky, a la sombra de la Torre Vodovzvodnaya del Kremlin. Uno de los hechos era seguro: Dominika estaba muerta, a menos que la CIA pudiera acabar con el gilipollas de Shlykov y su oso bailarín, Blokhin.

Dominika se hundió contra él, con el cuerpo tembloroso y la voz entrecortada.

—Estábamos en tu espacio, haciendo el amor, mientras a ella la torturaban, ganando tiempo, entregándose para salvarme —sollozó. —Tuvo el valor de describir al hombre que la torturaba, aun sabiendo que iba a morir. Oh, neschastnyy Ioana, pobre hermana desgraciada. Deberíamos haber estado allí.

—No lo sabíamos, y si hubiéramos estado allí, estaríamos en el río también,— dijo Nate. —Ese tipo no iba a dejar que nadie se fuera.

—Debería haber estado allí,— dijo Dominika.

Nate se detuvo en medio del camino y la sacudió por los hombros.

—Escúchame. No es culpa tuya. Un poco menos de culpa y mucho más de pensar en sobrevivir. ¿Ese Shlykov te va a dar una paliza en Moscú?

Dominika se encogió de hombros y lo sacudió.

—En la Rodina puede pasar cualquier cosa.

—Entonces acabar con él en Estambul es fundamental. ¿Podrás acabar con él sí le complicamos la vida?

—Si falla y avergüenza al presidente, está perdido. ¿Pero qué harás?

—No me creerías si te lo dijera,— dijo Nate. Mientras caminaban, él esbozó el plan para quemar al comandante Shlykov, y el papel de ella en la operación. Dejó de llorar, le ardían los ojos y pensó en Ioana.

En Washington, el pesado proceso de selección de un nuevo DCIA se aceleró y Langley recibió la orden de preparar sesiones informativas para uso de los candidatos durante su comparecencia ante el Congreso. Benford contempló este requisito con inquietud.

La única posición política del presidente que preocupaba a

Benford era la desconfianza de éste hacia la CIA y su convicción de que se trataba de una organización anacrónica, orgánicamente propensa a cometer fechorías y actos ilegales y que, en consecuencia, debía ser demolida y reorganizada en profundidad. Felizmente, decía el presidente, una nueva DCIA iniciaría reformas críticas. Para ello, la Casa Blanca estaba presentando tres candidatos para la DCIA, uno de los cuales sería seleccionado por su personal para su confirmación por el Senado. El poco comprensivo SSCI aprobó el plan y ordenó a la CIA que informara por igual a los tres candidatos para preparar las audiencias de confirmación. Informar sobre fuentes y métodos a los candidatos antes de que se hubiera seleccionado un candidato formal era una herejía, pero tanto el director en funciones como el lamebotas del Congreso Duchin se encargaron de que los jefes de división cumplieran.

Benford estaba sentado al final de la enorme mesa de conferencias ovalada de la séptima planta del Cuartel General, escuchando con amargura cómo Forsyth terminaba de informar a los tres candidatos para la DCIA sobre un activo sensible de la División EUR: el representante de la Autoridad Palestina ante el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya, cuyo caso estaba produciendo voluminosos datos de inteligencia sobre el apoyo iraní a la OLP y Hezbolá. La presentación de Forsyth había sido precedida por una sesión informativa del Jefe de la División de América Latina, el locuaz Johnny Cross —con bigote de lápiz y tan guapo como un ídolo de matiné—, sobre un caso en Caracas, el viceministro de Petróleo reclutado, que se había convertido en una mina de oro de información sobre la moribunda industria petroquímica venezolana, incluidos pagos secretos de miles de millones de China para mantener a flote al escaqueado gobierno. La siguiente fue la jefa de la División de Asia Oriental, Brenda Neff, rubia, tetona y profana, que hablaría a los nominados sobre un activo del EA, un capitán de la marina filipina que estaba proporcionando útiles evaluaciones e imágenes de los atolones fortificados del Mar de China Meridional que estaba construyendo Pekín.

Benford observó con ironía que sus colegas estaban informando sobre recursos importantes, pero de nivel medio. Ningún jefe de división iba a levantarse totalmente la falda y entregar ninguna joya de la corona, al menos de momento. Duchin sabía lo suficiente como para sospechar que iban despacio, y cuando el director en funciones se enterara —como sin duda lo haría por boca de ese pájaro carpintero que era Duchin—, los jefes recibirían la orden de abrir los libros a los nominados por completo. Sólo era cuestión de tiempo.

Los tres nominados estaban sentados en los extremos opuestos de la mesa, respectivamente aburridos, atentos y desconcertados. La

senadora estadounidense Celia Feigenbaum estaba furiosa: gracias a sus muchos años en el Comité de Asignaciones del Senado, estaba totalmente convencida de que había que reducir radicalmente la CIA, si no abolirla, empezando por ceder varias Direcciones al Departamento de Defensa, la NSA y el FBI. Si era confirmada como DCIA, estaba decidida a limpiar la casa, y para Benford, esto era una idea calamitosa, aún más asombrosa por la opinión expresada por la senadora de que los principios clandestinos permanentes de la Agencia —robar secretos y explotar vulnerabilidades para subyugar a objetivos humanos— eran inmorales. —Es lo que no somos, no es lo que Estados Unidos representa", ronroneaba la senadora con frecuencia y piadosamente a cualquier periodista que le pusiera un micrófono en la cara. Era una de las principales candidatas, en parte porque sus puntos de vista pecksniffianos reflejaban los del presidente.

La senadora había llegado acompañada de su director de personal, Robert Farbissen, y exigió alegremente que recibiera las mismas sesiones informativas que los candidatos, a lo que el jefe de Asuntos del Congreso, Duchin, accedió de inmediato, ya que Rob también tenía acreditación del TS. Benford apretó los dientes; era una concesión escandalosa. Lo sabía todo sobre Farbissen: había sido un fijo en Washington durante décadas, revoloteando de personal en personal, causando estragos con sus fiebres revanchistas y su moquillo partidista. Bajito y achaparrado, con la boca ladeada y los dientes caídos bajo una nariz de manzana de seto, Farbissen se sentó triunfalmente a la mesa de conferencias para escuchar los secretos más preciados de las cámaras acorazadas de la detestada CIA. Se volvió para darse cuenta por primera vez de que Simon Benford estaba sentado a su lado, puso cara de gran desagrado, se levantó y se apartó tres asientos, como si Benford fuera —paciente cero— en un pabellón de peste. La medida del hombre, pensó Benford, es la distancia de tres asientos en la mesa.

Más atenta estaba la vicealmirante de la Marina estadounidense Audrey Rowland. Ataviada con su uniforme azul oscuro de servicio, estaba sentada con las manos cruzadas sobre la mesa, y las gruesas franjas doradas de las mangas de su rango de tres estrellas resplandecían sobre la oscura mesa de conferencias de nogal. Había sido nombrada Alumna Distinguida tras cursar estudios avanzados en la Escuela Industrial de las Fuerzas Armadas de Fort McNair, en Washington. Durante los veinte años siguientes, había ocupado puestos cada vez más importantes, el último como comandante de la Oficina de Investigación Naval a orillas del río Potomac, en Virginia. En la ONR, supervisó enérgicamente a casi tres mil científicos, investigadores civiles permanentes y contratistas, al tiempo que gestionaba un presupuesto anual de investigación de más de mil

millones de dólares.

Audrey había ascendido meteóricamente, pasando en dos años del grado de contraalmirante (la mitad inferior) al de contralmirante, y tres años más tarde le concedieron su tercera estrella como vicealmirante. Benford la observaba a través de las pestañas bajas, observando que llevaba más ensalada de frutas en el pecho que Bull Halsey, incluyendo la Medalla al Servicio Superior de Defensa, la Legión al Mérito, la Medalla al Servicio Meritorio de Defensa, la Medalla al Servicio Meritorio (tres condecoraciones), la Medalla de Encomio de la Armada y el Cuerpo de Marines (cuatro condecoraciones) y la Medalla al Logro de la Armada y el Cuerpo de Marines. Ninguna era una condecoración por combate o servicio en el mar.

A sus cuarenta y nueve años, la VADM Aubrey Rowland era la mujer moderna con poder de la Marina estadounidense del siglo XXI: brillante, hábil administradora y decorosa. Nunca se había casado —las inevitables habladurías circulaban de vez en cuando, sobre todo entre sus envidiosos colegas masculinos, que seguían siendo humildes capitanes al mando de grupos de destructores en Yokosuka—, pero, por lo demás, la VADM Rowland era considerada discretamente una doncella benigna, totalmente dedicada a la Marina y a su misión. Cuando se hizo la convocatoria de posibles candidatos para la DCIA, el nombre de Rowland fue propuesto inmediatamente por el Jefe de Operaciones Navales, el Secretario de Marina y secundado por Potus.

Había precedentes: un almirante había dirigido la CIA a mediados de los setenta; hacía demasiado tiempo que no recordaba el daño duradero causado por la llamada Masacre de Halloween en 1977, cuando doscientos oficiales de operaciones fueron despedidos por no ser esenciales, seguidos de otros ochocientos oficiales de casos hasta 1979, desarraigando de un plumazo a toda una generación de experimentados veteranos de la calle, la mayoría con conocimientos de idiomas casi nativos, un bien de valor incalculable. Pero eso fue hace treinta años, y hoy la Marina estaría encantada de volver a tener a uno de los suyos dirigiendo la CIA, ninguno de cuyos oficiales de operaciones mostró nunca mucho respeto por la inteligencia naval o el NCIS, el servicio de investigación criminal. Benford estudió el rostro alargado y varonil del almirante, su barbilla prominente y su pelo rubio recogido en un moño trenzado por detrás, pero con un rizo alborotado por delante que, incluso para el ojo ciego de Benford, resultaba extraño. Rowland se dio cuenta de que Benford la miraba, asintió con la cabeza y sonrió agradablemente, exhibiendo un incisivo izquierdo que sobresalía. Ok, quizá los almirantes físicos no tienen por qué ser guapos, sobre todo los cerebritos, pensó. Como DCIA, previsiblemente se centraría en la parte científica y tecnológica de la

casa, pero con suerte al menos apoyaría un servicio clandestino que necesitaba urgentemente reanimación.

En el extremo opuesto de la mesa, claramente desconcertado por al menos dos tercios de lo que se le había informado hasta entonces, se sentaba el tercer candidato a la CIAI, el embajador Thomas —Tommy— Vano, que había actuado como actor de películas de serie B en los años ochenta (Space Rage, Maniac Brainiac), y fue elegido el hombre vivo más sexy en 1985, pero empezó a desvanecerse y salió de Hollywood antes de estrellarse definitivamente. Con los modestos ingresos del cine, empezó a comprar centros comerciales en Florida, junto con un cuñado empresario, al comienzo del boom inmobiliario de los noventa. Más afortunado que previsor, Vano ganó millones y creó una empresa, un consorcio de inversores que compraba materias primas mundiales, incluidos metales raros y preciosos. Durante las dos décadas siguientes, siguió la estela de sus socios y ganó más millones, varios de los cuales donó a la campaña de la derecha, y en 2008 fue nombrado embajador en España. Permaneció cuatro años en un perpetuo, aunque agradable, estado de leve desconcierto, donde conoció por primera vez y se sintió transportado por los vinos de Rioja y los caparrones, el terroso guiso riojano de alubias blancas y pimentón ahumado.

A su regreso de Madrid, el Departamento de Estado le retuvo inexplicablemente y le nombró Embajador en Misión Especial de Inteligencia, lo que significaba que tenía un despacho destartalado en un pasillo interior de Main State, con un equipo de dos personas, y que asistía a innumerables reuniones. El puesto había estado vacante durante dieciocho meses, principalmente porque ningún diplomático de alto rango del Departamento de Estado quería mojarse los zapatos en la turbera blanda del mundo del espionaje. Pero al embajador Vano las reuniones de enlace con diversas agencias de inteligencia de la ciudad le resultaban tolerablemente interesantes, aunque no especialmente exigentes, y como representante del Departamento de Estado rara vez se le pedía que participara (el leproso en el baile de la plaza, había murmurado un ingenio de la NSA). Como jefe de misión en Madrid, había recibido informes de inteligencia que le parecían emocionantes, como guiones de cine.

Sin embargo, un día Tommy Vano interrumpió una discusión sobre metales estratégicos comprados y atesorados por Moscú y Pekín, y mencionó casualmente que su consorcio estaba familiarizado con los mercados mundiales de materias primas, los ministros de los gobiernos, los compradores comerciales, las minas de extracción y las reservas. Todo ello. A partir de ese día, tuvo un sitio en la mesa y, a pesar de ser más afable que perspicaz, fue aceptado como experto en la materia.

Cuando se hizo la convocatoria de candidatos para la DCIA, el secretario de Estado saliente (que aún creía en el código de conducta que establecía que los caballeros no leen el correo de los demás) propuso al honorable Thomas Vano para la DCIA, citando su perspicacia para los negocios, su experiencia en el extranjero como diplomático y sus atributos como actual embajador general de inteligencia, con profundos vínculos y contactos dentro de la comunidad de inteligencia. Es cierto que se trataba de jerga de Washington y de patentes tonterías, pero Vano consiguió entrar en la terna final.

Era alto y pechugón de pájaro, con el pelo negro ondulado de un bucanero, ojos límpidos y una hendidura a lo Cary Grant en la barbilla. Benford observó con interés que la única persona visible que respondía a la vibración sexual de Vano era el jefe de la División EA, Neff, un conocido espíritu libre al que el adjunto de la sección de crimen organizado de la División Antinarcóticos se refirió en una ocasión como receptor habitual de bienes hinchados. El senador Feigenbaum era demasiado viejo y mezquino para importarle, y la almirante Rowland no movió sus galones dorados ni un milímetro, y parecía ajena a todo.

Que Dios nos proteja, pensó Benford. Una arpía del Capitolio empeñada en destruir la Agencia, una torpe física de la Marina y un millonario de peluche que, como embajador en Madrid, pensaba que las siglas ETA del grupo terrorista vasco significaban hora prevista de llegada.

En la sesión informativa de hoy, Benford se había negado —en aras del tiempo— a hablar de ningún caso ruso, y estaba decidido a demorarlo todo lo posible. MAGNIT seguía ahí fuera, Nash acababa de informar de que el GRU tenía en el punto de mira a DIVA, y el infierno iba a estallar en Estambul si no hacían algo inmediatamente. Estambul iba a ser un desastre.

Los WOLVERINEs. En Sebastopol. Que Dios nos ayude, espero que sean tan listos como Forsyth jura que son. La Primera Guerra Fría terminó hace treinta años. Ahora estamos luchando en la segunda.

GUISO DE CAPARRONES RIOJANOS

Freír chorizo en rodajas y cebolla y ajo picados en aceite de oliva hasta que estén blandos. Añadir pimentón y copos de chile rojo y seguir sofriendo. Añadir los tomates frescos picados, el agua, el caldo de verduras, los tomates picados en conserva y la pasta de tomate. Llevar a ebullición y cocer a fuego lento tapado. Añadir el perejil picado y las alubias blancas (cannellini o navy) y seguir cociendo a fuego lento hasta que espese, con una consistencia intermedia entre la

de una sopa y la de un guiso. Dejar reposar una hora (o toda la noche) y volver a calentar para servir bien caliente, con un chorrito de aceite de oliva y un huevo escalfado flotando por encima.

16

Los WOLVERINE

DURANTE los días de la Guerra Fría, la llegada a la bulliciosa estación de Roma del primer oficial de casos Tom Forsyth, recién salido de la formación en la Granja, fue recibida de diversas maneras por sus colegas. Algunos de ellos le enseñaron Roma y le indicaron las mejores trattorias de cocina pobre romana y dónde encontrar una botella de Cesanese del Piglio del Lacio. Su jefe de sección le incluyó en la lista de invitados a media docena de celebraciones del Día Nacional en embajadas extranjeras, donde pudo empezar a buscar promotores por su cuenta. El jefe de informes le sentó y repasó las listas de objetivos para que supiera que buscar.

Gale Stack, oficial superior de la estación de Roma, tenía cincuenta y cinco años y estaba a punto de jubilarse. En los primeros años de su carrera había tenido oportunidades como directivo, pero no le habían salido bien debido a sus prioridades, que incluían almuerzos de tres martinis, contabilidad creativa de su fondo rotatorio de operaciones (RF) y charlar con las camareras de los bares. Stack estaba resentido porque nunca se le había apreciado por lo que aportaba a la mezcla. Le habían pisado y pisoteado mucho. La llegada del joven Forsyth —estaban en cubículos de oficina contiguos— brindó a Stack la oportunidad de descargar un molesto caso encriptado WOLVERINE. Es no iba a ninguna parte, al menos no con el esfuerzo que Stack estaba dispuesto a dedicarle. El activo, un joven emigrante polaco llamado Witold Zawadzki, se había ofrecido voluntario para entrar en la embajada, y Stack había apartado a otros oficiales para el caso. Estuvo pensando que sería un tren de salsa —mucha información a cambio de poco trabajo—, así como una buena partida en su RF para cobrar comidas y cenas.

WOLVERINE procedía de una familia aristocrática de Cracovia, una de las szlachta, la nobleza polaca, que se remontaba a 1360 y al rey Casimiro III el Grande. Enviado a Roma de niño a vivir con una tía, Witold, que ahora tenía veinticinco años y era ciudadano italiano, odiaba a los soviéticos sólo un poco menos de lo que odiaba a los zdrajcy, los polacos traidores que vendieron a su propio país. En su primera reunión como agentes, el fogoso joven polaco —nervioso, delgado, con el pelo rubio peinado hacia atrás— miraba atentamente a su agente de hombre blanco con las uñas cuidadas, cuya mano temblaba mientras sacaba la aceituna de martini de un palillo con sus grandes dientes blancos. Witold se inclinó hacia delante y le dijo al agente de la CIA que estaba dispuesto a regresar a Polonia y que su

familia conocía a polacos patriotas afines en el gobierno, el partido y el ejército. Stack eructó, pidió otro martini y le dijo a WOLVERINE que pidiera lo que quisiera del menú, cualquier cosa.

En un segundo almuerzo borrachín en la fabulosamente cara marisquería La Rossetta, a la sombra del Panteón, WOLVERINE trajo una lista de influyentes familias polacas que, con un cuidadoso estímulo, proporcionarían información sobre el liderazgo del Partido Comunista polaco, la actividad de la inteligencia soviética en Polonia y los niveles de preparación militar del Pacto de Varsovia. Dejando a un lado su pinza de langosta, Gale Stack cogió el papel con un pulgar suave como la mantequilla, se lo metió en el bolsillo del abrigo y le dijo a Witold que había rastreado los nombres. Conteniendo su mal genio, WOLVERINE le dijo a Stack que quería hablar con otra persona de su organización. Alarma. Mala idea dejar que otro agente de la comisaría metiera las narices para ver cómo Stack se gastaba las comidas en este caso, por no hablar de dejar que este aspirante a luchador por la libertad se quejara de su agente.

Al día siguiente, Stack le dijo al jefe de sección que WOLVERINE era un emigrado amargado sin acceso a información y que recomendaba a la comisaría que acabara con el activo con una prima de despido de 1.000 dólares (le daría al joven 500 dólares y se quedaría con el resto como dinero de bolsillo) y dejara de perder el tiempo. El jefe de sección dijo que Ok, pero algo le hizo cambiar de opinión, y le dijo a Stack, en su lugar, para entregar el caso a otro oficial, que tal vez el cambio de la química ayudaría. Alarma. Un oficial experimentado de la comisaría vería la verdadera historia e informaría. Entonces Stack se acordó de Forsyth, el chico nuevo del cubículo de al lado. Aún no conocía el oficio; sería perfecto. ¿Qué te parece—preguntó Stack. Un caso fácil en el que curtirse, presionar al agente para que desarrolle el acceso, despacio y con calma. El jefe de sección se encogió de hombros y dijo vamos.

Ese fue el comienzo de la red WOLVERINE. Tras una reunión de intercambio de personal, Tom Forsyth y su nuevo agente Witold Zawadzki empezaron a tantearse con cautela: Witold vio que su nuevo agente novato era honesto, enérgico y tenía muchas ganas de triunfar; Forsyth vio que había que controlar el compromiso feroz del joven polaco impaciente. No se conseguiría nada realizando misiones suicidas. Las incursiones de regreso de WOLVERINE a Polonia empezaron lentamente —cubiertas como viajes de compras comerciales para una empresa de diseño italiana— dejando que el SB, el Sluzba Bezpieczenstwa, el servicio de inteligencia polaco controlado por los soviéticos, se acostumbrara a ver ir y venir al joven con pasaporte italiano.

Después de dos viajes, WOLVERINE reclutó a un amigo de la

infancia, ahora capitán del ejército polaco, al que cifró WOLVERINE/2. Amigos de la familia, WOLVERINE/3 y /4, una atractiva ex estudiante de arte, ahora asistente especial en la secretaría del partido, y un sargento de policía respectivamente, fueron adquiridos en los seis meses siguientes. El siguiente reclutamiento de Witold fue WOLVERINE/5, su primo, que casualmente era comunicador en la sede del Ministerio del Interior, que procesaba el tráfico de mensajes del KGB entre Varsovia y Moscú. Los flujos de inteligencia comenzaron lentamente. WOLVERINE/1 (como agente principal) recogía informes de esos subagentes y los llevaba a Forsyth en Roma.

La dirección de la estación de Roma se incorporó y empezó a tomar nota, y luego le siguió el Cuartel General. Los informes de los WOLVERINE eran magníficos, e incluían fotografías de documentos clasificados del Pacto de Varsovia y del Ejército Rojo soviético nunca antes vistos. Los analistas de contrainteligencia se mostraron escépticos: una información demasiado buena para ser cierta siempre despertaba sospechas, pero los informes se corroboraban y seguían llegando. Forsyth tenía que frenar continuamente a Witold, decirle que fuera más despacio, que equilibrara la producción con el riesgo. En su continuo esfuerzo por proteger a sus WOLVERINE, Forsyth formó a Witold en fotografía clandestina, comunicaciones impersonales, escritura secreta e informes avanzados de inteligencia, quien a su vez formó a los miembros de su red dentro de Polonia.

Un mes después, Witold presentó a Forsyth una cinta de audio de una reunión a puerta cerrada del frenético Comité Central del Partido Comunista Polaco en la que se discutía si cumplir o ignorar una orden del director del KGB Chebrikov de arrestar a los díscolos mineros de Wujek y a los trabajadores de los astilleros de Gdánsk del movimiento Solidaridad. Antes de la reunión, WOLVERINE/3, la escultural ayudante de secretaría que se llamaba Agnes Krawcyk y que, alarmantemente, era una adicta a la adrenalina, había colocado un micrófono y una pequeña grabadora (montados por WOLVERINE/5, el genio de la electrónica llamado Jerzy) bajo el estrado del presidente. Incluso mientras presentaba los informes —que posteriormente fueron calificados con una rara O de sobresaliente—, Forsyth se asustó. Los WOLVERINE no durarían si seguían corriendo los locos riesgos de los últimos meses, le gritó a Witold. Y el uso de dos WOLVERINE en la misma operación violaba el principio de mantener a los miembros de la red WOLVERINE separados unos de otros. Es bastante arriesgado que Witold sepa el nombre de todos. Esto tenía que acabar.

Durante una cena navideña en el apartamento de su tía en Roma, Witold sonrió a Forsyth —lo lejos que habían llegado juntos— y le dijo que, dada la preocupación maternal de Forsyth, pospondría por el

momento su plan de secuestrar al Rezident del KGB en Varsovia y entregárselo atado a Forsyth a tiempo para Navidad. Brindaron con una copa de wódka de Chopin. En los tres años de gira de Forsyth por Roma, la red WOLVERINE había producido cientos de informes de inteligencia de gran interés, y había informado a los responsables políticos de Washington sobre los peligrosos últimos coletazos de la dominación soviética de Europa del Este. El Cuartel General ascendió a Forsyth y entregó la Medalla al Mérito a Witold.

Cuando la Unión Soviética implosionó en 1989 y Polonia volvió a la luz, Forsyth propuso que sus cinco WOLVERINE se mantuvieran juntos y en la lista de servicio activo. Imaginó al equipo viajando como representantes comerciales de varias empresas polacas que vendían máquinas-herramienta, bombas y programas informáticos en zonas denegadas —Corea del Norte, Cuba, Irán, Rusia—, países mortalmente difíciles para los agentes de la CIA tradicionalmente cubiertos. Por otra parte, la escultural Agnes Krawcyk había ingresado en la Facultad de Conservación y Restauración de Obras de Arte de la Academia de Bellas Artes de Cracovia, donde finalmente obtuvo el título de conservadora licenciada de obras de arte antiguas de terracota, yeso y cerámica. Forsyth preveía para Agnes viajes operativos al extranjero con cobertura como restauradora de arte.

Con una relativa libertad de movimientos en estos países—dijo Forsyth, el equipo podría llevar a cabo discretamente los actos operativos requeridos. Los WOLVERINE habían recibido formación a lo largo de los años y dominaban la vigilancia callejera, la entrada subrepticia, la búsqueda de lugares, el reclutamiento y la elaboración de informes de inteligencia. Todos ellos hablaban polaco y ruso con fluidez, además del francés, el alemán y el protoinglés por satélite necesarios. Eran autosuficientes, agresivos, arriesgados por naturaleza y ferozmente leales a Forsyth, que era como un dios para ellos. Entonces intervino el Cuartel General.

Hubo una larga disputa burocrática sobre la propuesta de Forsyth para los WOLVERINE. La nueva generación de dirigentes de la CIA —en su mayoría antiguos analistas y administradores políticamente ambiciosos que durante décadas habían resentido el brío y la hegemonía de la Dirección de Operaciones y que ahora, perversamente, pretendían reformar la DO hasta hacerla caer en el olvido— veían a estos cinco fanáticos eslavos (o lo que fueran) como dinosaurios retro de la Guerra Fría. Además, la recolección de información en la era moderna se estaba desplazando hacia los drones, los satélites y los puestos de escucha electrónicos masivos. La clásica HUMINT (inteligencia humana), como un oficial hablando con una fuente clandestina, la única forma segura de obtener los planes e

intenciones de la oposición, se estaba atrofiando como método de recopilación demasiado peligroso y lento. La mayoría de los burócratas de la CIA, frenéticos por evitar colapsos operativos, no querían tener nada que ver con oficiales de casos, coleccionistas, operadores, vaqueros, arrancadores de cabelleras, mustangs, putas viejas, cazadores de cabezas, o cinco malditos WOLVERINEs de Europa del Este para el caso, que sólo podían crear ruina azul y acabar con ellos delante de un comité de supervisión del Congreso.

Es que cuando parecía que la ignorancia y la acedia de la Central iban a prevalecer, y que los WOLVERINE iban a ser puestos a pastar, en 2001 surgió una crisis que implicaba a empleados de la CIA en Siria. Tres analistas visitantes —dos mujeres y un hombre— de la Oficina de Análisis de Oriente Próximo y Asia Meridional (NESA) habían hecho caso omiso de las directrices de la estación de Damasco de permanecer en el recinto de la embajada en el centro de Damasco, en la avenida Abu Ja'far al Mansur. Estaban en Siria para recoger —la verdad sobre el terreno— sobre la guerra civil siria, y pensaban que sabían lo que estaban haciendo. Dos de ellos hablaban un árabe rudimentario. Salieron un martes por la mañana con la intención de visitar las oficinas de la Cruz Roja Internacional en la plaza Arwada, el Hospital Italiano en la avenida Omar Al-Mukhtar y el zoco Al Khoja en la calle Al Thawra, un viaje de ida y vuelta de tres horas y diez millas.

Cuando no regresaron a la embajada al cierre, el oficial de seguridad llamó a la policía metropolitana, que varias horas después encontró el cadáver de una de las mujeres en el suburbio oriental de Jobar, en la planta baja del edificio incendiado de la Torre de los Maestros, un cascarón ennegrecido de diez plantas entre escombros y tanques oxidados con las escotillas abiertas de par en par y las orugas desprendidas de las ruedas motrices. La mujer, de cuarenta y seis años, divorciada y madre de dos hijos, estaba atada con alambres en ropa interior Maidenform a un oxidado somier apoyado contra una pared agujereada por la metralla, y tenía una brida de plástico alrededor del cuello. Es se encogió de hombros, la policía dijo que podían haber sido soldados sin escrúpulos de las Fuerzas de Defensa Nacional, o insurgentes suníes, o una unidad de Hezbolá, quién lo diría, pero que esperaban que la cinta de tortura llegara a la embajada en varios días.

Esa noche, el agente de seguridad recibió una llamada desesperada de los otros dos analistas. Se habían librado por los pelos de ser secuestrados corriendo por un callejón cuando su taxi había sido bloqueado por dos coches. Habían hecho señas a un anciano en un camión abollado y se habían ofrecido a pagarle para que les llevara a la embajada, pero los controles de carretera de Hezbolá y una

atronadora explosión a una manzana de distancia habían sembrado el pánico en el conductor, que en lugar de eso condujo a los analistas manifestantes a su casa en el pueblo de As Saboura, a ocho millas al oeste de la ciudad por la Ruta Uno. El anciano y su esposa estaban aterrorizados ante la posibilidad de que los insurgentes islamistas locales descubrieran a los estadounidenses y los asesinaran a todos: por la noche, las calles estaban llenas de bandas armadas de hombres con pañuelos keffiyeh. Los analistas estaban atrapados, incapaces de moverse. Tenían agua y les habían dado de comer: la anciana había preparado kurrat-barasya, un aromático guiso sirio de puerros y cordero, para toda la semana. Pasaron la noche en el sofá, escuchando voces en el patio. No tenían mucho tiempo: algún vecino acabaría dándose cuenta y hablaría, o los militantes podrían registrar las casas.

Para complicar aún más las cosas, alguien de la policía había susurrado al comandante local de la Fuerza Qods iraní que dos oficiales de la CIA estaban varados y escondidos en algún lugar de Damasco. Desde Teherán se hizo un llamamiento a los órganos de seguridad, la milicia y las unidades del ejército sirios para que encontraran y detuvieran a los pérfidos estadounidenses que, como es lógico, no estaban acreditados ante el gobierno sirio y, por tanto, carecían de inmunidad diplomática. A pesar de las repetidas protestas del embajador en funciones, se establecieron barricadas de Hezbolá alrededor de la embajada estadounidense. Los agentes de la estación intentaron varias veces despejarla y conducir hasta ella, pero tuvieron que abortar cuando detectaron una fuerte vigilancia de acoso. Se retiraron.

En el Cuartel General, la grave situación en Damasco fue el primer tema de debate durante la reunión nocturna de revisión ejecutiva del Director, celebrada en el espacio de conferencias de la séptima planta. Los califas de Langley que normalmente se sentaban en las sillas de respaldo alto a esperar órdenes del centro estaban sombríos: tenían un analista muerto entre manos, y la posibilidad de perder dos más no dejaría de causar problemas. Nadie tenía ninguna idea, ni nadie iba a sugerir una solución, y la conversación se marchitó. El silencio dispéptico se rompió cuando el ahora Jefe EUR Forsyth presentó a los dirigentes reunidos que su equipo de agentes polacos podría infiltrarse en Damasco sin llamar la atención, ponerse en contacto con los dos analistas supervivientes y exfiltrarlos fuera de Siria, probablemente hacia el oeste, al Líbano. No habría contacto con la Estación asediada. Las caras alrededor de la mesa se iluminaron. Era una solución a dos niveles: o bien se rescataba a los analistas, o bien se podía culpar a Forsyth y a su séquito de bailarines de polca del fracaso de la operación.

Tres WOLVERINE volaron al aeropuerto internacional de

Damasco a través del vuelo intermitente de Syrian Air desde Argel, haciéndose pasar por representantes del Consejo Empresarial Polaco en busca de oportunidades de negocio en nuevos proyectos de renovación urbana, una tapadera que resultaba marginalmente plausible dada la creciente devastación de los suburbios de Damasco. Otros dos WOLVERINE, entre ellos Witold, amigo de Forsyth, viajaron en jeep desde el Líbano y actuaron en Jdeidat Yabous, una ciudad siria situada a cuarenta y cinco kilómetros al oeste de Damasco. Es estaba a tres kilómetros de la frontera libanesa, el paso fronterizo oficial. Witold y su colega llegaron en un Toyota Land Cruiser blanco con el logotipo de Heritage for Peace en la puerta, una organización familiar dedicada a proteger sitios del Patrimonio Mundial y antigüedades en Siria. Ningún lugareño les prestó atención.

Tras una llamada desganada al Ministerio de Vivienda y Construcción, los WOLVERINE de Damasco determinaron que eran negros y operaban sin problemas. Localizaron la casa geolocalizando los teléfonos móviles de los analistas en As Saboura con una unidad CANINE, un sistema de seguimiento por satélite y GPS propiedad de la CIA, operado desde una inocua tableta de siete pulgadas y con una precisión de cinco metros. Los exhaustos analistas fueron despertados a las cuatro de la mañana por WOLVERINE/4, el ex sargento de policía polaco que, de alguna manera, había entrado en la pequeña casa sin hacer ruido. Los metieron en un coche que los esperaba y los condujeron hacia el norte por la autopista Uno, donde se encontraron con el Toyota de Witold al amanecer. En el vehículo de Witold, los analistas de la CIA recibieron camisas de campo y vaqueros caqui, sombreros flexibles, botas del desierto y pasaportes belgas. A continuación, Witold condujo hasta la frontera, programando el cruce a mediodía, cuando el tráfico de camiones era más intenso y los barrigones funcionarios de aduanas estaban pensando en el almuerzo. Uno de los aduaneros sirios tocó el pasaporte belga de uno de los aterrorizados analistas y le hizo una pregunta en francés, un idioma que no hablaba. El analista, desmayado, vomitó los restos de estofado de puerro y cordero sobre las botas del aduanero. Witold explicó con pesar que su colega había bebido agua de un arroyo más abajo del último pueblo y que llevaba enfermo dos horas. Sacudiendo la cabeza ante los ajami, esos bárbaros no árabes —todo el mundo sabía que había que beber de los arroyos antes de atravesar las ciudades—, el aduanero les hizo pasar. A la mañana siguiente, los analistas salían de Beirut en un vuelo con destino a París. Mientras tanto, los otros tres WOLVERINE regresaron a Damasco para reunirse de nuevo con el desconcertado ministro, dejaron el todoterreno de alquiler y volaron a Abu Dhabi al día siguiente. Sin dejar rastro, sin alboroto, por cortesía de los WOLVERINE. La estación de Damasco respiró aliviada, los

grandes de Langley se pavonearon y Forsyth tuvo a su equipo WOLVERINE intacto.

Los WOLVERINE permanecieron en servicio activo otros tres años, pero con su patrocinador y defensor Tom Forsyth destinado en el extranjero y luego en el Cuartel General, fueron finalmente retirados, y se les pagaron las cuantiosas anualidades que habían acumulado a lo largo de los años. Hubo una ceremonia de entrega de premios en el Cuartel General en la que los cinco WOLVERINE recibieron medallas individuales por Servicios Distinguidos, una Mención por Unidad Meritoria, así como relojes de sobremesa de latón y madera grabados con un bisel de hora mundial y el logotipo de la CIA en la esfera. La presentadora que leyó las menciones —había nacido el año en que Witold eludió a los perros guardianes en el bosque de Kampinos, a las afueras de Varsovia— tuvo algunos problemas con los nombres en polaco, pero el Director Adjunto había memorizado gratulacje, —felicidades— en polaco, que repetía sin cesar mientras estrechaba las manos.

Gracias a su actuación en Siria, Forsyth mantuvo a los WOLVERINE en la lista de reserva, pero sólo había trabajo intermitente, y todos acabaron por dispersarse hacia jubilaciones cómodas aunque carentes de espíritu. Tres regresaron a Polonia con sus familias. Agnes, la única mujer de la red, era soltera, terrenal y todavía una niña salvaje. Se instaló en el sur de California y encontró trabajo restaurando obras de arte en el Museo Getty. Witold, siempre serio y motivado, y crónicamente soltero, eligió vivir en Nueva York, donde ocasionalmente trabajaba como consultor de seguridad autónomo.

Así pues, la inesperada llamada de Forsyth para que los WOLVERINE hicieran las maletas y se reunieran en Nueva York fue la ansiada evasión de sus anodinas vidas. La cita tuvo lugar en el exclusivo club Tiro A Segno (fundado en 1888) de Mulberry Street, en el Village, del que Witold —gracias a su nacionalidad italiana— era socio. Es un lugar especial: La fachada del club, compuesta por tres anodinas casas de piedra rojiza, sólo se identificaba por una placa de latón y un toldo rojo. El vestíbulo de entrada estaba adornado con dos escopetas antiguas colgadas en la pared. El bar, los salones y las salas de juego eran de madera y cuero, y la mesa de la sala de billar era de un precioso fieltro naranja. El comedor estaba bañado por la tenue luz de los colgantes de cobre, y las mesas íntimas brillaban con cristal y mantelería blanca. En el aire del club se respiraba la fragancia de las cosas sabrosas que pasaban en la cocina italiana. Los miembros de Tiro (así se llamaba) se conocían entre sí y asentían cortésmente.

Witold había reservado el estrecho espacio privado con una mesa

para treinta comensales y había pedido una cena sencilla a base de mozzarella di bufala importada y mantecosa con jamón serrano, un risotto de langosta pecaminosamente rico y fruta fresca de postre. Las WOLVERINE llegaron pronto y Witold las recibió con una copa de prosecco. Sus rostros se iluminaron cuando Forsyth entró en el espacio, y los polacos se movieron para estrecharle la mano y abrazarle en ambas mejillas, un feliz reencuentro de la Guerra Fría. Es demasiado tiempo. Las caras volvieron a girarse hacia la puerta cuando Nate Nash entró en el espacio. Atento y en forma, moreno e intenso, Nash llevaba una americana sobre una camisa de rayas y una corbata azul oscuro. Los WOLVERINE hicieron sus evaluaciones individuales: Witold observó detenidamente cómo Forsyth se dirigía a Nash para calibrar el estatus del joven; Ryszard, el antiguo capitán del ejército, observó cómo Nash establecía contacto visual al hablar; Piotr, el antiguo sargento de policía, registró la fuerza del apretón de manos de Nash; Agnes, desde lejos, apreció los hombros de Nash bajo la americana.

—Habéis estado todos holgazaneando —dijo Forsyth—Tenemos trabajo que hacer. Piotr, el ex policía, resopló.

—Nos habéis hecho esperar lo suficiente —dijo.

—No estaba seguro de que no te hubieras vuelto gordo y lento en la jubilación — dijo Forsyth inexpresivo.

—Piotr es el más gordo—dijo Jerzy, el genio de la electrónica.

—No te preocupes por mí—dijo Piotr. —El pelo del espigado Jerzy se estaba debilitando en la parte superior.

—Thomas, como puedes ver, la disciplina es tan mala como siempre,— dijo Ryszard. —Estos inútiles no han cambiado.

—Suficiente,— dijo Witold, siempre al mando. —Thomas, dinos qué trabajo tienes para nosotros.—Era siempre el aristócrata, vestido con un traje de doble botonadura de color carbón claro.

—Rusia, Crimea, Sebastopol.

—Fenomenal, maravilloso—dijo Ryszard. —El tiempo será cálido y soleado.

—¿Cuánto tiempo—preguntó Witold. Dio un sorbo a su prosecco, mirando a Nate por encima del borde de la copa.

—Dos días, tres; el objetivo es un almacén —dijo Forsyth. Forsyth volvió a mirar a Nate.

—Pero primero cuéntanos algo de este joven —dijo Agnes. Era alta y de rasgos afilados, con ojos grises y un espeso cabello negro que le caía hasta los hombros. Tenía un mechón blanco como la nieve en el pelo, una coleta blanca que empezaba en la frente y caía hacia atrás. Llevaba un vestido de punto negro que se ceñía a un cuerpo que parecía el monte Rushmore.

—Este es Nathaniel Nash —dijo Forsyth—He trabajado con él

durante seis años. Coordinará la operación. Los polacos guardaron silencio.

—¿Coordinará o dirigirá—preguntó Piotr.

—Dirigir. Tiene mucha experiencia en operaciones en zonas denegadas — dijo Forsyth.

—¿Puedo preguntar dónde?—dijo Witold en voz baja. Forsyth sabía que no iba a ser fácil.

—Moscú —dijo Nate, hablando por primera vez. —Helsinki, Roma, Atenas... —Agnes pensó que era atractivo, el hombre-niño seguro de sí mismo.

—¿Vy govoríte po-rússki?— preguntó Ryszard. ¿Hablas ruso?

—Estudié en la universidad y lo mantuve después —dijo Nate en ruso. Los polacos percibieron al instante en su acento y su fraseología que hablaba con fluidez, probablemente mejor que cualquiera de ellos.

—Es el mejor oficial que he visto en la calle, jamás —dijo Forsyth. Nate se miró los zapatos. Sí, bueno en la calle, con el culo en pompa, pensó. Piotr dio un sorbo a su bebida, y Agnes ladeó la cabeza, sin dejar de mirarle.

—Thomas, perdóname, pero creo que Pani Nathaniel, el señor Nate, es demasiado joven para ser tan bueno —dijo Piotr. Las cabezas se giraron. Todo el mundo conocía a Piotr el policía: estaba probando. Forsyth contuvo la respiración. Vamos, Nash, pensó.

—Si estuviera de acuerdo contigo —dijo Nate en ruso coloquial, mirando a Piotr a los ojos—, ambos estaríamos equivocados.

Hubo un momento de silencio y Witold le tendió un vaso a Nate: —¿Quieres prosecco?—dijo.

Después de la mozzarella, les quedaban veinticinco minutos antes de que el risotto llegara a la fase final de la mantecatura, en la que se añade mantequilla fría al arroz terminado, así que Witold sugirió que bajaran al campo de tiro del sótano. El nombre —Tiro A Segno— significaba de hecho galería de tiro y el incongruente campo de cincuenta yardas con tres puntos de tiro acolchados de cuero era popular entre los socios. Piotr miró a Nate y señaló los rifles de cerrojo de percusión anular situados en dos de los puestos de tiro, se puso las orejeras, introdujo el cargador de cuatro cartuchos en el rifle y accionó el cerrojo para disparar una bala. Nate hizo lo mismo y ambos apoyaron los codos en el acolchado de cuero y miraron por los visores. Las dianas de papel eran simples ojos de buey de tres anillos que colgaban de clips con orugas y que podían recorrerse a lo largo del campo de tiro iluminado, para variar las distancias o para acercarse a inspeccionarlas.

Agnes se colocó detrás de Nate y le susurró udachi, buena suerte, en ruso. Los pequeños rifles estallaron y cada blanco se agitó cuando

las balas del 22 hicieron agujeros irregulares en el centro del papel: grupos excelentes y ajustados en las dos dianas. Al cuarto disparo, tanto Forsyth como Witold vieron que el cañón del rifle de Nate vacilaba durante un segundo. Los rifles se aseguraron y los blancos volvieron a la línea de tiro. El blanco de Nate era perfecto; todas las balas habían pasado por el mismo orificio expandido en el anillo más pequeño. Piotr dio un grito. Su blanco tenía un agujero fuera de las anillas, cerca del borde del papel: un desastroso —volante.— Nate estrechó la mano de Piotr con expresión seria. Piotr miró a Forsyth y Witold, que sonreían con cara roja. Volvió a mirar a Nate, que seguía serio, pero le brillaban los ojos. Es por fin: Nate había disparado a través de los carriles para colocar el tiro aparentemente tirado en la diana de Piotr, una vieja broma del maestro de campo de tiro que Gable le había gastado una vez al propio Nate. Piotr se agarró a la mano de Nate, con el ceño fruncido.

—Beris druzhno, ne budet gruzno —dijo Nate en ruso—. Es algo que no pesará si lo cogemos entre todos. Piotr le dio una palmada en el hombro a Nate.

—Ahora te invito a una copa —le dijo.

ZRAZY ZAWIJANE-POLACO MATAMBRE DE TERNERA

Se cortan finas lonchas de filete de ternera. Ponga cebollas y pepinillos cortados en rodajas finas y un dedo de pan francés cortado sobre cada rebanada, enróllelo bien y sujételo con palillos. Hervir las setas secas en caldo de carne. Pasar los rollos de carne por harina y dorarlos en mantequilla con más cebollas en un horno holandés. Cubrir los rollos con el caldo y hornear hasta que la carne esté tierna y el líquido de cocción se haya reducido a una rica salsa.

17

Fase Uno

EL ESTRECHO puerto en forma de S de Balaklava, en la costa sur de la península de Crimea, era demasiado corto para llamarlo fiordo. Protegido por escarpados promontorios coronados por las ruinas de un fuerte genovés construido en 1365, el pequeño puerto, bañado por el sol, estaba flanqueado por almacenes vacíos y dos restaurantes somnolientos con mesas y sombrillas. Al final del puerto, en el lado oeste, bostezaba una decrépita galería de hormigón que era la entrada a la desaparecida base soviética subterránea de submarinos, con un canal de quinientos metros construido bajo la montaña durante la Guerra Fría para proteger a los submarinos de la Flota Roja de un ataque nuclear. Agrupados en las colinas sobre el lado este del puerto se encontraban los edificios más nuevos de la ciudad, incluido el Hotel Dakkar Resort, con tejados de tejas rojas y balcones de piedra con vistas a la pequeña joya del puerto. Por la noche, bajo las revoltosas estrellas de Crimea, las escasas luces de la ciudad brillaban sobre las aguas tranquilas.

Nate y los WOLVERINE entraron en el puerto de Balaklava a medianoche, a bordo de un crucero de cincuenta y dos pies de eslora, con casco azul oscuro y elegante cubierta barnizada. El yate, alquilado con dos tripulantes de la Subdivisión Marítima de la CIA, había partido de Varna (Rumanía) y en dos días había navegado las trescientas millas náuticas, sin tocar tierra, directamente hasta la bahía de Balaklava, en la plácida costa de Crimea, cubierta de pinos e islotes rocosos. El barco atracó en un amarradero vacío del modesto Golden Symbol Yacht Club, demasiado tarde para registrarse ante las autoridades. A la mañana siguiente, los desinteresados aduaneros ucranianos registraron los pasaportes con alias polacos de los pasajeros de un crucero de vacaciones por la costa. En lugar de alojarse a bordo del yate, los pasajeros reservaron seis espacios en el Hotel Dakkar y pasaron el resto del día explorando la pequeña ciudad, subiendo la colina hasta las ruinas del castillo y haciendo la visita organizada a los corrales subterráneos de submarinos, ahora convertidos en museo. Al final del día, se habían cerciorado de que la policía local o los servicios de seguridad regionales no les vigilaban. Es había tenido en cuenta que Nate —conocido por el FSB moscovita como oficial de la CIA— se encontraba técnicamente en la Crimea controlada por Rusia, pero era anónimo en compañía del equipo.

Comieron en el abarrotado Café Argo, mojando pan crujiente en ensalada de remolacha georgiana de color bermellón, exprimiendo

limones sobre shashlik, chisporroteando brochetas de cordero espolvoreadas con orégano silvestre, acompañadas de cervezas Lvivski heladas. Los WOLVERINE estaban atentos pero tranquilos. Nervios templados, profesionales de primera. Nate trató de contener su expectación, el nerviosismo que siempre sentía antes de una operación. Vio que Agnes le miraba desde el fondo de la mesa, percibiendo su estado de ánimo. Mañana se pondrían en marcha, viajarían a Sebastopol e irrumpirían en el almacén; DIVA había informado de la dirección desde Moscú. Nate y los WOLVERINE habían ensayado cómo etiquetarían las cajas con balizas rápidas, y Nate vio lo buenos que eran. Tan buenos, de hecho, que ampliaron el plan original. Había establecido fianzas con los polacos durante los dos días de entrenamiento: Witold y Ryszard, rígidamente correctos; el inteligente Jerzy, bueno, inteligente; y el rudo Piotr, una versión polaca de Gable. Agnes no había dejado de mirar a Nate, clasificándolo, evaluándolo. Ahora, en Balaklava, parecía tranquila y serena; quizá el único signo de nerviosismo preoperatorio era su costumbre de enroscarse un mechón de su espeso pelo en un dedo.

Una hora más tarde, Nash estaba en el balcón en penumbra de su habitación de hotel antes de irse a la cama, mirando el puerto negro y la luz de las estrellas en las colinas al otro lado del agua. Dominika. La vería pronto, si nada se torcía en los próximos dos días. Se imaginó lo que le diría en Estambul. Gable estaría rondando, observándoles, con su gran cabeza de perro pastor girada hacia el viento, olfateando. Jesús, quería abrazar a Dominika, ponerle las manos en la espalda y estrecharla contra él. Si hacía eso, Gable lo echaría a los leones.

Pero sabía, sólo sabía, que Dominika montaría en cólera si la rechazaba; ya lo había hecho antes. Ella pensaba que podía ser espía y seguir enamorada de su contacto en la CIA, a quien deseaba. Y no simpatizaba ni un ápice con su dilema de que sus superiores desaprobaran que hicieran lo que ambos más deseaban. Ella se encargaría de que no lo despidieran. Si se amaban, con eso bastaba.

Si me amas, nada más importa, le había dicho Dominika. A Nate le molestaba estar en esta situación, le molestaba que Benford le mirara por encima del hombro todo el tiempo, le molestaba la agudeza de Gable, le molestaba la maldita incorregibilidad rusa de Dominika. Y mañana él y su equipo irrumpirían en un almacén a plena luz del día y jugarían con explosivos antipersona diseñados para hacerlos volar por los aires. Tranquilo, ¿qué te pasa? pensó. Oyó un clic en el pestillo de la puerta y se giró para ver una rendija de luz en el pasillo que se ensanchaba y volvía a oscurecerse. Había alguien en su espacio. ¿EL FSB? ¿Se había perdido la cobertura hostil de hoy? Respira. Los latidos suben. Nate se alejó silenciosamente del balcón y cogió el pesado cenicero de cristal de la mesa auxiliar. Olió a perfume

y se le revolvió el estómago. No podía ser. Agnes salió de la sombra y se asomó a la luz de las estrellas que atravesaba el espacio. Llevaba una camisa de dormir holgada y estaba descalza.

—Las cerraduras de estas puertas son ridículamente fáciles —dijo.

Nate tragó saliva.

—Agnes, ¿qué estás haciendo? ¿Estás bien? Él sabía la respuesta.

—Siempre estoy un poco nerviosa antes de una operación—dijo ella. —¿Verdad?

—¿Nerviosa por qué—preguntó Nate.

—Bueno, no estoy nerviosa exactamente—dijo Agnes pasándose los dedos por el pelo.

—¿Qué exactamente?—dijo Nate.

—Más bien amorosa —dijo ella.

—¿Amorosa?

—Cachonda —dijo acercándose a él. Le tocó la mejilla.

—Agnes —dijo Nate—, esto no es buena idea. Mañana tenemos trabajo.

—Es para calmar los nervios —dijo ella, bajando la mano por el pecho de él.

—Ok —dijo Nate. Su perfume era cítrico y le hizo pensar. Era exótica y primitiva. Sintió el calor de su mano a través de la camisa y se mareó. Benford, Gable, Domi, los reglamentos, expulsados de la CIA, separados del Servicio, el florecimiento cítrico y almizclado de ese diapasón pechugón llamado Agnes de pie a un palmo de distancia, respirando sobre él. Sus brazos se movieron involuntariamente una fracción; sabía que en tres segundos iba a enroscar sus dedos en aquella melena con el copete blanco y aplastar sus bocas juntas. Podía ver la subida y bajada de sus pechos bajo la camisa; el dobladillo inferior vibraba a medida que su cuerpo temblaba. Tres, dos, uno. Joder. Para. Sus manos se quedaron a los lados. Agnes le quitó la mano del pecho, dio un paso atrás y se sacudió el pelo.

—Estoy pensando en el equipo, eso es todo, en que hagamos esto bien —dijo Nate.

—Entonces, ¿vamos?—dijo Agnes.

Nate tomó su mano caliente entre las suyas. No quería que se fuera enfadada. Lo último que necesitaban en territorio hostil.

—Eres increíblemente guapa y sexy. ¿Pero no crees que no es lo correcto?

—Es lo correcto—dijo ella con rotundidad. Se dio la vuelta y salió por la puerta sin hacer ruido. Jesús, está furiosa.

Nate se despertó una hora después, con el espacio a oscuras y el olor a cítricos en la nariz. Sintió que Agnes se deslizaba desnuda bajo la sábana, le aplastaba los pechos y le pasaba una pierna por encima de la cadera. Sintió una suave humedad en la pierna. Su piel estaba

febril y ella le sopló al oído.

—He cambiado de opinión —le dijo. El mechón blanco de su pelo le cayó sobre la cara.

La bulliciosa ciudad portuaria de Sebastopol hervía bajo el sol de Crimea. Sus ocho ensenadas festoneadas estaban bordeadas de parques conmemorativos de la guerra, playas públicas de guijarros y elegantes mansiones encaladas. Más hacia el interior, los rascacielos de apartamentos se apretujaban entre calles atestadas de tráfico. En el mayor de los puertos, la bahía de Sebastopol, estaban los enormes muelles de hormigón de la Flota rusa del Mar Negro, una docena de cascos grises erizados amarrados a popa. Sebastopol estaba a doce kilómetros de la pequeña Balaklava, por encima de las montañas. A mediodía, Nate y los WOLVERINE tomaron el autobús marshrutka número 9 desde el puerto de Balaklava hasta el intercambio de cinco kilómetros a las afueras de Sebastopol, y luego montaron en el autobús urbano número 14 hasta la parada de Omega Beach en el fondo de la bahía de Kruhla. La ruta había sido trazada por fotoanalistas del Cuartel General que habían —recorrido— los doce kilómetros a través de imágenes digitales por satélite. Los pequeños autobuses iban abarrotados y Nate compartió asiento con Agnes, que aquella mañana parecía haber recorrido una larga distancia a caballo, lo cual no era del todo inexacto. Mientras los demás dormitaban en el caluroso y bamboleante autobús, Agnes empujó su muslo contra el de Nate.

—¿Cuándo conoceré a tus padres?— dijo Agnes en ruso.

Nate cerró los ojos.

—Agnes, deja de bromear. Sentía remordimientos a dos niveles: Acostarse con Agnes —un miembro del equipo que dirigía, con un trabajo delicado por delante— era una imprudencia. Acostarse con ella semanas antes de ir a ver a Dominika era peor. Es como si se observara a sí mismo desde una esquina opuesta del espacio, incapaz de controlar los acontecimientos. Joder, ¿se había debilitado tal vez como una forma de desafiar a sus superiores regañones? ¿Quizá para crear algo de espacio entre él y Domi? Vamos, pensó, racionalízate. Agnes se había mostrado activa e insistente, pasándose la mano por la boca para no despertar a todo el hotel. Con los labios húmedos, le había cogido la cara entre las manos y le había susurrado jestes taka sliczna, eres muy guapa en polaco, sin que Nate supiera lo que había dicho.

Ahora era la mujer mayor y libertina, con el brillo de la mañana siguiente, divirtiéndose.

—Nunca te he dicho que sé cocinar —susurró. —¿Qué tipo de pastel te gusta?

—No te estoy escuchando,— dijo Nate. En secreto, le divertía y le interesaba. Aquella mujer, de veintipocos años, lo había arriesgado todo luchando en la sombra por su país. Era la segunda después de Witold en las sesiones de planificación, y era obvio que él la respetaba. Durante el entrenamiento, Benford le había mirado mal una vez, y ella le había devuelto el gesto, ganándose la aprobación a regañadientes de Benford. Nate sólo había visto dolor en sus ojos una vez, cuando Piotr se burló de ella por haberse convertido en una solterona. Era diferente, fuerte y apasionada.

—Oh, sí, me siento de maravilla esta mañana —dijo, conversando. —Eres todo un músico, ¿lo sabías? Se apartó el pelo húmedo de la nuca y se abanicó con un cartón.

Nate negó con la cabeza.

—Concentrémonos en el día de hoy. No lo tendremos claro hasta que estemos en el barco esta noche y fuera del límite de las doce millas.

—No te preocupes, estoy preparada. Todos estamos listos,— dijo Agnes. Le puso la mano en el brazo. —Tendremos éxito, ya lo verás.—

Nate lo vio. Desde la parada de Omega Beach, el equipo caminó por separado y despreocupadamente por la concurrida calle Mayachina, de seis carriles, mezclándose con los compradores de la tarde y los ciudadanos que se dirigían a casa. Tres llevaban mochilas al hombro, y los otros tres, bolsas de la compra con cremallera muy usadas en los mercados al aire libre. Mantenían entre sí las mismas distancias que las personas vigiladas, convirtiéndose en su propia contravigilancia. A mitad del bulevar se separaron en tres parejas: la primera cruzó una parcela vacía; la segunda caminó por frondosos patios entre bloques de apartamentos; la tercera se adentró en una polvorienta callejuela sembrada de basura. Además de la vigilancia hostil, buscaban druzhinniki, los jubilados sentados en taburetes frente a los bloques de apartamentos que eran la guardia no oficial del barrio. Nate estaba en modo hiperdetección, con los sentidos alerta, escaneando, escuchando, oliendo. Nada. Quizá los ciudadanos estaban todos en la playa. Estado: Negro. Comprobación de tiempo. Vamos.

Convergieron desde tres direcciones hacia los cuatro almacenes de metal gris, colocados en fila sobre una plataforma de cemento llena de maleza. Apenas se oía el rugido del tráfico en Mayachina, a una manzana de distancia. Los edificios estaban manchados de óxido y los tejados caídos. Los flanqueadores hacían señales con las manos para indicar que no había nadie. Un pájaro gorjeó y un grillo zumbó entre la maleza. Nate se puso en cuclillas y respiró hondo. ¿Demasiado silencio? Un pensamiento de emboscada parpadeó en su mente. ¿Dejaría el GRU municiones sin vigilancia de esta manera? Procesó los sonidos y miró en las sombras bajo los árboles lejanos. Todo

despejado. Witold se arrodilló a su lado.

—¿Qué pasa? —dijo Witold. La parte de atrás de su camisa estaba mojada.

—Es lo que sientes—dijo Nate.

—Sé lo que quieres decir—dijo Witold. —Hacer esto a la luz del día no es normal. Pero necesitamos luz, y los autobuses paran a las nueve. El plan es sólido.

—¿Van a dejar cohetes y minas sin vigilancia?— dijo Nate.

—No olvides que son rusos—dijo Witold. —Es el GRU combatiendo en una operación ilegal; estarán decididos a mantenerlo en secreto, especialmente para los ucranianos.

—¿Alarmas? ¿Trampas explosivas? — dijo Nate. DIVA no había informado de nada, pero puede que no le hubieran informado de tales detalles.

—Jerzy revisará la puerta y buscará sensores de movimiento. No han hecho el sistema que no puede derrotar,— dijo Witold. —Ryszard buscará cables trampa.

Nate hizo una señal y Jerzy se arrodilló junto a la abollada puerta lateral de hojalata y pasó los dedos por los bordes, buscando salientes o huecos en la puerta que pudieran indicar la presencia de cabezas de alarma al otro lado. Negó con la cabeza. Nate asintió a Piotr, que forzó la cerradura deslustrada con un rastrillo de serpiente y una llave de torsión en quince segundos, y luego abrió la puerta unos centímetros mientras Jerzy volvía a pasar los dedos por los bordes. Negativo. Piotr abrió la puerta, se asomó al interior y volvió a asomar la cabeza y les hizo señas para que avanzaran. Nate chasqueó suavemente los dedos y el último par salió por el otro lado.

El interior del almacén era relativamente pequeño. El suelo de hormigón agrietado estaba empolvado con un fino polvo gris. Unas oxidadas vigas verticales de acero clavadas en el suelo sostenían las vigas enrejadas del tejado. —Mira las pisadas, las huellas de las manos —susurró Nate a Witold, señalando el suelo polvoriento. No había ventanas a lo largo de las paredes, pero la luz lechosa provenía de dos claraboyas con manchas de pájaro. Una forma angular en el centro del almacén estaba cubierta por una lona de color verde oscuro. Las cajas.

—No toques la lona —susurró Ryszard—Es posible que esté conectada a una espoleta.

Nate asintió. Empezó a caminar alrededor del montículo cubierto, pero Ryszard lo detuvo.

—Ilumina el suelo —le dijo.

Nate apuntó con su linterna —una NEBO SLYDE de 250 lúmenes — hacia delante. Apareció una línea doble en el suelo —un cable trampa invisible y su sombra— que corría hasta la viga más cercana, donde había atada una caja negra con un cono de cobre sujeto por un

brazo metálico. El cono era como un pequeño megáfono y apuntaba al montón cubierto de lona.

—Dispositivo antipersona SM-70 —susurró Ryszard. —Ochenta pequeños cubos de acero, veinticinco metros de zona letal; solían ponerlos en las vallas fronterizas.

—¿Se puede desactivar? —dijo Nate.

—Es necesario dejarlo intacto. Se darían cuenta si lo desarmamos, — dijo Ryszard. —Tenemos que trabajar en una zona de muerte en vivo. Tomémonos nuestro tiempo. No te fijes en el cable trampa. Quieren que sigas la línea y pases por alto una placa de presión oculta en otro lugar. Trampa para bobos.

Quitaron lentamente la lona de las cajas. El cable trampa del SM-70 desapareció bajo la caja cercana.

—No levantes ni muevas esa —dijo Ryszard, señalando.

Había un total de quince cajas de pino sin pintar, con bisagras en la parte superior, pestillos metálicos estampados y asas metálicas plegables en los extremos. No había marcas de ningún tipo que indicaran su contenido. Las tapas y los fondos de cada caja estaban reforzados con patines de madera para facilitar el apilamiento. Nate calculó que ocho de las cajas medían aproximadamente metro y medio —parecían el ataúd de un niño— y contendrían los lanzagranadas RPG-18 Mukha y las granadas de propulsión separada. Las siete cajas restantes eran cuadradas y profundas, con asas de cuerda en los extremos. Esas serían las minas.

Nate y los WOLVERINE empezaron a trabajar en silencio, con movimientos coordinados y eficaces. Normalmente, un equipo de seis personas sería demasiado grande para este tipo de trabajo, pero ahora significaba que podían trabajar más rápido, dividiendo las tareas. Es lo que se había acordado en el entrenamiento: además de balizar las cajas de madera, había tiempo para inutilizar las minas y los cohetes. Las minas explosivas PMN-4 de plástico negro, cada una del tamaño de una tarta de frutas navideña, pero sólo ligeramente menos letales, se sabotearon levantando las tapas de los émbolos y cortando las puntas de los percutores a ras de los émbolos de resorte Belleville. Los pasadores cortados nunca entraban en contacto con los detonadores de la carga principal de cada mina, de cincuenta y cinco gramos de RDX de alta velocidad. Las granadas propulsadas por cohetes, colocadas en cajas de madera de seis en seis, se fijaban con tres gotas de superglue en cada orificio de retención para congelar el accionador del motor secundario del cohete que guiaba el proyectil hasta su objetivo. Ahora, los sorprendidos artilleros del PKK apuntaban los lanzadores, apretaban los gatillos y se quedaban boquiabiertos ante los proyectiles que salían del tubo a un metro de distancia y rodaban por la acera, inofensivos.

Mientras tanto, Agnes y Witold habían vaciado el contenido de las mochilas y las habían colocado en fila en el suelo. Eran patines de madera duplicados que se cambiarían para sustituir a los tacos originales. Uno de ellos era una baliza de proximidad HAMMER de corto alcance, diseñada para su uso en entornos urbanos densos, y el otro era una baliza de geolocalización QUICKHATCH que informaba de la posición a larga distancia vía satélite GPS. Con QUICKHATCH se podía seguir a un camello a través del Sáhara desde un ordenador portátil en Manhattan. Con sumo cuidado, se desatornillaron los patines originales y se fijaron los —calientes— sustitutos en su sitio con silenciosos destornilladores de empuje. Agnes era una maravilla, recogiendo madera desechada, contando herramientas y asegurándose de que las cajas quedaban exactamente como las encontraron comparando las fotos que había tomado con su móvil en cada fase de la operación. Una vez verificadas, las fotos se borraban.

El sol de la tarde se atenuaba y Nate miró el reloj. No quería trabajar con linterna. Witold le vio, sonrió y le dijo —cinco minutos más.— Nate dio un cauteloso paseo por el exterior, todavía preocupado por la posibilidad de una trampa aún no activada, pero la zona alrededor del almacén estaba despejada, nada se movía. Volvió a entrar y Agnes estaba esperando cerca de la puerta, fuera del alcance del oído de los otros WOLVERINE.

—Ya casi hemos terminado —dijo sonriendo—Todo ha ido sobre ruedas.

Nate asintió.

—Hacéis un buen trabajo —dijo Nate—. Forsyth cree que vuestro equipo es el mejor, y yo también.

Agnes se alisó el pelo.

—¿Crees que nos vamos esta noche o mañana?— preguntó.

—Si volvemos a una hora razonable, no hay razón para no irnos esta noche, como si hacemos un crucero a la luz de la luna —dijo Nate.

—Sólo me preguntaba si pasaríamos otra noche en el hotel —dijo Agnes, mirándolo con sus ojos grises.

—Oh, no —dijo Nate, negando con la cabeza. —No empieces, Agnes.

—Ese barquito será estrecho con todos nosotros a bordo, sin intimidad.—

Nate trató de imaginar a Agnes desnuda en una estrecha litera superior con Piotr roncando en el estante inferior.

—Pensaba que el comienzo de una operación te hacía sentir así,— dijo Nate. —Se acabó; estamos acabados.

—A veces antes de una misión, a veces después —dijo ella, suspirando—A veces durante.

Nate alargó la mano y la cogió.

—¿Qué voy a hacer contigo? le dijo.

Ella le apretó la mano.

—¿Tengo que decírtelo o puedes adivinarlo?

Los WOLVERINE terminaron su trabajo, dejando la pila de cajas como las encontraron y cubriendo la lona exactamente como había estado, según las fotos digitales que Agnes había tomado del interior del almacén antes de empezar. Soplaron las huellas manchadas y levantaron una nube de polvo que cubrió uniformemente las cajas, la lona y el suelo como antes. Nate comprobó las fotos de Agnes para verificar la escena —ella estaba cerca de él, sosteniendo la cámara, con el calor de su cuerpo palpable—, retrocedieron y observaron cómo Jerzy volvía a cerrar la puerta y limpiaba las superficies, aunque no parecía que los rusos fueran a buscar huellas en el polvo, dada la forma desordenada en que habían almacenado las municiones.

El vaivén del autobús de vuelta a Balaklava a través del crepúsculo de Crimea pareció alargarse. Nate escuchaba las sirenas y el sonido de las motocicletas que se acercaban por detrás, y se esforzaba por concentrarse más adelante, en las curvas, buscando los caballos de sierra rayados de un control de carretera, los coches en ángulo a través de la carretera. Nada.

Permanecieron agachados para reducir el perfil mientras el crucero se alejaba lentamente del muelle, bajaba por el puerto, pasaba la boya marítima y se adentraba en mar abierto. Es de noche, el horizonte al oeste aún está un poco iluminado, la oscuridad al este y al sur es impenetrable. La tripulación le hizo una señal a Nate cuando habían recorrido doce millas, fuera de las aguas territoriales de Putin, y Piotr abrió una botella de Sliwowica, se quedaron juntos en la cubierta de popa y bebieron bajo las estrellas. Agnes se las ingenió para tropezar con Nate mientras Ryszard cantaba —Hej Sokoly,—Hey Halcones,— de la guerra polaco-soviética. El crucero se balanceaba en el suave oleaje del mar.

Fase uno terminada, pensó Nate, dos y tres en camino. Estambul. Gable. Dominika.

ENSALADA DE REMOLACHA GEORGIANA

Ponga las remolachas hervidas, las ciruelas pasas sin hueso, el ajo, las nueces y la crema agria en un robot de cocina y triture hasta obtener una pasta granulosa. Decorar con nueces picadas y cilantro. Servir con pan crujiente.

18

Segunda fase

EL PRINCIPAL contacto de enlace de Nate en el TNP era un capitán de treinta años llamado Hanefi. Era bajo y moreno, con una sola ceja en forma de oruga y un espeso bigote negro que se le movía hacia los lados cada vez que se agitaba. Estuvo aprendiendo inglés e intentó utilizarlo en cada oportunidad. Hanefi tenía el dorso de las manos como salido del Fantasma de la Ópera, quemado durante una explosión, y ocultaba la brillante desfiguración guardándoselas en los bolsillos. Nate y Hanefi trabajaron bien juntos, pero no antes de que el intenso agente de policía empezara a confiar en Nate. Gable le había advertido sobre el trabajo con turcos: —Nada de intentos de reclutamiento, nada de movimientos de oficiales, ni siquiera si uno de ellos se ofrece voluntario. Se toman su tiempo para entrar en calor, pero una vez que están satisfechos de que no les estás haciendo trabajar, son tus amigos de por vida. Pero si luego te pillan intentando robarles el bolsillo, nunca lo perdonarán ni lo olvidarán.—

Nate pasó horas con Hanefi, escuchando las escuchas telefónicas de Shlykov con Moscú y varios líderes de células del PKK —se utilizaba el ruso y un inglés entrecortado— hablando de la próxima entrega de armas. Para un oficial de su rango, el sentido de la seguridad en las comunicaciones telefónicas de Shlykov era inexistente. Cada llamada descuidada a un separatista identificaba a cinco miembros más, esos cinco, a diez más. Cada ubicación identificada llevaba a las dos siguientes, luego a las tres siguientes, todas ellas en los suburbios llenos de hollín de Estambul: Cebeci, Alibeyköy, Güzeltepe; un apartamento en un rascacielos manchado de óxido; un cobertizo de adobe en una calle fangosa; o una granja en un barranco asfixiado por la basura. Había tantos sitios que se trajeron unidades de policía adicionales de Ankara para ayudar a vigilar todos los lugares.

Luego llegaron las municiones y un helicóptero de la TNP con un receptor HYENA transportó a los equipos de vigilancia de la TNP —que eran los mejores que Nate había visto en su vida— hasta los almacenes donde se guardarían los explosivos antes de su dispersión. Los pacientes turcos se instalaron en cada lugar, vigilando y marcando a los sospechosos. Se ultimó un plan de asalto coordinado. Los turcos estaban impresionados con las balizas de Nate; eran una maravilla, decía Hanefi.

—¿Cómo lo has hecho, Nate Bey?— preguntó Hanefi una noche a última hora en un puesto de escucha ahumado, refiriéndose a las

cajas. Nate sonrió.

—Si me preguntaras si lo hicimos en Rusia, no sabría decírtelo —dijo Nate. Hanefi echó hacia atrás la cabeza y se echó a reír.

—Aferin, sen Osmanli —dijo Hanefi. Quiso decir: Bravo, eres un otomano, un semental honrado.

La noche de las múltiples incursiones, Nate comprobó las lecturas de la baliza QUICKHATCH desde un terminal del consulado. Los turcos no podían acceder a esa tecnología —no conocían el sistema redundante—, pero todas las localizaciones estaban corroboradas al cien por cien. Benford llamó por teléfono y elogió la actuación de Nate tanto en Sebastopol como en el trabajo con los turcos en Estambul, que calificó de "satisfactoria". Parte del plan de Nate para inculpar a Shlykov ya llevaba un tiempo en marcha, una estratagema de denigración tan insidiosa que un Gable risueño había dicho que Shlykov ya estaba jodido, sólo que aún no lo sabía. —Buena suerte, esta noche —había dicho Benford, y luego dio por terminado el enlace seguro.

Nate colgó, recordando que Agnes también le había deseado buena suerte después de que los WOLVERINE regresaran en barco a Varna. Él no lo sabía, pero Agnes había reservado un vuelo un día más tarde que el resto del equipo. Nate también estaba esperando su vuelo a Estambul, y se alojaba una noche en el Hotel Central, un cansado complejo rumano del Mar Negro donde el vestíbulo, los pasillos y los espacios olían a aceite caliente de ascensor. Agnes había cogido a hurtadillas un espacio contiguo, y le sorprendió aporreando su puerta mientras anunciaba ¡Servitoare, servicio de limpieza!

Nate se alegró en secreto. Pensaba pasar una noche triste solo en su raído espacio viendo por televisión el Festival Euro Pop de Berlín. Agnes tenía otras ideas. Fuera cual fuese el servomotor que funcionaba en su interior, el casto crucero de regreso de tres días lo había puesto al rojo vivo. Hicieron el amor en todas partes menos en la cama: en el suelo, en un sillón, en la bañera con un chorro de agua que chisporroteaba y de pie en el pequeño balcón iluminado por el letrero de neón del hotel en el tejado. Su perfume embriagador —ella le había dicho que era Chanel Cristalle Eau Verte— se mezclaba con el olorcillo a combustible Bunker C del puerto que rodeaba el promontorio. Ella había susurrado czuje miete dla ciebie, siento menta por ti, en polaco coloquial, lo que significaba que sentía algo por él. La menta no era lo único que sentía.

Horas después, con las manos temblorosas, Nate le sirvió a Agnes un poco de agua encerrada, pero ella estaba dormida en la cama, boca arriba, con la boca abierta en un síncope de seis orgasmos, el pelo abierto en abanico sobre la almohada, su mechón de bruja

parcialmente visible. Nate la cubrió con una manta y se sentó en el sillón del otro lado del espacio, mirándola respirar. Acostarse con Agnes la primera vez había sido un impulso de medianoche alimentado por los nervios previos a la operación. Esta noche era una celebración, un alivio por haber salido de Rusia de una pieza, quizá una despedida agridulce. Nate se frotó la cara y gimió. Tal vez quería poner impedimentos entre él y Dominika, para no tropezar —no poder — con ella de nuevo. Resolvió actuar correctamente como refuerzo de Gable durante las reuniones en el piso franco. Llegaría tarde y se marcharía pronto, asegurándose de que Gable estuviera siempre en el espacio. Dejaría que Gable explicara a DIVA por qué Nate se comportaba como un cachorro asustadizo, y que él se ocupara del inevitable arrebato. Solamente un problema: Nate amó Dominika. Como si Agnes pudiera oír sus pensamientos, ella murmuró fitfully en su sueño, y dio vuelta encima. Se siente mal por mí, pensó Nate, miserablemente.

Al día siguiente, esperaban sus vuelos en el aeropuerto. Con una blusa blanca, falda rosa y sandalias, Agnes parecía tranquila y serena.

—¿Crees que soy demasiado mayor para ti? —le preguntó a Nate, que levantó la cabeza alarmado.

—Después de lo de anoche, te lo diré cuando el quiropráctico me alinee la columna —dijo Nate.

—Hablo en serio —dijo Agnes.

—No, no creo que seas demasiado mayor para mí —le dijo. —Pero Agnes, tiene que haber alguien en tu vida.

—Creo que hay alguien en tu vida,— dijo ella, ignorando su pregunta.

—¿Qué te hace decir eso?—dijo Nate. Un buen radar, pensó.

—Zerkalo dushi,— dijo Agnes en ruso, buscándole los ojos. Espejo del alma, pensó Nate. Dios mío.

—Las cosas son complicadas —dijo Nate, que no tenía intención de hablar de su situación personal, seriamente contorsionada.

—Vives en Londres, ¿verdad?— dijo Agnes.

—Y tú vives en California.

—No tan lejos, creo —dijo ella, sin mirarlo. Nate no contestó.

—¿No sería mala idea ir alguna vez a Londres?— dijo Agnes, y luego se despidió de él con un beso.

La línea exterior de la estación sonó con un exultante Hanefi al otro lado. —Estuvo gritando por encima del sonido de los disparos, muchos de ellos, incluidas armas automáticas.

—Hanefi, ¿dónde estás? gritó Nate. ¿Estás bien?

—Maldita sea, zorra de mierda—dijo Hanefi, que aún estaba aprendiendo a decir palabrotas en inglés. —Çabuk olmak, ven

enseguida.—

El trayecto en el abollado coche de policía, con las luces azules exhibiendo destellos y la sirena ululando, conducido por un cabo de policía de veinte años con orejas de cántaro que aporreaba el volante cuando el tráfico no se separaba, fue trascendental. Me vino a la mente la frase de Gable —asustado como un pecador en un ciclón—. Las cajas metálicas de munición esparcidas sobre el asiento trasero se deslizaban de un lado a otro en las curvas. Zigzaguearon entre el tráfico cruzando el puente Gálata, y se lanzaron por el lado sur del Cuerno de Oro, pasando junto al oscurecido Patriarcado Ortodoxo Griego, bajo la O-1, y adentrándose en el lúgubre barrio de Eyüp. El cabo tomó un camino empinado colina arriba, con los neumáticos chirriando y los guardabarros rozando el guardarraíl de piedra. En una de las curvas se divisaba Estambul en toda su extensión, con las luces de la ciudad divididas por el tajo negro del Bósforo; el final de Europa y el principio de Asia. Dominika estaría allí, y estarían juntos en dos días.

El coche de policía frenó en seco y se detuvo. Había más coches de policía delante, apilados detrás de un blindado Kobra de grandes ruedas con los colores azul y blanco del TNP. El conductor puso dos cajas de munición en las manos de Nate, cogió dos él mismo, sacudió la cabeza y echó a correr cuesta arriba. Es una calle estrecha y empinada con casas a ambos lados, en cuyos cristales se reflejan las dos decenas de luces azules que exhiben destellos. El eco de los incesantes disparos se hizo más fuerte. Agrupados en la esquina de un muro más adelante había un grupo de agentes del TNP, algunos de uniforme, otros en vaqueros y chaquetas de cuero, asomándose por la esquina del muro. Hanefi vio a Nate y corrió a saludarlo.

—Traes munición —le dijo, dándole una palmada en la espalda a Nate. De repente, el muro de enfrente fue acribillado por balas que astillaban el cemento y llenaban el aire de polvo. Hanefi acercó a Nate al abrigo del muro.

—Hanefi, ¿qué está pasando?

—Cuatro personas, del PKK, en el piso de arriba —dijo Hanefi, cargando un cargador para su MP5. Otros agentes hurgaban en la munición como chicos alrededor de un cuenco de caramelos. Nate miró más allá de ellos. La calle estaba cubierta de casquillos gastados, miles de ellos, con el latón parpadeando bajo las luces que exhibían los destellos.

—¿Cuánto tiempo lleváis disparando?

—Muchas horas; nos quedamos sin munición. —Le tendió el arma a Nate. —Toma, prueba tú. —Nate negó con la cabeza. Hanefi ladró algo en turco a otro agente, que le tendió su arma, un fusil de asalto más pesado. —Nate levantó las manos en señal de cortés negativa.

Sonó un megáfono y el tiroteo se ralentizó, luego se detuvo. Hanefi tiró de Nate por la manga para asomarse a la esquina. El pequeño edificio de apartamentos estaba bañado por los focos. El apartamento del último piso tenía miles de agujeros de bala, las ventanas eran huecos irregulares en las paredes y la barandilla de hormigón del balcón estaba astillada y rota. Es un milagro que alguien haya sobrevivido allí. Y esto pasa en todo Estambul, pensó Nate.

Hanefi dio un codazo a Nate y señaló con la barbilla. Dos sombras —comandos de policía— se deslizaban lentamente de cabeza por las tejas. Al llegar al borde, se inclinarían sobre el canalón y lanzarían granadas de fragmentación contra el apartamento del PKK. Antes de que estuvieran en su sitio, una joven con una parka roja salió corriendo al balcón con un RPG al hombro. Hanefi gritó e intentó hacer retroceder a Nate. La mujer les apuntó y disparó el misil, pero la onda expansiva de la carga de lanzamiento rebotó en el pequeño espacio y lanzó a la mujer por el balcón. Dio una voltereta de cuatro pisos y cayó sobre un montón de escombros, seguida del misil, que cayó al suelo sin causar daños. Hanefi miró a Nate con asombro. —Mala suerte —dijo Nate.

Las granadas restallaron y una fina columna de humo gris salió por una de las ventanas. Otro estampido fue seguido por una ráfaga de disparos, luego el silencio, y después el estridente estallido de un silbato. —Todo ha terminado. Vamos arriba —dijo Hanefi.

El interior del pequeño apartamento era un asqueroso osario, con un agujero de bala en cada centímetro cuadrado del espacio. El papel pintado colgaba enroscado de las paredes, los pocos muebles habían quedado reducidos a leña y una alfombra de oración humeaba en un rincón. En el aire flotaban trozos de relleno de tapicería. Dos hombres yacían en el suelo de espaldas, con las camisas ensangrentadas subidas hasta la barbilla. En el dormitorio del fondo, una mujer joven yacía entre la pared pulverizada y un colchón destrozado, con los puños cerrados y la boca fruncida, los ojos entreabiertos. El pelo negro asomaba bajo un pañuelo.

Hanefi observó con interés el rostro de Nate, que había palidecido un poco. No se burlaría de su nuevo amigo americano. Palmeó el hombro de Nate.

—Es nuestro trabajo —dijo levantando cuatro dedos—Dört, cuatro terroristas, capturados muertos —dijo utilizando la lengua vernácula del TNP.

La acción encubierta de Shlykov se había ido al traste: veinticuatro células del PKK habían sido envueltas; las morgues ya estaban llenas. Las municiones rusas habían sido recuperadas, y la publicidad sería devastadora cuando las armas fueran expuestas ante las cámaras de televisión. Ahora vamos a llevar a Shlykov a dar una

vuelta, pensó Nate, y luego le toca a Dominika.

Aproximadamente en el momento en que el comandante Shlykov llegó a la ciudad para supervisar sus envíos de armas de acción encubierta, la base de la CIA en Estambul había empezado a transmitir mensajes de ráfagas electrónicas de agentes encubiertos al consulado ruso. Todos los días durante una semana, los oficiales de la base, con cables rígidos bajo sus chaquetas y paquetes de baterías calientes en fundas de spandex bajo sus faldas, caminaron entre las multitudes que iban de compras por Istiklal Caddesi y pasaron por delante de la puerta del consulado coronada con el águila bicéfala de la Federación Rusa. Dispararon ráfagas de tres segundos y cinco vatios contra el edificio. La energía rebotó invisiblemente por las ornamentadas escaleras de mármol, rebotó por los pasillos y se elevó como humo claro hasta los receptores del ático; el consulado estaba inundado de señales de baja potencia. Eran galimatías encriptados, pero las propias señales eran detectables y obedientemente registradas por los oficiales rusos de SIGINT (inteligencia de señales) que vigilaban sin cesar las frecuencias de todo el espectro. Inmediatamente se envió un informe a la FAO/RF, el cuartel general SIGINT de Moscú. Las misteriosas transmisiones diarias continuaron con regularidad.

Una semana más tarde, cuando las interceptaciones telefónicas indicaron que Shlykov viajaba de Estambul a Ankara para entrevistarse con el Rezident, cesaron las transmisiones en Estambul y comenzaron en Ankara. Dos veces al día, los agentes de la CIA pasaban por delante de la embajada rusa en Cinnah Caddesi, pulsaban los botones empotrados y lanzaban la energía encriptada por encima de la valla de la embajada, a través de los muros de granito, hacia los elegantes salones barrocos y salían por la parte trasera del edificio hacia los marchitos jardines formales situados detrás de la embajada. Esto no había ocurrido antes. Los asombrados funcionarios rusos de SIGINT en Ankara también informaron de sus lecturas a la FAO/RF. Estos informes, a su vez, fueron enviados al FSB. Como posible asunto de contrainteligencia, ni Shlykov en el GRU ni el cuartel general del SVR estaban al tanto de los informes SIGINT, ni sabían que se había abierto un archivo secreto del FSB sobre —actividad de mensajería electrónica encriptada no identificada en Estambul.— Las señales de este tipo eran sofisticadas y clandestinas, y sugerían claramente que alguien del contingente diplomático ruso en Turquía era el destinatario. La suposición genética y reflexiva del Kremlin de que había un traidor entre ellos —una paranoia cultural introducida por primera vez por los zares, alimentada por los bolcheviques, refinada por los soviéticos y perfeccionada por Putin— se hizo añicos en Moscú.

Shlykov regresó a Estambul, y las transmisiones cesaron en Ankara y volvieron a seguirle. Y cuando viajó a Moscú, para realizar consultas sobre su operación de encubrimiento, las transmisiones se interrumpieron por completo, sólo para reanudarse a su regreso a Turquía, cuando aterrizó en el aeropuerto Ataturk de Estambul. El registro SIGINT de estas señales cifradas creció y el archivo de contrainteligencia del FSB engordó. Es no pasó mucho tiempo hasta que el análisis de señales relacionó las transmisiones con los movimientos de Shlykov.

Esto hizo las delicias de Gorelikov, cuyo exterior refinado y amable ocultaba una capacidad inagotable para el subterfugio y la conspiración. Cuando Dominika trajo a casa la noticia del asesinato de su agente norcoreano, Gorelikov escuchó implacable la explicación desdeñosa de Shlykov de que los norcoreanos seguramente habían detectado la traición de Ri por algún error de Egorova y habían eliminado a la científica ellos mismos. Y en cuanto a la desaparecida Gorrión, o los norcoreanos se habían ocupado de ella, o se había escapado con un instructor de esquí del Tirol. Gorelikov escuchó más tarde la grabación de la voz de Blokhin en la casa de campo y, de forma incongruente, sonrió. Pruebas adicionales para colgar a este apóstata del GRU, pero ni un pensamiento para Ioana, observó Dominika con amargura.

Gorelikov se llevó a Dominika aparte y durante un día le informó de los acontecimientos en Estambul. La operación de Shlykov había fracasado, las municiones habían sido capturadas, los turcos estaban furiosos y Rusia iba a quedar en ridículo en la escena internacional. El presidente ya no contaba con Valeriy Shlykov entre sus favoritos. Comenzaron a coreografiar una discreta investigación de contraespionaje —VVR tendría el papel principal en el campo exterior —, dirigida meticulosamente por una obediente coronel Egorova. —Es una lástima que tenga que volar hasta Estambul; las conclusiones de la investigación ya están redactadas,— dijo Gorelikov. —Shlykov es responsable del desastre del OBVAL, por el que debe responder, pero ahora es más grave. Es sospechoso de espionaje. Pero es lo que hay, las apariencias importan, y tú debes interpretar el papel. —¿Qué crees que está pasando en Estambul con estas transmisiones? ¿Sospechaban algo los americanos? ¿Por qué se centraron en Shlykov?

—Es por eso que esta acción encubierta fue desacertada—dijo Dominika con naturalidad. —Sin duda, los turcos tienen informadores dentro del PKK; tal vez un problema comercial con la entrega de armas; el SIGINT de EE.UU. podría estar escuchando conversaciones.

—O podríamos tener un topo en el Kremlin—dijo en voz baja. Dominika hizo lo posible para que no se le erizara el cuero cabelludo.

—Siempre es una posibilidad, pero poco probable —dijo. —Todos

en el Consejo aprobaron el plan.

—Excepto tú, Bortnikov, y yo—dijo Gorelikov.

—Difícilmente puedo creer que el Jefe del FSB trabaje para la oposición, y sé que no soy un topo…—.

—Lo que me deja a mí,— dijo Gorelikov, divertido.

—Un peligroso contrarrevolucionario de la banda criminal de Trotsky. Line KR tendrá que vigilarte,— dijo Dominika, y el momento pasó. ¿Es un juego espantoso para decirme que cree que soy una espía? Ten cuidado. Gorelikov era una serpiente, moviendo la lengua, tanteando constantemente el aire. Esa noche, escribió los detalles y se los dejó caer a Ricky Walters para que se los pasara a Benford. Tendría que tener mucho cuidado.

En Estambul, los agentes de la CIA, además de enviar transmisiones en ráfaga, habían empezado a marcar señales —marcas de tiza en los muros de piedra, cinta adhesiva en los postes de la luz, chinchetas en los árboles— a lo largo de la ruta a pie de Shlykov entre su apartamento temporal de Estambul y el consulado ruso. Como Shlykov no las buscaba, no se fijó en ellas. Una vigilancia muy discreta del comandante, realizada desde el frente y por fases, pronto determinó qué cafés y restaurantes prefería para almorzar y cenar en solitario. Uno de ellos estaba en Cicek Pasaji, un soportal cubierto con celosías y tejado de cristal de estilo Beaux Arts del siglo XIX. Cada vez que Shlykov comía allí —habitualmente pedía kadinbudu köfte, muslos de mujer köfte, rollizos dedos de carne de cordero y ternera, fritos crujientes por fuera y suculentos por dentro—, uno de la media docena de oficiales de la CIA se sentaba cerca, siempre frente a él, siempre con un periódico doblado, o un libro, o una funda de gafas sobre la mesa a la vista. Nunca se intentó ningún contacto.

A la dirección de Shlykov se enviaba un flujo constante de folletos comerciales locales, anuncios y octavillas que anunciaban excursiones al Bósforo, pisos en venta en Esentepe, excursiones en autobús a Bulgaria. El correo basura era recogido y entregado por su desdentado conserje. Shlykov no les dio importancia y tiró la mayoría de los folletos, pero uno o dos quedaron olvidados en los cajones del escritorio. Todos habían sido rociados ligeramente con insecticida doméstico, uno de cuyos componentes químicos es la fenolftaleína, un revelador de escritura secreta. No había mensajes en este correo basura, todo él rígido y brillante con la pátina seca del aerosol.

Nathaniel Nash estaba sentado en una anodina furgoneta Fiat Scudo aparcada en una estrecha calle lateral de Estambul con tres oficiales técnicos de Langley. Es de noche y la última llamada a la oración ha terminado hace unos minutos; el empinado barrio de

Beyoğlu, de mugrientos edificios de apartamentos y tiendas de primera planta, está tranquilo y oscuro. Había tormentas intermitentes en la ciudad, y los callejones, las escaleras y las alcantarillas se inundaban periódicamente de un quimo marrón cuya composición no había cambiado desde el Imperio Bizantino. Un gato estaba sentado bajo el alero de la ventana de un apartamento de la planta baja sacudiendo la pata. La furgoneta estaba aparcada tres puertas más abajo de un edificio de apartamentos de ladrillo y piedra con un toldo de tela sobre las puertas dobles de cristal de delante. Estaban esperando a que la vieja conserje del edificio dejara su pequeño escritorio en el vestíbulo de entrada y bajara a su apartamento del sótano para preparar la cena para su marido. En lugar de eso, asomó la cabeza por la puerta y pinchó la parte inferior del abultado toldo con el mango de una fregona para vaciarlo del agua de lluvia acumulada.

Nate y los tres técnicos de entrada estaban esperando para entrar en el apartamento personal de Valeriy Shlykov. La furgoneta se llenó de las fragancias colectivas de las mochilas de herramientas que cada uno de ellos llevaba en el regazo: el hedor amargo del aceite de motor eléctrico; la acritud de la masilla para madera y la pintura de secado rápido; el tufillo arenoso del polvo de grafito, la dulzura del talco. Los técnicos, todos veteranos, permanecían sentados en silencio, mirando al frente; tres buenos muchachos, dos del Sur profundo, que no usaban loción para después del afeitado porque podía quedarse en los pomos de las puertas y los tiradores de los cajones, y que no fumaban porque a veces tenían que estar tumbados boca abajo en un ático durante setenta y dos horas seguidas.

Es cierto que en los libros se les consideraba técnicos de acceso subrepticio, pero era menos formal que eso: estos hombres habían entrado a trompicones en embajadas, tocadores, salas de códigos y búnkeres de misiles de todo el mundo. Se hacían llamar —rum dubbers— o hackers del perno de acero; sus Harley-Davidson y sus Jack Daniel's se habían colado entre listones y vigas, bajo cables electrificados, alrededor de tendidos de cables, sobre pizarras cubiertas de nieve. Más viejos ahora, entre los cincuenta y los sesenta, viajaban menos. Se necesitaba una nueva raza —masticadores de cutículas con ordenadores portátiles— para sortear las cámaras de infrarrojos y las cerraduras electrónicas biométricas. Y la Edad de Oro de la entrada subrepticia había pasado. Ningún jefe de operaciones moderno de la comunidad de inteligencia quería autorizar una operación delicada de entrada física con el riesgo de acabar con la carrera profesional escrito por todas partes.

Pero había excepciones. Es el caso de Shlykov, cuyo objetivo no era colocar micrófonos o cámaras, ni abrir cajas fuertes y copiar

rápidamente material clasificado con una cámara enrollable. Más bien, el objetivo de esta entrada subrepticia era dejar cosas atrás.

KADINBUDU KÖFTE — ALBÓNDIGAS DE MUSLOS DE CORDERO

Dividir la carne picada de cordero y ternera en tercios. Saltear dos tercios de la carne picada de cordero y ternera con cebolla picada hasta que la carne esté cocida y la cebolla blanda. Mezclar con el tercio restante de carne cruda, el huevo, el perejil, la sal y la pimienta. Amasar la mezcla para incorporarla y refrigerarla hasta que esté firme. Formar köfte gruesos del tamaño de un dedo, pasarlos por harina, bañarlos en huevo y freírlos en aceite hasta que estén crujientes por fuera. Servir con ensalada de tomate y aliño de ajo y yogur.

19

Jaque mate

NATE y los tres oficiales técnicos estaban de pie en el oscuro pasillo frente al apartamento de Shlykov. La vieja conserje había abandonado por fin su puesto por la noche y los hombres de la CIA habían subido en silencio cuatro tramos de escaleras, cada uno pisando al rebufo de la tensión de los demás. El último de la fila, Nate vio que, a pesar de que la escalera era de mármol bien lavado, los buenos muchachos, por costumbre, caminaban por el exterior de los peldaños para evitar chirridos; asimismo, cada paso lo daban supinando sobre el exterior de las suelas de sus botas de vaquero, eliminando el sonido de las pisadas en el hueco de la escalera.

Todo esto había sido el plan de Nate, las transmisiones fantasmales, las señales, la vigilancia. Para el acto final había sugerido alegremente una entrada en el apartamento Beyoğlu de Shlykov. Pero Nate nunca antes había entrado con un equipo veterano de entrada subrepticia; estaba nervioso, ya que todo el espectáculo giraba en torno a este allanamiento. Gracias a Dios, estos veteranos eran imperturbables. El técnico principal, un pueblerino de Alabama de cincuenta y cinco años llamado Gaylord, se arrodilló ante la puerta de Shlykov. Tenía barriga y nudillos en las manos; su pelo blanco era ondulado. Sus compañeros le habían dicho a Nate que podía forzar cualquier cerradura. Gaylord miró la cerradura, se volvió hacia los demás y susurró: "Tenemos a un ruso en un apartamento de Turquía y la puerta tiene una cerradura Yale". Nate no estaba seguro de si el descubrimiento de una cerradura Yale en Turquía era bueno o malo, pero concluyó que debía ser bueno. Con dedos de pájaro en aquellas manos de bistec, Gaylord introdujo una llave de tropezar de latón en el chavetero, palpando los pasadores con la punta de los dedos. Asentó la llave firmemente, aplicó una ligera presión sobre el cilindro y golpeó bruscamente el arco de la llave con el mango de goma de un destornillador. Los pasadores saltaron por el golpe transmitido por la llave de tropezar, el cilindro giró y ellos entraron. Ninguno de ellos se emocionó; se enderezaron y entraron en silencio en el oscuro apartamento.

El apartamento de Shlykov olía a neutro, como una unidad de cuidados intensivos, caliente y desinfectada. Es no estaba ni desordenado ni ordenado; no tenía muchas posesiones. Los grandes depósitos de los secretos de un hombre —los cajones de la mesilla de noche— estaban vacíos: sin libros, sin porno, sin fotos, vacíos. La segunda ventana a la vida de un hombre, la nevera: sin cerveza; sin

verduras; sin especias; sin hielo. La caja estaba fría y agria. Sobre todo, Nate no pudo identificar en el apartamento dónde estaba el lugar personal de Shlykov. Ningún sillón con lámpara de lectura; ningún sofá desgastado por el uso frente al televisor; ninguna silla de lona en el mugriento balconcito. ¿Acaso este tipo se colgaba de los talones de la barra del armario hasta el anochecer?

Nate consultó su reloj. Tenían una hora de margen. Shlykov estaba apoyado en una pared en una fiesta de inmersión, observando a sus compatriotas rusos, no trabajando con la multitud. Era demasiado importante como para preocuparse por los objetivos. Tenía la acción encubierta que le llevaría a la Coronelía. Tres oficiales de la base, formando un círculo alrededor del ruso, comiendo, bebiendo, riendo y pasándose el ojo, marcarían el número de Nate cuando el mayor empezara a moverse. Los técnicos se movían por separado en el apartamento, en una coreografía suave y practicada, dividiendo los espacios en sectores de búsqueda cilíndricos —alto, bajo, medio— en busca de los cables reveladores de micrófonos o cámaras, aunque era poco probable que el arrogante mayor Shlykov tomara tales precauciones de seguridad. Sin tocarse, sin hablar, con los ojos moviéndose en la penumbra; Nate se quedó de pie en medio del espacio y esperó.

El chico de Mississippi llamado Lee, el benjamín del grupo a sus cincuenta y dos años, se dirigió al dormitorio de Shlykov y en treinta segundos había encontrado bajo la cama una Maleta rígida y muy usada. Es la sopesó en la mano y asintió. Rebuscó en la pequeña bolsa que llevaba colgada del hombro, sin rebuscar, sin hacer ruido, y sacó unas tenazas que parecían haber sido utilizadas por primera vez en 1415 en Agincourt. Nate se arrodilló a su lado mientras Lee retiraba suavemente el destello de aluminio que rodeaba la tapa superior y, con una espátula larga y fina, separaba con cuidado las dos capas de plástico moldeado en forma de sándwich. Chasqueó suavemente los dedos para atraer la atención de Nate. De su propia bolsa, Nate sacó el sobre de papel cristal y deslizó con cuidado dos carbones de escritura secreta —especializados, esenciales e incriminatorios— entre las capas de la tapa. A continuación, Lee apretó las capas, aplicó un punto de adhesivo y encajó el destello de nuevo alrededor del borde de la tapa. Engarzó bien el aluminio y señaló con el dedo. Nate vio que la herramienta de engarce de Lee había dejado a propósito pequeñas marcas de dientes en el aluminio. Lee volvió a deslizar la Maleta bajo la cama.

Nate volvió a mirar su reloj con ojos sudorosos y regresó al espacio de estar. Mientras tanto, Gaylord y el tercer técnico —un alegre Falstaff del norte del estado de Nueva York llamado Ginsburg— habían extendido un paño de tachuelas en el suelo y palpaban con

manos de artesano la veta de un gran tablero de ajedrez de madera apoyado en su borde. ¿Dónde lo habían encontrado? A todos los rusos les encanta el ajedrez, pensó Nate. ¿Era éste el pasatiempo que definía a Shlykov? Es su mala suerte, fuera lo que fuese. Ginsburg sacó de su bolsa un instrumento de la Inquisición, con mango negro, raíles guía y batería. Es sólo un leve crujido de termitas lo que emitió la herramienta al hacer una muesca de cinco centímetros de profundidad en la madera a lo largo del extremo; Gaylord aspiró el serrín con una silenciosa aspiradora de mano a medida que se desprendía de la broca y limpió el agujero. Ambos miraron a Nate, que se adelantó e introdujo en la cavidad un bloc de notas cuadrado de cinco centímetros con los bordes engomados, un bloc de una sola vez, llamado OTP. Se trataba de un bloque de páginas diminutas con números impresos en secuencias aleatorias que se utilizaban para proporcionar una clave siempre cambiante (y, por tanto, indescifrable) para cifrar mensajes. Las almohadillas de un solo uso se habían utilizado desde siempre: en la Gran Guerra, en las mazmorras de la Bastilla y en las calzadas romanas de Judea.

Mientras tanto, Gaylord había tomado el serrín recogido y lo había mezclado en un vaso de precipitados poco profundo con un producto químico inodoro de un frasco exprimible para crear una pasta espesa. Es colocó un tapón de plástico en la cavidad para proteger el OSF, untó la pasta en el agujero de la mortaja y la extendió uniformemente a lo largo del borde de la tabla, como un pastelero alisando el glaseado de un pastel. Es sopló en el lugar, lo probó con las puntas de unos dedos ridículamente sensibles y, en pocos minutos, lo lijó ligeramente. Nate iluminó con la linterna mientras Gaylord acercaba una rueda de colores al tablero de ajedrez y luego pintó la zona; desapareció en el tono exacto de la madera.

—¿Estás seguro de que encontrarán esto? —susurró Nate.

Ginsburg lo miró de arriba abajo.

—Si lo buscan, garantizado. La cavidad se iluminará en un fluoroscopio como un pólipo en una colonoscopia —Nate miró a Ginsburg y asintió pensativo; dada su edad, el canoso técnico quizá hablaba por experiencia reciente. Fuera lo que fuera lo que Ginsburg pretendía decir, había una cierta ironía anatómica: cuando el tablero de ajedrez y la Maleta fueran descubiertos por los agentes de contraespionaje rusos, Shlykov, en sentido figurado, sería doblegado y experimentaría el largo brazo de la justicia del Kremlin.

Es lo que ocurrió. Tras un mes de comunicaciones en ráfaga calentando las antenas rusas de SIGINT en Turquía, seguido de los tiroteos, el Kremlin tuvo suficiente. La coronel Egorova viajó sin previo aviso a Estambul para observar la situación en el consulado,

acompañada de dos pesos pesados del FSB prestados colegiadamente por el jefe del FSB, Bortnikov, que esperaba que Egorova desacreditara a Shlykov y demostrara al presidente que los miembros del Consejo de Seguridad que se opusieron a la precipitada operación OBVAL habían tenido razón.

Cuando el vuelo de Aeroflot de Dominika, procedente de Moscú, llegó al aeropuerto Ataturk de Estambul, una lluvia intermitente procedente del Mar de Mármara azotaba la pista. Mientras el avión rodaba hacia la puerta de embarque, con la lluvia golpeando las ventanas empañadas, Dominika sintió el pulso filiforme bajo la mandíbula; estaba a punto de iniciar una konspiratsia contra un peligroso adversario y, suponía, su bullmastiff de la Spetsnaz, aunque Blokhin no había sido visto en la ciudad. Ahora se encontraba en un país extranjero y los turcos eran astutos y agresivos. Aquél era territorio hostil, y ella estaba aquí para llevar a cabo un simulacro de investigación de contrainteligencia, cuyo resultado debía ser la detención de Valeriy Shlykov por traición. Tenía que desempeñar un papel delicado; una conclusión demasiado fácil de su investigación podría levantar sospechas. Tendría que —descubrir— las pruebas contra este ambicioso oficial de forma plausible y convincente. El juego de roles empieza ahora, pensó mientras el avión se detenía bruscamente.

Al entrar en la moderna sala de llegadas, con su elevado techo abovedado, el aroma a nuez quemada del café turco la envolvió y le recordó que se encontraba en el misterioso Oriente, entre los hombrecillos morenos que observaban a todos los yabanci, los extranjeros, con desconfianza e incertidumbre. Pasó por delante de una pequeña cantina de comida para llevar, con la mesa de vapor cargada de aperitivos: pimientos y ajos asados, köfte plano espolvoreado con zumaque, una bandeja de kabak graten, calabacín dorado gratinado. Al pasar la aduana, dos nerviosos funcionarios del consulado ruso se apresuraron a saludarla, moviendo la cabeza. Un coronel del SVR era un visitante importante. Dominika les acompañó hasta el coche, sin decir nada.

Estambul era esta mañana un amasijo de carreteras bloqueadas, tráfico congestionado y vehículos de emergencia. La acción policial de la noche anterior se había saldado con la captura de munición letal de fabricación rusa. Las interminables noticias de televisión informaban de la muerte de decenas de separatistas del PKK en otros tantos tiroteos. La Gran Asamblea Nacional se reunió en sesión de urgencia. El TNP expuso las minas terrestres y los tubos de cohetes capturados. En el consulado ruso, un apoplético Valeriy Shlykov maldecía. Sospechaba perfidia y traición de alguna parte. Mientras Shlykov deliraba, los oficiales subalternos de la rezidentura se acobardaban,

despistados. Este ambicioso mayor del GRU se había enseñoreado de todos y no les había informado de la acción encubierta, para garantizar la compartimentación y la seguridad, pero en realidad para poder acaparar el mérito.

Gorelikov lamenta que tenga que hacer este viaje, pensó Dominika, pero yo no. Aparte de comprometer a Shlykov, el viaje a Estambul sería, por supuesto, una oportunidad para conocer a sus superiores de la CIA, su primer contacto desde Nueva York. Le habían pasado la dirección de un yali de Estambul, una elegante mansión barroca turca de madera de tres plantas en Anadolu Kavagi, una ciudad turística en el lado asiático del Bósforo, designada como piso franco de la CIA AMARANTH. La mansión había sido alquilada por una empresa inmobiliaria de Beverly Hills supuestamente para la peripatética ejecutiva de estudios de Hollywood Blanche Goldberg, que utilizaba la casa dos veces al año para reunirse con la hipnótica estrella de cine francesa Yves Berléand, con quien había mantenido una relación amorosa intermitente durante tres años y más (con un amante francés nunca se sabe). Blanche sólo sabía vagamente que la casa había sido pagada por la CIA —no preguntó el motivo—, pero contribuyó a encubrir el nido de amor guardando un armario en el dormitorio lleno de lencería y artículos de tocador caros de Beverly Hills, incluido un frasco de lubricante Swiss Navy en el elegante botiquín del cuarto de baño principal.

En Moscú, Dominika había recibido descripciones de las maniobras de la CIA para desacreditar a Shlykov a través de memorias USB colocadas en un punto de entrega programada en el tupido arcén contra el muro ornamental del templo Zhivonachalnoy Troitsy, en Kosygina Ulitsa, en la frontera sur de Vorobyovy Gory (Parque de las Colinas de los Gorriones), en la curva Luzhniki del río Moscova. El propio Benford había incluido la información clave sobre lo que Dominika debía buscar en el apartamento de Shlykov: folletos tratados químicamente, forro de Maleta con destellos ondulados, tablero de ajedrez.

El resultado fue que Dominika estaba al tanto de todos los matices de la operación de la CIA y podía dirigir su investigación infaliblemente hacia las pruebas, ante la asombrada admiración de sus compinches del FSB. Observó que unos extranjeros occidentales sospechosos estaban sentados frente a Shlykov en el almuerzo (¿le estaban haciendo señas?). Los chicos del FSB los siguieron y resultaron ser empleados del consulado estadounidense, presuntamente de la CIA. Vio una señal de chincheta en un árbol cercano al apartamento de Shlykov que estaba demasiado baja para pegar un cartel. Una marca de tiza horizontal que se observó en una pared fuera del edificio de apartamentos de Shlykov un día tenía un nuevo trazo

cruzado vertical dos días después. Y los mensajes electrónicos continuaron. Las cosas iban de mal en peor para el comandante Shlykov.

En ningún momento Shlykov relacionó mentalmente el colapso operativo masivo que culminó en tiroteos con la policía en veinte puntos de la ciudad con un fallo personal en el manejo de las comunicaciones, la seguridad o la planificación. Rara vez le agobiaba la introspección. Ahora había llegado la ridícula Egorova para llevar a cabo una absurda investigación sobre una tontería de transmisiones, y el momento le aseguraba que estaría aquí para presenciar su humillación. Se le había ordenado permanecer en Estambul hasta que finalizara la autopsia de OBVAL.

La entrevista con un Shlykov ceñudo sentado a una mesa en el espacio seguro de la rezidentura se desarrolló con normalidad: Valeriy reaccionó airadamente cuando se le preguntó por las misteriosas transmisiones, afirmó no conocer a ningún estadounidense en la ciudad y tachó de ridícula la existencia de señales clandestinas cerca de su apartamento. Los agentes del FSB presentes se miraron entre sí con escepticismo. Las cosas se pusieron más interesantes cuando Shlykov se negó en redondo a que los —donkeys— del FSB registraran su apartamento. El halo amarillo que rodeaba su cabeza, blanqueado por la rabia y palpitante de miedo, le decía mucho a Dominika. Su miedo a la desintegración de su carrera se veía eclipsado por su bol'shoe samomnenie, su prepotencia y su indignación al verse desafiado y cuestionado, especialmente por una mujer. Se ahorcará con ese ego, pensó Dominika. Esto sería más fácil de lo que ella esperaba.

—Esta es una situación incómoda para todos nosotros,— dijo Dominika con ecuanimidad. —Personalmente lamento la necesidad de entrevistar a un colega del GRU.

—Entonces vuelvan a Moscú y déjenme con mi trabajo,— dijo Shlykov. —Tengo tareas operativas críticas, de las que debería darse cuenta que tienen prioridad.—Miró a Dominika con el desdén de la privilegiada Juventud Dorada soviética.

—Sí, bueno, los tiroteos de la policía en esta ciudad con sus protegidos terroristas parecen sugerir que sus tareas operativas críticas no han tenido un éxito total; de hecho, han sido desastrosas de forma poco fiable —dijo Dominika—En el silencio que siguió, todos los rusos presentes en aquel espacio sabían que perjudicar al país era, con mucho, el delito menor.

—Me ocuparé de las operaciones —dijo Shlykov, furioso. Decidió añadir un insulto mayúsculo. —¿Por qué no te concentras en lo que mejor sabes hacer: filmarte seduciendo hombres?

Le sugiero que adopte una postura menos desafiante —dijo Dominika—Es una lástima. Los hombres del FSB oyeron algo en su voz que les hizo moverse en sus asientos. Shlykov pareció no darse cuenta del peligro.

—Hay anomalías que corresponden a sus movimientos,— dijo Dominika. —Confío en que no lleguen a nada, pero estoy aquí para confirmar que no hay problemas de contrainteligencia.

—¿Crees que estoy trabajando para los americanos?—gritó Shlykov. —Eres ridículo, Po'shyol 'na hui, vete a la mierda.—Se puso de pie y se cernió sobre Dominika.

—Te aconsejo que te sientes y cooperes —dijo Dominika, mirándole. Shlykov se inclinó sobre ella y pegó su cara a la suya. Los hombres del FSB se sentaron en el borde de sus sillas.

—Tu reputación te precede—dijo Shlykov. —La chica maravilla con el gran SEI, la prostituta bien dotada entrenada para chupar...

La mano de Dominika salió disparada y agarró el labio inferior sobresaliente de Shlykov entre el índice y el pulgar, y tiró con fuerza hacia abajo. El mayor gruñó de dolor y se puso de rodillas. Dominika torció el labio y golpeó la cabeza contra el borde de la mesa. Shlykov se sentó en el suelo y se sujetó la cabeza. El labio ya se le había hinchado y se le había puesto morado, y tenía el ojo derecho cerrado.

—Considérate confinado en la rezidentura —dijo Dominika, poniéndose en pie—Puedes dormir en el catre de guardia. Un agente de seguridad estará con usted en todo momento.

—Traed las llaves de la residencia del camarada Shlykov, tanto de la puerta principal como del apartamento,— dijo. —Quiero ir allí ahora.

En el apartamento, los sabuesos del FSB hicieron el trabajo de Dominika sin que ella tuviera que pedirles nada. De hecho, alabó su diligencia. Recogieron todos los papeles del cajón del escritorio de Shlykov, encontraron la Maleta debajo de la cama y mostraron a la Coronel Egorova las marcas reveladoras de la tapa, que sugerían alguna manipulación. Levantaron el gran tablero de ajedrez de madera que encontraron en el estante superior del armario delantero, sacudieron la cabeza e iban a dejarlo.

Dominika se encogió de hombros, sacó más cajones y rebuscó en el armario. —Extraño —dijo. —Los hombres del FSB miraron a su alrededor, negaron con la cabeza y sugirieron que llevaran el tablero de ajedrez al consulado y lo examinaran con el fluoroscopio utilizado para examinar el correo y los paquetes entrantes. Dominika puso cara de duda.

—Muy bien,— dijo. —Es mejor comprobarlo, ser minucioso.

—Bez truda, ne vitashis I ribku iz ruda,— dijo altivamente uno de los hombres del FSB, sin esfuerzo no se saca un pez de un estanque.

—Supongo que tienes razón,— dijo Dominika. —Veamos qué encontramos.

Iosip Blokhin no había aparecido por Estambul durante el desastroso fracaso de OBVAL. Se había producido un tiroteo entre tropas de choque del TNP y miembros de una célula del PKK atrincherados en una casa particular del histórico barrio de Rumelihisari, junto al Bósforo, que había sido feroz y prolongado, lo que sugería que los terroristas del PKK, normalmente poco sofisticados, habían recibido consejos tácticos de un profesional. Un piquete policial en el bosque que rodeaba la casa detuvo a un hombre fornido que se abría paso entre los árboles cuando el tiroteo empezaba a remitir, y fue detenido en la comisaría de Arnavutköy por carecer de identificación.

Cuando el corpulento hombre, en inglés del bloque del Este, afirmó que era un diplomático ruso y exigió ver a un funcionario del consulado, el teniente de policía llamó al capitán coordinador (era Hanefi), quien a su vez llamó a su amigo estadounidense Nathaniel Nash y le ofreció la oportunidad de hablar con el ruso, de quien los turcos sospechaban firmemente que era un soldado profesional. Hanefi dijo que podía darle a Nash una hora a solas con el ruso antes de que llegaran los dips rusos para soltarlo. Nate aceptó y rápidamente llamó a Benford para decirle que éste tenía que ser Blokhin quien, Dominika estaba segura, había matado a las dos mujeres y a los dos policías en Nueva York, a su activo norcoreano y a su Gorrión en Viena.

—Vamos a por él—dijo Benford. —Denúncialo —de todos modos, estos bolcheviques ya te han descubierto— y dile que sabemos lo que ha hecho. Di que lo tenemos en las cámaras de seguridad del Hotel Hilton, para proteger a DIVA. Dile al hijo de puta que la próxima vez que muestre un pelo de su culo fuera de Rusia, lo extraditaremos a Nueva York para que sea juzgado por el asesinato del disidente,— dijo Benford. —Quemadlo tanto que les será inútil a partir de ahora.

—Es muy poco probable, pero ¿y si está dispuesto a jugar? ¿Hasta dónde estás dispuesto a llegar para engancharlo?—dijo Nate.

—Tres años de trabajo sustancial en el lugar dentro, él consigue un millón de dólares. Si quiere salir ahora, recibirá doscientos cincuenta mil dólares después de una reunión informativa significativa en Estados Unidos. El dinero depende de la producción, lo de siempre. A ver si se le mueve el árbol. Consigue algo sólido de él como señal de buena fe antes de acordar nada —dijo Benford.

—Ok, hablaré con él esta noche y te lo haré saber —dijo Nate—. Me estoy preparando para la reunión de mañana con Domi. Iré temprano y prepararé todo para Marty. ¿Cuándo llega?

—No va a venir —dijo Benford, con disimulo. —Tuve que

enviarlo a Sudán; se le salió una rueda en la estación de Jartum.

—¿Marty no viene? —dijo Nate, con el estómago revuelto.

—Confío en que me hayas oído, a menos que tus oídos se hayan visto afectados por la sangre que corría hacia tus extremidades inferiores —dijo Benford.

—Gable es la principal responsable de DIVA —dijo Nate—.

—Y tú eres su oficial de refuerzo —dijo Benford. —Ya sabes cómo funciona esto, Nash. La interrogas, revisas las comunicaciones y los emplazamientos, te aseguras de que opera con seguridad. ¿Recibiste el cable de requerimientos?

—Es de esta mañana—dijo Nate.

—Entonces vamos y haz tu trabajo—dijo Benford. —Y procura no arruinar el activo con tus modales bestiales. ¿O tengo que ir yo mismo?

—No, yo me encargaré—dijo Nate. Recibirás un telegrama cuando hayamos terminado.

—Buena caza —dijo Benford, colgando.

Blokhin se encontraba en un pequeño espacio gris de interrogatorios de la comisaría, desnudo salvo por dos sillas metálicas. Hanefi se reunió con Nate delante de la puerta y se turnaron para mirarle por la mirilla.

—Bir esek oglu —murmuró Hanefi—. Un hijo de burro. —Nate bey, parece peligroso. Dikkatli ol, ten cuidado. ¿Quieres un hombre en el espacio?— Nate negó con la cabeza. —¿Tabanca? —¿Una pistola?

—No. Quiero apretarle y no quiero que pierda la cara. Pero si me oyes gritar, entra y dispárale —dijo Nate.

—Estoy pensando que está en Estambul por organizar las células —dijo Hanefi. —Sin papeles diplomáticos lo metimos en la cárcel de Silivri durante veinte años, pero como Ankara teme problemas con Moscú, quedará libre cuando acabéis con él. Iyi sanslar, Nate bey, buena suerte.—

Nate abrió la puerta de un tirón y entró en el espacio, que estaba débilmente iluminado por una única bombilla desnuda. Blokhin estaba de pie en un rincón, apoyado contra la pared, con los brazos en forma de tronco de árbol cruzados sobre el pecho. Tenía un moratón bajo el ojo derecho, probablemente un golpecito de amor correctivo de un carcelero del TNP al que no le gustaban los rusos. Nate se sentó en una de las sillas y deslizó la otra un palmo hacia Blokhin, en señal de invitación a sentarse, pero el sargento permaneció de pie. Nate sabía que era poco probable que diera con los botones de aquel tipo, pero no había nada que perder. Había una breve biografía de Blokhin, pero no había mucho.

—Sargento Iosip Blokhin—dijo Nate en un ruso fluido. —

Enhorabuena por la sharada, la farsa de anoche. Creía que Spetsnaz era mejor que eso.— Blokhin le miró fijamente.

—Es difícil imaginarte siguiendo un plan tan a medias, pero así es el GRU para vosotros, aficionados —dijo Nate. Blokhin no se movió. Pulsa otro botón.

—Nadie en el Kremlin, ni en el Consejo de Seguridad, ni en el Estado Mayor te apoyará. El mayor Shlykov te echará a un lado, como el animal de carga que cree que eres. Puede que incluso te echen de Spetsnaz. ¿En qué grupo estás? ¿Alfa o Vympel?— Blokhin descruzó los brazos, se apartó de la pared y se colocó detrás de la silla metálica mirando a Nate. Se sentó lentamente, con la espalda recta y las manos sobre los muslos. Nate se preparó para una embestida.

—¿Eres de la CIA—preguntó Blokhin. Su voz era como la grava vertida de un cubo.

—Si te echan de Spetsnaz, ¿qué harás en Moscú?—dijo Nate, ignorando la pregunta. —¿Convertirte en conductor de un tranvía urbano? ¿Cobrar entradas en el estadio del Dynamo? ¿Tienes familia que alimentar? Vamos, grandullón, dime algo, lo que sea.

—¿Vienes de Washington? —preguntó Blokhin, ladeando la cabeza como si Nate hubiera hecho sonar un silbato para perros.

—Washington está cerca de Nueva York —dijo Nate—. ¿Has estado allí? El rostro de Blokhin era impasible, pero sus pupilas estaban dilatadas.

—¿Qué quieres? —dijo Blokhin, echándose hacia atrás en la silla. ¿Un hueco? Es un trabajo.

—Ambos servimos lealmente a nuestros países, a veces soportamos penurias, pero en su sistema no hay recompensas, salvo el orgullo de haber servido. Pero eso desaparecerá cuando vuelvas a la Rodina. Te lo quitarán en el espacio de un suspiro.— Blokhin no dijo nada.

—No somos enemigos —dijo Nate, con cara seria—Los dos somos soldados, con uniformes diferentes quizá, pero los dos entendemos la lealtad. En Estados Unidos valoramos la lealtad y la amistad, y las recompensamos. Nuestros soldados se jubilan con beneficios y viven cómodamente.

—¿Qué quieres? Blokhin repitió.

—Tengo una propuesta, una manera para que usted coseche los beneficios que se ha ganado. Algo para ti, aparte de Rusia, y Spetsnaz, y Shlykov.— Blokhin esperó.

—Háblanos de lo que pasa en Rusia, en el ejército, en Spetsnaz,— dijo Nate. —Hazlo por ti; te mereces las recompensas.—

—Honraría mi uniforme, mi juramento —dijo Blokhin, sacudiendo la cabeza.

—Ya te deshonran —dijo Nate.

—Tú me deshonras; tu propuesta es un insulto.— No preguntó cuánto, se limitó a dar un portazo.

—Quiero que sepas que las autoridades de Nueva York tienen huellas dactilares y ADN encontrados en el espacio del hotel de Daria Repina —dijo Nate—. Serán comparados con las muestras que acaban de tomarte los turcos. No hay duda de que pronto habrá una orden de detención de la Interpol contra usted, y Washington solicitará su extradición para ser juzgado. Sabía que Moscú nunca aceptaría eso.

—Lo que esto significa es que se verá obligado a permanecer en Rusia indefinidamente, para evitar la detención inmediata por parte de un gobierno extranjero —continuó Nate—Tus días como operador militar clandestino han terminado. Esta neudacha, este fiasco, en Estambul será tu última operación, un desafortunado legado profesional por el que serás recordado.— Un poco dramático, eso. Nate sabía que Shlykov ya estaba bien inculpado, y Blokhin como mucho sería criticado y degradado por su papel. La indignidad añadida de ser lanzado por los americanos después de ser arrestado sería intensa. Blokhin se levantó de la silla, volvió al rincón y se apoyó en la pared.

—Espero que nuestros caminos vuelvan a cruzarse —dijo Blokhin en inglés.

Al salir de la comisaría, Nate borró a Blokhin de su mente. Mañana había quedado con Dominika. Nate respiró hondo. Maldita sea, puta mierda, como diría Hanefi. Esto iba a ser complicado. Podía ocuparse del interrogatorio profesionalmente, sin problemas. Primero la información, luego la de operaciones y la de inteligencia. Establecer un esquema para futuras reuniones, luego revisar la seguridad, los sitios y las señales. Hacer todo esto en cinco horas (el último ferry del Bósforo de vuelta a la ciudad salía a las 18.00 horas) iba a significar que se sentarían y trabajarían sin parar. Es decir, Nate debía concentrarse en sus asuntos, aunque Dominika le pusiera la mano delgada y fría en el brazo, o aunque su pelo recién lavado le rozara la mejilla, o aunque se riera y le sacara la lengua. Ignoraría esa mirada de reojo tan característica que significaba que ella le deseaba, invariablemente acompañada por el apenas perceptible levantamiento del dobladillo de su falda, una insinuación de su pasado Gorrión. Podía imaginarse el comentario de Gable (-Nash estará jugando a los veinte dedos con ella en cinco minutos-) y Forsyth sacudiría la cabeza con pesar, decepcionado.

Tal vez sorprendería a todos y la convencería de que saliera con él, de que desertara, de que renunciara, de que dejara el peligro, el miedo y el riesgo y empezara una nueva vida, juntos. ¿Y si ella dice: —Sí, vamos, ahora mismo, estoy lista-? pensó Nate. Es que, además de

significar el fin de su carrera en la CIA y del trabajo que lo definía, también significaría la pérdida de la mejor fuente rusa de la Agencia, con un acceso irremplazable al Kremlin de Putin. Y él sería la causa.

Surgieron oscuros pensamientos secundarios: ¿Podría alguno de los dos vivir sin la emoción de este trabajo, el ajetreo de la calle al filo de la navaja, la adrenalina de robar secretos a un enemigo implacable? ¿Cómo sería su vida de jubilados? ¿Contemplarían las Montañas Rocosas nevadas desde el porche de una cabaña de madera? ¿O desayunarían en un balcón blanco con vistas a la bahía de Biscayne? ¿O echar otro leño al fuego en una acogedora granja de Nueva Inglaterra? ¿Un sueño conyugal o una pesadilla constrictiva? ¿Podría alguno de ellos sobrevivir a la jubilación? Gable siempre decía que los espías se secaban y morían cuando abandonaban el Juego. La mayoría de los desertores rusos se alejaban de la Rodina; echaban de menos la Madre Patria, la tierra negra y los bosques de pinos. ¿Podría hacerle eso a ella, a sí mismo? Jesús, quizá se había asustado a sí mismo, quizá ella también vería la luz. Quizá pasarían al siguiente nivel casto y profesional de superactivo y sagaz manejador, ocupándose fríamente de los negocios contra Vladimir Putin y su cleptocracia depredadora. Tal vez.

Y, de todos modos, ¿qué hacía ese maldito Gable en Jartum, precisamente ahora?

CALABACÍN TURCO GRATINADO

Parta los calabacines por la mitad a lo largo, saque los huecos y rellénelos con dados de queso feta, eneldo picado y perejil. Cubra los calabacines con bechamel y hornee a temperatura media hasta que los calabacines estén blandos y la cobertura dorada.

La Gran Confluencia

ES MEDIANOCHE. Desde la ventanilla del avión, Gable vio el bulboso y luminoso Hotel Corinthia, de cristal azul, sobre el río, una gorda lágrima que se elevaba por encima de los bajos tejados marrones de Jartum, por lo demás puntuados únicamente por un bosque de minaretes iluminados. Su avión se inclinó más y pudo divisar al-Mogran, la Gran Confluencia, donde el Nilo Azul, de color marrón chocolate, se unía al Nilo Blanco, de color azul lechoso. Fuera de la terminal, los frenos del taxi amarillo canario chirriaron como los de un babuino cabreado. Probablemente el polvo rojo sudanés de las pastillas, pensó Gable. Esa mierda llega a todas partes. El trayecto del aeropuerto a la embajada de EE.UU. —al sur de la ciudad, a orillas del Nilo Azul— duró una hora, por la alborotada calle Madani, de cuatro carriles y cubierta de tubos de escape azules, con tráfico entrando y saliendo de todas direcciones, incluso a esa hora. Es un zoológico conocido. Jartum. Gable estaba de vuelta en su antiguo territorio, el Tercer Mundo en decadencia, donde se interrogaba a los generales reclutados con caras brillantes de sudor en Land Rovers arenosos aparcados en callejones apestosos, y las tormentas de arena de algodón de azúcar a trescientos pies de altura hacían temblar la casa, La arena roja silbaba bajo la puerta a pesar de las toallas mojadas pegadas al umbral, y te acostumbrabas al repentino golpeteo de los neumáticos al conducir de noche, que o bien era algo cuadrúpedo y peludo, o un lugareño durmiendo una borrachera de cerveza tshwala en medio de la carretera. No te parabas a averiguarlo, no de noche.

El Tercer Mundo. Los diplomáticos rusos destinados en París no necesitaban que los de la CIA les compraran baguettes, pero si te encontrabas con un ruso solitario en la árida y alienígena Jartum, con su familia en Moscú, y le dabas un poco de shchavelya sup, sopa de acedera, como la que solía preparar su madre, y le ponías un DVD, y le abrías una botella de bourbon, y podrías hablar con él sin parar sobre los salarios americanos, o los muscle cars, o los coños de Las Vegas, o tal vez sólo sobre la libertad de elegir, y alguna noche de tormenta de polvo con las persianas sonando, diría que sí, y tendrías un reclutamiento de la SVR en la bolsa. Algunas de las mejores cabelleras de Gable salieron del Sandbox.

Gordon Gondorf, COS de Jartum, estaba sentado en su escritorio de la estación, en la última planta de la embajada, un edificio de dos alas y tres plantas situado en un recinto de cinco acres, con ventanas de rendija a prueba de granadas y una puerta de acero curvado. El

COS Khartoum era bajito, con ojos de cerdo y sobrenaturalmente obtuso. Gable decía a menudo que Gondorf no podría echar agua de una bota aunque las instrucciones estuvieran impresas en la suela. Conocido como "pies pequeños" por los atribulados oficiales de sus comisarías, Gondorf parecía reaparecer cada dos años, como una ampolla de fiebre. Había sido Jefe en Moscú, donde intentó joder la carrera de Nash, luego pasó a arruinar la División de América Latina, y posteriormente se convirtió en COS París, donde se negó a movilizar recursos para buscar a un traidor de la CIA fugado y suelto por la ciudad. Esta constante actuación le valió el desprecio eterno de Benford, que consiguió que Gondorf recibiera su actual mando, una incómoda comisaría de tercer nivel en la que, antes de sentarte, tenías que comprobar si había un bumerán enrollado bajo el borde, descansando en el frescor de la porcelana del inodoro.

El despacho de Gondorf estaba dominado por un enorme escritorio de madera, lo que reflejaba su creencia de que cuanto más grande era, más seriedad confería a la persona que se sentaba detrás. Esta teoría quedaba un tanto desvirtuada por el hecho de que el tablero de cristal sólo llegaba a la altura del pecho del Jefe, lo que daba la impresión perdurable de un niño con la cara roja sentado ante el escritorio de su padre en un día familiar. En un rincón había un polvoriento fusil A4, como si el Jefe combatiera personalmente a las células terroristas de Jartum todos los días antes de comer. Por supuesto, estaba la habitual pared de los tocadores, cubierta de fotografías de Gondorf siendo recibido por miembros del Congreso, dignatarios extranjeros y diplomáticos de esmoquin. Una sola fotografía enmarcada de Gondorf vestido incongruentemente como un beduino con una jambia —la daga ceremonial curva del mundo árabe — en el cinturón, personificaba su carrera de catchpenny. Un camello al fondo de la foto le miraba como si el nómada del desierto le debiera dinero.

Gable sólo estaba al corriente del dilema de Gondorf. Benford no le había contado los detalles. Meses atrás, Washington había decidido entregar de forma encubierta misiles tierra-aire a los rebeldes de Darfur, en el sur de Sudán, para compensar la ingente ayuda militar de Rusia y China al gobierno genocida de Jartum. Es vital que la ayuda estadounidense se mantenga en secreto para evitar fricciones bilaterales. En el último momento, una vacilante Asesora de Seguridad Nacional cambió de opinión, lo que provocó la cancelación de los planes de entrega de los misiles. Un palé —doce cajas de aluminio verde oscuro de metro y medio con asas metálicas— con los misiles quedó abandonado en un almacén de seguridad en el sótano de la embajada.

Las cajas se introdujeron de contrabando como material de

construcción, pero sacarlas de allí era otra cosa. No se podían llevar en coche al aeropuerto y salir en el vuelo semanal de apoyo. Si los funcionarios de aduanas sudaneses inspeccionaban el palé, el alerón diplomático sería insostenible. Durante una acalorada reunión de directores de embajada, el embajador se declaró poco dispuesto a mantener indefinidamente en su cancillería una docena de misiles stinger FIM-92 con ojivas de fragmentación anular de alto poder explosivo. El agregado militar (llamado Milatt), el coronel de marina Claude Bianchi, afirmó respetuosamente que no tenía forma de extraer las cajas hasta que el portaaviones USS Nimitz transitara por el Mar Rojo dentro de una semana, momento en el que se podría volar con un helicóptero Seahawk para extraer los misiles; se podrían instalar tanques de largo alcance en el ave para realizar el vuelo de 450 millas. El COS Gondorf, deseoso de ganarse el favor de su Jefe de Misión y de eclipsar al Milatt, declaró tímidamente que disponía de —activos— capaces de deshacerse de las municiones ahora mismo. En esto se excedió.

Haciendo gala de un mal juicio monumental, Gondorf había ordenado a tres recursos de apoyo sudaneses de bajo nivel que cargaran las cajas en un camión de estacas, salieran por la puerta trasera de la embajada, condujeran cien metros hacia el este a través de un campo de girasoles en barbecho y las arrojaran al río.

Gable se incorporó.

—¿En el puto Nilo? —dijo.

—Las cajas pesan cincuenta libras cada una —dijo Gondorf miserablemente. —Se hundieron enseguida.

—Me da igual que hubiera un maldito glaciar por allí —dijo Gable—¿Los arrojasteis a cien metros de la embajada?

—Es de noche, para que nadie pudiera verlos—dijo Gondorf.

—No sé qué te pasa, Gondorf, pero apuesto a que es difícil de pronunciar,— dijo Gable.

—Hay otro problema —dijo Gondorf. Se acercó a la ventana, levantó las persianas, le entregó a Gable unos prismáticos y señaló hacia el río. Gable enfocó la orilla del río, bordeada por una fina línea de vegetación.

—Santo cielo —dijo Gable. La orilla de barro negro estaba sembrada de cajas de misiles, algunas de lado, otras sobresaliendo hacia arriba, como ataúdes desarraigados en un cementerio inundado.

—Se supone que los ríos no tienen mareas —dijo Gondorf—.

Siglos de faraones egipcios, nómadas de la tribu Baggara y agricultores de la cuenca del Nilo estaban familiarizados con las inundaciones amarantinas. Sin embargo, Gondorf no. Entre julio y octubre, el Nilo crecía por el deshielo de las montañas etíopes. En junio, el río se calmaba y dejaba tras de sí un lodo fértil y oscuro,

kemet en árabe. Gondorf había tirado las cajas hacía meses, con el río crecido. Ahora tenía un banco de lodo de quince metros con cajas de misiles sobresaliendo del fango a cien metros de la ventana de su oficina. Gable miró la cara estrecha y pellizcada, los ojos de jerboa y la boca llena de "no es culpa mía" justo detrás de los dientes.

—Hay patrullas de la milicia por todas partes, barcas en el río, carroñeros en las orillas —dijo Gondorf.

—¿Cuánto tiempo llevan ahí esos casos?— dijo Gable. —¿Por qué no haces que tus gomeros las recuperen?

—No puedo. Están fuera de contacto,— dijo Gondorf.

—¿De qué estás hablando? ¿No puedes contactar con tus activos?

—No puedo encontrarlos, no responden.

—Jesús lloró —dijo Gable, pasando los prismáticos a Gondorf. Caminó por el pasillo hasta el despacho del Milatt y se presentó al coronel Bianchi, que era alto, moreno, con el pelo peinado hacia atrás y brillante de brillantina. Vestía de paisano: un traje claro con camisa azul y corbata negra lisa. Llevaba un pin del cuerpo de marines en la solapa. Gable se sentó y le explicó el problema. Bianchi negó con la cabeza.

—He conocido a muchos de vosotros, espías, a lo largo de los años —dijo, con el Mississippi en la boca—Pero ese chico tuyo es más listo que un saco de ratones mojados.

—Sí —dijo Gable—, es un auténtico gilipollas. Coronel, esas cajas han estado sumergidas durante tres o cuatro meses, y ahora están cubiertas de barro. ¿Alguna posibilidad de que esos aguijones funcionen?

—Son resistentes al agua, pero no impermeables—dijo Bianchi. —Si algunas de las juntas de esas maletas aguantaran, probablemente tendrías un puñado que se encendería y volaría. Pero nada fiable.—Sacudió la cabeza. —Pero eso no es preocupante. Si la milicia encuentra esos Stingers, habrá más problemas políticos de los que podamos manejar.

—¿La milicia sirve para algo? —preguntó Gable.

—Van por la ciudad, cuatro en un jeep, con AKs, buscando problemas. No tienen mucho entrenamiento, pero son muy malos.

—¿Tienes a alguien que pueda ayudarme a sacar esos casos esta noche?—dijo Gable. Bianchi negó con la cabeza.

—Mi oficina se queda con dos, mi ayudante está de vacaciones en casa y el embajador no aprobaría el uso de los marines. Si ocurre algo ahí fuera, perderemos a los vigilantes de la embajada —observó la reacción de Gable antes de volver a hablar—Podríamos tener suerte. Dos SEAL del Equipo Ocho que trabajan con AFRICOM están aquí haciendo inspecciones de evacuación de embajadas. Puede que estén dispuestos a ayudar —Cogió un teléfono y en dos minutos los SEAL

llamaron a la puerta.

Ambos eran veinteañeros, delgados y tranquilos. Vestían vaqueros y chanclas. El suboficial mayor Gilbert —Gil— Lachs era rubio y pecoso. Era un breacher, un experto en demoliciones, capaz de abrir una lata de melocotones con unos pocos granos de RDX sin derramar el sirope. El contramaestre de primera clase Richard —Ricky— Ruvo era un italiano moreno con ojos de sabelotodo de Staten Island. Era un francotirador capaz de clavar un clavo en un árbol a quinientos metros. Se sentaron desplomados en las sillas, con los brazos cruzados sobre el estómago, mirando a Gable como leopardos somnolientos en la rama de un árbol.

—Necesito refuerzos. Supongo que conseguiremos un camión con cabestrante y sacaremos esas maletas del barro —dijo Gable. Se volvió hacia Bianchi. —¿Qué armas tenemos?

—No mucho—dijo Bianchi. —Cerraduras de 9 mm y Remington 870. Gable asintió con la cabeza.

—Encantado de ayudar—dijo Ruvo. —Yo vigilaré mientras vosotros conseguís las cajas.

—Mentira—dijo Lachs. —Tengo más rango que tú. Tú métete en el barro.—

—Gil, no le das a una mierda—dijo Ruvo.

—Yo siempre disparo primero y llamo blanco a lo que acierte,— dijo Gable.

Los SEAL asintieron. Se había transmitido y recibido un código tácito: Gable estaba Ok.

—¿Seguís reclutando hombres rana, chicos de la CIA?— preguntó Lachs, cuyo tiempo en los Equipos se estaba acabando.

—Sí, tenemos toda una división que enseña a los calamares a usar el cuchillo y el tenedor —dijo Gable. —Pero se está llenando rápido.

Ruvo, Lachs y Bianchi se echaron a reír.

Es estaba oscuro como boca de lobo cuando Gable condujo el camión F-350 en segunda a través del polvoriento campo con las luces apagadas, y metió el morro del camión en el descanso de los matorrales de la ribera. En la orilla del río había un cobertizo de pescador destartalado hecho de chapas irregulares de hojalata ondulada. Lachs se asomó por un resquicio metálico y sacudió la cabeza. Vacía. Ruvo metió cinco cartuchos Sabot en la 890, levantó la corredera y subió al techo de la cabina. Dio una vuelta de 360 grados y susurró Ok. Gable y Lachs se pusieron las pistolas en las fundas del cinturón a la altura de la espalda. Maldiciendo en silencio a Gondorf, Gable se metió hasta las rodillas en el barro, sacando el cable metálico del carrete, mientras Lachs permanecía de pie junto al cabrestante, sujetando el mando a distancia. Con una linterna táctica entre los dientes, Gable vadeó hasta la caja más cercana, colocó el mosquetón

en una de las asas metálicas y saludó a Lachs. El camión se balanceó un poco, pero la fuerza de tracción del cabrestante, de noventa y cinco libras, rompió la succión y la maleta se deslizó por la orilla. Uno menos, faltan once.

Una hora más tarde, quedaban tres maletas más, pero Lachs tuvo que meterse hasta los muslos para ayudar a Gable a quitar el barro y poder engancharse a un asa. Los dos estaban a ambos lados de una maleta parcialmente enterrada, con las linternas en la boca. Lachs estaba de espaldas al río negro. Es entonces cuando ocurrió. Ruvo lanzó un grito de advertencia segundos antes de que un cocodrilo del Nilo de cuatro metros saliera del agua detrás de Lachs en una explosión de rocío, con las fauces abiertas. Incapaz de moverse en el fango, Lachs sólo pudo arrojarse por encima de la caja embarrada. Gable no se había movido tan rápido en su vida. Desenfundó su pistola y disparó las diecisiete balas de 9 mm en la boca blanca como el algodón del cocodrilo, pero éste sólo sacudió la cabeza y cerró las mandíbulas sobre las nalgas de Lachs. Tal vez distraído por la luz de Gable, el cocodrilo milagrosamente no mordió la carne, sino que enganchó un diente en la funda de la cadera de Lachs, desgarró sus pantalones de carga hasta los tobillos, sacudió la cabeza, escupió el arma y se volvió para morder de nuevo.

La escopeta de Ruvo ladró desde la orilla. Una mancha de cinco centímetros entre los ojos del cocodrilo chorreó sangre y éste se desplomó en el barro, con la cola azotándole dos veces y el cerebro del tamaño de una nuez vaporizado. El sonido de los disparos resonó en el río y en los campos. Un perro empezó a ladrar. Gable miró a Lachs, que levantó el pulgar. Ambos miraron al agua negra, concretamente a otras dos formas grises que avanzaban hacia ellos. —A la mierda con esto —dijo Gable, que rápidamente enhebró el mosquetón a través de las asas de la primera, luego de la segunda y luego de la tercera caja, y le hizo la señal a Ruvo. El cabrestante gimió, las asas se doblaron, las cajas gimieron y estallaron, pero las tres se soltaron y se deslizaron por la orilla. Gable y Lachs tiraron el uno del otro hasta tierra firme, con los gruñidos de los cocodrilos en el río a sus espaldas. Lachs estaba sin pantalones y embarrado hasta el pecho.

—Es la primera vez que veo a un cocodrilo hacerle un calzón chino a alguien —dijo Ruvo.

—Gracias por quitarme a ese cabrón de encima —dijo Lachs. —La bala me pasó junto a la oreja izquierda —Ruvo había dado el golpe en la cabeza a veinte metros con la mira de hierro de una escopeta, con poca luz, desde la orilla superior, un tiro extraordinario.

—Iba a esperar a ver lo grande que era la polla de un cocodrilo, así agachado —dijo Ruvo. Lachs le hizo un gesto de desprecio.

Terminaron de cargar las sucias cajas en el camión cuando el sonido de un jeep que se acercaba surgió de la noche, el haz de luz de su faro rebotando mientras el jeep saltaba sobre los surcos secos del campo. Milicia.

—Atención, señoras —dijo Gable por un lado de la boca. Colocó un nuevo cargador en su Glock.

—Ninguno de estos cabrones se va a casa —dijo Ruvo, sujetando la escopeta ligeramente por detrás de la pierna.

El jeep se acercó y el motor dio vueltas hasta que se quedó en silencio. Los cuatro hombres del jeep llevaban una colección de gorras de reloj, kepis y boinas. Los americanos estaban de pie a la luz del único faro que funcionaba. El conductor se incorporó en su asiento y dijo —Kayfa halak?— Su camisa hecha jirones y manchada de sudor estaba desabrochada. El pasajero también se levantó de su asiento para mirar a los hombres por encima del sucio parabrisas agrietado. No se veían armas. El conductor volvió a gritar —Kayfa halak?— entre carcajadas estridentes. El pasajero señaló las piernas desnudas de Lachs—dijo algo y escupió al suelo, entre risas.

—A ese tío le gusta tu paquete, Gil,— dijo Ruvo.

—Estos cabrones están todos chiflados, mascando khat todo el día —susurró Gable.

El conductor metió la mano por debajo del salpicadero y tiró del cañón de un AK-47. —Arma —ladró Ruvo, que sacó la escopeta, disparó a través del parabrisas y expulsó al conductor del jeep en una nube de cristales pulverizados. Gable disparó al pasajero en 1,5 segundos con un doble toque en el pecho, y un tercer disparo en la cabeza, un triple llamado El Mozambique. El tipo se desplomó y se deslizó bajo el salpicadero. Incluso antes de que cayera al suelo, Ruvo y Lachs avanzaron sobre el vehículo en la curva de combate cuerpo a cuerpo, disparando cada uno tres tiros, derribando simultáneamente a los dos del asiento trasero sobre la parte trasera del jeep. El sonido de los disparos se propagó en el aire nocturno, y más perros a ambos lados del río empezaron a ladrar. Del río negro llegaron gruñidos aspirados. El pasajero muerto del jeep se acomodó de lado. Toda la evolución había durado doce segundos.

—¿Estáis tan bien, chicos de la CIA?— dijo Lachs. La última vez que había visto el Mozambique fue en Panamá.

—Sí, es el entrenamiento de sensibilidad que recibimos —dijo Gable. —Y los instructores de pistola de Texas.—Los SEAL miraron de reojo a Gable.

—No te vendría mal más tiempo en el campo de tiro —le dijo Ruvo a Lachs—Le diste a ese último tipo un poco alto.

—No le oí quejarse—dijo Lachs.

—Vámonos de una puta vez de aquí,— dijo Gable. —Comprueba

las identificaciones de estos tipos, normalmente pequeños folletos de papel.

—Voy a dejar el jeep detrás del cobertizo,— dijo Lachs. —¿Quieres que prepare una explosión en el encendido?

Gable negó con la cabeza.

—Es probable que algunos chicos lo encuentren primero. Es para ellos.

—¿Y estos chicos? —preguntó Ruvo, mirando la maraña de piernas en el suelo.

—Espera un momento —dijo Lachs—Escucha.—El sonido de varios vehículos que se acercaban por el campo y el murmullo de voces excitadas eran tenues, pero cada vez más fuertes.

—Joder —dijo Gable asomándose entre la maraña de maleza ribereña—Más milicianos. Hago tres jeeps a un klick de distancia, viniendo despacio.—

Ruvo atornilló la corredera de la escopeta.

—Eso hace no más de doce amantes del bucle; nos cargamos cada uno un jeep y ya está.— Gable sacudió la cabeza.

—Oyeron nuestros disparos. Vendrán esperando problemas. Lo más probable es que ocurra algo y perdamos los misiles.—

Lachs puso una caja de misiles en la plataforma del camión.

—Usemos tres de estos cachorros para destruir los tres jeeps.

—¿Estamos seguros de que se encenderán? —Dijo Ruvo. —Llevan mucho tiempo sumergidos.

Gable volvió a mirar entre la maleza.

—Están frenando corriendo cerca de la orilla; no saben lo que buscan. Vosotros llevad el camión campo a través hasta la embajada. Bianchi está esperando en la puerta y abrirá el almacén. Aseguren esos misiles.

—¿Qué coño crees que vas a hacer? —dijo Ruvo.

—Apagaré un par de faros, me arrastraré entre la maleza y los mantendré inmovilizados. No se darán cuenta de que vosotros y el camión cruzáis el campo.

—Hay doce de esos gomers,— dijo Lachs. —Yo me quedo y Ruvo puede recuperar esas maletas.—

Gable negó con la cabeza.

—Vosotros dos llevad las maletas a la embajada, uno conduce y el otro va de copiloto, no paréis por nada.—Los SEAL eran profesionales y no discutieron. Ruvo conservó su pistola, pero entregó a Gable la escopeta y un bolsillo lleno de cartuchos. Lachs entregó su pistola Browning y dos cargadores de repuesto. Gable se metió la pistola en el cinturón y se llenó los bolsillos de munición.

—Volveremos con más potencia de fuego lo antes posible —dijo Lachs—Sólo mantengan la cabeza baja y quédense en la maldita

maleza. No se hagan los héroes —

Gable les estrechó la mano.

—Gracias por echarme una mano esta noche. Habéis conseguido que el mundo esté seguro al menos una semana más.—

Lachs señaló a Ruvo.

—Aún estoy denunciando a este gilipollas a la Federación Mundial de la Naturaleza por matar a una especie de reptil fluvial en peligro de extinción —dijo.

—Si este gilipollas no te hubiera quitado ese cocodrilo, no tendrías gilipollas —dijo Ruvo. Los sonidos de los jeeps ratoneros se acercaban, los haces de los faros ondeando en el aire mientras los neumáticos rebotaban sobre los surcos secos del campo.

—Vuelve alrededor de estos hierbajos y no vayas hasta que empiece a reventar a estos gomers. Luego dirígete a la lámpara amarilla de la esquina de la embajada. Los SEAL subieron al camión, dieron marcha atrás y se sentaron a esperar. Ruvo levantó el pulgar hacia Gable.

Gable se situó detrás de la pequeña caseta ondulada, asomándose por la esquina a los faros que se acercaban. A medida que el campo se ensanchaba, habían pasado de formar una fila a formar otra, gritándose unos a otros, sin prestar atención. Pero todos llevaban sus rifles en las manos. Esto va a ser complicado, pensó Gable. Los jeeps aminoraron la marcha y se detuvieron a ocho metros de la cabaña —unos seis metros, un tiro de pistola largo—, pero todas estas tropas tenían AK-47 oxidados y las balas atravesarían las paredes de hojalata de la cabaña como un cuchillo caliente la mantequilla. Gable pensó que podría disparar desde la cabaña, escabullirse entre la maleza y dejar que los gomers se divirtieran demoliendo la cabaña mientras él se metía entre la maleza, lo que daría tiempo a los SEAL para llegar a la puerta trasera de la embajada. Gable vio que el miliciano situado más a la derecha se levantaba y señalaba el campo. Había divisado el capó del camión asomando entre la maleza. En el siguiente segundo, se arremolinarían en esa dirección y combatirían al camión, justo lo que él no podía permitir que ocurriera.

Gable salió de detrás de la choza al resplandor de seis faros, accionó la bomba tan rápido que los disparos sonaron simultáneos, y disparó tres cargas de perdigones contra el jeep derecho, cuyo parabrisas se desintegró; los dos hombres del asiento delantero cayeron al suelo, muertos. Los dos del asiento trasero, uno de ellos herido y gimiendo, salieron disparados y se escondieron detrás del vehículo. Antes de que los muertos cayeran al suelo, Gable pivotó para disparar tres veces más al jeep del medio, matando al conductor, mientras los otros tres saltaban y se escondían bajo el jeep. Apuntó sus dos últimos disparos al jeep del fondo, derribando a un pasajero del

asiento trasero. Según el recuento de Gable, habían caído cuatro y tal vez uno o más heridos. Quedaban al menos siete y quizá ocho. Los milicianos estaban escondidos bajo los respectivos vehículos, gritándose unos a otros lo que a Gable le sonó a —Ahmed, levántate y empieza a disparar— y más murmullos que sonaban a —¿Estás loco? Levántate y empieza a disparar.

Gable metió cuatro de los proyectiles de color verde oscuro en la Remington, sus últimos proyectiles, que eran las balas estriadas —proyectiles cónicos de plomo sólido del tamaño de una canica, el equivalente a una bala del calibre 50— y uno a uno metió una bala en el radiador de cada jeep, provocando una gran explosión de vapor y una cascada de agua bajo cada vehículo. Aquellos jeeps no iban a ir a ninguna parte y los SEAL estaban libres.

Por el rabillo del ojo, Gable vio movimiento a lo largo de la pared trasera de la choza; el metal se flexionó cuando alguien se deslizó por él dentro de la cabaña. Gable disparó la última bala contra el metal abultado, derribando un panel de la pared trasera y haciendo volar al miliciano a través de un panel de la pared delantera. La escopeta estaba vacía, quedaban dos pistolas de quince balas con dos cargadores de repuesto y quizá siete milicianos con AK. Extrañas probabilidades.

Más movimiento en los juncos del río —¿dónde estaban los cocodrilos cuando se les necesitaba? —Gable se zambulló en el cobertizo (escondite temporal, pero desde luego no cobertura) y se arrastró lentamente detrás de unas cajas de madera rotas que apestaban a pescado, y se agachó mientras un miliciano asomaba la cabeza por el agujero de la pared y Gable le disparaba en la cabeza, pero otros dos milicianos entraban por la puerta disparando desde la cadera y Gable abatió a uno de ellos de un tiro en la cara, y sintió un puñetazo en el hombro derecho, sin dolor, sólo entumecido hasta la mano, por lo que disparó al segundo gomer con la mano izquierda dos veces en el pecho, sintiendo otra ronda golpear su muslo, esta dolía como un hijo de puta aguja de tejer caliente, y las rondas comenzaron a venir a través del metal endeble, cada agujero creando un rayo de luz de los faros del jeep. Gable se escondió en un rincón, colocó un nuevo cargador con una sola mano sujetando la pistola entre las rodillas con el compartimento del cargador hacia arriba —recarga de emergencia—, soltó la corredera y empezó a disparar a los dos gomers que entraban por la puerta, pero sintió que dos balas más le daban en el pecho, y las balas seguían atravesando el metal, pero Gable se sentía entumecido y era como si respirara a través de una pajita, no respiraba lo suficiente, y vio a Nash en la estación de Atenas, y a Dominika con un vestido de verano, y a Moira tocando el piano descalza, su único remordimiento, cómo arruinó su matrimonio, y

cómo ella murió antes de que él tuviera la oportunidad de arreglarlo. Recordó el feliz primer mes, la luna de miel en Cudjoe Key, y pudo oler el aire salado.

Los dos milicianos supervivientes estaban apoyados en el guardabarros de su siseante jeep encendiendo cigarrillos temblorosamente cuando les estalló la cabeza a ambos y cayeron como marionetas cortadas con hilos, con los cigarrillos aún en la boca. Ruvo y Lachs salieron de la oscuridad y miraron a los soldados muertos alrededor de los jeeps destrozados, luego miraron dentro de la choza. Cinco milicianos yacían amontonados frente a Gable, que estaba sentado contra la pared, con los ojos cerrados y el frente de la camisa negro de sangre.

Ruvo le tomó el pulso.

—Se ha ido —dijo. —Maldita sea. —Se quedaron callados un segundo, compañeros gladiadores llorando a uno de los suyos.

—Recuperémoslo—dijo Lachs. Los SEAL nunca dejan atrás a sus caídos.

—Primero tenemos trabajo —dijo Ruvo.

A la mañana siguiente, con el coronel Bianchi sentado en una silla frente a su escritorio, Gondorf informó por teléfono seguro a Benford, quien tras un silencio atónito al oír que Gable había muerto, maldijo durante cinco minutos y le dijo que se quedara al teléfono. En secreto, prometió expulsarle del servicio. Gondorf palideció cuando Bianchi le habló del tiroteo con las patrullas de la milicia, pero no pareció preocuparse más por los misiles, ahora que habían sido devueltos con seguridad al almacén de la embajada. Y no pareció importarle que un oficial de la CIA estuviera en una bolsa de plástico, tendido sobre un palé en la nevera de la embajada. Vio una forma de desviar la culpa y volvió a ser el burócrata de carrera que sus colegas conocían.

—¿Tus chicos mataron a doce milicianos? ¿Están locos? Gondorf pensaba en protestas oficiales, disturbios en la puerta de la embajada, un embajador enfurecido, expulsiones diplomáticas...

—Catorce más o menos. Tu hombre consiguió ocho él mismo. Nadie va a encontrar nada,— dijo Bianchi. —Aparcaron los jeeps carretera abajo, detrás de un almacén con las llaves puestas.

—Sois unos maníacos. Cuando encuentren a los hombres, se desatará el infierno.—

—Esos tipos no vendrán a casa a cenar. Toma.— Bianchi revolvió un montón de libretas de identificación de milicianos que había sobre la mesa de Gondorf. Uno de ellos tenía un agujero de bala en el centro. La boca de Gondorf se curvó de asco al abrir un cuadernillo con la punta de un lápiz.

—Jesús,— dijo Gondorf. —Ese es uno de mis activos de apoyo

que se deshizo de los misiles en primer lugar.

—¿Algo más?— dijo Bianchi. Gondorf abrió los otros folletos con el lápiz. Se le cayó la cara de vergüenza.

—Este también, y este otro, tres de ellos. No conozco los otros.

—Una red de agentes muy eficiente la suya, señor jefe de estación, reclutando a la milicia de Jartum como activos clandestinos —dijo Bianchi—.

—A los que sus SEAL abatieron anoche, como si fueran gángsters.

—Tus supuestos activos venían anoche a recuperar esos misiles, gilipollas,— dijo Bianchi. —Tu hombre, Gable, fue eliminado para salvarte el culo, que personalmente me gustaría patear.

—¿Qué pasa con los misiles? —dijo Gondorf, ignorando la amenaza. —Los quiero fuera de aquí.

—¿Los quieres fuera?—dijo Bianchi. —Llamé a un Seahawk-60 del Nimitz en el Mar Rojo. La Marina los sacará volando, a Gable también.

Gondorf miró al Milatt, tratando de decidir cómo reforzar su posición, pues siempre había alguna argucia burocrática, algún refugio. Pensó en crear una polémica que distrajera la atención, con el Departamento de Defensa como chivo expiatorio. Señaló acusadoramente a Bianchi.

—Tu oficina va a tener que responder por el asesinato de esos hombres. Voy a presentar una denuncia oficial al Departamento de Justicia.

—¿En qué se basa? —dijo Bianchi, levantándose de la silla. Los SEAL volaron anoche hacia Little Creek. (Todos los vuelos salieron de Jartum después de medianoche, cuando las pistas de alquitrán, blandas y tostadas por el sol, se endurecieron con el aire más frío de la noche). —El Pentágono no te va a ayudar, por la forma en que actúas en el equipo del país, y el embajador está cabreado por tu espantosa buena actuación. Adivino que quienquiera que fuera el de Langley gritando por teléfono te hará sentir como si te hubieran tragado los lobos y te hubieras cagado por un barranco.— Bianchi se dirigió a la puerta del despacho.

—Olvidas una cosa —dijo Gondorf, sudoroso—Cuando encuentren a esos hombres, va a haber una tormenta de mierda, contigo justo en medio.— Bianchi miró al río a través de las persianas.

—Los SEAL se encargaron de ello. Como te dije, esos agentes de la milicia no estarán en casa para cenar,— dijo Bianchi, por encima del hombro. —Los cocodrilos del río ya cenaron con ellos anoche.

SHCHAVELYA SOPA DE ACEDERA

Saltear las verduras (tradicionalmente acedera silvestre, o sustituirlas

por diente de león, berros o espinacas) con cebollas picadas hasta que se ablanden. Se añade el caldo de pollo, se lleva a ebullición y se deja hervir a fuego lento. Retirar del fuego, añadir azúcar y zumo de limón para equilibrar. Atempere las yemas de huevo con el caldo, incorpórelas a la sopa y deje cocer a fuego lento sin que llegue a hervir. Servir caliente o fría con nata agria.

21

Huele a rata

BENFORD despertó a Nate en mitad de la noche con la negra noticia sobre Gable. Nate sintió que la helada descarga le subía por la espalda, y se levantó agarrando el auricular. Gable. Indestructible. Un tiroteo en Jartum, para nada. Ese pedazo de mierda de Gondorf. Nate preguntó por los servicios, el funeral, los funerales.

—No importa eso,— dijo Benford. —Tú ve mañana al piso franco y haz tu trabajo.

—¿Cómo se lo digo?— dijo Nate. —Era como un hermano...

—No se lo digas, bajo ningún concepto. No puede derrumbarse, no ahora. Mantenla concentrada. Tiene que llevarnos hasta MAGNIT, tenemos que acabar con ese ilegal en Nueva York, y tiene que asegurarse de que meten a Shlykov en la cárcel.—

—Lista de tareas pendientes bastante larga, Simon; olvidaste 'enterrar a Marty Gable'.— Nate se preparó para la explosión, sin importarle realmente. Sorprendentemente, la voz de Benford se apagó.

—Tú sabes, quizá mejor que la mayoría, lo que te habría dicho ahora mismo. Te habría dicho que hicieras tu trabajo, protegieras a tu activo, obtuvieras la información y prepararas el siguiente contacto. Yo añadiría que deberías hacer que se sintiera tan orgulloso de ti como siempre lo estuvo —Nate tragó saliva.

—Enviaré el telegrama cuando hayamos terminado —dijo Nate.

El piso franco de Estambul AMARANTH estaba detrás de una enorme verja de madera con montantes de hierro rematados por pinchos medievales. El camino de grava descendía ligeramente hacia el agua. La ornamentada villa —yali en turco—, con su inclinado tejado de tejas rojas, se alzaba solitaria entre pinos justo al borde del Bósforo, con sus cimientos continuamente mojados por las suaves olas de los cargueros que pasaban por el Mar Negro. El interior del yali era magnífico, lleno de elaboradas molduras, techos pintados y paredes decoradas con interminables motivos geométricos islámicos en oro y turquesa. Un amplio salón central estaba adornado con una fuente de mármol burbujeante. El salón estaba flanqueado por salones esquineros que daban al Bósforo, refrescados por la brisa que entraba por las ventanas panorámicas de la galería. Los espacios de las esquinas estaban amueblados al estilo otomano, con sofás bajos y enormes bandejas de cobre sobre patas de madera tallada. En la segunda planta, por la escalera curva de mármol rosa, había cuatro amplios dormitorios con camas con dosel de color azul pavo real.

Cada dormitorio daba a un baño a juego.

Nate condujo hasta el piso franco a través de un tortuoso SDR por el puente Fatih Sultan Mehmet hacia Asia, donde encadenó una serie de giros escalonados y bucles en los barrios montañosos de Üsküdar, Ümraniye, Görele y Zerzavatçi. Durante un bucle en la maleza, se detuvo en un desvío y utilizó las colinas nudosas circundantes como un cuenco de captación de sonido para escuchar el ronroneo de aviones de ala fija o rotatoria, un truco de área denegada que Gable le había enseñado. Nada. Eran barrios pobres, con calles embarradas y antenas parabólicas oxidadas, camiones en ruinas apoyados en bloques de hormigón y montañas de neumáticos desechados visibles tras muros de chapa ondulada atados con alambre de espino. Este Estambul asiático no se parecía en nada a los glamurosos enclaves de la carretera de la costa en el lado europeo.

Él era negro; ningún equipo de vigilancia —ni siquiera aquellos profesionales del TNP— podía pasar tan desapercibido y aun así saber dónde estaba. Aquella mañana había alquilado el pequeño Hyundai en el vestíbulo del hotel Mövenpick de Maslak, así que no le importaban las balizas de los vehículos. Sabía que DIVA sería igual de meticulosa y seguiría una ruta cerrada antes de subir al ferry. Dado el revuelo que se había montado al atrapar a Shlykov, una ausencia demasiado prolongada de la rezidentura sería arriesgada. Nate no estaba seguro de que dispusieran siquiera de cinco horas para informar. La última etapa de Nate en el SDR —memorizada estudiando los mapas como un actor memoriza las líneas— fue a lo largo de Macar Tabya Caddesi, trabajando sus espejos y vislumbrando el agua entre los árboles. Es atravesó la verja, la cerró tras de sí y bajó por el camino de grava hasta la casa. Es de tres plantas, con un tejado ornamentado, pintado de rosa con adornos de pan de jengibre blanco, incongruente en el bosque de pinos.

Nate examinó rápidamente el opulento interior. Las puertas triples del salón de la planta baja daban al porche, donde el Bósforo brillaba al sol de la mañana. Había una estrecha franja de césped entre la casa y el embarcadero. A lo largo del muro del rompeolas había faroles blancos de hierro forjado. Algún pachá debía de celebrar veladas en esta casa, pensó Nate. Comprobación de la hora. Las 09.00 horas. Llegaría dentro de tres horas. Se sentó en un sofá bajo del salón de estilo otomano y repasó sus notas. Había ensayado lo que le diría a Dominika, pero no sabía si podría evitar hablarle de Gable a pesar de las órdenes de Benford. ¿Seguiría enfadada con él? Ahora estaba en el Kremlin, envuelta en el abrazo aprobador del presidente Vladimir Vladimirovich. Probablemente se convertiría en Directora de la SVR, y estaría generando inteligencia asombrosa para Langley. Sus últimos informes habían evitado una apocalíptica campaña de terror en la

ciudad.

Nate estaba sentado en la relativa oscuridad del espacio, con las puertas abiertas y las largas cortinas de gasa flotando al viento. Percibió movimiento en el césped. Es Dominika, con un pequeño maletín en la mano. De algún modo, había atravesado la verja (¿o el muro?) y llegado por el lateral de la casa. Dos horas antes. Nate no se movió, observándola a través de las puertas francesas. Miró hacia el agua, dejó caer el bolso, se sacudió el pelo con la brisa y miró un carguero que avanzaba por el canal. Levantó un pie, luego el otro, y se quitó las sandalias. Su vestido de verano azul oscuro ondeaba con la brisa, como salido de Cumbres Borrascosas. Nate se acercó a la puerta abierta y se apoyó en el marco.

—Lo siento, pero la propiedad no está en venta —dijo. Dominika no se volvió, sino que siguió mirando el agua.

—¿Es usted el propietario?— dijo Dominika por encima del hombro.

—Represento a los propietarios —dijo Nate, bajando a la hierba y caminando detrás de ella.

—¿Estás segura de que no piensan vender? Se dio la vuelta y se apartó el pelo de la cara. Dio un paso hacia él. Estaban a escasos centímetros.

—¿Cuánto estás dispuesto a ofrecer?—dijo Nate.

—Por una vista así, el precio no tiene importancia —dijo Dominika. Le rodeó el cuello con los brazos y enterró la cara en su hombro. Nate la sujetó por la cintura. Permanecieron así un largo minuto, hasta que Dominika dio un paso atrás y se secó la mejilla mojada.

—Kak ty?— susurró, en ruso— ¿cómo estás?

—Privet,— dijo Nate, Hola. —Te he echado de menos. —¿Cómo has llegado tan pronto? ¿Cuánto tiempo tenemos hoy? Tengo muchas preguntas.

—Tomé un ferry diferente, luego un autobús, luego caminé. Es una mañana preciosa.

—¿Cuándo te esperan de vuelta? —Dijo Nate.

—Les dije que estaba haciendo un estudio de seguridad; nadie me va a interrogar.

—¿Cuánto tiempo? —dijo Nate, que notaba su cabellera.

—Mañana por la noche—dijo Dominika. —Vuelvo a Moscú a la mañana siguiente.

—¿Puedes estar fuera tanto tiempo? ¿Estás seguro?

Dominika asintió.

—¿Y dónde está Bratok?— dijo. Rara vez faltaba a una cita con ella.

—Está de viaje —dijo Nate, sin inflexión.

Tenían dos días juntos, solos. Nate la miró, los pómulos altos, la nariz recta, la frente lisa. Había nuevas líneas tenues alrededor de aquellos ojos azules que revoloteaban sobre su rostro, leyendo las comisuras de sus labios, buscando pistas sobre ellos. La burbuja estalló cuando Nate dijo que debían entrar y ponerse a trabajar. Dominika sonrió, le cogió la mano y entró descalza con él en la casa. Su halo había parpadeado cuando mencionó a Gable, pero ella lo ignoró.

Dominika estaba en el parqué, sentada con las piernas cruzadas sobre un cojín de felpa de kilim rojo óxido. Nate estaba en el sofá, cubierto de folios amarillos de las tres últimas horas de interrogatorio. Nate también había grabado toda la sesión en su tableta TALON para tomar notas. Es una práctica habitual grabar y tomar notas: lo primero sería un registro preciso de las palabras de Dominika y de los informes de inteligencia; lo segundo, un resumen más cómodo a partir del cual redactar los cables para el Cuartel General.

En el suelo había un mapa en espiral de Moscú. Es había sido anotado por Dominika para designar posibles nuevos puntos de aterrizaje y de SRAC, si alguna vez recibía equipo de SRAC de repuesto. Revisaron los lugares de recogida de exfiltraciones, los que había descrito el oficial del caso de Moscú Ricky Walters. Dominika bufó que los lugares de exfiltración debían reservarse para aquellos activos histéricos que aceptaran desertar en tiempos de crisis.

—Domi, deja de ponerte dramático —dijo Nate—. Tenemos que estar preparados para sacarte si pasa algo. Normalmente discutían sobre la deserción con pasión. Ella se dio cuenta.

Después de tres horas, ambos estaban cansados. Dominika había completado muchos detalles a partir de sus informes abreviados anteriores, recibidos en Moscú. No se vislumbraba ninguna sustitución del equipo SRAC. Y seguía sin haber pistas sobre MAGNIT.

—Uno más es importante—dijo Dominika. —Por favor, asegúrate de que Benford está al tanto de esto —asintió Nate. —El SVR ha establecido contacto con el servicio de inteligencia chino.

—¿El SVR? —dijo Nate. ¿Rusia y China? Esto podría ser grande, pensó.

—A las órdenes del presidente,— dijo Dominika. —Pero algo no va bien. No confiamos en ellos y ellos no confían en nosotros.

—Entonces, ¿qué sentido tiene entablar relaciones?

—Estamos explorando posibles áreas de interés mutuo —dijo Dominika. —Pero creo que mi exaltado presidente quiere algo más grande. Dígale a Gospodin Benford que, según mis adivinanzas, Putin hará todo lo posible por empeorar las relaciones entre China y Estados Unidos. Es sólo una adivinanza, pero dile a Benford que la opinión de un agente —un comentario de una fuente— es valiosa.

—Domi, esto es importante. ¿Puedes obtener más detalles a medida que se desarrolle?— dijo Nate.

—Por supuesto. El Kremlin —Putin— ya ha designado a la Línea KR como oficina principal para reunirse con los representantes chinos. Quiere que le informe directamente. No he recibido instrucciones operativas concretas, pero los SMS son engañosos. Podozrevat, huelo un ratón.

—Hueles a rata,— dijo. Dominika se encogió de hombros. Había estirado sus delgadas piernas y se tocaba los dedos de los pies para trabajar.

—Cuando sepas más, avísanos. Pero vamos con cuidado —dijo Nate.

—Gracias por la lección —dijo ella con indiferencia, intentando no sonreír.

Nate tomó más notas, pero ella sabía que algo iba mal. El halo de Nate se desvanecía y menguaba.

—¿Te preocupa algo?—preguntó ella.

Nate enterró la cabeza en su tableta.

—¿Qué?—dijo.

Se preguntó si alguna vez le contaría lo de los colores. Decidió intentar distraerle.

—Deberías estirarte para relajarte, como hacíamos en ballet.

Sujetándose recatadamente el vestido, extendió cada pierna hacia un lado en una división perfecta, con los dedos de los pies en punta, y luego se inclinó hacia delante para tocar el suelo con la barbilla.

—En yoga, se llama Upavistha Konasana —le dijo—. En la Escuela del Gorrión, la Vara de Adivinación. En la CIA, ¿cómo se llama? —Sin dejar de apoyar la barbilla en el suelo, miró a Nate y parpadeó una vez.

Irreprimibles instintos de Gorrión, pensó Nate, mirando cómo se flexionaban los músculos femorales y aductores de sus muslos. La pasión familiar estaba allí: no sentía la lengua y tenía un punto entumecido en la punta de la barbilla. Pero el rostro de Gable seguía entrometiéndose. Ahora su resolución de seguir siendo profesional, tanto por el bien de ella como por el suyo, era también por el recuerdo de Gable. Se enderezó, subió las piernas, se abrazó las rodillas y volvió a parpadear.

Dominika vio el halo púrpura palpitante que rodeaba su cabeza y sus hombros, y le preocupó que hubiera cambiado, que estuviera cansado de su intransigencia o que sus problemas disciplinarios hubieran acabado por oxidar su amor por ella. Ella no había cambiado su opinión de que, a pesar de las protestas de los altos cargos de la CIA, su relación amorosa era aceptable, algo que la sostenía, una desviación justificable de las normas del oficio y del manejo de los

agentes.

Bozhe, Dios, lo deseaba. La expectativa de estar con él había crecido cuando se había impulsado por encima del muro de la villa esta mañana. Le vino a la mente el eslogan de Gorrión nº 99: "Un samovar silbante nunca hierve". Pero la rusa decorosa que había en ella no sería tan nekulturny, tan vil como para ponerse de pie delante de él, encogerse de hombros con los tirantes de espagueti y quitarse el vestido. No le empujaría hacia atrás en el sofá, con las manos en el pecho, y le pasaría los pechos por la cara. No, no lo haría. Se miraron temblorosamente a través de la luz del mediodía. La bocina de un barco sonó en el canal, como si indicara el final del primer asalto.

Nate recogió todos sus apuntes y los metió en el petate. Fueron a la cocina a buscar algo para comer. La moderna cocina estaba razonablemente abastecida por el encargado del piso franco. Nate examinó el frigorífico y llevó un montón de ingredientes a la gran mesa central. Dominika se subió a la encimera y lo observó mientras balanceaba las piernas. Picó cebollas, machacó ajos, rebanó unos champiñones, cortó dos tomates en cubos y dos pechugas de pollo en trozos del tamaño de un bocado. Lo salteó todo con orégano y un vaso de Kavaklidere blanco, y luego cubrió el guiso con queso Kaşar rallado y una cucharada de ezme, salsa de tomate turca picante, de un tarro de la nevera. A continuación, metió la sartén en el horno para que el queso se derritiera hasta dorarse.

—Es como nuestro pollo Orloff,— dijo Dominika, olfateando el aire. —Pero nosotros no tenemos esa fascinación sureña por el ajo.

—Claro que no —dijo Nate—. Recuerdo el metro de Moscú en verano: axilas, vodka y cigarrillos. No podrías oler el ajo aunque lo intentaras.

—Muy gracioso —dijo Dominika, pero sabía que tenía razón.

—Sólo hay una regla sobre el ajo —dijo Nate—: todos los comensales tienen que comerlo. Le puso las manos sobre los hombros y, sin artificios, le dio un picotazo en la boca. —Esta noche haré salteado chino sin ajo. Vi que había pimientos. —Él fue al horno a comprobar la sartén. Aún no está listo.

El beso fraternal le produjo un cosquilleo en los labios. ¿Se estaba burlando de ella, dándole vueltas? Ella le observó, evaluando el morado de su cabeza y sus hombros. ¿Intentaba actuar profesionalmente y no hacer el primer gesto? ¿La estaba poniendo a prueba? Se sorprendió a sí misma agitando las piernas. No seas nekulturny, se dijo a sí misma.

Usando un paño de cocina para agarrar el asa, Nate sacó la sartén del horno y la puso sobre una almohadilla caliente en la mesa. Dispuso dos cuencos, cubiertos y servilletas. Dominika le miró después

del primer cuenco y asintió.

—Es muy bueno—dijo. —Es imposible notar el sabor del ajo — Sin pensarlo, cogió el asa de la sartén aún caliente para echar un poco más en el cuenco y se llevó la mano al pecho con un grito de dolor. Nate le cogió la mano —tenía una quemadura carmesí en las yemas de los dedos— y se la acercó al lóbulo de la oreja. Ella lo miró asombrada.

—Los lóbulos de las orejas están llenos de sangre, que atrae el calor, como un difusor —le dijo.

—¿Dónde lo has aprendido?—dijo Dominika. —¿Quién eres?

Nate sonrió y se llevó la mano a la oreja.

—Está mejor,— dijo Dominika. —Es que todavía me duele. Yo también me quemé la palma.

Nate la llevó hasta el lavabo y le pasó agua fría por la mano, que luego cambió a caliente al cabo de un minuto, para estimular la circulación, explicó. Le cogió la mano bajo el agua, con las caras a escasos centímetros, los hombros y las caderas en contacto. Una lágrima le corrió por la mejilla y le tembló el labio inferior. Sus ojos se encontraron y la mano de Nate se cerró suavemente sobre la de ella.

—Siempre me protegeré —susurró. Dominika le rodeó el cuello con el brazo bueno y le acercó la cabeza, mientras su aura púrpura la envolvía.

—Dushka, querida —le dijo. —Ella acercó su boca a la de él, pero se detuvo a unos centímetros, esperando. Él acercó su boca a la de ella. Ella lo abrazó con fuerza y suspiró.

Es lo que hizo una mano quemada. El dique fracturado de su determinación se había derrumbado bajo el agua de su pasión, Dominika agarró la muñeca de Nate como si temiera que escapara y lo condujo por la escalera de mármol hasta uno de los dormitorios de color azul pavo real. Se quedó inmóvil, con los ojos cerrados, y sintió cómo él la desnudaba. Dominika empujó suavemente a Nate sobre la cama y le enseñó el nº 47, —Barcos que pasan de noche—. Su aliento era caliente en el muslo de él cuando finalmente se estremeció y susurró "Hola", y rodó sobre él, gimiendo.

Nate perdió la cuenta de las veces que Dominika tartamudeó da, da, da aquella tarde dorada, con el pelo alborotado esparcido por la almohada, los pechos agitados y los brazos abrazándose a sí misma para detener las convulsiones. Se durmieron, pero se despertaron hambrientos y Dominika rebuscó en el enorme armario de la esquina del dormitorio algo que ponerse y salió con un camisón ajustado (cortesía de Blanche Goldberg de Hollywood) que al parecer había sido confeccionado con una red de cerco. Nate dijo que estaba bien — todo era visible bajo la fina malla— y bajaron de puntillas en la oscuridad, el sombrío salón iluminado sólo indirectamente por las

farolas automáticas del muelle exterior. La fuente central chapoteaba silenciosamente. Comieron estofado de pollo frío en la oscuridad, compartiendo tenedor, y ella le limpió la boca con el pulgar y le besó, y bebieron de la misma copa de vino, y se acabaron la botella. Dominika le miró con ojos luminosos.

En el salón, Nate encontró un mueble con un tocadiscos antiguo y una pila de discos de vinilo, y Dominika dijo: —Ese —Valses para piano de Schubert—, y Nate se sentó en la oscuridad mientras Dominika permanecía de pie a la luz de la luna, se recogía el pelo y se ponía la camisa por encima de la cabeza. Estaba desnuda a la luz de la luna, con los ojos cerrados e inmóvil de perfil, algo minoica sobre un ánfora, escuchando la música, viendo las cabriolas de colores en el aire. Empezó a bailar, despacio al principio, luego con fuerza, sobre las puntas de los pies, con las pantorrillas contraídas, las manos alargadas y delicadas, siguiendo los colores. Observó la expansión de su caja torácica, las cicatrices entrecruzadas en plata a la luz de la luna, marcando con una X la posición de su corazón. Las cuerdas de su cuello resaltaban cuando ella doblaba el cuello.

Distraída por sus éxtasis privados, Dominika no se dio cuenta de que el aura de Nate en el oscuro espacio de la sala de estar estaba agitada e inquieta. Es típico de él que, mientras observaba su brillante figura, empezara a pensar en Gable. Mientras observaba a su bailarina de caja de música dar vueltas en medio del espacio, se dijo a sí mismo que había traicionado una vez más la confianza de Gable, sólo que era peor ahora que se había ido. Ni siquiera la última información y el creciente estatus de DIVA en el Kremlin justificaban su debilidad.

Y aumentaría el peligro para Dominika. La iniciativa con los chinos tendría a los analistas zumbando durante meses, y tendrían que ejercer una implacable protección de las fuentes: La CIA pronto empezaría a recibir detalles sobre el enlace entre el SVR y el MSE que sólo podían proceder de ella, algo inmensamente peligroso. La iniciativa con el MSE tenía el familiar tufillo soviético de un complot desconocido a punto de urdirse, como el indefinible olor a zarigüeya muerta bajo la cama.

Y estaba el asunto del topo en el Cuartel General. Si MAGNIT leía una lista de los principales agentes rusos que trabajaban actualmente en Moscú, DIVA estaría perdida en cuanto la Línea S recibiera el informe.

Pero había algo más. Los oficiales soviéticos solían decir que el principio de la ruina de uno era el día en que se convertía en el favorito de Stalin. Putin era igual, más telegénico quizá, más sabio en cuestiones de comercio y relaciones públicas, pero con las mismas sospechas y la implacable expectativa de que ni siquiera se podía confiar en los confederados de confianza. Y tenía la capacidad de

Stalin para la violencia. El cuello de Dominika estaría en la soga cada minuto. Todos los sitios de exfiltración del mundo no la salvarían si disgustaba a su zar de ojos azules, o si ponía un pie en falso, o si caía en desgracia con uno de los siloviki.

Dominika había dejado de bailar y permanecía de pie en medio del espacio, respirando con dificultad, con un hilo de sudor entre los pechos. La música terminó, y ahora sí se fijó en los colores oscilantes de la esquina. Dai bog, bendito sea el hombre, pensó, con la inevitable inquietud. No iba a desperdiciar esta noche, ni la mañana siguiente, en esta hermosa villa con su Neyt. Desnuda como una piedra, se dirigió hacia él, se arrodilló entre sus piernas y le apoyó la barbilla en el pecho. —Eres tonto —le dijo, mirándole a los ojos. Nate levantó la vista hacia el techo abovedado que brillaba con incrustaciones de turquesa. Su halo púrpura se arremolinaba como agitado por la brisa marina.

—Deberíamos revisarlo todo una vez más —dijo Nate, estúpidamente. No podía garantizar que Dominika saliera el mes que viene, ni dentro de dos años, ni nunca más. Ella le leyó el pensamiento.

—Glupets —dijo Dominika. Tonta. —Tenemos hasta mañana. Después me voy a casa.

—Quiero repasar otra vez las rutas de exfiltración —dijo Nate, como un profesor de francés.

—Las conozco todas—dijo Dominika.

—Hay que asegurarse de los sitios de recogida,— dijo.

—No hablaremos de la exfiltración, esta noche no,— dijo ella con firmeza.

—¿Alguna vez has soñado con poner fin a esto?—dijo Nate. Ella levantó la cabeza para mirarlo.

—Dushka, estoy demasiado cerca para pensar en eso ahora. El presidente me quiere en el proyecto con los chinos. Me estoy reuniendo con los siloviki. Pronto me dirán la identidad de MAGNIT. Lo presiento; hay enormes posibilidades.

—Acercarse a Putin no tiene precio,— dijo Nate. —Pero es mortalmente peligroso. Estará vigilando todos tus movimientos.

—¿Qué te pasa? —Nate sintió que se deslizaba por una pendiente.

—Marty Gable siempre me decía que lo más importante era mantenerte a salvo —dijo Nate. Dominika se rió.

—Mantenerme a salvo y recibir la inteligencia. Eso es lo que siempre decía. Si estuviera aquí te lo diría —dijo Dominika, acariciándolo con el hocico. A Nate se le entumeció el pecho, pero no pudo contenerse.

—Marty Gable ha muerto. Murió en Jartum hace dos días —a Dominika se le desencajó la cara. Por un momento buscó su rostro,

luego sus ojos se llenaron y las lágrimas corrieron silenciosamente por su cara. Se enderezó y se apartó de él.

—¿Qué pasó? ¿Había rusos implicados? ¿Lo sabías desde que nos conocimos? ¿Cuándo ibas a decírmelo? ¿Después de otra hora en el dormitorio? ¿O cuando terminara de bailar desnuda para ti en el salón?

—No iba a decírtelo en absoluto. No quería disgustarte. Ahora no.

—¿Crees que no podía continuar, que mi dolor me vencería?

—No. Sabía que tenía que decírtelo. No sabía cómo.

Dominika se levantó, aún luminosa a la luz de la luna, y empezó a caminar hacia la escalera.

—¿Qué haces?—dijo Nate.

Dominika se volvió.

—Me voy a la cama a llorar a mi Bratok. Luego volveré a la embajada en el ferry temprano y volaré de vuelta a Moscú mañana por la noche.

—Estoy dispuesta a arriesgarlo todo por mi país, por Forsyth, Benford y Bratok —dijo. —Por mis padres, por Korchnoi, Ioana y Udranka. Y sobre todo por nosotros. Sólo necesito una cosa para poder continuar. Necesito saber que me quieres. —Nate se levantó e iba a cogerla en brazos, pero ella levantó una mano para impedírselo. El salón quedó en silencio, salvo por el tic-tac de la aguja del fonógrafo clavada al final del disco.

—Nos despediremos por la mañana, y entonces podrás decírmelo —dijo Dominika.

—Sabes que te quiero —dijo Nate. Dominika se dio la vuelta y subió la escalera, una visión de alabastro que atravesaba las barras de luz de la luna.

—Lo sé—dijo. —Es que quiero oírlo por última vez.

La sirena de niebla de un barco que pasaba por el canal del Bósforo se colaba por las ventanas de la galería y llenaba el espacio hasta el techo turquesa.

POLLO SALTEADO CON QUESO-KASARLI TAVUK

Saltee cebollas, ajos, champiñones y tomates en aceite de oliva, mantequilla y un chorrito de vino blanco. Añadir trozos de pechuga de pollo del tamaño de un bocado y cocer a fuego lento, tapado, hasta que esté tierno. Cubrir el guiso con queso Kaşar (o mozzarella) y cubrir con ezme turco, o una salsa de tomate picante. Hornear hasta que el queso se haya fundido y esté dorado. Servir con arroz.

22

Fracaso elefantino

NI SIQUIERA la dejaron pasar por la aduana del aeropuerto de Sheremetyevo. Un hombrecillo con un traje que no se abrochaba bien se le acercó en la cola de llegadas. Un agente de policía uniformado estaba detrás de él, con los talones juntos, observando el rostro de Dominika. Un nanosegundo de pavor helado, luego normalidad. El hombrecillo se inclinó y dijo que era de Protocolo y que había un coche fuera, lo que significaba "venga inmediatamente al Kremlin, el presidente le espera". Otro día, la recepción podría haber sido igual de cordial, hasta que la escoltaron a un espacio de recepción donde unos jóvenes rubios —una docena de Valeriy Shlykov— la empujaron a una silla de respaldo recto, le rodearon el cuello con un brazo y la desnudaron sujetándola por los brazos y las piernas para que no pudiera tragar nada. Y luego la llevaban a la prisión de Butyrka. Otro día.

El familiar tamborileo de los adoquines del Kremlin llenó el empalagoso Mercedes perfumado de agua de rosas mientras atravesaba a toda velocidad la torre almenada de la Puerta Borovitskaya. ¿Cuántas veces oiría gemir los neumáticos sobre esas piedras, la preparación armónica antes de la siguiente sinfonía de Putin? El coche rodeó el campanario de Iván el Grande y pasó por delante del Tsarsky Kolokol, la campana del zar, de doscientas toneladas, agrietada, nunca tocada, nunca repicada, una metáfora del régimen de Putin. Atravesaron la plaza Ivanovskaya, la explanada pavimentada custodiada por el Tsarsky Pushka, el Cañón Imperial del Zar, una inmensa bombarda de bronce fundido jamás disparada en guerra, y atravesaron la estrecha puerta del edificio del Senado. En el patio circular, unos asistentes de traje oscuro esperaban en la escalinata. En otra época, habrían vestido librea imperial rosa fresa con botones de pellizco y pelucas empolvadas.

Bañados en el amarillo pálido de la adulación, los tres ayudantes —tantos factótums era un indicio notable de su estatus— guiaron a Dominika a través del Salón de Catalina, de cúpula circular y columnata rica en capiteles corintios dorados, por interminables pasillos en los que se reflejaba la luz de un centenar de arañas de cristal, y por un pasillo final con un techo abovedado al fresco lleno de ángeles, querubines y serafines. (¿Qué habrán visto y oído desde 1917? Los apartamentos privados de Lenin y Stalin estaban en esta tercera planta). Se detuvieron ante una discreta alcoba de madera sin adornos. Un ayudante llamó suavemente una vez, abrió la puerta e

inclinó minuciosamente la cabeza hacia Dominika. El despacho de Putin tenía paneles de madera y era estrecho, con un escritorio poco atractivo contra la pared del fondo. El presidente estaba de pie detrás de la mesa, pasando las páginas de un expediente. Llevaba un traje azul oscuro, camisa blanca y corbata roja. Levantó la vista cuando Dominika entró en el espacio y, sin mediar palabra, le indicó que se sentara en la mesita que había frente al escritorio. Ella se sentó con las manos en el regazo. El sencillo vestido de viaje que había llevado en el avión apenas era apropiado para el Kremlin, pero Dominika decidió no darle importancia. Gorelikov no estaba presente, lo cual era extraño, y sintió un cosquilleo en la columna vertebral. Sin hablar, se sentó frente a ella y apoyó las manos en la mesa. Su aura azul —inteligencia, astucia, cálculo— era fuerte y brillante.

¿Esperaba que ella hablara primero? ¿Su actuación como detective en Estambul había levantado sospechas? Esto es lo que Stalin solía hacer: convocar a subordinados aterrorizados y mirarlos fijamente. Es por lo menos no eran las tres de la mañana en una dacha sobrecalentada.

—¿Qué pasó en Estambul?— dijo Putin, sin preámbulos. Me reuní con mi contacto de la CIA y, además de dictarle catorce informes de inteligencia sobre las actuales operaciones compartimentadas del SVR, alerté a Langley de la iniciativa turca de medidas activas diseñada para neutralizar a un aliado occidental e instigar a su impío régimen. Mi contacto de la CIA y yo también hicimos el amor después de que bailara desnuda para él en el gran salón de una mansión del Bósforo.

—El mayor Shlykov es un ególatra galopante, a quien los americanos sobornaron con emolumentos que aún están por determinar,— dijo Dominika sin inflexión. —Los investigadores de la línea KR sacarán pronto la verdad —sostuvo la mirada de Putin.

—Déjalo,— dijo Putin, agitando una mano en el aire. —Shlykov se suicidó anoche en su celda. No es probable; se amaba demasiado a sí mismo, pensó Dominika. Duerme bien, cabrón, que ibas a volar niños por los aires en Estambul.

Ella mantuvo el rostro impasible, pero sintió el frío refrigerador de los ojos del presidente.

—Desgraciado,— dijo Dominika. —Nunca hubo duda de su culpabilidad. —No había forma de que Putin anunciara un fracaso de acción encubierta con un ruidoso juicio público, pensó. Shlykov estaba condenado desde el principio. Morir en secreto y sin duelo en prisión era un destino común de los malhechores desde los tiempos de los bolcheviques.

—Vuelvo a felicitarle, coronel; su diligencia y energía son ejemplares —dijo Putin—Se está convirtiendo en un gran cazador de topos.

Dominika quiso quedarse quieta.

—Spasibo, señor Presidente,— gracias—dijo Dominika, y se quedó callada después de eso. Leía a este hombre con atención, observaba su aura coloreada. No valoraba a los aduladores y parlanchines: buscaba eficacia, discreción y lealtad.

—Una vez más, los americanos se entrometen —dijo Putin— Estambul fue una debacle —Dominika volvió a reprimir la risa. No tienes ni idea zolotse, pepita, pensó DIVA.

—Desean aislar a Rusia en el mirovaya zakulisa, el mundo entre bastidores,— dijo. Ahí estaba, el tropo doméstico favorito de Putin —la conspiración de los líderes occidentales contra Rusia— para avivar el nacionalismo y distraer la atención de la escasez de alimentos en las ciudades. No importa que el complot terrorista de Putin fuera derrotado. No importa que el patrimonio neto personal estimado de su querido presidente procedente del saqueo de las arcas nacionales fuera de 100.000 millones de dólares.

—Existe una oportunidad trascendental para desbancar a Estados Unidos —dijo Putin—Deseo que usted se involucre en nuestros planes.

—Por supuesto, señor Presidente,— dijo Dominika. ¿Va a mencionar a MAGNIT?

—Quiero que trabajes con Gorelikov en el caso.

—¿Este caso es el que llevan Shlykov y el GRU?— preguntó Dominika.

El presidente le dedicó una sonrisa de vinagre y negó con la cabeza.

—El caso, me pertenece a mí,— dijo Putin. Su aureola cerúlea palpitaba con el tácito pensamiento accesorio que Dominika podía leer claro como el agua: Y a ti también.

Gorelikov estaba almorzando, esperándola en su despacho, visiblemente aprensivo por no haber sido invitado a la reunión privada entre el presidente y Dominika. Junto a su mesa había un carrito de comida. Su halo azul a fuego lento sugería que estaba nervioso por si Putin pensaba que él y Egorova se habían confabulado para socavar a Shlykov y su operación.

Consciente de que las arañas del Kremlin oyen todas las conversaciones, Dominika le tranquilizó discretamente.

—El presidente me felicitó por un golpe de contrainteligencia —le dijo con conocimiento de causa. El rostro de Gorelikov se relajó. Le acercó un plato de dorados buñuelos de zanahoria de Crimea y untó uno con salsa de yogur.

—¿Has oído lo del mayor Shlykov?

—Se suicidó en su celda—dijo Dominika.

Gorelikov se inclinó hacia ella, susurrando.

—Su leal ayudante Blokhin tuvo la oportunidad de expiar su culpa por haber sido detenido por los turcos y lanzado por los americanos. Al parecer, toda una desgracia entre los grupos Spetsnaz.

—¿Blokhin lo mató? —Nate le había contado sobre el lanzamiento de Blokhin en una comisaría turca. El bruto debe haber sido humillado.

—La tradicional bala detrás de la oreja,— susurró Gorelikov. —Es útil conservar algunas de las viejas tradiciones. Los nervios de Shlykov le abandonaron en el último momento. Le metieron un trapo en la boca para que dejara de gritar, como a Yehzov en 1940 y a Beria en el 53. Nada ha cambiado realmente desde los encantadores primeros días de la Revolución.

—La lealtad hacia los superiores es muy profunda en el GRU, obviamente,— dijo Dominika.

—Blokhin es un maníaco. Pero con la desaparición de Shlykov creo que la acción encubierta de Estambul caerá en el olvido. El jefe del FSB, Bortnikov, también está satisfecho. Le dijo al presidente que admiraba la forma en que resolviste el asunto. No me lo agradezcas a mí, agradéceselo a los americanos, pensó ella. —¿Otro buñuelo de zanahoria? — dijo Gorelikov, tendiéndoselo, como si fuera la hora de comer en el zoo. Ejecuciones en sótanos y buñuelos de zanahoria con yogur. La Rusia de hoy.

Gorelikov cogió una carpeta.

—Ya hemos hablado de esto antes, pero me gustaría que reservara unas horas para conocer al nuevo representante del MSE en Moscú, el general de tres estrellas Sun Jianguo, de la Seguridad del Estado china —dijo Gorelikov—Reporta directamente al Ministro de Seguridad del Estado en el Consejo de Estado en Pekín. Habla un inglés excelente, procedente de un destino anterior en Londres. Pekín ha iniciado recientemente contactos, discretamente, alegando que desea mejorar y ampliar la cooperación con Moscú, y la relación entre los servicios de seguridad es un buen punto de partida. El General Sun llegó la semana pasada para asumir sus funciones.—

—Después del glavnyy protvnik, el Enemigo Principal, estas termity chinas, estas termitas, son la mayor amenaza para la Rodina en el futuro —continuó Gorelikov, mirando de reojo a Dominika— Usted conoce la contrainteligencia, tiene maneras de ganar, así que vea lo que este come-arroz tiene que decir, lo que tiene bajo la lengua. El presidente quiere saber cómo podemos beneficiarnos.— Maneras de ganar, pensó Dominika. Seguro que se refiere a mis habilidades en operaciones.

—¿Crees que es susceptible?—preguntó Dominika.

—Si tiene predilecciones, se harán evidentes con el tiempo,— dijo Gorelikov, despreocupadamente. —Hombres, mujeres, niños. El

alcohol, las drogas, el juego. Saborear el dolor o infligirlo, pronto lo sabremos —Dominika sonrió con complicidad, ocultando su desprecio. Mi Rodina, tierra de tierra negra y pinos fragantes, mi país, transformado por vosotros, héroes, en un callejón del vicio.

—Aunque vigilemos cuidadosamente al dragón —dijo Gorelikov —, China puede ser útil para reducir la influencia de Estados Unidos en un segundo frente.

—China podría ser muy útil,— dijo Gorelikov, contando con los dedos. —Mercados alternativos de petróleo, venta de equipos militares, operaciones cibernéticas contra la infraestructura estadounidense, un desafío tangible a la hegemonía naval de Estados Unidos en el Pacífico. Una alianza de cooperación con Pekín podría ser potencialmente muy beneficiosa. Naturalmente, usted evaluará la viabilidad de las operaciones de inteligencia contra estos maoístas aquí, en Pekín y en Hong Kong.

—Rastrearé al General Sun. Quizá aparezca algo útil.—

Gorelikov sacudió la cabeza.

—Estamos haciendo esto por nuestra cuenta, tú y yo; veamos adónde nos lleva esto.— Dominika se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en la arregladora personal de operaciones de Putin. Otro éxito —con el enlace chino, por ejemplo— le valdría casi con toda seguridad la dirección del SVR.

Dio otro golpe a MAGNIT.

—El presidente mencionó el caso sensible de Shlykov. ¿Cuál es su situación?

Gorelikov sonrió.

—Todo a su tiempo,— dijo. Puede que no haya tiempo para esperar antes de que tu maldito topo lea mi nombre, pensó Dominika.

Dominika se reunió con el general del MSE para almorzar en el White Rabbit, el restaurante de fama internacional situado en la azotea del decimosexto piso del edificio Smolensk Passage en el Arbat, en la plaza Smolenskaya, el largo comedor completamente bajo un techo de cristal curvado con impresionantes vistas del río Moscova y el imponente rascacielos gótico del Ministerio de Asuntos Exteriores de Stalin. El interior del restaurante era un país de ensueño con extravagantes obras de arte colgadas de todas partes, sofás de colores brillantes y un bar iluminado con neón, todo ello bajo las nubes de principios de verano. Dominika eligió un traje oscuro a rayas calcáreas, con una blusa blanca abotonada al cuello, medias oscuras y bailarinas negras. Nada de escotes ni tacones.

Ya estaba sentada en una mesa esquinera para cinco personas, al fondo del espacio, con el dosel despejado hacia abajo, cuando el general Sun apareció junto al maître. Le acompañaba un joven alto que recorrió el espacio, se inclinó para susurrar al oído del general y

señaló a Dominika. Guardaespaldas. Sun bajó los dos escalones y se abrió paso solo por el comedor, entre las mesas. El joven permaneció en la entrada, sin apartar los ojos del general.

El general Sun era bajo y corpulento, rondaba los sesenta años, tenía la cara lisa y plana y el pelo negro azabache, sin duda teñido. Unos ojos negros y reumáticos, bajo unas cejas arqueadas hacia arriba, le dirigían una mirada siempre inquisitiva, como si se esforzara por entender lo que le estaban diciendo. Un halo amarillo canario rodeaba su cabeza, señal de engaño, de cálculo, de falta de sinceridad.

Se acercó a la mesa, se inclinó ligeramente y ofreció la mano en un leve y fugaz apretón. Vestía un traje gris perla con camisa blanca almidonada y corbata de rayas apagadas. —Es un placer conocerle, coronel —le dijo Sun en un inglés muy acentuado. Se sentó frente a ella, desenrolló su impecable servilleta de lino y se la puso en el regazo. En la academia le habrían recomendado que tomara asiento junto a ella, para establecer una conexión, para situarse dentro de su espacio, pero eso es lo que harían los rusos agresivos del SVR. Los cautelosos e introvertidos funcionarios chinos, en pleno modo defensivo en la capital rusa, serían diferentes. En cambio, Dominika sabía que Nate acercaría su silla para que sus rodillas se tocaran y pasaría su brazo por el respaldo de la silla de ella. Pero, ¿qué otra cosa se podía esperar de los nekulturny americanos? Nate volvió a entrometerse en sus pensamientos.

—¿Está disfrutando de Moscú, General?—dijo Dominika. —Sabía que todos los diplomáticos de la embajada china tenían normas estrictas y se veían obligados a vivir kak seledka y bochke, hacinados como arenques en el barril, en rascacielos prefabricados en el recinto amurallado de cinco acres de la embajada en la calle Druzhby, cerca de la Universidad Estatal de Moscú.

—Tengo la suerte de que me han asignado un cómodo piso en un gran edificio de Minskaya Ulitsa, en el barrio diplomático, no lejos de la embajada. Puedo ir andando cuando el tiempo lo permite,— decía el General Sun. —Mi ayudante y un ama de llaves viven conmigo. Se le permite vivir fuera del recinto, muy inusual. ¿Viviendo separados para poder operar en Moscú? Vivir separados también significa que podemos llegar a él, si eventualmente vemos una apertura. ¡Bienvenido a Moscú! Su atractiva vecina podría necesitar una taza de azúcar Gorrión alguna noche.

—Confío en que pronto podamos recibirte en el cuartel general de Yasenevo —dijo Dominika.

—Encantado,— dijo el General Sun, reservado.

—Tengo entendido que su servicio está interesado en ampliar la cooperación,— dijo Dominika.

—Por supuesto,— dijo Sun. —Mi organización —me disculpo por

el largo título—, el Zhonghuá Rénmín Gònghéguó Guójia Anquánbù, el Ministerio de Seguridad del Estado, está especialmente interesada en la reconocida experiencia de su servicio en contrainteligencia. Como usted es jefe de ese departamento, deseamos aprender de usted. — Hizo una reverencia desde su asiento. ¿Le preocupaba al SMS algún problema específico de CI? Sabía que los oficiales del SVR en la rezidentura de Pekín estaban buscando contactos chinos escurridizos, pero Dominika no tenía conocimiento de ninguna operación importante del SVR en curso contra China. Quizá sus colegas de la CIA estaban causando problemas.

Esto es bueno, muy bueno, pensó. Dominika podría explotar esta relación de enlace a tres niveles: obtendría la filosofía y las técnicas de contraespionaje del SMS; podría pasar dezinformatsiya, desinformación, a Pekín sobre las intenciones rusas hacia China (a Gorelikov le gustaría); e informaría de todo ello a Benford y Nate. El general Sun parecía apacible y educado, pero su instinto le decía que, al igual que con Gorelikov, no debía subestimarlo.

Benford estaba sentado en una mesa de conferencias del Cuartel General con Tom Forsyth, Nate Nash y Lucius Westfall. Tazas de café, archivos, carpetas y blocs de papel cubrían literalmente la mesa. La silla vacía en el extremo de la pequeña mesa les recordó a Gable, y sintieron su presencia en el espacio. Deseaban que estuviera con ellos, porque era una reunión desesperada. Una cacería de topos. A instancias de Benford, Westfall y Nash habían investigado cautelosamente los antecedentes, sin la aprobación de la oficina del Director en funciones, de los tres candidatos a nuevo Director, lo que suponía una violación de al menos una docena de normas de la Agencia, sino de un puñado de normas federales. Todos fueron cómplices con su presencia en este espacio.

—Seleccionamos en función de tres criterios,— dijo Westfall. —Acceso sustancial al programa de cañones de riel de la Marina de los Estados Unidos; acceso continuado de interés para los rusos durante aproximadamente los últimos cinco años; y la última categoría, que es subjetiva, vulnerabilidad, motivación, inclinación... tendrán que decidirlo ustedes mismos.

—¿Por qué cinco años?— dijo Benford. —DIVA informó de que MAGNIT lleva al menos doce años.

Westfall tragó saliva.

—Creímos que si identificábamos cinco años de acceso, tendríamos un indicio. Además, MAGNIT puede haber estado inactivo o en el hielo durante un par de años.—

Benford asintió.

—Cuando informen de sus hallazgos, y si ello no pone a prueba

sus intelectos milenarios, recuerden que estamos buscando tanto razones para excluir a cualquiera de los tres como sospechoso, como pruebas incriminatorias. Los rusos no pueden estar dirigiendo los tres. Y no tenemos mucho tiempo.

—Ok, la Senadora Feigenbaum ha estado en los comités de inteligencia y servicios armados durante veinte años,— dijo Westfall. —Ella votó a favor de financiar el cañón de riel a través del proceso de desarrollo y puede solicitar cualquier información a la marina cuando quiera.

—¿Motivación? —dijo Forsyth. —Es senadora por el amor de Dios.

—Ha viajado mucho por todo el mundo a lo largo de su carrera, incluidos muchos contactos con los soviéticos. Quizá se jubile pronto y quiera un puesto en el gabinete. Pensamos que tal vez ella está construyendo un nido de huevos.

—Pero descubrimos que no los necesita—decía Westfall. —Hicimos un análisis financiero completo de todos los candidatos. La senadora tiene 30 millones de dólares en el banco y en bienes inmuebles.

—No hay que descartar la acumulación de títulos y poder—dice Benford. —Es lo que mueve a todo el Congreso. El afrodisíaco definitivo entre una gran manada de narcisistas.—

—Sabemos que el senador odia a muerte a la CIA,— dijo Westfall.

—Quizás el Kremlin le está pagando para hacer caer a la Agencia, — dijo Benford. —Es lo que le gustaría hacer, a ella y a su lameculos Farbissen. Forsyth no se lo creyó, pero le hizo un gesto a Westfall para que continuara.

—A continuación tenemos a la vicealmirante Audrey Rowland. Es la que ha estado dirigiendo el proyecto del cañón de riel desde que empezó. Ahora está dirigiendo todos los laboratorios de la marina con ciencia y armas y cosas de sigilo que a los rusos les encantaría robar.

—¿Motivación—preguntó Nate.

—Es la más limpia del grupo —dijo Westfall. —Tercera estrella, medallas, cerebro de física, chica de cartel para la marina. Ella también se queda en casa. No pasa nada de tiempo con la flota en el mar. Pensión militar cuando se jubile.

—¿Pasatiempos? ¿Vicios? ¿Hábitos? ¿Adicciones? ¿Vulnerabilidades?— preguntó Forsyth, el encargado del caso, buscando un asidero.

Westfall negó con la cabeza.

—Nada, excepto las cabezas de muñecas de porcelana —dijo.

—En nombre de Dios, ¿qué es eso?—dijo Forsyth.

—El almirante es un gran coleccionista. Incluso se la menciona en algunas páginas web.—

—Maravilloso,— dijo Benford, —¿pero qué son? Dime que son de Rusia, ¿quizá?

—No—dijo Westfall. —¿Conoces esas muñecas antiguas de porcelana de la Gran Bretaña victoriana o de la Alemania del siglo XIX, con esas miradas espeluznantes y esas bocas en forma de arco de Cupido, y esas mejillas enrojecidas por la fiebre? No las muñecas enteras, ni los vestidos antiguos, el almirante sólo colecciona las cabezas. Tiene cientos de ellas, todas en algún estante, mirando fijamente.—

—En este punto Marty Gable haría un chascarrillo sobre las muñecas hinchables del amor —dijo Benford.

Todos se callaron un segundo.

—Muñecas hinchables. Es posible que el almirante tenga una vida secreta.

—¿Con ese pelo?— dijo Benford. —Se parece a Martha Washington.

—Ese comentario es ligeramente antipatriótico —dijo Nate. Benford movió el aire como si estuviera espantando mosquitos.

—No importa lo limpio que parezca el almirante. No subestimes la cultura militar —dijo Forsyth. —El avance lo es todo, especialmente para las mujeres en los servicios. Llevar la disciplina militar a un organismo civil puede resultar atractivo para su mente científica. Para los oficiales con rango de bandera, encontrar un trabajo con influencia tras la jubilación es importante. Es una cuestión de muchos factores.

—Sigo pensando que el almirante es el más limpio del grupo. No la veo reuniéndose con los rusos y escondiendo diamantes bajo el suelo.

—¿Qué hay del tercer tipo? — Dijo Benford.

—El embajador. Una especie de peso ligero, pero durante sus cuatro años en la Embajada de Roma estuvo leyendo un montón de cables clasificados. Ahora está en el Grupo de Trabajo de Inteligencia, lo que le da un acceso moderado que los rusos querrían. Durante años ha realizado muchos viajes de negocios al extranjero, incluidos negocios con materias primas en Bielorrusia, lo que es una señal de alarma. Estuvo en Hollywood una vez, y le gusta el dinero. Él vale alrededor de cien millones de dólares, así que tal vez convertirse en Director es sólo una cosa de ego.

—Pero no tiene acceso al cañón de riel, ¿verdad? Podemos tacharlo,— dijo Forsyth. Westfall le entregó una hoja de papel.

—Eso es lo que yo pensaba,— dijo. —Es que trabajó en un contrato de cinco años para un cañón de riel de la Marina porque su empresa de metales preciosos fabricaba difusores de calor de cerámica de óxido de berilio para los rieles magnéticos, que se calientan con todo el jugo que corre por ellos, y el embajador Tommy Vano conoce

a fondo el diseño de los cañones de riel. Ganó otro dineral con el contrato, hizo donaciones a la campaña de la derecha —es moderadamente liberal, pero mira por sí mismo— y se convirtió en embajador.

—Qué cree que puede dirigir la CIA. Dios mío. Así que cualquiera de los tres podría ser MAGNIT,— dijo Forsyth. —El almirante es el menos probable, por motivos e ideología, ¿estamos de acuerdo? Y mañana hay otra reunión informativa. El Director en funciones quiere que los casos de Rusia sean informados esta vez.—

—No vamos a abrir nuestros casos restringidos a estos cabrones, — dijo Benford.

—No es inteligente, Simon,— dijo Forsyth. —Al Director le encantaría acabar contigo mientras sale por la puerta.

—No informaré a ninguno de los tres sobre DIVA. Estaría muerta en una semana.— Se hizo el silencio en la mesa, hasta que Benford levantó la cabeza.

—Necesito hablar con Nash. ¿Podemos volver a reunirnos dentro de dos horas? Gracias.

El espacio se despejó rápidamente. Benford miró fijamente a Nash durante un minuto. Benford siempre le decía a la gente que no hablara, pero el tono de su voz esta vez le decía a Nash que estaba bailando al borde del volcán. Benford le entregó un telegrama de Moscú, una translación de una nota que Dominika había pasado a Ricky Walters durante un peligroso encuentro personal. Había escrito que la muerte de Gable la había afectado profundamente y que restringiría sus reuniones personales hasta que pudiera reabastecerse de SRAC. Por supuesto, informaría a sus colegas cuando estuviera en el Oeste para organizar reuniones, pero no más contactos internos.

—Te aconsejé que le ocultaras la muerte de Marty, dado su apego a él. He consultado los calendarios gregoriano, juliano y copto y he llegado a la conclusión de que no hay tiempo suficiente antes del próximo solsticio para que enumere las formas en que has sido estúpido —dijo Benford, enseñando los dientes y luciendo su Cara de la Caída de la Antigua Roma, la que usaba el emperador mientras veía cómo daban de comer a los leones a los cristianos en el Coliseo. Sus ojos, que no parpadeaban, se clavaron en los de Nate, algo poco frecuente en Benford, y que indicaba verdadero peligro. —El hecho de que consintiera que desarrollaras un vínculo romántico con un activo sensible fue una abrogación de mis normas personales y profesionales y un fracaso por mi parte como gestor operativo.

Esto era malo. No sólo había metido la pata personalmente, sino que además, ahora Nate se daba cuenta, había causado a Benford un disgusto profesional. Se preguntó si el día terminaría con su salida del

edificio de la sede, escoltado por dos guardias de la Oficina de Seguridad vestidos con americanas azules que le arrancarían la placa de identificación de la solapa cuando se abrieran las puertas automáticas para darle la bienvenida a un soleado mundo civil sin espías, secretos ni Dominika.

—Así que ahora debemos contemplar la magnitud de tu cagada —continuó Benford—No sólo te has tirado resueltamente a la principal infiltrada de esta Agencia en el Kremlin, con todo lo que eso presagia, sino que no has podido, o no has querido, ocultarle noticias devastadoras, con el resultado que ahora tienes en tus manos: un cese de la información puntual por su parte mientras un topo ruso es posiblemente nombrado Director de esta Agencia.— Nate contuvo la respiración; no se atrevió a ofrecer una explicación.

—Es un axioma de nuestra profesión que este trabajo es experiencial; uno no nace para ello, sólo se vuelve más hábil con el tiempo. En el arco de su semejante carrera, puede presumir de notables logros y, ahora, de un elefantiásico fracaso. La pregunta que me hago es si es posible la redención.

—La redención no es automática; sólo se da una segunda oportunidad si se merece. Dios sabe que hemos sufrido a compañeros abyectos e irredimibles en nuestro servicio: Gondorf, Angevine, los directores autocomplacientes que sólo leen sobre operaciones pero nunca las gestionan —Benford frunció el ceño pensativo. Detrás de él había una fotografía de un muro cubierto de nieve con una V invertida marcada con tiza en la mampostería: una señal de Moscú de los años sesenta.

—¿Eres redimible, Nash?— dijo Benford. —Benford se quedó mirando a Nate durante veinte segundos, poniéndole a prueba, evaluando sus nervios. —Habla—dijo.

Ok, gilipollas, la frase más importante del resto de tu vida, pensó Nate.

—Simon, Marty Gable me dijo una vez que un oficial del Servicio nunca puede alcanzar la grandeza a menos que fracase a lo grande, al menos una vez. No voy a explicarte mis errores, porque ya sabes cuál es la situación entre DIVA y yo. Estoy comprometido con ella y con este trabajo. Sabes lo que he hecho, y lo que todavía puedo hacer, si me das una oportunidad. Preguntaste si valía la pena redimirme. Bueno, Simon, dímelo tú. Pero con todo respeto, si te rindes conmigo, eres más imbécil de lo que todos creen. Estoy listo para ir a trabajar y hacer cualquier trabajo, así que tú decides. ¿Me quedo o me echas? —Nate decía en serio lo que decía, pero ¿se tragaría el siempre profano Simon la insubordinación? Es probable que todo dependa de lo que Benford haya almorzado ese día. Nate esperó a que cayera el martillo.

Benford se pasó los dedos por el pelo ya alborotado.

—Tienes cojones de hablarme así. Jesús, suenas como Al Gore,— dijo. —Muy bien, ahora lárgate y ponte a trabajar.

BUÑUELO DE ZANAHORIA CON SALSA DE YOGUR

Exprime toda el agua del calabacín y las zanahorias rallados, y mézclalos con cebolleta, perejil, eneldo y ajo picados. Añadir harina y huevo hasta formar una pasta húmeda, y sazonar. Forme una bola con una cucharada grande de la mezcla y presione una aceituna deshuesada y empapada en salmuera (Kalamata, Picholine o Niçoise) en el centro. Aplanar ligeramente el buñuelo en una sartén y freír en aceite de oliva hasta que se dore. Sírvalos calientes con salsa de yogur (añada al yogur un puré de ajo, vinagre de vino tinto y aceite de oliva en el yogur).

23

Un poco de gemido y gruñido

ASÍ ES como Simon Benford envió a Nathaniel Nash a Oriente. Al principio, Nate pensó que la asignación temporal era, además de un bendito indulto, una forma de exilio geográfico para mantenerlo separado de Dominika. Pero al día siguiente, cuando fue con el analista Lucius Westfall a reunirse con Elwood Holder, el Jefe de Operaciones en China, y les informaron de lo que había sucedido en Hong Kong, supo que se estaba produciendo un auténtico alboroto, una oportunidad tan astronómicamente lucrativa que incluso Benford convino más tarde en que los riesgos para el contraespionaje de operar dentro de territorio chino compensaban con creces las posibles ganancias.

Holder era un veterano con treinta y cinco años de experiencia en Operaciones en China, propietario de un tablón, un daaih ban, un apreciado taipán, uno de los trabajadores originales de la Agencia en China que hablaba mandarín con fluidez y escribía tanto chino simplificado como tradicional con pluma o pincel. Las paredes de su despacho estaban decoradas con pancartas de papel de arroz cubiertas de logogramas que el propio Holder había pintado. Lucio admiraba un pergamino especialmente elaborado.

—Sun Tzu, siglo V a.C.—decía Holder, pasando el dedo por el papel. —En todos los asuntos militares, nadie es más valioso que el espía, nadie debe ser recompensado más generosamente que el espía y nadie debe trabajar con mayor sigilo que el espía.

—¿Cuál de vosotros es Nash?

Nate asintió.

Holder miró a Westfall.

—¿Y tú eres el nuevo asistente personal de Benford, de la DI? Buena suerte con eso, y bienvenido a la Dirección de Operaciones. Como verás, el general Tzu no dijo: "En todos los asuntos militares, nadie es más valioso que el analista", pero al menos ahora trabajas con el Príncipe Oscuro —Lucius no dijo nada; se estaba acostumbrando a la jerga de este lado del edificio.

Holder era bajo y fornido, con el pelo ralo y arenoso y unos alegres ojos azules detrás de unas gafas octogonales de montura de alambre, unos ojos a los que no se les escapaba nada y que dejaban de parpadear cuando empezaba a hablar de arrancar cabelleras —reclutar fuentes humanas—, algo que había hecho con frecuencia en todo el mundo, desde el estrecho de Taiwán hasta el Tíber. En 1985, Holder reclutó a un técnico telefónico de treinta años en la secretaría del

Partido Comunista de China. A cambio de cintas de vídeo de las treinta y una películas de Elvis Presley y una fotografía firmada de Ann-Margret, identificó la caja de conexiones en Pekín que daba servicio al Zhuan xian, el sistema telefónico interno encriptado del 12º Politburó Central. Esto dio lugar a la intervención de la línea, que produjo un flujo de asombrosa inteligencia de palabras clave durante treinta y seis meses.

—La estación de Hong Kong ha estado quemando los cables durante una semana, una docena de cables de uso restringido inmediato—, decía Holder. —COS Hong Kong es una vieja puta, un profesional de primera, conoce China como la palma de su mano, se llama Barnabus Burns. Por cierto, no le llaméis nunca 'Barn' para abreviar; odia el apodo de Barn Burns.

—El representante local del ASIS de Hong Kong, el Servicio Secreto de Inteligencia Australiano, llamó a Burns y le hizo una propuesta urgente para una operación conjunta. Parece que llevan seis meses buscando a un general de alto rango del EPL, Ejército Popular de Liberación, un zhong jiang, un general medio, equivalente a teniente general. Este general chino, de nombre Tan Furen, viene de Guangzhou, en el sur. Pero es un gran ruido en el Zhōngguó Rénmín Jiěfàngjūn Huǒjiànjūn, la Fuerza de Cohetes del Ejército Popular de Liberación- FCEPL para abreviar-un objetivo principal de inteligencia durante años. La FCEPL posee todos los misiles balísticos terrestres y submarinos chinos, y mantiene sus armas nucleares, todo el asunto —leyó Holder en una carpeta de rayas negras—.

—Los australianos, para su regocijo, descubrieron que al general Tan le gusta jugar en los casinos de Macao; es adicto —dijo Holder— Hay una corrupción generalizada en el EPL. Para alcanzar el rango de general hay que desembolsar quinientos mil dólares, y una vez que te colocan las estrellas, puedes ganar el triple con los contratos y los sobornos. Se frotó las manos, como si estuviera oliendo una sopa agria y caliente.

—Tan ha estado apostando en secreto —y perdiendo— fondos oficiales del ejército. Los australianos creen que ha perdido un millón de dólares. Si Pekín lo descubre, lo pondrán contra la pared y le dispararán.

—¿Cómo saben cuánto ha perdido? decía Westfall.

—ASIS es un servicio pequeño, pero agresivo. Tienen oídos en todos los casinos. Es más grande el juego en Macao que en Las Vegas, y lo tienen cubierto. Dicen que Tan está muerto de miedo y desesperado, y quieren que financiemos el lanzamiento. Le damos al general el dinero para llenar su caja y empieza a informarnos sobre el FCEPL.

—Es mucho dinero; ¿lo vale?

—Nosotros pagaríamos el doble. Los chinos dicen un ding zi, para empujar un clavo, para reclutar una fuente dentro de sus fuerzas de cohetes. Verdadera información estratégica.

—¿Va a ir a por ello? —dijo Nate.

Holder asintió.

—Es empezar a espiar o conseguir la chuleta. Pero hay un problema. ASIS dice que el general es un auténtico chicom, un acérrimo, un verdadero creyente. No aceptará si el lanzamiento viene de Occidente, especialmente de Estados Unidos. Es complicado, todo envuelto en miàn zi, pérdida de prestigio, reputación, vergüenza.—

—Parece que no está en posición de ser exigente —dijo Westfall —.

—Es lo que uno pensaría, pero los he visto alejarse por salvar la cara, incluso si eso significa que luego van a la cárcel,— dijo Holder. —Yo mismo perdí unos cuantos buenos reclutas por intentar forzarlos, créeme.

—Es decir, ¿cómo lo endulzamos?—dijo Nate.

Holder le señaló.

—Ahí es donde entras tú. Benford te ofreció como voluntario,— dijo. Así que Benford ya me tenía en el punto de mira para el trabajo mientras hablaba de la redención, pensó Nate. Sonrió para sus adentros.

—Hemos hecho un rastreo basado en la información de ASIS — dijo Holder. —El general Tan fue agregado militar en Moscú en los noventa —dijo Holder—Habla algo de ruso y le gustan los rusos; hay una facción en el EPL que todavía se traga la mierda de la amistad chino-rusa, y él es uno de ellos.

—¿Qué estoy escuchando? —Dijo Nate. ¿Una bandera falsa?

—Así es—dijo Holder. —Presentas a Tan en Macao como un amistoso oficial de la SVR que se ofrece a ayudar discretamente a un aliado a cambio de secretos FCEPL. Los australianos no tienen a nadie que hable ruso con fluidez que pueda hacer esto. Benford me ha dicho que hablas como un nativo. — Nate exhibió recuerdos de cuando había interpretado a un oficial de informes ruso con Dominika —había sido idea suya— con un científico iraní en Viena. Hacía un millón de años.

—Es que lo hablo bastante bien—dijo Nate.

—Es mejor que hablarlo jodidamente bien—dijo Holder. —El general Tan huele a CIA y sale por la ventana. Es lo que MSE llama dǎ cǎo jīng shé, golpear la hierba y asustar a la serpiente, telegrafiar tu intención. Queremos evitar que.

—Haré lo que pueda—dijo Nate. ¿Le parece bien a ASIS que yo haga el lanzamiento?

—COS planteó la idea a ASIS de utilizarte como ruso y les gustó—

dijo Holder, sonriendo. —Ocultamos la mano occidental, Tan salva la cara, y embolsamos una fuente sensible dentro del FCEPL. Un reclutamiento épico de una vez por década. Le encanta esta mierda del desierto de los espejos tanto como a Benford, pensó Nate.

—Hay el pequeño asunto de lanzar a un teniente general chino en Macao controlado por China —dijo Westfall, mostrando el analista innatamente práctico que llevaba dentro.

—Los australianos tienen un agente de acceso en el casino que ha estado adulando al general —dijo Holder—Pueden llevarle a un restaurante tranquilo en la playa, fuera de la ciudad. Es más fácil, desde el punto de vista operativo. Macao no es más que casinos, una Región Administrativa Especial bajo el control de la OSF de Guangzhou, que se burla de Pekín. No hacen nada que pueda molestar a la industria turística, todos ganan dinero aparte.

—Es probable que podamos conseguirlo, siempre que no estén vigilando ya al general—dijo Nate.

—Sólo hay que ponerle los arneses y nosotros haremos el resto —dijo Holder, oblicuamente, lo que sugirió a Nash que Holder ya tenía contactos en Pekín. No tenían necesidad de saberlo. —Un agente del caso ASIS en Hong Kong te vigilará el trasero —Westfall se removió en su asiento—.

—Sé que soy nuevo en esto y todo eso, pero tengo una pregunta —dijo Westfall—Nash estaría de servicio temporal en Hong Kong. No hay inmunidad diplomática para el personal en comisión de servicio si se produce un incidente, ¿verdad? Westfall no lo sabía mejor.

—Nada es perfecto —dijo Holder—Esto es demasiado grande como para no intentarlo —Westfall le parpadeó. Holder señaló un pergamino enmarcado con caracteres chinos en la pared, detrás de él.

—¿Sabes lo que dice? 'Si te ofendo, te ayudaré a hacer las maletas'. Viejo proverbio confuciano.—

El aeropuerto de Gelendzhik, situado en el distrito federal de Krasnodar, en el sur de Rusia, limitaba al oeste con una cadena de montañas marítimas cubiertas de árboles y al este con la amplia bahía de Gelendzhilskaya, en forma de herradura, que desembocaba en el Mar Negro, una lámina azul de cristal inmóvil en esta época del año. Dominika fue recibida al pie de la escalerilla del Sukhoi 100 por una azafata rubia de cortesía que miraba de reojo a la despampanante mujer morena que caminaba con una cojera apenas perceptible y que vestía lo que la azafata identificó como el estilo europeo. Iba a —la capa—, nadie lo llamaba en voz alta Palacio de Putin, lo que significaba que era alguien importante. Pero la chaqueta a medida, los zapatos y las caras gafas de sol indicaban que no pertenecía a ningún ministerio de Moscú, ni era una de las neumáticas recepcionistas de

hospitalidad que acuden a las fiestas de fin de semana, la mayoría de cuyas prendas son lentejuelas o plumas. En Rusia, las personas que no encajan en las categorías conocidas suelen ser peligrosas y es mejor dejarlas tranquilas, así que la anfitriona no dijo nada mientras se aseguraba de que aquella belleza sin sonrisa se sentara en su lujoso asiento del helicóptero VIP AW139, cerraba la puerta, bajaba el asa y, con los talones juntos, saludaba con la mano hasta que los motores gemelos empezaron a gruñir y los rotores a girar, momento en el que ella se agarró el sombrero y echó a correr.

El helicóptero se elevó, giró bruscamente, se enderezó y siguió la costa rocosa durante diez minutos antes de girar bruscamente de nuevo sobre una península boscosa que terminaba en un acantilado desmoronado que descendía hacia el mar. Dominika vislumbró una enorme mansión de estilo italiano rodeada de árboles y flanqueada por jardines geométricos formales que se extendían desde la casa principal en todas direcciones. El Palacio de Putin. A medida que descendían, Dominika distinguió senderos a través del bosque que conducían a una docena de casas más pequeñas, algunas de ellas encaramadas al borde del acantilado junto al mar. En tierra, otra azafata con un portapapeles —era bajita, morena y alegre— avanzaba con Dominika en el asiento trasero de un carro eléctrico detrás de dos cabezas huecas con trajes negros.

Como su nuevo mecenas, Vladimir, le había regalado una lujosa dacha —Vova era un diminutivo de su nombre, una familiaridad reservada a madres, abuelas y amantes—, Dominika había seguido la sugerencia de Gorelikov de volar durante el fin de semana para ver la dacha y agradecer el honor. Antes, el Presidente le había hablado de la gala que se celebraría allí a finales de otoño, una época de buen tiempo en la costa sur. —Amigos y colegas se reunirán allí a principios de noviembre con motivo de la festividad del Día de la Unidad, el día 4,— había dicho Putin. El Día de la Unidad es una fiesta tradicional reinstaurada en 2005, que originalmente conmemoraba la victoria rusa de 1612 sobre los invasores polacos. Un día festivo más y unas cuantas coronas colocadas en los monumentos mantuvieron altos los índices de aprobación popular, y fueron motivo de una bacanal de dos días en el Palacio de Putin. —Espero que vengáis a disfrutar del paisaje —dijo Putin, con una media sonrisa perfeccionada por primera vez en el año 41 d.C. por Calígula—.

—Vayan ahora y conozcan el lugar —añadió Gorelikov en tono confidencial, frotándose las manos con el halo azul palpitante—Es algo que impresionará a los envidiosos. Me está preparando para ser Directora, pensó Dominika. Me pregunto cuándo se convertirá en mi svodnik, mi chulo.

La dacha —su dacha— era una moderna y austera villa de

cemento de tres plantas decorada en un elegante estilo escandinavo, con sillones de cuero blanco y acero inoxidable. La planta principal constaba de un vestíbulo, un salón con puertas correderas de cristal que daban a un balcón con vistas al acantilado y al mar, y una moderna cocina blanca con detalles de acero inoxidable. En la planta superior había un amplio dormitorio principal con una cama de dos plazas y su propio ventanal y balcón, mientras que en la planta inferior había otros dos dormitorios y una pequeña banya forrada de cedro, una sala de vapor rusa. Al asomarse a la barandilla del balcón, Dominika pudo ver un pedregoso camino de cabras junto a la villa que abrazaba la pared del acantilado y descendía hasta una playa sembrada de cantos rodados setenta metros más abajo. El chalet estaba encaramado a un lado de la pendiente y los balcones prácticamente se elevaban sobre el acantilado.

Bozhe, Dios, esto era hermoso. Dominika abrió todas las puertas correderas para oler el aire marino y los fragantes pinos, se quitó los zapatos, abrió las puertas de los armarios, rebotó en la cama, se quitó la chaqueta y la falda y se tumbó en ropa interior en una tumbona del balcón superior bajo el cálido sol de octubre. Encontró una botella de champán georgiano en el pequeño frigorífico, se sirvió una copa y volvió a sentarse fuera para contemplar el mar lejano y escuchar el zumbido de las cigarras en los árboles. No se veía ninguna otra casa, ningún ruido artificial. Es casi como si en Moscú estuviera helando y algo de escarcha cubriera los tejados. Es verano.

Esto era lujo, esto era privilegio, esto era un universo alejado de la tristeza de Moscú. La brisa marina agitó las cortinas blancas cuando Dominika se metió en la ducha de azulejos grises, olisqueó el jabón perfumado de rosas y dejó que el agua caliente le aflojara los músculos. Se giró intentando imaginarse a Nate de pie, enjabonándole la espalda, pero en su lugar estaba Blokhin, sonriendo como Shaitan, con el agua corriéndole por la cara y las patas ensangrentadas, y Dominika se sacudió la imagen, repentinamente fría a pesar del agua caliente, y cerró los ojos.

Se dio cuenta con amargura de que aquella villa moderna que se alzaba sobre el mar era lipovyy, literalmente una tila, pero en sentido figurado significaba algo falso, una imitación, una falsificación. Su abuela de San Petersburgo solía susurrarle historias de la bibliya, el Libro, sobre la tentación. Esta dacha no era más que la bandeja de plata de Satán en el desierto que tentó a San Antonio. Vladimir Putin cambiaría esta casa por su lealtad, la dirección de la SVR por su conciencia y su ingreso como silovik por su alma. Estaba empapada en la ducha, temblando. La villa era ahora gris y fea, la luz del sol dura y reveladora, las cigarras zumbaban dolorosamente en sus oídos. Había venido este fin de semana por curiosidad, para ver su dacha, para

agradecer el regalo de Putin, para alejarse de los muros almenados del Kremlin. Ahora sabía que no habría descanso en esta caja de cemento. Tendría que pasar una noche insípida y regresar mañana a Moscú en el vuelo lanzadera.

Vestida con un jersey ligero y zapatillas planas, Dominika caminó al atardecer por el sendero pavimentado hacia la enorme casa principal; a través de los árboles vio sus luces encendidas en todas las plantas; el personal estaría preparándose para la próxima gala del Día de la Unidad. Mientras caminaba a la luz mortecina, vio el resplandor cereza de un cigarrillo en el bosque, y luego otro al otro lado. El recinto estaba repleto de agentes de seguridad. Un matón estaba sentado en un carro donde el camino se cruzaba con otro. La miró pasar a su lado sin asentir ni reconocerla.

La escolta personal de Putin pertenecía al SSP, el Servicio de Seguridad Presidencial, que era un elemento autónomo del FSO, Federalnaya Sluzhba Okhrany, el Servicio Federal de Protección, una agencia reorganizada leal sólo a Vladimir Putin y encargada exclusivamente de la protección de la Federación Rusa, lo que significaba cualquier cosa que los siloviki quisieran que significara. Dominika había oído rumores sobre el miedo aparentemente indiferente, pero secreto, del presidente a ser asesinado; sobre los envases de plástico de las comidas preparadas, sellados y firmados por catadores de alimentos; y sobre los hombres de confianza de su equipo de protección, nuevos millonarios groseros a los que se habían dado bloques de acciones en los conglomerados estatales de petróleo, fabricación y ferrocarriles como recompensa por su lealtad. Se preguntó si a Vladimir Putin se le escapaba la enorme ironía de que el líder de una nación moderna, con armas nucleares y un programa espacial, temiera el asesinato político como los zares que le precedieron temían el cordón de seda del estrangulador. Es algo que incluso Josef Stalin sentía. Se dice de él que dijo: "¿Os acordáis del zar? Pues yo soy como un zar".

El patio interior del palacio, meticulosamente cuidado, era enorme. Una fuente de mármol blanco burbujeaba en el centro, y cuerdas de luces blancas colgaban de postes y estaban ensartadas a lo largo de las ventanas del segundo piso de la mansión. Dominika fue conducida a un pequeño espacio privado donde una camarera de ojos bajos la atendió en silencio. La selección de platos pasaba de página en página, con ingredientes que no se encontraban en toda Rusia, ni siquiera en los restaurantes de cinco estrellas de Moscú o San Petersburgo. Es un carpaccio de atún con pomelo e hinojo, como el que había probado en Roma, para ver qué hacían con él. El atún, cortado en finas lonchas, venía en un gran plato frío espolvoreado con hojas de hinojo y rociado con aceite de oliva y vinagre balsámico.

Estuvo delicioso.

Dominika se sentía un poco ridícula sentada sola en un pequeño comedor, pero la mansión y todo el complejo —anfiteatro al aire libre, club de spa, sala de proyecciones, piscinas cubiertas y al aire libre, biblioteca y una enorme terraza con barbacoa— estaban desiertos, en la calma previa a la llegada del presidente y sus invitados en noviembre. Se resignó a caminar de vuelta a su dacha en la oscuridad, vigilada por ojos en el bosque, y a irse a la cama. Pensaría en Nate, como hacía siempre por la noche, y desearía que estuviera allí con ella, tumbada en la tumbona del balcón, trabajando para conseguir una quemadura de luna. Se levantó de la mesa y caminaba por el pasillo hacia la salida cuando oyó una voz detrás de ella que la llamaba en ruso acentuado.

—Disculpe, señorita, pero ¿tiene hora? —Un joven de unos veinte años, moreno y de ojos azules, estaba de pie junto a una puerta abierta. Llevaba camisa de trabajo y vaqueros, era musculoso pero delgado, con fuertes antebrazos que sostenían ambos lados del marco de la puerta. Tenía la cara rubicunda y sin afeitar, y la boca más parecida a la de una mujer, con los labios carnosos.

—Llevas un reloj en la muñeca izquierda —dijo Dominika, respondiendo intuitivamente en inglés. —Es un instrumento que se utiliza a menudo para determinar la hora que es. Esto provocó una sonrisa de mil vatios en el joven, que era, Dominika tuvo que admitir, un tanto encantador.

—Hablas inglés, bien, mi ruso es terrible,— dijo sonriendo. —Te preguntaba si tenías tiempo... de acompañarnos a tomar una copa.— Otra sonrisa incandescente, traviesa, querubínica. —No hay nadie por aquí y llevamos aquí dos semanas.— Intrigada, Dominika volvió hacia él y se asomó a la puerta. Es una cafetería, un comedor para el personal. Otros dos jóvenes y dos mujeres eran los únicos en el espacio sentados a una mesa llena de platos y vasos. Había cuatro botellas de vino vacías agrupadas. Todos fumaban y en el centro de la mesa había un cenicero rebosante. Los comensales sonríen, son polacos, y el joven le acerca una silla y le sirve un vaso de vino. Dominika se presentó como organizadora de un evento, algo vago.

El encantador joven era Andreas. Era el jefe del equipo del Departamento de Conservación y Restauración de Obras de Arte de la Academia de Bellas Artes de Varsovia. Presentó a sus colegas, todos expertos en restauración de obras de arte, atractivos, atentos. Todos hablaban a la vez, todos inteligentes, polacos de la nueva generación que conocían bien el inglés (en la generación desde la retirada de los soviéticos, los escolares de Europa del Este ya no estudiaban ruso de buena gana). La academia de Varsovia había sido contratada por Rosimushchestvo, la Agencia Federal para la Gestión de la Propiedad

Estatal, para realizar trabajos de restauración de emergencia en la mansión en un gran número de murales de techos y paredes. Las tuberías de las paredes habían goteado o reventado incluso cuando se estaba terminando el palacio, lo que obligó a restaurarlo en un edificio nuevo, que Dominika pensó en silencio que era una metáfora de la Federación Rusa: roto antes de estar terminado.

Los polacos habían estado trabajando en el palacio vacío, supervisados por matones de seguridad de ceño fruncido y un capataz ruso caviloso, y tenían fiebre de cabina. Al parecer, no les preocupaba hablar libremente.

—Los murales son espantosos —se rió Anka, una rubia—.

—Un artista sardo los pintó cuando se construyó el lugar —dijo Stefan, con rostro serio. —Los rusos son los únicos que pensarían que son elegantes —Anka le hizo callar con una palmada en el brazo. Dominika sonrió para demostrar que no estaba ofendida.

—Resulta que los fontaneros rusos conectan las tuberías tan bien como los sardos pintan,— dijo Andreas. —Se les han reventado las tuberías de agua por todas partes, se han estropeado muchas parcelas y estamos aquí para reparar el yeso y restaurar las pinturas — Dominika dio un sorbo a su vino, interesada.

Sentada a la mesa con estos polacos de rostro fresco, cuyo país fue en su día un Estado satélite, pero que ahora se enfrentaba con entusiasmo a los retos de un futuro en el que muchas cosas eran posibles, Dominika pensó en su madre, en su diminuto apartamento de Moscú provisto por el Estado, con el papel pintado cubierto de hollín y cuarteado por el calor sobre los radiadores siempre tibios, nunca calientes, y la foto de la universidad de su difunto padre en la repisa de la chimenea junto a la foto de su madre de pie en la Gran Sala del Conservatorio de Moscú, recibiendo serenamente los aplausos, con su violín bajo el brazo, y la cajita de madera en el alféizar de la ventana exterior para mantener la comida más fría que cualquier congelador, y la pequeña mesa con una lata abierta de sardinka, sardinas en aceite salpicadas de sangre, un taco de pan negro del día anterior untado con manteca blanca en lugar de mantequilla. Esto es lo que la munificencia de Vladimir Putin había dado al pueblo de Rusia, mientras el agua caía en cascada por los frescos de su palacio del Mar Negro.

—¿Cuánto tiempo más estarás aquí? Se están preparando para una gran reunión en noviembre.

—Lo sabemos. Ese capataz maloliente siempre nos está diciendo que trabajemos más rápido,— dijo Stefan. —Pero hay demasiados daños. Probablemente necesitaremos que venga más gente de Varsovia. A los rusos no les importa, y pagan lo que pedimos. Hemos oído que esta es la casa del presidente.

—Es mejor no especular—dijo Dominika con un guiño. Todos los polacos se rieron. Es una fiesta alegre. Un vaso de vino más tarde, Andreas le preguntó a Dominika si quería ver algunos de los murales en los que estaban trabajando. Subieron por una magnífica escalera de caracol doble y entraron en una serie de largos pasillos con techos abovedados pintados. Todas las luces parecían encendidas, pero el lugar estaba desierto. ¿Dónde estaba la seguridad? Un andamio de aluminio recorría una pared manchada de agua. Había láminas de plástico pegadas por todas partes. Andreas estaba de pie junto a un panel, con los dedos largos trazando una línea y el rostro concentrado.

—Esto no es más que una restauración mecánica, una cuestión de renovar el pigmento nuevo que se ha dañado. Es como restaurar un retablo pintado por Giotto en 1305. Nada. — Dominika vio el fuego en sus ojos. Se volvió y la sorprendió mirándolo, y se coloreó ligeramente.

—Deberías ver lo especial que puede llegar a ser. Seguir las pinceladas del maestro, limpiar la suciedad y el barniz de las épocas, ver cómo el azul que mezcló con su propia mano vuelve a la luz, es mágico.— Él, tímidamente, evitó mirarla.

Pasaron de un gran espacio al siguiente, las hojas de oro brillando a la luz, las lámparas de araña colgando pesadamente, una tras otra, a lo largo de los interminables espacios. Exquisitos cuencos de cerámica llenaban los armarios con frentes de cristal y las cortinas de seda se ataban con cuerdas de raso. Más adelante, Andreas apoyó ligeramente la mano en el hombro de Dominika, ladeó la cabeza y abrió una enorme puerta doble. Entraron en un enorme dormitorio con techo dorado, intrincados suelos de parqué y una enorme cama con dosel cubierta con cortinas brocadas. El espacio estaba lleno de muebles antiguos, el tocador del Rey Sol.

—Hemos tenido que reparar los medallones del techo —dijo Andreas, levantando la vista—Este es el dormitorio del presidente; ¿qué te parece?

—Es magnífico, ¿verdad? —dijo Dominika sin ningún compromiso. Cabía la posibilidad de que estos espacios estuvieran vigilados de algún modo. Andreas se inclinó hacia ella y le susurró al oído.

—Es obsceno—dijo. —Nadie debería vivir así, no con lo que lucha la gente de tu país. —Pero yo sólo soy un técnico de arte, ¿qué sé yo? —.

Una hora más tarde, el esbelto cuerpo de Andreas brillaba a la luz de la luna que se colaba por las puertas correderas de su dacha. Dominika estaba tumbada sobre él, con la espalda bañada en sudor, los dedos de los pies acalambrados y el pelo apuntando en todas direcciones.

—Para ser técnico de arte, sabes mucho —le dijo.

Es algo que había sucedido de forma precipitada, fuera de su control, no, no había querido controlarlo. Andreas la había acompañado a la dacha y había aceptado una copa de champán. Dominika estaba destrozada; la opulencia del Palacio de Putin le había dado asco, y todo el pan de oro se le había atascado en la garganta. Su vida era un caos. Estaba rodeada por el venenoso encanto de Gorelikov, por la codicia de Putin, por la implacable presión de ser espía, por la misantropía de Benford, por la lágrima en su corazón por Bratok, por el incierto dolor por Nate y, maldita sea, por estar sola, siempre sola, acosada por exigencias y encargos, cada uno más crítico, o más urgente, o más mortal que el anterior. El Kremlin seguía siendo el coto de cerdos de usurpadores latrocinadores que con cada año, con cada rublo robado, condenaban a su Rusia a futuras privaciones tan vastas como la tundra siberiana. Estos cerdos, y este Palacio de los Cerdos. Pertenecían a un skotoboynya, un matadero.

La cabeza le daba vueltas cuando se acercó a Andreas, le puso la mano en la nuca y aplastó su boca contra la de él —no pensó en ser un Gorrión, ni en su amor genuino por Nate— y no le importó lo que pensara Andreas, ni prestó atención a las convenciones, sólo quería pasión, y ancas temblorosas, y el sabor y el olor de él, y le cerró los talones a la espalda y lo besó hasta que las tuberías se rompieron y derritieron los murales y le temblaron las piernas. Después esperó no haberle mordido demasiado el labio inferior.

Andreas no sabía quién era ella ni qué había pasado exactamente, pero el instinto de supervivencia selvático de su cerebro le decía que probablemente no debería pasar la noche allí. A Dominika no le importó cuando salió de puntillas. Lo que Bratok Gable había llamado una vez —horizontalizar— era lo que ella había necesitado. Pensar en Gable le recordó lo mucho que le echaba de menos.

Luego, pensar en Bratok le hizo pensar en el topo sin rostro de Washington que, si Benford no lo atrapaba, pronto leería su nombre en una lista de activos clandestinos rusos de la CIA, y los equipos de detención del FSB en sus furgonetas Skoda negras se desplegarían por Moscú, y hombres con caras de caninos llamarían a los timbres de las puertas y tirarían de los sospechosos por las escaleras y los meterían en las furgonetas para conducirlos a Lefortovo, donde pronto se determinaría su culpabilidad. Dominika se preguntó si no debería empezar a dormir vestida para no estar en camisón cuando la arrastraran a la calle.

CARPACCIO DE ATÚN

Enfríe un plato de 10 pulgadas. Corta el atún rojo crudo en rodajas

muy finas, luego aplástalas hasta que queden finas bajo una capa de film transparente y coloca las rodajas sobre el plato. Déjelo enfriar. Corte el bulbo de hinojo en rodajas finas y mézclelo con las supremas de pomelo y la sal. Ok rallar el jengibre. Espolvoree el jengibre sobre las rodajas de atún, luego amontone el hinojo y el pomelo en el centro del plato, y espolvoree las chalotas picadas y las hojas de hinojo picadas por encima. Rocíe con aceite de oliva y vinagre balsámico, y espolvoree con sal marina. Servir inmediatamente.

24

Siente la menta por ti

EL VUELO de Nate a Hong Kong requería pasar la noche en Los Ángeles. Desde la llegada del transporte aéreo comercial, todos los empleados de la Administración estadounidense destinados en el extranjero estaban obligados por ley a volar en vuelos estadounidenses para apoyar mejor a las compañías aéreas nacionales, por desgracia a costa de los contribuyentes estadounidenses. Esto se traducía invariablemente no sólo en billetes más caros, sino también en horarios, rutas y conexiones inconvenientes. Pero la regla era férrea. El vuelo matutino de Nate desde Washington, DC, llegaría a Los Ángeles antes del mediodía, y tendría todo el día dando vueltas por la ciudad. Entonces pensó en Agnes Krawcyk y en el mechón blanco de su pelo.

Desde la misión en Sebastopol, habían mantenido el contacto por correo electrónico y dos o tres incómodas llamadas telefónicas. Agnes había querido visitar a Nate en Washington, pero las reuniones de operaciones con Dominika eran inminentes, así que Nate la aplazó. Últimamente habían hablado con más frecuencia y habían hecho vagos planes para verse. Entonces surgió lo del picnic de Hong Kong.

Agnes se había instalado en la costa de Palos Verdes, al sur de Los Ángeles, un suburbio semirural de colinas onduladas y escarpados acantilados junto al océano, cubierto de eucaliptos, canelos y pimenteros, y poblado por artistas, envejecidos niños de las flores de los años sesenta y mil pavos reales salvajes de India Blue. Vivía en una cómoda casa de estilo artesano con dos dormitorios, columnas de piedra que sostenían el porche y macetas en las ventanas. Con experiencia en restauración de obras de arte de su Polonia natal, Agnes había sido contratada por el Museo Getty de Brentwood como conservadora; su especialidad eran los paneles de altar italianos del siglo XVI.

Cuando Nate llamó a Agnes para decirle que pasaría el día en Los Ángeles y para invitarla a comer, ella le dijo que se dejara de tonterías. Ella le recogería en el aeropuerto, le invitaría a comer en su casa, donde pasaría la noche, y le llevaría de vuelta al aeropuerto a la mañana siguiente a tiempo para su vuelo de regreso. Ese era el plan, sin discusiones. Como toda una profesional, no le preguntó adónde iba ni por qué.

Nate se debatía entre emociones encontradas. Sabía que el indulto de carrera que le había concedido Benford dependía de que siguiera portándose bien y de que lograra reclutar al despilfarrador general

Tan Furen en Macao. A Nate no le parecía que parar en Los Ángeles y ver a Agnes constituyera un comportamiento inaceptable, pero no estaba seguro de que Benford lo considerara reincidencia. Del mismo modo, se enfrentaba a la situación de Dominika: con Benford echando fuego por la boca y la negativa de Dominika a contemplar la posibilidad de retirarse antes de que ocurriera lo indecible y la atraparan, ¿habían terminado? ¿Volverían a verse, y mucho menos a estar juntos? Nate sabía que la quería, eso no había cambiado, pero se enfrentaba a la posibilidad de que ella saliera de su vida de forma tan definitiva como si la hubieran pillado tirando una gota en Moscú, juzgado y ejecutado en el sótano de la prisión de Butyrka. La mortificación por sus recientes errores profesionales se había transformado en soledad y en el deseo de poder hablar con un amigo. Gable se había ido; Benford era inaccesible; y Forsyth tenía sus propios problemas como jefe de división.

Ver a Agnes tal vez sería un bálsamo para sus maltrechas emociones. Era inteligente, valiente, terrenal y, aun rozando los cincuenta, imposiblemente sexy. Conocía el trabajo, conocía la vida, lo entendía. Y a juzgar por la respuesta a su llamada, seguía gustándole. Le hacía ilusión estar con ella, como amigo.

Agnes estaba en la hamaca de tejido maya de Mazatlán, de vivos colores, colgada del alero saliente de su casita, en su pequeño patio trasero iluminado por la luna. Las antorchas tiki de bambú, con canalones y apestando a queroseno, proyectaban sombras saltarinas sobre el patio de losas y sobre los helechos, cactus y arbustos en flor que llenaban el jardín. Es habría sido una escena más bucólica si Agnes no hubiera estado tumbada desnuda a lo ancho de la hamaca, con los dedos de los pies enganchados a las cuerdas y las piernas extendidas en forma de uve, balanceando la hamaca de un lado a otro y haciendo que su monte entrara en contacto con un Nate igualmente desnudo, de pie a un palmo de distancia sobre las losas, preparado para cada colisión mientras calculaba desesperadamente la trayectoria y el rumbo para el siguiente acoplamiento cinético. La cabeza de Agnes colgaba del otro lado de la hamaca mientras gemía mocniej, que Nate descubrió más tarde que significaba —más fuerte— en polaco, lo cual era una suerte, porque si hubiera sido más fuerte habría caído de espaldas en el estanque de peces ornamentales.

Más tarde, vestida con un kimono corto con cinturón, Agnes le enseñó a Nate un panel de madera, parte de un altar de 1534 de una capilla de Florencia que podría o no haber sido pintado por un alumno de Miguel Ángel. Es que tenía un plazo de entrega y le habían dado permiso para llevárselo a casa y trabajar en él. —Te estoy apartando de tu trabajo —le dijo Nate. Agnes sonrió, se sacudió el pelo y le puso

las manos sobre los hombros.

—Michelangelo puedo verlo todos los días,— dijo ella. —Ahora estás aquí conmigo, en mi casita, y eso es todo lo que necesito. ¿Recuerdas lo que te dije en Rumanía? Czuje miete dla ciebie, siento menta por ti, siento algo por ti… —Se apartó un mechón de pelo de la frente y se inclinó para besarle, despacio al principio, luego con más urgencia. De repente se detuvo y le miró a los ojos. —¿Esa otra mujer sigue en tu vida—preguntó Agnes. —Nate había olvidado lo perceptiva que era Agnes. Por algo tenía la frente blanca de bruja.

—Es muy difícil,— dijo Nate. —Implica trabajo, y no fue bien. Puede que la haya puesto en peligro, y eso es imperdonable.

—Espero que esté a salvo —dijo Agnes en voz baja. —Echo de menos el trabajo, la emoción; echo de menos a los antiguos compañeros, y echo de menos Polonia. —No te preguntaré más por ella. Me alegro de que hayas venido. ¿Tienes hambre? Ven a verme.—

Fueron a la cocina, donde Agnes preparó rápidamente salmón al horno con papel de aluminio y una ensalada polaca de pepino llamada mizeria, miseria, porque era un alimento básico de los campesinos. Se sentaron fuera en la oscuridad a comer a la luz de las antorchas, Agnes observando la cara de Nate mientras comía. Más allá de la valla del jardín, un pavo real emitía su espeluznante llamada de apareamiento, que sonaba como un trino soprano —ayúdame, ayúdame—.

—La última vez que oí a un pavo real aullar así estaba en un bosque del norte de Grecia, conociendo a alguien especial —dijo Nate —. En aquel momento me dio un susto de muerte —Agnes se inclinó hacia delante, con la barbilla entre las manos, sonriéndole—.

—No creo que te asustes con mucha facilidad,— dijo Agnes.

—No lo sé, parece que ahora me asusto más que cuando era más joven—dijo Nate.

—¿Te doy miedo? —preguntó Agnes.

—No, Agnes, creo que eres maravillosa —dijo Nate. Sus ojos brillaban de emoción y Nate sintió que una oleada de ternura brotaba de su interior.

—Cuando vuelvas sería bueno que nos visitaras más tiempo, que te tomaras unas vacaciones —le dijo. —Podría colarte en el taller del museo y enseñarte los paneles de los Medici; son especiales.

—Me encantaría,— dijo Nate. —Pero nada de esa hamaca. Creo que tengo un puntero en la cadera.—

—¿Qué es un puntero en la cadera?— dijo Agnes.

Nate se levantó y le puso la mano en el hueso magullado de la cadera.

—¿Ves? Las hamacas están fuera, por favor.—

—¿Te he hecho daño? Jeny kochane, querida, ¿qué puedo hacer para aliviarte el dolor? Nate la besó y ella se apretó contra él,

acariciándole el cuello y mordiéndole suavemente el labio inferior. La cogió de la mano y la llevó a su dormitorio, donde Agnes se tumbó en la cama boca arriba. Nate estaba de pie junto a ella, desabrochándose lentamente la hebilla del cinturón. Desde fuera, el pavo real llamaba —ayúdame, ayúdame.

—Sé cómo se siente ese pájaro —dijo Agnes, desatando el cinturón de su kimono.

Nate tomó el Airport Express desde el aeropuerto de Chek Lap Kok, mirando por la ventanilla mientras el tren se mecía entre lagunas azul esmeralda y los picos verde oscuro de las islas dispersas en el mar de la China Meridional. La reluciente terminal ferroviaria del centro de Hong Kong era un hervidero de actividad ordenada. La fila de taxis de color rojo cereza esperaba a los pasajeros, y las puertas traseras de los vehículos se abrían automáticamente con sólo pulsar un botón, lo que a Nate le parecía la quintaesencia de China, que daba la bienvenida a Oriente a los extranjeros con una reverencia. El taxi atravesó el bullicioso distrito comercial del centro, con las aceras atestadas de peatones y repartidores empujando carritos llenos de cajas. El taxi subió como un cohete por la empinada curva de Garden Road y se detuvo con un chirrido frente al consulado de Estados Unidos, una caja de hormigón de cuatro pisos con ventanas cuadradas tintadas, la bandera estadounidense colgando floja en el aire húmedo.

Nate deslizó su pasaporte bajo el cristal de la recepcionista —ella era una ciudadana de Hong Kong que trabajaba en el Servicio Exterior— y pasó por el puesto Uno de la Guardia de Seguridad de los Marines, donde un joven y férreo marine vestido de azul —C—, con camisa caqui y corbata, y un arma enfundada en la cadera, examinó de nuevo el pasaporte de Nate. Una joven se acercó al vestíbulo para recogerlo, lo condujo a través de la puerta de línea dura y subió en ascensor hasta la cuarta planta. Tras mirar de reojo al recién llegado, se presentó como la secretaria del jefe y pulsó un botón rojo para abrir una gruesa puerta acorazada que se abrió con un gemido eléctrico. Entraron en un enorme contenedor amueblado con moqueta gris azulada en el suelo y en las paredes, un recinto acústicamente blindado e impermeable a las escuchas electrónicas externas. Es un lugar fresco y seco, en el que las personas que trabajan en una docena de mesas llevan suéteres ligeros.

El jefe de la estación de Hong Kong, Barnabas Burns, estaba sentado en la mayor de una hilera de cubículos cerrados con puertas correderas, tan estrechos como un camarote de barco, nada que ver con los grandes despachos de los jefes de estación en las majestuosas embajadas europeas, una necesidad incómoda en una estación de la CIA que operaba en territorio controlado por China. Burns tenía

cincuenta años, pelo canoso y mandíbula cuadrada, era duro como un látigo y sus antebrazos le sobresalían de las mangas de la camisa. Se acercó a su mesa para saludar a Nate con un apretón de manos de cascanueces y le indicó con la cabeza un pequeño sofá que había contra la pared del cubículo para que se sentara. Burns le tendió a Nate una botella de agua de plástico que había en un pequeño frigorífico de la esquina y se sentó a su lado en el sofá, estirando las piernas. Mitad Marlboro Man, mitad James Bond, pensó Nate, tomando un sorbo de agua.

—Debería haber sido una cerveza —dijo Burns—, pero aún no son las cinco. ¿Tu vuelo Ok? Nate negó con la cabeza.

—Te hemos conseguido un bonito apartamento temporal, justo en Old Peak Road, al otro lado de los jardines botánicos. Es un breve paseo cuesta abajo por la mañana, a través del zoo —hasta tienen un leopardo—, pero por la noche se te empapará la camisa cuesta arriba. Te acostumbrarás a eso en Hong Kong, a sudar.

—Es la primera vez que vengo —dijo Nate—. Por lo poco que he visto, va a ser difícil detectar vigilancia en la calle —Burns se rió—.

—Tienes razón. Elwood Holder, de Operaciones en China, me dijo que habías hecho tus pinitos en Moscú, pero este lugar es único, un entorno urbano apilado con gente por todas partes y una cámara en cada esquina. Date una vuelta y hazte una idea del lugar.

—Lo haré—dijo Nate. ¿Cuál es la información sobre el general? ¿Cuánto tiempo tengo antes de encerrarlo?

—Podría ser mañana, podría ser dentro de un mes—dijo Burns. —Es que ha estado viniendo a Macao a jugar muy a menudo; lo tiene mal, y cuando aparezca, nos lo cargaremos. Los australianos tienen cables de viaje, así que sabremos cuándo vuelve a las mesas. Mañana te llevaré a conocer al Jefe de ASIS, y al oficial del caso con el que trabajarás. Estos australianos son serios y talentosos, y confiables. No son como los británicos, donde tienes que contar los cubiertos después de una cena de enlace.— Nate se rió.

—No quiero entrometerme en las operaciones de la estación, pero estoy dispuesto a ayudar en todo lo que pueda. Buscando sitios, corriendo SDRs, hablando con los oficiales subalternos.

—Aprecio eso—dijo Burns. —Agradecería tu experiencia en Moscú, sobre todo tu valoración de cómo podría cubrirnos el SMS en la ciudad. Hemos hecho mucho trabajo en la calle, pero tú perspectiva del KGB podría ser útil. Hong Kong está en el distrito del MSE de Guangzhou, y son una panda de cowboys. Ignoran las directrices de su cuartel general, hasta el punto de que incluso llevan a cabo operaciones en Estados Unidos si pueden sin decírselo al ministerio en Pekín. Eso los hace impredecibles.

—Holder dijo que también están todos en la marca, sacando de

los casinos de Macao, y aceptar sobornos.

—Es lo que se llama zhēng xiān kǒng hòu, luchar por salir adelante: en una economía recalentada, todos temen quedarse atrás", decía Burns. —Imaginable hace diez años, nuestro general del juego es un ejemplo extremo.—

—Jefe, querré leer el expediente del general antes de intentar un enfoque de falsa bandera —dijo Nate—. Ha vivido en Moscú y conoce a los rusos. Tengo que ser perfecto.

—El agente australiano del caso —se llama George Boothby, pero todo el mundo le llama 'Bunty'— se encarga del agente de acceso en Macao que está cerca del general Tan.

—¿Bunty Boothby? —Dijo Nate.

—Buen tipo. Es una estrella en su servicio, todo un semental, con un montón de cabelleras en su cinturón ya. Tenéis más o menos la misma edad. Bunty ha estado interrogando al agente de acceso desde que el general entró en su ámbito. Te dará un informe completo.

—¿Crees que le molesta que la CIA le lance a su objetivo? Sé que yo estaría un poco molesto—dijo Nate. No quiero que sienta que le estoy robando su reclutamiento.

—No creo que estén preocupados por eso, vinieron a nosotros por el dinero—dijo Burns. —Si conseguimos al general Tan Furen, Bunty se llevará el mérito. Es tan importante para ASIS atrapar a un general del EPL como lo sería para nosotros, y compartiremos los beneficios.

—Cuando cojamos al general a solas, ¿habrá contravigilancia? Sé que el agente de acceso nos lo traerá, pero ¿tenemos que preocuparnos por las garrapatas del MSE en Macao?—.

Burns se encogió de hombros.

—Depende. Demasiados occidentales moviéndose por ahí podrían asustar al general. Puedes discutir la mecánica con Bunty,— dijo Burns. —Una cosa es segura: el general está muerto si hay un alboroto. Lo pondrán de rodillas en un campo de judías, le pegarán un tiro en la nuca y facturarán a su familia el coste de la bala —.

Cuando Nate salió del consulado con el oficial administrativo de la estación, la recepcionista china se fijó en la pareja —se sabía que el oficial administrativo "trabajaba arriba"—, lo que significaba que el joven y apuesto visitante probablemente también era de la CIA, y memorizó el nombre de Nate para la lista semanal de visitantes del consulado estadounidense que pasaba cada viernes a la oficina de Hong Kong del MSE, situada en el Bloque Amatista del Cuartel Central del Ejército Popular de Liberación; ese complejo fue, hasta 1997, la estación costera de la Marina Real Británica en Hong Kong.

Los dos oficiales fueron en coche hasta el alojamiento para invitados TDY, a mitad de camino por Old Peak Road. El apartamento

del octavo piso tenía dos dormitorios, muebles básicos, suelos de parqué de madera y un pequeño televisor de pantalla plana en una estantería. Un pequeño balcón cubierto con una tumbona ofrecía unas vistas magníficas. A la derecha, la selva tropical, de un verde suave, se elevaba hasta el pico cubierto de niebla. A la izquierda, el imposible y erizado centro de la ciudad de rascacielos, bancos y hoteles tronaba bajo el calor subtropical. A través de la espesura de rascacielos, Nate pudo distinguir los ferries Star Ferries, verdes y de dos pisos, que surcaban en ambas direcciones un puerto repleto de juncos chinos con velas rojas y oxidadas, transbordadores kai-to que prestaban servicio a las islas periféricas y cargueros que, agazapados en el agua, eran remolcados por decididos remolcadores. En el lado de Kowloon del puerto, una expansión urbana más modesta estaba dominada por el altísimo CCI gris azulado, el Centro de Comercio Internacional de 118 plantas, que rascaba el techo del cielo.

Nate dio las gracias al funcionario de administración, deshizo rápidamente la maleta y bajó la colina hasta Central. Atravesó la plaza de las Estatuas, pasó por delante del Cenotafio y del edificio del Consejo Legislativo, bajo y con columnas, ambos vestigios de la dominación colonial británica en medio de las torres de cristal y acero de los mandarines. Mientras caminaba, Nate puso el interruptor interno en modo callejero y empezó a prestar atención. Como recién llegado al consulado de EE.UU., ¿sería objeto de atención? Caminó por las aceras atestadas de trabajadores municipales con caras perezosas, contando rostros, pasando por delante de tiendas de lujo con los nombres de Gucci, Rolex y Bally en los escaparates.

Consultó un mapa doblado que llevaba en el bolsillo, giró hacia el oeste por Lockhart Road y se adentró en el distrito de Wan-Chai, más ruidoso, más Cantón que Manhattan ahora, pasando por delante de innumerables restaurantes idénticos, todos ellos perfumados con la dulce fragancia del polvo de cinco especias, decenas de patos asados del color del caramelo colgados en los escaparates. Entre los expositores de patos había emporios de masajes de azulejos blancos; ancianas en sandalias saludaban a Nate para que entrara a frotarse. La sobrecarga sensorial se apoderó de él y trató de encontrar zonas más tranquilas. Serpenteó por calles más tranquilas, por callejones agrios y por pasarelas elevadas sobre la estruendosa Connaught Road, atestada de taxis y camiones que se balanceaban escupiendo gases de escape azules. Nate se concentró en la ropa y los zapatos, buscó comportamientos de vigilancia y señales de cobertura de salto, pero no vio nada. Si tenía que acudir a una reunión de agentes dentro de dos horas, pensó, era imposible que estuviera seguro de que era negro.

Se detuvo a comer un tazón de fideos con cerdo picante y luego se metió en Delaney's, un pub inglés con suelo de baldosas a cuadros, en

la esquina de Jaffe y Luard, y se sentó en un rincón a tomar una cerveza, mirando las ventanas. Cinco televisores en el techo emitían un partido de rugby, y dos turistas británicos charlaban con un par de chinas risueñas en bragas. Nadie entró para ver dónde estaba o si había quedado con alguien. Ningún movimiento, ninguna presión de arrastre perceptible, ninguna cosquilla. ¿Cómo voy a ir a Macao sin arrastrar a medio Guangzhou conmigo? Deberían haber utilizado un CON de habla rusa, pensó. Espero que Bunty Boothby, el de operaciones, conozca su oficio.

Nate se apresuró a coger un taxi y se dirigió a Sheung Wan, en dirección oeste, para regresar a pie a Mid-Levels, por Queen's Road, Elgin Street y Upper Albert Road —calles más tranquilas que recordaban a los antiguos decanos de la Colonia de la Corona—, que se curvaban, serpenteaban y volvían sobre sí mismas, pasando por delante del viejo y achaparrado Club de Corresponsales Extranjeros, con su fachada de rayas rojas y blancas alternadas. Subió a la escalera mecánica al aire libre de Mid-Levels, que ascendía ochocientos metros hasta Robinson Road. No detectó ninguna cobertura paralela en las alas de la línea de escaleras mecánicas. Esperó en un portal, escuchando el ruido de pies corriendo, no obtuvo nada, y volvió a dirigirse al jardín zoológico y botánico. Nate perdió la cuenta del número de cámaras de vídeovigilancia que había a lo largo de su recorrido. No se había acercado a identificar nada remotamente sugestivo de vigilancia activa, pero no confiaba en su estado. Tenía la camisa pegada a la espalda y le dolían las piernas de tanto caminar cuesta arriba.

Jesús, esto no se parecía a nada de lo que había vivido. Esta ciudad era un escenario de cuento de hadas en el brumoso delta del río Perla, una ciudad de capas, piadosos fantasmas coloniales mezclados con siglos de perseverantes cantoneses, ambos ahora bajo la alargada sombra del politburó de Pekín, esa colección de hombres con cara de piedra y trajes holgados idénticos que reclaman la ciudad como su propiedad, pero que en realidad no la poseen.

SALMÓN AL HORNO CON PAPEL DE ALUMINIO A LA PIECZONY DE AGNES LOSOS

Seque el salmón. Salpimiéntelo. Coloque el filete, con la piel hacia abajo, sobre papel de aluminio. Mezcle por separado la mantequilla, el eneldo, el ajo, el zumo de limón y el vino blanco. Unte el filete de salmón con la mantequilla compuesta y enrolle el papel de aluminio formando un paquete suelto. Hornear a temperatura media-alta hasta que el filete esté bien cocido. Servir con ensalada mizeria de pepinos rallados mezclados con nata agria, azúcar, vinagre blanco y eneldo



fresco picado.

25

Caldera Bunny

NATE y Bunty Boothby habían quedado esa noche en el bar del hotel Peninsula, en Tsim Sha Tsui, para tomar una copa y conocerse. Después, Marigold Dougherty, la novia de Bunty, se reuniría con ellos para cenar en Felix, el restaurante ultrahip del piso 28 del hotel. Marigold era oficial de informes en la estación ASIS, llevaba cinco años viviendo en Hong Kong y conocía la ciudad a la perfección. Nate necesitaba acelerar sus conocimientos de la zona y esperaba que ambos australianos le ayudaran a aprender la ciudad rápidamente.

Nate se había llevado bien con Boothby durante su primer encuentro en el consulado australiano. Bunty era bajo y rechoncho, de cara ancha y ojos grises. Tenía los hombros anchos de un nadador y el pelo rubio, decolorado por el sol y siempre rebelde, de un surfista empedernido. Había sido reclutado por ASIS inmediatamente después de licenciarse en la Universidad de Melbourne y, gracias a su pasión por cabalgar olas gigantescas, durante sus tres primeros años actuó con el notable disfraz de "surfie", un trotamundos playero en busca de la rompiente perfecta. Fue uno de los primeros extranjeros en surfear el tristemente célebre Dragón Plateado, la estruendosa ola de ocho metros de altura, provocada por la luna llena, en el río Qiantang, cerca de Shanghái, durante un tiempo récord de cincuenta y dos minutos, surcando y cortando la ola marrón chocolate sobre su tabla corta Twin Fin a lo largo de diecisiete kilómetros. Al día siguiente, el discreto surfista de veintitrés años, en bermudas y chanclas, restableció el contacto con una fuente de información clandestina de ASIS —un coronel del 61398 bùdui, la oscura unidad de ciberguerra del EPL en Shanghái— con la que se había perdido el contacto, un acto operativo extremadamente arriesgado teniendo en cuenta que el joven de pelo largo no tenía inmunidad diplomática en China.

Bunty era lacónico, irreverente e ingenuo, todo el australiano informal y de extremidades sueltas, un irónico observador de los —gamberros, pajeros y ratas de mierda— que vagaban por la Tierra y, ocasionalmente, mancillaban su amado servicio. Pero Nate no tardó en darse cuenta de que el papel de Bunty de rústico cascarrabias era el camuflaje de un oficial de operaciones con un ojo astuto y un instinto asesino para reclutar fuentes de inteligencia humana. Con diez años de experiencia, Bunty había cambiado su collar de conchas de puka por una corbata y un traje de dos botones, pero seguía siendo un rústico, un niño salvaje.

El bar del Hotel Península era de madera oscura, latón pulido y

cristalería brillante. Se sentaron en dos sillones de cuero en un rincón del bar y, por recomendación de Bunty, pidieron dos cócteles Rolls-Royce. Nate se reclinó en su silla.

—Hace dos días, caminé durante seis horas —dijo Nate—. Al final del día, no sabría decirte si tenía vigilancia o no —Bunty dio un sorbo a su bebida, mirándole por encima del borde de su vaso—.

—Bienvenido a Honkers,— dijo Bunty, bajando la voz. —Tus reglas moscovitas son tan útiles en esta ciudad como un cenicero en una moto. Demasiados lugareños, demasiado movimiento. No creemos que el MSE nos vigile con regularidad. Tienen cámaras por todas partes, y vigilantes estáticos, e informadores cooptados, pero son bastardos pacientes que están dispuestos a esperar. Si creen que está pasando algo grave, pueden desplegar un gran equipo para rescatar a un objetivo —Nate levantó la mano—.

—¿Qué quieres decir con "rescatar a un objetivo"?—dijo Nate.

Bunty dio otro sorbo a su bebida.

—Lo siento —dijo. —Es la jerga australiana; es una aflicción; la uso sin pensar, así que deténganme cuando diga algo ininteligible.

—¿Y pagar la fianza de alguien?

—Envolverlos, controlar el movimiento, impedir físicamente,— dijo Bunty.

—Gracias. Entonces, ¿cómo vamos a llegar a Macao sin que el MSE pague la fianza?— dijo Nate.

Bunty sonrió.

—Mantendremos los ojos abiertos, por supuesto, pero el hidroala y las dos terminales marítimas están cubiertos, así que empezaremos a limpiarnos cuando pisemos tierra en Macao.

—¿Y luego qué?

—Nuestro hombre llevará al general a la playa de Hac Sa, en el extremo sur de la isla,— dijo Bunty. —Hay un pequeño y apartado restaurante portugués justo en el agua, Fernando's, donde puedes tener una tranquila cena de reunión —prueba el pollo rojo con miel, por cierto—. Estaré en otra mesa al otro lado del espacio, por si acaso. Es sólo nosotros dos, y estamos por nuestra cuenta.

—¿Cómo crees que reaccionará el general?— dijo Nate.

—Tendrá razón,— dijo Bunty. —Es decir, todo irá Ok. Mi canario lleva meses hablando con el general, ablandándolo. Está asustado y desesperado, y suplicó ayuda para reponer los fondos oficiales que perdió. Mi chico le dijo que conocía a un oficial ruso que podía sacarle del apuro, y el general cree que los rusos lo mantendrán en secreto. Nuestro general es todo un drongo — "idiota" en australiano—; está esperando una oferta. Bunty dejó de hablar de repente y se levantó del sillón.

Una mujer entró en el bar y saludó con la cabeza al camarero, que

se puso en guardia. Se detuvo brevemente ante una mesa para saludar a una pareja occidental, obviamente turistas. Luego se acercó a su mesa y estrechó la mano de Bunty, sonriendo débilmente. Se volvió hacia Nate y asintió mientras Bunty la presentaba como Grace Gao, subdirectora general del Hotel Península. Con estudiada indiferencia, clasificó a Nate a la manera de todos los hoteleros, evaluando en tres segundos su situación económica, social y profesional. Ni pestañeó.

Los instintos de agente de casos de Nate temblaron como una araña sobre una roca caliente. Grace Gao era una de las mujeres más hermosas que había visto en su vida. Tenía la frente alta y las cejas rectas sobre unos ojos marrones almendrados. Llevaba el pelo negro recogido en un moño trenzado en la nuca, con mechones sueltos a ambos lados. Unos pómulos mañaneros enmarcaban su rostro ovalado y un cincelado mentón varonil. Una incongruente nariz recta, una nariz romana con un ligero tropezar, acentuaba su rasgo facial más notable: una boca en forma de taza de porcelana con labios rosados. Era china, sin duda, pero con la sangre de un marinero portugués o un comerciante holandés en sus venas, ese toque euroasiático de cardamomo y clavo.

Detrás de su belleza, pero no por ello, su rostro irradiaba desconfianza, impaciencia, desdén. Charlaba fácilmente con Bunty, ignorando a Nate. Era bajita y delgada, vestida con una falda negra y una suave chaqueta negra de anchas solapas, sobre una camisola negra elástica que no hacía más que insinuar una figura prodigiosa más propia de Manhattan o Malibú. Llevaba unos caros zapatos negros de punta. Nate se fijó en las venas azules que asomaban por la piel de sus manos y sus delgados pies, lo que indicaba que practicaba ejercicio físico con frecuencia y que gozaba de buena salud. Estrechó la mano de Bunty, volvió a ignorar a Nate, se dio la vuelta y salió del bar exhibiendo unas pantorrillas como pelotas de tenis que palpitaban al caminar. Otra mujer tiene piernas así, pantorrillas de bailarina, pensó Nate, sintiendo una punzada de anhelo culpable. Bunty se sentó, echó la cabeza hacia atrás para terminar su bebida y miró a Nate.

—Bienvenido al club, amigo —dijo Bunty.

—¿Qué club?—dijo Nate.

—El club de fans de Grace Gao —dijo Bunty. —La mitad de los expatriados de Honkers quieren bucear en el lago Gao, y varios multimillonarios de Singapur y Shanghái le han ofrecido la luna. Que yo sepa, nadie ha entrado en el jardín, y mucho menos por la puerta principal. Trabaja dieciséis horas al día en el hotel y luego va a casa, a una pequeña unidad en Grenville House, en Magazine Gap Road, casualmente no muy lejos de donde estás tú.

—¿Cómo sabes dónde vive? —dijo Nate. La cara de Bunty estaba

inexpresiva.

—Por curiosidad la investigué un poco.

—¿Curiosidad?

—Su única afición es el yoga; ya ves lo en forma que está. Estudia con alguna antigua corteza de pan en Kowloon, y de vez en cuando da clases particulares para los huéspedes del hotel. Aparentemente es bastante buena; una yogini de nivel tres, lo que sea que eso signifique. —

—¿Y no hay hombres en su vida—preguntó Nate.

—Amigo, todos los hombres del espacio se ríen a carcajadas cuando ella entra por la puerta, pero es inaccesible —dijo Bunty.

—Si adivinara que 'rajar una gorda' significa 'tener una erección', ¿estaría muy equivocado?—Bunty consultó su reloj.

—Para un yanqui, aprendes rápido. Pero no se lo digas a Marigold.

Atravesaron la galería comercial Península, pasando por delante de escaparates llenos de cachemira, cuero y oro, hasta llegar al ascensor privado que conducía al restaurante Félix. Las paredes interiores del ascensor estaban cubiertas de paneles de madera oscura tallados en fantásticas crestas onduladas. Cuando el ascensor subió a la planta 28, las luces normales se atenuaron y se encendieron lentamente manchas azules, moradas y rojas, como si hubieran ascendido a una mesosfera de tinta. Las puertas se abrieron a un estrecho pasillo también tenuemente iluminado con luces de colores y entraron en el restaurante, un espacio altísimo con enormes columnas de antracita, luminosas escaleras de Lucite que conducían a los niveles superiores del bar y ventanales del suelo al techo con una magnífica vista del puerto Victoria, los zigurats y obeliscos de la isla de Hong Kong en llamas, el reflejo de un millón de luces brillando en las oscuras aguas del puerto.

Marigold Dougherty estaba sentada en una mesa cercana a la ventana y saludó con la mano para atraer su atención. Tenía unos treinta años, era bajita y delgada, con una mata de pelo rubio hasta los hombros en tirabuzones, pobladas cejas rubias y gafas hipster de montura cuadrada. También había sido surfista y era irreverente y descarada, con una risa contagiosa que dejaba ver unos dientes blancos y rectos. Estrechó la mano de Nate con firmeza y señaló las sillas de su mesa.

—¿En qué cara quieres apoyarte?— dijo Marigold. Todas las sillas de acero tubular del restaurante estaban forradas de tela blanca, y en cada respaldo aparecía serigrafiada la imagen de un sonriente empleado de Península, incluida la cara del aclamado chef de Félix. Nate se rió.

—¿Hay una silla con la cara de Grace Gao? Ese es el que quiere Nate.

Marigold se volvió hacia él.

—Oh, no, Nate —le dijo—No me digas que tú también.

Nate se encogió de hombros.

—Acabamos de conocerla en el bar, pero Bunty confunde la lujuria con el interés operativo —dijo Nate—. Una subdirectora general en este hotel podría ser un activo útil. ¿Nadie ha intentado ficharla?— Los australianos se miraron mientras se sentaban. Un camarero abrió una botella de vino.

—Hace tres o cuatro años, un Pommy de la estación del MI6 tuvo un vamos,— dijo Bunty. —¿Cómo se llamaba?

—Nigel. Nigel algo,— dijo Marigold.

—Pero no se hizo ningún progreso—dijo Bunty. —Nuestra chica Grace al parecer fue a la universidad en el País de la Toalla Seca. Detesta Inglaterra,— dijo Bunty. Nate miró a Marigold en busca de una explicación.

—Toalla seca porque los Pommies se bañan una vez a la semana —se rió ella.

—Bueno, debe de tener dinero para haber ido a la escuela en el Reino Unido —dijo Nate.

—Nadie lo sabe. Los británicos la examinaron a fondo, y nosotros también, pero no encontramos gran cosa —dijo Marigold, la analista— Podría ser de Foshan, cerca de Macao, lo que podría explicar su aspecto euroasiático.

—Lo que a su vez puede explicar que sea tan huraña —dijo Bunty, la encargada del caso—Los chinos son raros con las mujeres mestizas, las llaman ham shui mui, 'chicas de agua salada', porque supuestamente fueron concebidas en barcos en el puerto.

—¿Cuál es su nombre chino? Es costumbre que los chinos que tratan con occidentales elijan un nombre occidental más fácil de pronunciar.

Marigold negó con la cabeza.

—Es algo extraño, pero no lo recuerdo. Es algo extraño, pero no lo recuerdo. Lo buscaré mañana —dijo.

—Basta ya de hablar del delta del río Perla —dijo Bunty— Estaríais perdiendo el tiempo con ella. Tenemos que darte un poco de caña con esto de Macao. Todo extraoficial, amigo, por favor.

Nate asintió.

—Somos socios en esta operación—dijo. —Dispara.

—El Blunt End acaba de tener la Winter Web,— dijo Bunty. —Y nuestro codicioso general de la APA encabeza el orden del día.— Marigold se anticipó a la pregunta.

—La Telaraña es una sesión trimestral de presupuesto y

planificación en el cuartel general de ASIS. Como en "las enmarañadas redes que tejemos", — dijo. —Y nos referimos cariñosamente a nuestro cuartel general en Canberra como 'el extremo romo'. -

—Nosotros llamamos a Langley el Palacio del Rompecabezas— dijo Nate.

—Los presupuestos anuales del servicio suben y bajan en función de los éxitos operativos,— dijo Bunty.

—Por no hablar de las carreras de las altas amapolas que se atribuyen el mérito de lo que ocurre sobre el terreno,— dijo Marigold. —Hemos tenido una larga línea de lanzadores a lo largo de los años — El Cumquat, Spud Ben Gurion, el Capitán Dirty.

—Nosotros también tenemos esa especie en particular en nuestro Cuartel General,— dijo Nate.

—Para que lo sepas, hay una presión considerable para que nuestra salida a Macao sea un éxito,— dijo Bunty. —Uno de los jefes de la sección que gestiona Hong Kong y Macao, al que llamamos FIGJAM, aspira a convertirse algún día en Director General. Es un desastre, tirando ladrillos, enviando diez telegramas al día, adivinando nuestros planes y, desde que has llegado, cuestionando tu experiencia, habilidad y competencia.

—Y tú linaje —dijo Marigold, pestañeando a Nate, con la barbilla en la mano. —Pero le dijimos que aún no conocemos lo bastante bien a ese cabrón.

—Parece el principio de una bonita amistad —dijo Nate—. ¿Me llevarán sus servicios a Canberra para la ceremonia de entrega de medallas después de que nos carguemos al general?

—No cuentes con ello, amigo—dijo Bunty. —JSGP estará bloqueando la puerta, reclamando el crédito.

—No puedo esperar a conocerlo—dijo Nate. ¿Qué significa JSGP?

—Significa 'joder, soy genial, pregúntame' —dijo Marigold.

—¿Estáis completamente seguros de que no es del cuartel general de la CIA?— dijo Nate.

—Solo queríamos que supieras lo chillona que es esta operación para nosotros,— dijo Bunty.

—Sólo hay una cosa que hacer: traeremos la cabeza del general en una cesta de mimbre.

—Apenas te entiendo con toda la jerga americana que utilizas — dijo.

Graciosa, intuitiva, inteligente y hábil, pensó Nate. Se alegraba de tener a esos dos de su lado, y sabía que podía confiar en que el COS Burns le apoyaría en Langley, pasara lo que pasara en la operación. No sabía qué esperar del aterrorizado general del EPL; ni si su propio ruso sería suficiente; ni si podría vender el enfoque de falsa bandera; ni cómo enfrentarse al desafío del nudo gordiano de la vigilancia hostil

del SMS. Los rigores de sus anteriores operaciones internas en las calles de Moscú parecían relativamente sencillos en comparación.

En ese momento, Grace Gao cruzó el comedor, saludando con la cabeza a los comensales, hablando con el maître e inspeccionando los ya inmaculados servicios de mesa. Si vio a los australianos y a Nate, no los saludó. Desde el otro lado del espacio, Nate observó sus movimientos —ligeros y equilibrados— y cómo sostenía las cosas en las manos: un menú, una copa de vino, una servilleta de lino. Cuando se ponía de perfil, Nate notaba la ligera hinchazón de su vientre y sus nalgas, la fina línea de su barbilla y su mandíbula, la nariz prominente y recta, y la subida y bajada de su camisola, estirada y plana como un parche de tambor. No tenía ni idea de que la observaban y probablemente no le habría importado. Marigold se inclinó sobre la mesa y le entregó a Nate un menú.

—No está de humor —dijo en voz baja—No es reclutable. Totalmente encerrada en sí misma.

—Quizá tengas razón —dijo Nate, levantando su copa de vino—Por el general.

EL CÓCTEL PENINSULA ROLLS-ROYCE

Llene un vaso mezclador con hielo. Mida en el vaso una cuchara de bar de Benedictine, 15 ml de Vermut Mancino Secco, 15 ml de Vermut Mancino Rosso y 60 ml de Ginebra Tanqueray Nº Ten. Remover durante diez segundos. Saque un vaso frío del congelador y cuele la mezcla en él. Servir con un twist de naranja para decorar.

La puerta de un retrete en un huracán

LA SEÑAL del agente de Boothby llegó dos días después, antes de lo que nadie esperaba. Zhong Jian Fang, el teniente general Tan Furen, del PLARF, había aterrizado pasada la medianoche en el aeropuerto internacional de Macao en un turbohélice de corto alcance Xian de la Fuerza Aérea del PLA, y había sido conducido a su hotel habitual, el Conrad Macao, en el Cotai Strip, uno de los tres hoteles-casino de lujo apilados uno al lado del otro como brillantes sujetalibros de neón a lo largo de la Estrada do Istmo, atascada por el tráfico.

El general Tan fue conducido a una suite VIP —su condición de general del Ejército de Liberación del Pueblo Palestino estaba subordinada a su designación en el casino como ballena de apuestas altas— y, tras una hora en su espacio con un acompañante favorito de Sudáfrica conocido como "Tiburón del Aire", bajó a la sala de juego donde, a altas horas de la madrugada, perdió otros 50.000 dólares en el blackjack y el fāntān, una oscura variante china de la ruleta. Como de costumbre, su ardor por el juego se vio eclipsado de repente por visiones del paredón de fusilamiento, y citó al agente de Boothby en su suite a las 05.00 horas para rogarle urgentemente que concertara una reunión con su —amigo— ruso, quien, esperaba el general, aceptaría convertirse en su benefactor. Había que darse prisa, balbuceó el general, porque esa noche los funcionarios del casino habían mostrado una marcada reticencia a respetar sus marcadores de juego, un ominoso indicador de que el escándalo estaba a la vuelta de la esquina.

Es la señal de que la reunión con el general en el restaurante Fernando's de la playa de Hac Sa se iba a celebrar esta noche a las 19.00 horas. Es la señal de que la reunión con el general en el restaurante Fernando de la playa de Hac Sa estaba prevista para esta noche a las 19.00. Una ráfaga de cables de operaciones a las 06.00 locales en Canberra (donde eran las 08.00) y Langley (a las 18.00 del día anterior) mantuvo encriptados los canales de color rojo cereza durante toda la mañana. El jefe de ASIS en el sur de China, FIGJAM, envió un par de cables de advertencia sobre "emboscadas y provocaciones", mientras que el jefe de operaciones en China de la CIA, Elwood Holder, envió un mensaje de una sola línea: "Buena suerte, buena caza". Para no ser menos, el jefe de contrainteligencia de la CIA, Simon Benford, envió un cable de dos palabras que decía simplemente: "Asústame".

Bunty y Nate se reunieron en la terminal de transbordadores de

Macao, en Kowloon, a las 10.00 horas, y embarcaron en el rechoncho hidrodeslizador de color burdeos para emprender el viaje de una hora por las islas del Mar de China Meridional, cuyos picos estaban envueltos en una bruma húmeda. Los dos oficiales se deslizaron a bordo en medio de una multitud de parlanchines chinos y se sentaron separados en asientos de avión con fundas de tela en los reposacabezas, escuchando el chirrido de los ojales de los paneles superiores con la vibración, mientras el hidrodeslizador se deslizaba sobre un mar totalmente plano, lanzando una cola de gallo de rocío blanco tras de sí. Nate vestía un ligero traje de verano y una camisa de cuello largo y puntiagudo; en el bolsillo llevaba una corbata floreada con un estampado de vértigo muy apreciado por los funcionarios rusos de todo el mundo. Se había peinado el pelo oscuro con una pomada perfumada suministrada por Marigold y llevaba gafas de montura de alambre con cristales ligeramente ahumados. El ligero disfraz rompería su perfil.

Tuvieron cuidado de salir de la terminal de Macao en medio del mismo grupo de turistas, y caminaron varias manzanas antes de parar un taxi al azar en la calle. Como Bunty hablaba un chino pasable, contrataron al conductor para todo el día y emprendieron una visita turística serpenteante, recorriendo los treinta kilómetros cuadrados de la isla de Taipa en busca de indicadores de vigilancia. Hicieron una parada en el Pabellón del Panda Gigante de Macao, tomaron una serpenteante carretera de montaña a través de la selva tropical hasta la Aldea Cultural A-Ma, luego giraron hacia el suroeste hasta la aldea colonial portuguesa de Coloane, y caminaron entre las villas de colores pastel y los escaparates, terminando en la pintoresca Plaza del Marqués, pavimentada con adoquines blancos y negros en un patrón ondulado, vestigio del pasado marítimo de la colonia. Entraron en el fresco interior de la capilla amarillo canario de San Francisco Javier, con el ábside frontal azul real pintado de nubes y gaviotas. Nate se asomó por una ventana y chasqueó suavemente los dedos para atraer la atención de Bunty.

Un chino bajito vestido con pantalones negros y camisa blanca merodeaba bajo un arco de la columnata que flanqueaba la plaza, el primero —posible— que habían visto en todo el día. De momento, nada concluyente, pero era hora de estirarlo un poco para ver qué hacía. Serpentearon por las estrechas calles del pueblo, ejecutaron dos reveses naturales y entraron en tres tiendas distintas, pero el hombre no reapareció. ¿Era un observador? ¿Había un equipo más grande vigilando desde las alas? ¿Estaban encerrados en una botella y no lo sabían? ¿Cómo podía ser tan buena la cobertura? Este era el infierno familiar de la detección de vigilancia: no ver nada, no saber. Vamos.

De vuelta en el taxi, condujeron por el extremo sur de la isla,

pasando por las playas volcánicas negras en amplias bahías en forma de herradura, y luego salieron de nuevo de la carretera principal por un camino sinuoso y lleno de baches hasta la Capilla de Nuestra Señora del Dolor. —Jodidamente apropiado,— murmuró Bunty, con la camisa pegada a la espalda. A diferencia del Pabellón Panda, este claro en la cima de la montaña estaba desierto. No aparecía ningún vehículo, ningún peatón salía de entre los árboles. Dejando al taxista en el aparcamiento, Bunty y Nate siguieron una pasarela de cemento llena de maleza y curvas que se adentraba en la apestosa jungla, y en tres minutos llegaron a un claro y a un grupo de cinco casitas abandonadas de estilo colonial portugués con columnas y pórticos, y una magnífica vista del mar abajo. Escaleras de piedra rotas conducían a porches derruidos y dinteles caídos. Los marcos de las ventanas estaban llenos de enredaderas. Los interiores en ruinas estaban verdes de musgo y goteaban en el aire agrio. La casa del medio, en el semicírculo de las cinco villas, tenía una balaustrada astillada a lo largo del porche, antaño elegante, con hierros oxidados que sobresalían del cemento desconchado. Una gran urna de piedra ornamental se alzaba a un lado de la astillada puerta principal, su gemela a juego hacía tiempo que se había caído y hecho añicos. Bunty y Nate miraron detenidamente la profunda urna y luego se miraron el uno al otro. —Gota muerta —susurró Nate, y Bunty asintió. Ahora tenían al menos un punto de entrega en Macao para usar con el general.

De vuelta en el taxi, Bunty preguntó por las cinco villas abandonadas en la selva. Esto provocó una larga explicación en un agitado chino por parte del conductor, que se giró varias veces para mirar a sus pasajeros, normalmente cuando el taxi entraba en una curva cerrada, acompañada de un violento roce de manos y una pantomima muy ruidosa de estornudos violentos. Bunty se recostó en el asiento y se echó a reír.

—¿Qué tiene tanta gracia?—dijo Nate. —¿Qué ha dicho?

—Jesucristo, el maldito lugar era una colonia de leprosos en los años veinte —dijo Bunty. —El conductor sugirió que nos laváramos las manos antes de cenar.

—Dobry vecher, buenas noches,— dijo Nate, tras sus lentes ahumados. —Me llamo Dolgorukov.— Se sentía como Peter Lorre en una película de cine negro, sosteniendo un cigarrillo entre el pulgar y el índice.

El general Tan se sentó en el comedor casi vacío del restaurante Fernando. Las doce mesas del espacio estaban cubiertas de paños rojos y provistas de platos de terracota y jarras de agua de grandes asas. Las sillas de respaldo alto eran de ratán tejido y crujían sobre el suelo de

baldosas rojas. Bunty se sentó en una mesa al otro extremo del espacio, detrás del general y a la vista de Nate. Habían acordado dos señales sencillas: Es decir, que si Bunty daba golpecitos en la esfera de su reloj de pulsera, Nate debía dar por terminada la cena en los próximos quince o veinte minutos; si, por el contrario, hacía la mímica de chasquear un palillo entre las manos, significaba que había algún tipo de emergencia y que Nate debía interrumpir inmediatamente el contacto y sacar físicamente al general por las puertas francesas, atravesar el patio de losas cubierto de pérgola y llegar a la playa de Hac Sa, donde el agente de Bunty, CAESAR, con un poco de suerte, lo metería en su coche y despejaría la zona.

Tras un interminable día de gira bajo un calor de 85 grados y una humedad del 90 por ciento, los agentes estaban cansados y pegajosos, pero provisionalmente satisfechos de ser negros. Habían pagado al chófer y se sentaron fuera de la vista en un banco junto a la playa, esperando la hora de cenar. Repasaron lo que habían discutido minuciosamente varios días antes en el consulado australiano. En su papel de agente explotador de la SVR, Nate tenía que lograr un delicado equilibrio: debía mostrarse comprensivo y consciente de la importancia de que el general salvara las apariencias y, al mismo tiempo, informarle con toda la crudeza rusa de que la liberación financiera tenía un coste. Los —superiores— de Nate sólo entregarían el dinero cuando recibieran información clasificada sobre las Fuerzas de Cohetes del EPL, y sólo después de que esa información hubiera sido validada por expertos en Moscú.

El agente de Bunty, CAESAR, había sido entrenado para sugerir al general que una oferta preliminar de secretos de las PLARF no sólo demostraría buena fe y allanaría el camino hacia un acuerdo, sino que también eliminaría peligrosos retrasos. —Qiān lǐ sòng e máo,— le había dicho CAESAR al general, —trae una pluma de cisne desde mil millas de distancia,— un regalo insignificante que sin embargo declara la sinceridad del remitente. El general, que ahora tenía un agujero de aproximadamente 1,1 millones de dólares, captó el mensaje.

Nate también había memorizado una breve lista de requisitos prioritarios elaborada por los analistas del Departamento de Defensa sobre las Fuerzas de Cohetes del PLA, una sopa de letras de las armas chinas que más preocupaban al Pentágono: El misil de crucero de largo alcance CJ-10 con sus aletas pectorales en forma de tiburón; el vehículo de planeo hipersónico en desarrollo WU-14; el rechoncho misil balístico lanzado desde submarinos JL-2; y el misil balístico intercontinental DF-41 de veinte metros de largo, tan grande como una chimenea de fábrica cuando está en posición vertical sobre su lanzador móvil.

Se había producido un intenso debate entre los dirigentes de la

CIA y de ASIS sobre la mejor manera de —colocar el anzuelo— para garantizar que el general se convirtiera en una fuente regular de información. FIGJAM insistió en que sólo se entregaran 500.000 dólares al general inicialmente, para mantener un control positivo. El Jefe de Operaciones en China, Holder, argumentó que era fundamental que la malversación de fondos por parte del general se cubriera lo antes posible: "Si se descubre que ha hecho un uso indebido de los fondos oficiales, su carrera como fuente de información llegará a un final inmediato y cinético". En cuanto al control positivo —dijo Holder—, ha robado dinero de la APA; ha mantenido contactos no declarados con lo que él cree que es la inteligencia rusa; ha aceptado nuestro dinero; y ha proporcionado información clasificada a cambio. El anzuelo está bien puesto. No está en posición de incumplir el acuerdo. Y Nash no le recordará tan amablemente ese hecho. Es posible que le demos toda la Maleta de dinero.— Con el tiempo corriendo, FIGJAM al final había accedido a regañadientes, no sin antes decir que no sería culpa suya si se producía un flap.

El general Tan Furen era bajo y corpulento, con la tez rubicunda de un sureño de Guangzhou. Su rostro era plano y rugoso, con una nariz ancha y una boca de labios finos. Llevaba el pelo negro azabache corto por los lados y recogido en una espesa coleta que acentuaba su cabeza cuadrada. Vestía un traje mal ajustado, camisa blanca almidonada y corbata roja lisa. Sujetaba el borde de la mesa con ambas manos y miraba a Nate, claramente luchando con una situación en la que estaba subordinado a un hombre mucho más joven.

—Nuestro amigo común me ha dicho que ha tenido usted una desgracia que no es enteramente culpa suya —dijo Nate en un ruso florido, manteniendo la voz baja para que el general tuviera que escuchar con atención—Es una lástima que un líder de su rango y prestigio se haya visto en esta situación por culpa de usureros sin escrúpulos. Acepté reunirme con usted para ofrecerle cualquier tipo de ayuda y manifestarle mi gran admiración por su país.— El general Tan asintió una vez, sus ojos escudriñando el rostro de Nate. Salvando las apariencias. Es que no es culpa tuya, viejo gilipollas.

—¿Eres capaz de ayudarme? —dijo el general.

Nate sirvió un vaso de agua de la jarra para el general, un acto de respeto.

—Mis superiores en Moscú me encargaron que encontrara una solución a sus problemas —dijo Nate—.

—¿Es usted consciente de la cantidad?

Nate asintió, chupándose los dientes como si se aburriera.

—¿Qué moneda prefiere? —dijo Nate— ¿Renminbi, euros, dólares? —El general Tan parpadeó. Era demasiado fácil. Había

esperado que el ruso intentara li yong ruo dian, explotar sus vulnerabilidades.

—Los dólares servirían,— dijo el general, en voz baja. El tipo de cambio con el yuan chino le reportaría un pequeño excedente para su bolsillo.

—Comunicaré su petición al Centro —dijo Nate, grandilocuente— Podríamos volver a vernos dentro de, digamos, treinta días. Ahora vienen los negocios, ahora viene el bocado en la boca.

—¡Treinta días! —dijo el general Tan. —Eso es inaceptable. Es decir, es problemático. El tiempo es esencial en esta situación.

Un camarero trajo dos platos colmados de ayam masak madu, pollo indonesio a la miel roja, perfumado con curry, jengibre y canela, y dos botellas de cerveza Zhujiang helada. Ignorando al general, Nate/ Dolgorukov empezó a comer, absorbiendo la salsa picante con un trozo de pan de campo. Sin tocar su plato, el general Tan miraba a Nate con una línea de sudor en el labio superior. El camarero se acercó y preguntó si le pasaba algo a la comida del general. El general le gritó en chino que se alejara de la mesa. Respiró hondo y luchó contra la tentación de gritarle a Nate.

—Verá, camarada, me preocupa que con el paso del tiempo puedan descubrirse ciertas irregularidades. El general Tan se secó el sudor del labio. Nate dejó el tenedor.

—¿Una resolución rápida?

—Sí—dijo el general. —Mi posición es algo precaria.

—Lo comprendo —dijo Nate—. Y confío en que es posible actuar con rapidez si puedo asegurar con seguridad al Centro que es posible acordar un protocolo beneficioso para ambas partes. El ruso de Tan era básico, en el mejor de los casos.

—Es posible, es posible —dijo el general. El momento de la verdad.

—¿Está usted destinado en las Fuerzas de Cohetes del Ejército Popular de Liberación?

—Sí—dijo el general Tan, en voz baja. Sabía lo que se avecinaba.

—En Moscú hay un gran interés por las PLARF —dijo Nate—. La disposición de los activos, la investigación y el desarrollo, la doctrina estratégica. Podría pasar, pero espero que usted pueda proporcionar discretamente información autorizada, información titulada, sobre temas de interés para Moscú.

—Eso es fácil de hacer,— dijo el general, claramente incómodo. —Es una cinta de almacenamiento magnético de los archivos, un amplio resumen de las operaciones, el liderazgo y los programas de desarrollo armamentístico de la unidad. Nate ya había visto antes este tipo de cartucho de almacenamiento de datos: en el borde había una pegatina en la que se leía IBM 3590.

—Este es un ofrecimiento bienvenido y previsor —dijo Nate, guardándose el cartucho en el bolsillo—El general negó con la cabeza. —Por supuesto, nuestros expertos de Moscú querrán evaluar la información.

—Creo que su gente en Moscú estará satisfecha con el contenido —dijo el general—Hay datos sobre el almacenamiento y la gestión de armas en la base 22 de la cordillera de Qinling, en la provincia de Qinghai, cerca de la ciudad de Xian.—Jesucristo, pensó Nate, almacenamiento nuclear chino. —Pero perdona que te repita que el tiempo es crítico.— Como si lo hubiera oído, Bunty, al otro extremo del espacio, dio unos golpecitos en la esfera de su reloj de pulsera. Llevaban noventa minutos en el restaurante; hora de separarse.

—Los expertos de Moscú revisarán inmediatamente el contenido de la cinta —dijo Nate terminando el último trago de su cerveza—Si es satisfactorio, se lo indicaré así a nuestro amigo común y me reuniré con usted en el pabellón del extremo norte de esta playa mañana por la tarde con una Maleta de ruedas que le parecerá que pesa mucho. En ese momento discutiremos la forma en que continuaremos reuniéndonos, la información perecedera —no de archivo— que requiero, y el sustancioso salario que propondré al Centro, además de esta —bonificación introductoria,— por su amistad continuada. ¿Le parece bien? — El general asintió, por un lado aliviado de que probablemente ahora evitaría las acusaciones de corrupción y prevaricación, pero por otro tragando saliva al darse cuenta de que, en el transcurso de una cena de pollo picante, se había convertido en un traidor al Estado.

Así fue como el teniente general Tan Furen, del PLARF —denominado conjuntamente SONGBIRD por los exultantes responsables del Cuartel General en Canberra y Langley— se convirtió en la fuente de información más prolífica sobre el ejército chino en la historia de las Operaciones en China. FIGJAM fue incluido en la lista de preseleccionados para el puesto de subdirector general de ASIS; el oficial de casos de ASIS George —Bunty— Boothby fue ascendido dos grados y se comprometió con Marigold Dougherty; la estación de Hong Kong de la CIA recibió una mención de unidad; y Nathaniel Nash fue condenado a muerte por el politburó del Partido Comunista de China.

Es problema era que Nash aún no lo sabía.

—¿Es un diamante de verdad? —preguntó Nate, llevándose la mano de Marigold a la cara para admirar su anillo. —¿Qué es esa decoloración dentro de la piedra? Marigold se echó a reír y Bunty le hizo una seña.

Es habían pasado diez días desde Macao. Estaban tomando unas

copas en el bar de la azotea del restaurante Felix, un bar circular elevado con asientos de banco acolchados de color beige y ventanas curvas que daban al puerto de Hong Kong, para celebrar el exitoso traspaso de SONGBIRD a un equipo conjunto ASIS/CIA de manipulación interna que había desplegado con éxito el nuevo sistema de comunicaciones por satélite BRAINBAG para permitir a SONGBIRD transmitir gigabytes de información desde la comodidad de su nueva oficina de Pekín en Zhōnghuá Rénmín Gònghéguó Guófángbù, el Ministerio de Defensa Nacional de la República Popular China, donde acababa de ser nombrado inspector general, un cargo que le daba acceso ilimitado a todas las facetas del ejército chino. No es que importara, pero el general Tan seguía creyendo que estaba informando a los fraternales aliados comunistas de Moscú: incluso el transmisor de ráfagas BRAINBAG tenía interruptores y botones rotulados en cirílico.

Afortunadamente, la oportuna introducción de un sistema de comunicación por satélite había liberado a Nate de la responsabilidad de reunirse personalmente con SONGBIRD en Macao. Nate planeaba terminar su papeleo y concluir su asignación de TDY a Hong Kong en una semana. El futuro no estaba claro: podía volver a Londres para terminar su gira, o esperar a que le asignaran otro destino, o quedarse atrapado en el Puzzle Palace. Es decisión de Simon Benford. Con el reclutamiento de SONGBIRD, la situación de Nate con Benford probablemente mejoraría. ¿Podría eso significar que sería reasignado al caso DIVA? ¿Benford le permitiría ver a Dominika? ¿O continuaría la cuarentena y le asignarían a un lugar alejado de las operaciones rusas para evitar incluso la remota posibilidad de reunirse con ella? Pensó ociosamente en solicitar un destino en una estación nacional — se le vino a la mente el destello de Agnes en una hamaca en Palos Verdes— o tal vez perderse en la División Sudamericana.

Vio que la cara de Marigold cambiaba y se giró para ver a la subdirectora general, Grace Gao, de pie junto a su mesa. Llevaba un ceñido vestido negro de punto acanalado con cuello alto y mangas largas ajustadas, que dejaba ver sólo un poco menos de sus curvas de arco largo que si se hubiera bañado desnuda en salsa de chocolate. Llevaba el pelo recogido, dejando ver unos delicados pendientes de aro abrazador plateados, y en la muñeca izquierda lucía un brazalete chino vintage de plata con piedras de coral salmón. Sus labios brillantes eran del color del pomelo rosa.

—¿Veo un anillo? ¿Es una celebración? —dijo Grace. —Permítame que le ofrezca una botella de champán. —Se dirigió con la cabeza al camarero que estaba detrás de la barra con forma de donut y luego miró a Nate—. Me alegro de volver a verle en la Península. Por favor, avíseme si necesita algo, señor. — Nate sonrió.

—Nash, pero por favor, llámeme Nate. El hotel es magnífico,—

dijo. —Haces un gran trabajo dirigiéndolo.

Grace sonrió.

—Estamos muy orgullosos del "Pen",— dijo. —¿Conoce su historia? Tal vez pueda darte un tour algún día.

—Me gustaría—dijo Nate.

—Llame a mi ayudante cuando quiera —dijo Grace. Sonrió a la mesa, se dio la vuelta y salió del bar. Silencio absoluto. Marigold y Bunty miraban fijamente a Nate, intentando no reírse.

—¿Qué?—dijo Nate.

—Qué cambio de comportamiento —dijo Marigold—De repente le gustas.

Nate extendió los brazos.

—No es difícil de creer. Por fin ha entrado en razón, eso es todo.

—Esa sería una raíz descarada, amigo,— dijo Bunty.

—Qué significa ...

—Tener sexo cuando es una muy mala idea,— dijo Marigold.

—Estoy pensando en reclutarla, no en seducirla —dijo Nate, todo altanero y justiciero.

—Es lo mismo,— dijo Marigold.

—Mira, Nate,— dijo Bunty. —Es que no sé qué es, pero la joven Grace tiene algo raro; podría ser una caldera de conejos, como en aquella película de novias locas, ¿cómo era, Atracción por algo? ¿Por qué arriesgarse? Vas a dejar Honkers pronto; déjame presentarte a Rhonda de nuestra oficina. Empleada del registro. Pelirroja. Mucha diversión. Golpea como la puerta de un cobertizo en un vendaval.

Marigold gimió, sacudió la cabeza y extendió la mano, moviendo el dedo anular.

—Los hombres son unos cerdos. Llévate el anillo.

Bunty la ignoró.

—Ten cuidado,— dijo Bunty. —Eso es todo lo que estoy diciendo.

—Estoy pensando en el trabajo—dijo Nate.

—Otra vez con la jerga americana,— dijo Marigold.

AYAM MASAK MADU-POLLO ROJO PICANTE A LA MIEL

Espolvorear los muslos y los muslos de pollo con cúrcuma y sal y pimienta; colocarlos en una bandeja de horno y hornearlos hasta que estén hechos. En un wok, sofría la pasta de chile, la pasta de tomate, el ajo picado, el jengibre picado, el curry en polvo, el anís estrellado, la canela, los clavos, la miel, la sal y el agua hasta que desprendan aroma. Añadir las cebolletas y las cebollas cortadas en aros y remover para cubrir. Añadir el pollo y cocer a fuego lento hasta que la salsa esté espesa y las cebollas blandas. Servir con arroz.

27

Opción del día del juicio final

EL RECLUTAMIENTO de la fuente SONGBIRD del PLARF y el subsiguiente flujo de información secreta sobre las capacidades de combate chinas desencadenó el habitual frenesí alimentario, ya que los arribistas de Washington y los altos funcionarios de Canberra trataron de sacar el máximo provecho político del inesperado reclutamiento. Esto lo hicieron principalmente discutiendo el caso —sobre el que no sabían nada— en la ciudad como si ellos mismos hubieran concebido, planeado y dado luz verde a la operación, y hubieran nadado personalmente hasta la playa de Hac Sa a medianoche con cuchillos de comando entre los dientes.

La División de Operaciones en China de la CIA trató de proteger la identidad de SONGBIRD recopilando una lista BIGOT en la que se documentaba el número limitado de oficiales, analistas y gestores a los que se había leído el archivo operativo con el nombre real. Se creó un compartimento de información separado, cifrado HYACINTH, con información general sobre el ejército chino procedente de diversas fuentes, diseñado para ocultar la posición y el acceso específicos de SONGBIRD.

En Canberra, un subsecretario australiano de Seguridad Interior había oído hablar vagamente de "información excepcional reciente" sobre submarinos chinos, y había repetido el comentario en una recepción del Día Nacional en la Embajada de Indonesia, al alcance del corresponsal de la Agencia de Noticias de la Nueva China, que intentaba abrirse paso entre los diplomáticos que se agolpaban en la mesa del bufé. El representante de la NCNA informó de ello al agregado militar de la embajada china al día siguiente.

En Washington, un moreno y engreído asesor adjunto de seguridad nacional de la Casa Blanca, conocido por su sombra de las cinco de la tarde y su imperiosa confianza en sí mismo, le dijo a su amante taiwanesa —ella era miembro de un grupo de presión del Hyundai Motor Group en el Congreso— que su disfunción eréctil de aquella noche se debía casi con toda seguridad a la preocupación por la expansión militar china en el Mar de China Meridional. —Es una noticia vieja —le dijo mientras se metía al Sr. Softy en la boca, sin más efecto que provocar un petulante —No, es información nueva, y tú también estarías distraído si leyeras lo mismo que yo. — Su amante informó de su comentario a la mañana siguiente a su verdadero empleador, Zhōnghuá Minguó Guójiā Ānquánjú, la Agencia de Seguridad Nacional de la República de China (Taiwán), un servicio de

inteligencia tan completamente penetrado por el SMS que la información estaba en Pekín a la mañana siguiente.

Casi al mismo tiempo, en Macao, la policía detuvo a una banda local de jóvenes que habían sido sorprendidos traficando con MDMA (éxtasis) desde Guangzhou para venderlo a los clientes de los casinos que acudían a las fiestas. Desesperado por congraciarse con los interrogadores, uno de los hombres —un camarero del restaurante Fernando's, en la playa de Hac Sa— dijo que sospechaba que en Macao ya operaban bandas rusas de delincuencia organizada, y describió una cena de negocios que había observado entre un funcionario chino con corte de pelo militar y un joven ruso. Dada la conexión rusa, la policía remitió la transcripción del interrogatorio a la oficina del SMS de Guangzhou, desde donde acabó llegando a la sede central.

En Pekín, Bao mi dan Wei, de la Oficina de Protección de la Seguridad del MSE, reunió los chismes y llegó a la conclusión de que había un topo dentro del Ejército Popular de Liberación, un topo posiblemente recién reclutado, y posiblemente por los estadounidenses o los australianos. Se preguntaron por el único avistamiento de un ruso, lo que llevó a los oficiales más cínicos de la unidad a plantear que el SVR estaba trabajando ahora con la CIA contra China. Esta teoría fue generalmente descartada, pero el jefe del MSE en Moscú, el general Sun Jianguo, recibió instrucciones de acercarse a su contacto en el SVR y determinar directamente si los rusos estaban implicados.

Mientras examinaban las escasas pistas, la Oficina de Seguridad comprobó todos los viajes recientes al extranjero de oficiales generales del Ejército Popular de Liberación. Aunque Macao era técnicamente territorio soberano chino, se encargó a un investigador de la oficina del SMS de Guangzhou que determinara cuántos generales y almirantes habían viajado a Macao en los últimos seis meses. La lista de nombres espeluznantemente destacados de oficiales del EPL era tan larga que la oficina de Guangzhou, de mentalidad independiente, decidió no informar de nada. El nombre de SONGBIRD, en consecuencia, nunca salió a relucir.

Dominika estaba sentada en la sala de reuniones, decorada con buen gusto, del centro de recepción de enlace independiente del cuartel general del SVR en Yasenevo, recordándose a sí misma que no debía hacer botar el pie delante del general Sun. En la mesa, entre los sillones, había una bandeja de salaka, pescado ahumado sobre pan con mantequilla y queso fundido, y una jarra de kompot, una bebida de frutas fría que era habitual en la sala de enlace, mientras que el vodka se reservaba para ocasiones más ceremoniosas.

Tras la orden del presidente de que el coronel Egorova

estableciera una relación con el MSE, había visto al untuoso general tres veces, una de ellas para almorzar, pero la conversación nunca se extendió más allá de las sutilezas de enlace y los temas sin sustancia. Necesitaba combatir más estrechamente a aquel abuelo chino, pero no había hecho ningún progreso. Dominika había evaluado cada vez al general para identificar sus motivaciones, descubrir sus puntos débiles, olfatear sus debilidades —mujeres, whisky, dinero—, pero no había nada. Los intentos de averiguar quiénes eran sus contactos en Moscú y si participaba en operaciones clásicas de reclutamiento tampoco dieron resultado. Su aura amarilla no cambiaba con sus estados de ánimo.

—Buenos días, coronel—dijo el general Sun. —Gracias por reunirse conmigo con tan poca antelación. Llevaba puesto su uniforme verde bosque, con un modesto bloque de cintas en el pecho y tres estrellas amarillo brillante en las charreteras, del mismo tono que el halo imperturbable que tenía detrás de la cabeza. Como de costumbre, sus ojos no se detuvieron en su busto ni en sus piernas —nunca había habido ni el más mínimo atisbo de interés lascivo— y Dominika había aparcado por el momento la idea de maquinar un —tropezar— al general con un Gorrión.

—Es un placer verle, general Sun—dijo Dominika. —¿En qué puedo servirle?

—El asunto es delicado y embarazoso,— dijo Sun. —Nuestras unidades de contraespionaje han descubierto indicios infundados de que un oficial de alto rango del EPL podría haber sido reclutado recientemente por un servicio desconocido.

—Eso siempre es un hecho perturbador,— dijo Dominika. El general juntó y soltó las manos. Dominika obligó a su pie a permanecer quieto.

—Me duele incluso plantearlo, pero hay informes sin fundamento de un posible encuentro entre un oficial chino y un joven ruso en Macao. No hay nada confirmado; todo lo que tenemos es un simple avistamiento.

—¿Cuál es su pregunta, General?— dijo Dominika con calma.

—Disculpe, pero debo preguntarle oficialmente, como Jefe de Contrainteligencia, si hay operaciones de reclutamiento del SVR en China.

Dominika mantuvo la boca cerrada mientras el pensamiento le hervía en el estómago, le subía por la columna vertebral y le daba vueltas en la cabeza. Es Nate, pensó. Es un montaje de falsa bandera, Benford está detrás de todo esto, han vuelto a las andadas y han hecho pasar a un oficial chino por ruso. Muchas gracias, amigos, podrían haberme avisado, pero eso no habría pasado, ni en un millón de años.

—General, puedo responder con total honestidad que no hay

operaciones humanas del SVR, en China, ni contra los intereses chinos en ninguna parte —dijo Dominika. Técnicamente, decía la verdad: no había operaciones de reclutamiento humano en curso, pero eso no incluía los masivos programas rusos de recogida de información SIGINT y ELINT a lo largo de la frontera norte de China y la costa del Pacífico del Lejano Oriente. El general Sun sonrió. Era consciente de la distinción y reconocía la evasiva.

—Nunca lo había pensado —dijo—Pero tenía que preguntar. Por favor, disculpe la presunción. —Su halo amarillo era firme.

—Pero su problema de contrainteligencia sigue ahí —dijo Dominika—¿Cuáles son sus próximos pasos?

—Con la grata confirmación de que su servicio no está implicado, podemos proceder a investigar otras posibilidades —dijo el general—.

—¿Tienen otras pistas que seguir?

El general se inclinó hacia adelante en su silla.

—Sí, una posibilidad en particular con la que creo que usted puede ayudar. Hace varias semanas, los activos en Hong Kong informaron de la llegada de un oficial de la CIA en una misión temporal limitada, algo inusual, coincidiendo con el marco temporal aproximado del turbio contacto entre un funcionario chino desconocido y un ruso no identificado. — Bozhe moy, Dios mío, ya están investigando a Nate, pensó. La contrainteligencia china es insidiosa. Sigue pescando, debes aprender todo lo que puedas.

—No tenemos información sobre este oficial,— dijo Sun. —Al parecer, nunca ha operado contra la República Popular, pero les ruego que sigan el rastro del SVR por si tienen algún expediente suyo. Pekín quisiera revisar su biografía, su historial operativo y, lo más importante, si habla ruso.— El delo formular de Nate, el expediente operativo, tiene cinco tomos, hará desmayarse al SMS. Responda ahora, pensó, tiene que estar de acuerdo, no hay otra respuesta posible.

—Por supuesto, General,— dijo Dominika. —Por favor, envíeme el nombre de este americano y yo personalmente haré un rastreo completo de él para su revisión.

—Gracias, coronel—dijo el general.

—¿Y cuál será su curso de acción?—dijo Dominika.

—Nuestra prioridad, por supuesto, es identificar al traidor. Si el oficial americano de la CIA ha reclutado efectivamente a un agente, conoce su nombre. Pekín ha encargado a un agente que establezca una relación con el americano, para intentar averiguar el nombre del traidor.

—Es no será fácil—dijo Dominika. —Según mi experiencia, los americanos son disciplinados y cautelosos. Hace cien años, me enviaron a sonsacarle el nombre de Korchnoi a Nate. Mira cómo

resultó.

—Nuestros operativos son muy efectivos,— dijo. —He oído hablar de su servicio y de sus métodos, así que sé que lo entenderá. No sois los únicos que empleáis lo que creo que llamáis Gorriones.

—Gorriones —dijo Dominika tragando saliva—, en su día fueron muy eficaces. La atracción sexual puede ser una herramienta poderosa, pero los tiempos han cambiado y los métodos han evolucionado con los años.

—Muy interesante. Pero nuestros Gorriones —los llamamos Zhènniǎo— son llamados de vez en cuando a desempeñar funciones que van más allá de la mera seducción y coerción —dijo el general. Dominika sintió que su pie rebotaba.

—Zhènniǎo se traduce como 'pájaro de plumas envenenadas' —dijo el general. —Parte de una mitología antigua.

—¿Qué estás diciendo? —dijo Dominika.

—Independientemente de que nuestro operativo consiga sonsacar o no el nombre del topo al oficial de la CIA, su complicidad está clara —dijo el general. —Se le ordenará asesinar al americano. Ella está altamente entrenada en las habilidades requeridas.— Maravilloso. Una asesina china suelta, un maldito pájaro de plumas venenosas, sea lo que sea.

—Usted conoce mejor sus procedimientos, General,— dijo Dominika, despreocupadamente, sintiendo los latidos de su corazón detrás de sus ojos. Intentaba suavemente calmarlo, sin ningún efecto. —Podría mencionar que desde hace tiempo observamos una norma tácita de no ofrecer violencia contra los oficiales de la oposición. Es contraproducente y costoso.

—Entiendo. Lamentablemente, el resultado de esta política de contención no evitó, como sabemos, la disolución de la Unión Soviética, una sombría lección histórica de la que tomó nota nuestro propio politburó —dijo el general, haciendo gala de una franqueza poco habitual en él—Es saludable enviar de vez en cuando un mensaje dramático al enemigo para disuadir de futuras acciones ofensivas, especialmente dentro de China.

—No estoy convencida de que sea una medida acertada —dijo Dominika.

El general se encogió de hombros.

—Pekín insiste,— resopló. —Pero me gustaría proponer algo un poco fuera de lo común.

—Tiene toda mi atención,— dijo Dominika.

—¿Consideraría venir a China-Hong Kong-para asesorarnos en la fase de contrainteligencia-la trampa-de la operación contra el americano? Su servicio tiene muchos años de experiencia operando contra América y los americanos, especialmente la CIA. Estaríamos

encantados de recibir su orientación y, por supuesto, de intercambiar métodos y técnicas. Usted sería el invitado estimado del ministro.—

¿Qué es esto? ¿Una intrincada trampa de la CIA? ¿Una forma de vincular a Nate y a ella, un triple movimiento de Gorelikov para incriminarla? No seas paranoico, tu seguridad está intacta. Estos chinos eran taimados e intrincados, pero no son estúpidos. Una rara invitación a China para observar las operaciones de la MSE sería un triunfo. Putin se maravillaría de su perspicacia y habilidad; nunca antes se había invitado a un alto funcionario del SVR a supervisar una actividad compartimentada en curso.

—Se trata de una petición extraordinaria—decía. —Es fascinante compartir observaciones y técnicas, con la salvedad de que no deseo participar en ninguna operación letal.

—Podemos complacerla con mucho gusto —dijo el general, radiante de amarillo. No estaba claro si se refería a que la OSF dejaría de lado sus planes de asesinar a Nate o a que la sacarían del espacio antes de que la Srta. Coño Venenoso se soltara de la correa. ¿Podría convencerlos de renunciar al asesinato?

—Les agradezco su amable invitación—dijo Dominika. —Es una idea inspirada, General Sun. Creo que puedo conseguir la autorización del director [en realidad quiero decir de Putin] para este viaje.—

El general inclinó la cabeza.

—Estoy encantado de que tengamos la oportunidad de acogerle, — dijo. —Sin embargo, hay que darse prisa; nuestro agente ya se ha puesto en contacto con el americano. ¿Es posible que vuele mañana a Pekín? Es un vuelo de ocho horas, con tres horas adicionales a Hong Kong desde Pekín.

No tienes SRAC, pones un freno a los encuentros personales. Es incluso si hubiera tiempo para que usted ponga una nota — no había — sería días antes de que un oficial de Moscú podría conseguir negro y recuperar un mensaje que Nate es un objetivo y debe ser sacado de Hong Kong inmediatamente. Si lo conocía, Nate probablemente está tratando de desarrollar este Zhènniǎo. Idiotka, todo lo que puedes hacer es ir a Hong Kong y de alguna manera tratar de advertir a Nate, o estropear el enfoque sin quemarse. No podía soportar la idea de que le arrebataran tanto a Gable como a Nate.

—Estaré lista mañana,— dijo Dominika.

Dominika llamó al Kremlin. Gorelikov estaba encantado con la perspectiva de su viaje a Hong Kong, y dijo que informaría al presidente, que también estaría muy satisfecho con sus notables progresos. Es inaudito que un alto funcionario del SVR haya sido invitado a China, y mucho menos que se le haya pedido que asesore en una operación de trampa. —Tu especialidad,— cacareó Gorelikov,

a lo que Dominika le dijo en silencio que se fuera al infierno, y pensó tristemente en Ioana y en todas sus hermanas Gorrión.

—El presidente preguntó ayer mismo si te gustaba tu dacha en el cabo —dijo Gorelikov, conversador—Está deseando llevarte por la mansión, explicarte los trabajos de restauración y enseñarte las famosas antigüedades del zar Alejandro —leyó Dominika el mensaje —: Su fin de semana en la dacha (naturalmente) era cosa sabida, pero sus andanzas por el palacio con el joven polaco Andreas habían llamado la atención (¿cámaras, micrófonos o seguridad?), incluidas sus incursiones en la suite principal. Ahora recordaba que Andreas le había dicho que la cama ornamentada había pertenecido al zar Alejandro. El final de la velada con Andreas en su dacha presumiblemente también era conocido, pero a Dominika no le importaba. Hacía tiempo que Gable le había dicho que supusiera siempre que los espacios no controlados tenían micrófonos ocultos, y que la mejor manera de tranquilizar a los vigilantes era fingir ignorancia de la vigilancia, demostrando inocencia inocente. —Déjalos que te vean sola en la cama —había dicho Gable—, con las manos bajo las sábanas gimiendo, estrellando el camión de yogures. Dales un espectáculo.— Dominika había fingido escandalizarse, diciéndole a Gable que las chicas rusas no hacían eso. —Probablemente por eso la mayoría tienen bigote —había dicho él, y ella le había llamado nekulturny, riéndose. Cómo le echaba de menos.

Había otro componente en la invitación del presidente: con la agudeza de un gorrión, sabía que Putin no dudaría en llevarla a su amplio dormitorio, despedir a sus guardaespaldas y determinar si su nuevo director de la SVR seguiría todas y cada una de las instrucciones. ¿Qué haría ella? Benford probablemente le diría que no había límites, que el acceso era el objetivo final. Gable le diría que se trajera unas tijeras de hojalatero y acortara un par de centímetros más al ya diminuto presidente. Nate se pondría rojo, entre el deber y los celos. El sabio y experimentado Forsyth la llevaría aparte, con las manos sobre los hombros, y le aconsejaría que le dijera a Vladimir que si quería un Gorrión, ella se lo conseguiría, pero que si quería un Jefe del Servicio de Inteligencia Exterior, no se podía pensar en nada más; ella mataría por él, pero no compartiría su cama. Dios sabía cuál sería su reacción.

Es seguía sin resolver el problema de cómo avisar a la CIA de que Nate era un objetivo. Gable le había hablado una vez de la "opción del día del juicio final", una situación hipotética en la que Dominika se enteraba de, digamos, un inminente ataque nuclear ruso a Estados Unidos, el comienzo de la Tercera Guerra Mundial, sin forma de pasar la información. En ese caso, debía exhibir sus credenciales de coronel del SVR, abrirse paso a hombros entre la guardia militar del FSB en la

puerta principal de la embajada de Estados Unidos y hacer llegar la información al jefe de estación. Es posible que eso quemara sus relaciones, que fuera el fin de su espionaje y, probablemente, de su vida, pero una crisis así sería el umbral. Pero ni siquiera había tiempo para pensar en ello, no le quedaba tiempo. Había estado cavilando toda la tarde y estaba agotada mientras preparaba una pequeña Maleta en casa.

Sabía muy bien que la vida de un agente en solitario era prescindible, incluida la suya, en el gran esquema. Sabía que la CIA no equipararía el posible asesinato de Nate con el inicio de la Tercera Guerra Mundial. Benford diría que la vida de DIVA era abrumadoramente más valiosa, y que las igualdades no estaban ni siquiera cerca. Él diría que Nash tuvo que tomar sus ocasiones, y ella tuvo que permanecer seguro. Sus piernas temblaron. Iba camino de China para aconsejar a esos fanáticos de la SMS cómo encerrar a Nate en una botella, sin poder salvar al hombre que amaba. No podía ver cómo lo masacraban, no podía ver cómo su sangre se esparcía en un charco bajo su cabeza. Que la atraparan mientras le avisaba en Hong Kong equivaldría a revelárselo todo al MSE, y se correría la voz hasta Moscú. La estarían esperando en Sheremetyevo a su regreso, ya no sería la chica favorita del club, ahora sería una predatel, una Judas traidora. El pánico era como un nudo en la garganta y sentía una opresión en el pecho.

A la mañana siguiente, la limusina negra llegó a la acera frente al apartamento moscovita de Dominika, se abrió la puerta y salió el general Sun, resplandeciente con su uniforme de gala. Por primera vez, su aura amarilla palpitaba, tal vez ante la expectativa de regresar al Reino Medio, su patria. El chófer se apresuró a meter la Maleta de Dominika en el maletero.

—Bueno, coronel —dijo el general—, ¿está preparado para nuestra excelente aventura?

—No puedo decirle lo emocionada que estoy —dijo Dominika.

KOMPOT-BEBIDA DE FRUTAS RUSA

Poner a hervir agua en una olla grande. Deshuesar y cortar los albaricoques, deshuesar las cerezas, lavar los arándanos, añadir la fruta al agua y hervir, sin tapar, hasta que la fruta se haya deshecho. Retirar del fuego, añadir azúcar al gusto y dejar enfriar. Cuele el zumo y refrigérelo. Servir frío.

28

El gong tibetano

—NO ESTÁ mal,— dijo el COS Burns, poniendo los pies sobre su escritorio. —¿Crees que tienes tiempo suficiente para hacer un desarrollo adecuado?

—No lo sé —dijo Nate—. Grace Gao se ha vuelto simpática de repente y me ha invitado a una visita guiada por el hotel. Podría ser que se sienta sola, podría ser que esté cachonda, aunque eso no parece correcto, y podría ser ese algo indefinible: cansancio vital, está cansada de la pesada mano de Pekín y del aliento grasiento de todos los millonarios asiáticos que buscan una concubina guapa. Tal vez ella sólo quiere jugar en el equipo americano, establecer un poco de seguro de vida.

—Tienes que ser discreto,— dijo Burns. —Estamos en su territorio; hay muchos ojos ahí fuera. Tú determinas qué es lo mejor, pero yo diría que saques al contacto del hotel en cuanto sea natural, que vayas a restaurantes, que te vayas de picnic, que cojas el ferry a la isla de Lantau y vayas a besar al gran Buda de la colina. Quizá empiece a hablar de su fe.

—Bunty Boothby dice que es una yogini de nivel tres. Es lo único en su vida aparte del hotel.

Burns se rascó la cabeza.

—¿Qué diablos es una yoguini de nivel tres?

—Es adivinar que es como un cinturón negro en yoga. Es aparentemente muy buena, lleva años estudiándolo y tiene un cuerpo que lo demuestra. Si es importante para ella, puedo hacer que comparta su vida de yoga conmigo; será una buena herramienta de evaluación.

Burns le miró de reojo.

—Sí, pero ten cuidado con esa herramienta de evaluación tuya. Buscamos una contratación sólida que dure. No quiero que te conviertas en un agente enamorado que suspira por el capitán Picard cuando salgas de Hong Kong.—

Nate parpadeó dos veces.

—¿Quién es el capitán Picard?— dijo Nate.

—El calvo de Star Trek, con la cabeza como una polla—dijo Burns.

—¿Ves Star Trek?—dijo Nate.

Burns negó con la cabeza.

—Mis chicos. Veintiuna horas al día. Me vuelve loco, pero la cabeza del tipo parece la punta de un...

—Es lo que Bunty llama "punta de campana".

—Exacto—dijo Burns.

—Ok, Jefe,— dijo Nate. —Iré despacio y con cuidado. Además, los australianos creen que Grace puede estar un poco fuera de sí, emocionalmente. Es estrictamente jugar como un hermano mayor, tratando de identificar lo que necesita de la vida.

—Bueno, juega inteligentemente—dijo Burns. —Mantén los ojos abiertos ante cualquier desvío y vigila tu culo. Si esto encaja, ella podría ser útil. A mi primer jefe le gustaba decir que toda comisaría necesita tres tipos de recursos de apoyo: alguien que trabaje en el mejor hotel de la ciudad y que pueda darte las llaves de los espacios para las reuniones de los agentes y avisarte de cuándo hay peces gordos en la ciudad; un técnico de líneas telefónicas que pueda levantar un poste y pinchar una línea telefónica; y un taxista de confianza que pueda llevarte de un lado a otro, vigilar o entregar un paquete.

—Jefe, ¿todavía hay técnicos telefónicos? Es todo digital, decía Nate, inexpresivo. Vio que Burns reprimía una sonrisa.

—Ya tengo bastante comedia hablando con el cuartel general — dijo. —Tráeme la llave maestra del Hotel Península.

Nate se conformaba con quedarse un tiempo en Hong Kong para trabajar en el desarrollo de Grace Gao, sobre todo si eso significaba evitar el envolvente pozo de alquitrán de Langley. A menudo se preguntaba cómo avanzaba la caza del topo de Benford en Washington, sobre todo porque la vida de DIVA pendía de un hilo, y una parte de él deseaba regresar a Langley para ayudar en ese empeño. Pronto sabría si Grace era reclutable; vería los signos de esa armonía metafísica entre dos personas que piensan igual, tienen las mismas necesidades y confían la una en la otra. El reclutamiento clásico se produce cuando el encargado del caso sabe de antemano que la respuesta del agente será "¿Por qué has tardado tanto? El agente de casos busca el punto óptimo cuando dos personas están en sintonía, cuando una mirada entre ellas es todo lo que se necesita para comunicar volúmenes.

Grace era una mujer impresionante, pero Nate sabía que tenía que centrarse en su mente y sus necesidades, convertirse en su amiga y confidente, y explorar su eventual disposición a hablar con la inteligencia estadounidense en una relación clandestina sobre su hotel y sus huéspedes VIP. Es un desarrollo acelerado en el que tenía que presionar sin presionar —Gable lo explicó en una ocasión como "tomarse su tiempo, con prisas"—. Benford había aceptado esta ampliación de su asignación TDY, pero no duraría para siempre, y la orden de retirada llegaría en el instante en que los avances en el caso

se estancaran.

Grace se reunió con él en la puerta principal del hotel, bajo la bóveda de acero con el lema LA PENÍNSULA en letras doradas. Un nervioso nudo de azafatos con batas blancas y porteros con librea verde se mantenían a una respetuosa distancia, preguntándose qué hacía la jefa fuera de pie junto a uno de los dos leones imperiales guardianes de piedra que gruñían a ambos lados de las puertas principales. La yuxtaposición de la señora Gao y las míticas estatuas molestaba al personal. El taxi de Nate se detuvo en el camino circular bordeado por media docena de limusinas Rolls-Royce Phantom de color verde bosque de la flota de coches de lujo del hotel. Grace se adelantó para estrechar la mano de Nate, que casi tropezó con el bordillo al mirarla, una visión de Shanghái en 1920. Iba vestida con un ajustado qípáo cheongsam negro que le llegaba justo por encima de la rodilla, con cuello mandarín, mangas casquillo y botones de nudo chino escarlata en la parte delantera. Sólo le faltaba la tradicional abertura lateral. Es evidente que Nate había rociado el vestido con spray esa misma mañana, porque era imposible que alguien pudiera meterse en él. Llevaba zapatos de tacón negros sobre medias de nylon negras transparentes.

—Bienvenido de nuevo a la Península, Nathaniel —dijo Grace. ¿Nathaniel? Se le pasó por la cabeza la idea de que, de algún modo, ella había investigado su nombre. Él le había dicho que se llamaba Nate. El subdirector general de un hotel de cinco estrellas tenía que ser ingenioso. Siguió su mirada mientras él observaba la hilera de relucientes automóviles.

—Estamos muy orgullosos de nuestra flota de Rolls —dijo. —Tenemos catorce. Acércate, quiero enseñarte algo. —Se dirigió a la primera limusina de la fila, lo que provocó que no menos de tres porteros se apresuraran a abrirle la puerta trasera. Grace se agachó y pulsó un botón empotrado en el extremo de la puerta, encima del mecanismo de cierre, y salió el mango de un paraguas de seda. Lo sacó del todo y lo mostró. —Lo abriría para enseñarte el nombre de Península, pero eso traería mala suerte.

—No me digas que eres supersticiosa —dijo Nate. Grace se limitó a sonreír, se dio la vuelta y entró en el vestíbulo de entrada dando unas palmaditas en la cabeza a una de las estatuas del león guardián al pasar, mirándolo por encima del hombro. Quizá supersticiosa, pero sin duda juguetona. Nate siguió el vestido y las medias transparentes hasta el vestíbulo del hotel.

Durante la hora siguiente, Grace guió a Nate en un fascinante recorrido por el venerable hotel, desde las relucientes cocinas de acero inoxidable y el helipuerto de la azotea hasta la piscina infinita de la octava planta. En la silenciosa sala VIP con paneles de madera de la

última planta, Grace abrió un libro de fotografías que documentaba la historia del Peninsula. Estaban hombro con hombro mientras Grace pasaba las páginas señalando datos interesantes. Nate la miraba de reojo, observando cómo sus ojos revoloteaban por las fotos, sus pestañas se agitaban y su boca se fruncía en señal de concentración. Llevaba un toque de algo lila o lavanda, y él podía sentir el calor de su brazo a través de la manga de su chaqueta. Llevaba el pelo recogido en un moño con dos palillos lacados en negro atravesados. Dejó de pasar páginas y lo sorprendió mirándole el pelo. Nate le sonrió.

—Tu pelo es muy bonito así —le dijo. —No muchas mujeres americanas lo llevan así. Menciona los Estados Unidos. He aquí un hombre observador. Ella manoseó los palillos cohibida.

—No sé por qué lo llevo así, se me caen continuamente —dijo. Ninguno de los dos dijo nada y Nate guardó silencio. ¿Cómo se maneja el silencio, qué se dice?

—¿Quieres ver el gimnasio y el spa?— dijo Grace. —Está en la séptima planta. No se pone nervioso fácilmente, bajo control.

El gimnasio contaba con el habitual despliegue de costosas máquinas dispuestas a lo largo de ventanales con vistas al puerto. El spa, la sauna y los espacios para masajes estaban magníficamente decorados. Mientras paseaban, Nate se quejó con pesar de que nunca parecía tener tiempo suficiente para hacer ejercicio. Hora de plantear el yoga.

—¿Qué haces para mantenerte en forma?

—Practico yoga —dijo Grace.

—¿Llevas mucho tiempo haciéndolo?—preguntó Guiless, a propósito, hablándome.

—Desde que era pequeña,— dijo, vagamente. ¿Reticencia? No está convencida de que me interese, así que véndelo.

Nate había estado leyendo sobre estilos de yoga la noche anterior. —Tenía una amiga que hacía lo que creo que llamaba Ashtanga yoga, ¿es así? ¿Y cómo se llama ese yoga caliente? Grace lo miró a través de las pestañas, evaluando su sinceridad. Pide información, edúcame.

—Sí, Ashtanga, Vinyasa, Bikram; son estilos modernos, y muy populares —dijo Grace.

—¿Qué estilo practicas tú?

—Un estilo más antiguo, algo basado en un libro antiguo —dijo ella, mirando al suelo. Una pega. Ahora con cuidado.

—¿Cómo se llama?—dijo Nate. Los ojos de Grace buscaron los suyos, su cara de muñeca de China vacilante por un momento, luego despejándose con la decisión de compartir.

—En el año 1500 a.C. se escribió un libro de versos hindúes llamado Rigveda. Mi yoga se basa en ese libro. Es el llamado Kundalini Yoga. Es ahora un estilo popular.

—Nunca he oído hablar de él—dijo Nate. ¿Cómo es, te pones de pie sobre tu cabeza?

—Es un estilo muy fuerte,— dijo ella, sonriendo finamente. —No quiero aburrirte.

Nate negó con la cabeza.

—No me aburro —dijo. —Dime.

—Es el uso de posturas, cánticos y respiraciones especiales, los tres para liberar la energía de nuestro cuerpo —dijo Grace—Cuando nuestra energía está bloqueada, no podemos crecer. Es cuando la liberamos a través de la disciplina del yoga, cuando hay salud, estabilidad y paz. Sé que suena muy místico y tonto, pero a mí me ha ayudado —Nate señaló con la cabeza una zona de ejercicios con suelo de madera rodeada de espejos de cuerpo entero—.

—Muéstrame algo que pueda aprender sin arrancarme el hombro de cuajo —dijo Nate. Grace lo miró con escepticismo. Nate se quitó los zapatos y extendió los brazos, el extranjero serio que quería aprender sobre su mundo.

—Muy bien. Es Adhu Mukha Svanasana, es relativamente fácil. Te lo enseñaré y luego lo intentas tú. —Se quitó los tacones, caminó sobre la madera, plantó los pies, luego se inclinó hacia delante y apoyó las manos en el suelo, adelantándolas hasta quedar en posición de pica, con las caderas al aire y la cabeza baja entre los hombros. Nate vio cómo se le flexionaban los tríceps, se le contraía el vientre en forma de cintura de avispa y se le ondulaban los músculos de los muslos. Un suave siseo salió de su boca mientras exhalaba durante lo que parecieron diez segundos. El vestido entallado le subió por los muslos, dejando ver la parte superior de encaje de las medias y, en el espejo que había detrás de ella, un atisbo del encaje negro de sus bragas. Vaya. Interesante. ¿Es inconsciente o está coqueteando? Es imposible que sea promiscua.

Grace se enderezó y le hizo un gesto a Nate para que lo intentara. Él apoyó las manos en el suelo y copió la pose tal y como ella la había hecho. Grace observó con satisfacción que la forma de Nate era muy buena, y que era fuerte. Estuvo contenta de que lo hubiera hecho bien.

Este primer contacto había ido bien. Grace era simpática y modesta, y había respondido a Nate haciéndose la americana informal y amable. No era tan tímida como para no demostrar una pose de yoga con una falda corta. Ahora llega el segundo encuentro, pensó Nate, un contacto crítico en cualquier desarrollo, cuando el objetivo decide si la relación continúa. Dejando a un lado las medias bordadas y los labios de pomelo rosa, Nate esperaba que así fuera.

Tres días después, Nate invitó a Grace a cenar. Ella conocía Hong Kong y sugirió que fueran al China Club, un elegante restaurante de

estilo colonial shanghainés con paredes rojas y biombos chinos, una ornamentada escalera alfombrada que conducía al comedor y divertidos daguerrotipos enmarcados de Marx, Lenin, Stalin y Mao en las paredes, un panteón retro irónico de la tripulación que hundió el mundo en llamas. El club estaba en las tres últimas plantas del antiguo edificio del Banco de China —el primer rascacielos de la posguerra en la Hong Kong británica de entonces, con un vestíbulo vintage de los años cincuenta de columnas de mármol pulido y suelos de terrazo—, en Des Voeux Road, en Central. Grace sugirió a Nate que probara la berenjena Ma Po en salsa de ajo, una especialidad. Es deliciosa, le dijo Nate.

Grace tomó dos copas de vino durante la cena y le dijo tímidamente que su nombre chino era Zhen, que significa precioso y raro. Llevaba un sencillo vestido negro, un doble collar de perlas y unos pendientes de perlas diminutas. Su perfume era exótico y ahumado; Nate nunca había olido nada igual, y le quedó en la nariz y la boca. Soltó una risita cuando Nate le lanzó una broma sobre su infancia en una familia de rapaces abogados sureños, para que empezara a hablar de sí misma. Su historia surgió entrecortadamente. Era huérfana y sus padres, de ideas liberales, uno profesor y el otro artista, fueron encarcelados durante la Campaña contra la Contaminación Espiritual en 1983, el año en que ella nació. Fue entregada a una familia de acogida asignada por el gobierno, que recibió un estipendio por acoger a la niña. Nunca volvió a ver a sus verdaderos padres. Sufrió una adolescencia infeliz, pasó cuatro años solitaria en una universidad británica y regresó a una China cínica y contaminada por el smog, con nuevos millonarios y un Internet censurado, una superpotencia emergente paradójicamente atrapada en su pasado imperial. Con un futuro incierto, Grace estudió hostelería, se trasladó a Hong Kong y prosperó hasta convertirse en subdirectora general del Peninsula.

—¿Cómo es que fuiste a la universidad en Gran Bretaña? Grace bajó los ojos y bebió un sorbo de vino.

—Recibí una beca —dijo, vagamente. No es habitual, pensó Nate. No es lo habitual, pensó Nate, a menos que tengas un mecenas que te pague. O a menos que el Estado pague por ti. Aquí hay una nota ligeramente falsa. Marca el círculo y pregúntale después.

—¿Y el yoga? —preguntó Nate. Grace se inclinó hacia delante, ya no a la defensiva.

Buscando consuelo y compañía en una infancia desarraigada, Zhen, de doce años, pasaba horas en el espacio trasero de la tienda Zhōngyī del barrio que vendía medicinas tradicionales chinas. La anciana morena que barría el suelo era una india bengalí, improbablemente varada en China tras un naufragio, que susurraba a

la niña, se convertía en su Jiàomǔ, su madrina, y le cantaba el antiguo mantra védico en sánscrito, el Gayrati. La anciana era una yoguini, una gurú de la antigua práctica, y empezó a enseñar a Grace posturas sobre las ásperas esterillas de coco en el fragante espacio trasero lleno de frascos de ámbar con serpientes enroscadas conservadas, frascos amarillos de bilis de oso y setas lingzhī secas y grises, apiladas en estantes como madera de cordero. Además de sus beneficios físicos, Grace descubrió con el tiempo la perdurable espiritualidad del yoga. Es le dio serenidad e hizo más llevadera su melancólica adolescencia. Nunca dejó de estudiar yoga, ni siquiera cuando se mudó a Hong Kong.

—Así que aquí estoy —dijo, dejando caer el vino y aceptando un tercer vaso. Se apartó un mechón de pelo de la cara, se mordió suavemente el labio inferior y parpadeó mirando a Nate: —Sin familia, con jornadas de catorce horas, sin nada más que mi yoga para mantenerme entera. —No sé qué me deparará el futuro.

Madre mía, pensó Nate, esto es un batiburrillo psicológico. Procesó su historia por partes: resentimiento persistente contra el sistema; ausencia de ideología comunista; fuerte ética de trabajo y meticulosa atención al detalle; sensación de aislamiento y privación de derechos y contemplación de un futuro incierto; y compromiso y dependencia de los aspectos espirituales del yoga. Se trataba de una asombrosa colección de motivaciones aprovechables sacadas directamente del libro de texto, casi demasiado buenas para ser ciertas. Unos pocos contactos más, un oído comprensivo y una sonrisa amistosa, y pudo determinar sutilmente la voluntad de Grace de ayudarle, su necesidad de pertenecer a una causa, su deseo de dar sentido a su vida, de trabajar por una China más liberal. El encargado de casos que había en él observó que ella no le hacía preguntas, lo cual era un poco extraño.

Después de cenar, caminaron por el centro, por aceras vacías entre edificios demasiado altos para ver sus cimas cubiertas de niebla. Grace enlazó su brazo con el de Nate —ese perfume misterioso lo bañaba— y él la sostuvo un poco. Hicieron señas a un taxi, que subió por Garden Road hasta Magazine Gap Road y llegó a la puerta principal de Grenville House, quince pisos de apartamentos de lujo encaramados en la ladera de la colina selvática, con vistas a las cimas de los rascacielos del nivel inmediatamente inferior y trozos del puerto visibles entre el bosque de edificios. Grace decía que el Hotel Península le pagaba un alquiler astronómico; de lo contrario, estaría viviendo en un piso mohoso de Kowloon. Nate le dio las buenas noches en la mejilla y se iba a ir, pero ella derramó el bolso en el suelo del vestíbulo buscando las llaves y soltó una risita diciendo que no debería haberse tomado la tercera copa de vino. Nate la acompañó

caballerosamente en el ascensor y metió la llave en la puerta. Ella ladeó la cabeza y le dijo que debería entrar a ver cómo vivía porque, después de todo, parecía interesado en ella.

—Estás interesado en mí, ¿verdad, Nathaniel? Ok, tómatelo con calma, pensó.

Grace se quitó los zapatos y lo condujo a un gran salón con ventanales y suelo de parqué en espiga, sin un solo mueble ni nada en las paredes blancas —Nate se dio cuenta de que le encantaba lo que había hecho con el espacio. El aire desprendía la misma fragancia. Tres grandes cestos de mimbre estaban alineados contra la pared. Al final del espacio, un inmenso gong (procedente del Tíbet—dijo Grace solemnemente) colgaba de un marco de pie barnizado, con una gran almohada blanca en el suelo delante del disco de bronce de dos metros y medio. A ambos lados del gong había consolas de laca negra con candelabros chinos de cloisonné a juego, un cuenco de cobre y una escultura de granito negro que Grace llamó shivalinga, un ídolo de la deidad hindú Shiva, el dios patrón del yoga. Esto es nada menos que el altar de una iglesia de yoga, pensó Nate.

Nate cogió el martillo del gong, pero Grace le dijo:

—No, por ahí no, te lo enseñaré yo —y pasó ligeramente la cabeza de fieltro del martillo por el borde del disco con hoyuelos que arrancó un gemido grave al iniciarse las vibraciones palpables, que luego se superpusieron con un quejido más agudo al mezclarse los armónicos. Ella dejó caer el martillo y se sacudió, y Nate supuso que el vino la había alcanzado, pero se enderezó y se acercó a él, y él se preparó para un beso o para vomitar, pero ella le preguntó en voz baja si quería ver la energía Kundalini, su estilo de yoga, la serpiente enroscada en la base de la columna vertebral. Es un poco espeluznante. Nate recordaba a Bunty pensando que tal vez era una conejita caldera, pero ella se ofrecía de buen grado a mostrarle el manantial de su alma después de dos citas, y él decía que sí, por supuesto; la serpiente en la base de la columna, claro. Entonces las cosas se pusieron raras.

Grace retrocedió dos pasos, se desabrochó la cremallera del vestido de cóctel y se lo quitó, con los tirantes del tenso sujetador balconette de encaje negro sueltos sobre los hombros y los calzoncillos lisos entre las piernas. Se sentó en el cojín frente al gong, dobló las piernas en la clásica Padmasana de yoga y apoyó las manos en las rodillas.

—Primero viene Kapal Bhati, la respiración del cráneo brillante —susurró. Empezó a respirar lenta y controladamente, con inhalaciones profundas y exhalaciones explosivas. Después de una docena de respiraciones, le hizo un gesto con la cabeza a Nate: —Ok, haz que el gong cante como ella le ha enseñado, y empezó el bajo

rumor tibetano, y Nate pudo sentir el zumbido en su propia columna vertebral, pero tuvo que concentrarse en un suave movimiento circular con el martillo cuando empezó la segunda nota simpática más aguda, y miró a Grace, que estaba sentada balanceando el torso en un movimiento circular, con la barbilla levantada y los ojos cerrados, ganando velocidad, y empezó un canto indescifrable en la misma nota musical que el gong. Cuatro minutos, cinco, seis, los hombros en círculo hacia delante y hacia atrás, las manos apoyadas y los ojos cerrados, y el sudor empezó a brotar de su cara y a correr en riachuelos entre sus pechos relucientes, y por su estómago hasta empapar la cinturilla de sus bragas. A Nate se le estaba cansando el brazo, pero temía que si dejaba de tocar el gong, ella le lanzaría fuego y saldría levitando por el balcón hacia el cielo nocturno. Alrededor de los diez minutos de violento balanceo del torso, Grace se echó hacia atrás, arqueó la columna vertebral sobre la madera y apoyó la parte posterior del cráneo en el suelo. Su sujetador transparente al sudor se tensó y juntó las manos en un Ksepana Mudra por encima del corazón. Se inclinó aún más hacia atrás, con la caja torácica dilatándose como un fuelle, las manos en actitud de plegaria apretadas entre los pechos, y empezó a temblar, con espasmos de tsunami que le subían por el vientre hinchado, los largos músculos de las piernas palpitantes, los pies crispados y la barbilla temblorosa apuntando al techo. De repente se tensó, sus ojos se pusieron en blanco y su boca se abrió mientras expulsaba una enorme bocanada de aire y se quedaba inmóvil, con las manos ahora flojas sobre el pecho.

Nate supuso que el teléfono que utilizaría para llamar a la ambulancia probablemente estaría en la cocina, pero primero se inclinó sobre Grace, que ahora yacía tumbada en el suelo, con los ojos cerrados y las piernas desplegadas y extendidas. Su caja torácica seguía dilatándose con la respiración.

—¿Estás bien? —preguntó poniéndole la mano en el hombro. Sus ojos se abrieron lentamente y se centraron en él. Ella sonrió, le puso una mano detrás del cuello y atrajo su boca hacia la suya para darle un beso, una simple caricia en los labios. Su dulce fragancia lo envolvió y su cabeza se agitó: "¿Qué es ese perfume? Ella volvió a acercar su boca a la suya.

—Es ylang-ylang —le susurró al oído, pronunciándolo ee-lang, ee-lang. —Es muy antiguo.

—Grace se puso en pie, se desabrochó el sujetador empapado sin cubrirse y se acercó a una de las cestas de mimbre, sacó un kimono de lino y se lo puso.

—¿Qué era eso? —dijo Nate. Grace se pasó los dedos por el pelo y luego anudó el cinturón del kimono, mirándolo a los ojos sin pestañear, nada avergonzada.

—El despertar de la Kundalini —dijo. —Es cuando me pierdo a mí misma.

—¿Despertar qué?—dijo Nate.

—¿Has oído hablar de los siete chakras del cuerpo? ¿Los centros de la fuerza vital? ¿No? Es demasiado tarde. Es demasiado tarde esta noche.

Otro susurro de beso en la puerta, y Nate se dirigió a casa por Bowen Road, redactando mentalmente el cable de mañana para el comunicado del COS Burns sobre lo que parecía ser un notable comienzo en el desarrollo para reclutar a Grace Gao, alias Zhen Gao. Las antenas de oficial de casos de Nate vibraban un poco, evaluando los factores: Esto iba más rápido de lo normal, ¿quizás artificialmente más rápido? Es inesperado lo de la energía Kundalini, ¿podría aprovecharse? Se le había pasado la borrachera muy rápido. Era un enigma, pero irresistible: erótica sin ser salaz, seductora sin ser lasciva, sofisticada e ingenua a la vez. Es una contratación excepcional. La beca extranjera en el Reino Unido seguía siendo una anomalía inexplicable, al igual que su aparente falta de interés por su historia personal. Eran notas falsas, pero las resolvería.

El equipo de contraespionaje del MSE en el apartamento de al lado escuchó la cinta de audio de la cena en el China Club y revisó el vídeo de Zhènniǎo, la actuación del pájaro de plumas envenenadas en el apartamento trampa de miel al otro lado de la pared desnuda —con la coreografía del gong y Matsyasana, la provocativa pose del pez con cuerda de arco y el casto beso— y se sintieron satisfechos con la velada y con las perspectivas de futuro para atrapar al oficial estadounidense de la CIA y sonsacar el nombre de su agente. Su asesinato estaba cantado. El jefe del equipo felicitó cortésmente a su estimada invitada de Moscú, la bella oficial rusa de ojos azules de la SVR, que estaba sentada en un sillón frente a los monitores, dando saltitos con el pie. Sus consejos sobre la mejor manera de inventar la ficticia leyenda personal de Grace Gao para convencer al estadounidense fueron sibilinos, casi como si supiera cómo pensaba él.

BERENJENA MA PO EN SALSA DE AJO

Mezclar carne picada de cerdo con vinagre de vino de arroz, salsa de chile, maicena y salsa de soja. Refrigerar. Corte las berenjenas asiáticas por la mitad a lo largo, úntelas con aceite de cacahuete, sazónelas con sal y áselas con el corte hacia abajo en una bandeja de horno hasta que estén tiernas y chamuscadas. Bata el caldo de pollo con el sake, el azúcar, el aceite de sésamo, la pasta de judías y la salsa de soja. Sofreír las cebolletas picadas, el ajo y el jengibre hasta que

desprendan aroma, añadir la carne de cerdo y dorarla, luego añadir la mezcla de caldo de pollo y llevar a ebullición. Cocer a fuego lento hasta que la salsa espese. Coloque las berenjenas con el corte hacia arriba en una fuente y viértalas con la carne de cerdo. Adorne con cebolletas cortadas en rodajas. Servir con arroz al vapor.

29

Se le nota el chakra

DOMINIKA había llegado a Hong Kong varios días antes, tras un día de ceremoniales visitas de cortesía en el Cuartel General del MSE en el Ministerio de Seguridad del Estado. El general Sun permaneció en Pekín para consultas, por lo que Dominika fue entregada a un capitán de habla inglesa de la oficina del MSE de Guangzhou, llamado Yuán Chonghuan. Había elegido el inexplicable nombre comercial occidental de —Rainy,— yu tien en mandarín, fonéticamente cercano a Yuán y lírico, o eso creía él. Rainy Chonghuan era extremadamente bajo y delgado, con todas las malignidades incorporadas del enano físico. Tenía el temperamento tóxico de un oficial de bajo rango que en un momento disfruta maltratando a sus subordinados y al siguiente adulando descaradamente a sus superiores. Tenía los dientes color caramelo y los dedos rechonchos con las uñas mordidas. La aureola que le rodeaba la cabeza y los hombros también era de color caramelo, el color que se obtiene cuando el amarillo de la traición se mezcla con los marrones de la pereza y la envidia. Dominika sabía que debía tener cuidado con él.

La coronel Dominika Egorova, de la SVR, era un ser extraño para Rainy: el eslavo de piernas largas, pechos grandes y pómulos altos bien podría haber sido de otro planeta. Su inglés, aprendido en la escuela de oficiales del MSE, era lo bastante fluido como para discutir con ella la estrategia de la operación para atrapar al estadounidense. Sin embargo, Rainy Chonghuan se dio cuenta enseguida de que el general Sun y la cúpula del MSE tenían en alta estima a esta rusa, lo que significaba que la mantearía sin piedad. Además, vio que tenía una larga experiencia en el trabajo con objetivos estadounidenses. Las enmiendas que sugirió al plan de la fase de trampa, incluida la modificación de la historia personal de Zhènniǎo para apelar a los instintos operativos del yanqui, fueron impresionantes. Cualquier cosa que le asegurara el éxito y le reportara crédito y ascensos era bienvenida. Rainy proporcionó una copia traducida de la hoja de servicios de Zhènniǎo para que la revisara la coronel Egorova, y sugirió que las dos mujeres se reunieran para discutir los matices del cebo del néctar. Para su sorpresa, la rusa se mostró reticente, explicando que los Gorriones del Servicio Ruso operaban más eficazmente con menos distracciones. Rainy se apresuró a aceptar, felicitando a la coronel por su previsión y sabiduría.

El expediente personal de Zhen Gao era fascinante para Dominika. La autobiografía que le había recitado a Nate era en su

mayor parte ficción, con algunas pizcas de verdad. No había perdido a sus padres, no era adoptada y nunca fue a una escuela de hostelería. Es más, lo aprendió más tarde, para mantenerse en forma y poder seducir a sus objetivos.

Zhen Gao era hija de un profesor de escuela pública de Anxin, en la provincia de Hebei, a orillas del lago Baiyangdian. A los dieciséis años, Zhen ya era una belleza deslumbrante y llamó la atención de un administrador provincial, que apreció el cuerpo de la mujer bajo la bata de colegiala. Utilizó su influencia para instalar a la joven como ama de llaves en una villa controlada por el Estado, le arrebató la virginidad y de vez en cuando la compartía con otros jinetes municipales para ganarse su favor. Cuando Zhen tenía dieciocho años, el administrador fue sorprendido aceptando sobornos y fue juzgado, condenado y ejecutado por corrupción. Sin padrino y con una inmerecida reputación de "chica del placer", fue enviada a Tianjin, una ciudad de quince millones de habitantes situada en la costa noreste, a dos horas al sur de Pekín, e ingresó en la Escuela Estatal 2112, una academia de formación dirigida por el OSF que, según explicaba oblicuamente el expediente, entrenaba a mujeres jóvenes en "técnicas de inteligencia", que incluían la seducción, la captación, el reclutamiento y el chantaje. Las graduadas eran conocidas como Yèyīng, Ruiseñores.

En función de su rendimiento académico y de una evaluación de su aptitud ideológica, un puñado de Ruiseñores eran elegidos para continuar sus estudios en el Instituto 48 de Pekín, una instalación clasificada en el distrito de Shangjialou, al noreste del país, donde los estudiantes eran adiestrados en el uso de armas de fuego, armas exóticas y venenos. A los veinte años, Zhen fue patrocinada por una sociedad de amistad sino-anglo controlada por el MSE para estudiar en el Reino Unido, tanto para dominar el inglés como para conocer las costumbres occidentales. Cuatro años después, se graduó como seductora-asesina del Estado, conocida como Zhènniǎo, el pájaro de las plumas envenenadas. Debido a su excelente inglés y a sus modales británicos, Zhen fue colocada discretamente en un puesto encubierto como subdirectora general en el Hotel Península de Hong Kong, disponible para las misiones que se le encomendaran.

Bozhe, pensó Dominika al leer el expediente, una joven mancillada por un cerdo, pasada por la pocilga y luego obligada a ingresar en la versión china de la Escuela del Gorrión. Su pulso se aceleró al leer la historia de la vida de Zhen: era como la suya propia. Pero los Gorriones Rusos no matan a la gente, se dijo Dominika, pero tú sí, ¿verdad?

A lo largo del segundo volumen del expediente, ahora se referían a Zhen como Zhènniǎo. Dominika le preguntó a Rainy que era un

pájaro de plumas venenosas, y él le describió con vacilación el ave mitológica, de plumaje negro como el carbón, que se alimentaba exclusivamente de serpientes, y cuyas plumas, como resultado, eran altamente venenosas. Uno podía remover un vaso de vino con una sola de esas plumas y volverlo mortalmente tóxico, decía. Sólo en China, pensó Dominika.

El expediente documentaba catorce asesinatos atribuidos a Zhènniăo —el más reciente, el de un jefe de policía birmano traficante de drogas que había sido envenenado con un destilado de la flor del acónito—. No hubo testigos ni conexión con Pekín. Dominika consultó un anexo farmacológico del expediente en el que figuraba que el acónito es una planta venenosa que produce aconitina, una tetrodotoxina letal que se absorbe fácilmente a través de la piel. Incluso un leve contacto con la delicada flor morada en forma de campana provocaría, entre dos y ocho horas después, arritmia cardiaca, taquicardia ventricular, fibrilación ventricular que conduciría a parálisis respiratoria o paro cardiaco. Zhènniăo había aplicado el veneno sobre la piel del jefe de policía mezclado con ylang-ylang, un aceite esencial perfumado utilizado en aromaterapia.

Mientras observaba la demostración de Kundalini de Zhen en el monitor de vigilancia —todo el apartamento estaba cubierto por cámaras y micrófonos en las instalaciones, la carpintería y los techos—, a Dominika se le paró el corazón cuando oyó a Zhen decirle a Nate que su perfume se llamaba ylang-ylang. Así es como lo harían con él. Zhen le untaría aceite perfumado con la toxina del acónito durante una sesión de yoga, que lo mataría a la mañana siguiente.

¿Nate sentiría el peligro? ¿Por qué iba a hacerlo? Era un oficial de operaciones a la caza, con la intención de reclutar a una hermosa chica china. Benford y la CIA no tenían ni idea de la amenaza; no podían advertirle. La propia Dominika se encontraba en una situación terriblemente peligrosa. No podía llamar a la CIA; estaba en China. Es imposible arrojar un paquete por encima del muro del consulado estadounidense, rodeado de vigilantes del SMS. La acompañaban constantemente escoltas del MSE, y la diminuta Rainy Chonghuan estaba siempre a su lado. La habían alojado en un lujoso apartamento de invitados situado un piso más arriba, justo encima de éste, que Dominika no dudaba que también estaba repleto de micrófonos digitales y lentes, por lo que resultaba muy arriesgado intentar salir del edificio y ponerse en contacto sobre la marcha con Nate, que, según suponía, también estaba bajo vigilancia del SMS.

Si actuaba para salvar a Nate y cometía un error, los chinos informarían al Kremlin y ella estaría perdida. Dominika había intentado enviar a Nate sutiles advertencias. Había aconsejado al SMS

que Zhen no pareciera demasiado inquisitiva y que no hiciera preguntas personales, la marca de un oficial de inteligencia. Es recomendó que Zhen restara importancia a sus años universitarios en el Reino Unido diciendo simplemente que los había pagado con una "beca". Dominika dijo a sus anfitriones que era "más seguro ser impreciso", pero en realidad eran notas incoherentes que esperaba que fueran el silbato para perros silencioso en la cabeza de Nate para que empezara a olerse la trampa. Es también muy aconsejable que Zhen mencione el restaurante Fernando's de Macao para que el americano suelte algo que le haga actuar, a sabiendas de que sería una nota prematura y agresiva que alarmaría a Nate. Temía que fueran advertencias demasiado sutiles y difusas. ¿Las captaría Nate? No podía intentar un sabotaje más sutil, porque los chinos eran demasiado listos. Dominika no sabía de qué otra forma confundir los planes del SMS para matar a Nate.

Grace había invitado a Nate a su apartamento a comer comida casera, en pago por la cena en el China Club. Abrió la puerta, sonrió y lo llevó de la mano al interior. Llevaba un vestido camisero beige que le llegaba a medio muslo, con las mangas remangadas por encima de los codos. Se apretó brevemente contra él, que pudo sentir la suavidad de sus pechos bajo la camisa, y lo besó ligeramente. Caminó descalza por el salón —el aire estaba cargado de ylang-ylang—, dobló la esquina y entró en una cocina pequeña pero moderna, toda de azulejos blancos y acero inoxidable. Sobre la encimera había varios ingredientes y un pequeño cuchillo chino de mango negro.

—Estoy preparando una ensalada birmana de tomate—dijo Grace. —La palabra para ensalada en birmano es 'lethoke'. Es mezclar a mano.

—¿Estuviste alguna vez en Birmania? —dijo Nate. ¿Cómo se llama ahora?

—Myanmar—dijo Grace. —Sólo como turista. Pero una birmana me enseñó a hacer la ensalada. Grace picó los ingredientes con destreza, batió vinagre de limoncillo, aceite de canola y salsa de pescado, y luego frió cebollas y ajos en una olla pequeña con aceite. Nate observó cómo se movía sin esfuerzo por la cocina, con manos rápidas y hábiles. Es montó la ensalada en un bol grande de madera, la removió ligeramente con las manos hasta que todo se incorporó y le dio un tenedor a Nate. Probó una fina rodaja de tomate. El sabor era salado, dulce y picante, con un ligero crujido de cacahuetes triturados.

—Esto está realmente delicioso —dijo. —Nunca había probado nada igual.

Grace se apoyó en el mostrador y lo miró de reojo.

—Creo que sirven una versión de la ensalada en un restaurante de

Macao —dijo. —Es un pequeño restaurante en la playa llamado Fernando's. Deberíamos ir allí algún día y te lo enseñaré —Nate mantuvo el rostro neutro. No me gusta nada cómo suena eso, pensó. ¿Coincidencia? Puede que sí, puede que no.

—Suena divertido —dijo Nate. Sacaron los platos de ensalada al balcón y comieron mirando el puerto y las nubes del cielo nocturno que se sonrojaban por las luces de la ciudad. —Es inconcebible que esta vibrante ciudad haya sido devuelta a China y ahora esté bajo el dominio de Pekín —dijo Nate—. ¿Crees que el espíritu de Hong Kong puede sobrevivir?

—La gente aquí lo está intentando, resistiendo y exigiendo sus derechos. Pero no sé si lo conseguirán,— dijo Grace.

—Sé que el resto del mundo espera que lo consigan —dijo Nate.

—Yo también—dijo Grace.

Es un esfuerzo que merece la pena, ayudar a Hong Kong a ser libre —dijo Nate—. Algo con sentido —se detuvo y soltó el acelerador, poniéndolo en punto muerto, sin querer exagerar con el tema—. Podían volver sobre ello; en el momento oportuno, Nate podría decirle concretamente cómo podía ayudar. Trabajar para la CIA.

—Podría verlo —dijo Grace—Ahora mismo me dedico al hotel, nada más. Y el yoga es mi única escapatoria.—

—Tengo que ser sincera contigo —dijo Nate—. Cuando me mostraste ese Despertar de la Kundalini, me quedé un poco sobresaltada, asustada incluso. No sabía lo que te había pasado.—

Grace se rió.

—¿Quieres aprender un poco más? Puedo hablarte de los chakras, los puntos de energía de tu cuerpo. Son muy importantes; lo controlan todo,— dijo Grace. Ok, semental, mantén esto bajo control.

Hasta el momento, Nate había mantenido las cosas platónicas, a pesar del sujetador negro y la espalda arqueada, y los besos superficiales. Es capaz de imaginarse la reacción de Benford si se supiera que había reclutado a Grace Gao acostándose con ella; sería una afirmación de la persistente creencia de Benford de que Nate no debería seguir siendo empleado de la CIA. Hacía tiempo que no pensaba en ello, pero ahora Nate contemplaba la pesadilla que supondría que lo echaran de la Agencia y volviera a casa, a Richmond, Virginia, donde su familia siempre había dicho que Nate no triunfaría como espía, sin importarle que su caída hubiera durado diez años y no dos, como habían predicho. Entonces, ¿cómo manejar a esta belleza china que quiere enseñarte sus chakras?

Se sentaron en el suelo frente a frente, con las piernas cruzadas y las rodillas casi tocándose. Grace cogió el amplio cuenco de cobre de una de las mesas del altar, lo puso en el suelo junto a ellos y golpeó ligeramente el borde con una pequeña clavija de madera. El cuenco

emitió una nota clara y suave, como el carillón de un reloj de pie. —Pasó la clavija alrededor del borde del cuenco, que empezó a emitir un zumbido pulsante que se convirtió en un segundo tono de rana toro que se superponía al primero. Dejó de acariciar el cuenco y los tonos se desvanecieron lentamente. Se inclinó ligeramente hacia delante para que sus rodillas se tocaran.

—Hay siete chakras en el cuerpo y todos representan emociones distintas —dijo Grace. Sacó un frasquito del bolsillo del vestido, desenroscó el tapón y lo inclinó hacia delante para mojar la punta del dedo. La vertiginosa fragancia del ylang-ylang los envolvió, y Grace arrastró la yema del dedo por los lados del cuello de Nate, por la parte inferior de sus muñecas y por sus tobillos. —El aceite te ayudará a relajarte —le dijo.

Le tocó la parte superior de la cabeza.

—Este es el séptimo chakra, el chakra violeta, la coronilla, que trae la felicidad.

—Este es el sexto chakra, el índigo, el ceño, que controla la intuición.

—El quinto, el azul, la garganta de la curación. Bajó y le acarició la garganta con los labios. Jesús, se dirige al sur, ¿hay un chakra del capitán Picard?

—El cuarto, verde, el corazón para el amor. Grace le desabrochó la camisa y le besó el pecho.

—El tercero, amarillo, el plexo solar para el propósito. Sus labios rozaron su estómago.

—El segundo, naranja, el bazo del deseo. Le pasó los dedos por el ombligo.

Grace movió la mano entre las piernas de Nate y por debajo de su cuerpo, presionando la almohadilla carnosa de su músculo perineal.

—El primero, el chakra raíz, rojo, controla la pasión —dijo. Mantuvo los dedos allí y lo miró a los ojos.

En un momento como aquel, con los dedos de Grace impregnados de ylang-ylang apuntando a su primer chakra, Nate exhibió de forma inexplicable y psicótica a Kramer, su colega oficial en Viena, que una vez le dijo que al perineo se le llamaba comúnmente la "mancha" porque "no son tus pelotas ni tu culo". Se estremeció mientras Grace retiraba la mano.

—Y cuando despiertas la Kundalini —dijo Nate, intentando no retorcerse—, ¿estos chakras qué hacen, exactamente?

—La energía se expande desde el chakra raíz, como una serpiente desenrollada, por la columna vertebral hasta la cabeza, como una corriente eléctrica. Es una conciencia profunda.

—Puedo sentir cómo se expande el mío mientras hablamos —dijo Nate. Grace avanzó hasta sentarse sobre las piernas dobladas de Nate

y le rodeó la espalda con las suyas. Le rodeó el cuello con los brazos y le miró a los ojos. Estaban a centímetros de distancia, de la nariz a la entrepierna, y Nate podía sentir el calor corporal de ella, como si estuviera sentado demasiado cerca de una estufa de leña.

—Esto se llama Yab Rico, sentarse así —dijo ella—Es la unión de la sabiduría y la compasión. Le cogió la mano, se la puso en el corazón y la mantuvo allí. —¿Puedes sentir mi corazón? Déjeme sentir el suyo. Permanecieron inmóviles, con los ojos cerrados, las manos en el corazón del otro y las frentes ligeramente tocadas. —Ahora no podremos movernos durante mil años hasta que alcancemos el Samadhi —dijo ella.

—El samadhi, signifique lo que signifique, ocurrirá antes —dijo Nate—. Sólo te lo advierto.

—Deja de hablar,— dijo ella. —Samadhi es un estado mental. Concéntrate.— Nate sintió que su respiración se hacía más profunda, y que los latidos de su corazón se ralentizaban, y pudo oírlo en su cabeza, y pudo sentir que sus propios latidos coincidían exactamente con los de ella. Sus piernas le rodeaban con fuerza, sus talones se enganchaban suavemente en su espalda. De repente, Nate sintió ligereza en la pelvis, las piernas, la columna vertebral y los brazos. Un fuerte ruido le llenó la cabeza, como si estuviera en una gruta subterránea sobre una atronadora cascada. La ligereza se trasladó a la cabeza, detrás de los ojos y debajo de la lengua.

—¿Lo sientes?, susurró Grace. Nate asintió. —El samadhi es maravilloso —dijo ella—Es capaz de transportarte, de llevarte por encima de las montañas y a través de los océanos. ¿Qué hay sobre el océano para ti, Nate? ¿Qué hay en tu corazón?

—Una mujer lejana —dijo él con los ojos aún cerrados, maravillado por lo que sentía en el cerebro y por su respuesta, que se le escapó de la boca antes de que pudiera pensar. Grace se acercó más a él y le rodeó el cuello con los brazos.

—Respira conmigo —le dijo, inspirando profundamente. Puso la boca sobre la de él y empezó a inhalar y exhalar en su boca, envolviéndolo en terciopelo caliente y electricidad. Su respiración controlaba la de él. Se balanceó ligeramente y se inclinó hacia delante, de modo que sus estómagos en expansión se tocaron. Grace susurró en sus labios.

—¿Quién más hay en tu corazón? Nate pensó en Agnes en Palos Verdes, y en Hannah asesinada, y en el peliblanco general Korchnoi asesinado, y en Gable desaparecido, y en Benford, Forsyth y Burns, que eran sus colegas y su familia, y en la imagen con cabeza de cubo del general Tan del EPL, ese escarabajo despilfarrador al que Nate acababa de reclutar, y estuvo a punto de decir su nombre en voz alta. Mierda, ¿qué es esto?

Nate, forcejeando, parpadeó tres veces, muy deprisa, y ella supo que lo había perdido, al menos por ahora. Retrocedió lentamente, deslizándose fuera de él.

Dominika estaba sentada en el sillón, con las piernas cruzadas, apretando los muslos, sudando. Se había obligado a permanecer sentada mientras miraba el monitor e imaginaba la sensación del cuerpo de Nate apretado contra el de Grace en Rico, y le cosquilleaban los labios al imaginar aquellos besos. Gracias a Dios no tenía que ocultar un orgasmo, sentada a un metro del espantoso Rainy Chonghuan, que miraba la pantalla con la boca abierta. Había entrado en pánico cuando Grace había untado el cuello de Nate con aceite perfumado, pero se dio cuenta de que aquella no era la noche del asesinato.

Ese último beso. Estaba asombrada por la aparente habilidad de Grace para arrastrar a Nate a un estado de meditación, algo que ella sabía que nunca podría hacer. Extrañamente, no estaba enfadada con él: verlo después de tantos meses en una pantalla de alta resolución era un shock, y se sentía a un millón de kilómetros de distancia. Es más, sabía que él no había planeado que esto sucediera, que estaba trabajando con la china y que había sido ella quien había iniciado el contacto. Sin duda, Dominika le rompería un jarrón en la cabeza la próxima vez que lo viera (si lo hacía), pero se dio cuenta de que seguía queriéndolo; él había dicho que amaba a una "mujer lejana", y ella sabía que se refería a ella. Ella fue la primera persona en la que pensó desde su subconsciente adicto a Rico. Oh, cómo este espionaje se interponía en sus vidas.

Pero ahora mismo los celos, el pique, el anhelo y la calentura eran superfluos. Dominika no sabía si Nate podría resistirse a los encantos alucinantes de aquella preciosa china, pero sabía que, tanto si el OSF le sonsacaba el nombre del agente de Nate como si no, muy pronto llegarían al punto en que darían a Zhen la orden de eliminarlo. Era un escarabajo en una caja de cerillas y le iban a pisar.

Rainy Chonghuan observó la pantalla mientras Grace le decía buenas noches a Nate en la puerta principal del apartamento. Ordenó a los técnicos que apagaran los monitores de vigilancia y los micrófonos, y se volvió hacia la coronel Egorova.

—Puede ver que Zhènniǎo está ampliamente entrenada y meticulosamente preparada —dijo—Utiliza los aspectos místicos de este yoga para manipular a sus objetivos, para emplear tao qu de zuo fa, métodos de elicitación. Es la próxima vez que lo consiga. Si al final del próximo contacto el americano no revela el nombre del topo, se

dará la orden de eliminarlo.—

—Usted es quien mejor conoce su operación —dijo Dominika, despreocupada, preguntándose si tenía una mancha de humedad en la parte trasera de la falda—, pero eliminar ahora al americano parece prematuro. Tu chica está haciendo buenos progresos. Podrías aprender potencialmente secretos adicionales de este oficial sobre las operaciones de la CIA en China.—

Rainy se encogió de hombros.

—Pekín insiste,— dijo. —Lo invitará a otra cena dentro de dos días, y ya veremos qué pasa. Zhènniǎo se quedará en este apartamento a partir de esta noche, por si el americano se siente solo y amoroso, y decide visitarnos sin avisar.—

—¿Y cómo eliminarás al objetivo?— dijo Dominika.

El lluvioso Chonghuan mostró una sonrisa de ribera embarrada. —Zhènniǎo es experta con armas de fuego, armas blancas, la cuerda y una variedad de armas clásicas. También es experta en el combate cuerpo a cuerpo. Su conocimiento de venenos y toxinas es enciclopédico,— dijo Rainy. —El requisito, como en la mayoría de los casos como éste, es enmascarar la mano del Servicio. Ella elegirá el método apropiado.—

—Es que no parece que vaya a tener ningún problema —respondió Dominika, repentinamente abrumada. El persistente terror que la esperaba de vuelta en Moscú si era descubierta por el topo de Washington volvió a ella de repente. Tanto ella como Nate estaban al borde de la ruina.

ENSALADA DE TOMATE BIRMANO DE KYI SAW

Se cortan tomates medianos en medias lunas, tomates cherry por la mitad y cebolla dulce en medias lunas y se colocan en un bol; se añaden semillas de sésamo tostadas, cacahuetes triturados, gambas secas en polvo, chiles cortados en dados y cilantro picado. Freír el ajo y las cebollas adicionales hasta que estén crujientes y añadirlos al bol. Batir el vinagre de hierba limón (o sustituirlo por vinagre de vino de arroz), el aceite de canola, la salsa de pescado, el zumo de lima y el azúcar de palma, y verter sobre la ensalada. Mezclar suavemente con las manos y decorar con el ajo y la cebolla fritos reservados y un poco de cilantro. Va bien con un filete poco hecho.

30

El vacío

A ZHEN le disgustaba quedarse en el piso trampa. Su piso personal estaba en un edificio más pequeño en Mid-Levels, donde estaba rodeada de sus libros, material de yoga y muebles cómodos. Quedarse en este apartamento casi vacío era un inconveniente. Es más, significaba que la fase de asesinato estaba cerca, y aunque no tenía reparos en eliminar a un objetivo, siempre se deprimía al final de una operación. Disfrutaba de la caza: la ingeniería del primer contacto, el tímido desarrollo de la relación, la embriagadora emoción de la seducción y la vertiginosa anticipación del acto final, hasta el momento en que introducía una aguja de acero entre las vértebras cervicales del cuello, o enrollaba una cuerda de seda alrededor de la garganta, o veía cómo los ojos de la víctima se alarmaban al sentir por primera vez los efectos de un veneno que le oprimía el pecho. Pero después había un vacío, una depresión, una melancolía. Un vacío que el yoga ayudaba a aliviar.

Zhen siempre se decía a sí misma que trabajaba como ave de plumas envenenadas para alimentar su estómago, pero practicaba yoga para alimentar su alma. La práctica le daba perspectiva, energía y la fuerza para aceptar lo que no podía cambiar. Pero había algunas cosas que sí podía cambiar. Su infeliz infancia y posterior explotación como concubina adolescente, y los humillantes años de escorbuto en la Escuela Nightingale y en el Instituto de Pekín aprendiendo a matar aumentaron su determinación de no dejar que nadie volviera a maltratarla. La primera vez había sido en Londres, en la universidad, donde había sido señalada como una tímida exótica por un grupo de estudiantes varones, la mayoría de los cuales eran simples matones, pero uno de ellos había querido más. Zhen no se llevó al Reino Unido ninguna de las armas habituales del instituto, salvo dos gongfu shàn, abanicos plisados de lucha kung-fu, uno negro y otro rojo, anchos y delicados, con alas expansibles de metal ribeteado sujetas a los pliegues del abanico. Eran armas medievales de artes marciales y Zhen podía hacerlos aletear como alas de pájaro, abriéndolos y cerrándolos con un sonido similar al de un disparo.

También existía un complicado protocolo social en el uso de los abanicos, antiguas convenciones chinas que la mayoría de los británicos desconocían, pero Zhen las había estudiado porque serían muy importantes cuando volviera a Oriente como seductora. Dibujar un abanico cerrado a lo largo de la mejilla significaba "te deseo". Tocar ligeramente con los dedos el borde del abanico extendido

significaba "quiero hablar contigo". Golpear los labios con un abanico cerrado significaba "bésame". Nada de esto se aplicaba al espigado Romeo británico llamado Rowdy White, que una noche se abrió paso a empujones hasta el espacio del dormitorio de Zhen y se quedó divertido mientras ella sostenía dos enclenques abanicos doblados delante de sí, lista para defenderse. La experiencia acumulada de Rowdy con los abanicos se limitaba a las grandes variantes de plumas de avestruz que utilizaban las bailarinas en los clubes de striptease de High Street. Cuando Rowdy intentó agarrar a Zhen por el brazo, el abanico negro se abrió con un chasquido, desviando su mano. Riéndose para sus adentros, Rowdy volvió a agarrarla y el abanico rojo se abrió de golpe, le bloqueó el otro brazo, se dobló en un abrir y cerrar de ojos y le atravesó la muñeca. Eso dolió. Gruñó, dio un paso adelante, con los brazos extendidos, y ambos abanicos se abrieron con un estruendo como el de las palomas que levantan el vuelo en un parque, y el borde delantero de uno de ellos le atravesó la cara a un palmo por encima de las cejas, cortándole la frente y cegándole mientras la sangre le corría por los ojos y las mejillas. Es la primera vez que Zhènniǎo sangra, y está un poco sorprendida de lo fácil que ha sido.

Es no tenía hambre, pero preparó una olla pequeña de sopa shēngcài, una sencilla sopa de lechuga, y la dejó enfriar en el fuego. Abrió la puerta del balcón para que entrara la brisa nocturna y se sentó desnuda sobre la gran almohada en el suelo del espacio vacío y oscuro del salón, inhalando grandes bocanadas de aire, dilatando primero el estómago, luego el diafragma, después los pulmones y expulsando el aliento en orden inverso, metiendo el ombligo hacia dentro y hacia arriba y bloqueando el chakra raíz. Repitió en voz baja el Adi Mantra: ong namo guru dev namo, inclinándose ante el maestro interior, y siguió respirando. Se puso en pie y se inclinó hacia delante en una embestida profunda, con el cuerpo reluciente, los pechos tensos, los brazos musculosos por encima de la cabeza, y luego adoptó una serie de posturas, con la respiración firme y sibilante al exhalar. Pero algo iba mal. Esta noche no estaba concentrada.

Le gustaba el joven americano, y tuvo que admitir que era decente y encantador. Sus comentarios sobre la libertad y Hong Kong eran, obviamente, temas de conversación, pero ella estaba de acuerdo con ellos. Se preguntó cómo sería en la cama —ella no se acostaba con hombres después de la escuela Nightingale—, pero no le importaba mucho si vivía o moría. Estaba sola en el mundo, no alineada con nadie, ni con Pekín, ni con el MSE, ni con el hotel al que dedicaba todas sus energías. Sabía que Nate era de la CIA y que quería reclutarla. Había utilizado sus artimañas profesionales para animarle,

había flirteado con él y le había besado, todo ello para que entrara en la zona letal. Su reclutamiento era imposible, por supuesto —ella nunca se aliaría con los estadounidenses— y, además, el MSE lo estaba observando todo. A Zhen le habían dicho que tenía que sonsacarle, o engañarle, o joderle, el nombre de un topo, pero que si después de dos noches no lo conseguía, debía asesinarlo. Es ocurriría mañana por la noche.

Tomaría un frasco de destilado de acónito mezclado con aceite aromático de ylang-ylang y, con sumo cuidado —una gota en su propia piel podría ser mortal—, aplicaría el veneno sobre la piel de Nate (había establecido la costumbre de rociarle con el aceite durante las dos últimas noches), esta vez con un aplicador de bambú. La aconitina inundaría lentamente su organismo y lo mataría horas más tarde, mucho después de que regresara a casa. Zhen se puso en pie, se dobló hacia delante con las palmas de las manos apoyadas en el suelo y exhaló. Se enderezó y se dirigió al dormitorio para darse una ducha antes de acostarse, apagando las luces mientras recorría el apartamento. Encendió una vela de sándalo y se duchó a la luz de las velas.

La fragancia amaderada del sándalo era un cambio agradable con respecto al aceite de ylang-ylang, que flotaba pesadamente por todas partes sin disiparse, como el hedor a cobre de la sangre rancia en un osario.

Casi medianoche. Es bueno que Benford y Nate no se enteraran de lo que planeaba Dominika. No había otra opción. Iban a matar a Nate mañana por la noche, y ella ni siquiera tenía que pensarlo demasiado. Iba a matar a Zhènniǎo, el pájaro de plumas envenenadas, o al menos lo intentaría. Dominika estaba de pie en el oscuro espacio del salón de su piso de invitados del SMS, preguntándose si sobreviviría a la siguiente media hora. Llevaba pantalones negros de pijama y una camiseta negra sobre un sujetador deportivo que le aplastaba el pecho y le abrazaba las costillas. No quería que se le cayeran los pantalones si tenía que combatir cuerpo a cuerpo con Zhen. Se preguntaba si la técnica de lucha Systema, derivada de los Spetsnaz rusos, que había aprendido a lo largo de los años se acercaría siquiera a lo que imaginaba que sería la habilidad marcial de un asesino chino. Pero tenía que intentarlo. De lo contrario, Nate estaba muerto.

Dominika no tenía intención de enfrentarse a Zhen. Probablemente tenía armas escondidas por todo el apartamento, por no hablar de balas, flechas, dardos y dagas, todas ellas bañadas en compuestos letales. Dominika también sabía que Zhen era fuerte, ágil y flexible, y que sin duda sería capaz de absorber mucho castigo en una pelea cuerpo a cuerpo. Por lo tanto, Dominika tenía que tenderle

una emboscada e incapacitarla al instante. Es la única forma de ganar.

Y todo esto tenía que hacerse en un edificio controlado por el SMS, lleno de cámaras de vigilancia y docenas de guardias de seguridad, que responderían instantáneamente al tumulto de una pelea de gatas sin cuartel. Si Dominika no conseguía sacar a la chica china rápida y silenciosamente, los guardias de seguridad que respondieran podrían además volver a encender el equipo de vigilancia del apartamento, documentando para Gorelikov y Putin los esfuerzos de Dominika por salvar a Nate. Sacarían la misma conclusión al instante: Dominika estaba trabajando para los americanos. La arrestarían en Hong Kong, la llevarían en avión a Pekín para interrogarla, la meterían en el interminable vuelo a Moscú y luego la llevarían en una furgoneta cerrada directamente desde el asfalto hasta las puertas de la prisión de Butyrka, donde le esperaría algo más que un interrogatorio. Eso si Zhènniǎo no la mataba antes.

Es que sabía que esta noche no podía salir por la puerta de su apartamento —seguro que estaba conectada a una alarma—, bajar un piso y llamar alegremente a la puerta de Zhen —probablemente también alarmada— para invitarse a sí misma a una última copa. Había echado un vistazo a su balcón y al del piso de Zhen, justo debajo. Pensó que podría trepar por la barandilla de su balcón, descender todo lo posible y columpiarse en el balcón de Zhen. Si se equivocaba de momento, o si se le resbalaban las manos, nada más importaría. Estaban a nueve pisos de altura. Dominika había registrado su apartamento en busca de posibles armas. La cocina no estaba abastecida; no había cuchillos de chef. Había encontrado una pequeña caja de herramientas en el armario, de la que sacó un cúter con hoja retráctil y un martillo de garra de peso medio. Ambas armas potenciales eran de corto alcance e ineficaces, pero era todo lo que tenía. Retiró la hoja, se metió el cúter en el sujetador y el mango del martillo en la cintura. Era hora de ir a cazar pájaros venenosos. Se acordó de abrir la puerta de su apartamento desde dentro para poder volver a entrar después de llegar a un acuerdo con Zhen.

El edificio de Grenville House estaba totalmente a oscuras. Dominika se sintió aliviada al comprobar que, colgada de los dedos, podía tocar la barandilla del balcón inferior con los dedos de los pies, y pudo dejarse caer sin hacer ruido en el oscuro balcón del apartamento de Zhen. La puerta del balcón estaba abierta y entró de puntillas, atravesando un muro de fragancia de ylang-ylang. El sonido del agua de la ducha procedía del dormitorio, y Dominika buscó el martillo mientras avanzaba en la oscuridad. No había martillo. Es que no la había oído salirse del pantalón del pijama ni golpear la calzada nueve pisos más abajo.

Dominika se asomó al cuarto de baño. La vacilante luz de las

velas apenas permitía ver a través de la mampara de cristal empañado de la gran ducha. Zhen estaba de espaldas a Dominika bajo el cabezal rectangular de la ducha de lluvia, disfrutando del suave diluvio, con los brazos por encima de la cabeza, los músculos de las nalgas contraídos al moverse y el pelo mojado resbalando sobre su cráneo. Dominika intentó recordar la ubicación de las principales venas y arterias del cuerpo humano, sabiendo que la cuchilla del cúter sólo medía dos centímetros. Es hora de que te pongas a ello, se dijo, antes de que empieces a gemir como una vaca.

Una oleada de rabia hirvió en las entrañas de Dominika por lo que estaba a punto de hacer, por lo que la estaban obligando a hacer. Midió la distancia a través de la abertura del cristal y buscó el cúter, pensando en un tajo, no una puñalada, un tajo en la garganta, los ojos, el cuello. Justo antes de dar un paso adelante, su vista se fijó en un kimono que colgaba de una pared y, dejando el cúter a un lado, se acercó y desenfundó el cinturón de seda; luego, con rapidez, hizo un nudo corredizo con dos lazos, se metió en la ducha y deslizó el lazo por encima de la cabeza de Zhen, apretando el nudo. Moviéndose más rápido de lo humanamente posible, Zhen se volvió hacia ella e intentó inclinar la cabeza para deslizar el lazo, pero Dominika salió del cristal, pasó el cinturón por el borde superior y tiró de él con todas sus fuerzas, añadiendo el peso de su cuerpo, empujando la mejilla de Zhen de lado contra el interior del cristal con un ruido seco y, con otro tirón, la hizo caer de pie. El cristal mantenía las manos y los pies de Zhen alejados de ella.

Los dedos de los pies de Zhen tamborileaban contra la pared de la ducha; sus pechos, sus pezones marrones y el delta de su pubis se aplastaban contra el cristal mojado, sus dedos arañaban el material que le rodeaba la garganta, pero la seda empapada se había apretado hasta formar un nudo imposible, el lazo le tiraba de la cabeza a la altura de la oreja, y ella se agitaba como un pez de lado a lado, e intentaba zafarse del cristal con los pies, flexionando los muslos. De su boca abierta salían gruñidos ásperos, pero el ruido de la ducha tapaba el sonido. Después de tres minutos de violentas sacudidas, a medida que el oxígeno de su cerebro se agotaba, sus patadas disminuyeron, sus manos se apartaron de su garganta y se estremeció durante otros tres minutos, con la cabeza inclinada hacia un lado y salivando por la comisura de los labios. Los chorros de agua corrían por el cristal mientras Zhen miraba a través de él con los ojos muertos y la boca abierta a Dominika, que se había sentado en el suelo del cuarto de baño con un golpe, los pies apoyados, sujetando el cinturón, los brazos gritando y la mirada fija en el cadáver mojado.

Cinco minutos, diez, una hora más tarde —Dominika no podía decirlo— hizo que sus manos acalambradas se soltaran y Zhen se

deslizó por la mampara, con sus pechos aplastados chirriando contra el cristal mojado, normalmente un sonido berreante y erótico durante el sexo en la ducha, pero ahora era feo y definitivo. Zhen se tumbó boca arriba, con la barbilla levantada, las piernas abiertas y el agua de la ducha llenándole la boca y goteándole por las mejillas. Dominika cerró el grifo. El tic-tac del desagüe que goteaba bajo el cuerpo fue su único réquiem.

Secándose frenéticamente los pies y las piernas, Dominika avanzó deprisa por el salón —aquí ya no había chakras que palpitar con gongs vibrantes—, abrió la puerta principal, ignorando la posibilidad de una alarma silenciosa, y la dejó entreabierta, se metió en el hueco de la escalera y tiró de la manivela de la caja de la alarma de incendios que había marcado el día anterior. Ahora quería ruido y confusión. La peculiar alarma de incendios de Hong Kong era una sirena que sacaba a los inquilinos al pasillo mientras Dominika subía corriendo un tramo hasta la puerta de su apartamento, la empujaba y se ponía rápidamente una bata, para luego quedarse de pie en el pasillo, con aire inseguro y asustado. Rainy Chonghuan llegó corriendo por el pasillo con una camiseta sin mangas manchada de hoisin y unos calzoncillos bóxer, y la bajó de forma protectora nueve pisos por una escalera atestada de residentes gritando, niños llorando y una cacatúa graznando en una jaula de bambú.

Esa noche, Dominika fue alojada en una suite de un lujoso hotel de Kowloon, donde le empaquetaron la ropa, los artículos de aseo y sus pertenencias y se las entregaron a la mañana siguiente. Rainy, conmocionada y avergonzada, le contó que los bomberos que respondieron a la alarma habían encontrado a Zhen Gao asesinado en el apartamento operativo, estrangulado en la ducha. Los MSE estaban convencidos de que la había matado un equipo de acción de la CIA —probablemente habían hecho rápel desde el tejado— y de que la estadounidense Nash probablemente había colaborado. Se barajaron otras teorías en busca de explicaciones.

—Ninguna persona podría haber cogido desprevenida a Zhènniǎo y haberla vencido en combate —dijo Rainy—. No hay otra explicación.

—¿No pudo ser un crimen al azar? ¿Una violación? ¿Robo?— preguntó Dominika.

Rainy negó con la cabeza.

—Imposible. Podría haber tirado a un ladronzuelo por la barandilla del balcón con un solo brazo.

—Una conclusión desafortunada y frustrante para esta operación —dijo Dominika. —¿Qué vas a hacer ahora?

Rainy quería recuperar algo de prestigio ante esta debacle.

—El gweilo, el diablo extranjero Nash, está en Hong Kong

temporalmente, sin inmunidad diplomática. Pekín me ha ordenado que ordene a la Policía de Hong Kong que detenga a Nash como sospechoso de asesinato. Será encarcelado en la prisión de Stanley hasta su juicio y sentencia, y luego enviado a Laogai, un campo de trabajo, en el oeste de China, donde aprenderá a cavar carbón en las minas. Eso si no le ocurre algo peor mientras está detenido.

Este era un peligro totalmente nuevo. Si Nate era arrestado y encarcelado, el MSE no tendría que asesinarlo. Organizarían un juicio dramático, con cobertura internacional. Moriría en un campo de prisioneros en las estepas azotadas por el viento del oeste de China. Tenía que salir de Hong Kong inmediatamente. ¿Pero se enteraría la comisaría a tiempo de la muerte de Grace y de la orden de arresto? ¿O se presentaría Nate alegremente en su apartamento esta noche con un ramo de flores? Bozhe, Dios, podría ir directo a sus brazos.

Dominika luchó contra el pánico: ¿tendría que irrumpir en el Consulado de los Estados Unidos para entregar una advertencia? Estuvo soñando despierta. El final de su carrera como espía y el comienzo de una vida junto a Nate. Es un sueño cálido. Él se sorprendería al verla en Hong Kong, al otro lado del mundo. Imaginó su primer beso en el vestíbulo del consulado, sin importarle quién los viera. Espabila.

Pero el SMS decidió por ella. Una acompañante se quedó con ella en la habitación del hotel por la noche y, a la mañana siguiente, Dominika fue conducida al aeropuerto por un dispéptico Rainy Chonghuan y embarcada en un vuelo directo de Air China a Moscú, sin que se le propusieran ni ofrecieran más visitas de cortesía en Pekín. Es no fue exactamente un desaire: Los chinos estaban agitados y desconcertados. Además, el MSE, el general Sun y el ministro de Seguridad del Estado estaban mortificados por su fracaso operativo, presenciado de primera mano y de cerca por un oficial de inteligencia ruso. El desprestigio era demasiado grande como para recibirla como invitada en el ministerio. ¿Qué pensarían si se enteraran de que su excelsa invitada de un servicio fraternal era la que había estrangulado a su verdugo altamente entrenado?

Es una carrera contrarreloj. ¿Se enterarían los americanos de la orden antes de que Nate fuera detenido por la policía de Hong Kong? No lo sabría hasta mañana. El vuelo duraría diez horas. Leería los informes del SVR Asia por la mañana. Nate estaba solo.

Es que Dominika no tenía por qué preocuparse. Un joven y cooperativo teniente de la Policía de Hong Kong que recibía un sobre cada mes para —charlas confidenciales— con Bunty Boothby le pasó la noticia del asesinato y la orden de detención. El oficial de ASIS solicitó una reunión urgente con Nate y el COS Burns. Todos quedaron

seriamente conmocionados al enterarse de que la preciosa Grace Gao era un perro de presa del MSE . Nate se quedó totalmente estupefacto cuando el agente de Bunty añadió que Grace había formado parte de una operación del MSE para sobornar a Nate y sonsacarle el nombre de su nuevo recluta del EPL. Por los pelos. Pero, ¿quién la había matado? El COS Burns se paseaba por el metro y medio de su despacho.

—Es que ahora mismo no importa quién la mató. Lo sabremos tarde o temprano —dijo. Señaló a Nate: —"Acabas de evitar el Little Bighorn".

Nate apoyó la cabeza en las manos.

—La universidad, y el restaurante, debería haberlo visto —dijo casi para sí mismo—Estaba demasiado concentrado en ficharla.

—No hiciste nada malo,— dijo Burns. —Según las normas. Leí y di salida a todos tus cables e informes de contacto.—

—Estas cosas pasan, amigo,— dijo solícito Bunty, con una pierna enganchada en el brazo del sofá del despacho de Burns. —Dime que por lo menos te ha dado un disgusto.—

Nate no podía salir de Hong Kong ni de Macao por aire, pues ambos aeropuertos estaban siendo vigilados de cerca. No había cruceros en el puerto. Bunty propuso la idea de que Nate podría, sólo posiblemente, tomar un tren desde la estación Hung Hom de Hong Kong hasta la estación Este de Guangzhou, y tomar un vuelo a Seúl o Tokio desde allí. Pensó que el SMS nunca esperaría una maniobra tan audaz. Esa opción obligaría a Nate a esperar un tiempo indeterminado para obtener un pasaporte alias de Langley, lo cual resultaba problemático. No podía esconderse indefinidamente en el consulado, había demasiados lugareños.

Por último, el riesgo de que Nate entrara en China para salir del país convenció al COS Burns de que la opción no era viable. El Cuartel General de la CIA, mientras tanto, estaba inundando la estación de Hong Kong con cables de interrogatorio sobre el caso de desarrollo contra Grace, su asesinato, la seguridad continuada del nuevo activo SONGBIRD y propuestas para sacar a Nate de Hong Kong. Benford habló personalmente con Nate por el teléfono seguro y parecía tranquilo y apacible.

—Tu actuación con SONGBIRD y con esta mujer ha sido ejemplar —le dijo Benford—Mantenme informado de tus planes de exfiltración, y vuelve aquí lo antes posible.—Colgó antes de que Nate pudiera responder, pero de Benford aquello era una carta de amor. Eso era algo, al menos.

Un día después, el COS tenía un plan. Pidieron prestado un uniforme al curioso pero cooperativo agregado militar adjunto, un

comandante de la Marina estadounidense. El oficial técnico de la Estación combinó el color del pelo de Nate con un bigote modificado —de cejas— y le puso unas patillas algo más largas y unas pesadas gafas de carey para redondear su rostro. A la tarde siguiente, húmeda y nublada, el comandante Nash subió a un autobús del parque móvil con veinte empleados del consulado, la mayoría de ellos de la Estación. El autobús bajó por Connaught Road, atravesó el túnel bajo el puerto y se detuvo en el muelle municipal de Canton Road, en Kowloon, para una visita pública al USS Blue Ridge, un buque de mando anfibio de seiscientos pies de eslora y buque insignia de la 7ª Flota de la Marina estadounidense, que hacía su escala bianual amistosa en el puerto.

A su llegada, Bunty Boothby y Marigold Dougherty insistían a la policía de Hong Kong, de servicio al pie de la pasarela, para que les dejaran subir a bordo sin invitaciones. Marigold llevaba un vestido largo y tacones, gritaba a Bunty por haberse olvidado las invitaciones en casa, le llamaba nong y rompía a llorar. Llegó el autobús lleno de empleados del consulado y los abrumados agentes de policía se apresuraron a hacer el recuento y dejar subir a todo el mundo. Ni parpadearon al ver a Nate en medio de la confusión. Bunty brindó por Nate en la sala de oficiales, le dio las gracias por su compañerismo y señaló que Pekín se volvería loca cuando se dieran cuenta de que Nathaniel Nash había salido de China. Al final de la velada, un joven contramaestre cambió su puesto con Nate y bajó del barco mientras éste permanecía a bordo, fuera de la vista.

El Blue Ridge zarpó de Hong Kong a la mañana siguiente y regresó al cuartel general de la flota en Yokosuka, Japón, en tres días, un tránsito de mil quinientas millas náuticas, durante el cual Nate permaneció en su camarote, comió solo en el comedor de oficiales y vio media docena de películas. Reflexionó sobre Grace, se preguntó sobre Dominika y la caza del topo, la reunión informativa para los candidatos de la DCIA y su relación con Benford y Forsyth, y esperó con inquietud lo que tenían pensado para él. ¿Una misión en el extranjero? ¿Una comisión de servicio en el FBI? ¿Un pequeño cubículo en el sótano del Cuartel General?

No sabía por qué, pero tenía la sensación —lo sabía— de que vería a Dominika muy pronto.

SOPA DE LECHUGA SHĒNGCÀI DE ZHÈNNIǍO

Se sofríen las cebollas blancas cortadas en dados y el ajo picado en mantequilla en una olla para sopa, removiendo hasta que se ablanden. Añadir cilantro picado, sal y pimienta. Añadir las patatas peladas y cortadas en dados, las hojas de lechuga enteras (sin cortar las

costillas) y agua hasta cubrirlas. Llevar a ebullición, tapar y cocer a fuego lento hasta que las patatas estén blandas. Haga un puré con el líquido hasta obtener una textura aterciopelada, añada la mantequilla y sazone al gusto. Servir caliente o a temperatura ambiente.

31

Liga de Naciones

—ERES tan malo como Angleton —le dijo el director en funciones Farrell a Benford, que estaba de pie frente al impecable escritorio del despacho de la DCIA en la séptima planta del Cuartel General. Desprovisto de cables, memorandos o planes de operaciones, el espacio de trabajo del Director contrastaba enormemente con el escritorio de Benford, tres plantas más abajo, en el CID, que se asemejaba más al centro de Tokio después de que Godzilla lo atravesara. —Angleton había sido el celoso y mesiánico jefe de CI de los años setenta que veía desinformación y provocación soviéticas debajo de cada piedra. Benford movió ligeramente los pies.

Farrell era un analista económico de pelo lacio de la Dirección de Inteligencia que, a los ojos de los desaprensivos trabajadores de Langley, era una elección improbable para dirigir la Agencia, aunque fuera temporalmente. Tenía los ojos como platos, una tez de cera, una voz de caricatura y un interés permanente y singular en promocionarse. En un principio, Potus se había fijado en Farrell por ser un internacionalista con una sana aversión a los vaqueros de la CIA. Farrell se había ganado aún más la simpatía de la Casa Blanca tras declarar públicamente que daría crédito a las valoraciones de los analistas de la Central sobre la situación política de cualquier país, en lugar de confiar en las estimaciones del Jefe de la Estación sobre el terreno, una apostasía cada vez más en boga tras el ahogamiento del DCIA Alex Larson. Cuando el comentario de Farrell se hizo de dominio público, los oficiales de operaciones en el extranjero continuaron su trabajo, brindando en silencio por el Director en funciones en las cenas de reclutamiento en todo el mundo.

—Este topo apenas es una sombra —dijo Benford, controlando el impulso de decirle a este pesado burócrata que era una cacatúa engreída—Su existencia ha sido corroborada por un activo sensible en Moscú —El Director resopló.

—Es siempre lo mismo —dijo Farrell—El agente sensible dice algo y nosotros pasamos a la acción. Es absurdo. El director tenía derecho a preguntar por cualquier fuente, incluido su nombre real, pero Benford protegía celosamente sus casos de acceso restringido y normalmente sólo se refería a ellos mediante criptónimos.

—DIVA, nuestra principal fuente en Rusia, su inteligencia ha sido impecable, ha robado secretos desde dentro del mismísimo Kremlin.

Farrell hizo una mueca.

—Prefiero evitar esa frase tan manida, 'robar secretos'. Robar

implica métodos extralegales y moralmente reprobables.—

—Es la definición de espionaje, desde que Judas besó a Jesús,— dijo Benford.

Farrell levantó la vista, molesto por su tono. Los dos hombres se fulminaron con la mirada.

—Nosotros no robamos secretos —dijo.

Benford se mantuvo serio. —Esa homilía ya la he oído antes, en alguna parte. Es tan imbécil ahora como entonces.

Farrell giró en su silla, dándole la espalda a Benford.

—No te he hecho venir para escuchar tus cantinelas retrógradas de viejo cuño. Te he llamado porque tengo entendido que no estás informando plenamente a los tres candidatos al puesto de director. Debes informarles a todos sin reservas, sin evasivas, incluyendo el informe de este activo estrella tuyo. ¿Lo ha entendido? Informes completos.

—El activo está en una posición precaria. La información puede llegar directamente a ella, — dijo Benford, sabiendo ya lo que iba a hacer.

—Déjate de pedantería, Farrell. Todos los nominados tienen acreditaciones de alto secreto. Infórmales. A todos. ¿Está claro?

—Te van a despedir, Simon—dijo Forsyth. Estaban sentados en el despacho de Benford. Lucius Westfall estaba apretujado en el sofá, intentando evitar que una tambaleante pila de expedientes cayera sobre él y sobre el suelo.

—Sospechamos que uno de los candidatos a próximo director de la Agencia Central de Inteligencia es un topo dirigido por el Centro de Moscú. El candidato del Kremlin. Si MAGNIT es seleccionado como DCIA, la Agencia dejará de existir, y los Estados Unidos estarán ciegos a las amenazas en el extranjero. Es peor que Philby, peor que Ames o Hanssen.

—Tendríamos que exiliar y reubicar cientos de activos,— dijo Forsyth. —No sólo los rusos, sino fuentes en China, Corea del Norte y Cuba.

—El pasillo de los cereales del supermercado de Alejandría va a parecer la Sociedad de Naciones, con todos los ex agentes comprando en el supermercado —dijo Westfall, que una vez fue canguro de un desertor chino y sabía lo imposibles que podían ser la mayoría de los desertores.

—Ésos serán los que acordemos resolver. Quedarán muchas personas de bajo nivel, a las que meterán en la cárcel o jubilarán sin pensión —dijo Forsyth.

—Os olvidáis de los que no se irán y tratarán de salir adelante,— dijo Benford. —A los que echarán a los leones —todos pensaban en Dominika.

—¿Así que estás dispuesta a arriesgar tu carrera para desafiar al Director?—

—¿A cambio de DIVA? Todos sabían la respuesta a la pregunta, incluido el novato del sofá, que ya se sentía ferozmente protector con la rusa de ojos azules.

—Hora de un enema de bario,— dijo Benford. —Los ojos de Westfall se abrieron de par en par. Se preguntó frenéticamente si se trataría de un rito secreto medieval de iniciación en la Dirección de Operaciones o, lo que era más plausible, de una desagradable práctica personal de Benford en la que él, como factótum, debía ayudar de alguna manera. Estuvo seguro de que no figuraba entre sus obligaciones profesionales.

Westfall se sintió inconmensurablemente aliviado, aunque alarmado por el alcance de la sedición, cuando Forsyth y Benford le explicaron lo que significaba —enema de bario—una prueba de contrainteligencia— y lo que querían. Justo entonces, la secretaria de Benford entró con el almuerzo, una caja de cartón con vasos de poliestireno de sopa de huevo de la cafetería, que se había hecho popular con el reclutamiento de SONGBIRD. Repartió los vasos y el espacio quedó en silencio, salvo por el sonido de los sorbos de Benford.

Tuvieron la suerte de que, para la siguiente ronda de sesiones informativas, cada uno de los candidatos tenía conflictos de agenda, por lo que las sesiones individuales tuvieron que programarse a horas diferentes. Benford informó servilmente a la senadora Feigenbaum y a su fruncido monaguillo Farbissen sobre una delicada operación para reclutar a un empleado de códigos ruso en Buenos Aires, sin basarse en ninguna vulnerabilidad o transgresión normativa demostrada, sino simplemente porque se observó que el joven soltero estaba solo. Farbissen resopló con sorna y la senadora murmuró —expedición de pesca— en voz baja, sin reconocer ninguno de los dos el inmenso valor de reclutar a un empleado de códigos.

En realidad, Benford había urdido toda la operación. Si Feigenbaum/Farbissen eran los topos, el Centro llamaría rápidamente a Moscú al intachable empleado de códigos —algo que el cooperativo servicio argentino pudo averiguar inmediatamente— para sacarlo del punto de mira de la pérfida CIA. Benford perdió una hora actuando, tratando de convencer a estos dos bivalvos del Congreso de que la

operación tenía mérito. Para entonces, se había acabado el tiempo y Benford había evitado informar de sus casos más delicados por hoy. Es un truco que sólo funcionará una vez.

Al día siguiente, Forsyth informó al VADM Rowland. Benford había sugerido a Forsyth que utilizara un poco de su encanto para ver si el adusto tripartito reaccionaba ante él. Más tarde, Forsyth declaró con malhumor que coquetear ligeramente con el almirante era como lanzar bolas de algodón a una placa de acero remachada.

—Cristo—decía Forsyth. —Me puse el traje oscuro con el pañuelo italiano, le dediqué una sonrisa de oficial de caso, me volví encantador y la felicité por su inspirada gestión de la ONR. Dejé que me sorprendiera mirándole las piernas y le conté una historia sobre mi prometida, que se perdió en el mar durante un tifón. Nada. Ninguna reacción. He visto a norcoreanos en recepciones diplomáticas reaccionar más que ella. Fui a casa esa noche y lloré en mi almohada.

—La edad es el gran nivelador. Es algo que nos alcanza a todos, — entonó Benford, compadeciéndose. —Es posible que haya sido el pañuelo de bolsillo.

Forsyth había informado al almirante sobre un caso inquietante en Ciudad de Panamá, en el que estaba implicado un reclutado pero obstinado senador del Parlamento panameño que se había hecho amigo de un diplomático ruso no identificado (e imaginario) que —hablaba fuera de la escuela.— El senador se había negado a identificar al ruso hasta que la Estación accediera a subirle el sueldo. Benford sabía que incluso la posibilidad de que un diplomático ruso desconocido se pusiera en contacto con un agente de acceso de la CIA provocaría un apresurado acercamiento ruso al venal senador en un intento de identificar al diplomático díscolo. (El senador, de hecho, era un activo leal desde hacía mucho tiempo que denunciaría cualquier contacto o vigilancia sobre él).

—El almirante escuchó amablemente, pero estaba claro que no le interesaba —dijo Forsyth—.

—Probablemente pensando en impedancia magnética y julios —dijo Benford. —Sigue siendo la menos probable de las tres, en mi opinión —Se volvió hacia Westfall. —Informarás mañana al embajador Vano. Parece menos preocupado por el rango y es de naturaleza ecuánime, así que es de suponer que no pondrá objeciones a una sesión informativa de un caracol subalterno. Es importante que lo hagas con entusiasmo juvenil y que parezca que te estás extralimitando en tus funciones. Observa su reacción. Es un exitoso hombre de negocios con acceso, vanidoso e inexperto en asuntos de inteligencia. Juega con eso.

Para ser un analista junior recién llegado a la Dirección de Operaciones, Lucius interpretó su papel con muy buena mano como el

analista demasiado serio con datos y cifras al que le gustaba oírse hablar a sí mismo. Le habló al embajador de un (ficticio) capitán de navío ruso de la Flota del Norte destinado en Murmansk que pretendía desertar e introducirse con su familia en Finlandia en la parte trasera de uno de los cientos de camiones de 18 ruedas que pasaban por Vaalimaan Rajanylityspaikka, el paso fronterizo finlandés más meridional de la E18. Westfall se jactó de que el capitán ruso comandaba un submarino balístico de la flota, podría llevar consigo kilos de documentos navales de alto secreto e intentaría cruzar la frontera en dos meses. Esto sería un cebo irresistible para los rusos, que destrozarían todos los camiones que salieran de la Federación, provocando un caos sagrado en la frontera, que sería fácilmente observable. Benford estaba entusiasmado ahora que había esparcido su rastro de migas de pan a los pies de cada candidato.

—Preveo que el FSB y el SVR colaborarán, y que la DIVA participará en las investigaciones —dijo Benford—Tendremos, por tanto, inteligencia positiva sobre qué variante se informó a Moscú.

—Si alguna vez conseguimos su comunicación fiable,— refunfuñó Forsyth. —No podemos seguir encontrándonos con ella en la calle.

—Hearsey me ha dicho que se ha probado un nuevo equipo de comunicaciones y que pronto estará listo para su despliegue. Es que viene a hacer una demostración esta tarde. Es conveniente que todos estéis aquí para evaluar su idoneidad para DIVA, especialmente Nash, cuando vuelva de Oriente.—

Nash regresó al día siguiente, fue felicitado sarcásticamente por Benford por haberse resistido a utilizar su falo en las operaciones de Hong Kong, y fue informado de la caza del topo. Hearsey acudió al despacho de Benford y saludó con la cabeza a los oficiales que se encontraban en el espacio. Sin duda estaba imitando a Gary Cooper, pensó Nate, al darse cuenta de la costumbre de su hombre alto de agacharse instintivamente un poco bajo el marco de la puerta. Hearsey llevaba una chaqueta deportiva suave sobre una camisa a rayas y pantalones caqui, y portaba un maletín plateado de Halliburton ZERO. Detrás de él, arrastrando un gran baúl Pelican de plástico negro, iba otro técnico presentado como Frank Mendelsohn, bajo, delgado, moreno, tímido y nervioso, sobre el que Benford susurró: "El tipo al que no quieres montando la bomba en el sótano".

Hearsey asintió a Nate. Los oficiales de operaciones ya habían trabajado antes con Hearsey; había entrado en una fábrica alemana con Gable para sabotear piezas de centrifugadoras destinadas a Irán, y había entrenado a la amiga de Nate, Hannah Archer, antes de que la

destinaran a Moscú. Hearsey era lo que llamaban un técnico operativo, un ingeniero formado que sabía que no se podía colar un dispositivo de escucha en una oficina si venía en doce piezas y pesaba seiscientas libras. Entendía de operaciones, y sus soluciones técnicas reflejaban esa comprensión, una rara avis.

Como era habitual en él, Benford había pasado por alto al orondo Director de la OTS y había pedido confidencialmente a Hearsey que considerara soluciones al problema de comunicación de DIVA ahora que iba a ser Directora de SVR. Pidió a la espigada técnica que pensara con originalidad y diera con una respuesta. Es un poco arriesgado para Hearsey aceptar y trabajar en un proyecto ilegal para Benford sin el conocimiento de su propio jefe, pero no podía soportar a su jefa, una forastera no técnica a la que llamaba gestora gaviota. —Entra en picado, empieza a gritar, se caga en todo y luego se va volando —le había dicho Hearsey a Benford.

Hearsey se sentó en el sofá, con las rodillas a la altura del estómago. —Supongo que no pasa nada por hablar de los detalles delante de todo el mundo —dijo. Benford asintió. —Tuve el principio de una idea, así que pedí a la ANIG, la Agencia Nacional de Inteligencia Geoespacial, la gente que vuela los satélites, que tomara imágenes del cuartel general de la SVR en Yasenevo. Hicieron una toma ELINT, que lee las emisiones electrónicas, y la siguiente fue una toma MASINT, que mide la energía. Buscaba dos cosas: que los edificios principales irradiaran energía eléctrica al exterior; y que sólo hubiera un transformador principal —los transformadores reductores bloquean la energía— en una central separada.

—¿Cómo te ha ido?— dijo Forsyth.

—Dos de dos —dijo Hearsey. —Los edificios irradian, así que debe de haber kilómetros de cableado dentro de las paredes, y los transformadores están en una central eléctrica específica al otro lado del recinto.—

—Se me acelera el pulso, pero ¿qué nos estás diciendo exactamente?— dijo Benford.

Hearsey sonrió.

—Esto te va a gustar, Simon. Los rusos endurecieron su cuartel general por dentro contra las escuchas externas, pero no pensaron en la energía que se filtraba por los cables del exterior hacia el pinar circundante. La conclusión es que los dos edificios principales del cuartel general del SVR en Moscú son, en esencia, una gran antena resonante", decía. —Incluso las formas de los dos edificios —una torre de quince plantas conectada a un ala de cinco plantas en forma de Y— actúan como una antena direccional Yagi.

—No preguntaré qué es una antena Yagi. Pero, ¿en qué nos ayuda eso? —dijo Benford.

—Es Yagi, y es justo lo que necesitamos. Hearsey se volvió hacia Mendelsohn, que abrió la taquilla y sacó una elegante lámpara de escritorio compuesta por una gran base de ébano, un brazo de acero inoxidable en forma de L y una amplia pantalla negra. Hearsey sonrió y colocó la lámpara en el brazo del sofá.

—Ponga esta lámpara en el escritorio de su agente y enchúfela a la pared. Es todo. Podrá dictar, grabar o teclear mensajes a Simon a través de esta lámpara, utilizando los cables eléctricos del edificio como soporte, incluso con personas presentes en el despacho del agente —dijo Hearsey—Otra función: alinee los documentos a lo largo de la base bajo la pantalla y podrá fotografiarlos, incluso mientras los firma, justo delante de una secretaria que mira por encima del hombro. Y la lámpara le avisará cuando le esté esperando un mensaje de Simon.

—¿Cómo lo hace?— dijo Nate.

—Un anillo de vórtice de aire —dijo Hearsey.

—¿Qué significa eso?—dijo Forsyth.

—Le soplará en la oreja—dijo Hearsey.

—Eso no puede ser malo —dijo Westfall.

Hearsey se marchó al cabo de dos horas, después de haber demostrado las funciones de ocultación de la lámpara de escritorio para el equipo de comunicaciones encubiertas de DIVA. Hearsey les dijo que el sistema estaba encriptado BOLERO, lo que a la cripta Simon le pareció una fatuidad. No obstante, estaba satisfecho. Hearsey se había superado a sí mismo, apoyado por la brillante ingeniería de Frank Mendelsohn, cuyo apodo en la oficina, inexplicablemente, era Money Shot. El transmisor/receptor BOLERO era interactivo, multifuncional y estaba protegido contra la manipulación mediante un enlace de acción permisiva con escáner de retina. Los mensajes o imágenes que Dominika cargaba en el dispositivo se almacenaban hasta que éste detectaba el código de autentificación del satélite de telemetría BATTLEFAT en órbita geosíncronica sobre el Círculo Polar Ártico. En 3,5 segundos, los mensajes almacenados de Dominika inundarían la red eléctrica del edificio hasta llegar al satélite, y los mensajes entrantes simultáneos serían leídos por la lámpara BOLERO situada en el otro extremo del enchufe de la oficina de DIVA.

—¿Serán detectables estas transmisiones dentro del edificio? ¿Es seguro?

—Los expertos en comunicaciones de la SVR nos han resuelto ese problema —dijo Hearsey—Han blindado el edificio contra escuchas externas, así que nuestras comunicaciones no emanan al interior. Hemos tenido suerte.

—Tengo una pregunta—dijo Westfall, siempre tan analista. —

Tengo entendido que las transmisiones a los satélites son vulnerables a la interceptación por radio o a la radiogoniometría.

—Quieres decir triangulación—dijo Hearsey. —No con este sistema. La potencia es baja, como con su equipo SRAC, pero, lo que es más importante, las transmisiones son difusas. Es la diferencia entre rastrear un rayo en el cielo nocturno para encontrar el reflector, y meter niebla en un saco de arpillera.— Benford gruñó con aprobación ante aquello, una metáfora que podía entender.

A continuación, Frank Mendelsohn explicó los principios de la comunicación háptica (táctil), la interfaz de usuario orgánica y la visualización flexible con interacciones curvas hasta que Benford empezó a ponerse morado. La nada desdeñable cuestión de introducir la lámpara de escritorio en el cuartel general de la SVR sin levantar sospechas parecía ser un problema hasta que Nate dijo que Dominika podría llevarla ella misma mientras se trasladaba al despacho del Director y elegía nuevo mobiliario. La lámpara le llegaría en caché desde la estación de Moscú. Arriesgado, pero factible. Y una vez que la lámpara estuviera en su escritorio, no tendría que poner un pie en la calle para encontrarse con un agente del caso: los encuentros personales se reservarían para cuando DIVA viajara fuera de Rusia. Benford dijo que debían desplegar BOLERO lo antes posible.

DIVA volvería a estar en línea, y Benford podría empezar a leer de nuevo el correo de otros caballeros, con la excepción de los mensajes de y para MAGNIT. Y ése era el problema.

SOPA DE HUEVO DE LA CIA

Calentar el caldo de pollo y utilizar un poco para mezclarlo con la maicena hasta obtener una papilla. En el caldo restante, añadir jengibre, salsa de soja, cebolletas cortadas en dados, champiñones cortados en láminas finas, pimienta blanca y llevar a ebullición. Añadir la suspensión de maicena, remover bien y cocer a fuego lento. Batir los huevos enérgicamente en un cuenco aparte y verterlos lentamente en la sopa mientras se remueve el caldo, para que los huevos se cuezan y se extiendan en cintas. Un ingrediente opcional es el maíz en grano (o en crema). Decorar con más cebolletas picadas y servir inmediatamente.

32

Snaggletooth

EL REGRESO de Dominika de China —los rumores de su comisión secreta a Pekín tenían a los siloviki (excepto Gorelikov y el jefe del FSB, Bortnikov) frenéticos de envidia y temblor— coincidió con el anuncio de su ascenso a general de una estrella y al puesto de directora del SVR. Tras la reunión del Consejo de Seguridad, rostros regordetes y regordetes se agolpaban a su alrededor para felicitarla, envolviéndola en un miasma imposiblemente empalagoso de colonias competidoras con el trasfondo del sudor terroso y temeroso de los oficiales que tenían millones escondidos en cuentas en el extranjero. Es, por tanto, importante establecer buenas relaciones con esta shlyukha, esta antigua trola, que ahora disponía de los medios organizativos y las autoridades para investigar cuentas bancarias en el extranjero siempre que Vladimir Vladimirovich lo ordenara. Manos de buey con uñas cuidadas y anillos en los meñiques bombeaban su mano y halos amarillos temblaban sobre sus sonrisas amarillas, intercaladas por las raras coronas azules de los pocos pensadores pragmáticos del Consejo, las ocasionales gacelas que deambulaban entre los búfalos flanqueados de barro. Los pensadores tenían un bajo índice de supervivencia en las selvas del Kremlin.

La ceremonia oficial de promoción tuvo lugar la semana siguiente en la dorada Sala Andreyevsky del Gran Palacio del Kremlin, frente a las puertas curvas de filigrana dorada de cuarenta pies, sobre las que montaba guardia el águila bicéfala negra de la Federación Rusa, con las alas desplegadas, el orbe y el cetro en sus garras. Las reliquias representaban el dominio de Dios sobre la Tierra y el gobierno benévolo y justo del monarca sobre su pueblo. Dominika contempló la imponente ironía de la benevolencia y la justicia en la Rusia moderna mientras el presidente se acercaba a ella para prenderle la Orden al Mérito a la Patria, Primera Clase, en la solapa de su túnica verde bosque, el uniforme militar que los jefes de servicio llevaban a los actos ceremoniales para reflejar sus rangos de bandera. Dominika odiaba el corte holgado de la chaqueta de doble botonadura, las rígidas charreteras y la falda verde de líneas rectas, más propia de una bibliotecaria o de la secretaria de un magistrado de bodas. Los zapatos de servicio negros y toscos, ni siquiera podía mirarlos.

—Pozdravlyayu, general —le dijo Putin, mirándola a los ojos—. Felicitaciones. Sus dedos se detuvieron mientras le colocaba la medalla en la solapa, alisando solícitamente la cinta de color granate que colgaba, rozando con dedos cómplices el comienzo de la turgencia

de su pecho izquierdo. Dominika se preguntó distraídamente si a continuación le entregarían la hebilla del cinturón de un general, lo que daría al presidente otra oportunidad de alisar los pliegues de la falda de su uniforme.

—Gracias, señor presidente, seguiré sirviendo a la Rodina con todas mis energías —dijo Dominika, poniéndose de pie ante lo que imaginaba era una semblanza de atención. El halo azul de Putin palpitó una vez y le dedicó una sonrisa de aceite de oliva que transmitía inequívocamente: no, sírvame con todas sus energías, atiborre a la Rodina, mientras le estrechaba la mano y se ponía de lado de la otra medallista, una campeona de gimnasia rítmica de veintisiete años, que se retiraba del deporte y había sido nombrada organizadora de distrito de Yedinaya Rossiya, el Partido Rusia Unida, el partido gubernamental que controlaba el 75% de los escaños parlamentarios. Dominika se preguntó cómo se había cualificado para ese puesto. El presidente se volvió hacia Dominika después de colocarle laboriosamente una medalla deportiva a la sonrojada gimnasta.

—Estoy deseando recibirte en la recepción del cabo dentro de unos días —dijo Putin, lascivo. Dominika se preguntó si su dacha estaría preparada para sonido y vídeo, y si el presidente tendría llave de la puerta principal. Preguntas estúpidas.

—Allí estaré, señor presidente. Gracias por la invitación. Y debo agradecerle de nuevo por el uso de la dacha. Es muy bonita.

Putin asintió.

—La vista del mar desde esa dacha en particular sólo es superada por la vista desde el apartamento principal de la casa principal —dijo como si estuviera vendiendo acciones de un esquema Ponzi.

Dominika sonrió.

—No lo dudo —dijo, sin compromiso. No iba a sacar pecho, mojarse los labios y decirle que se moría de ganas de comparar las dos vistas. ¿Cómo mantener a un déspota desconfiado, codicioso y cachondo alejado de ti durante dos o tres días sin provocar su ira o, peor aún, avergonzarle en cuanto a cuestiones de rendimiento? En las calles de Moscú corría el rumor de que Dimitri Medvédev, el diminuto primer ministro de Putin, un protegido que había cambiado de puesto con Putin para cumplir la ley de limitación de mandatos, estaba mejor dotado y era más salvaje que su supuestamente ubérrimo patrón. El apodo de Medvédev de aquellos años era Nano Presidente, pero la mera idea de que Putin no fuera el lobo alfa rampante de toda la manada no podía contemplarse ni remotamente.

—Hasta entonces,— dijo el presidente antes de marcharse. Sintió pasos que se acercaban detrás de ella.

—Enhorabuena, director —dijo un Gorelikov sonriente y jubiloso

con una floritura—Te has ganado este honor, y vamos a conseguir grandes cosas en los próximos meses. Desbaratar democracias, subyugar inocentes, habilitar sustitutos de pata hendida, tal vez iniciar la próxima guerra mundial. —Pero Anton se deleitaba con las posibilidades ahora que su ingenua, su creación, había conseguido el gran trabajo. —Con el anuncio de tu nuevo puesto, me he tomado la libertad de trasladar tus pertenencias a tu nuevo ático en Kutuzovsky Prospekt. Es elegante y muy cómodo. —Qué amable y atento. El cortés favor fue una oportunidad para que el equipo de Gorelikov rebuscara entre sus pertenencias. Bozhe, gracias a Dios que enterré mi equipo SRAC roto antes de irme. —El ático perteneció a Andropov antes de convertirse en Primer Secretario —sonrió Anton. Encantador. Espero que hayan quitado la cama del hospital y las botellas de oxígeno desde entonces. —Naturalmente, su agenda diaria se verá ocupada por más tareas de representación, que comenzarán mañana por la tarde con una recepción diplomática formal en la Sala Georgievsky, aquí en el Gran Palacio del Kremlin. Además de las embajadas, habrá varias delegaciones.— El primer pensamiento irracional de Dominika fue que no tenía vestido para una recepción formal. Gorelikov era un brujo que leía su mente.

—Dominika, yo también me he tomado la escandalosa libertad de guardar una selección de vestidos de noche en tu armario —dijo Anton como un ayuda de cámara—, pero debo disculparme de antemano por mi absoluta falta de estilo. El elegante Gorelikov, vestido hoy con un exquisito traje gris de franela de corte británico, camisa blanca de cuello abierto y corbata negra de punto, habría elegido, no le cupo duda a Dominika, elegantes y caros vestidos de su talla exacta. Bienvenida al club, pensó Dominika. Ahora te visten como a una muñeca.

—Seguro que serán preciosos, gracias —dijo Dominika, con la mente en blanco. Sabía que Benford se enteraría en un día de su esperado ascenso: TASS y Pravda se harían eco del anuncio, destacando sin duda el hecho de que la general Dominika Egorova era una de las mujeres de más alto rango del gobierno. La Rusia moderna avanza a pasos agigantados, pensó Dominika, a pesar del hecho inevitable de que todo el país no era más que una gran gasolinera con armas nucleares y montones de disidentes asesinados.

La multitud no hizo ademán de dispersarse —nadie llegaba a un acto de Estado después que el presidente y tampoco nadie se marchaba antes que él—, así que Dominika siguió hablando con Gorelikov, y pronto se les unió un amable y elogioso Alexander Bortnikov, del FSB, con un precioso uniforme azul empolvado con galones dorados en solapas y puños. Después de todo, Bortnikov era teniente general con tres estrellas. Estrechó la mano de Dominika

mientras la felicitaba, y su apretón cortésmente firme era seco y cálido, su halo azul firme —igualado por el aura igualmente firme sobre la cabeza y los hombros de Gorelikov— denotaba reserva y sensatez. Tal vez podría llegar a contar con ellos como verdaderos aliados en este laberinto del Kremlin. Entonces recordó que aquel abuelo benéfico y razonable había planeado y autorizado el asesinato de Litvinenko en Londres. Uno, pero nadie, era un aliado.

Las miradas de reojo de los siloviki que se arremolinaban eran mal disimuladas; las narices nerviosas ya habían olfateado el aire e identificado tentativamente un triunvirato recién formado: Gorelikov y los directores del SVR y el FSB, una potente cábala favorecida por el propio presidente. Pero Dominika recordó la advertencia de Benford cuando se planteó el tema de que ella se convirtiera primero en jefa del SVR: —Estarás cerca de la cima, pero aunque te vuelvas indispensable para Vladimir, también serás considerada una amenaza para su soberanía.— Nate tuvo que traducir esa palabra, pero ella sabía que tenía razón. A partir de ahora, su vida oficial estaría plagada de pruebas ocultas, trampas astutas y evaluaciones constantes de su lealtad. Se dijo a sí misma que destripar el Kremlin para Benford, Nate y Forsyth sería triplemente satisfactorio a partir de ahora, siempre que sobreviviera.

La angustia que ya conocía se agolpó en su pecho. ¿Dónde estaba Nate ahora? ¿Dejarían que se vieran? Tendría que elegir un viaje al extranjero plausible, el primero como Directora, para poder reunirse con sus amigos de la CIA, y a partir de ahora tendría que lidiar con ayudantes revoloteando y personal de seguridad siempre presente.

Dominika estaría muy ocupada en las próximas semanas y tendría que modificar su modo de operar. Tendría que inventar un motivo para salir sola sin escolta, enviar una señal para un encuentro personal con Ricky Walters y organizar un viaje al extranjero en un futuro próximo. Llevaría unas semanas organizarlo. Dominika tenía mucho que transmitir a sus superiores y necesitaba desesperadamente una comunicación fiable y segura. Aún no había decidido si contarles a Benford y a Nate que le había salvado la vida en Hong Kong. Pero por ahora, tenía que prepararse para una fiesta.

El Salón Georgievski del Gran Palacio del Kremlin era una serie interminable de artesonados macizos y ornamentados sostenidos por columnas de mármol estriadas en espiral en cada muelle, con intrincados capiteles y zócalos, una arcada de marfil y oro de deslumbrante opulencia iluminada por colosales lámparas de araña que colgaban en línea de cada cúpula, tres, cuatro, cinco, seis de ellas, con galaxias de luces que se reflejaban en el pulido suelo de parqué con incrustaciones de coloridas piezas de maderas preciosas,

dispuestas en patrones tan complejos como una alfombra Tabriz de Persia. El bullicioso cuerpo diplomático extranjero de Moscú abarrotaba el espacio, empujándose y llevando copas de champán por encima de la cabeza mientras se abría paso entre la multitud. Los oligarcas se arremolinaban tranquilamente en un rincón, preguntándose si se apropiarían de sus fortunas anteriores a Putin, cuándo y con qué pretexto. Los siloviki se mantenían sueltos en torno al presidente mientras éste trabajaba sin entusiasmo con la multitud, esbozando una sonrisa irónica o, en contadas ocasiones, una sonrisa ladeada, que sin duda lograba a un precio muy alto.

Los altos mandos militares rusos del ejército, la marina y las fuerzas aéreas permanecían segregados en sus manadas, verde, azul marino o azul claro respectivamente, como rebaños de antílopes africanos, los kudus separados de las martas, separados de los impalas. Dominika sabía que Gorelikov llenaría su armario de vestidos fabulosos. Dos de París (un Vuitton y un Dior) y uno de Milán (un Rinaldi), pero ella se había puesto el más recatado de Dior, un vestido de seda rosa champán con estampado floral y cuentas de seda, con cuerpo de reloj de arena, cintura fruncida y escote en pico. Gorelikov la guió entre la multitud, haciendo presentaciones. Ya conocía a los búfalos del Consejo de Seguridad y al secretario del Consejo, el adusto Nikolai Patrushev, que se quedó charlando con ella unos minutos, mientras miraba la parte delantera de su vestido. Nikolai se alejó cuando Bortnikov se relajó y mantuvo a Dominika entretenida durante quince minutos susurrándole al oído para señalarle a los funcionarios de inteligencia extranjera conocidos y sospechosos de las respectivas embajadas.

—¿Ese es el representante alemán del BND?— preguntó Dominika. —Parece un bychok godovalyy, un cerdo criador. No puede estar activo en la calle.— Bortnikov señaló a un hombre delgado de pelo blanco que hablaba con un grupo de diplomáticos. —El jefe de estación americano Reynolds, capaz, astuto y tramposo —dijo Bortnikov. —Sus oficiales están activos en la calle, pero aún no hemos detectado sus actividades... —Sigue con el buen trabajo, telegrafió Dominika al americano.

De repente, Gorelikov se excusó y se abrió paso entre la multitud, sorteando obstáculos a medio camino de la longitud del espacio de cien metros. Uniformados de la marina rusa se habían reunido en una puerta para saludar a otro grupo que llegaba, formado por una docena de oficiales de la marina extranjera —Bortnikov susurró que eran americanos, una delegación de la Marina de los Estados Unidos—, y parecía haber tanta trenza dorada y tantos pechos llenos de cintas en los americanos como en los rusos.

—¿Qué hacen aquí—preguntó Dominika.

Bortnikov se encogió de hombros.

—Algunas tontas discusiones proponiendo una cooperación naval conjunta contra los piratas somalíes y malayos —dijo. —Patrushev ha decidido que no tenemos tiempo ni recursos para tales aventuras, pero les hemos invitado de todos modos para guardar las apariencias y recopilar datos de evaluación sobre estos almirantes. Algún día puede que nos enfrentemos a ellos en combate —dijo Bortnikov, riendo entre dientes. Dominika observó cómo Gorelikov, Patrushev y los almirantes rusos saludaban con rigidez al contingente estadounidense, que iba acompañado por el embajador de Estados Unidos y una falange de ayudantes, entre ellos, para alarma de Dominika, el joven Ricky Walters, su oficial de caso en Moscú para encuentros personales. Bogu moy, Dios mío, si viera a Dominika ¿tendría el ingenio suficiente para mantenerse inexpresivo? Decidió no acercarse a los estadounidenses en toda la velada, un comportamiento un tanto incongruente para la nueva directora de la SVR, de quien se esperaba que se pusiera delante de las narices de los visitantes de la Marina de los Estados Unidos. El pensamiento le hizo cosquillas a un hecho accesorio que no pudo recuperar.

Dominika seguía recorriendo el espacio, —cortando el pastel,— como le enseñaron hace cien años en la Academia, marcando en sentido contrario, para mantenerse alejada de los estadounidenses, pero también para no perderlos de vista. ¿Se atrevería a garabatear una nota e intentar deslizarla en el bolsillo de Walters? ¿Para decir qué? ¿Y si Gorelikov la veía? No. Mil veces no.

Lo cierto era que Gorelikov pasaba mucho tiempo con el contingente de la Marina de los Estados Unidos, repartiendo copas de champán, alzando la suya para brindar por el oficial de mayor rango del grupo, el Jefe de Operaciones Navales, pero luego se dio la vuelta y brindó por otro almirante que, según vio Dominika, era una mujer varonil. Dominika se abrió paso entre la multitud para verla más de cerca, y algo se agitó en su interior: la almirante le resultaba familiar, de algún modo. Había sonreído ante una ocurrencia de Gorelikov, mostrando una dentadura desigual. ¿De qué se trataba? Gorelikov estaba recomendando canapés de la bandeja de un camarero que pasaba por allí, en la que había un surtido de salaka, brioche tostado con arenque y queso fundido. Un snaggletooth. Hace doce años. El Hotel Metropol. La trampa de miel del GRU. El flaco estudiante naval. El mordedor con el diente. Su hombro. Nunca había preguntado —ni se había preocupado— por el resultado de la trampa. Es posible, probable, que el chantaje no surtiera efecto, ya que el porcentaje histórico de éxito de las trampas de miel es sólo del 25%. Es posible, probable, que el chantaje no surtiera efecto, ya que el porcentaje histórico de éxito de las trampas de miel era sólo del 1%. Si surtía

efecto, el Kremlin llevaba más de una década dirigiendo a un almirante estadounidense.

Entonces Dominika se detuvo, congelada como un maniquí idiota en medio de la sala, empujada por los asistentes a la fiesta bajo las candelabros llameantes, y sintió que se le helaba la columna vertebral. La selección de la DCIA-Benford le había escrito con los nombres de los candidatos. Uno de los presentes esta noche tenía que ser el almirante de la Marina, Rowland. Su visita a Moscú en esta delegación podía no significar nada, pero también podía significar mucho. Las piezas rodaban en su cabeza como un techo de mosaico derrumbado. Shlykov. Cañón de riel naval. Sabía quién era, y sabía por qué Gorelikov le estaba adulando. Ahora todo lo que tenía que hacer era avisar a Benford para que averiguara si a MAGNIT le gustaban las tostadas con arenque. Sin comunicación, ella estaba muda y Benford ciego.

Gorelikov estaba sentado en un sofá de terciopelo rojo al fondo de la sala vacía, con los pies apoyados en una silla de brocado, la corbata aflojada y una copa de champán sin gas en el suelo a su lado. Dominika se sentó en el otro extremo del sofá. Los camareros que quedaban se apresuraban a recoger la última vajilla de las doce mesas de bufé que se habían colocado a lo largo del salón. Después vendría un ejército de limpiadores para abrillantar el magnífico suelo y quitar el polvo de los intersticios de las lámparas de araña.

—Los oficiales de la marina estadounidense son muy hábiles en situaciones sociales desconocidas, como la recepción de esta noche —dijo Gorelikov, frotándose los ojos—Reciben instrucción en conversación y comportamiento diplomáticos, y se manejan con confianza. En comparación, nuestros oficiales superiores son krestyane, campesinos y labradores, vacilantes a la hora de decir algo por miedo a revelar el color de los cascos de nuestras naves. Es positivamente soviético, la forma en que actúan.—

Dominika quería trabajar un poco con él.

—En aquel entonces todos estaban aterrorizados de Stalin,— dijo. —Él purgó a todo el cuerpo de oficiales en los años treinta.

—Sí, ¿pero ahora? El presidente apoya a las fuerzas armadas.

—Las viejas costumbres se desvanecen lentamente —dijo Dominika, sin comprometerse. —¿Pero quién era la almirante con la que hablabas? Era la única mujer del grupo. —El halo de Gorelikov vaciló, y Dominika escuchó el engaño.

—No recuerdo su nombre. Por lo visto es una genio de la ciencia —dijo Gorelikov con desdén—Se jubila pronto, y sin duda le ofrecerán puestos en consejos de administración de contratistas de defensa como asesora. Estos almirantes no saben hacer otra cosa cuando se jubilan

—Interesante. Es interesante. No sabes cómo se llama ni dónde trabaja, pero no se te ha pasado por alto que se jubilará pronto. Dominika se obligó a bostezar, mientras su mente se agitaba.

SI esta almirante era la chica a la que Dominika había seducido doce años atrás en el Metropol, y SI Gorelikov había conseguido presentarla como MAGNIT, y SI la ilegal SUSAN, con base en Nueva York, se reunía ahora con ella sin ser detectada, y SI era seleccionada y confirmada como directora de la CIA, lo primero que Gorelikov y Bortnikov le pedirían sería la lista de fuentes de la CIA reclutadas activamente dentro de Rusia. DIVA/Egorova encabezaría la lista. Muchas dudas, pero Dominika sabía que había un grave peligro.

¿Por qué Gorelikov no le decía que el almirante era MAGNIT? ¿Codicia profesional? ¿Órdenes del presidente? ¿Era sospechosa de alguna manera? No. La habían elegido expresamente para reunirse con SUSAN en Staten Island. ¿Estaban esperando su ascenso y una nueva demostración de lealtad? Tal vez.

Dominika siguió manteniéndose alejada de la delegación estadounidense. Sabe Dios qué problemas se producirían si el almirante la reconociera. Tras un día de reuniones de enlace con un mando naval ruso poco cooperativo, los estadounidenses harían escala en Londres durante dos días, tras los cuales el almirante regresaría a Washington para celebrar más reuniones informativas preliminares y esperar la selección del candidato definitivo. A continuación, audiencias de confirmación en el Congreso. En no más de diez días Gorelikov sabría quién dirigiría la CIA. Dominika calculó frenéticamente sí tendría tiempo suficiente para desencadenar una reunión de emergencia con el oficial de casos Walters para transmitir una advertencia urgente a Nate y Benford. Gorelikov, el brujo clarividente, pareció leerle la mente.

—¿Volarás mañana conmigo a la recepción en el cabo? Es que he reservado el Falcon 7 antes de que Bortnikov o Patrushev pudieran reclamarlo. Es una prueba leve, pensó Dominika. ¿Vuelo con él, o muestro un poco de independencia y voy unos días más tarde, intentando mientras tanto reunirme con la Estación? No. Nunca te librarás de tus nuevos guardaespaldas y nunca llegarás a la Estación. Actúa con naturalidad. Quédate con Anton por ahora.

—Estaría decepcionada si no me hubieras invitado—dijo Dominika. —¿Cuántos invitados se esperan?

—En total, durante los cuatro días, no más de doscientos,— dijo Gorelikov. —Pero tú tienes tu dacha y tu intimidad. Los demás nos quedamos en la casa principal del ala presidencial, elegante, pero nada como tus propias vistas al mar. ¿No te sientes sola? Dominika sabía que Anton no estaba coqueteando.

—No, no me siento sola —dijo Dominika.

Gorelikov sonrió. —Estoy seguro de que no lo estarás,— dijo. Querrás decir cuando Randy Vlad venga a rascarse, pensó Dominika.

Cuando el jefe de operaciones navales invitó por primera vez a la almirante Rowland a acompañar a la delegación a Moscú, casi le entró el pánico y se negó. Para MAGNIT el topo visitar Moscú y codearse con los oficiales de inteligencia que la dirigían era una auténtica locura. Un poco más de reflexión sobre el asunto convenció a Audrey de que aquel viaje abrillantaría sus credenciales para ser seleccionada como DCIA, y que el suave Anton Gorelikov se aseguraría de que no se intentara ningún contacto comprometedor. Es suficiente con que los rusos la vieran en el salón de baile y se maravillaran de su sangre fría y su audacia. Aceptó la invitación para viajar a Rusia, envió un breve mensaje a SUSAN para informar al Centro de que llegaría, y empacó sus mejores uniformes.

Tras llegar a Moscú, Audrey se mantuvo cerca de sus colegas, porque seguía nerviosa por su seguridad. Tras saludar diplomáticamente a Gorelikov y a otros funcionarios en la recepción del Kremlin, Audrey supuso que ése sería el único contacto con su controlador y que el peligro había pasado. Podía terminar su estancia en Rusia, volar a Londres y regresar a Washington para averiguar si había sido seleccionada por Potus como DCIA. Es la penetración más audaz de un servicio de la oposición en la historia del espionaje.

Ella debería haberlo sabido. Los rusos no pudieron resistir la tentación de entrar en su suite del hotel de Moscú por la puerta de un espacio contiguo la última noche de su estancia en la capital. La habitación estaba a oscuras y Audrey se incorporó en la cama cuando la silueta de Anton se deslizó por el espacio, iluminada por las luces de la ciudad que entraban por la ventana. Sin decir palabra, acercó una silla y se sentó junto a su cama, se inclinó hacia ella y le dio unas palmaditas en la mano.

—Nos alegramos mucho de verte —dijo Anton. —Es que ha pasado mucho tiempo. ¿Te encuentras bien? ¿Es satisfactorio el contacto con la mujer de Nueva York?

Audrey estaba asombrada de que Anton se arriesgara a ir a su espacio.

—Sí, sí. Todo es satisfactorio,— dijo Audrey. —Es una locura venir aquí así.

Anton volvió a acariciarle la mano.

—Es imposible que no haya pasado unos segundos con nuestra amiga más productiva. Estamos muy ilusionados y esperamos las mejores noticias sobre el proceso de selección. Mientras hablamos, estamos trabajando en un plan de comunicaciones mejorado para ti si te nombran director.

—Más vale que las comunicaciones sean mejoradas —susurró Audrey. —No debes tomar ningún atajo. Te sientas aquí en Moscú a leer la información que te envío mientras yo corro todos los riesgos. Y se acabaron las reuniones en Washington con esos zoquetes del GRU; a partir de ahora sólo quiero reunirme con Susan. ¿Y si alguien de la delegación americana llamara a mi puerta ahora mismo?

Gorelikov sonrió.

—Te damos plena discreción operativa para aceptar o rechazar cualquier plan o equipo. Si usted se convierte en Director, incluso reunirse con SUSAN resultará problemático. Por lo tanto, estamos desarrollando un sistema de mensajería informático que utiliza una extensa red de servidores internacionales, que creo que usted conoce como la nube. Es totalmente indetectable e irrompible. Estoy seguro de que lo aprobarás.

Hizo una pausa.

—Nos preguntábamos por otro aspecto en caso de que le seleccionen para el puesto. No quiero entrometerme, pero con un servicio de seguridad las veinticuatro horas del día, debemos pensar en cómo gestionar sus actividades sociales con discreción. Estaba preocupado por las ramificaciones de seguridad de las inclinaciones sexuales de MAGNIT.

El rostro de Audrey se endureció. Alisó la sábana sobre sus piernas y contempló la silueta de Gorelikov en el oscuro espacio. —Supongo que se refiere a mi vida amorosa. ¿Me estás diciendo que se van a acabar nuestros días de vacaciones secretas en el extranjero?

—Sí,— dijo Antón. —Supongo que sí. No puedo imaginar otro camino.

—Eso sería, en una palabra, inaceptable —siseó Audrey en la oscuridad. —Espero que organices una alternativa adecuada.—

El almirante de tres estrellas dando órdenes, pensó Gorelikov. Hemos recorrido un largo camino desde el físico manso con complejo de papá.

Anton se inclinó hacia ella solícito. —Audrey, las medidas de seguridad que se nos exigirán si te conviertes en Directora se multiplicarán por diez, y con ellas vendrán importantes sacrificios personales. Cuando termine tu mandato en Langley, empezarán tus vacaciones personales permanentes. Tendrás el dinero para hacer lo que quieras.

—Maravilloso. ¿Y mientras tanto? Me querrás allí el mayor tiempo posible, ¿verdad? Algunos DCIAs han servido cinco años. ¿Qué propones que haga todo ese tiempo?

—Podrías ocuparte de tu colección de muñecas —dijo Antón, usando su voz de martillo y hoz—Esas encantadoras caritas de porcelana. Todas ellas te mirarán desde las estanterías de tu salón con

aprobación de tu profesionalidad y disciplina.—

Audrey levantó la cabeza.

—¿Has estado en mis aposentos? Dime que has puesto micrófonos en mi puta casa.—.

Prozreniye. Epifanía. Es algo que ocurre en la carrera de todo agente, cuando se da cuenta de a qué equivale exactamente la relación, quién es el vasallo y quién el amo. Es el turno de Audrey, esta noche, en un oscuro espacio de hotel. —Que tus aposentos tengan micrófonos o no es irrelevante —dijo Gorelikov sin emoción—Usted es una de las fuentes clandestinas de inteligencia más prolíficas al servicio de la Federación Rusa. Estás a punto de ser el mejor espía americano de Rusia. Lo que quieras y lo que no quieras carece de importancia. Te exijo que te dediques sin reservas y que recuerdes la misión. Si eso significa que debes vivir tres años sin meterle el dedo a una prostituta de Buenos Aires, eso es lo que harás.—

—No puedes hablarme así —dijo Audrey, con la voz temblorosa.

—Claro que puedo, querida —dijo Gorelikov, apartando su silla en silencio—Salió por la puerta de comunicación, con los pasos amortiguados por la moqueta raída y agria.

El nuevo apartamento de Dominika en Moscú estaba en un enorme edificio de una manzana en Kutuzovsky Prospekt, con dos extravagantes torres neoclásicas. La dirección, el número veintiséis, había sido la residencia de los primeros ministros Brezhnev y Andropov, y del ideólogo del partido Suslov. La seguridad del edificio estaba repleta de cámaras, ascensores controlados, puestos de control vigilados y servicio de aparcacoches y comida las veinticuatro horas del día. Su Mercedes negro estaba siempre listo para ella en el garaje subterráneo. ¿Podría decirle al conductor que siguiera una ruta de detección de vigilancia? El ático había sido bellamente remodelado en beige y marrón, con lujosos cuartos de baño y una reluciente cocina en la que a Nate le encantaría cocinar. Dominika miró el teléfono exterior de línea privada que había en el aparador. Una llamada suicida desde el extranjero al número SENTINEL de la CIA para soltar su epifanía sobre MAGNIT quedaría grabada (en ambos extremos), y ella estaría acabada, pero al menos Benford lo sabría. Del mismo modo, irrumpir en la puerta de la embajada americana para contárselo a COS Reynolds quemaría para siempre sus relaciones. Se convertiría en una exiliada permanente dentro de la embajada, viviendo en uno de los apartamentos temporales, una rareza histórica como el cardenal húngaro Mindszenty, que se asiló en la embajada estadounidense de la Budapest comunista durante quince años. Dominika envejecería, la belleza descolorida dando clases de ruso a jóvenes esposas americanas, incapaz ella misma incluso de salir a la calle en el recinto de la

cancillería por miedo a los francotiradores. Ok. Ella no haría eso. Sin tiempo para un encuentro personal y sin SRAC, no tenía forma de comunicar la información que le salvaría la vida.

Mientras hacía las maletas para la recepción en el cabo, acarició con los dedos el reloj deportivo que Nate le había regalado, la baliza por satélite que transmitiría una señal de emergencia solicitando la exfiltración. En su mente empezó a gestarse el principio de un plan. Nate siempre está intentando que deserte. Ok, amante, ven a rescatarme.

KREMLIN SALAKA

Tostar triángulos de pan y untarlos con mantequilla. Coloque un filete deshuesado de arenque ahumado sobre el pan y cúbralo con un queso blando fundente como el bryndza ruso. Colocar brevemente bajo el grill hasta que el queso esté fundido. Servir con ogrutsky y pepinillos eneldo.

33

Exfiltración

CUANDO la señal de exfiltración de DIVA fue retransmitida por los receptores de rescate marítimo SARSAT al escritorio de Simon Benford en Langley, éste gritó a Dotty a través de la puerta que convocara a Forsyth, Nash, Westfall y Gable al instante. Ella sabía que había incluido a Gable como acto reflejo, y no tuvo valor para corregirle; vio lo profundamente que había sentido la muerte de Gable en Jartum. Benford también bramó que quería a Phineas —Finn— Nikula, el extravagante y bullicioso jefe de la rama marítima, la sección del Estado Mayor Paramilitar (EMP) que controlaba todos los activos marítimos de la CIA. Junto con otros barcos, Finn Nikula controlaba la flota experimental de naves de superficie no tripuladas de la Agencia, y Benford sabía que necesitaría la cooperación de Finn para liberar una de sus preciadas USV, montarla en un casco gris en el Mar Negro y programarla para recuperar a DIVA en Cabo Idokopas, aunque Benford no creía ni por un minuto que DIVA quisiera la exfiltración. Es más, estaba seguro de que el objetivo de su transmisión era otro. Sólo que no sabía qué.

Westfall fue el primero en llegar, luego Forsyth, y después Nash irrumpió sin aliento por la puerta, sabiendo instintivamente que esta caída en picado sólo podía significar que Dominika tenía problemas. Nikula llegó quince minutos más tarde, procedente del otro lado del edificio del Cuartel General, donde la oficina principal de la PMS estaba lo más alejada posible del Director dispéptico y de los analistas que se escandalizaban con facilidad, alérgicos a la idea misma de las operaciones paramilitares. Nikula era ancho de hombros y musculoso, y su chaqueta deportiva de tweed se tensaba alrededor de los bíceps y a lo largo de la espalda. Era conocido por enfrentarse a la gente en las reuniones relinchando como un burro, dando a entender que eran burros. Tenía un rostro ancho y robusto, una mirada azul hielo, sin cejas y la cabeza completamente afeitada, lo que, según Benford, sin duda haría que un frenólogo retrocediera alarmado del espacio. En una ocasión, Gable le había dicho a Finn a la cara que estaba a media burbuja de la plomada, y desde entonces eran buenos amigos. Finn se había ofrecido voluntario para traer el féretro de Gable desde Jartum, pero Benford envió a Nash en su lugar, seguro de que Finn apalearía a Gondorf con un cartucho de tóner de una fotocopiadora de oficina y lo arrojaría al Nilo. Benford quería a Gondorf vivo para poder despedirlo.

—La transmisión se recibió a las 1100 GMT, lo que significa las

1400 en la costa del Mar Negro —dijo Benford—.

—Está en el complejo de Putin para la recepción de cuatro días —dijo Nate—. Tenemos mapas de ese tramo de costa e imágenes. Puedo mostrarte dónde está su dacha y la playa debajo de la casa.

—¿Tiene una dacha? —dijo Finn, frotándose la cabeza. —¿De quién es el maíz mexicano que se comió en el camino?

La cara de Nate se coloreó.

—Ahórranos los chistes de rufianes —gruñó. —Son patrañas.

—¿Tú crees?— dijo Finn.

—Terminemos las discusiones operativas antes de que vosotros dos salgáis a la parte de atrás y empecéis una pelea —dijo Benford.

—Que yo ganaría,— dijo Finn, sonriendo.

—Los dos, callaos,— dijo Forsyth. —¿Qué pensamos todos? ¿DIVA quiere salir? ¿Después de negarse a considerar la deserción una y otra vez?

—Decidió salir—dijo Nate. Cambió de opinión.

—No parece coherente—dijo Forsyth.

—Estoy de acuerdo,— dijo Benford. —La transmisión es una señal para algo más.—

—¿Incluso enviamos el USV de Finn a la playa?— dijo Forsyth. Nate se revolvió en su asiento.

—Tenemos que hacerlo,— dijo Nate. —Ella envió la señal de exfiltración. Estará en esa playa en tres días.

—Ustedes decidan,— dijo Finn. —No quiero enviar un casco USV de cuatro millones de dólares a aguas territoriales rusas si nadie va a estar en esa playa.

Nate lo rodeó.

—Ella estará allí —le dijo. Westfall se aclaró la garganta.

—Una observación, si me permite,— dijo.

—¿De dónde es? —murmuró Finn a Nate, mirando las gafas empañadas de Westfall. Lucius lo ignoró.

—Sabemos que DIVA ha sido ascendida recientemente a rango de bandera y que el presidente Putin la ha nombrado directora de la SVR —dijo Westfall. —Es consciente de nuestro intenso interés por la identidad del topo al que los rusos llaman MAGNIT. Lo único que sabemos es que MAGNIT es un alto funcionario que posiblemente esté en línea para un puesto mucho más alto. Simon, mediante un proceso de eliminación, ha reducido los sospechosos a los tres candidatos que se barajan para la DCIA, basándose en sus respectivas conexiones con el proyecto del cañón de riel de la marina y su acceso auxiliar a información de interés para el Centro de Moscú.

—¿Accesorio? Simon, creía que sólo tú hablabas así,— dijo Finn. —¿Sigues a los candidatos? ¿Lees su correo?

—Hemos investigado sus antecedentes, que es todo lo que

podemos hacer sin alertar potencialmente al topo. Vamos,— dijo Benford, volviéndose hacia Westfall.

—Es lógico suponer que el acceso de DIVA ha mejorado drásticamente de la noche a la mañana, incluido el conocimiento de algunos de los planes e intenciones no escritos del presidente Putin. Sin duda ha participado en conversaciones informales durante las reuniones del Consejo de Seguridad y ha compartido apartes confidenciales con su patrón, Gorelikov.

—Estamos esperando el titular,— dijo Benford, pero Westfall no se apresuró.

—DIVA lleva tres meses sin SRAC —dijo Lucius. —No la hemos visto desde Viena. Está en el complejo de Putin, en el cabo, sin posibilidad de encontrarse cara a cara con un oficial del caso en Moscú. Es lógico suponer que, Uno, ha descubierto la identidad de MAGNIT y, Dos, ha activado la baliza de exfiltración —un acto incoherente dada su decidida negativa a desertar— para hacérnoslo saber. Es la única opción que le queda. El espacio está en silencio.

—Es decir, ¿qué hacemos al respecto?—dijo Forsyth.

—¿Crees que quiere el USV como una gota muerta flotante, para enviarnos un mensaje? Ya sabes, poner una nota dentro de la cabina del USV y enviarlo de vuelta vacío — dijo Finn. Estaba desarrollando USV más pequeños —no más grandes que un torpedo de dos metros— precisamente para ese uso.

—Aún no podemos descartar que, junto con todos los factores que Lucius enumeró, ella esté en peligro y quiera salir —dijo Nate—. Ése es el plan de extracción que le informamos. Tenemos que ceñirnos al guión —.

Forsyth negó con la cabeza.

—Todo eso son especulaciones —dijo. —La gala en Cabo Idokopas dura cuatro días. Cuando DIVA vuelva a Moscú podemos tener al agente del caso preparado para recibirla la primera noche de regreso.—

—Para entonces será demasiado tarde —dijo Nate. Westfall volvió a aclararse la garganta. Finn Nikula le ponía nervioso, como solía hacerlo Gable.

—Basándome en mis investigaciones, como directora DIVA tiene ahora un destacamento de seguridad de dos o cuatro hombres, un chófer y al menos dos empleados domésticos. ¿Cómo va a salir sola por la noche? —dijo Westfall. —Hay que conseguirle cuanto antes la lámpara de escritorio de Hearsey.

—¿Qué tal si le decimos que empiece un romance con alguna estrella de cine rusa?— dijo Finn. —Sus guardaespaldas se quedarán en el vestíbulo mientras tú chica entierra la manivela de la bomba donde no se oxide, y ella puede dejar sus informes escondidos en su

apartamento, y nosotros entramos cuando él no esté en casa y recuperamos su información. Simple.

Forsyth esperó a que Nate explotara.

—Es una estupidez —dijo Nate— poner en peligro a la fuente involucrándola con un desconocido involuntario y hacer que deje información incriminatoria en un apartamento de Moscú.

Finn se encogió de hombros.

—Mejor que lo que tienes ahora —dijo, volviéndose hacia Benford—No estoy tan seguro de poder desplegar un USV si ustedes, señoras, no están seguras de que vaya a haber alguien en la playa.

Nate se inclinó hacia delante.

—¿Y si puedo garantizar que habrá alguien a quien llevar a bordo?

—Dime lo que piensas, Nash —dijo Benford—, así podremos informar a los médicos de la naturaleza de tu enajenación cuando los llamemos para que te acompañen a la enfermería.

—Escucha, Simon, Lucius tiene razón. Domi sabe quién es MAGNIT. Puede que quiera desertar o puede que no, pero tenemos que contactar con ella. Puedo colarme en ese complejo, tenerla a solas, y ver qué pasa.

—¿Cómo propones penetrar en el coto privado del Presidente de la Federación Rusa durante un dique exclusivo?—

—Domi me dijo que hay un grupo de jóvenes restauradores de arte polacos trabajando en la mansión; siempre están yendo y viniendo. Podemos hacer que me identifiquen como estudiante de arte polaco. Mi ruso me hará pasar. Puedo entrar y salir en dos días.

Benford sacudió la cabeza.

—Implausible, precipitado, poco convincente, fuera de lugar —dijo Benford—Te envolverán en la puerta principal.

—No si llego con otros auténticos expertos en arte y polacos nativos.

—Dime —dijo Benford.

Nate se volvió hacia Forsyth.

—Tom, Agnes Krawcyk vive en Los Ángeles. Uno de tus antiguos WOLVERINE. Es restauradora de arte, una auténtica polaca, y está aburridísima. Los dos nos veremos plausibles como el infierno. Ella todavía está en estado de reserva y puede manejarse sola. Volamos como expertos en arte, quizá en un grupo más grande de estudiantes de Varsovia, nos reunimos con Domi, hablamos diez minutos y luego nos escondemos en la playa hasta que nos recoja su lancha motora—.

Nate miró a Finn.

—¿Pueden caber dos personas en tu USV? —Finn asintió. —¿Y si DIVA también quiere salir?—dijo Forsyth.

Todos miraron a Finn. —Tres personas la retrasarán, — él dijo, —

y será un poco estrecho. Esencialmente, dos de vosotros tendréis que estar tumbados uno encima del otro en un picado moderado durante cuarenta y cinco minutos. Significará algún rebote —.

Benford ahogó una débil sonrisa.

—Eso no supondrá ningún problema para Casanova, aquí presente —dijo.

—Es que, si en menos de una semana nominan y confirman al candidato equivocado, es decir, a MAGNIT, Dominika Egorova será el primer nombre que envíen a Moscú. Putin y compañía estarán tan escandalizados y avergonzados que ella simplemente desaparecerá, sin juicio, sin intercambio de espías. Estará de cabeza en un agujero húmedo sin marcador. Benford miró a Forsyth, que asintió minuciosamente con la cabeza. Benford se volvió hacia Finn.

—¿Puedes tener una de tus máquinas infernales en la playa bajo el cabo Idokopas en tres días?—.

Finn asintió.

—Entonces, Nash, te sugiero que te prepares para colarte en la fiesta del presidente Putin.

MAÍZ MEXICANO

Mezcle la mayonesa, la crema agria, el queso cotija, el chile en polvo, el ajo y el cilantro en un bol grande. Remueve hasta que se mezclen. Ase las mazorcas de maíz hasta que estén cocidas y carbonizadas por todos lados. Espolvorea las mazorcas calientes con la mezcla de queso. Espolvorea con más queso y con chile en polvo. Sirva caliente con gajos de lima.

34

Casa de Cartas

MIENTRAS NASH hacía los preparativos para la misión de infiltración en el complejo de Putin en Cabo Idokopas, Benford se sentó a solas con Forsyth. Simon estaba de mal humor, introspectivo, preocupado y enfermo del corazón. La pérdida de Gable y Alex Larson le había afectado de un modo que no podía prever, y el espectro de enviar a Nash a Rusia con una tapadera tan chapucera le preocupaba. Con DIVA en peligro inminente, el panorama era aún más sombrío. Le dijo a Forsyth que creía que Nash ni siquiera podría acercarse a DIVA: estaría en compañía de ministros, jefes de servicio, invitados VIP y el propio presidente, además de una amplia seguridad. ¿Cómo podrían Nash o la polaca acercarse a ella?

—Quizá Agnes pueda seguirla al espacio de señoras —dijo Forsyth, medio en broma—.

—Quizá, pero preveo una ruina operativa agravada por la posible pérdida de un activo estrella y dos oficiales —dijo Benford—.

—Nash es uno de los mejores —dijo Forsyth en tono de ayuda— Lo conseguirá. El hijo de puta tiene una ventaja: la ama —.

Benford resopló.

—Es de suponer que no se le escapó que parecía haber mantenido contacto con su antigua WOLVERINE, ¿cómo se llama? Agnes, sí, bueno, supongo que no hay razón para que este caso infernal no pueda continuar como un ménage à trois.—

Es no ayudó estado de ánimo de Benford cuando recibió la noticia de que tenía esta tarde para informar a los tres candidatos por última vez antes de que uno fue seleccionado como el candidato formal por Potus y se presentó ante el Congreso para ser confirmado. El proceso sería más rápido de lo habitual, porque el presidente estaba ansioso por instalar en Langley a su sustituto elegido a dedo para empezar a hacer retroceder lo que consideraba el hiperactivo enfoque operativo de la CIA bajo el difunto Alexander Larson. Es Director en funciones Farrell tenía razón: La CIA debía ser una organización dedicada a la recopilación de información, que evitara los trucos sucios, los asesinatos y cualquier otra artimaña que pareciera estar siempre tramando. De hecho, a Farrell se le había prometido el puesto de director adjunto; todo el mundo en Washington sabía que era un sapo servil propenso a los vapores, pero como adjunto sería un ideólogo eficaz que abogaría por lo que él describía como una cara más humana del espionaje.

—Como Mikhail Suslov en pantalones cortos,— dijo Forsyth,

refiriéndose al jefe del politburó de línea dura de Brezhnev en los años setenta.

Como de costumbre, los conflictos de agenda dieron lugar a la necesidad de tres sesiones informativas separadas, una molestia infernal. Forsyth y Westfall se sentaban en el banquillo en las sesiones, para proporcionar apoyo moral. La sesión informativa con la senadora Feigenbaum y su harinoso mayordomo Farbissen sería cuestión de apretar los dientes y aguantar el desprecio de la senadora y las acusaciones de su pastosa ayudante de que le habían mentido. Informar a la almirante Rowland sería cuestión de atravesar una cortés aunque impenetrable indiferencia hacia los asuntos de inteligencia: si no se trataba de ciencia naval, no parecía interesarle. El embajador Vano había parecido apreciar las sesiones informativas anteriores, aunque era evidente que no entendía más que la mitad de lo que se le decía.

Benford pasó la mañana encerrado en su despacho. Ni siquiera Forsyth pudo entrar a verle. En la primera sesión informativa de la tarde, Forsyth vio alarmado cómo Benford entraba en el espacio. Estaba blanco como la tiza y se movía ligeramente encorvado, como si sufriera dolores físicos. ¿Un infarto? Forsyth hizo ademán de levantarse, pero Benford le hizo un gesto para que se retirara. Barajó lentamente los papeles de su carpeta. Antes de empezar a informar al senador, se volvió hacia Forsyth y Westfall, se inclinó hacia ellos y susurró. Le temblaron los labios.

—Os pido que no hagáis ningún comentario ni mostréis ni una pizca de sorpresa o aprobación cuando informe a los candidatos. Ninguno. ¿Puedes hacerlo?

—¿Qué vas a hacer? —Siseó Forsyth. —¿Qué pasa contigo?

—Tengo la intención de vender mi alma.

—¿Qué significa eso? —Dijo Westfall. —No puedes engañar a estos candidatos.

—No es eso lo que quiere decir —dijo Forsyth, en un susurro, exhibiendo la verdad en un destello. —Va a salvar a Dominika.

—Senador, tengo que informarle de un nuevo acontecimiento, que estoy seguro que usted y el señor Farbissen encontrarán fascinante —dijo Benford. Ambos parecían aburridos.

—¿Otro fallo de inteligencia? —dijo Farbissen. —Es decir, ¿una cagada importante al año, por término medio?

—Uno al año sería un buen año —dijo el senador Feigenbaum. Benford sonrió.

—Es lo que llamamos una caída en picado. Algo bastante urgente. —

—Sí, todo lo que ustedes hacen es urgente —dijo Farbissen.

—Estoy seguro de que les interesará saber que un importante activo nuestro en Moscú ha descubierto la identidad de un topo muy bien situado en el gobierno de los Estados Unidos, pero desgraciadamente no puede transmitir la identidad del topo debido a dificultades técnicas. Hemos enviado a un agente a Rusia para que exfiltre al agente, cuyo nombre en clave es HAMMER, e informe del nombre del topo para que podamos detener al traidor.

—¿Cómo piensa llevar a su hombre a Rusia para que se reúna con ese HAMMER?—preguntó la senadora, con calma, sin alarma en el rostro. —Sus décadas en comités de inteligencia la habían familiarizado con el juego, aunque despreciaba y menospreciaba a la Agencia con vigor.

—HAMMER estará entre los invitados a una gran recepción en la finca del presidente Putin en el Mar Negro—dijo Benford. —Conseguir acceso será relativamente fácil para nuestro oficial del caso, ciertamente más fácil que hacerlo en Moscú. La exfiltración se llevará a cabo mediante un avión JAVELIN, un planeador furtivo propulsado. Los numerosos valles y llanuras de la zona son más que adecuados para que los aviones STOL entren y salgan.— El avión de despegue y aterrizaje corto era una tontería, pero sonaba bien.

—¿Y dónde está ese topo ruso?— dijo Farbissen, algo agitado, no se sabía si por miedo o por desdén congénito.

—No lo sabemos —dijo Benford. —Lo único que sabemos es que ha estado activo durante algún tiempo.

—Pensé que se suponía que era una especie de legendario cazador de topos —dijo el senador.

—Quizá haya perdido el toque —dijo Farbissen, mirando a Benford—Es posible que haya llegado el momento de entregar su placa.

Desde atrás, Forsyth vio que a Benford le temblaban las manos. Dios, qué apuesta. Qué elección. Poner deliberadamente a Nate como cebo final. Ni siquiera los conspiranoicos rusos considerarían algo tan extremo una trampa de contrainteligencia. Sacrificar a un oficial de caso —por ejemplo, abandonándolo tras el Telón de Acero— para salvar a un agente descubierto ya había ocurrido antes durante la Guerra Fría, pero nunca se había tendido una trampa a propósito a un oficial para proteger a una fuente. Ambos lo vieron; la cara de Benford mostraba que estaba cambiando su alma para vender a Nate. Forsyth sabía que era una decisión mortal para Simon, una decisión tomada sin posibilidad de redención o exculpación. Todos somos prescindibles, le había dicho Benford una vez a Nash. Hoy, eso incluía la devoción y la conciencia de Benford.

La misma sesión informativa se repitió dos veces más con los otros candidatos, cada uno con nombres en clave diferentes, la clásica

trampa del bario-enema. A la VADM Rowland le dijeron que el activo de la CIA con el que Nate contactaría y rescataría era CHALICE cifrado. Se mostró tranquila y serena ante la noticia, aburrida como de costumbre. Al embajador Vano le dijeron que el agente estaba encriptado como CHRYSANTHEMUM, pero su mirada inexpresiva hizo que Benford le dijera misericordiosamente que el agente también era conocido como FLOWER. Si él es el topo, pensó Benford, observando aquel perfil tan atractivo alimentado por un coeficiente intelectual a temperatura de espacio, los rusos deben de ser mejores de lo que pensábamos.

Para los tres oficiales de la CIA, la tarde fue un mal sueño interminable, un tropiezo sin visión a través de un pantano nebuloso, cada una de las mentiras compuestas de Benford se hacía más amarga al traicionar a Nate. En una ocasión, el almirante Rowland se animó al mencionar el planeador sigiloso JAVELIN e hizo preguntas técnicas sobre el fuselaje, cuyas respuestas Benford prometió dar. Se preguntó en silencio si Westfall podría investigar los planeadores e inventar una variante que pudieran llamar JAVELIN. Es más, esperaba que no importara.

Mientras Benford informaba al frente del espacio, Westfall se inclinó hacia Forsyth, con el rostro ceniciento y los ojos muy abiertos.

—¿Por qué no se lo dices a Nash con antelación? —Avisadle con antelación.

Forsyth negó con la cabeza. Sabía cómo pensaba Benford.

—La sorpresa tiene que ser auténtica —dijo Forsyth—Los rusos buscarán notas falsas. Además, Simon sabe que Nash habría entrado de todos modos, con intención o sin ella. Lo descubrirá en los primeros diez segundos y venderá el engaño.

—¿Y qué pasará con Nate? susurró Westfall. Le molestaba esa mierda machista de caer sobre la espada de esos maníacos de operaciones. Hacerle esto deliberadamente a Nate era incomprensible para Lucius.

—Lo arrestarán, lo interrogarán y lo meterán en la cárcel. Lo golpearán un poco, nada malo. Sé que Simon convencerá al Departamento de Justicia para que ofrezca a MAGNIT y SUSAN en un intercambio por él. A los rusos les gusta recuperar a su gente. Salva la cara. Nash estará en casa para Navidad.

—Parece que no deberíamos tener que recurrir a misiones kamikaze —dijo Westfall, mirando al suelo.

Forsyth le agarró del brazo.

—Cualquiera de estos estimados candidatos sea MAGNIT —yo apuesto por Farbissen—, una cosa es segura: no dejarán de informar de esta operación a Yasenevo, para salvar su propio culo.

—¿Qué hay de la mujer polaca, Agnes?—dijo Westfall. —Los

rusos se la van a trabajar de verdad.

Forsyth sacudió la cabeza.

—¿Te has dado cuenta de que Benford no la mencionó durante sus sesiones informativas? Los rusos no esperarán otro timbre. Nash y Agnes llegarán con una pandilla de nuevos estudiantes de arte de Varsovia, parte de la rotación del equipo de restauración. Los rusos olfatearán a los estudiantes y a Agnes, pero con Nate en la bolsa sólo tendrán una preocupación: quién de los doscientos invitados es el topo dirigido por Estados Unidos. El criptónimo que utilicen los interrogadores nos dirá quién es MAGNIT. HAMMER, CHALICE, o FLOWER.—

—¿Y cómo averiguamos cuál? —dijo Westfall. —¿Cómo sabemos que esto funcionará? Las anteriores historias de cebo de Benford nunca consiguieron levantar a los rusos.—

Forsyth se encogió de hombros.

—No todas las trampas atrapan a un oso,— dijo. —El topo no lo denuncia, nadie en Moscú lo cree, deciden esperar antes de actuar. Podría ser cualquier cosa.

—¿Y recuperar el nombre?

—DIVA pone una nota en el USV,— dijo Forsyth. Mierda de castillo de naipes, pensó Westfall. Vender a Nate por un nombre.

—¿Nate estará de vuelta para Navidad?—dijo Westfall, dudoso.

—Sano y salvo,— dijo Forsyth. —Y DIVA empezará a informar de las primicias sobre el SVR y el Kremlin directamente desde la mesa de su director.

—A menos que se salga una rueda —dijo Westfall. Forsyth se dio cuenta de que el joven analista utilizaba una jerga más operativa. Y también tenía razón: a menos que se salga una rueda.

En Moscú, Gorelikov estaba ocupado intentando mejorar las posibilidades de MAGNIT: Había puesto en marcha dos minuciosamente sutiles activniye meropriyatiya, medidas activas, utilizando dos agentes del establo de innumerables activos utilizados por el Kremlin para las campañas de influencia política de Putin en todo el mundo. Estas fueron las tácticas favoritas durante la Guerra Fría para difundir el ideario comunista. Ahora se diseñaron para sembrar la discordia entre quienes buscaban debilitar la cleptocracia de Putin. Las medidas activas eran más eficaces cuando la desinformación se entretejía en un macramé de verdad, que ofuscaba eficazmente el engaño. La caja de herramientas era diversa: influir en las elecciones, desacreditar a los líderes de la oposición, desbaratar lealtades hostiles, apoyar a déspotas amigos, hacer circular desinformación, filtrar falsificaciones y, en casos extremos, utilizar a personas como Iosip Blokhin para eliminar a los enemigos más tenaces

del Estado. El intento de asesinato en 1981 de un Papa de origen polaco que animaba el movimiento Solidaridad en los astilleros de Gdansk fue un ejemplo extremo de medida activa.

Un insulso periodista llamado Günter Kallenberger —en nómina de Gorelikov durante décadas— de la revista alemana de investigación Der Spiegel solicitó una entrevista con el jefe de personal del senador Feigenbaum, Rob Farbissen. Consciente de los datos de evaluación del Kremlin sobre el fatuo jefe de personal, Kallenberger preguntó a Farbissen si el senador se convertía en DCIA, ¿no se convertiría seguramente Farbissen en director ejecutivo, o quizás en subdirector de administración? Si ése fuera el caso, ¿qué cambios o reformas dentro de la CIA podrían esperar las agencias de inteligencia aliadas en los próximos años? Es la clásica pregunta abierta de un periodista, en ruso una lovushka, una caída en picado, una trampa, diseñada para dar a Farbissen cuerda suficiente para ahorcarse (y ahorcar a su patrón). El voluble Farbissen no defraudó. Le espetó a Kallenberger que la CIA había pasado de ser una colección de cazadores de nazis de la posguerra a una agencia anacrónica, inútil e indisciplinada, propensa a los fallos de inteligencia e incapaz de detectar las lagunas de inteligencia relevantes. En lugar de ello, la CIA dedicó su tiempo y sus recursos a tratar de subyugar a los empleados de códigos rusos en Sudamérica en lo que él denominó trampas sexuales. La tormenta que estalló en el Congreso y en Europa, y en los indignados editoriales de RIA Novosti y TASS, pasó a durar una semana, al final de la cual la senadora Feigenbaum retiró su nombre de la consideración para la DCIA. Farbissen abandonó el equipo de la senadora y se convirtió en lobista en la colina para la AAC, la Asociación Americana del Carbón.

Coincidiendo con la escandalosa entrevista de Farbissen, un artículo del periódico financiero Business Standard de Nueva Delhi informaba de la firma de un nuevo contrato de suministro de minerales con el presidente bielorruso Alexander Lukashenko e IPL, Indian Potash Limited. El artículo describía las caóticas prácticas del grupo estatal bielorruso de fertilizantes Belaruskali, que en 2013 provocaron el desplome de los precios mundiales, como en 2008 y 2009. En un recuadro —redactado por Gorelikov y servicialmente dirigido por un redactor del Business Standard a sueldo del Kremlin— se mencionaba que el empresario estadounidense y ex embajador de Estados Unidos en España, Thomas Vano, había sido miembro de un consorcio internacional de materias primas que se había beneficiado de información privilegiada del Gobierno bielorruso para invertir en futuros de minerales volátiles y luego venderlos en corto. El artículo terminaba estimando que el uso de información privilegiada había reportado al grupo del embajador Vano 1.500 millones de dólares solo en 2013, beneficios obtenidos mientras era empleado del gobierno

estadounidense, una grave violación de la ética. Los hechos fueron falseados: no se proporcionó información privilegiada (¿quién lo confirmaría en Minsk?) y la cifra de 1.500 millones de dólares era una invención, pero no se podía comprobar, lo que daba la impresión de que se trataba de refugio de divisas y evasión fiscal. Aunque Vano no retiró alegremente su nombre como candidato a la DCIA, el nombramiento del embajador fue rápidamente calificado de —implausible— por el Wall Street Journal, y de vozmutitelnyy, escandaloso, por el Canal Uno de Rusia en Moscú.

En dos hábiles movimientos, Gorelikov había eliminado a los demás candidatos como contendientes realistas. Sabía que, en teoría, esto ayudaba a los cazadores de topos de Langley —ahora podrían concentrarse en investigar al almirante Rowland—, pero no le preocupaba. La almirante no tenía defectos detectables en su tapadera, y la decisión final de confirmarla era inminente. Por lo que sabía la CIA, uno de los candidatos descartados podía ser el topo; el Kremlin se tragaría su decepción y destinaría a su activo a un puesto igualmente delicado en otro lugar de Washington.

En el Cuartel General, Benford reconoció igualmente que los evidentes hachazos a Feigenbaum y Vano ponían en el punto de mira al almirante Rowland, pero ése era precisamente el problema. En el mundo del contraespionaje, especialmente con los rusos, nada era lo que parecía. La aparente descalificación de Feigenbaum y Vano podría ser en realidad una insidiosa pista falsa para desviar la atención, como el falso desertor Yurchenko enviado para proteger a Ames. El objetivo sería que mientras Benford perdía el tiempo buscando bajo la cama de Rowland, el verdadero topo estaría libre para escarbar en otra parte: el NSC; el Pentágono; el Ala Oeste. Uno tenía una esperanza. El Centro no sabía nada de la trampa final de Benford.

El almirante Rowland no tenía programadas vacaciones de aventura hasta dentro de seis meses por lo menos. La próxima primavera, iba a ser Argentina: planeaba hacer senderismo por la Patagonia, porque había investigado discretamente en un ordenador no atribuible de la biblioteca de Seguridad Nacional del centro de la ciudad —ya estaba rebosante de porno descargado— y había leído sobre el Club Cocodrilo de Barrio Norte, en Buenos Aires, que atendía a chicas. Es no estaba segura de lo que significaba exactamente, pero sonaba interesante. Se encontraría con Anton en BA y se divertiría.

Luego leyó sobre el vino argentino. Y sobre la comida. Había un camión de comida argentina en el centro de DC que servía deliciosos choripanes, mini bocadillos de chorizo a la parrilla con cebolla y salsa chimichurri. Si los choripanes de Buenos Aires fueran tan sabrosos como la comida callejera, se lo pasaría en grande. Pero la

embriagadora perspectiva de conocer a una exótica amante latina se vio superada por la conmoción de la reunión informativa de la CIA de esa tarde.

Esto era un problema, un grave problema, y tenía que hablar con el tío Antón. No con el Centro. No al Kremlin. No a Moscú. Necesitaba a Anton. Si ese troll desaliñado de Benford en la CIA decía la verdad, en un par de días un agente de la CIA estaría hablando con alguien llamado CHALICE que, de alguna manera, sabía que Audrey Rowland, vicealmirante de la Marina de los Estados Unidos, estaba espiando para los rusos, y que había estado espiando durante más de una década. Tenía que decírselo a Anton, lo que significaba que tenía que llamar a Susan para transmitirle el mensaje. Esa noche, sacó su tosco teléfono encriptado de la línea T del compartimento oculto con bisagras en el brazo de un sofá de su dormitorio, un mueble de mala calidad que le había entregado el GRU hacía años. Es grande como un ladrillo y se trata de un teléfono seguro con encriptación FIPS140-2, cuyo software oculta la posición del teléfono cancelando la conexión del dispositivo a las torres de telefonía móvil más cercanas y permitiendo que la llamada se realice a través de torres más lejanas. Por tanto, una llamada de Audrey en Washington a SUSAN en Nueva York se dirigía primero a Las Vegas, luego rebotaba a través de Traverse City, Michigan, hasta el teléfono de SUSAN en Nueva York, que utilizaba un enrutamiento similar a través de Cheyenne, Wyoming, hasta Tarpon Springs, Florida, y de vuelta a Audrey en Washington.

SUSAN no contestó a su teléfono especial en tres intentos distintos —no había posibilidad de dejar mensajes, era demasiado inseguro—, así que Audrey tuvo que esperar toda la noche y, finalmente, conectar con una irascible SUSAN a la mañana siguiente. ¿Qué demonios estaba haciendo? Era una emergencia. Usando su voz de almirante, Audrey ordenó a su controlador de mierda caliente que enviara un mensaje de destello a Anton sobre la inminente infiltración de un oficial de la CIA en la recepción de Putin para conectar con un espía llamado en clave CHALICE, ¿lo pillas? CHALICE, y va a sacar al topo en un planeador sigiloso, no dijo desde dónde, pero este cabrón de CHALICE sabe mi nombre, y en cuanto se lo digan a Langley, estoy acabado. ¿Entendido? Y quiero reunirme contigo en Washington lo antes posible: Tengo nueva información sobre pruebas de propulsión por cavitación, no importa lo que sea, y más chismes que la CIA ha estado informando, sobre reclutamientos de rusos, así es, reclutamientos, y una cosa más, quiero estar listo para salir si el tipo de la CIA saca a CHALICE de Rusia, sí, bueno a la mierda la autorización, porque si me arrestan les voy a contar sobre un empleado de la revista en Nueva York que trabaja para Vladimir Vladimirovich, entonces tú mismo

estarás nadando el Río Grande para llegar a México. ¿Tienes todo eso? Es ahora, no me importa la hora que sea allí, el tipo de la CIA puede estar ya comiendo entremeses en la mesa del buffet con CHALICE. Y llámame sobre nuestro encuentro aquí. Adiós.

La mente ordenada de Audrey Rowland no se dejaba llevar por el pánico, todavía, pero, como cualquier científico astuto, observaba atentamente los indicadores para determinar el grado de peligro e identificar el momento propicio para contemplar la posibilidad de huir. No era la primera vez que se producía un susto de seguridad en sus doce años de carrera como espía. Había tenido largas discusiones con Anton sobre el oficio, el espionaje y la disciplina mental necesaria para que un topo recopilara, almacenara y transmitiera secretos confidenciales dentro de una gran organización. La intrincada disciplina atraía a su cerebro cuantitativo. La Armada estadounidense contaba con muchas capas de seguridad diseñadas para proteger secretos, pero ningún sistema de contrainteligencia naval podía concebir, y mucho menos permitir, que un almirante de tres estrellas y director de la ONR operara como fuente clandestina para el Kremlin. El NCIS, el Servicio de Investigación Criminal de la Marina, estaba mal equipado para detectar los matices de un topo dirigido por Rusia. Pero eran los pequeños hombres grises y desaliñados, como aquel molesto Simon Benford de la CIA, los que constituían el verdadero peligro. Audrey pensó que era irónico que el famoso cazador de topos en persona hubiera hecho la advertencia que la mantendría alejada de los problemas. Si la seleccionaban para la DCIA, la ironía continuaría.

Pensó en su reclutamiento en el Metropol de Moscú y se preguntó qué habría sido de la despampanante chica rusa que tanto tiempo atrás le había mojado la barbilla entre los muslos. Desde luego, ahora no era una almirante de tres estrellas. Aquella noche sexy había sido el comienzo de todo: Audrey empezó a espiar como una forma de impulsar su carrera, concretamente para demostrar al hijo de puta al que llamaba papá que podía igualar, no superar, su propia carrera en la marina. A medida que se multiplicaban los galones en su manga, Audrey se confirmaba en su creencia de que había tomado la decisión correcta con respecto a los rusos, a pesar de las circunstancias iniciales. Ahora estaba en peligro. Su mente ordenada contempló las probabilidades, y no sintió miedo, confiada en su propio intelecto y en la habilidad de Antón.

Audrey estaba preparada para dejar la marina, y si se convertía en la DCIA significaría dos, tres o cuatro años más de torpeza burocrática, espectaculares ganancias para Moscú, el colapso de la CIA y continuos pagos de anualidades por parte del Kremlin, tras lo cual Audrey Rowland desaparecería y se retiraría a una playa en algún lugar con chocito caliente y frío en pareos y pelo trenzado. Ya no

tendría que estar sola.

Pero primero tenía que sobrevivir a esta amenaza inminente a su libertad, y confiar en que SUSAN estaba en ese momento hablando con Anton, quien a su vez estaba alertando a la seguridad del complejo de Putin, y que tanto el oficial de la CIA como su confundido topo serían arrestados y eliminados para que su secreto permaneciera a salvo para siempre.

CHORIPANES ARGENTINOS

Partir y tostar panecillos pequeños en una plancha hasta que estén dorados. Corte el chorizo por la mitad, luego por la mitad a lo largo, y áselo hasta que esté caramelizado y carbonizado por ambos lados. Ase las cebollas blancas en rodajas hasta que estén caramelizadas y termine con un chorrito de vinagre balsámico. Pon el chorizo y las cebollas en panecillos tostados y úntalos con salsa chimichurri. (Procese zanahorias ralladas, perejil, vinagre, hojuelas de pimiento rojo, ajo, aceite de oliva, sal y pimienta en una licuadora hasta obtener una salsa espesa).

35

Hiel, no mejilla

LA TARDÍA retransmisión de SUSAN del aviso urgente de MAGNIT sobre el oficial de la CIA que intentaría penetrar en la ostentosa fiesta del presidente para contactar con el topo conocido como CHALICE fue recibida en el Centro, pero se retrasó aún más por la laboriosa gestión especial que requieren todos los mensajes entrantes de ilegales. Es finalmente reenviado desde Yasenevo a la unidad de comunicaciones de Cabo Idokopas, donde fue leído por Gorelikov con una mezcla de alarma y triunfo. Hizo una consulta apresurada a la oficina de seguridad: aún tenían tiempo; el nuevo turno de restauración de arte procedente de Polonia llegaría a la mañana siguiente. Inmediatamente convocó una reunión ejecutiva de emergencia en el espacio seguro del barracón de comunicaciones con el general Egorova, del SVR, Bortnikov, del FSB, y Patrushev, del Consejo de Seguridad.

—La szloba, la desfachatez de estos americanos, intentar esto en el recinto del presidente,— dijo Bortnikov detrás de su halo azul. —Es comprensible en Moscú, pero esto es demasiado.

Patrushev no tenía tiempo para juegos. Su propio halo amarillo de engaño y crueldad brillaba en el pequeño espacio gris. Señaló a Gorelikov con su nariz de cosaco.

—Gorelikov, no seas descarado. ¿Qué es tan complicado?—dijo. —Cuando llegue el americano con el contingente polaco, será sencillo arrestarlo inmediatamente. Dejemos que nuestros colegas de aquí —señaló con la cabeza a Dominika y Bortnikov— organicen un interrogatorio enérgico, determinen la identidad de este CHALICE y zanjen el asunto. El americano y su topo pueden compartir celda en el Delfín Negro, en Orenburg.—

Gorelikov tenía puesta su cara de cortesano, para no ofender.

—Estoy totalmente de acuerdo con usted, pero si me hace el favor de complacerme un momento.—Se tiró distraídamente de las mangas de su camisa francesa, revelando unos magníficos gemelos de plata cepillada y coral rojo. —Propongo, para su consideración, una discreta alternativa a la detención e interrogatorio inmediatos, por muy lógica y adecuada que sea. Propongo que sí, en lugar de ello, dejamos que el norteamericano deambule libremente durante los tres días de la recepción del presidente, bajo una vigilancia constante y estricta, es probable que intente ponerse en contacto y, sin saberlo, nos conduzca directamente al individuo que buscamos, el topo CHALICE.—

A Bortnikov, cuyos equipos de vigilancia del FSB eran prodigiosos, le gustó la idea. Más mérito para él y para su agencia si

conseguía atrapar tanto al agente del caso como al topo. Dominika mantuvo el rostro impasible, pero en su fuero interno sabía que esta diabólica táctica de emboscada podría hacerla saltar por los aires en cuarenta y ocho horas. Y sabía algo más. Es Nate Nash quien vendría de Washington; ella lo conocía y estaba segura de ello. Por muy bueno que fuera en la calle, a Nate se le podía mantener bajo estricto control mediante vigilancia estática que siguiera todos sus movimientos por el complejo presidencial a través de largas lentes imposibles de detectar. Si se dirigía hacia ella, convencido de que era negro, se acabaría el juego.

Algo no tenía sentido. ¿Cómo se había enterado MAGNIT de la misión de Nate? ¿Y de dónde había surgido el criptónimo CHALICE? Es adivinaba la respuesta, pero no podía creerlo. Llevaba en esto el tiempo suficiente, y conocía a Benford lo bastante bien como para llegar a la incalificable conclusión de que aquello era lo que los americanos llamaban un enema de bario, diseñado para hacer salir a MAGNIT utilizando a Nate como primanka, un señuelo prescindible, un cebo colgante. Una táctica desesperada, sacrificándolo.

¿Es irónico que Nate fuera el motor de su compromiso? Tan irónico como lo que Dominika sabía que tenía que hacer ahora. Con cuidado, pensó, ser objetiva y acabar con esta idea sin ofender a Gorelikov ni alertar a los otros dos lobos de hocico húmedo de la mesa.

Se sentó derecha, cruzó sus elegantes manos sobre la mesa frente a ella y los miró a todos a los ojos.

—Es un plan inspirado—dijo. —Pero, como todos sabéis, el enemigo del comercio es la complicación innecesaria. Si algo puede pasar en la calle, invariablemente pasará. Todos ustedes lo saben. No quiero dar la impresión de negatividad, pero la lista de posibles escollos es significativa —.

Dominika tomó aire.

—Los agentes de casos de la CIA entrenados en operaciones en zonas denegadas son ingeniosos. Este hombre que viene mañana podría eludir nuestra cobertura y frustrar nuestros planes. Podría usar disfraces. Podría distraer a nuestras unidades de vigilancia mientras un segundo confederado desconocido lleva a cabo su misión. Podría tener algún dispositivo técnico infernal —todos sabemos cómo confían los americanos en sus pequeñas cajas negras— que le permitiera establecer contacto con CHALICE delante de nuestras narices, sin acercarse nunca a él. Y lo peor de todo, el oficial de la CIA podría detectar la cobertura, abortar su misión y escapar en el avión furtivo que MAGNIT informó que formaba parte del plan, dejándonos en ridículo y en peor situación que antes. Hay que admitir, caballeros, que todas estas son posibilidades remotas, pero son posibilidades.

¿Podemos permitirnos el riesgo de volver con las manos vacías?

Por eso estoy tratando de persuadiros tarakany, cucarachas, para que arrestéis al hombre que amo con todo mi corazón, y me permitáis estar presente cuando lo golpeéis, y ver cómo lo meten en la cárcel para que se pudra hasta que muera o quede destrozado y arruinado, porque no puedo hacer otra cosa.

Para disgusto de Gorelikov y Bortnikov, Patrushev asintió.

—Estoy de acuerdo con Egorova,— dijo. —Arresto inmediato e interrogatorio. Es la única forma de mitigar el riesgo. ¿Estamos todos de acuerdo? Es lo que nadie quería —no en el estado de ánimo actual de Putin—, así que se acordó que el agente de la CIA sería detenido de inmediato. Dominika respiró aliviada mientras su corazón se enfriaba y moría.

Nate y Agnes volaron en LOT, la aerolínea polaca, de Varsovia a Bucarest y luego a Odessa. En el mismo vuelo viajaban tres resacosos aprendices de restauración de arte de Varsovia. Los aburridos funcionarios de Aduanas e Inmigración sellaron el pasaporte polaco de alias de Nate sin mirarlo. Otra hora de vuelo en un Embraer 170 de Ukraine International los tuvo de pie en el pórtico delantero del aeropuerto de Gelendzhik, esperando la furgoneta que transportaba al personal y a los trabajadores a Cabo Idokopas. La suave brisa subtropical agitaba la falda de Agnes, y olían el aire salado del mar. Nate llevaba gafas de montura de alambre, vaqueros y una camiseta con la inscripción —Warszawa— en letras sobre el pecho, y ambos llevaban pequeñas bolsas de viaje. Un malhumorado conductor ruso apareció en un sibilante monovolumen UAZ y los llevó a toda velocidad por la M4 hasta Svetly, donde se desviaron de la autopista y entraron en un serpenteante asfalto de dos carriles que serpenteaba cuesta abajo a través de valles cubiertos de pinos y marcados por acantilados de piedra caliza, y, finalmente, a través de la puerta del recinto con un coche de la milicia a un lado de la carretera, y más despacio ahora, pasando por casetas de vigilancia y jeeps militares aparcados entre los árboles, hasta detenerse en la entrada de un gran edificio tipo dormitorio entre los pinos. A lo lejos, el tejado del enorme palacio principal se alzaba sobre las copas de los árboles. Agnes estaba tranquila y serena, se maravilló Nate; era más fría que él.

Hicieron cola delante de una mesa para registrarse, entregar sus pasaportes y recibir insignias de seguridad con cordones para acceder al recinto y a los lugares de trabajo dentro de la mansión. Un miliciano le dijo a un estudiante polaco que apagara el cigarrillo, y el joven fingió no entender, echando humo en su dirección. El miliciano dio un paso hacia el estudiante para quitarle el cigarrillo y algunos

dientes de la boca, pero el subalterno le ladró en ruso que retrocediera y —tomara su posición.— A Nate se le movió el cuero cabelludo al ver que otros milicianos permanecían atentos, se acercaban y le miraban específicamente a él. Nate calculó al instante la posibilidad de derribar a un guardia y lanzarse hacia una puerta o ventana. Pero, ¿adónde iba a ir? Había cientos de milicianos protectores y tropas de las Fuerzas Especiales, además de doscientos agentes del SBP (Servicio de Seguridad Presidencial) en el recinto de setenta y cuatro hectáreas. Y Dios sabía dónde estaba Dominika. No podía correr hasta su dacha y esconderse debajo de su cama.

La eficacia de los rusos era escalofriante. ¿Cómo había sido socavada su tapadera tan rápidamente? ¿Significaba esto que había otro topo dentro de Langley que sabía de su misión? Eso sólo podía significar Forsyth, Westfall, o ese maníaco de las bolas de billar de la rama marítima. Imposible. No había nada que los rusos pudieran haber sacado de los documentos de su alias, nada sobre su tapadera de la Academia de Arte Polaca. ¿Es posible que le reconocieran de su primer viaje a Moscú? ¿Algún paso en falso en la aduana de Odessa? No, ni siquiera el FSB era tan bueno. Fuera cual fuera el motivo, comprendió lo que iba a pasar.

Se inclinó cerca de Agnes y susurró.

—Algo va mal, creo que estoy reventado. Aléjate de mí y quédate con los estudiantes.—

Agnes no se movió, ni pestañeó; era toda una profesional.

—Te despejaré y te sacaré si hay algún problema —le dijo. Lo miró con ojos ardientes.

Nate le gruñó con la boca mientras se alejaba de ella.

—No harás tal cosa. Hemos ensayado esto. Pasarás desapercibida, trabajarás con el equipo de restauración durante dos semanas y luego volverás a casa. Aléjate de DIVA y su dacha, y mantente alejado de la playa. Ella sabe lo suficiente para enviar el nombre de MAGNIT en el barco. ¿Entendido?

Agnes asintió.

—Seguiré tus órdenes, pero hay una cosa más —dijo ella—Te quiero.— Nate la miró durante un largo rato, intentando decirlo con los ojos. Esa coleta blanca, Jesús. Se dio la vuelta.

El subalterno se levantó, la señal. Es la hora. Ante la mirada hosca de los sorprendidos estudiantes, dos milicianos se colocaron detrás de Nate y lo agarraron con fuerza por encima de los codos, lo hicieron girar y lo condujeron a través de una puerta situada al final del vestíbulo de los dormitorios. No se resistió, haciendo acopio de sus fuerzas. Agnes no lo miró, y lo último que vio mientras lo empujaban por la puerta fue que nadie la había agarrado. Gracias a Dios. Nate fue conducido por un cuidado camino de grava a través de un denso

bosque de pinos, cuyo fresco aroma competía con el aire salado. Nate creyó ver atisbos de agua a través de los huecos entre los árboles, pero los milicianos lo encañonaban cada vez que miraba a un lado. Al final del sendero, completamente sola, en lo más profundo del bosque, se alzaba una ornamentada cabaña rusa de troncos con flecos decorativos que trazaban los empinados hastiales, un par de ventanas abatibles con rústicas molduras diagonales y una puerta de madera pulida con bisagras de hierro forjado y un barandal enrejado. Malditos Hansel y Gretel. Los guardias abrieron la puerta y lo empujaron a un profundo sillón tapizado en tela verde oscuro. Nate echó un vistazo al espartano espacio con un solo sofá y dos mesas auxiliares. Una foto enmarcada de Lenin colgaba de la pared frente a Nate, el retrato sin sonrisas de cuando estaba en el exilio, alrededor de los cincuenta años, con la mirada penetrante, la perilla, la boca recta sin rastro de alegría o piedad.

Los troncos desnudos de las paredes y del techo inclinado eran claros y pulidos, y su brillo iluminaba el espacio a la luz de la tarde. Se trataba de una casa de huéspedes aislada, o tal vez de las dependencias personales de algún cuidador. Los dos milicianos se colocaron a ambos lados del sillón y le empujaron para que volviera a sentarse en la silla cuando intentó levantarse, diciendo "toileta" a modo de disculpa. Quiso echar un vistazo a la cabaña en busca de puntos de escape y comprobar el grado de libertad de movimientos que le permitían, pero de momento, ni hablar. Nate sabía que esto iba a ser difícil o fácil, un interrogatorio sofisticado o una entrevista básica a nivel policial. Para empezar, esperaba lo segundo. Iba a depender mucho de su actitud, del humor y la habilidad de los interrogadores, de lo que quisieran saber exactamente y de la urgencia de sus preguntas. Pensaba acosarlos, cabrearlos y aguantar el mayor tiempo posible.

Al principio de su formación, Nate había asistido a clases de interrogatorio: cómo resistirlo, no cómo infligirlo. El instructor, un operador argentino —con un párpado que no paraba de parpadear y llamado improbablemente Ramón Lustbader (bautizado así por su madre en honor a la estrella de la pantalla muda Ramón Novarro), con una actitud peor que la de Gable— había dicho a la clase que lo esencial era que todo el mundo acababa rindiéndose; sólo era cuestión de cuánto tiempo aguantabas el dolor o las drogas. Clásicamente, el objetivo era aguantar cuarenta y ocho horas, un período artificial aparentemente lo bastante largo para que un activo destruido o una red de activos comprometida se exfiltrara, pero eso era en gran medida cine negro anticuado, teatralidad de la Guerra Fría.

Es en realidad, decía Ramón, el dolor del castigo físico —y las técnicas auxiliares de privación del sueño, inanición y calor o frío

extremos— lo que quebraba a los prisioneros. Las misteriosas y temidas drogas psicotrópicas como el etanol, el tiopental sódico, el amobarbital y la escopolamina, que supuestamente podían obligar a los presos a hablar y que, tras un uso prolongado, podían sumergir el cerebro humano al nivel cognitivo de uno de los simios menores, en realidad no obligaban a los sujetos a empezar a soltar la verdad. Más bien, estas drogas desbloqueaban los recuerdos, reducían las inhibiciones y aumentaban las respuestas sugestivas que, en manos de un interrogador experto, podían provocar la revelación de la información deseada. El gas somnífero común en el dentista, el óxido nitroso, tenía el mismo efecto.

El párpado de Lustbader palpitaba mientras daba una conferencia.

—Si uno se concentra en un pensamiento o en una persona, o en un objeto externo, se concentra de forma realmente obsesiva, la mente puede contrarrestar eficazmente los efectos de las drogas de interrogatorio que, casualmente, aumentan rápidamente su eficacia y luego se disipan drásticamente. Es como salir a la superficie tras una inmersión profunda. La euforia en esa fase, la carrera de vuelta a la luz, es el período de peligro en el que el sujeto eufórico es más susceptible de ser elicitado.—Miró a los aprendices que soñaban con futuras glorias en el campo, o pensaban en el almuerzo. —A menos que quieran convertirles en monos gibones —aunque sospecho que algunos de ustedes en esta clase ya están a mitad de camino—, no pueden darles más drogas durante otras doce horas sin arriesgarse a hacerles daño".

Ninguno de los alumnos soñó jamás que a lo largo de su carrera tendría que recordar las palabras de Ramón.

Cuando SUSAN envió el mensaje flash encriptado en el que se detallaba el informe verbal de MAGNIT sobre un oficial de casos de la CIA infiltrado en el complejo para ponerse en contacto con un topo manejado por los norteamericanos, de nombre en clave CHALICE —un topo que, de alguna manera, conocía la identidad bien guardada de la almirante Audrey Rowland—, Gorelikov se quedó asombrado. La tenacidad de los estadounidenses para reclutar fuentes en lo más profundo de los pasillos de la Federación nunca parecía disminuir. Desenmascarar a este CHALICE no iba a ser fácil. Por mucho que Gorelikov hubiera manejado a MAGNIT meticulosamente como su propio activo en los últimos tiempos, había infinidad de posibles filtraciones y puntos de entrada en el caso: una docena de manipuladores del GRU de los primeros años, el doble de supervisores, empleados de registros, el personal del Consejo de Seguridad y expertos técnicos que evaluaban los voluminosos informes de MAGNIT. Pero ninguna de estas personas figuraba en la lista de

invitados VIP a la gala del fin de semana del Cabo Idokopas. Los doscientos invitados eran jefes de servicio, ministros y los babosos siloviki que rodean al presidente. Pero, ¿quién conocía a MAGNIT? Bortnikov del FSB, ese idiota del GRU, el presidente. Pero no es así como se pierden los secretos: las amantes oyen cosas, la gente se emborracha y alardea en una fiesta, el propio presidente puede comentar algo sobre MAGNIT a un viejo amigo de los años de Petersburgo, y el pájaro está fuera de la jaula, imposible de rastrear hasta la fuente.

Había una cosa: Egorova no conocía el nombre de MAGNIT, lo que la exoneraba provisionalmente y significaba que Gorelikov podía contar con ella para ayudar en la investigación de contraespionaje, pero no había tiempo para juguetear con sospechosos y entrevistas. CHALICE tenía que ser identificado y resuelto en los cinco días siguientes. Desde la rezidentura de Washington se supo que las historias despectivas habían sido pregonadas a bombo y platillo por un cuerpo de prensa estadounidense con gusto por la calamidad política: El senador Feigenbaum y el embajador Vano estaban fuera de la carrera por la DCIA, y el VADM Rowland comenzaría inmediatamente las audiencias de confirmación en el Congreso.

Gorelikov contempló la audacia de los norteamericanos de enviar a un oficial de operaciones a Rusia, al complejo del presidente, para reunirse descaradamente con un agente y averiguar el verdadero nombre de MAGNIT. El bastardo oficial del caso retenido en la cabaña de Gorki en el bosque era la clave: había que arrancarle de la garganta la identidad de CHALICE. Gorelikov había reunido rápidamente a tres expertos en métodos de interrogatorio: un médico de la Universidad Estatal de Moscú especializado en drogas psicotrópicas; un psicólogo del Centro Científico Estatal Serbsky de Psiquiatría Social y Forense; y un científico del comportamiento de la Sección 12 de la Línea S del SVR, la dirección de ilegales. Mientras tanto, los invitados de honor a la fiesta iban llegando en limusina, autobús lanzadera o helicóptero personal, cada uno según su lugar en la cadena alimentaria. Uno de ellos era CHALICE. Gorelikov llamó frenéticamente a Egorova, le informó de la situación y juntos se apresuraron a atravesar el bosque hasta llegar a la cabaña. Egorova era inteligente y capaz. Gorelikov vio cómo se le iba el color de la cara al darse cuenta al instante del peligro inminente que corría MAGNIT.

El corazón de Dominika latía con fuerza en su pecho mientras recorría el camino hacia la cabaña con Gorelikov. Sabía que el americano capturado tenía que ser Nate. Tenía que serlo. Pulsaste la señal de extracción para obtener una reacción, y la obtuviste, pensó. ¿Pero intentar entrar en el complejo? Sabía que Nate era descarado,

pero ¿en qué estaba pensando Benford? Ahora tenía que supervisar los interrogatorios, su propia exposición y la ruina a un croar confesión de distancia. Anton estaba desesperado por proteger a MAGNIT, de quien Dominika estaba cien por cien segura que era el almirante Rowland. Se acabaron las corazonadas. Dominika había leído los resúmenes diarios que circulaban desde el Departamento de las Américas: Rowland iba a ser confirmado esta semana como próximo Director de la CIA y seguramente la semana siguiente se leería el nombre de Dominika como activo de la CIA. Con Nate bajo custodia, a Dominika sólo le quedaba una opción: tendría que enviar el nombre de Rowland a Benford en esa loca lancha motora teledirigida —si es que la enviaban— que estaría en la playa mañana por la noche. No tenía ni idea de si la información llegaría a Langley a tiempo.

Se le encogió el corazón cuando lo vio, pero si se dio cuenta de su presencia en la ahora abarrotada y acalorada cabaña, no dio ninguna señal. Tres expertos, cinco guardias (tres milicianos y dos SBP), Dominika, Gorelikov y una taquígrafa se apretujaban en el espacio. Se esperaba a Bortnikov en un momento; técnicamente, se trataba de un asunto de seguridad interna que pertenecía al FSB.

Nate estaba en un sillón, con gafas de montura de alambre y una camiseta ridícula, hablando con uno de los profesionales de Moscú. El médico del Instituto Serbsky —su halo amarillo denotaba duplicidad— estaba muy cerca, con una mano paternal en la rodilla de Nate, y le hablaba en inglés con una voz suave que Dominika apenas oía. Dominika se sentó en una silla de respaldo recto ligeramente detrás del sillón, fuera del campo visual de Nate. Anton se paseaba a lo largo del pequeño espacio de estar, mirando con impaciencia a Nate y a la doctora, hasta que Dominika lo agarró suavemente por el brazo y le hizo sentarse. El elegante y flemático Gorelikov era un manojo de nervios. Oír la voz de Nate por primera vez fue como clavar un cuchillo en el corazón de Dominika.

—Doc, vas a tener que darme un final feliz, o quitarme la mano de la rodilla—. El doctor se sentó y sonrió. Era el psicólogo jefe del Instituto Serbsky, la clínica donde se evalúa a los disidentes y se les envía a pabellones psiquiátricos en lugar de a gulags siberianos.

—Aprecio su sentido del humor —dijo el médico, que tenía el pelo blanco como la nieve y un ojo más arriba de la cuenca que el otro, lo que le hacía parecer un lenguado de Dover—Pero está usted en un serio aprieto, señor...; perdone, no sé cómo se llama...

Nate sonrió.

—No se lo he ofrecido —dijo, tendiéndole la mano. —Nathan. Nathan Hale.— El taquígrafo garabateó furiosamente, pero ninguno de los rusos supo de quién se trataba. Después de correr rastros, todos recibirían una lección sobre la Revolución Americana. Gorelikov se

levantó e hizo una señal de impaciencia. El médico de ojos de pez volvió a inclinarse hacia delante.

—Un placer conocerle, señor Hale —dijo—Pero ahora debo pedirle que responda a mis preguntas. Su plan se ha frustrado. Es absolutamente inútil. Su cooperación será vista con buenos ojos por las autoridades competentes, incluso al más alto nivel. Podemos evitar cualquier disgusto, y usted será devuelto a casa sin demora.

—¿Qué niveles más altos? —dijo Nate. —¿Y qué tipo de disgustos? Sólo para poder informar a mis propias autoridades, a los niveles más altos, por supuesto.— Dominika cerró los ojos. La boca inteligente de Nate sería su perdición... y la de ella.

—¿Con quién has venido a reunirte?— dijo el médico con brusquedad. —Sabemos mucho. En cuestión de horas sabremos su verdadero nombre y un resumen de su carrera. Es mi sincero deseo que haya sido más ilustre que esta debacle. Dominika conocía la técnica: menospreciar al sujeto, impresionarlo con la omnisciencia rusa, quitarle la esperanza y luego devolverle un poco. Duro-suave, empujar-tirar.

—Si sabes tanto —dijo Nate—, entonces sabes que estoy aquí para trabajar en el proyecto de restauración de arte y echar un vistazo al complejo.

—¿Qué esperabas hacer en el complejo?

Nate se encogió de hombros.

—Lo de siempre. Tomar latitud, longitud y coordenadas GPS. Es para poder bombardearlo después.—

El médico abofeteó la cara de Nate, perdiendo la calma.

—¿Quién es CHALICE? —gritó. —Sabemos todo sobre tu malogrado plan.

—No he oído la cripta CHALICE en mi vida,— dijo Nate, con la mejilla roja. Supo al instante que estaba al final de un enema de bario urdido por Benford y que la respuesta ya estaba aquí: CHALICE. Es que ahora tenía que volver a Langley. Quizá pudiera infectarse de su espacio por la noche y llegar a la playa. El médico hizo un gesto con la cabeza a uno de los guardias, que le dio un revés a Nate en un lado de la cara. Dominika estaba a punto de levantarse de la silla cuando intercedió el médico de la Universidad Estatal de Moscú. Su halo era azul. Peligroso.

—Es contraproducente golpear al sujeto si voy a utilizar ciertos compuestos. Como estoy seguro de que mi estimado colega sabe, los puñetazos y las bofetadas elevarán sus niveles de adrenalina y endorfinas —dijo en voz baja, como si estuviera reprendiendo a su homólogo del manicomio, que sólo sabía de ataduras y terapia de choque.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo Antón. —¿Cuáles son tus

compuestos? ¿Funcionan?

—Vamos a ver, ¿vale? —le dijo el médico a Nate. Dominika contuvo la respiración.

El médico sacó tres jeringuillas y las dejó sobre la mesa. Presumiblemente, cada jeringuilla contenía un cóctel químico distinto.

—Sólo para que no tengas Polonio 210 en esa bolsita negra tuya —dijo Nate. Un guardia sujetó con sus manos el brazo derecho de Nate, pero éste se lo quitó de encima, se agarró a la solapa del guardia, se la retorció y tiró de él hacia delante para que se desplomara en el suelo con estrépito. Otros dos guardias sujetaron la muñeca de Nate. El médico clavó una de las agujas en la vena del brazo de Nate y retrocedió para mirarle a la cara. Levantó uno de los párpados de Nate y le miró las pupilas.

—Ahora quiero que te relajes —dijo el médico—Nate sintió una oleada de calor que le subió por el brazo, las mejillas y la parte posterior del cráneo. Experimentó una intensa oleada de vértigo. Las paredes de la cabaña giraban ante sus ojos y tuvo la sensación de caer a gran distancia del cielo. Se agarró a los brazos de la silla y aguantó la sensación, mientras respiraba profundamente en silencio para oxigenar sus pulmones. La voz del médico le llegó desde muy lejos, como si hablara a través de una trompeta parlante.

—Las drogas psicotrópicas son sustancias químicas que cambian la función cerebral y producen alteraciones en la percepción, el estado de ánimo o la conciencia —dijo el médico—Hay una amplia gama de compuestos; la eficacia de cada uno depende de la personalidad del sujeto. Se requiere un período de pruebas para determinar qué fármaco específico será más eficaz en un sujeto individual. He elegido uno que normalmente es bastante eficaz —Anton parecía dispuesto a clavar la aguja en el cuello del propio doctor—.

—Quizá no haya observado que este interrogatorio debe realizarse con extrema urgencia —dijo Gorelikov—No tenemos tiempo para sus malditos análisis químicos, ni para los estúpidos intentos de este otro idiota de ganarse la confianza del sujeto, ni para el lujo de las pausadas búsquedas de registros de la Línea SF. Necesito un nombre, el nombre de uno de los doscientos invitados que están llegando ahora para la recepción del presidente. Uno. Lo necesito antes de que se ponga el sol esta noche. ¿Puede alguno de vosotros, durakis, cabezas de chorlito, conseguirlo? —El médico que había inyectado a Nate se puso rígido con nerviosa indignación.

—Comprendo la urgencia de la situación, puedes estar seguro, camarada. Yo, por lo tanto, he seleccionado un compuesto robusto de 3-Quinuclidinyl benzilato y amobarbital mezclado con un derivado estabilizador de Valium. Observará el efecto en el sujeto muy pronto. —

Acercó una silla y se sentó junto a Nate, que ahora tenía la cabeza ladeada y la barbilla apoyada en el pecho. El médico miró nervioso a un Gorelikov que echaba humo, se inclinó hacia él y empezó a hablar en voz baja.

—Ahora, señor Hale, vamos a pasar un viaje agradable, usted y yo. Es muy agradable. ¿Está preparado? Por cierto, ¿quién es CHALICE?

La respiración profunda y furtiva de Nate sólo impedía que los efectos de las drogas le tragaran totalmente la cabeza, ¿QUIÉN ES CHALICE? y el espacio seguía dando vueltas, pero su agarre al sillón le ayudaba, al igual que clavarse las uñas en la palma de la mano para poder concentrarse en el dolor, que se convirtió en su tenue asidero al borde del precipicio, al mundo real, sigue respirando, estaba al borde del abismo, ¿CUÁL ES EL NOMBRE DE CHALICE? entre la conciencia y el estado de ensoñación en el que podría empezar a hablar una raya azul, sigue respirando maldita sea, piensa en Benford, mantén la cordura, Nash, y pensó en Forsyth, eres más fuerte que ellos, y pensó en Gable, novato, no les des nada a esos cabrones, estoy orgulloso de ti, y pensó en todos ellos, Korchnoi, y Hannah, y Udranka, y Ioana, en todos menos en Dominika, ella no existe, ¿QUIÉN ES CHALICE? y pensó en Agnes hace dos días en la habitación del hotel de Varsovia, sigue respirando, en cómo sus manos le tocaban las mejillas, siente la sensación, recuerda la sensación, no la sueltes, y el espacio daba vueltas y la voz del médico se inmiscuyó en sus pensamientos, amable, tranquilizadora, insistente, ¿QUIÉN ES CHALICE? no la sueltes, quédate en este espacio, tenía la cara caliente y podía sentir el sudor corriendo por sus mejillas. Levantó la vista, las vueltas empeoraban con los ojos abiertos, pero allí estaba la fotografía de Lenin mirándolo con esos ojos negros de muñeca y la perilla desigualmente recortada, y la boca de labios apretados esperando a que Nate empezara a hablar, pero no hablaré a menos que tú lo hagas, cabrón, y Nate se concentró en esos ojos, se fijó en ellos, nada más, nada más, y esperó a que parpadearan o se movieran y cuanto más miraba la cara de Lenin más fuerte se volvía y seguía mirando el puente de la nariz de Lenin, tomando la foto entera, baja de esa pared cabrón, baja y hazte cargo del interrogatorio, porque las drogas no iban a funcionar, Nate sabía que ahora su cabeza estaba más clara, y seguía respirando y el espacio se ralentizaba, y seguía mirando la fotografía, y los ojos de Lenin ardían de odio, y la voz de Gable le decía a Lenin, puedes seguir adelante y parpadear primero, cabrón, porque no vas a conseguir una mierda de nosotros, y métete tu revolución proletaria por el culo, y Nate seguía mirando la cara de Lenin, esperando que la fotografía ardiera en el fuego del Hades y oír el rugido de rabia al serle negada

su voluntad, y de repente Nate estaba atravesando el túnel y su cabeza se despejó con una enorme prisa, su vista cristalina, notando el grano de los troncos en la pared, una mosca en el cristal de una ventana, el cuello deshilachado del doctor, todo zumbaba y entonces le llegaron las palabras de Gable.

—Escucha, novato, justo cuando las cosas parecen más oscuras, se vuelven negras.— Y Nate respiró hondo, y miró al doctor. Sí habían pasado veinte minutos, o tres horas, Nate no tenía ni idea.

El médico miró a Nate y supo que lo había perdido, las drogas ya se estaban disipando en su organismo; normalmente tenían un pico en la primera media hora y luego se desvanecían rápidamente. El médico siguió la mirada de Nate y vio la foto de Lenin y comprendió al instante que Nate había utilizado la fotografía para centrar su atención y resistir los efectos soporíferos de las drogas. Un joven inteligente, obviamente entrenado. Tendría que esperar al menos doce horas antes de que otra inyección pudiera ser eficaz; de lo contrario, una sobrecarga de drogas podría dejar al sujeto demasiado hundido e incapaz de responder desde ese deseado estado de media conciencia a la deriva. Es posible que se debiera a su aparente falta de miedo. El médico miró a Gorelikov y sacudió la cabeza, mientras empezaba a preparar nerviosamente su pequeña bolsa negra. Anton se dio la vuelta, disgustado, y Dominika dejó escapar un largo suspiro silencioso.

Alexander Bortnikov, del FSB, entró por la puerta del chalé y miró a su alrededor. Gorelikov le dedicó un encogimiento de hombros de rabia impotente. Bortnikov caminó frente a la silla de Nate y se quedó mirándolo en silencio.

—Así que nada parece haber impresionado a nuestro joven amigo americano, ¿eh? Puedes irte —dijo, indicando a los médicos—Uno solo de guardia. Si el americano se mueve, dañadle considerablemente.— Señaló al taquígrafo.

—Usted. Fuera.—Cogió el auricular del teléfono gris que había sobre una mesa auxiliar. —Serzhánt Riazanov a la casa de campo de Gorki, al instante —dijo Bortnikov, colgando. —Veremos si podemos mantener su atención un poco más de cerca —dijo Bortnikov, con su halo azul palpitante.

Esperaron treinta minutos. Dominika permaneció sentada detrás de Nate para que sus miradas no se cruzaran. El sargento Riazanov tuvo que agachar la cabeza al entrar por la puerta. Debía de medir más de dos metros, un gigante. Lo primero en lo que se fijó Dominika fueron sus manos, enormes, con nudillos huesudos y dedos largos y gordos. Tenía la cara de un ogro —acromegalia era el nombre médico de la afección comúnmente conocida como gigantismo—, con la frente

prominente, la mandíbula inferior saliente, pómulos pronunciados, dientes de camello muy separados y una nariz enorme y carnosa. Dominika no dudaba de que los cráneos de los primeros parientes del sargento Riazanov se habían encontrado en cuevas del Pleistoceno en España y Francia. No llevaba uniforme, sino un mono de mecánico, con cremallera delante, corto de mangas y puños, y un par de enormes botas de combate. Ninguna insignia, ninguna marca de rango. El hecho de que hubiera sido convocado por Bortnikov le sugirió a Dominika que Riazanov era miembro de alguna unidad del FSB mantenida en reserva para tareas extraordinarias, como ahora mismo, en esta casita pintoresca.

El general Bortnikov señaló a Nate con la barbilla y el ogro se acercó al sillón, levantó a Nate por las axilas, lo sacudió como a un muñeco de trapo y lo arrojó de nuevo al sillón. Nate lo miró asombrado.

—Debías de ser el chico más alto de tu clase —dijo Nate—, ¿te han examinado alguna vez para ver si tienes un tumor en la hipófisis? —Bortnikov, poco impresionado, volvió a asentir al sargento Riazanov. El sargento cogió la mano izquierda de Nate con una de sus zarpas de oso pardo y empezó a doblarle el meñique hacia la muñeca. Nate se agitó salvajemente, pero no pudo escapar del agarre del sargento mientras el meñique seguía doblándose hacia atrás, y hacia atrás, hasta que se oyó un chasquido y Nate gimió y cayó en el sillón sujetándose el dedo roto. Mientras el sargento se alzaba sobre la figura doblada de Nate, el general Bortnikov se acercó ligeramente. Dominika se sintió desfallecer allí sentada. Esas dulces manos, pensó.

—¿Recuerda ahora el nombre de CHALICE? Nos gustaría conocer su identidad con bastante rapidez.— Nate se llevó la mano herida, con el dedo meñique azul oscuro. Desde atrás, Dominika vio el halo carmesí de Nate firme y brillante, alimentado por el coraje y, lo sabía, su amor por ella. Pero, ¿cuánto tiempo podría durar?

—Os digo, imbéciles, que no conozco a nadie que se llame CHALICE —dijo Nate. El rostro de Bortnikov enrojeció de ira.

—Rómpele el brazo izquierdo —le dijo a Riazanov. El gigante agarró el brazo izquierdo de Nate, le torció la muñeca, lo separó del cuerpo y descargó un puño enorme contra el antebrazo de Nate con más fuerza que un tubo de hierro. El crujido del cúbito de Nate hizo saltar a Dominika. Nate gritó y se sujetó el brazo destrozado mientras estaba doblado en la silla.

—Ahora, el nombre de CHALICE,— dijo Bortnikov. —Seamos razonables. Lo único que necesitamos es un nombre. Es más fácil escribirlo que decirlo en voz alta —Sacó un bolígrafo y un cuaderno y los colocó en el brazo de la silla de Nate con una sonrisa alentadora—.

—La hospitalidad y el honor por los que Rusia es ampliamente

conocida —dijo Nate, jadeante y aún agachado. No cogió la pluma.

—Deja que el sargento te ayude —dijo Bortnikov. El gigante cogió el bolígrafo, lo colocó entre los dedos índice y anular de Nate y apretó, encendiendo el nervio cubital de la mano mientras el bolígrafo rechinaba contra los huesos. La cabeza de Nate se echó hacia atrás en señal de agonía.

—¿CHALICE? —dijo Bortnikov. De repente, Dominika supo que tenía que hacer algo, cualquier cosa. Era la directora del SVR. Se levantó de la silla, puso una mano tranquilizadora en el hombro de Gorelikov y avanzó.

—Pongamos fin a esta exhibición —dijo Dominika, con vehemencia—Me pregunto si los tres podríamos hablar fuera un momento —dijo, indicando a Bortnikov y Gorelikov. Los oficiales superiores se sorprendieron, sobre todo por el tono de su voz, y salieron al pequeño porche decorativo de la casa, dejando a Nate con el sargento Neanderthal. Siguió a sus colegas, cerró de un portazo y se quedó mirando a los dos hombres sorprendidos.

—¿Qué coño estamos haciendo? —siseó Dominika. Aumentó su indignación. —Esto no es 1937, con Stalin desbocado —se paseó arriba y abajo por el pequeño porche mientras Gorelikov y Bortnikov la seguían con la mirada. Dominika sabía que ambos eran capaces de tirarle los trastos a la cabeza, y probablemente lo harían, pero tenía que conseguir que dejaran de romperle las cosas a Nate.

—No podemos permitirnos el lujo del tiempo —dijo Gorelikov— Si este CHALICE informa del nombre de MAGNIT, perderemos el mejor activo de la historia del espionaje ruso… —Y probablemente las cabezas de ambos, pensó Dominika.

—Ya lo sé, Anton,— dijo Dominika. —¿Pero qué piensas hacer con este americano? ¿Romperle todos los huesos del cuerpo? Ningún oficial de la SVR estaría a salvo en los Estados Unidos o en el extranjero a partir de entonces. ¿Y a quién de ustedes le importaría explicarle al presidente que un oficial de inteligencia americano fue asesinado voluntariamente durante un interrogatorio?

—¿Qué proponen que hagamos para descubrir la identidad de CHALICE?— dijo Bortnikov.

—Piénsenlo, caballeros. —Dominika se rió. —Ya hemos encontrado topos antes. La lista de invitados es manejable. Doscientos sospechosos no es nada,— dijo, fingiendo coraje y confianza. —Podremos tachar ciento cincuenta nombres enseguida, lo sabéis los dos y lo sé yo. Los imbéciles que dirigen las sociedades anónimas, los ferrocarriles rusos o el aluminio estatal RUSAL jamás podrían conocer semejantes secretos. Los cincuenta restantes pueden ser entrevistados, o puestos bajo vigilancia, o controlados electrónicamente. El FSB puede encargarse de eso fácilmente. Mejor aún, podemos ordenar a

todos los principales sospechosos que asistan a una conferencia a puerta cerrada de una semana de duración —algo político como Gobernanza en Novorossiya— en Nizhny Novgorod, para que no haya posibilidad de que CHALICE se comunique con nadie. Es demasiado tarde y el propio MAGNIT podrá revelarnos la identidad de CHALICE. El topo es eliminado, MAGNIT está en su lugar, e iniciamos la desestabilización sistemática de la CIA y del gobierno de los EE.UU.— Dominika hizo un esfuerzo consciente por utilizar el pronombre masculino al referirse a MAGNIT.

—¿Y el americano? —preguntó Gorelikov.

Dominika se encogió de hombros.

—Es una pieza de ajedrez desechada. De momento, envíelo a Moscú y manténgalo de incógnito. No en una prisión, sino en un distrito remoto, o incluso en una capital provisional, bajo supervisión, arresto domiciliario. Lo mantenemos para uso futuro: un juicio si lo necesitamos; una concesión diplomática; un intercambio de espías. No se acercará a CHALICE, y el problema estará resuelto en una semana. — Bortnikov miró a Dominika por debajo de unas pobladas cejas.

—General, lo que usted dice tiene sentido. Su facilidad para las operaciones es evidente. Pero aún existe el riesgo de que no encontremos al topo a tiempo. ¿Está dispuesto a aceptar la responsabilidad si perdemos a MAGNIT?

—Ni siquiera conozco el verdadero nombre de MAGNIT,— dijo Dominika. —Esto funcionará y triunfaremos sin cubrir de sangre las paredes de esta horrible casita. El sargento Riazanov tendrá que matar y comerse un oso esta noche en su lugar.—

Gorelikov estaba impresionado con su protegida. Lo que ella decía era astuto; era una solución inteligente, sobre todo porque él, en secreto, no había aprobado los aspectos físicos del interrogatorio. Le parecían bárbaros. Miró a Dominika.

—¿Estás segura de que no es que estés prendada del guapo americano?—dijo Gorelikov. ¿Broma o indirecta? Anton siempre había marcado la lealtad de Dominika, hurgando y pinchando. Es espeluznante y siniestro, el mentor siempre poniendo a prueba al protegido.

—Tienes razón, Anton. Sin contar al sargento Riazanov, es el hombre más guapo de ese espacio —dijo Dominika. Ambos hombres rieron, con sus aureolas azules brillando.

LENGUA DOVER

Ponga harina sazonada con sal, pimienta y eneldo en un plato llano. Seque los filetes de lenguado deshuesados, salpimiéntelos por ambos lados y páselos por la harina. Calentar el aceite en una sartén grande,

añadir la mantequilla y remover para mezclar. Cuando baje la espuma, añada los filetes y cocínelos hasta que se doren por ambos lados. Para la salsa: Calentar el aceite de la sartén, añadir la mantequilla y cocer hasta que se dore ligeramente; retirar del fuego y añadir el vino blanco seco, el perejil picado, el zumo de limón y las alcaparras. Verter la salsa sobre los filetes y servir inmediatamente.

36

Condones de húsar

SON LAS 22.30 y Dominika camina por su dacha apagando las luces. Se había quitado el vestido de fiesta y llevaba una camisa de dormir de satén con botones en la parte delantera. Las puertas del balcón de la habitación de arriba estaban abiertas y las cortinas de gasa se movían de un lado a otro con la brisa de la tierra. Dominika sabía que no podría dormir, no con Nate esposado al asiento de un avión que volaba de regreso a Moscú, con el brazo y el dedo rotos y escayolados. Al menos había detenido el interrogatorio... por ahora. Es un alivio que Gorelikov y Bortnikov aprobaran su plan de esconder a Nate en Moscú y mantenerlo en reserva como rehén. Una vez restablecida la comunicación con Benford, informaría a Langley del paradero de Nate y podrían comenzar las negociaciones diplomáticas para recuperarlo y devolverlo a casa.

Según el plan de exfiltración, el barco no tripulado debía llegar a la playa bajo su dacha a medianoche. Dominika se reuniría con la silenciosa embarcación, abriría la escotilla y depositaría una memoria USB con un informe detallado de los acontecimientos de las últimas tres semanas, pero sobre todo con la presunta identidad de MAGNIT. El topo era el almirante de la Marina estadounidense Rowland; Dominika disponía de aproximadamente cinco días antes de que el almirante fuera confirmado como director de la CIA. ¿Llegaría la información de Dominika hasta Benford, desde la fragata de la 6ª Flota que patrullaba en el Mar Negro, pasando por la US NAVEUR en Nápoles, a través del laberinto del Pentágono, y hasta la mesa de Benford en ese corto periodo de tiempo? Ella, por supuesto, dirigiría el pendrive a la atención inmediata de Simon Benford, de la CIA, pero la pesada burocracia de la Marina estadounidense era una incógnita. ¿Reaccionarían en consecuencia?

Su mente bullía tratando de calcular todos los imponderables de la situación, su preocupación por Nate, su falta de comunicación. La jornada inaugural de la recepción de Putin había sido fastuosa, faltaban dos días más y había comida y bebida suficientes para alimentar a medio Moscú durante un año. Las bovinas esposas de los siloviki, vestidas con escandalosos trajes de satén y terciopelo en verde azulado, melocotón o mandarina, el colmo de la alta costura soviética, competían en vano con las esbeltas esposas trofeo de los oligarcas, con sus minivestidos bodycon y sus bronceados pechos en voladizo. Los pesos pesados no podían compararse en el apartado sexual, pero sí en las mesas de bufé. Gorelikov, Bortnikov y Dominika

habían observado de reojo a los exuberantes invitados mientras se arremolinaban, cuchicheando entre ellos, evaluando en privado la probabilidad de que uno de ellos pudiera ser el topo. Uno significaba improbable, dos posible y tres finalista. Dominika siguió el juego de la Cámara de las Estrellas con fingido entusiasmo y sombría determinación. Algunos de los tres iban a ver sus vidas bruscamente alteradas la próxima semana en Moscú.

Dominika bajó las escaleras hasta la cocina de acero inoxidable de la dacha, sacó una botella de champán de la nevera y empezó a pelar el papel de aluminio y el alambre para descorcharla. Un rayo de luna plateada era la única luz del espacio y atravesaba diagonalmente la encimera de mármol. La brisa marina se levantó un poco y la casa se agitó.

—¿Necesitas ayuda con ese corcho? —dijo una voz femenina. Dominika dio un respingo. Una mujer robusta apareció de entre las sombras de la cocina y se dirigió hacia la isla. Iba vestida con una camiseta blanca y unos leggings negros que no disimulaban un busto prodigioso y unas piernas atléticas. Era eslava y clásicamente atractiva; Dominika pensó que podría tener cerca de cincuenta años, con una espectacular coleta blanca que empezaba delante y se echaba hacia atrás con el resto de una espesa melena de león. Tenía un halo carmesí de pasión, como el de Nate, fuerte y brillante.

—¿Quién eres? —dijo Dominika. —¿Cómo has entrado en esta casa? —La mujer sonrió y se acercó más, pero sin ninguna amenaza.

—Por muy elegante que sea esta villa —dijo la mujer—, las cerraduras instaladas son de calidad inferior, sobre todo las de las puertas correderas. Pero supongo que no tiene que preocuparse por la seguridad aquí, en el complejo.

—En eso tienes razón,— dijo Dominika. —De hecho, puedo convocar una patrulla de seguridad a esta casa en unos noventa segundos.

—No lo dudo—dijo la mujer. —Perdone mis malos modales, pero ¿es usted el general Egorova?

Es mucho lo que he disfrutado con su visita no anunciada —dijo Dominika—, pero creo que ya es hora de que llame a seguridad. ¿Quién es usted? —La mujer parecía imperturbable. Se acercó más y empezó a susurrar. Obviamente, conocía las limitaciones de las instalaciones de audio en un gran espacio con techos altos y paredes de cemento. Pero esta conversación era demasiado peligrosa en lo que Dominika supuso que era un espacio con micrófonos ocultos.

—Sé que eres Egorova, y que eres exactamente como Nathaniel te describió. ¿—Era una trampa o un truco de Bortnikov? ¿Creía que ella era una de las tres sospechosas?

—Me temo que no conozco a ningún Nathaniel, y creo que he

preguntado por su nombre por última vez.— Abrió un cajón del armario de la cocina y sacó una pequeña pistola PSM, favorita de los altos cargos de los servicios de seguridad y los miembros del politburó. Hizo retroceder la corredera.

—Tiene motivos para ser prudente, pero antes de dispararme, le agradecería una copa de champán —dijo la mujer. Dominika supo intuitivamente de qué debía tratarse: aquella belleza polaca era de Langley. Sirvió una copa de champán a la mujer, mientras sostenía la pistola en la otra mano. Dominika agitó el cañón, indicando que subieran las escaleras. Una vez en el dormitorio, iluminado con luz tenue, Dominika condujo a la mujer al balcón. Sujetó el PSM a su lado y bebió un sorbo de champán. La brisa marina silbaba entre los pinos y la luna del Mar Negro se cernía sobre el horizonte.

—¿Quién es usted?—preguntó Dominika.

—Llegué con Nathaniel haciéndome pasar por supervisora de restauración de arte —susurró Agnes. —Me llamo Agnes Krawcyk. Nathaniel fue detenido a los cinco minutos de nuestra llegada. Me di cuenta de que estaba sorprendido. Alguien debió de delatarle —.

Dominika dio un sorbo a su champán.

—¿Cuánto hace que conoces a ese Nathaniel?

—Sólo algunos años—dijo Agnes. —Pero trabajé durante la Guerra Fría en Polonia para Tom Forsyth.

—Describa a ese Forsyth —dijo Dominika.

—Pelo canoso, 1,80 de estatura y delgado; lleva las gafas de leer en la parte superior de la cabeza. Muy experimentado, asombrosa mente operativa. Trajo a Nathaniel a Helsinki desde Moscú y le salvó la carrera. ¿Satisfecha? — Su halo era firme, seguro. Dominika puso la pistola en la cornisa del balcón. Era el copiloto de Nate, y la inteligente adición de Benford: sacrificar a Nate, despejar el campo y esperar el éxito. Es una locura, pero funcionó; esta mujer estaba aquí, ¿no?

—Estoy segura de que sus instrucciones eran no venir nunca a esta dacha,— dijo Dominika.

—Ya no me importan las reglas,— dijo Agnes. —Quiero salvar a Nathaniel. ¿Dónde está Nathaniel? ¿Lo sabes? ¿Está bien?

Más que un enfoque profesional, pensó Dominika. Hay una dimensión personal aquí también.

—Estaban a punto de matarlo esta tarde. Le rompieron un dedo y el brazo izquierdo. Se resistió a un tratamiento preliminar de psicofármacos. Como Director de la SVR, argumenté que debía ser mantenido de incógnito en Moscú, en buenas condiciones, para usarlo como futura moneda de cambio según los acontecimientos. Ya está en un avión hacia la capital.

Agnes dejó su vaso.

—¿Lo has enviado a Moscú? Allí no puedo llegar hasta él. No hay manera de que pueda escapar.

—Le salvé la vida enviándole a Moscú. ¿Qué ibas a hacer, entrar a tiros en la sala de guardia, agarrar a Nathaniel y correr hacia la playa? Hay quinientas tropas en este bosque.

—Podría estar en una de vuestras prisiones durante cinco años,— susurró Agnes.

—Yo me preocuparé de Nate más tarde,— dijo Dominika. —Ahora mismo, tú y yo tenemos que lograr una cosa. Creo que los superiores de Nate en Langley organizaron una trampa canaria para determinar la identidad de un topo de alto rango en Estados Unidos llamado MAGNIT. ¿Te dijo Nate algo de esto? No, probablemente ni él mismo lo sabía. Durante el interrogatorio de Nate siguieron preguntando por un informante con nombre en clave CHALICE. Es parte de una prueba de tinte azul, una variante incriminatoria reveladora, porque nunca la había oído. ¿Entiendes lo que es? ¿Conoces la palabra CHALICE? Forsyth y Benford necesitan conocer esa variante inmediatamente. La palabra CHALICE marcará la identidad de MAGNIT. ¿Lo entiendes? Agnes asintió.

—Esta noche vas a subir a esa lancha teledirigida, como quiera que la llamen, y vas a traer de vuelta ese nombre en clave, y entregar una memoria USB con los detalles. Exige hablar personalmente con Simon Benford en cuanto subas a bordo del barco de la marina. Directamente con Benford en la CIA. Con nadie más. ¿Lo entiendes? —Agnes volvió a asentir con la cabeza.

—¿Cómo puedes proteger a Nate en una prisión de Moscú?

—Ahora sólo hay una cosa importante,— dijo Dominika, ignorando la cabeza de mula de Agnes. —CHALICE. Devuélvele ese nombre a Benford. Yo vigilaré a Nate en Moscú.—

Sonó el timbre de la dacha, una extraña cacofonía de campanas tubulares que más bien parecían campanas de viento. Poniéndose un dedo en los labios, Dominika indicó a Agnes que se escondiera en el espacioso armario del dormitorio, junto a la enorme cama. Agnes se deslizó dentro y cerró las puertas de lamas sin hacer ruido. Dominika corrió escaleras abajo, puso la copa de champán de Agnes en el armario bajo el fregadero y dejó la suya sobre la encimera con media botella de champán. Tirando del dobladillo de su camisón y despeinándose, cruzó el espacio hasta la puerta principal acristalada.

El presidente Putin estaba de pie bajo el farol de la entrada, y el resplandor proyectaba sombras bajo sus ojos, nariz y barbilla, transformándolo en una gárgola de halo azul, una criatura de otro mundo de visita nocturna a su nuevo director de Inteligencia Exterior, que iba descalzo y vestido con una camisa de dormir de satén que

apenas le cubría el sexo, y llevaba el pelo alborotado atado con una cinta azul. La camisa de satén no ocultaba en absoluto la turgencia de sus pechos, ni la huella de sus pezones, ni el rítmico aleteo de sus latidos. El séquito de guardaespaldas del presidente estaba agrupado en el camino pavimentado, en tres o cuatro carritos de golf eléctricos, observando. En un destello ácido, Dominika supo que en diez minutos el jefe de Estado de la Federación Rusa estaría entre sus piernas, que aquel era el momento ineludible —se acabaron los espeluznantes frotamientos durante las visitas furtivas a medianoche—, el momento en que la agente de la CIA DIVA tendría que sacrificarse por el papel que había elegido como espía, seductora y enemiga implacable del monstruo del Kremlin. Pensó en Gable cuando se sintió a sí misma cerrándose, cerrando las puertas internas de sus emociones, haciendo acopio de fuerzas para superar la repulsión. Estaba entrando de lleno en el modo Gorrión. Se preguntó si Gable la estaría mirando desde la coctelería del cielo.

—Dobriy Vecher, señor Presidente, buenas noches —dijo Dominika—Es una agradable sorpresa. ¿Tiene tiempo para una copa de champán? —Putin hizo un gesto a sus hombres de seguridad para que se adentraran en la oscuridad después de que uno de ellos le preguntara si debía comprobar la dacha de antemano. Mientras se servía una copa de champán, se fijó en el anillo húmedo que había dejado la copa de Agnes en la encimera, pero lo borró con la mano, chocaron las copas y bebieron a sorbos.

—Por el rápido descubrimiento del traidor entre nosotros,— dijo Putin, y Dominika pasó el champán por su lengua, saboreando el secreto.

—Es que el americano sabe quién es. Es como un grano de pimienta bajo nuestro pulgar. Bortnikov y Gorelikov me informaron esta tarde sobre el agente de la CIA, — dijo Putin. —Me describieron el torpe interrogatorio preliminar de esta mañana sobre por qué vino aquí y qué sabe. También me hablaron de su propuesta de solución al problema, que me pareció astuta y oportuna. ¿Está disfrutando de la fiesta? —Un típico giro conversacional de Putin que, Dominika estaba convencida, estaba diseñado para demostrar la rapidez mental del presidente.

—Les dije a los dos que no podemos estar eliminando a nuestros adversarios como si fuéramos bárbaros —dijo Putin. Króme Shútok ¿Estás de broma? se maravilló Dominika. Pensó en silencio en los nombres de los más de doscientos periodistas, disidentes y activistas políticos eliminados desde el año 2000 bajo el benéfico reinado de este presidente, por no hablar de la mitad de la población civil de Grozhny, en Chechenia.

—Gracias por su confianza en mí, señor Presidente,— dijo

Dominika. —Estoy segura de que podremos descubrir al topo americano a partir de una lista reducida de cincuenta nombres. De hecho, iba a sugerirle que revisara la lista definitiva; su perspectiva sobre los individuos será inestimable.— Putin sonrió y asintió; podría purgar a otros enemigos en el proceso.

—Dentro de cinco días sabremos ese nombre, y todos los demás —dijo Dominika, tranquilizadora. Putin había respaldado su plan de no dañar a Nate y mantenerlo en reserva como moneda de cambio. Ahora hablaba de machacar granos de pimienta. Se oyó un leve ruido en el piso de arriba y Dominika temió que Agnes creyera que no había moros en la costa y volviera a bajar. Vladimir había oído el ruido y miraba hacia las escaleras. ¿Le gustaría al zar hacer un trío?

La brisa del balcón mueve las cortinas del dormitorio. Dominika dejó la copa, cogió la mano del presidente, que la tenía callosa porque se la mordía, y lo llevó arriba, haciendo el mayor ruido posible.

—La vista desde el balcón es excepcional,— dijo Dominika. —Tengo que agradecerle de nuevo el uso de la dacha.— Putin asomó la cabeza por las puertas correderas, echó un vistazo al mar y a la luz de la luna que brillaba en la superficie ondulada por la brisa terrestre que empezaba tras la puesta de sol. Volvió al dormitorio. No le importaba la luz de la luna. Su halo azul palpitaba al compás de los latidos de su corazón.

—Una vista hermosa, pero no tanto como tú.— Dominika imaginó a Agnes cayendo del armario, con las manos sobre la boca. Silencio sestra, hermana, nuestro zar es un poeta del amor, no arruines el momento.

—Sr. Presidente. ¿Siempre es usted tan poético? —Se acercó a él, le puso las manos sobre los hombros y se apretó contra él, aplastando sus pechos contra el suyo. Sus bocas estaban a centímetros de distancia. Una uña en su ojo. Una llave de muñeca para llevarlo al balcón, un poderoso empujón sobre la pared, y Rusia habrá terminado contigo. En lugar de eso, Dominika rozó sus labios con los de él y le quitó la camiseta por la cabeza. El olor a ciervo almizclado de él volvió a ella, en parte a colonia de comino y canela, en parte a axila y entrepierna del día anterior. Si hubiera sido Nate, habría pasado la barbilla y los labios por cada centímetro de él para aspirar su dulzura, pero ahora no. Dio un paso atrás y se abrió los tres broches superiores de la camisa, que colgaba abierta, dejando ver un poco de escote (nº 95, —Mantén la puerta de la banya ligeramente abierta para crear más vapor-).

Putin le metió las manos en la camisa y le pasó los dedos por los pezones.

—Creo que en estas circunstancias podemos prescindir del "señor Presidente" —dijo. Tal vez para ilustrarlo, arrastró los dedos por el

vientre plano de Dominika, luego más abajo, pasando los dedos por su pubis, y luego empujó hacia arriba y adentro. La entrenada Gorrión ahogó un respingo —los hombres siempre se metían los dedos por todas partes antes de tiempo, como si buscaran el interruptor de la luz — y, en lugar de eso, cerró los ojos y susurró —Oh, Volodia,— el diminutivo cariñoso de Vladimir. —No sé cómo llamarte —susurró ella—, no sea que alguien escuche nuestra intimidad. Lo que te pregunto, tú, svinya, es si has puesto micrófonos en el chalé de esta puta.

Putin se rió.

—Esta noche no. No te preocupes, nadie está escuchando.— Esta noche no, qué encantador. Emplazamientos de audio apagados por esta noche.

Cada vez que se acercaba a ella, le impresionaba lo hermosa que era. Es como si ella pudiera leer la mente, una habilidad psíquica que él mismo creía poseer. Su cuerpo exuberante desató su codicia orgánica: quería poseerla, dominarla, enredar los dedos en su pelo castaño y arrastrarla por el espacio, simplemente para validar el poder que tenía sobre ella. Sabía muy bien que era independiente e inteligente, y que sus logros operativos superaban con creces su propia tibia carrera en el KGB en los años ochenta en la Alemania Oriental comunista. Pero eso no importaba. Su control sobre los demás — incluidos sus amigos de confianza entre los siloviki— se basaba en el miedo, en el dinero, en la familia o, simplemente, en la concesión de acceso. Es diferente con Egorova. Esta noche, Putin pretendía dominarla con carnalidad. Como ex Gorrión, ella captaría el mensaje.

Putin se despojó de sus pantalones de chándal mientras Dominika se quitaba la camisa de satén y apagaba la lámpara de araña, dejando sólo el suave resplandor de una lamparilla que bañaba sus suaves curvas con luz rosada. Si Putin vio las cicatrices plateadas de los estiletes en su caja torácica, no las mencionó; al fin y al cabo, representaban los sacrificios que sus vasallas tenían que hacer necesariamente para preservar la Rodina, o más exactamente, su Rodina. Putin sacó la colcha de la cama y la tiró al suelo como si fuera un matador realizando el extravagante pase de la capa por la rebolera del molinete.

A continuación, Putin colocó sin mediar palabra un paquete rojo de preservativos de la marca Hussar sobre la mesilla de noche, por razones no del todo claras, ya que no hizo ademán de ponerse ninguno. Se fabricaron exclusivamente en Rusia después de que un decreto gubernamental prohibiera la importación de los profilácticos estadounidenses Durex, alegando que el producto estadounidense fomentaba la propagación del VIH, una dezinformatsiya transparente en represalia por las sanciones de Estados Unidos. Los preservativos

Hussar eran conocidos en Moscú como las gomas de la ruleta rusa por su poca fiabilidad, por no hablar de su abrumador olor a petróleo. Esta escasez de profilácticos fiables había provocado la aparición de numerosos productos del mercado negro en la calle, incluidos los infames paquetes plateados de preservativos impresos con una caricatura del presidente sobre el logotipo en inglés, —I've Got Something to Putin You.— El samizdat, los materiales de protesta, habían cambiado mucho desde los tiempos de Solzhenitsyn y Sájarov, pensó Dominika. ¿Qué espera que haga con esto? se preguntó. Deslizó el paquete de condones del presidente en el cajón de la mesilla de noche.

Empujó suavemente a Egorova sobre la cama, boca arriba, y se acercó con las rodillas al colchón. Le agarró los tobillos y se los separó a ambos lados, como si estuvieran regateando los muslos de un ganso asado. Vio que tenía la cara hinchada de deseo, los pechos pesados y los pezones distendidos. Nadie podía fingir esas reacciones, ni siquiera un gorrión. Le aplastó los pechos con las manos, se las colocó a ambos lados de la cabeza y la miró a la cara. Putin se había acostado con muchas mujeres desde que se divorció de Lyudmila Putina tras treinta años de matrimonio: la gimnasta Kabaeva, la patinadora Butyrskaya, la boxeadora Ragosina. Todas ellas rubias, todas superatletas campeonas, pero Egorova era diferente, más continental, menos eslava. También era su nueva Directora de la SVR, una fría operadora que empezó como Gorrión, había desenmascarado al traidor Korchnoi y había matado a adversarios sobre el terreno. Mantenía su consejo, conocía las operaciones, parecía discreta y leal, y Gorelikov la aprobaba. Otros amantes apreciarían los ojos azules, o la sonrisa, o el espíritu caritativo, o incluso la exuberante libidinosidad, pero Vladimir valoraba otros atributos. Metió las rodillas entre sus piernas.

A Putin le gustaba zambullirse directamente, de inmediato, sintiendo el pellizco de los puntos secos, buscando la respiración agitada, la mueca de dolor ante la penetración inicial. Le gustaba cuando jadeaban así. Luego, cuando la mujer por fin se abría húmedamente, él prefería un ritmo de metrónomo mesurado —nada de carreras de conejo para él, no con su disco dañado por el judo—, golpeando con fuerza el pubis contra el sexo de la mujer para provocar gruñidos de placer a cada bofetada húmeda. Eso también le gustaba, sus resoplidos animales de placer. Tenía el control. Los pechos de Egorova oscilaban con cada descarga, tenía la cabeza hacia atrás, la boca ligeramente abierta, respirando por la nariz. Vladimir sintió que la estaba haciendo trabajar de verdad: tenía los ojos cerrados.

Mantén los ojos cerrados para no tener que mirar su cara rubia de pastel de luna ni su pecho de eunuco pastoso, pensó; debe de haber al

menos un albino —un primo o un sobrino— en su familia, los genes están ahí. Al menos no le baboseaba la boca. En la cama con Nate, gemir en la boca del otro mientras ella se corría era un éxtasis, pero gracias a Dios no tenía que —Chupar en la lengua de Putin—, que debería ser el título de una canción de la banda de chicas rusas disidentes Pussy Riot. Y ella sabía que los hombres rusos de su generación no hacían lo otro, meter la boca ahí abajo, y él había sido demasiado impaciente para pedirle que se lo metiera en la boca. Gracias a Dios por la mojigatería rusa.

Putin le había puesto las piernas sobre los muslos abiertos, inmovilizándola como a un animal en la sabana, enseñándole los dientes. Y Nate está en un avión hacia Moscú, por mi propia mano, y Agnes está en el armario mirándome a través de las rejillas, follando con este hombre, viendo cómo su khuy me parte en dos, y sé que ella también ama a Nate. ¿Comprenderá lo que está pasando?

El golpe de la bola de demolición del zar de todos los rusos nunca cambió, sólo un ritmo constante desprovisto de todas las embriagadoras variaciones de posiciones, o conversaciones de almohada, sin los éxtasis de los bordes o las cuentas, o lo que ella había visto en Hong Kong con esos chakras locos. Los ojos azules del presidente no se apartaban de su rostro, buscando el menor rastro de reacción fingida, que, estaba segura, en su mente se equipararía al engaño, y el equivalente a la deslealtad. Finge un orgasmo con Vlad, nena, y estarás fuera de su lista de favoritos. Ni siquiera Benford habría calculado esa astucia.

En la Escuela Gorrión estudiaron intensamente (y filmaron a cientos de mujeres experimentando) el clímax sexual, incluyendo las contracciones rítmicas físicas, la euforia psicosomática y la liberación química de endorfinas durante el periodo refractario. Por lo tanto, los gorriones que fingían el orgasmo estaban entrenados para evitar los gritos histriónicos de los principiantes, las sacudidas de cabeza, las sacudidas de pelo y los arañazos en la espalda de su pareja. En cambio, un Gorrión profesional conocía las sutilezas orgásmicas de un cambio en la respiración, la rigidez de las extremidades, los breves y estremecedores escalofríos por todo el cuerpo, seguidos de un frenético levitar fuera de la cama si el hombre tocaba una fontanería demasiado sensible antes de que transcurrieran cinco minutos. Dominika se puso la máscara de placer-dolor de Gorrión, como si esperara la salvación, el éxtasis, a manos de su zar azul. Entonces ocurrió lo imposible.

Es comenzó como un pequeño zumbido en su estómago —el susurro de un orgasmo real, no fingido— que se irradió a su entrepierna, luego creció, y se cernió como un jarrón antiguo en el borde de la repisa de la chimenea después de un terremoto, a la espera

de la próxima sacudida que lo haría tambalearse sobre el borde hasta el piso de abajo. Esto no puede estar pasando, pensó. No con esta lagartija limpiándole la chimenea. Es que había pasado demasiado tiempo sin Nate, una época de estrés prolongado, y había acumulado muchos kilovatios que estaban listos para arder y quemarle las cejas a alguien. Ya no utilizaba el cepillo de pelo de mango largo de su abuela, pues suponía que sus residencias oficiales —aquí y en Moscú — estaban llenas de audio y vídeo. Bogu moy, Dios mío, el jarrón de la repisa de la chimenea empezó a chirriar, vibrando cada vez más cerca del borde.

Esto no puede ocurrir. Esto no sucederá, pensó. Incluso cuando empezó la rutina de la Escuela del Gorrión en beneficio de Putin (nº 44, "Un solo copo de nieve iniciará la avalancha"), Dominika apagó su clímax real, lo ahuyentó pensando en Bratok, lo desterró de vuelta a su bazo, o a su hígado, o dondequiera que residiera. Es bastante fácil de hacer, teniendo en cuenta el dibbuk, el ogro que estaba encorvado sobre ella, silbando la nariz mientras entraba y salía.

Es que Putin se estaba esforzando; también a él le estaba afectando: la imagen de aquella Venus inalcanzable, con la cabeza hacia atrás, la garganta abierta, los ojos blancos en sus órbitas, estaba haciendo efecto, por no hablar de la extraordinaria sensación de su músculo pubococcígeo ordeñando su órgano, con el resultado de que sintió la reveladora acumulación en la ingle, el insidioso engrosamiento de su miembro y, finalmente, la parálisis plomiza que recorre los miembros en el momento del spuskat, de la eyaculación. No dijo nada, parpadeó una vez —su expresión no cambió— y se retiró en cuanto hubo terminado, limpiándose la cara, deslizándose fuera de la cama y recogiendo sus pantalones de chándal del suelo. Al zar no le gustaban los besos cariñosos, ni las caricias en el pelo, ni los abrazos tiernos en el suave crepúsculo après-sex. Es suficiente con que hubiera depositado sobre su encamado Director de Inteligencia Exterior, un general de la SVR, el botín imperial que marcaba uno de los límites de su rango depredador.

Por fuera estaba lánguida, pero respiraba con dificultad y sudaba entre los pechos. Los pensamientos de Dominika corrían enloquecidos en el manicomio postcoital que era su cerebro. Tenía que deshacerse del presidente. Agnes, en el armario, probablemente tenía que mear. ¿Impediría la fresca brisa terrestre que el USV de Benford —que llegaría en cincuenta minutos— aterrizara en la playa? Tenía los muslos pegajosos. Como Gorrión entrenada, Dominika sabía que un hombre sano eyacula aproximadamente cinco mililitros (una cucharadita) de semen, que contiene unos cien millones de espermatozoides. Eso significaba que cien millones de espermatozoides de Putin con cabeza de melón y cola de látigo se

estaban moviendo dentro de ella, con la intención de anexionarse su cuello uterino como la península de Crimea. (Gracias a Dios por el DIU expedido por la Agencia, un dispositivo PARAGARD de bobina de cobre desarrollado [pura coincidencia] por Lockheed en 1962 durante la fase de diseño del avión supersónico de reconocimiento SR-71 Blackbird). El presidente estaba diciendo algo, y Dominika detuvo la cascada de sus pensamientos inconexos.

—Me gustaría que te quedaras con esto —dijo Putin, deslizando una larga caja de terciopelo sobre la mesita auxiliar—Es que el espectáculo de mañana iba a ser una actuación en directo de un artista musical estadounidense de enorme fama, también conocido como activista progresista vocal y comprometido que, a pesar de la ausencia de derechos humanos demostrables en Rusia, consideró que podía aceptar cinco millones de dólares del Ministerio de Cultura de la Federación Rusa para aparecer en el cabo Idokopas y entretener a los siloviki. Dominika abrió el maletín. En su interior había un precioso collar de perlas multicolores de los mares del Sur y de Tahití, cada una de 114 milímetros, tan grandes como canicas, de color verde mar, dorado, marfil y moca, un collar sublime.

—Sr. Presidente, estas perlas son magníficas. No podría...

Putin levantó la mano para hacerla callar, sacó el collar de la caja y se lo puso alrededor del cuello, donde una perla separada anidaba pesadamente en el hueco de su nuca. Los regalos personales intercambiados entre colegas gubernamentales —la pizda de Dominika a cambio de las perlas— no planteaban el menor conflicto de intereses en la Rusia de este zar.

—Me gustaría que las aceptaras —le dijo.

Dominika tocó las perlas.

—Gracias, señor Presidente —dijo. —Y gracias por una velada maravillosa.—Su halo azul resplandeció.

La estrella de la CIA DIVA acompañó a Vladimir Vladimirovich hasta la puerta. No le dio el beso de buenas noches, con todos los brillantes ojos de mapache del destacamento de seguridad fijos en ella en su kimono de seda desde la oscuridad. En lugar de eso, se dieron la mano, con el tacto de los callos del presidente arañando la palma de su mano.

El zumbido eléctrico de los carritos de golf cuesta arriba se desvaneció. Es silencio absoluto, pero los pinos del exterior se agitan ruidosamente con la brisa. No hay micrófonos trabajando esta noche en la dacha, ¿verdad? Dominika sacó a Agnes del armario y bajaron las escaleras en silencio. Dominika abrió otra botella de champán y sirvió dos copas, apoyada en la isla de mármol con los codos, la cabeza entre las manos, exhausta. Faltaban cuarenta minutos para la

llegada de la USV.

Agnes se pasó los dedos por el blanco copete.

—Media taza de vinagre blanco con una cucharadita de levadura en polvo —dijo, también apoyada en la encimera de mármol. Parecían dos cowpokes en un bar.

—¿Qué? —dijo Dominika, mirando su vaso.

Agnes negó con la cabeza.

—No es para beber; es una solución casera para las duchas vaginales. Supongo que prefieres no cargar con el presidente toda la noche. —Le caía bien esta guerrera fría polaca. Gracias a Dios que podía llevar el mensaje de Dominika a Benford personalmente. Y gracias a Dios que Dominika podría sacarla de Rusia de una pieza. Pero no tenía vinagre y no había tiempo.

—¿Con qué frecuencia sucede esto?—preguntó Agnes.

—Es la primera vez —dijo Dominika, intentando no sonar a la defensiva. Observó la expresión desprejuiciada de Agnes. —Pero espero que su atención se acentúe ahora que soy miembro de su círculo íntimo.

—Es importante no culparse. Nada de autorrecriminarse, nunca.

—No pienso en nada más que en hacer lo que debo —dijo Dominika.

Agnes asintió.

—Es lo mismo que me pasó a mí en Polonia. Me acosté con la mitad del politburó por sus secretos, y con tres coroneles soviéticos del Estado Mayor en Varsovia.

—Confío en que duermas bien por las noches. ¿Sin pesadillas? —dijo Dominika, impresionada.

Agnes desvió la mirada.

—¿Y qué piensa Nathaniel de esto?

Dominika se puso rígida. Es.

—Lo que Nate y yo tenemos juntos es aparte de todo esto. Lo que tenemos juntos es a pesar de todo esto —dijo Dominika, con un filo en la voz. Agnes miró al suelo.

—Dime —dijo Dominika, poniéndose derecha para mirar a Agnes directamente—Es exactamente lo que usted y Nate tienen juntos, si se puede saber?

—Puede estar tranquila, general Egorova —dijo Agnes en voz baja—Trabajamos juntos, y yo amo al chico, pero su corazón le pertenece a usted. No tiene nada que temer de mí.— Las dos mujeres conocían las partes no dichas, que no necesitaban más discusión.

Agnes miró su reloj.

—¿Cuándo llega ese maldito barco?

—Exactamente a medianoche, dentro de unos treinta minutos,— dijo Dominika. —Debes llevar de vuelta el pendrive que explica toda

la situación, la identidad de MAGNIT y la situación de Nate. Es absolutamente crítico que hables con Benford o Forsyth. Incluso si tienes que llamarlos desde una cabina telefónica en Varna, solo diles CHALICE.—

—Es que no quiero correr el riesgo de que le caiga agua de mar. Es que Dominika subió corriendo las escaleras, sacó el disco duro y lo metió en el preservativo Hussar del cajón de la mesita de noche, que ya estaba desenvuelto, y le hizo un nudo apretado a la goma. De vuelta abajo, se lo pasó a Agnes.

—¿Hablas en serio? —le dijo, sujetando la goma entre el pulgar y el índice.

—No te preocupes —dijo Dominika—Uno de los propietarios, nunca ha sido conducido, bajo kilometraje.

—Ok, ahora es impermeable. Pero si no le hago llegar el mensaje a Benford a tiempo, estarás en grave peligro, ¿no es así? —preguntó Agnes.

Dominika asintió.

—Si consideras que la cámara de ejecuciones de la prisión de Butyrka constituye un grave peligro, entonces tienes razón.

—Es decir, que si te ocurre algo, algo catastrófico, y Nate finalmente es liberado, eso deja el campo libre para mí, ¿no te parece?

—Por supuesto,— dijo Dominika, mirándola fijamente. —Sería todo tuyo. —Era un gato siseando a otro, estableciendo la relación. El halo carmesí de Agnes era firme y brillante. Ella no traicionaría la causa más de lo que lo haría Dominika, y ambas lo sabían. Agnes miró de nuevo su reloj.

—Está bien,— dijo. —Vamos a la playa.

Dominika dejó a Agnes abajo brevemente mientras se vestía con mallas, top negro elástico y zapatos con suela de goma para caminar por las rocas de la playa. Se quedó inmóvil cuando oyó voces en el piso de abajo. La voz del hombre era inconfundiblemente la de Gorelikov. Las palabras eran indistinguibles, pero el tono era puro Anton: cortés, educado y modulado. La voz de Agnes también era tranquila, pero Dominika tampoco podía distinguir sus palabras. Bogu moy, Dios mío, ¿qué posible tapadera podría explicar la presencia de Agnes en la dacha personal del director del SVR? ¿Amigos de la escuela? ¿Un interés común por las artes decorativas? ¿Ahorrar agua duchándose juntas? Dominika apretó la mandíbula y bajó las escaleras para enfrentarse al desastre.

—Anton, ¿qué haces aquí a estas horas?—preguntó Dominika. —Acabas de perderte al presidente. Se fue hace unos minutos después de tomar una copa de champán.— Dominika asintió a Agnes como si quisiera decir que su presencia era totalmente natural. Gorelikov miró

de Dominika a Agnes y luego de nuevo a Dominika. Vamos, asume que somos pizdolizi, amigas.

—Acabo de tener el placer de conocer a esta joven —dijo Gorelikov—Me ha dicho que es una de las expertas en restauración de Varsovia que han llegado esta mañana. En el mismo grupo que el americano.— Esto era un problema, un peligro sin diluir, sin paliativos. Dominika sintió la brasa de la rabia encenderse en sus entrañas.

—¿Recuerdas mi propuesta de dejar al americano campar a sus anchas por el recinto para que nos guiara hasta el topo? —Gorelikov se acercó a la isla y se sirvió una copa de champán. —Resolví llevar a cabo mi propio modesto experimento y seguir a esa joven que parecía conocer al americano. ¿Una coincidencia? Los demás polacos se quedaron en el dormitorio bebiendo vodka de cortesía. Excepto la Sra. Krawcyk, que caminó durante algún tiempo por el recinto siguiendo una ruta de lo más tortuosa. Y terminó aquí a medianoche, después de la visita del presidente, y ahora todos estamos bebiendo champán de un cáliz de cristal. — Esa palabra. Se quedaron mirándose. La pistola estaba en el cajón de la cocina, a un paso. Es poco probable que Anton estuviera armado. No era su estilo. Dominika sabía que era el fin, a menos que estuviera preparada para reaccionar violentamente para eliminar la amenaza. Fuera cual fuera la bestia escamosa que vivía dentro de ella, se agazapó a la entrada de la cueva, con las garras agarrando la tierra, lista para saltar.

Es Gorelikov quien rompe el silencio, mirando a Dominika. Su voz era tranquila, su rostro pacífico.

—Supongo que es propio del espionaje que cuanto más monstruosa es la traición, más eficaz es la operación. Gozabas de la confianza de tus compañeros, del Kremlin y del presidente. Es más, yo confiaba en ti. Imagine la ironía. Eres Director del SVR, informando a los americanos, incluso mientras influimos en los acontecimientos para colocar a MAGNIT como DCIA.— Dejó su vaso y se alisó el pelo. —¿Dónde nos deja eso? ¿Qué haremos para resolver...?

Ambas mujeres se movieron simultáneamente, instintivamente. Agnes se abalanzó hacia delante y golpeó a Gorelikov con extrema fuerza con un puño de martillo en un lado del cuello, debajo de la oreja, sobrecargando el nervio vago, interrumpiendo las señales de frecuencia cardíaca y presión sanguínea al cerebro, y haciendo que se tambaleara y pasara sobre una rodilla. Sin pensarlo, Dominika marcó el círculo detrás de él y, sin tener nada más a mano, soltó las perlas de los mares del Sur del presidente y enrolló el collar alrededor del cuello de Anton en el sentido contrario al de las agujas del reloj, en el lazo siciliano de garrote, que coloca las manos detrás del objetivo empujando en cruz, ejerciendo una constricción más potente que

separando las manos, una técnica que se enseña durante el entrenamiento de Spetsnaz Systema. Gorelikov empezó a forcejear, cayó de espaldas al suelo, llevándose las manos a la nuca, tanteando los ojos de Dominika, hasta que Agnes se lanzó sobre él, le sujetó las muñecas y se tumbó sobre las piernas de Gorelikov para que no pudiera patear. Era delgado y ligero y Agnes lo controlaba con facilidad. A través de su garganta cada vez más constreñida, ronroneó repetidamente:

—¡No!

Dominika esperaba que la hebra del collar se rompiera, esparciendo las valiosas perlas por el terrazo, pero lo que se había utilizado para ensartarlas debía de ser irrompible, alambre o monofilamento en lugar del tradicional hilo de seda, y su visión se nubló mientras se volvía un poco loca, se echaba hacia atrás, ponía la rodilla detrás del cuello de él y seguía aplicando torsión. Al menos las perlas grandes eran fáciles de agarrar, y el frágil Gorelikov no era excepcionalmente fuerte. Mientras lo estrangulaba, se oyó a sí misma susurrándole a Antón que Rusia no era coto privado del Kremlin, que la Rodina pertenecía a los rusos, no a los chacales que se alimentaban de su cadáver, lo que le sonó a uno de los primeros manifiestos de Lenin, pero estaba fuera de sí por el pánico a la sangre. No sabía si él la había oído por encima de sus gruñidos hambrientos de aire. Mientras le susurraba, Agnes la miraba boquiabierta.

Agnes sujetó las muñecas de Anton y aguantó el último paroxismo de sus piernas agitadas, y él se quedó quieto, pero no se movieron durante otros cinco minutos, tensos. Supieron que se había ido cuando sus pantalones aparecieron mojados y un charco de orina se extendió por el suelo debajo de él. Agnes también estaba empapada, pero no dijo nada mientras se ponía en pie, con el pelo alborotado. Ambas miraron a Gorelikov, las dos jadeando como antiguas reinas asesinas, Clitemnestra y Electra contemplando el agua carmesí del baño. Dominika vio que el halo de Agnes estaba blanqueado y descolorido. El cadáver de Anton estaba mojado de la cintura a la rodilla, tenía los ojos abiertos, el cuello amoratado y su halo había desaparecido. Interesante. Dominika se preguntó si con el tiempo sentiría remordimientos —después de todo, Gorelikov se había hecho amigo de ella y la había apoyado en el Kremlin—, pues ahora no sentía ninguno. El elegante boulevardier la habría ejecutado sin dudarlo.

Dominika volvió a ajustarse al cuello las perlas aún calientes; le pesaban y resbalaban contra la piel. Nunca volverían a sentirse igual, y siempre tendría que enfrentarse al fantasma de Anton cuando las llevara puestas.

—¿Estás lista para hacer un crucero con monsieur CHALICE? —Ha decidido desertar.

—¿Vas a meterme en esa canoa con el asesor más cercano a Putin, y atarme con él para dar botes durante treinta minutos?— dijo Agnes.

—Con el asesor muerto más cercano del presidente,— dijo Dominika. —Su desaparición demostrará que era el topo, un escándalo devastador para el Kremlin y para el presidente personalmente.

—¿Gorelikov se convierte en CHALICE? ¿El hombre de más confianza en la Rusia de Putin resulta ser el topo que deserta? Nunca lo creerán,— dijo Agnes.

—Posle dozhdika y chetverg, ya veremos después de la lluvia del jueves; no tenemos ni idea de lo que pasará. Es la única prueba que tendrán, y tú también te habrás ido, el segundo agente de la CIA que todos pasamos por alto cuando nos obsesionamos con Nate,— dijo Dominika. —La confirmación definitiva de que Gorelikov es el topo llegará cuando Benford detenga a MAGNIT.— Corrió escaleras arriba para arrancar la sábana usada de la cama y bajó corriendo al espacio de estar para envolver a Gorelikov en la sábana, un sudario funerario con olor a colonia de Putin.

—¿Cómo vamos a llevarlo por ese empinado camino hasta la playa?

—Cada una agarramos un extremo y lo arrastramos hacia abajo —dijo Dominika, recogiendo un extremo de la sábana y levantándolo.

—Esto es una locura.

—¿Una locura? Ahora es el momento de la vera, de la fe y de la resolución inquebrantable, que sospecho que conoces muy bien.—

Agnes asintió.

—Wiernosc en polaco.—

Dominika asintió.

—Quítale el reloj de pulsera. Es uno de esos lujosos modelos suizos que valen miles. Quédatelo, es tuyo, cortesía del Kremlin. Considéralo un reembolso por esta loca misión. Nunca debieron haberte enviado. Es un riesgo insano.

—Nate vino a rescatarte y yo vine a ayudar a Nate,— dijo Agnes. —Así que supongo que todos hemos perdido.

—No hemos perdido,— dijo Dominika. —Es hora de terminar con esto. Esto es la derrota para Ellos. Ellos duermen en sus camas justo arriba de la colina, en la casa principal, mientras que nosotros estaremos tragando agua de mar por Gable, por un general de pelo blanco y dos jóvenes Gorriones que dieron sus vidas.—Miró su reloj. —Tenemos veinte minutos antes de que llegue el barco y Anton haga su último crucero de placer por el Mar Negro. Agárrate a la sábana y ayúdame a levantarlo.—

SALSA MUSELINA

Hacer el sabayón batiendo lentamente agua fría en las yemas de huevo, hasta que tripliquen su volumen. Batir el sabayón, añadiendo lentamente la mantequilla clarificada caliente hasta que la salsa esté suave y brillante. Incorporar el zumo de limón, la sal y la cayena y seguir batiendo. Incorporar suavemente la nata montada batida hasta obtener picos firmes. Servir inmediatamente.

37

Crucero por el Mar Negro

DEJARON caer el cuerpo amortajado de Gorelikov dos veces mientras bajaban a trompicones por el sendero de esquisto y cabra que conducía a la playa; una vez lo atraparon justo antes de que rodara por el sendero hasta las rocas treinta metros más abajo. La brisa nocturna de tierra se desprendió de la cara del acantilado y creó una pequeña picada en el agua, que se rompió entre las numerosas rocas que sobresalían del fondo arenoso. ¿Podría una embarcación no tripulada estar preprogramada para zigzaguear entre estos afloramientos, encallar suavemente en este pequeño trozo de arena húmeda y volver a salir? Dominika y Agnes se turnaron para llevar las gafas de infrarrojos que captarían la baliza invisible de la luz estroboscópica de proa del USV, y Dominika llevó el reloj de pulsera de la baliza. Les pareció oír algunos de los sonidos de la fiesta nocturna en lo alto, más allá de la cara del acantilado. Mientras esperaban en silencio, escuchando el ruido de las botas de los centinelas, aumentó la brisa terrestre y las olas pasaron de ser pequeñas y cacareantes a rompientes más ruidosas de un metro que golpeaban algunas de las rocas salientes y gorgoteaban sobre ellas, lanzando de vez en cuando un poco de espuma al aire. Agitado, pero no imposible. Dominika miraba de vez en cuando la figura amortajada de Gorelikov, tendido en la arena fuera del alcance de las olas —esperaba que se incorporara y empezara a hablar— y se preguntaba, en primer lugar, cómo podría el barco acercarse lo suficiente a ellos con el oleaje y, en segundo lugar, cómo podrían cargar su cuerpo inerte en la cubierta del USV, que tenía un francobordo considerable.

Precisamente a medianoche, según el reloj de Dominika, vio una luz azul intermitente en el horizonte. A medida que pasaban los minutos, la luz se hizo más brillante y se hizo visible la forma indistinta de una lancha motora baja con lo que parecían rayas de cebra a lo largo de sus costados y una pequeña ola blanca en la proa. La forma de la embarcación se materializó, desapareció y reapareció a medida que se acercaba, deslizándose entre las olas y volviendo a salir. Es al entrar en el campo de rocas donde la embarcación aminora la marcha y, como si la condujera un timonel, se abre paso lentamente alrededor o entre las rocas hasta que la proa redondeada se desliza hasta detenerse en la arena, justo a sus pies. Los puntos de embarque estaban en la popa del USV, pero el oleaje golpeaba el casco allí atrás. Dominika podía oír los propulsores de la nave intentando mantener el casco recto y contrarrestar los efectos de las olas. En su camino hacia

la escalera de acomodación de popa, Agnes fue rociada hasta el cuello por una rompiente, luego fue golpeada por el segundo punto de apoyo y de vuelta al agua, empapándola completamente, la segunda vez esta noche que estaba empapada. Por fin pudo trepar por los tres puntos de apoyo y equilibrarse sobre la cubierta del USV. Dominika se acercó a ella y le dio la bolsa que contenía la memoria USB envuelta en un preservativo, las gafas de infrarrojos, el reloj de baliza y el caro reloj de pulsera suizo de Gorelikov.

La escotilla de doble tapa del ataúd se abrió automáticamente y Agnes miró dentro, luego a Dominika, que estaba en el agua hasta los muslos, y le hizo un gesto con el pulgar hacia arriba. Dominika se mantuvo alejada de la popa del barco, golpeada regularmente por el oleaje, que provocaba fuertes estampidos que tarde o temprano atraerían a los centinelas. Ahora venía la parte difícil. Dominika se acercó al cuerpo envuelto de Gorelikov, lo sentó, le puso el hombro en el estómago y, con un gruñido, lo levantó como si fuera un saco de harina. Se metió de nuevo en el agua y trató de elevarlo lo suficiente para que Agnes pudiera agacharse, agarrar una esquina de la sábana y subirlo a bordo. Es imposible con el chapoteo del agua y la sacudida del casco, pero Dominika lo levantó por las piernas y, milagrosamente, Agnes pudo agarrarse al borde superior de la escota y tirar con todas sus fuerzas. El cadáver se deslizó por la borda hasta la cubierta del barco. Dominika regresó a la playa y esperó, observando cómo Agnes se deslizaba, rodaba y finalmente arrojaba el cadáver de Gorelikov por la escotilla. Una vez abajo, tendría que recogerlo y colocarlo en uno de los asientos reclinables, atarlo, luego atarse ella misma, y accionar los interruptores que cerrarían la escotilla e iniciarían el rumbo programado de regreso a la fragata de la Marina estadounidense que la esperaba a veinte millas de la costa. Antes de desaparecer por la escotilla, Agnes miró a Dominika a la luz de la luna y la saludó con la mano. Dominika pensó que Nathaniel Nash era muy afortunado de que una mujer así le amara, de que ambos le amaran.

El sonido de las toberas de los reactores se hizo más fuerte a medida que el USV se alejaba de la playa, el oleaje seguía golpeando el espejo de popa mientras se alejaba. A continuación, la popa chocó contra una roca plana que sobresalía de la superficie y la embarcación se detuvo en seco. Por la espuma que rodeaba la popa, Dominika pudo ver que el USV intentaba avanzar y retroceder para liberarse del obstáculo invisible, pero tropezaba una y otra vez con la roca y no podía avanzar más. Maldiciendo, Dominika se metió hasta el pecho, se la tragó una rompiente y luego consiguió nadar hasta el casco colgado y empujar la popa con todas sus fuerzas. Finalmente, una ola la levantó y oyó cómo el espejo de popa chocaba contra la roca y se liberaba. Otra ola la hundió, pero los propulsores dieron marcha atrás

y la embarcación a rayas de cebra salió silenciosamente del pedregal hacia aguas abiertas. Otra ola golpeó a Dominika, que tragó agua de mar y tuvo arcadas, pero se recuperó lo suficiente para ver cómo el USV giraba sobre sí mismo, se asentaba en la popa y aumentaba la velocidad, adentrándose en el mar. Hizo una breve pausa para acuclillarse en los bajíos. El agua de mar debería hacer el mismo trabajo que el vinagre y la levadura en polvo. Había cierta satisfacción en enviar el ADN del presidente al Mar Negro. Dominika luchó por llegar a la playa, con la ropa llena de agua (ganaría el concurso de camisetas mojadas en la fiesta de esta noche), y miró hacia el mar. El buque furtivo ya había desaparecido de su vista. Buena suerte, Agnes Krawcyk. No me falles.

Temblando, Dominika subió tambaleándose por el camino de cabras hasta su dacha, se quitó la ropa, recogió las copas de champán y fregó el mármol que había ensuciado Gorelikov. A continuación, permaneció veinte minutos bajo una ducha caliente, demasiado cansada para pensar en la inevitable imagen de pesadilla de Grace Gao colgada por el cuello de la puerta de cristal de la ducha.

Es mediodía cuando nadie se da cuenta de que Gorelikov ha desaparecido. Bortnikov ordenó una búsqueda masiva en el complejo e hizo que aviones de vigilancia y lanchas patrulleras rápidas de Sebastopol peinaran la costa por si Gorelikov se había caído al mar desde el acantilado. Es más, después de pasar lista de manera informal, se descubrió que Agnes Krawcyk, una de las restauradoras de obras de arte, también estaba en paradero desconocido. Bortnikov y Dominika se reunieron en el espacio de conferencias del edificio de control de seguridad del complejo para discutir cómo informarían al presidente de estos inquietantes acontecimientos. En el aeropuerto de Gelendzhik no había constancia de que ninguno de los dos hubiera subido a un avión, y todos los vehículos del complejo estaban localizados: simplemente se habían esfumado. Bortnikov recordó que el MAGNIT había informado de la existencia de un plan de exfiltración que incluía un planeador motorizado que podía aterrizar en el valle de Balaklava sin ser detectado, pero era imposible que Gorelikov o la mujer hubieran podido salir del complejo sin ser vistos y recorrer a pie los diez kilómetros de noche, por caminos rurales, hasta llegar a un punto de recogida para la exfiltración. Frustrado y furioso, Bortnikov ordenó un segundo registro completo de todas las estructuras del complejo, incluida el ala presidencial y los apartamentos privados del presidente. Nikolai Patrushev se dignó a asistir a la última reunión con Bortnikov y Dominika al final del día. A pesar de las posibilidades cataclísmicas, el halo amarillo de connivencia de Patrushev se mantenía firme e imperturbable. Ya ha elegido un chivo expiatorio,

pensó Dominika. No asumirá ninguna culpa.

—La polaca no tiene importancia —dijo Patrushev—Podría haber sido llevada por uno de los soldados al bosque, violada y asesinada, y luego arrojada a un barranco.

Bortnikov le fulminó con la mirada.

—¿Estás loco? ¿Por qué lo supones?

Patrushev le ignoró.

—Anton Gorelikov es harina de otro costal. Es un desastre en potencia. Sus servicios deberían haber estado más atentos.

Bortnikov le miró al otro lado de la mesa.

—¿Nos está echando la culpa a Egorova y a mí? ¿Lo dice en serio? Usted es el jefe del Consejo de Seguridad y tiene un estatuto de supervisión de todos los asuntos de seguridad del Estado. Bortnikov estaba a punto de gritar, pero Patrushev se mostraba indiferente e impasible.

—El FSB existe para atrapar espías en la Rodina. Se supone que el SVR dirige activos extranjeros que pueden alertar a tiempo de tales infracciones,— dijo Patrushev. —Es mi opinión que ambos no cumplieron con sus deberes y, en consecuencia, fallaron al presidente. Ahí estaba, el encogimiento, el cambio de culpas, famoso entre los siloviki del Kremlin, sin que nadie asumiera la responsabilidad, y todos angustiados y desaprobando cuando el presidente era mal servido por otros. Dominika calculó que tal vez estas críticas la acercarían a Bortnikov, al menos hasta la siguiente crisis de palacio. Bortnikov seguía mirando a Patrushev, y su halo azul parpadeaba agitado.

Dominika comprendía lo que Nikolai estaba haciendo, distanciándose de cualquier responsabilidad. Pero ahora era Directora del SVR. Es hora de hacerse valer, de establecer una voz entre aquellos hombres que, junto con el presidente, serían sus competidores, aliados y rivales en los años venideros.

—Es indecoroso que Nikolai pretenda lo contrario—dijo Dominika. —Uno cosa es cierta. Sabremos claramente si Anton Gorelikov es un topo de la CIA, y sabremos la verdad muy pronto.—

Patrushev y Bortnikov la miraron fijamente.

—La prueba será evidente dentro de cuatro o cinco días,— dijo Dominika. —Si en la próxima semana se ven comprometidos importantes activos del SVR en Estados Unidos, entonces la conclusión ineludible debe ser que Gorelikov es CHALICE. Es una conjetura, pero si ocurre, es una prueba incontrovertible.— Eso debería clavar la noción de la culpabilidad de Anton.

—¿Cómo le decimos esto al presidente?— dijo Bortnikov. Patrushev no ofreció ninguna orientación.

Dominika se inclinó hacia delante.

—Dado que Antón era uno de los asesores más cercanos al presidente, creo que hay que tener cuidado, mucho cuidado, de no insinuar que el propio presidente era incauto, o demasiado confiado, o ciego ante los signos evidentes, si los había, de que Antón iba por mal camino —Las dos urracas del otro lado de la mesa asintieron con la cabeza.

—Si les parece bien, caballeros —dijo Dominika, tocándose un llamativo collar de perlas que llevaba al cuello—, puedo informar al presidente de esta difícil situación. Tenemos suerte de contar con el oficial americano del caso en Moscú para utilizarlo como moneda de cambio. Podemos utilizar al americano a cambio de nuestros activos, y además exigir la extradición a Rusia de Gorelikov.—

—Es su idea —dijo Patrushev, aliviado—. Sería conveniente que informara al presidente. ¿No le parece? —le dijo a Bortnikov.

—Absolutamente,— dijo. —El presidente le aprecia y confía en usted.

Dominika asintió.

—Eso sería satisfactorio—dijo. —Entonces sólo nos queda esperar. Tengo intención de volver a Moscú esta noche para seguir la situación desde Yasenevo.— Y quiero ver a Nate.

Audrey Rowland caminaba en el crepúsculo por el paseo elevado sobre la ciénaga en el extremo norte de la isla Theodore Roosevelt, en el río Potomac, entre Rosslyn y el Centro John F. Kennedy, en el corazón de Washington, DC. La isla formaba parte del Sistema de Parques Nacionales y cerraría en noventa minutos. El tráfico peatonal era escaso. Una vieja focha había estado pescando junto al puente elevado que conectaba la isla con el aparcamiento de la autopista George Washington Memorial Parkway, y dos peliazules con cámaras habían pasado junto a Audrey hacía quince minutos, parloteando como loros y buscando estúpidamente pájaros que fotografiar. Después de eso, estaba sola. Mientras caminaba sin hacer ruido por los tablones del paseo marítimo a la luz mortecina, de vez en cuando salpicaban en el agua salobre y llena de juncos algunos bichos grumosos —tortugas y ranas—, pero por lo demás la isla boscosa estaba inquietantemente tranquila.

El paseo se curvaba hacia el este y las luces de Georgetown y el centro de Washington se iban encendiendo, visibles a través del denso follaje. Audrey se detuvo y se sentó en el banco aislado designado como lugar de reunión, miró el reloj, se recostó y escuchó. Los riachuelos y los chasquidos del bosque caducifolio quedaban amortiguados por el zumbido del tráfico vespertino en los cercanos puentes Key y Roosevelt. Por lo demás, nada. Audrey llevaba mucho tiempo celebrando reuniones clandestinas, y estaba acostumbrada al

estómago nervioso y las palmas de las manos húmedas que se producían antes de entrar en contacto con su controlador del GRU o, más recientemente, con SUSAN, la agente de ilegales de Nueva York. Reunirse con aquella zorra espeluznante era mucho más seguro que hacerlo con alguien de la embajada rusa, pero a Audrey no le gustaba. Había algo de superioridad en su actitud; no reconocía el rango ni la importancia de Audrey. Audrey ya había resuelto decirle al tío Anton que quería un sistema de comunicaciones diferente, y estaba segura de que los rusos accederían, sobre todo porque estaba a dos días de ser confirmada por el Senado como nueva directora de la CIA.

Las audiencias de confirmación en el Capitolio habían sido un chiste: los legisladores leían declaraciones preparadas y farragosas y hacían preguntas superfluas a partir de listas que les entregaban empleados chapuceros recién salidos de la universidad. Audrey hizo de vicealmirante profesional de la marina y de científica preeminente en tecnología, armamento y comunicaciones, cuyos avances supondrían menos gastos y presupuestos razonables para la marina sin dejar de garantizar la seguridad nacional. A los senadores adictos, demócratas y republicanos por igual, les gustaba el hecho de que la almirante Rowland fuera una intrusa, una mujer sin sexo, obviamente apolítica, y que dirigiera a la CIA en la dirección correcta, lejos del gasto despilfarrador y lejos de nefastas acciones encubiertas y comportamientos extralegales similares.

A Audrey se le movió el cuero cabelludo cuando oyó un golpe seco que venía hacia ella desde la oscuridad del paseo marítimo. A la luz mortecina, la forma indistinta de un ser humano encorvado se hizo gradualmente más clara, y Audrey pensó en la ironía de ser abordada por una criatura de un pantano estuarino mientras se reunía con su contacto ruso en el centro de Washington, DC. Es más probable que se tratara de un contratista barrigón de la lista C, que salía al crepúsculo en busca de un joven remolcador. Se relajó cuando se acercó un carcamal con sombrero de ala ancha y camisa de franela. El anciano usaba un andador, y el golpeteo de las patas acolchadas de su aparato resonaba en los tablones. Audrey asintió agradablemente con la cabeza, pero sólo recibió un gruñido del miserable bastardo, que se apresuraba a salir de la isla antes de que cerrara. Después de que el hombre desapareciera por el recodo, ya no había nadie más, ni se oían ruidos. Lo único que tenía que hacer era esperar a que SUSAN apareciera fantasmagóricamente en el crepúsculo. Audrey se palpó el bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que la memoria USB y los dos discos con los últimos secretos de la Oficina de Investigación Naval estaban a buen recaudo. Le pasaría la unidad y los discos, informaría verbalmente a SUSAN sobre su confirmación y escucharía las ideas del Centro sobre las opciones de comunicación cuando se

convirtiera en DCIA y tuviera un equipo de seguridad a tiempo completo.

Lo que Audrey Rowland no sabía era que el anciano que pescaba en la calzada, las dos viejecitas que buscaban pájaros y el irascible malhumorado que cojeaba detrás de un andador formaban parte del equipo de vigilancia ORION de Simon Benford, un grupo de agentes retirados de la CIA tan hábiles, pacientes y eficaces que superaban al equipo de vigilancia del FBI conocido como los "G", que se ganaban la vida siguiendo a agentes de inteligencia extranjeros entrenados. La habilidad de los ORION consistía en anticipar dónde iría un objetivo, llegar allí antes que el conejo y presenciar de forma indetectable un acto clandestino sin que el agente de inteligencia (y su agente estadounidense) tuvieran ni idea de que estaban cubiertos. Benford dijo en una ocasión que la diferencia entre la vigilancia ORION y los FEEBS era la misma que entre un gato que observa a un pájaro y un perro que persigue a un coche. Los ORION llevaban todo el día saltando por delante de la almirante Rowland, sin ser vistos en absoluto, anticipando su ruta de marcha —el vector general de su viaje— y registrando su dirección general, y cuando, casi al final del día, la isla Theodore Roosevelt se convirtió en una posibilidad, cuatro de la docena de ORION que cubrían a Audrey habían inundado la zona y estaban en el lugar antes incluso de que llegara al aparcamiento. El equipo geriátrico —las dos observadoras de aves eran abuelas— informó de que el comportamiento del objetivo indicaba un encuentro inminente. Eso fue suficiente para Simon. Benford había alertado al equipo de arrestos del FBI para que se desplegara en consecuencia, ya que los ORION no tenían autoridad para arrestar y no podían detener a un sospechoso exhibiendo sus tarjetas AARP.

Días antes, el encuentro se había producido a veintiuna millas náuticas de la costa rusa del Mar Negro. El USV había funcionado a la perfección, estableciendo contacto con el DDG-78, el USS Porter, un destructor de la clase Arleigh Burke de la 6ª Flota, poco después de las 01.00 horas con mar en calma. El USV fue izado a bordo de la cubierta de helicópteros por un polipasto de popa especialmente instalado, y rodó sobre una plataforma rodante fuera de la vista hasta el hangar de helicópteros de popa mediante una grúa de puente. Los marineros que abrieron la escotilla del USV se sorprendieron al ver salir a una mujer tetona de mediana edad con una camiseta mojada y una bolsa impermeable en la mano. Se habían sorprendido aún más al ver la figura amortajada de un elegante caballero con traje durmiendo en la segunda silla reclinable que, tras una inspección más minuciosa, se determinó que estaba muerto. El oficial ejecutivo del Porter despejó

el hangar de tripulantes a instancias de un hombre bajo y desaliñado que vestía un chaquetón de la marina y estaba acompañado por un civil más alto con el pelo rubio y un joven nervioso con gafas empañadas.

Agnes había estrechado la mano de Benford y Westfall, abrazado a Forsyth, repetido —cáliz, cáliz, cáliz— hasta que le dijeron que parara, lo consiguieron y les entregó la bolsa con la memoria USB. Se habían sentado todos en la sala de oficiales vacía, sorbiendo café, leyendo el informe del pen drive en un ordenador portátil. Un camarero sonriente le puso delante un plato de rebanadas de pan tostado bañadas en una salsa blanca con carne picada, el alimento básico de la marina conocido como —S.O.S.—. Agnes olfateó con cautela, probó un bocado y luego devoró todo el plato. Llevaba doce horas sin comer. Mientras comía, les contó el resto sobre Dominika y Gorelikov. Forsyth se acercó y le apretó la mano. Westfall se había apresurado a enviar cables de destello a Langley.

—Alex Larson está en pequeña medida vengado —dijo Benford, sombríamente—. MAGNIT será arrestado, y Gorelikov se convierte en CHALICE. La línea KR en SVR, kontravietka, contrainteligencia, hará evaluación de daños durante años.—Le dio una palmadita en la mano a Agnes y la felicitó. —DIVA será capaz de maniatar a la inteligencia rusa —interna y externa— durante una década, sobre todo desde que ha consumado su relación con Putin, y ya no hay competidor por la confianza del presidente. Es como si Alex pudiera verlo todo.

Agnes se había echado la coleta blanca hacia atrás, y lo miraba con una mirada asesina que Forsyth recordaba de los viejos tiempos.

—Encantada con DIVA—le espetó. —¿Te contentas con dejar que tu activo se suba a su lomo cada vez que ese cerdo quiere? ¿Y qué hay de tu oficial languideciendo en una prisión rusa? ¿Qué tiene de fortuito? Tu brillante trampa funcionó, pero ¿qué harás para pagarle a Nash tu traición? —Benford la fulminó con la mirada, colorado.

Forsyth la había sacado de la sala de oficiales y la había llevado a la cubierta de popa, donde se quedaron apoyados en la barandilla de popa mientras amanecía, observando la estela de levadura del barco que quedaba atrás, recta como un lápiz. Ambos llevaban chaquetas demasiado grandes contra el frío de la mañana.

—Si crees que no está pasando un infierno por esto, te equivocas —dijo Forsyth—Pero atrapar al topo es la primera prioridad de Simon, su única prioridad. Habría utilizado a cualquiera de nosotros para identificar a MAGNIT, incluso a sí mismo.—

Forsyth pasó el brazo por el hombro de Agnes. Había adivinado el triángulo amoroso desde Sebastopol.

—Cuenta con que Dominika conserve a Nash de una pieza y acabe sacándolo de Rusia, tal vez organizando un intercambio. Llevará

algún tiempo: la marina y los tribunales no permitirán que un traidor de la magnitud de Rowland evite la cárcel.

Todavía furiosa por el desalmado sentido práctico de aquellos hombres de la CIA, Agnes se sacudió el brazo de Forsyth.

—¿Así que Nathaniel se pudre en Rusia?— No le importaba que se notara su afecto por Nate.

Forsyth se encogió de hombros.

—Si los FEEBS también pueden identificar al manipulador de MAGNIT —un auténtico ilegal ruso—, podría organizarse rápidamente un intercambio de espías —Forsyth sabía que era una posibilidad remota. Benford se había quejado a Hearsey de que no había conseguido nada espolvoreando el teléfono desechable de operaciones de DIVA con metka, polvo de espía, como forma de etiquetar a SUSAN. Múltiples viajes a Nueva York con técnicos del FBI para fluorescenciar las oficinas de revistas literarias marginales y progresistas de izquierdas de Nueva York —New Politics, American Prospect, Salon, New School Quarterly y Harper's— no habían dado como resultado ni una sola muestra de polvo de espía. Hubo cierta excitación inicial cuando el escritorio de un editor había adquirido una ligera fluorescencia bajo la luz negra, lo que llevó a un agente especial del FBI a decir que sabía que el lugar estaba lleno de cómplices, pero no había ninguna otra prueba de metka en ningún otro lugar de la oficina. Hearsey determinó posteriormente que los rastros de drogas recreativas, como cocaína, metanfetamina y migas de setas de psilocibina en el escritorio, habían registrado un falso positivo. Benford llegó posteriormente a la conclusión de que SUSAN o bien había utilizado un recorte para recuperar el teléfono del pequeño cementerio del Village, o bien de alguna manera no había tocado físicamente el teléfono antes de tirarlo al East River. Una chica lista, esa SUSAN.

En la penumbra, Audrey sintió que SUSAN se sentaba a su lado en el banco, en lugar de verla. Malditos ilegales, acercándose así a hurtadillas.

—¿Tienes algún problema para llegar hasta aquí? —Audrey negó con la cabeza mientras le entregaba la memoria USB y los dos discos en una bolsa con cierre.

—Estos se explicarán por sí solos —dijo Audrey—Espero la confirmación como DCIA en dos días o menos. Tendremos que hablar de las comunicaciones por orden de prioridad.

—El Centro es consciente de la necesidad —dijo SUSAN con brusquedad.

—Pues será mejor que el Centro se ponga en marcha. Dentro de menos de una semana voy a tener un destacamento de seguridad las

veinticuatro horas del día, y...—.

Los oscuros bosques a ambos lados del malecón estallaron en un muro de luz cegadora. Una voz de megáfono ordenó a las dos mujeres que no se movieran, que era el FBI. Cegada por las luces, Audrey oyó el sonido de SUSAN lanzándose desde el banco y saltando desde el malecón al pútrido pantano, seguido de frenéticos chapoteos. Se oyeron voces, más chapoteos, muchas más salpicaduras, y Audrey, que no había reaccionado en absoluto debido al efecto cegador de las luces (y a la incapacidad natural de un friki de la física para lanzarse a un movimiento físico rápido), sintió unas manos en los brazos y el chasquido de unas esposas en las muñecas. Vio que SUSAN había dejado la memoria USB y los discos en el banco, que el FBI estaba recogiendo y metiendo en una bolsa de plástico para pruebas. Es como si hubiera cientos de personas de un lado para otro con cazadoras azules con la inscripción FBI en la espalda. Hubo un momento en que una mano no la agarró del brazo.

Es imposible describir la conmoción que sintió Audrey cuando la acompañaron de vuelta por el paseo marítimo hasta el aparcamiento, que ya era una feria de luces rojas y azules que exhibían destellos. Parte de la conmoción, por supuesto, fue la sorpresa de la emboscada y la constatación de que unos cincuenta agentes especiales del FBI habían estado escondidos hasta las rodillas en el agua del pantano durante horas antes de la reunión. ¿Cómo lo habían sabido? La mente precisa y cuantitativa de Audrey también se tambaleaba ante la realidad de que sus doce años de espionaje inteligente y calculado habían sido detectados, y resultaba irritante no saber cómo. Aquellos hombrecillos rechonchos que buscaban topos eran más peligrosos de lo que parecían. La última gota agria de desesperada realidad golpeó a Audrey cuando la metieron en la parte trasera de un sedán del FBI que apestaba a Aqua Velva, con las manos todavía esposadas a la espalda, y le cerraron la puerta del coche de un portazo. Sabía que era el principio de un interminable periodo de pruebas, interrogatorios, juicios y publicidad que acabaría en la cárcel, así como el catastrófico final de su vida de privilegios y estatus en la marina. No sentía ningún remordimiento más allá del hecho de que le harían un consejo de guerra y le quitarían los galones. Una agente especial se sentó detrás con ella y Audrey echó un vistazo al perfil juvenil y a las piernas con medias. La agente especial sorprendió a Audrey mirándola y la fulminó con la mirada. Aquella parte de su vida también había llegado a su fin, se dio cuenta Audrey miserablemente, sin haber visto nunca películas como Caged Heat o Kittens Behind Bars.

Su vida se había acabado, su mundo estaba patas arriba, y sin duda envejecería y moriría en la cárcel, pero mientras el coche empezaba a avanzar hacia la autopista, Audrey pensó extrañamente en

lo que su odioso padre habría dicho en ese momento. Que se jodiera. Ella era una almirante de tres estrellas, y él nunca lo fue.

TERNERA A LA CREMA DE LA MARINA DE LOS EE.UU.

Derrita la mantequilla en un cazo, añada la harina, la sal y la pimienta. Incorpore la leche y cocine a fuego medio hasta que hierva y la salsa espese. Desmenuce la carne seca y añádala a la salsa. Servir sobre pan tostado.

38

La sierra de madera presidencial

—¿ME estás diciendo que no había ninguna contingencia concebible que hubiera sugerido la colocación de una patrullera o una lancha neumática en el río, dado que la emboscada estaba teniendo lugar en una puta isla? Benford acababa de recibir la noticia de que la mujer que iba a reunirse con el almirante Rowland se había zambullido en el pantano, había dejado atrás a una veintena de agentes especiales de unos veinte años por aguas pantanosas hasta los muslos, había llegado a la orilla y había escapado por el negro Potomac en lo que los alicaídos agentes especiales creían que era un kayak. Esto se confirmó cuando, a la mañana siguiente, encontraron un kayak de alquiler abandonado en un banco de lodo con marea baja cerca del complejo de condominios Washington Harbour, en Georgetown. SUSAN se había ido, presumiblemente ya de vuelta en Nueva York, editando preciosos y pretenciosos artículos en una revista literaria, y presumiblemente todavía operacionalmente activa para la Línea S del SVR, apoyando a otras fuentes, detectando talentos potenciales para reclutamiento, y probablemente atendiendo entregas muertas y escondites desde Seattle a Key West. Benford profirió un juramento soez al contemplar cuántos MAGNIT más podrían estar operando impunemente en Estados Unidos.

Benford le había dicho a Forsyth que esperarían seis meses, para ver si DIVA podía birlar el expediente de SUSAN (los verdaderos nombres de los ilegales están estrictamente compartimentados en la Línea S —incluso el Director de SVR no tiene fácil acceso a la lista— y se mantiene un estrecho registro de los altos cargos que solicitan su identidad). Ahora que Dominika era Directora del SVR, había que tomar precauciones dobles y triples para protegerla. Mientras tanto, los dos hombres de la CIA empezaron a pensar en una estratagema de doble agente para dar a DIVA una razón para asignar a SUSAN un nuevo caso. Todos pensaban en tender una trampa y detener a un agente ruso —cualquiera— para que la CIA pudiera organizar el intercambio y liberar a Nash lo antes posible. Había cierta urgencia; los prisioneros normalmente no prosperaban en las cárceles rusas.

La detención de Audrey Rowland fue, por supuesto, un triunfo de contrainteligencia para Benford, pero no se anunció a bombo y platillo en la prensa por preocupación por el bienestar de Nash, sólo que el almirante había sido relevado por causa justificada, con una vaga mención de mala conducta. Es no sólo eliminó un topo ruso activo dentro de la Marina estadounidense, sino que también DIVA y la lista

de otros activos rusos de la CIA volvieron a estar seguros. Sin embargo, la CIA seguía sin Director: no había candidatos para sustituir al difunto Alex Larson como DCIA. Hasta que pudieran identificarse y presentarse nuevos candidatos, se había nombrado un Director interino. Se trataba del elegante Frederick Farrell.

A la mañana siguiente recibieron dos buenas noticias: Un oficial de casos de la Estación de Moscú había entregado con éxito la lámpara del escritorio de comunicaciones de DIVA sin ningún problema (un activo de apoyo ruso le pasó el paquete a DIVA mientras recuperaba su abrigo del guardarropa de un restaurante de lujo, dándoselo en realidad a uno de sus guardaespaldas para que lo llevara a la oficina) y la División de Contrainteligencia ya había recibido un mensaje covcom de prueba de DIVA, indicando que el equipo estaba en su sitio y funcionaba perfectamente. Un segundo mensaje (procedente del Pentágono) informaba a la CIA de que el cadáver de un ciudadano ruso no identificado había sido enterrado en el mar; su bolsa de lona lastrada para el cuerpo se había deslizado hasta el Mar Negro desde debajo de una bandera estadounidense, mientras era saludado por una guardia de honor de marineros estadounidenses. Benford transmitió el fragmento a la DIVA en Moscú, con sombría satisfacción.

La primera tanda de informes de inteligencia de la lámpara covcom de DIVA fue asombrosa por su perspectiva única y su extrema sensibilidad. Actas del Consejo de Seguridad, reuniones semanales con Bortnikov del FSB sobre casos de contrainteligencia contra embajadas extranjeras, reuniones del comité ejecutivo del presidente Putin, cuyas agendas indicaban que ya estaba preocupado por una clase trabajadora cada vez más descontenta y por las próximas elecciones rusas, actas del Consejo de Defensa sobre tecnología de misiles de combustible sólido compartida con Irán y Corea del Norte; las últimas estadísticas del Banco Central de la Federación Rusa, que señalan una disfunción económica endémica y advierten de un inminente estancamiento financiero; y la reacción del Kremlin ante la mayor cooperación entre los aliados del norte de Asia con Washington contra el expansionismo chino en el Pacífico y contra el mal comportamiento crónico de Corea del Norte. Además, por supuesto, del material habitual de DIVA: un resumen ejecutivo semanal de la actividad operativa del SVR en todo el mundo. —Cien agentes trabajando durante diez años no podrían reunir este tipo de información", se quejaba Benford. Ordenó que se establecieran cuatro compartimentos de información separados, para que la mayor parte de la información de DIVA pareciera provenir de múltiples fuentes.

En Moscú las cosas estaban menos alegres. Putin había convocado

una pequeña reunión en su espacio privado de conferencias con Bortnikov, Patrushev y Dominika después de que aparecieran en la prensa estadounidense noticias más concretas sobre la detención de un almirante de la Marina estadounidense por espionaje. Dominika esperaba ser el principal foco de la ira del Presidente Putin, dado que fue ella quien había abogado por una red de contraespionaje más laxa para identificar a CHALICE, con el infeliz resultado de que el presunto topo real (Gorelikov) había escapado y desertado. Ahora, con la detención de MAGNIT, se había perdido la oportunidad de destruir la CIA. Pero Putin despotricó de los tres por igual, con su halo azul luminoso de emoción. En la mayoría de las reuniones, rara vez levantaba la voz cuando reprendía a los incompetentes que dirigían sus industrias estatales, o que gestionaban mal sectores de su economía, o que desviaban miles de millones de las empresas a costa de la eficiencia y la productividad. Pero esta noche ha gritado.

Esta noche el presidente le dijo a Patrushev. —Negó kak ot kozlá moloká,— que era tan inútil como las tetas de un toro. A un escandalizado Bortnikov le dijo: —Mne nasrát', chto ty dúmaesh,— que le importaba una mierda lo que pensara, y dirigiéndose a Dominika, le dijo que su trabajo era —porót chush,— literalmente mierda de perro. Los fulminó con la mirada mientras permanecían sentados en silencio alrededor de la mesa de conferencias de caoba con la estrella soviética incrustada, diciéndose a sí mismos que estas blasfemias no podían compararse con las medidas disciplinarias que habría aplicado en los años treinta el negro Vozhd, el Maestro, Iosif Vissarionovich Dzhugashvili, el camarada Stalin.

Sentada a la mesa con las manos cruzadas ante ella, Dominika tomó como una nota positiva el hecho de que estuviera recibiendo el desprecio del presidente en igual medida que los otros dos. Esto sugería que Putin la consideraba un miembro de pleno derecho e igual de los Tres Grandes del Consejo. De ser así, sería un indicador importante para transmitir a Benford sobre su elevado estatus. Quizás Putin calculó que, con Gorelikov desertando a Occidente y presumiblemente asesorando a la CIA en todas las cosas, necesitaba la perspectiva cosmopolita de Egorova para contrarrestar las continuas depredaciones estadounidenses. Nadie a ambos lados del viejo Telón de Acero olvidó nunca que el traidor británico Kim Philby, aparte de su épica traición al MI6, durante los veinticinco años siguientes a su deserción a Moscú en 1963 había informado frecuentemente a audiencias del KGB para explicar las idiosincrasias nacionales y las vulnerabilidades culturales de los británicos y del Servicio Secreto Británico. Los desertores realmente buenos siguen hablando durante décadas, y todos los hombres suponían que Gorelikov haría lo mismo.

Putin se dio cuenta de que Dominika llevaba el collar de perlas

que le había regalado —se preguntó si el ADN de Gorelikov aún perduraba entre las perlas—, su expresión, antes estruendosa, se aclaró ligeramente y le dedicó una media sonrisa, que no pasó desapercibida ni para Bortnikov ni para Patrushev. Nada bueno, sobre todo si se corría la voz de que el director del SVR llevaba la chemise cagoule de presidente. En la Escuela Gorrión eso significaba que estaban intimando, refiriéndose al camisón largo de la mujer medieval con el recatado orificio único bordado para la cópula, precursor en la Edad Media de la lencería sin entrepierna. Eso no serviría.

La noche anterior, tras su regreso del cabo Idokopas, el presidente había visitado a Dominika en su nuevo apartamento de Kutuzovsky Prospekt, por el ascensor del garaje subterráneo. Aparentemente quería hablar de contraespionaje, pero era obvio que el presidente quería volver a encontrarse con ella. Es el día de la detención de MAGNIT y cuatro días después de la desaparición de Gorelikov, pero sus preocupaciones no afectan ni un ápice a su actuación de carpintero en la cama: la sierra de madera presidencial vuelve a ser blandida con firmeza pero sin inspiración, dejando que Dominika sueñe despierta con Nate y se pregunte si puede arriesgarse a visitarlo en la cárcel. Estaba en la prisión de Butyrka, pero en el ala para presos políticos, donde los reclusos recibían un trato más suave. Es no significaba en absoluto que estuviera fuera de peligro; el abogado disidente Sergei Magnitsky murió en el mismo bloque de celdas de Butyrka tras recibir una paliza y negársele atención médica. Dominika contuvo el impulso de plantear el asunto del intercambio de espías de Nash mientras aún estaba en la cama con Putin, principalmente porque el presidente no era susceptible a la euforia postcoital.

Después del sexo, la velada no había terminado, pues el presidente se había entretenido en charlar, así que Dominika se paseó por su nueva y espaciosa cocina vestida con un slip negro de algodón hasta la rodilla, con un tirante de espagueti colgando descuidadamente del hombro y el pelo recogido con una cinta. No se puso un tanga negro de satén debajo, por si a Volodya le apetecía sexo en la cocina (nº 81, —La bechamel sólo se espesa al removerla-) antes de irse.

Sentado en un moderno taburete de bar de la lujosa cocina de piedra y madera de Dominika, Vladimir Putin estaba satisfecho. Los titulares sobre la detención de Audrey Rowland no le preocupaban demasiado, por muy dolorosa que fuera la pérdida. Noticias escabrosas como ésta eran buenas para la imagen de Rusia, eran buenas para su imagen de muzhestvennyy, el líder viril que dirigía espías por todo el mundo. El mundo sabría que los servicios secretos de Rusia eran depredadores omniscientes que podían penetrar en los

gobiernos de sus enemigos, descubrir sus secretos y ejercer su voluntad sobre ellos. Por supuesto, los espías podían sufrir reveses, pero Putin disfrutaba viendo cómo los extranjeros —gobiernos, o empresas, o individuos— moderaban sus comportamientos por miedo a su ira. Sus medidas activas estaban creando una discordia duradera en Occidente, a un coste mínimo, y si quería desbancar a un político estadounidense, sólo tenía que publicar un embarazoso correo electrónico sin cifrar a través de WikiLeaks dirigido por ese lánguido incauto escondido en esa exigua embajada latina en Londres. La histeria política partidista que ahora se apodera de la sociedad estadounidense haría el resto.

Y estaba haciendo de las suyas con Egorova, un bonus delicioso. Miró las piernas de Dominika mientras alcanzaba un armario superior y vio cómo se flexionaban los músculos de las pantorrillas de la bailarina de ballet cuando se ponía de puntillas. No le importaban en absoluto las habladurías que ya corrían por los pasillos del Kremlin de que ambos eran compañeros de cama. Nadie se atrevería a pronunciar tales habladurías en voz alta, y eso simplemente validaba que el SVR le pertenecía, igual que le pertenecía el FSB, igual que le pertenecían los siloviki.

Para acompañar el champán georgiano que había abierto, Dominika preparó un rápido aperitivo mediterráneo con ingredientes que sólo estaban disponibles en el economato especial del gobierno, en la planta baja de su edificio: corazones de alcachofa marinados con alcaparras y Aceitunas en bruschetta a la parrilla, un contorno que probó por primera vez en Roma cuando se reunió con Nate. Entonces estaban recién enamorados y se habían dado de comer con los dedos, riéndose y bebiendo Asti. Es que sus pensamientos siempre volvían a su Neyt. Es cuidado, no sea que el zar te lo vea en la cara.

Se inclinó para sacar la bandeja del horno, sintiendo los ojos de él en sus ancas. Es hora de su discurso. Se le daba mejor que a él, pero tenía que tener cuidado. Volvió a dirigirse de manera más formal.

—Señor Presidente, dados los acontecimientos de los últimos cuatro días, tengo una sugerencia que me gustaría que considerara —dijo Dominika. Putin bebió una copa de champán que ella le había servido.

—Recomiendo que el norteamericano sea trasladado de Butyrka a un piso franco especial, donde pueda ser vigilado de cerca y donde pueda continuar sin interrupción el interrogatorio de bajo nivel por parte de un equipo de vigilantes.

Putin la miró de reojo.

—¿Por qué íbamos a evitarle al americano las molestias de la cárcel?

—La CIA no dejó de montar una operación de rescate en el

complejo del Mar Negro. No me gustaría que intentaran lo mismo en Moscú. Es posible. Los guardias de prisiones cobran poco y muchos son corruptos —.

Putin miró la figura de Dominika bajo el slip negro, con unas tenues venas azules atravesándole el escote. Los sabrosos corazones de alcachofa que salían del horno olían deliciosamente. —Podemos discutir el asunto en la reunión de mañana por la mañana. Quiero hablar con los tres. A las ocho en punto. Para discutir todas las variables de seguridad,— dijo.

Por algo se había quedado en su apartamento, sorbiendo champán y observando cómo se le hinchaban las nalgas mientras se movía por la cocina. Putin conocía datos que los demás ignoraban, y pretendía que la reunión de mañana fuera desagradable, porque había que sacudir las cosas, tal vez incluyendo algunas purgas y despidos. Ya lo había hecho antes con su Consejo, y había llegado el momento de repetirlo. La reorganización, al menos en el caso de la generala Egorova, podía empezar esta noche. La agarró del pelo, la acercó a él y la miró a los ojos. Dominika mantuvo la mirada fija, sin pestañear, y dejó que él enredara los dedos en su pelo, imaginando que le asestaba una bofetada balística —un golpe de Systema— en la mandíbula. ¿Iba a empujarle la cabeza hacia su regazo? Le sujetó las muñecas a la espalda con una mano y la acercó hasta que sus labios se tocaron. Se llevó un aperitivo a la boca y sonrió.

Dominika sintió que la rabia se apoderaba de sus entrañas, pero resistió el impulso elemental de apartarse de aquel neznatnyy, aquel plebeyo con aires imperiales. Si él quería su boca en su regazo, ella usaría sus dientes y le escupiría su virilidad cortada en la cara mientras masticaba entremeses. Espera, espera. Son cinco minutos de humillación. Al final lo derribarás.

Pero a la mañana siguiente, en el espacio de conferencias con un Putin furioso, la situación cambió. La charla de amor de Dominika — que la noche anterior le había arrullado kroshka, baby, poppet, sugar — era un recuerdo lejano, su entrepierna dolorida olvidada. Es de nuevo el califa de los ojos azules, jugando duro y serio.

—MAGNIT ha volado por los aires, un valioso activo preparado durante más de una docena de años se ha visto comprometido,— gritó Putin. —Y ninguno de vosotros ha tenido el ingenio de gestionar el caso para evitar su detención.— Dio un fuerte golpe con la mano en la mesa, teatralmente.

Patrushev, el del aceitoso halo amarillo, volvió a sentarse en su silla. Dominika esperó la inevitable evasiva. Nikolai miró a un lado y a otro entre el presidente y sus colegas.

—Señor presidente, la traición y la deserción de Antón Gorelikov

no se podían prever. MAGNIT era su caso, y no compartió los detalles operativos. Ni siquiera había informado a Egorova todavía. Una vez que Anton revelara todo a sus pagadores de la CIA, ninguna operación nuestra podría permanecer segura. Debemos completar una evaluación completa de los daños en relación con el alcance de su conocimiento. El cuero cabelludo de Dominika se crispó; Patrushev estaba criticando oblicuamente al propio Putin por confiar tanto en Anton.

Putin miró fijamente a los tres.

—Mis brillantes tsaredvoreti, mis leales cortesanos —dijo, cargado de ironía—Gorelikov no desertó. Fue secuestrado —dijo con naturalidad.

La sala de conferencias quedó en silencio, mientras los tres permanecían inmóviles, preguntándose si la afición de Putin a leer la mente y prever el futuro se estaría manifestando ahora de forma psicótica. Dominika contuvo la respiración y se preguntó cómo lo sabía. ¿Significaba eso que también sospechaba de ella? Finalmente, Bortnikov habló.

—¿Secuestrado por quién? Es una teoría descabellada.

—Secuestrado, tomado como rehén, asesinado, da lo mismo —dijo Putin, furioso—Hemos sido objeto de una operación masivamente diabólica de la CIA, un engaño sin parangón desde el apogeo de la Guerra Fría.— El zar estaba instruyendo a sus profesionales.

El FSB de Bortnikov era responsable de la seguridad interna. ¿Cómo lo sabía el presidente? Esto era territorio del FSB, su territorio. Su aureola palpitaba agitada.

—¿Qué engaño?—dijo.

Putin resopló burlándose de sus tontos útiles.

—Es como si la CIA hubiera eliminado a Gorelikov —disparado, envenenado, arrojado a los tiburones, no importa— para que concluyéramos lo inevitable.

—Esto es imposible—dijo Bortnikov. —Usted sabe cómo se conciben y ejecutan las operaciones. Usted conoce al enemigo principal. ¿Cómo puedes creer…?

Putin levantó la mano.

—La CIA eliminó a Gorelikov para hacernos creer que es CHALICE, y que desertó. El arresto de MAGNIT vino inmediatamente después, una coincidencia bien calculada, ¿no? Pero te lo digo categóricamente: Gorelikov no puede ser el topo. CHALICE sigue entre nosotros.

Sin saber por qué, Patrushev asentía con la cabeza como un juguete de fieltro que se vende en los quioscos del parque Gorki. —¿En qué basa esta teoría—preguntó Bortnikov, esforzándose por conservar un mínimo de deferencia. Dominika pudo ver que estaba furioso con Patrushev, un podkhalim nato, un auténtico lameculos.

—Un solo hecho,— dijo Putin. —Gorelikov concibió, planeó y dirigió la operación Kataklizm para eliminar a Alex Larson.

Silencio. Todos miraron a Putin estupefactos. Sabían todo lo que pasaba en la Federación Rusa, pero ninguno de ellos había oído hablar de esto antes. ¿Eliminar a Larson? Dios mío. Dominika sabía que acababa de oír la información secreta más explosiva de la década: La complicidad del Kremlin en la muerte supuestamente accidental del estadounidense DCIA.

—¿Gorelikov planeó la muerte de Larson? —susurró. —¿Lo saben los americanos? —Habrá bedstviye, calamidad sobre esto. Cuando les digo.

A Putin no le importó; sonrió ante su incomodidad, y su aureola brilló. ¿Acaso no era el zar? ¿No gobernaba Novorossiya?

—Ningún activo bajo el control de la CIA emprendería el asesinato de su propio Director sin avisar a Langley y desbaratar el complot,— dijo. —Otros servicios podrían martirizar a los suyos, pero nunca a los americanos. Los chinos quizás, los norcoreanos desde luego, y Stalin sin pensárselo dos veces. Pero no los yanquis.

—Así que el verdadero CHALICE está activo — dijo Patrushev, sin detenerse en la enormidad de Kataklizm o el asesinato estatal. Parecía ansioso por complacer al presidente, ansioso por estar de acuerdo.

Putin asintió.

—Es inteligente. Todos suponemos que Gorelikov es CHALICE; por lo tanto, el verdadero CHALICE está a salvo. Todos conocéis el Juego. Nosotros mismos hemos llevado a cabo tales engaños. La muerte de Alex Larson prueba que Gorelikov no puede ser un activo americano. Su éxito en Kataklizm lo exonera.

—¿Y CHALICE? —murmuró Patrushev.

El rostro de Putin cambió de narrador sonriente a fiscal flemático.
—Esa pregunta deben hacérsela ustedes tres,— dijo Putin, mirándoles fijamente.

—Sr. Presidente, ¿qué está diciendo? —dijo Bortnikov, inmóvil.

Que sospecha de uno de nosotros, pensó Dominika. Es de extrañar que no repartiera pistolas cargadas con balas de fogueo para ver quién disparaba a quién. Muy bien, ¿qué haría Bratok? ¿Qué te diría? Si no mantienes la calma, si no compartes la indignación, sospecharán de ti. Como una sonámbula que se dirige al borde de un precipicio, Dominika se oyó hablar.

—El oficial americano Nash es la clave. Sin duda conoce detalles importantes, sin duda incluso la verdadera identidad de CHALICE. Es hora de que comience el interrogatorio reforzado.— Idiotka, más te vale rezar para no haber firmado su sentencia de muerte.

Putin asintió con satisfacción.

—Que así sea, y no se hable más de cómodos pisos francos ni de

intercambios de espías —dijo, señalando con el dedo a Dominika—Tú estás al mando, pero os quiero a los tres allí. En el espacio. Quiero ese nombre que el americano esconde tras los dientes. No me importa cómo lo consigas. Pero consíguelo. El equipo médico ya está en Butyrka, esperando. Vamos.

Todos sabían que tenían que superar a Herodes para demostrar su inocencia. Con Putin, la inocencia demostrable no importaba; él sólo quería culpar a alguien.

Ese mes, Lucius Westfall se incorporó oficialmente a la Dirección de Operaciones, y pronto pasaría por el entrenamiento operativo en la Granja, como Nate, y Gable, y Forsyth, y todos ellos habían hecho antes que él. Después de la Granja, estaba previsto que Westfall iniciara la formación en ruso como preparación para su primer viaje a Moscú. Ni a Benford ni a Forsyth se les escapó la ironía mientras miraban con benevolencia.

Mientras una nueva y frenética búsqueda de candidatos para sustituir al director de la CIA agitaba las aguas políticas de Washington DC, el director en funciones Farrell convocó a Benford a su despacho.

Rob Farbissen, antiguo director de personal del senador Feigenbaum, me ha dicho que usted engañó de forma obvia y deliberada a los candidatos de la DCIA durante sus sesiones informativas preparatorias y que les ocultó información sobre activos —le dijo el director—Duchin, de Asuntos del Congreso, corrobora las acusaciones de Farbissen. Se le ordenó expresamente que informara a los candidatos de forma completa y exhaustiva, sin reservas.

—Estábamos llevando a cabo una investigación de contraespionaje —dijo Benford, con infinito cansancio—Estaba convencido, tras una exhaustiva investigación, de que uno de los tres candidatos al puesto trabajaba para Moscú. Es resultó que estaba en lo cierto. Estuvimos a cuarenta y ocho horas de tener un topo ruso como Director de la Agencia. Es la razón por la que Alex Larson fue asesinado.

Farrell se burló.

—No puedes dejar en paz a Larson. Eres un absurdo. Es una especulación, pero no te exime de tu negligencia,— dijo Farrell. —O de tu insubordinación. Benford, has sido un granuja irascible e incontrolado toda tu carrera. ¿A qué crees que se debe?

Benford se encogió de hombros.

—No lo sé—dijo. —Supongo que, a diferencia de ti, yo nunca me acostumbré al sabor de la polla.

Farrell se incorporó, con la cara roja, y golpeó el escritorio con el puño.

—Es suficiente—gritó. —Estás despedido, con efecto inmediato, separado del Servicio. Ve a esa ratonera que llamas despacho, recoge tus objetos personales y dos agentes de Seguridad te escoltarán fuera del edificio. Puede entregarles su placa, y hasta nunca—.

Benford salió del despacho del director sin decir una palabra más, pero cuando los dos agentes de uniforme azul lo escoltaron a través del torniquete de la entrada norte, doscientos empleados estaban alineados a lo largo del atrio, aplaudiendo. Benford miró a la multitud con el ceño fruncido, saludó con la mano una vez y, dándose la vuelta, sacó la placa del bolsillo roto de su chaqueta, se la entregó a uno de los guardias de seguridad y atravesó las puertas automáticas, que se cerraron tras él con un siseo. A partir de ese momento, Simon Benford no podría haber entrado en la sede de la CIA con más facilidad que Vladimir Putin.

APERITIVO DE ALCACHOFAS DOMINIKA

En un bol grande, mezcle los corazones de alcachofa marinados, las aceitunas de Kalamata sin hueso, las alcaparras, los tomates cortados en cuartos y el ajo machacado con vino blanco, aceite de oliva, sal y pimienta. Extiéndalos y áselos en una bandeja de horno hasta que los tomates estén tiernos. Rociar con aceite de oliva, espolvorear con sal y cubrir con hojas de albahaca arrancadas. Servir sobre bruschetta tostada.

39

Tercer espacio de entrevistas

PRISIÓN de Butyrka. Dos guardias acompañaron a Nate escaleras abajo desde su celda, con cuidado de no empujarle el brazo izquierdo escayolado ni el meñique entablillado, lo cual era bueno porque le dolía todo el costado izquierdo. Nate se sorprendió cuando no entraron en un espacio de interrogatorios estándar de la planta baja, con la habitual mesa, sillas de acero y fotografías de Marx y Lenin, y el omnipresente cuenco de rosas que, por supuesto, ocultaba los micrófonos. En su lugar, descendieron al húmedo tercer sótano, con las paredes desconchadas de color verde pálido y las puertas de acero desconchadas que no daban ninguna pista de qué o quién languidecía tras ellas. Nate pensó que debía de ser el primer agente de la CIA al que hacían marchar por aquel pasillo sin ventanas. Es un silencio absoluto cuando los guardias lo detienen frente a una puerta con el rótulo OPROS 3, sala de entrevistas número tres.

Vaya espacio para entrevistas. El espacio era grande y parecía un quirófano, con baldosas blancas en el suelo y en las paredes por encima de la altura del pecho. Es olía a desinfectante y estaba iluminada de un blanco deslumbrante. Varias mesas con ruedas estaban alineadas contra la pared del fondo y en un rincón había unos enormes focos circulares de acero inoxidable, también con ruedas. Contra la pared opuesta había una extraña silla solitaria que parecía hecha de aluminio pintado, con respaldo y reposacabezas altos, brazos planos que sobresalían y ruedas giratorias en las patas. La pintura blanca de la silla estaba desconchada y descolorida, sobre todo en las patas delanteras, los brazos y el respaldo alto. Sola en un rincón del espacio, la silla parecía una trona de bebé del siglo XVIII apartada y olvidada. Al entrar, Nate vio una galería improvisada de cinco sillas de madera colocadas detrás de él. Los interrogatorios no solían tener público, pero quizá éstas eran para los aprendices de interrogador que aprendían las sutilezas de su oficio. Es típico de la bestialidad rusa que los observadores estén dentro del espacio, para oír, ver y oler los procedimientos de primera mano, en lugar de detrás de un cristal unidireccional.

Los guardias empujaron a Nate a una silla de madera de respaldo recto y se colocaron detrás de él, con las manos ligeramente apoyadas en cada uno de sus hombros. Nash vio que los carceleros llevaban pistolas automáticas OTs-27 Berdysh de 9 mm en fundas al cinto. Se inclinó hacia delante para echar un vistazo al resto del espacio, pero le tiraron hacia atrás para que se sentara derecho. Había botiquines con

frentes de cristal llenos de viales e instrumental quirúrgico perfectamente colocado sobre paños estériles. También había una mesa de acero inoxidable en el centro del espacio, con tubos de desagüe en los extremos que conducían a desagües en el suelo, claramente una mesa mortuoria para realizar autopsias. A Nate no le gustó el aspecto del suelo de baldosas onduladas que se inclinaba suavemente hacia media docena de desagües repartidos por el espacio. Tampoco le gustó el aspecto de una batería de camión sobre una plataforma rodante con un revoltijo de cables enrollados en las asas, apenas visible, apoyada contra el lateral del armario. Es incongruente que el equipo esté en el reluciente quirófano; debería estar en un mugriento garaje para camiones parados, no en este espacio. El ánimo de Nate se agitó un poco al imaginar para qué servía la batería. Ignora la maldita cosa.

A pesar de su brazo y su dedo, Nate se encontraba relativamente bien. Se había dado cuenta de que Benford probablemente había tendido una trampa al canario y había contado a los tres candidatos de la DCIA variantes de la misma historia. Con suerte, Dominika había pasado la voz a Langley, con suerte a tiempo para evitar una catástrofe. Nate aceptó que se trataba de la táctica radical y total de Benford para desenmascarar al topo, y comprendió que lo estaban utilizando como —cola de lagarto,— un operativo prescindible que es desechado y sacrificado para proteger intereses mayores. No había visto a Dominika desde el interrogatorio en la casita del complejo de Putin, y le preocupaba que el topo la hubiera comprometido de alguna manera. También estaba preocupado por Agnes, y esperaba que estuviera a salvo fuera de Rusia. No. Si todo el mundo había volado, razonó, no era probable que le pusieran en un aprieto. Todavía tenía agentes que proteger. Si escuchaba con atención, Nate esperaba poder hacerse una idea pasivamente de las preguntas de los interrogadores sobre el estado de la caza del topo y la situación de seguridad de Dominika.

Evitando mirar la batería, Nate intentó prepararse mental y físicamente para el próximo ciclo de interrogatorios. Probablemente volverían a probar las drogas, pero con suerte y disciplina, Nate pensó que podría resistir. Si Dominika tenía alguna influencia en la gestión del interrogatorio, sabía que se las ingeniaría para reducir al mínimo el castigo físico y limitar las sesiones al máximo mientras Langley trabajaba en la organización de un intercambio. Sin embargo, no debía ir demasiado lejos en su nombre y levantar sospechas sobre sí misma. Eso era fundamental.

Fuera lo que fuese lo que los rusos tenían en mente, no tenía ninguna duda de que sobreviviría. Estaba prisionero en el Moscú de Putin, pero era la era moderna y los oficiales de inteligencia de los

servicios de la oposición no sufrían daños, según un estricto protocolo. Putin podía haber eliminado a cientos de rusos disidentes, pero no a oficiales de operaciones de servicios rivales.

Nate sabía que le quedaba un largo camino por delante antes de que el Departamento de Estado se pusiera manos a la obra para iniciar conversaciones con vistas a su liberación. Podía estar en la cárcel un año, cinco, diez, pero la CIA nunca cejaría en su empeño de recuperarlo. A su regreso a Langley, habría medallas, un ascenso, elección de destinos, pero en realidad su carrera habría terminado. Se le consideraría demasiado quemado desde el punto de vista de la cobertura y demasiado quemado desde el punto de vista psicológico. Para entonces, soñó despierto, Dominika habría terminado en SVR y estaría lista para retirarse y desaparecer en un idílico reasentamiento con Nate. Es un camino muy largo para empezar por fin una nueva vida juntos, pero la espera merecerá la pena. Por el momento, Nate tenía la intención de dar a sus interrogadores tanto como pudiera. Sabía que los rusos probablemente ya le habían identificado como Nathaniel Nash, el último contacto del general Korchnoi, uno de los mejores activos que la CIA había tenido en Moscú durante catorce años. También sabrían que Nash hablaba ruso con fluidez, lo que les enfurecería aún más.

Todos los pensamientos sobre resultados civilizados en el sótano de la prisión de Butyrka se evaporaron cuando el sargento Iosip Blokhin entró en el espacio de entrevistas tres. Iba vestido con un uniforme utilitario de camuflaje y calzaba unas lustrosas botas de combate. Llevaba un cinturón verde de nailon ceñido a la cintura con una hebilla metálica a presión con el sello Spetsnaz de paracaídas y daga. Llevaba el uniforme almidonado y reluciente, pero no llevaba ninguna insignia de rango. Llevaba el pelo fino peinado hacia atrás sobre la cabeza de bala, la frente llena de cicatrices brillaba con dulzura a la luz de los focos del espacio y las manos, como corvejones de jamón, colgaban a los lados.

Se acercó a la silla de Nate y se inclinó hasta que sus rostros quedaron a escasos centímetros. Blokhin olía inexplicablemente a queroseno, afilado y crujiente, no del todo desagradable.

—Es sudba reunirse de nuevo, americano. ¿Cómo se dice en inglés? —dijo Blokhin con su grave graznido.

—Fate,— dijo Nash en inglés. —¿Has vuelto a Turquía desde la última vez que hablamos?

—No sólo destino, yanqui —dijo Blokhin—Sudba también significa 'perdición'.

Nate lo miró a la cara.

—¿La tuya o la mía? ¿O la del mayor Shlykov?—

Blokhin hizo una señal a los guardias que estaban detrás de la

silla de Nate para que lo levantaran y lo pusieran en la antigua y desportillada silla alta y la llevaran al centro del espacio, bajo una gran luz quirúrgica. Los guardias ataron las muñecas de Nate a los brazos planos de la silla y los tobillos a la parte delantera de las patas con bridas de plástico transparente, que Blokhin tensó con fuerza. A Nate le arrancaron las zapatillas de fieltro de los pies. Le pasaron una correa de cuero manchada de sudor alrededor del pecho y se la abrocharon por detrás. Es estaba apretado, pero Nate podía respirar Ok. Es consciente de que esto podría ser peor de lo que había previsto: estas ataduras sugerían que iban a probar técnicas extremas que le harían caerse de la silla si no estaba atado. Tal vez sería el primer agente de la CIA en la historia de la Guerra Fría en ser torturado en el sótano de Butyrka. Quizá le concedieran un premio Trailblazer cuando volviera a casa.

Es probó las corbatas y se balanceó en la silla, haciéndola rodar lentamente por el suelo irregular, justo cuando se abrió la puerta y entraron cuatro personas, tres hombres y una mujer, todos peces gordos a juzgar por el modo en que los guardias se pusieron en guardia. Nate levantó la cabeza para ver. Es Dominika, vestida con un traje oscuro y medias oscuras, una insignia de visitante de la prisión colgada del cuello, que se balancea al caminar, con los tacones golpeando irregularmente las baldosas blancas del suelo debido a su ligera cojera. Es como un sueño verla ahora, aquí, así. Llevaba el pelo recogido, como siempre, y sus miradas se cruzaron por un instante. Es como si se hubiera acercado a su silla, le hubiera besado en los labios, hubiera ordenado que le cortaran las fianzas y le hubiera sacado de este sótano por la puerta principal cogiéndole de la mano. Le diría algo así como —Dushka, ni siquiera puedes hacer esto sin mi ayuda... —. Olió un leve aroma de su perfume Calèche en el espacio, por encima del hedor del desinfectante carbólico. Oyó el roce de las sillas detrás de ellos cuando Blokhin tiró de la silla de Nate hacia el centro del espacio, para que no pudiera ver a los visitantes; Nate también había reconocido inmediatamente a Bortnikov y Patrushev, antiguo y actual director del FSB. Dominika completaba el trío como directora del SVR. ¿Estos funcionarios estaban aquí para observar su interrogatorio? Inaudito. Tal vez el Kremlin estaba entrando en pánico, o tal vez Benford había embolsado a MAGNIT, y no sabían cómo y estaban desesperados por identificar al topo americano. Nate se dijo que tenía que tener mucho cuidado: el topo estaba sentado en este mismo espacio, el de las piernas bonitas. Tenía que protegerla a toda costa.

Es que Nate no podía saber que la cosa era más seria. Tras ser reprendidos por Putin e informados de que Gorelikov no era el topo, los tres Jefes de Servicio habían sido escoltados hasta sus coches

oficiales y se habían dirigido por separado a Butyrka para observar el interrogatorio del oficial americano del caso. Instintivamente se mantuvieron separados para evitar la contaminación y no se dirigieron la palabra. La cabeza de Dominika estaba nublada; no recordaba el trayecto hasta la prisión por las calles de Moscú, no recordaba el té servido en el espacio de protocolo por el director de la prisión, no recordaba los pasos resonando por los interminables pasillos y las escaleras llenas de basura. Su cabeza se despejó cuando entró en el espacio de baldosas blancas y vio a Nate en la silla, con su halo púrpura brillando intensamente. Se le revolvió el estómago cuando vio a Blokhin y sus alas negras, esperando para empezar. Era otro toque de Putin, utilizando a Blokhin: odiaba a Nate por lo que le había ocurrido a Shlykov y, sobre todo, por el tremendo insulto de meterlo en la cárcel turca. Pondría mayores energías en el interrogatorio de Nash. Las aureolas de sus colegas se blanquearon de miedo. Este ejercicio era como un retroceso a las Grandes Purgas de los años treinta: todos eran sospechosos y acusados; un consejero de confianza sería destruido y los demás exonerados.

Blokhin se había puesto un delantal de matadero de cuero y se lo había atado a la cintura. Se puso unos pesados guantes negros de goma, hizo rodar la batería desde un rincón del espacio y desenrolló los cables. En el lateral de la batería había grabada una estrella roja. Los extremos de los cables estaban sujetos a los bornes de la batería. Los extremos opuestos terminaban en mordazas de cocodrilo de cobre mate envueltas en fieltro rojo, que Blokhin sumergió en un cubo de agua, empapando bien las envolturas de fieltro. Tocó los fieltros, pero no saltó ninguna chispa de Hollywood. En su lugar, los fieltros empezaron a humear por la corriente, y Blokhin los volvió a sumergir en el cubo. En el espacio había un olor agrio, metálico, a tostada quemada. Nate oyó el ruido de una silla detrás de él y le pidió a Dominika que se quedara quieta. ¿Cuánto tiempo podría aguantar? ¿Cuánto tiempo permanecería Domi en su asiento? Vamos, nena, aguanta.

Blokhin se apoyó despreocupadamente en el brazo de la silla de Nate.

—Necesito una cosa de ti, Amerikanskiy —le dijo en voz baja—El nombre de su agente en Moscú.

Nate le sonrió.

—El nombre es un secreto malys, pequeño imbécil; por eso usamos la palabra "agente".

Blokhin entrecerró los ojos y enrojeció. Tocó con una almohadilla de fieltro cada lado del tobillo izquierdo de Nate y observó cómo la espalda de éste se arqueaba y su pierna izquierda salía involuntariamente disparada en línea recta. La descarga eléctrica fue

insoportable, mitad martillazos y mitad espasmos musculares pulsátiles que le envolvieron toda la pierna. Mierda, esto podía pasar días enteros. Blokhin retiró los fieltros, y el repentino cese del dolor y los espasmos fue un alivio celestial. Pero anticiparse al siguiente era suficiente para volverse loco, que era lo que se pretendía con las descargas: que el prisionero temiera la siguiente sacudida.

Blokhin volvió a sumergir los fieltros en el agua.

—¿El nombre del topo? Tenemos todo el día y toda la noche, hasta que se agote la batería o pierdas la cabeza, lo que ocurra primero.

Nate recordó lo bueno que era el inglés de Blokhin. Nate sacudió la cabeza para despejarse.

—Eres un gorila lameculos, mandjuk, gilipollas.

Con un gruñido, Blokhin presionó los fieltros en el interior de los muslos de Nate, a un palmo de su escroto. El torso de Nate se curvó hacia delante formando un arco rígido contra la correa del pecho, y la parte inferior de su cuerpo empezó a temblar espasmódicamente, la corriente que recorría las fibras musculares de su esqueleto desencadenando una contracción sincrónica. El dolor que sentía entre las piernas era general e irradiaba hacia el pene, que se le erizó de inmediato, seguido de una pérdida de control de la vejiga. Blokhin retiró los fieltros y se apartó, evitando el goteo de orina bajo la silla de Nate. El americano levantó la cabeza, se enderezó y miró a Blokhin a través del pelo mojado, que le había caído sobre los ojos.

—Requiero el nombre, yanqui —dijo Blokhin.

Nate sacudió la cabeza. No podía aguantar mucho más los fieltros. Y le aterrorizaba que Dominika no tardara en reaccionar para salvarle. Sólo había una esperanza: cabrear tanto a Blokhin que el sargento Spetsnaz lo matara o dañara tan gravemente a Nate que el interrogatorio cesara, al menos temporalmente, alejando así a Dominika de una reacción catastrófica. El botón sería el honor de Blokhin. Inténtalo, rápido. Sálvala. Le ardía la entrepierna y sus muslos se crispaban incontrolablemente. Durante el último espasmo sintió como si le hubiera dado un tirón en un músculo de la espalda.

—Por eso te lanzamos en Estambul —dijo Nate roncamente en ruso, para dar más filo al insulto—No eres un hombre de honor, ni mucho menos digno de pertenecer a la hermandad Spetsnaz. Ty zhenshchina, eres una mujer.— Si alguna vez salía de ésta, Domi seguro que le daría la lata por eso.

Los ojos de Blokhin se entornaron ante el insulto, y tiró a un lado los cables de la batería, pateó el carro de la batería, derramando el cubo de agua, se dirigió a un armario y sacó un metro de barra de refuerzo. Sus ojos no parpadeaban, como los de un lagarto, y su frente llena de cicatrices era de un púrpura lívido.

Para lo que estamos a punto de recibir, pensó Nate, mirando la cara de Blokhin.

Blokhin le golpeó con la longitud de la barra de acero en la espinilla izquierda, causándole una fractura conminuta de la tibia, rompiendo el hueso en varios trozos dentro de la pierna y desgarrando la membrana interósea que estabiliza la tibia y el peroné, dejando esencialmente la pierna izquierda de Nate por debajo de la rodilla con la consistencia aproximada de la pasta cocida. Nate rugió de dolor, pero era un rugido gutural de desafío, no el gemido agudo de un prisionero aterrorizado. Nate miró a Blokhin mientras rugía, como si fuera a desgarrarle la garganta con los dientes, pero el corpulento agente no se inmutó y agarró la barra de refuerzo con las dos manos, con amor, como Benny Goodman sujetaba el clarinete.

Blokhin examinó la pierna izquierda de Nate, que ya estaba hinchada y morada y doblada de forma antinatural hacia un lado. Nate notaba los surcos del brazo de la silla al clavar las uñas en el aluminio blando; otros hombres y mujeres habían arañado contra el dolor como él estaba haciendo ahora. A pesar de los muchos talentos de Blokhin para el caos, los interrogatorios sofisticados no eran su especialidad.

—Necesito el nombre del traidor ruso que trabaja para los americanos —dijo.

Nate levantó la cabeza y una gota de sudor cayó sobre su nariz. El dolor le subió por la pierna hasta las tripas.

—Se supone que debes hacer la primera pregunta antes de golpear al prisionero, zhopa, gilipollas —susurró.

Más rápido de lo que Nate pudo tensarse, Blokhin hizo caer la barra sobre la mano izquierda cautiva de Nate, rompiéndole el meñique, destrozando tres de las cinco articulaciones metacarpofalángicas, donde los dedos se unen con la palma, y pulverizando los pequeños huesos de la articulación intercarpiana de la muñeca. La mano destrozada de Nate se hinchó de inmediato y sus nudillos se convirtieron en hoyuelos. El dolor era abrumador, agudo, eléctrico, irradiaba por su brazo hasta la axila y a través de su pecho, los nervios asociados reaccionando a los aplastantes golpes de la barra de acero. Rugir como un animal le hizo hiperventilar y alivió el dolor. La brida de la muñeca izquierda se le estaba clavando en la carne y la mano se le puso morada.

Nate gruñó cuando Blokhin se inclinó hacia él, apoyando tímidamente la punta de la barra en el antebrazo derecho intacto de Nate, un indicio de lo que estaba por venir.

—¿El nombre de tu activo en Moscú?

—Alguien cercano a la cúpula —tartamudeó Nate—, pero no recuerdo el nombre, así que vete a la mierda —a través de su dolor,

Nate oyó a los tres altos funcionarios que estaban detrás de él removerse en sus asientos. Es eso; Putin sospechaba de todos, incluso de sus asesores más cercanos, y los estaba tratando igual que Stalin había denigrado habitualmente a sus lugartenientes. Por eso estaban presentes: para observar y sudar un poco, para diversión de Putin. Pero, ¿dónde estaba el augusto Gorelikov? ¿Estaba fuera de toda sospecha? —Penso, Nate, mientras Blokhin apretaba la barra de refuerzo. —Hay un nombre que conozco. Los conspiradores se reúnen en la casa de Blokhina, la casa de tu madre, después de que los marineros se van.

Más sonidos de agitación detrás de él. El americano pagaría por su boca inteligente.

Blokhin pasó por detrás de la silla de Nate y miró a los tres altos cargos con sorna. Bortnikov estaba inquieto, no estaba claro si por haber presenciado la paliza o por ansiedad. El rostro de Patrushev era ceniciento: el doctor y antiguo ingeniero no tenía estómago para esto. El atractivo rostro de Egorova era una máscara desinteresada, sus piernas cruzadas estaban inmóviles. Parecía aburrida. Era la única asesina probada en el espacio y, desde su viaje a Nueva York, Blokhin había querido dominarla, atarla y romperle los huesos. A ver si conseguía que vomitara por la paliza de Nash.

Oponerse abiertamente a Egorova no era factible ahora, sobre todo si los rumores sobre su relación con el presidente eran ciertos. Ah, sí, Blokhin había sido informado de muchas cosas. Además de los dos guardias, un joven ayudante del Kremlin con ojos de gato estaba de pie contra la pared, observando atentamente a los miembros del Consejo de Seguridad. Sin duda informaría al presidente. Y en el techo había tres globos de cristal ahumado que ocultaban cámaras. Blokhin volvió a escrutar sus rostros, se giró y, sin ningún respiro, golpeó a Nate por detrás en la punta del codo derecho, rompiendo la brida de sujeción del cable, abriendo el olécranon, la punta del codo, como una castaña asada reventada, y desprendiendo posteriormente la articulación sinovial entre la cabeza del radio y la escotadura radial del cúbito. El brazo de Nate colgaba sin fuerzas del reposabrazos, con la articulación del codo destrozada y gravemente dislocada. Habría sido incapaz de levantar el brazo aunque hubiera caído en llamas. Nate aulló de dolor, pero se contuvo, tembloroso, y logró soltar una risa entrecortada, lo que enfureció a Blokhin, que lanzó la barra en un arco plano contra el hombro izquierdo de Nate que no estaba cubierto por el respaldo de la silla, fracturando el acromion y destrozando la apófisis coracoides de la clavícula. El golpe hizo que Nate se desmayara con un gemido espectral, y su cabeza y su pecho se desplomaron hacia delante hasta quedar sujetos por la correa de cuero que le rodeaba el pecho.

Dominika y Patrushev se levantaron de sus sillas al mismo tiempo, pero Patrushev se dirigió a la puerta y se marchó dando un portazo. ¿Estómago débil? ¿O pánico culpable? Dominika rodeó a Nate para mirarle y levantarle la cabeza con un dedo bajo la barbilla. Mantuvo el rostro neutro —Blokhin la observaba como un mastín—, pero su corazón latió desbocado al sentir el rostro sudoroso de Nate y ver sus cejas, sus labios agrietados y sus párpados cerrados, los párpados que ella solía besar para despertarlo. Ninguna emoción, no mostrar nada, Dios mío, no podía quedarse inmóvil y ver cómo ese maníaco de los Spetsnaz lo hacía papilla, no podía, confesaría para salvarlo, lo enviarían de vuelta y Forsyth podría curarlo, no importaba lo que le pasara a ella, ¡pero no! eso era lo que era, una trampa, Nate se lo diría, Benford lo mismo, Gable lo gritaría desde el Valhalla, mantente entera, todos somos espías, espías, hurones, sobrevivir vale cualquier precio, derrotar al monstruoso nido de víboras de Putin vale cualquier cosa, aunque tengas que ver morir a Nate, perdóname, dushka, ya lyublyu tebya vsem serdtsem, te amo con todo mi corazón.

Dejó caer la cabeza de Nate como un melón rechazado en el mercado y se volvió hacia el joven sapo del Kremlin—:

—Ve inmediatamente al Kremlin y dile al presidente que este interrogatorio es una abominación, y que este pedazo de mierda infrahumana de los Spetsnaz matará al oficial americano antes de que pronuncie una palabra. —¡Vamos! —Señaló a uno de los guardias armados. —Usted, vaya con él para ver que sale de la prisión sin problemas. —El guardia y el sapo del Kremlin saltaron como escaldados y salieron corriendo por la puerta.

Dominika se volvió hacia Blokhin.

—¡Animal! Este americano tiene información importante, la identidad de un topo que opera dentro de nuestro gobierno, pasando nuestros secretos más sensibles, y tú estás rompiendo brazos y piernas con una barra de acero. Eres un imbécil.

Nate empezó a mover la cabeza y a gemir, y Dominika se acercó a un lavabo que había en el otro extremo del espacio para mojar un paño y limpiarle la cara, y se volvió para ver a Blokhin de pie frente a Nate con aire fanfarrón, y Nate estaba diciendo algo con los labios resecos y la lengua hinchada, y Blokhin se puso rígido, luego se enderezó y levantó la barra de acero por encima de su cabeza, y Dominika vio a Bortnikov saltar de su silla y gritar No, pero Blokhin hizo caer la barra sobre el lado derecho del cuello de Nate con un golpe seco, rompiéndole la clavícula derecha en una fractura compuesta —la punta visible del hueso perforó la piel— y colapsando el nervio vago dentro del plexo braquial, lo que provocó una isquemia cerebral global, una interrupción catastrófica de la sangre al cerebro, que hizo que Nate se desmayara de nuevo y se desplomara hacia

delante en su silla, Bortnikov y el guardia agarraron los brazos de Blokhin mientras éste levantaba la barra para golpear de nuevo a Nate, y Dominika caminó detrás del guardia, sacó la pistola automática Berdysh de la funda, cargó la corredera y apuntó a Blokhin, cuyos ojos se abrieron de par en par. Sus excepcionales reflejos le hicieron girar la cabeza casi fuera de la línea de tiro, pero Dominika estaba demasiado cerca y le disparó dos veces en la frente brillante y llena de cicatrices, salpicando de materia gris cerebral tanto al guardia de la prisión como al horrorizado Director del FSB. Blokhin cayó de bruces al suelo. La cabeza le rebotó dos veces en las baldosas, la sangre le salió de la cabeza en dos direcciones diferentes y fue a parar a los dos desagües más cercanos, mientras sus piernas se movían involuntariamente, porque el cerebro de la rana estaba muerto pero sus piernas no lo sabían, y Dominika vio cómo Bortnikov y el guardia salían tambaleándose por la puerta, limpiándose la sangre de los ojos, y Dominika limpió la cara ensangrentada de Nate y.., consciente de las cámaras del techo, se limitó a atender al prisionero, y el paño frío lo reanimó y abrió un ojo, luego el otro, pero las pupilas eran de dos tamaños diferentes, y un pequeño hilillo de sangre salía de su orificio nasal derecho, y lo único que Dominika pudo hacer fue limpiarle la cara y decirle: —Americano, ¿estás bien? — y los iris de Nate se movían erráticamente en pequeños círculos. —Ahora estás a salvo —le susurró. Ella oyó el filo de su voz mientras gritaba —¡Médico! — por el pasillo, diciéndose a sí misma que debía controlar el pánico, y la sangre seguía saliendo de su orificio nasal a pesar de que Dominika seguía limpiándoselo, y su respiración era agitada y Dominika le aflojó la correa del pecho para que pudiera respirar, pero por el sonido de su respiración, ella adivinó que estaba aspirando sangre, y todo lo que podía hacer era limpiarle la mejilla y decir: "Ya viene la atención médica", pero de alguna manera sabía que eso no cambiaría nada, y los ojos desiguales de Nate se clavaron en los suyos y hubo una leve sonrisa que pasó por sus labios y su halo se hizo brillante e irradió, y ella sintió la diminuta caricia de un dedo destrozado tocando su mano, un leve roce, rozando la parte superior de su mano, sólo por un instante, sin que lo vieran las cámaras, más íntimo que un beso, y él respiró hondo dos veces más y se quedó quieto, y su halo púrpura se disolvió, y Dominika luchó contra las lágrimas, y luego oyó pasos por el pasillo mientras las piernas de Blokhin sobre las baldosas rosáceas no paraban de moverse.

Dominika sintió el soplo de aire casi indetectable de la boquilla del vórtice de aire de su lámpara de escritorio situada en la esquina de la mesa del despacho del Director del cuartel general del SVR en el pinar de Yasenevo. Es la señal de que acaba de llegar un mensaje de

Benford. Colocó la pantalla flexible, combatió el sistema alineando el ojo con el lector óptico integrado que autenticaba biométricamente el patrón de su iris y empezó a proyectar el breve mensaje sobre la base plana de la lámpara en un holograma direccional. El desplazamiento de las letras era invisible para cualquiera que no estuviera exactamente alineado con la lámpara, y podía apagarse con un simple gesto de la mano. Aunque antes se mostraba escéptica, Dominika se maravillaba de la eficacia del dispositivo de covcom. Esta misma mañana había utilizado sin ser detectada la lente digital de la lámpara para fotografiar y transmitir a Washington un boletín ultrasecreto de lectura y respuesta del Consejo de Seguridad, mientras el mensajero del Kremlin esperaba respetuosamente a un metro de su mesa para que lo firmara. Incluso había una función de autodestrucción que fusionaba los componentes en caso de emergencia. El edificio del cuartel general del SVR, como predijo Hearsey, estaba demostrando ser una antena eficiente y enorme.

El mensaje de varios párrafos no era de Benford, sino de Forsyth. Extraño.

1. Para tu información, MAGNIT condenado a cadena perpetua en la prisión Supermax de Florence, Colorado.

2. Solicito información sobre la situación actual de Nash, incluida la posibilidad de una iniciativa diplomática para traerlo a casa. Por favor, informen de la posibilidad de un intercambio.

3. 3. Se informa que el Jefe de Contrainteligencia Simon Benford se ha retirado. Envíenle su profundo agradecimiento y saludos.

Nate y Gable se fueron, Benford se retiró. No había conocido a ningún otro oficial de la CIA desde su reclutamiento en Helsinki, eran su familia, y su reconfortante presencia mitigaba la dura soledad de su vida como espía. Ahora se sentía sola, a pesar de estar en la cumbre. Empezó a redactar una respuesta, espaciando los caracteres a medida que tecleaba en la pantalla flexible mientras su garganta se cerraba con fuerza por la desesperación.

1. Contacto con el presidente dos noches por semana. Compartía opiniones sobre siloviki-Patrushev, ahora en desgracia. Habla de las alianzas clandestinas de Rusia con Irán y Corea del Norte. Aconsejará.

2. Lamento informar que el oficial Nash murió como resultado de heridas sufridas durante un interrogatorio no autorizado.

DIVA.

FIN FIN FIN

Con los ojos encendidos y el labio tembloroso, Dominika pulsó —enviar,— y el mensaje se transmitió. Recordó lo que Agnes había dicho:

—Nate vino a rescatarte y yo vine a ayudar a Nate. De hecho, todos habíamos perdido, pero Dominika dirigía la SVR y se trasladó al

Kremlin, a horcajadas sobre el presidente Putin, irónicamente de vuelta a sus odiadas raíces de Gorrión en un mundo desesperadamente febril sin su Neyt. Suspiró y se estremeció.

Luego DIVA volvió al trabajo en su gran despacho con la vista panorámica del pinar y el horizonte infinito de su amada Rodina.

AGRADECIMIENTOS

CON CADA libro terminado, la lista de personas a las que debo dar las gracias crece exponencialmente.

Mi agradecimiento en primer lugar a mi agente, Sloan Harris, responsable de guiar mi segunda carrera como novelista (que en ocasiones ha resultado más delirante que la primera) y que sigue aconsejándome, animándome e inspirándome como colega y amiga. Añado mi agradecimiento al equipo de ICM, incluidas Esther Newberg, Josie Freedman en Los Ángeles, Heather Karpas, Heather Bushong (por si el Presidente Putin me demanda) y Alexa Brahme, por su apoyo eterno.

Doy las gracias a mi editor, el supranatural Colin Harrison, sin cuya perspicaz visión novelística y agudeza literaria este libro no existiría, y punto. Muchas gracias también a toda la familia Simon & Schuster, incluidos Carolyn Reidy, Susan Moldow, Nan Graham, Roz Lippel, Brian Belfiglio, Jaya Miceli, Jen Bergstrom, Irene Lipsky, Colin Shields y Gary Urda. Un agradecimiento especial a Sarah Goldberg por su incesante apoyo, a Katie Rizzo y a Valerie Pulver por su infalible corrección de estilo. En S&S Audio, gracias a Chris Lynch, Elisa Shokoff, Tom Spain, Sarah Lieberman, Tara Thomas, Elliot Rambach y Jeremy Bobb, que narraron todos los audiolibros de la Trilogía del Gorrión Rojo.

Agradezco a los colegas del Comité de Revisión de Publicaciones del CIA su apoyo constante y oportuno en la revisión del manuscrito. Cualquier error de hecho o de lenguaje es del autor, y cualquier parecido de los personajes de la novela con personas reales es pura coincidencia. Se trata de un trabajo de ficción.

Mi agradecimiento, también, a todos mis compañeros oficiales de la Dirección de Operaciones, especialmente a la promoción CT de noviembre de 1976, por toda una vida de recuerdos y frecuentes muestras de apoyo. Entre ellos, debo mencionar al difunto Stephen Holder, que nos proporcionó una cartilla de términos operativos auténticos y oscuros utilizados por el Servicio de Inteligencia Chino, y al difunto Jack Platt, que nos enseñó, blasfemando, sobre las dobles esquinas y la vigilancia de rastreo. Alasdair y DT, antiguos compañeros y amigos íntimos de un servicio aliado, asesoraron al autor en diversas ocasiones, incluida la transmisión de varias recetas familiares excepcionales, normalmente más guardadas que las actas del politburó.

Como de costumbre, amigos y familiares contribuyeron sin cesar. La yoguini Alison me introdujo en la sublime esencia del yoga; Steve y

Michael me revelaron los misterios de Nueva York y Staten Island, estos últimos a veces más sublimes que el yoga. Kelly demostró los antiguos y silenciosos gestos del código chino del abanico plegado. Mi hermano William y mi cuñada Sharon leyeron el manuscrito e hicieron útiles sugerencias. El hermano William también continuó en su papel de asesor científico del autor. Cómo un profesor universitario de economía conoce los cañones de riel electromagnéticos es un enigma. Sospecho que tiene uno en su apartamento. Las hijas Alex y Sophie continuaron en la tarea de Sísifo de explicar al autor la música moderna, la moda actual y el uso popular del inglés.

Por último, doy las gracias a mi mujer, Suzanne, por ser la media naranja de un tándem en la CIA durante tres décadas, por criar como hijas a dos jóvenes independientes y realizadas, por sus horas de ayuda con el manuscrito y por su aplomo en los buenos y en los malos momentos.